LUZ DEL CIELO

PARA LA PREDICACIÓN DE NUESTROS TIEMPOS

ó SEA

HOMILÍAS DE ACTUALIDAD

SOBRE LAS

EPÍSTOLAS DE SAN PABLO

según la mente de la Iglesia, Santos Padres
y Sagrados Expositores.

OBRA PREDICABLE

escrita por

D. SANTIAGO OJEA Y MÁRQUEZ, PRESBÍTERO

Y PUBLICADA

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

Praedica verbum: insta opportune et importune... Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt...

(II Tim., IV, 2-3.)

Predica la palabra: insta en toda ocasión... porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina...

VOLUMEN II

MADRID

3743.—IMPRENTA DE AGUSTIN AVRIAL

San Bernardo, núm. 92.

1899

HOMILÍAS

PARA LOS DOMINGOS Y FIESTAS DEL AÑO

HOMILÍA 1.ª

Para el día de la Ascensión del Señor.

Sobre la divinidad de Jesucristo.

Hermanos míos amadísimos: La Ascensión gloriosa del Señor á los cielos es un hecho histórico que muestra con evidencia la divinidad de nuestro Señor Jesucristo; y como hoy se han trastornado las cabezas de algunos hombres hasta el punto de negar lo evidente, interesa que los fieles cristianos se fijen en este maravilloso acontecimiento. Oigamos al sagrado Historiador, que en la Epístola de este día dice así:

«*En mi libro anterior, oh Teófilo, he hablado en todas las cosas que Jesús comenzó á hacer y á enseñar, hasta el día en que después de haber instruído por el Espíritu Santo á los Apóstoles que El escogió, subió al cielo. Habíales también mostrado después de su pasión con muchas pruebas que estaba vivo, apareciéndoseles por espacio de cuarenta días y hablándoles del reino de Dios. Y comiendo con ellos, les mandó que no saliesen de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, dijo, oísteis de mi boca: Porque Juan bautizó en agua; pero vosotros, dentro de pocos días, seréis bautizados en el Espíritu Santo... Después que así hubo hablado* (Jesús) *viéronle elevarse y le recibió una nube que le ocultó á sus ojos.*» (Act. Apost., I, 1 al 10.)

Tal es, mis hermanos, el resumen del asombroso misterio de la Ascensión del Señor, que la Iglesia nos recuerda en nuestra Epístola, y que yo intento declarar ahora para que comprendáis con evi-

dencia la divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Lo probaremos, pues:

1.° **Por su ejemplo.**
2.° **Por sus milagros.**
3.° **Por sus profecias.**

PUNTO 1.°

LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO PROBADA POR SUS HECHOS

No hay, carísimos hermanos, lección más provechosa, ni más breve, ni más eficaz que la que se da con el ejemplo (1), por eso Cristo nuestro Señor, que vino á enseñar al mundo el camino de la salvación, comenzó, dice nuestra Epístola, obrando y después enseñando. *(Coepit Jesus facere, et docere.*—Verso 1.)

Mucho debemos fijarnos en las primeras palabras de dicha Epístola: dice así el Historiador sagrado: «*En mi libro anterior* (es decir, en el santo Evangelio), *he referido ya de todo lo que Jesús comenzó á hacer y á enseñar.*» Nótese, advierte San Juan Crisóstomo, que San Lucas dice, no que haya escrito *todo* lo que Cristo hizo y enseñó, sino *de todo*, es decir, *algo de todo* lo que ocurrió en su vida, desde que comenzó públicamente la obra de nuestra redención *hasta el día en que subió á los cielos. (Usque in diem qua assumptus est.*—Verso 2.)

Y expresa claramente que Jesús *comenzó por obrar* lo que después había de enseñar, como diciendo á aquellas gentes: «*Si no me creéis á mí, creed á mis obras*»: las obras son la mejor lección. Así vemos que antes de exhortarnos á la mansedumbre, fué El manso y se nos propuso por modelo, diciendo: «*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*»; antes de excitarnos á la pobreza, nos dió ejemplo de ella, y luego dijo: «*El hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza*»: antes de mandarnos amar á nuestros enemigos, nos enseñó esta heroica virtud con la caridad que mostró para con los más grandes pecadores: para movernos á dar nuestra capa á los que intentaran quitarnos nuestra túnica, dió, no solamente sus vestidos, sino hasta su propia sangre... ¡De esta manera fué como Jesucristo nos enseñó á practicar todos y cada uno de los puntos de la moral cristiana: primero obró, después enseñó!»—«*Coepit Jesus facere et docere.*»

(1) Longum est iter per praecepta, efficax, et breve per exempla. (Séneca, Epist., VI.)

Ved aquí, católicos, el modelo que hemos de imitar todos los hombres; primero vestirnos de las virtudes de Cristo, sintiendo en nuestro corazón lo mismo que El siente en el suyo; después obrar como El obró, y luego enseñar á los demás, para que sea cumplido en nosotros aquel encargo del divino Salvador: «*De esta suerte ha de brillar vuestra luz delante de los hombres, á fin de que vean vuestras obras buenas y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos*» (1).

Ahora bien, ¿qué ejemplo de virtudes nos dió Jesucristo para mostrar al mundo que realmente era Dios? ¡Oh! Primero el nacer humilde, pobre y obediente por nuestro amor; segundo, el manifestar en sí mismo, por modo indudable, los atributos del mismo Dios; es decir, su sabiduría, su omnipotencia, su paciencia, su justicia, su misericordia y su infinito amor á los hombres; tercero, el querer reinar, y reinar de hecho en los corazones de los hombres, por la fe, por la gracia, por la ley evangélica, por la Iglesia, por los sacramentos; cuarto, pasar por el mundo haciendo bien y sanando á todos, y dar su sangre y su vida por la redención del hombre, por más que el hombre fuera ingrato y despreciador de sus innumerables beneficios.

«*Dios*—dijo San Pablo á los Hebreos—*hizo á su Hijo heredero de todo; por El creó los siglos, El es la irradiación de su gloria y la figura de su substancia; sosteniéndolo todo con el poder de su palabra y purificándonos de nuestros pecados, está sentado á la diestra de la Majestad en lo más alto de los cielos.*» (Hebr., I, 2-3.)

Y bastan, carísimos hermanos, estos hechos, para que todos los hombres, aun los más ciegos, vean en Jesucristo un ser divino, un DIOS-HOMBRE, *en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad.*» *(In ipso inhabitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter.*—Coloss., II, 9.) Sin embargo, confirmemos esta prueba, poniendo ante los ojos de vuestra mente algunos de sus portentosos milagros.

PUNTO 2.°

LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO PROBADA POR SUS MILAGROS

No os hablaré yo aquí de su admirable encarnación ni de su extraordinario nacimiento, pues todos sabéis que la primera fué

(1) Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et gorifi cent Patrem vestrum qui in coelis est. (Matth., V, 16.)

obra inefable del Espíritu Santo, y el segundo, privilegio glorioso de una Madre-Virgen purísima; tampoco os diré nada de cómo antes de nacer hizo saltar de gozo á San Juan Bautista en el seno de su madre Santa Isabel, quedando ésta plenamente iluminada por el Espíritu Santo en el conocimiento de la encarnación del Hijo de Dios; mucho menos os referiré los innumerables y asombrosos milagros que constantemente durante su vida realizó en público á la vista de todos los que le seguían, pues fueron tantos, tan admirables y portentosos, que curó instantáneamente á los leprosos, á los cojos, ciegos, sordos y mudos, y convirtió el agua en vino, y multiplicó los panes, y calmó las tempestades y resucitó á los muertos... De nada de esto os hablaré, sino que ciñéndome al texto sagrado de nuestra Epístola, os referiré sólo algunas de las muestras de su divinidad, que dió á sus discípulos después de resucitado.

«*Se apareció á ellos*—dice San Lucas—*dándoles muchas pruebas de que estaba vivo, durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios.*» (*Loquens de regno Dei.*—Verso 3.) Es decir, que después de resucitado y antes de subir á los cielos, quiso probarles hasta la evidencia que realmente era Él mismo, apareciéndoseles y desapareciendo después, renovando por espacio de cuarenta días esta especie de aparición *(Per dies quadraginta apparens eis);* á fin de convencerlos más y más—dice el Crisóstomo—de que no era un espectro lo que veían.

Y les hablaba—añade el sagrado texto—*del reino de Dios,* sobre lo cual dice San León, que durante aquellos días se establecieron varios sacramentos, y fueron revelados grandes misterios. Con efecto, entonces Jesucristo levantó los corazones de los hombres animándoles con la esperanza de la inmortalidad del alma y del cuerpo; entonces dijo á los Apóstoles: «*Recibid el Espíritu Santo*»; dió á San Pedro las llaves del reino de los cielos y le confió la dirección y el gobierno de su Iglesia: entonces reprendió á Tomás por su incredulidad, y para que todos creyeran les mostró las cicatrices de sus llagas, de su costado, de sus pies y de sus manos; entonces, en fin, les descubrió sus designios en orden al establecimiento de su Iglesia y al ministerio á que los destinaba. Y esto es lo que nuestra Epístola significa cuando dice que Jesús les habló *del reino de Dios.*—«*Loquens de regno Dei.*»

Todo esto, carísimos hermanos, era de suyo persuasivo y evidente; mas para quitarles hasta la menor sombra de duda, les hizo ver que en realidad estaba vivo, comiendo con ellos varias veces, ora en Emaús, ora en el cenáculo, ora en las orillas del

mar de Galilea, y todo para probarles y probarnos su resurrección, su divinidad y la verdad infalible de nuestra fe sacrosanta. ¿Quiérense, por ventura, más milagros para evidenciar que Cristo nuestro Señor es Dios y juntamente hombre verdadero? Pues sigamos con nuestra Epístola que á continuación nos presenta la ineludible prueba de sus profecías.

PUNTO 3.°

LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO PROBADA POR SUS PROFECÍAS

No es mi objeto referiros aquí los múltiples vaticinios que el divino Redentor hizo durante su vida mortal, pues no hay cristiano algo docto que ignore la predicción hecha á sus discípulos de que *«era preciso ir á Jerusalén para sufrir allí muchos tormentos y la muerte y resucitar al tercer día»* (Matth., XVI, 21); la predicción de que el templo sería destruido, sin quedar piedra sobre piedra (Matth., XXIV, 21); que Judas le haría traición, que sus Apóstoles le abandonarían, que Pedro le negaría por tres veces, y que sus discípulos serían perseguidos y condenados á muerte á causa de su nombre, pero que triunfarían de todos los obstáculos. Esto es histórico, todo el mundo lo sabe, y no hay quien pueda negar su exactísimo cumplimiento; de donde lógicamente cabe decir: «Luego Jesucristo es Dios, porque sólo Dios puede predecir los futuros contingentes.»

Pues bien; dejando esto aparte, y concretándonos á nuestra Epístola, leemos en ella lo siguiente: «*Mandó* (Jesús) *á sus discípulos que no se apartasen de Jerusalén, sino que esperasen allí al Espíritu Santo, que el Padre les había prometido, y que El les había recordado varias veces.»—Quam audistis per os meum.* (Verso 4.) Y para que tuviesen seguridad de que así sucedería, les añadió estas otras palabras: «*Porque Juan bautizó con agua; mas vosotros, dentro de pocos días, seréis bautizados en el Espíritu Santo.*» (Verso 5.) Es decir, seréis purificados y transformados como en otros hombres por la virtud del Espíritu Santo, que os llenará de su fortaleza y de la abundancia de sus dones celestiales. (Marc., I, 8.)

Esto predijo el Señor, y nadie osará negar que se cumplió al pie de la letra. Es más: Jesucristo les dijo, que después de recibir el Espíritu Santo *«le servirían de testigos en Jerusalén, y en toda la Judea y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra»* (Verso 8); ó, lo que es lo mismo, que ellos darían testimonio en todo el

mundo de su encarnación y nacimiento, de su vida y su doctrina, de su pasión y de su muerte, y, por último, de su ascensión gloriosa á los cielos. ¿Quién puede dudar de que todo esto tuvo entero cumplimiento? ¿Y quién no se asombra al considerar el modo con que lo hicieron?

Que dieran los Apóstoles testimonio de Jesús y de su doctrina, se concibe bien; pero que aquellas gentes lo creyeran, y que lo confesaran públicamente. y que sellaran con su sangre la fe en la divinidad de Jesucristo, tomándole por Dios y Rey de sus corazones, ésto es lo que pasma y maravilla. Y, sin embargo, así aconteció› para que todo el mundo, que no estuviera ciego por la pasión, cayera postrado ante el Mártir del Gólgota y dijera de lo íntimo de su corazón: *«Creo en la divinidad de Cristo Nuestro Señor Dios y hombre verdadero.»*

¿Cómo se concibe que unos hombres como los Apóstoles, escasos en número, iliteratos, sin talentos, sin crédito, sin bienes, sin apoyo de las potestades humanas, antes bien siéndoles hostiles, habían de convertir á los sabios y poderosos del mundo? No obstante los convirtieron y Jesús lo predijo.

¿Quién podía imaginar que tales Apóstoles osaran decir á los judíos habitantes en Jerusalén: «Vosotros, que habéis prendido y encarcelado y crucificado á Jesucristo, habéis consumado en su persona adorable el mayor de los crímenes, porque Jesucristo no es puro hombre, sino Dios y hombre verdadero?» No obstante lo hicieron y Jesús lo predijo.

¿A quién no asombra que aquellos sabios y poderosos de la tierra que odiaban y despreciaban á Jesús, oyeran con paciencia que aquel hijo del Carpintero era el Hijo de Dios, el Mesías prometido, su nuevo Legislador y Rey, á quien debían amar y adorar en tiempo y eternidad? No obstante creyeron, le amaron, le adoraron y Jesús lo predijo.

¿Podía nadie concebir que á la simple voz de los dichos Apóstoles se convencieran los Gentiles de que era preciso cerrar sus templos, abolir sus sacrificios, hacer pedazos sus ídolos, reprimir sus pasiones y abrazar una vida pura é inmaculada? Esto parecía imposible. No obstante lo realizaron y Jesús lo predijo.

Y basta ya, carísimos hermanos, para que todo el mundo entienda la divinidad de Jesucristo al predecir tales cosas, tan fuera de lo natural y tan inverosímiles, y que tan exacta y cumplidamente se realizaron. Con razón, pues, anunció Jesús á los Apóstoles que *«darían testimonio de El en toda la Judea y Samaria y hasta*

los confines de la tierra» (Verso 8). El testimonio está dado, la profecía está cumplida, y Jesús es adorado en todo el universo. ¿Quién será el insensato que ose negar la divinidad de Cristo nuestro Señor?

«Miré—dijo San Juan en el Apocalipsis—y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y su número era millares de millares, los cuales en alta voz decían: *El Cordero que ha sido muerto, es digno de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la bendición.»* (Apocal. V, 11-12.) Ved aquí, en resumen, lo que hemos de llevar todos grabado en lo íntimo de nuestros corazones, y esto es lo que nos enseña la Epístola de este día, mostrándonos la divinidad de Jesucristo, no sólo por el hecho de subir por su propia virtud al cielo, sino *por su ejemplo, por sus milagros y por sus profecías.*

Los que niegan que Jesucristo es Dios y los que no quieren creer en El, son ignorantes ú hombres de mala fe, y, como dijo el Apóstol, *por su incredulidad Dios los entregará á la acción del error, para que crean en la mentira, para que sean condenados todos los que no han creído en la verdad y han consentido la iniquidad* (II Thess., II, 10-11); así como, por el contrario, los buenos cristianos, los hijos de la fe, los que adoran al Señor en espíritu y en verdad, el Señor les galardonará ciento por uno en la tierra, y después la gloria eterna en el cielo. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el día de la Ascensión del Señor.

Sobre los efectos de la Ascensión.



MADOS hermanos míos: El misterio inefable de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo á los cielos es sobremanera instructivo y conmovedor para todo fiel cristiano. En él se confirma nuestra fe, se excita nuestra esperanza y se aviva nuestra caridad. Antes de subir al Padre muéstrase como su divino Hijo, y promete enviar al Espíritu Santo; después bendice á sus discípulos,

se eleva por los aires y desaparece de este mundo para no volver á dejarse ver de los hombres hasta la consumación de los siglos. Este es el hecho histórico, y la Epístola de este día le indica con estas palabras:

«*Recibiréis*—dice el Señor á sus discípulos—*la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y daréis testimonio de mí en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaria y hasta en los confines de la tierra.» Y cuando esto hubo dicho, viéndolo ellos, se fué elevando y y le recibió una nube que le ocultó á sus ojos. Y estando mirando al cielo y viendo cómo se iba, aparéciéronseles dos hombres vestidos de blanco, quienes poniéndose junto á ellos, les dijeron: «Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús, que á vuestra vista se ha subido al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto subir.»* (Act. Apost., 8 al 11.)

Hasta aquí nuestra Epístola, y esto basta, amados míos, para que habiéndose cumplido la venida del Espíritu Santo, y habiendo los Apóstoles dado testimonio de Jesús, como El predijo, creamos que de igual manera se cumplirá la segunda venida de Jesucristo al mundo, para al fin de los tiempos juzgar á los vivos y á los muertos. Consideremos brevemente el misterio, y, aparte de la confirmación de nuestra fe, experimentaremos en nuestro corazón dos saludables efectos, á saber:

.° Cómo se reanima nuestra esperanza
2.° Cómo se acrecienta nuestra caridad.

PUNTO 1.°

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR REANIMA NUESTRA ESPERANZA

Nada hay, carísimos hermanos, más consolador para los hombres de la tierra, que la esperanza en Dios para obtener el cielo. Y que la Ascensión del Señor es un firme baluarte para nuestra esperanza no se puede poner en duda. «*Recibiréis,* nos dice la Epístola de este día, *la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros.*» (Verso 8.) Es decir, que aunque nosotros, por nuestra parte, seamos flacos y miserables, Dios nuestro Señor hará que descienda sobre nuestra alma la virtud del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo

mismo, con cuya gracia y auxilios todo lo podemos, según aquello de San Pablo: «*Todo lo puedo en Aquel que me conforta*» (1).

Jesucristo, Salvador divino de nuestras almas, sube en cuerpo y alma al cielo, viéndolo multitud de discípulos para que nadie dude de ello, y recibido en la misteriosa nube que le ocultó á sus ojos, parece decirnos á todos: «Hermanos míos, me voy al Padre, pero al mismo tiempo me quedo con vosotros; me voy para ser vuestro abogado ante el Padre celestial, pero me quedo en vuestros corazones por la gracia y en la Eucaristía con todo mi ser, para serviros de fortaleza y de alimento; y si esto no fuere bastante, ya he prometido que os enviaré el Espíritu Santo, Espíritu de verdad que os enseñará toda la verdad y os dará el don de *sabiduría,* el don de *entendimiento,* el don de *consejo,* el don de *fortaleza,* el don de *ciencia,* el don de *piedad* y el don de *temor de Dios.* ¿Qué más podéis desear para que vuestra esperanza sea firme?»

«Tenemos—dijo San Pablo—un poderosísimo consuelo los que esperamos alcanzar los bienes prometidos, y esta esperanza es para nosotros una como áncora firme y segura del alma, que nos hace vivir en la tierra como participando de las delicias del cielo, adonde entró Cristo nuestro Señor por su Ascensión, para prepararnos el lugar que hemos de tener en él, y para ofrecer á Dios, como Pontífice nuestro, los méritos de su muerte.» (Hebr., VI, 18-20.)

¡Hermoso motivo de confianza!, que el Apóstol del amor confirmó en nuestro corazón cuando dijo á sus discípulos: «*Hijitos míos, estas cosas os escribo, para que no pequéis. Pero aun cuando alguno, por desgracia, pecare, no desespere, pues tenemos por Abogado para con el Padre á Jesucristo, justo y santo; y El mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados; y no tan sólo por los nuestros, sino también por todo el mundo.*» (I Joann., II, 1-2.)

Es decir, cristianos, que la gloriosa Ascensión del Señor á los cielos hace reanimarse y crecer en nuestro corazón la más dulce esperanza, puesto que Jesucristo sube y se aposenta cabe el trono de su Padre, para ser nuestro abogado, nuestro patrono, nuestro mediador, nuestro intercesor y nuestra víctima. Él mismo se presenta para ser nuestra caución, ofrece á su Padre sus llagas, sus méritos, su pasión, su sangre y su muerte. Él intercede por nosotros y nos obtiene el perdón, la gracia, la fortaleza y la gloria. «*Jesucristo*—dijo San Pablo—*puede salvar perpetuamente á los que se acercan á Dios por mediación suya; porque está siempre vivo para*

(1) Omnia possum in eo qui me confortat. (Philip., IV, 13.)

interceder por nosotros. (Semper vivens ad interpellandum pro nobis.»—Hebr., VII, 25.)

En suma, hermanos míos, yo os digo con el santo Rey David: *«No tengáis envidia á los hombres malos, porque ellos se secarán prontamente, como el heno; esperad en el Señor y haced obras buenas y habitaréis en la tierra* (de los vivientes, ó sea en el cielo) *y os sustentaréis de sus riquezas.»* (Psal. XXXVI, 1-3.) Palabras divinas, en las cuales vemos la *causa* de nuestra esperanza, el *modo* de esperar y el *fruto* de esa virtud.

La causa es Dios, su misericordia para con nosotros, y porque El es de tal condición, que *sabe, puede* y *quiere* ayudarnos, y, por consecuencia, *lo hace.* Sabe, porque es sabiduría infinita; puede, porque es omnipotente; quiere, porque es bondad suma, y lo hace siempre que nosotros no le pongamos impedimento. Por eso la gran cuestión en nuestra vida es cooperar á sus gracias y no poner resistencia á sus designios amorosos. *(Spera in Domino.)*

En cuanto *al modo* de esperar, claramente lo expresa el Profeta, por estas palabras: *«Haced obras buenas.» (Fac bonitatem.)* Lo cual es muy justo y debido, porque el fundamento de la salvación es guardar los Mandamientos, é inútilmente espera el que no obra lo bueno por motivos de caridad.

Por último, *el fruto* de nuestra esperanza es la posesión de las riquezas de la tierra; ó como dice el texto sagrado: *«Alimentarnos de las riquezas de ella.» (Pasceris in divitiis ejus.)* ¿Cuáles son—pregunta San Agustín—las riquezas de esta tierra? Y responde el mismo Santo: *«Las riquezas de ella son el Señor de ella, Dios.»* (Scio.) Otros afirman que por la palabra *alimentarse* (Pasceris) se indica la abundancia de la divina beneficencia, y por aquella otra: *riquezas,* se significa la variedad y excelencia de los dones divinos, que se obtienen por la esperanza. Pero sea de esto lo quiera, siempre es cierto que Jesucristo, subiendo al cielo, es para nosotros motivo firmísimo de nuestra dulce esperanza.

Veamos ahora cómo también la Ascensión del Señor á los cielos sirve poderosamente para acrecentar más y más nuestra propia caridad.

PUNTO 2.°

QUE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR ACRECIENTA NUESTRA CARIDAD

Jesucristo, dice nuestra Epístola, se fué elevando de la tierra en presencia de muchas gentes, y le recibió una nube que le ocultó

á sus ojos; y apareciéndose dos ángeles en forma humana y vestidos de blanco, dijeron: «*Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que á vuestra vista se ha subido al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto subir.*—(Verso 11.)

¡Sorprendente y singular prodigio! Sin duda alguna, millones de millones de ángeles acompañarían á Jesucristo, y El, remontándose sobre todos los principados, potestades, virtudes y dominaciones, llegaría al trono excelso de su eterno Padre, quien haciéndole sentar á su derecha, le dió un nombre sobre todo nombre, haciendo que ante El se doble toda rodilla, y que en aquellas moradas celestes resuene sin cesar aquel sublime cántico, que después fué revelado al Discípulo del amor: «*Digno es el Cordero, que fué muerto, de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición.*»—(Apocal.) ¿Quién, cristianos míos, puede pensar en la entrada triunfante de Jesús en los cielos, sin que instantáneamente caiga de hinojos ante su divino acatamiento, exclamando con el Profeta: «*¡Oh Dios y Señor Nuestro! ¡Cuán admirable es tu nombre en toda la redondez de la tierra, puesto que tu magnificencia ha sido elevada sobre los mismos cielos?* (1).»

Pues bien; «El Señor—dijo San Gregorio en sus Morales (lib. 27) nos enseñó muriendo á no temer á la muerte; resucitando, á tener confianza de que también nosotros resucitaremos; y subiendo al cielo, á gloriarnos en la esperanza de poseer algún día la herencia de la patria celestial.» Y siendo esto así, ¿quién no se excita á reverenciar, á amar y adorar á Cristo nuestro Señor subiendo al Eterno Padre, para ser allí nuestro Intercesor, nuestro Pontífice y nuestro Dios? Allí, en el cielo (como dijo San Pablo, Hebr., VI, 20), *entró nuestro Salvador divino, para ser nuestro precursor, para prepararnos el lugar de nuestra suprema dicha, y para ser eternamente nuestro Pontífice, según el orden de Melchisedech.—Allí está siempre vivo para interceder por nosotros.*» *Semper vinens ad interpellandum pro nobis.*—(Hebr., VII.)

«*Convenía*—añade San Pablo—*que tuviésemos tal Pontífice, santo, inocente, puro, apartado de los pecadores y más elevado que los cielos.* Un Pontífice que se hizo víctima por nuestro amor en la tierra, que perpetuamente renueva su sacrificio en nuestros altares, y que siempre está siendo nuestro Mediador para con el Padre, á fin de que todos nos salvemos. Es decir, que no hay momento en

(1) Domine Dominus noster, quam admirabile est nomem tuum in universa terra, quoniam elevata est magnificentia tua super coelos. (Psalm. VIII, 2.)

nuestra existencia en el cual no podamos decir: «Ahora mismo se está ofreciendo Jesucristo á su Eterno Padre por mi amor.» Y siendo esto así, como la fe lo enseña, y la Iglesia lo predica y nuestro corazón lo adora, ¿quién no se excita á amar, y reverenciar y alabar á nuestro dulcísimo Salvador subiendo al cielo y triunfante sobre todos los coros angélicos de las moradas celestiales?

No es maravilla que aquellos felices discípulos de Jesús que presenciaron su gloriosa Ascensión, quedaran arrobados sin poder apartar su corazón, ni su espíritu, ni sus ojos de su divino Maestro, y que para hacerlos salir de su asombro fuera menester que se aparecieran dos ángeles y les dijeran: «*Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que habéis visto subir, vendrá de la misma manera.*» (Verso 11.) Es decir, vendrá otra vez con la misma majestad á juzgar al mundo.

Aquí, amados míos, termina nuestra Epístola; mas, ¿quién podrá narrar el gozo que experimentarían los Apóstoles con tan agradable promesa? «De tal modo, expone San León, fueron reanimados en su fe, en su esperanza y en su caridad, que nada en lo sucesivo fué capaz de intimidarlos. Ni las cadenas, ni las cárceles, ni los destierros, ni el hambre, ni la sed, ni el fuego, ni los garfios de hierro, ni las garras de las fieras, ni suplicio alguno de los que inventaron sus crueles perseguidores, fueron parte á que disminuyeran sus regocijos, aun en medio de los oprobios y tormentos de los tiranos. En todo y en todas partes contemplaban á Cristo nuestro Señor radiante de gloria en el cielo, y todos sus trabajos se convertían en dulzuras recordando la promesa de que con igual gloria, poderío y majestad, había de descender á juzgar á los vivos y á los muertos. *(Sic veniet quemadmodum vidistis eum euntem in coelum.)*

Tal debe ser también para nosotros, carísimos hermanos, la fe, la esperanza, la caridad y el regocijo de nuestro espíritu, considerando el glorioso misterio de la Ascensión del Señor á los cielos, y, sobre todo, ante la firme confianza de que cuando baje segunda vez á la tierra, nos ha de colocar á su derecha y decirnos con suave y dulce acento: «*Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os ha sido preparado*», por vuestra fidelidad en servirme y en cumplir mis divinos Mandamientos. Esto es lo que con todo mi corazón os deseo, y os bendigo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo VI después de Pascua.

Reglas para vivir santamente.

HERMANOS míos queridísimos: Después que la Iglesia nuestra Madre nos ha presentado en el jueves anterior la Ascensión gloriosa de Jesús á los cielos, terminando la Epístola de aquel día con la promesa divina de que el mismo Jesús, lleno de majestad y de gloria, *ha de bajar de nuevo á la tierra para juzgar á los vivos y á los muertos,* pasa hoy á decirnos que es preciso vivir con cautela practicando las virtudes cristianas en toda su plenitud. Oigamos al Príncipe de los Apóstoles, que en la Epístola de la presente Dominica, refiriéndose á aquel tremendo día, dice así:

«*Hermanos*: *Sed prudentes y velad en oraciones; pero ante todo tened los unos con los otros una caridad constante; porque la caridad cubre la muchedumbre de pecados. Ejercitad los unos con los otros la hospitalidad sin murmuración.*» (I Petr., IV, 7-8 y 9.) Tales son, amados míos, los tres primeros versículos de nuestra Epístola, y en verdad que no es preciso pasar adelante para la instrucción de este día, pues ellos son tan fecundos en enseñanzas morales, que un año entero sería corto para explanarlos. Concretando, pues, las ideas, os explicaré breve y sencillamente tres cosas:

1.ª La prudencia necesaria en nuestros tiempos.
2.ª La vigilancia continua en toda nuestra vida.
3.ª La mutua y constante caridad.

PUNTO 1.º

LA PRUDENCIA ESPECIAL EN NUESTROS TIEMPOS

«*La prudencia,* dijo el angélico doctor Santo Tomás, *es el ojo y el rector del alma y de todos sus movimientos y acciones.*» (P. 2.ª,

q. 10, a. 5); y por esto el Apóstol San Pablo, inspirado del cielo, dijo: «*Hermanos, mirad que andéis avisadamente... no seáis faltos de prudencia, sino considerando cuál es la voluntad de Dios*» (1); y el Príncipe de los Apóstoles, en la Epístola de este día, comienza diciendo: «*Carísimos, sed prudentes.*» (Verso 7.) Es, pues, innegable que la prudencia es una virtud necesaria en todo tiempo, y atendidas las actuales circunstancias, cabe decir que hoy más que nunca. ¿Por qué?—Claramente acaba de publicarlo un egregio Prelado.—«Porque la impiedad dice, ruge en torno nuestro y de día en día se multiplican las tendencias anticatólicas, protegidas y fomentadas por las sectas masónico-liberales que nos dominan hace tiempo. Muchedumbre de enemigos, añade, se levantan contra nosotros y nos dicen en son de befa: «*¿Dónde está vuestro Dios?*»—*Ubi est Deus tuus?* (2).

Pues bien; lo primero que exige la prudencia cristiana es que procuremos conocer á esos enemigos y el fin á que tienden, para no dejarnos seducir de sus asechanzas y falsas doctrinas. Paréceme, carísimos hermanos, que el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo según San Mateo, los describe á maravilla, cuando en su capítulo XXIII dice así:

«*Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los Escribas y Fariseos.*» (Verso 2.) Escribas y Fariseos podemos llamar á los impíos modernos; *Escribas,* porque se han ensoberbecido hasta el extremo de erigirse en doctores de la ley, prescindiendo de Dios y de su Cristo y de la Iglesia. Para ellos su ley procede de su razón y nada más. Son *racionalistas* puros, y en cuanto aplican el racionalismo al gobierno de las naciones, se llaman *liberales,* ó lo que es lo mismo, *imitadores de Lucifer,* quien rebelándose contra Dios levantó el grito y dijo: «*Seré semejante al Altísimo: no le serviré.*»—*Non serviam.*

Podemos además llamarlos *Fariseos,* porque, á semejanza de éstos, son una secta que pretende ser la más ilustrada hasta en materias de religión, y aun aquellos que blasonan de católicos y que conocemos con el nombre funesto de *católicos-liberales,* conservan en su interior cierta independencia y presunción de espíritu, con lo cual llega su audacia al punto de recibir con desagrado las enseñanzas de la Santa Sede y de los Obispos, pretendiendo al mismo tiempo ilustrar y dirigir á la misma Iglesia. «El católico-liberal—

(1) Videte quomodo caute ambuletis... Nolite fieri imprudentes: sed intelligentes quae sit voluntas Dei.—(Ephes., V, 15-17.)

(2) Pastoral del Excmo. Señor Casas y Souto, Obispo de Plasencia, 22 de Agosto de 1899.

dijo el P. Benoit—es un fiel indócil á quien molesta la doctrina de la Iglesia, porque diminuye la libertad de abrazar el error. Es un enfermo que pone mala cara á las medicinas, porque le sacan de un delirio en que se recrea» (1).

Y es tal el trastorno y la confusión que dichos sectarios han traído al mundo, que les cuadran perfectamente las ocho maldiciones que Cristo Nuestro Señor fulminó contra aquellos Escribas y Fariseos de su tiempo, diciéndoles:

«*¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas! que cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni vosotros entráis en él, ni dejáis entrar á los que de otra suerte entrarían.*» (Verso 13.) Es decir, que los herejes modernos no podrán entrar en la gloria, porque con sus doctrinas pestilenciales y con sus libertades de perdición apartan á los pueblos de Jesucristo, corrompen la fe católica é impiden que las almas adoren al verdadero Dios y se salven.

«*¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas! que devoráis las casas de las viudas, haciendo largas oraciones.*» (Verso 14.) Esto es: ¡ay de vosotros! porque llamándoos católicos sin serlo, hacéis un sacrílego tráfico de la piedad, queriendo, por contentar vuestra avaricia, hermanar el catolicismo con el liberalismo, lo cual es una monstruosa aberración.

«*¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas! porque rodeáis la mar y la tierra por hacer un prosélito, y después de haberle hecho, le hacéis dos veces más digno del infierno que vosotros.*» (Verso 15.) Quiere decir que muchas veces después de haber corrompido los maestros del error contemporáneo con sus falsas doctrinas á las inconscientes muchedumbres, salen de éstas hombres más perversos y más furibundos sectarios que ellos.

«*¡Ay de vosotros, guías ciegos! ¡Ay de vosotros, que coláis el mosquito y os tragáis el camello! ¡Ay de vosotros, que limpiáis lo de fuera del vaso y por dentro estáis llenos de inmundicia! ¡Ay de vosotros que sois semejantes á los sepulcros blanqueados, que de fuera parecen hermosos y dentro están llenos de toda sociedad!...*» (Verso 16 y sig.) ¡Esto dice el Señor Dios! y no cabe dudar que tiene cumplida aplicación á los sectarios de nuestros tiempos

Espantan, amados míos, tales maldiciones del Señor sobre las gentes prevaricadoras, y más todavía, si cabe, la sentencia de eterna condenación que después añade, diciendo: «*Serpientes, raza de víboras, vosotros mismos dais testimonio de lo que sois. ¿Cómo*

(1) Benoit, *Ciudad anticrist.*, tomo 2.°, divis. 1.ª, cap. III, art. 2.°

podréis escapar del fuego eterno que os aguarda?» ¿Quomodo fugietis a judicio gehennae? (Verso 33.)

Ved, amados míos, si se necesita prudencia para huir de semejantes apóstoles del error, que por todas partes nos circundan. Pero demos un paso más; pues la Iglesia, en nuestra Epístola, nos dice también que hemos de ser *vigilantes. (Vigilate in orationibus.)*

PUNTO 2.°

DE LA VIGILANCIA NECESARIA

El mundo, carísimos hermanos, se halla erizado de peligros, y se necesitan ojos de lince para no precipitarse en ellos; sin embargo, muchos hombres viven con los ojos cerrados, á la manera del topo, y se dejan llevar de la pereza, imitando á la tortuga. Es preciso, pues, andar vigilantes, y hacer por Dios y por nuestra alma al menos lo que hacemos continuamente por los bienes de la tierra. Lo esencial es buscar, ante todo, el reino de Dios y su justicia, pues todo lo demás se nos dará por añadidura. Esto es, en substancia, lo que el Príncipe de los Apóstoles nos dice en la Epístola de este día, por aquellas palabras: *«Vigilad en las oraciones.»—(Vigilate in orationibus.* Verso 7.)

Verdaderamente, la vigilancia nos es de todo punto necesaria si no queremos ser víctimas de nuestros enemigos y caer en eterna ruina espiritual. «Se necesita—dice un piadoso autor—ser vigilantes respecto de la ley de Dios, para que de dia y de noche sea ésta el objeto de nuestra meditación; se necesita para no contrariar los designios de la Providencia y para secundarla en todo, sin apartarnos de los caminos y medios que ella nos prescribe; se necesita para comprender bien la naturaleza y extensión de nuestros talentos á fin de que no estén ociosos y queden sepultados algunos de ellos; se necesita para aprovechar diligentemente las ocasiones de hacer el bien, y respecto de los movimientos de nuestro corazón para discernir los buenos de los malos; se necesita para moderar bien nuestros sentidos, que son como otras tantas ventanas por las cuales puede entrar el pecado en nuestras almas; se necesita para la elección de las compañías, ó sociedades que frecuentamos, toda vez que muchas de ellas pueden ser funestas á nuestra inocencia; se necesita en atención á los enemigos de nuestra alma, puesto que continuamente el diablo está acechándonos para devorarnos.

Hoy principalmente, amados míos, es de necesidad que viva-

mos muy alerta con los fautores y propagadores de las libertades modernas: hay muchos lobos vestidos con piel de oveja, muchos que sostienen errores por medrar en sus concupiscencias terrenas; muchos seducidos por las teorías racionalistas ó naturalistas, que niegan todo cuanto dice relación con el orden sobrenatural; muchos que aplican el naturalismo y el racionalismo á la política y gobernación de los Estados, y que tienen por divisa la secularización universal, es decir, secularización de las naciones, de la legislación, de la filosofía y de las ciencias, de las escuelas, de la moral y de la Religión, de la vida social y de familia; muchos, en fin, que forman satánico empeño en aniquilar las Ordenes religiosas, el clero secular, la Santa Sede, y sobre todo el REINADO SOCIAL DE JESUCRISTO.—*Nolumus,* dicen, *hunc regnare super nos.* Y por eso digo y repito que hoy más que nunca es preciso que grabemos en nuestro corazón, aquellas palabras que la Iglesia nos dirige en la Epístola de este día diciendo: «*Hermanos, sed prudentes y vigilad en oraciones*». *(Estote prudentes et vigilate in orationibus.* Verso 7.)

Mas la prudencia, la vigilancia y la oración, debieron, sin duda, parecer poco al Príncipe de los Apóstoles para caminar seguros á la eterna bienaventuranza, pues á continuación recomienda el ejercicio de la caridad para con todos los hombres. Consideremos atentamente sus propias palabras. Dice así:

PUNTO 3.°

DE LA MUTUA Y CONSTANTE CARIDAD

«*Pero ante todo,* hermanos, *habéis de tener los unos con los otros una caridad mutua y constante, porque la caridad cubre la muchedumbre de los pecados.*» (Verso 8.)

Nótese, carísimos míos, la importancia de esta frase. No dice simplemente «*Tened caridad*», sino: «*Ante todo tened caridad.*» Es decir, que la prudencia y la vigilancia, y las oraciones de que antes había hecho mención, han de ser precedidas y como avaloradas por la caridad divina, como reina de todas las virtudes, como el perfume que á todas las hermosea, como principio que á todas las hace meritorias, como lazo único que une espiritualmente á los hombres entre sí, y á todos con Dios.

«El amor de caridad—dijo San Agustín—es tan sobremanera grande, que aquel que no lo tiene, en vano posee todo lo demás; y

al contrario, aquel que lo tiene, todo lo posee (1).» Doctrina fundamental que se halla basada en aquellas sublimes palabras de San Pablo:» *Aun cuando yo hablase todas las lenguas de los hombres y de los ángeles... aun cuando tuviese el don de profecía, y penetrase todos los misterios, y poseyese todas las ciencias... y aun cuando distribuyese toda mi hacienda á los pobres y entregase mi cuerpo á las llamas, si no tuviere caridad, de nada me serviría todo esto.»* (Nihil mihi prodest. I Corint., XIII, 1-3.) «*Jesucristo*—añade el mismo Apsótol—*murió por todos* (los hombres), *á fin de que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para Aquél que murió y resucitó por ellos*» (2).

La caridad, pues, es *ante todo;* pero añade la Epístola que ha de ser *mutua y continua;* esto es, perseverante, porque la caridad es deuda que siempre hay que pagar y que jamás se extingue. Y claro es que siendo perseverante, no ha de tener interrupción por nada del mundo; ni por la ingratitud de nuestros prójimos, ni porque ellos nos desprecien ó nos injurien, ni porque nos perjudiquen en la fama ó en la hacienda... es preciso que la caridad no se rompa nunca, pues eso y nada menos significa San Pedro en nuestra Epístola, diciendo: «*La caridad ha de ser mutua y continua.*»—«*Mutuam in vobismetipsis charitatem continuam habentes.*»

Y la razón de todo esto nos la da el mismo Príncipe de los Apóstoles, añadiendo á continuación: «*Porque la caridad cubre la muchedumbre de los pecados.*» Lo cual es como si dijera: «Porque con la práctica de esta virtud en la forma dicha, quedarán perdonados todos vuestros pecados, y además con la caridad sabréis disimular y perdonar las culpas que contra vosotros cometan los demás.»—*Charitas operit multitudinem peccatorum.*

Tal es la sublime lección que la Iglesia nuestra Madre nos propone en la Epístola de este día, y por ella vemos con evidencia que nos es de absoluta necesidad *ser prudentes* en todos los actos de nuestra vida, y *ser vigilantes* en todas las ocasiones, y muy especialmente en el trato social, tan lleno de peligros en nuestros días, y ante todo, que hemos de *ser caritativos* con todos los hombres, aunque ellos no lo merezcan, pues Dios Nuestro Señor, por cuyo amor lo hacemos, siempre lo merece y nos tiene prometido que

---

(1) Tanta est caritas, qua si desit, frusta habentur caetera; si adsit, habentur omnia. (S. August., Sentent. CCCXXVI.)

(2) Pro omnibus est Christus, ut, et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei, qui pro ipsis mortuus est, et resurrexit. (II Corint., V 15.)

todo cuanto hagamos en su nombre será cumplidamente galardonado, no sólo en la tierra, sino además en las mansiones eternas de los cielos. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo VI después de Pascua.

El siervo bueno del Evangelio.

HERMANOS míos amadísimos: «*Cristo nuestro Señor se halla preparado para juzgar á los vivos y á los muertos, y el fin de todas las cosas se ha acercado.*» (Petr., IV, 5-7.) Tal es, en substancia, la verdad fundamental que el glorioso San Pedro puso como fundamento de la Epístola de este día, y á continuación añadió lo que sigue:

«*Por tanto, sed prudentes y velad en oraciones; pero ante todo habéis de tener los unos con los otros una caridad mutua y continua, porque la caridad cubre la multitud de los pecados... Cada cual sirva á los demás, según la gracia que ha recibido, como buenos dispensadores de las diferentes gracias de Dios. Si alguno habla, que sean sus palabras como si Dios hablara por su boca. Si alguno desempeña algún ministerio, que sea conforme á la virtud que Dios da; para que en todas las cosas sea Dios glorificado por Jesucristo, á quien pertenece la gloria y el Imperio por los siglos de los siglos. Amén.*» (I Petr., IV., 7 al 11.)

No intento, carísimos hermanos, tratar hoy de la prudencia, ni de la vigilancia, ni de la caridad propia de los cristianos, porque de esto ya os he hablado otras veces, sino únicamente de la fidelidad á Dios en las gracias que se ha dignado comunicarnos para bien nuestro y de nuestros semejantes. Al efecto, habré de mostraros dos cosas:

1.ª La necesidad de ser fieles á las gracias de Dios.
2.ª El abuso de las gracias divinas.

PUNTO 1.°

NECESIDAD DE SER FIELES Á LAS GRACIAS DEL SEÑOR

Es innegable que todo hombre que viene á este mundo ha recibido de Dios ciertas gracias y talentos para que cumpla su misión sobre la tierra. Dios nada hace inútil, y permanecer ociosos sería oponerse á los sapientísimos designios del Señor sobre nosotros. No todos los hombres tienen iguales talentos ni iguales gracias, pero todos tienen obligación de hacer fructificar las que el divino Hacedor benignamente les concediera. *«Al que ha recibido mucho*—dijo Nuestro Señor Jesucristo—*mucho se le pedirá, y mucho se exigirá también á aquel á quien mucho se ha confiado.»* (Luc., XII, 48.) El que haya recibido menos tendrá que dar menos cuenta, pero á todos ha de residenciar el Señor, diciéndoles como al siervo del Evangelio: *«Dame razón de los bienes que te entregué.» Redde rationem villicationis tuae.* (Luc., XVI, 2.)

Pues bien; fundado en esto, dícenos el Espíritu Santo, por San Pedro, en la Epístola de este día: *«Cada cual sirva á los demás según la gracia que haya recibido, como buenos dispensadores de las gracias de Dios.»* (Verso 10.) Notemos bien estas palabras. Dice el Apóstol: *Cada cual (unusquisque);* es decir, que la fidelidad á las gracias recibidas obliga á todos y cada uno de los hombres, lo mismo al monarca que al súbdito, al rico que al pobre, al seglar que al religioso. Todos hemos prometido á Dios, en el santo Bautismo, ser fieles; todos nos hemos alistado en las banderas de Cristo nuestro Señor, y á todos nos incumbe no recibir en vano sus gracias, pues si así fuera, nos haríamos ingratos y dignos de su indignación eterna.

Nadie puede lícitamente sepultar sus talentos, grandes ó pequeños, ni aun por temor de que venga la vanidad, pues ya sabemos por el Evangelio cuánto desagradó al Señor el siervo perezoso, y puesto que somos seres sociales, colocados por Dios en el mundo para ayudarnos los unos á los otros, no es razón que malogremos los dones del cielo permaneciendo inactivos. Y esto es precisamente lo que nos encarga hoy San Pedro cuando dice: *«Cada cual sirva á los demás según la gracia que haya recibido, como buenos dispensadores de las diferentes gracias de Dios.»*

Quiere decir esto, que todos, según las circunstancias en que nos encontremos y según las riquezas espirituales ó temporales que el Señor nos haya otorgado, tenemos obligación de comunicarlas ó derramarlas prudentemente sobre aquellos que puedan utilizarse de ellas. La efusión caritativa de los dones de Dios es la muerte del egoísmo y la llave de oro con la cual quiere su divina Majestad que abramos para nuestras almas las puertas del cielo.

Por consiguiente, ¡oh ricos! ¿es el don vuestro poseer bienes de fortuna? Recordad la Epístola de hoy, pues en ella os encarga el Espíritu Santo que es vuestro deber emplearlos, no ya en derroches, prodigalidades y lujos desmedidos, sino en socorrer, según las leyes de la caridad, las necesidades de los pobres.

¿Es, por ventura, vuestro don, el ocupar grande poder é influencia en la gobernación de los Estados? Pues no olvidéis que el Señor Dios os puso en esas condiciones, no para satisfacer vuestro orgullo, ni para imperar según vuestro capricho, sino para dictar leyes justas y equitativas, de acuerdo con la voluntad de Dios y de su Iglesia, para el bien de los súbditos, á quienes obliga ver en vosotros los representantes del mismo Dios.

¿Os encontráis, acaso, revestidos del don del magisterio, para enseñar á las gentes las ciencias filosóficas y físico-naturales? No perdáis de vista que vuestra misión es sagrada, y que debéis someter vuestra razón á la fe, para que jamás se extravíe por los funestos derroteros de la impiedad, con daño gravísimo de las sociedades, de la patria y de la Iglesia de Jesucristo.

¿Ocupáis, tal vez, alguna dignidad, mayor ó menor en la Iglesia de Cristo nuestro bien? Pues jamás perdáis de vista que la excelencia de vuestro don os obliga en gran manera á cultivar vuestros talentos y á obtener las disposiciones necesarias para el fiel desempeño de vuestra misión sagrada. Os incumbe, según nuestra Epístola, «*comunicar vuestro don á los demás, como buenos dispensadores de la gracia de Dios*».

¿Eres ¡oh sacerdote! agraciado por Dios con el don de la elocuencia para evangelizar á las gentes?—Repara bien tu ministerio altísimo y que eres llamado por el Señor para ser órgano de su divina palabra; desempeña con celo tu santo apostolado, considerando lo que hoy advierte el Príncipe de los Apóstoles en nuestra Epístola, diciendo: «*Si alguno habla, que sea como con palabras de Dios.*» (Verso 11.) Aplícate al estudio y á la oración—dijo San Agustín—para estar bien penetrado de las verdades, que intentas persuadir

y obra en conformidad con ellas, de modo que sirvas de modelo á tus oyentes y los prediques también con el ejemplo. *(Si quis loquitur, quasi sermones Dei.)*

¿Te dedicas principalmente á otros ministerios sagrados, para los cuales te llamó el Señor dándote gracia particular para ellos? Pues atiende á las palabras de la misma Epístola, que dice así: «*Si alguno ministra, que sea conforme á la virtud que Dios da; para que en todas las cosas sea Dios honorificado por Jesucristo, á quien pertenece la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.*»—*(Cui est gloria et imperium in saecula saeculorum. Amen.* (Verso 11.) Es decir, que los sacerdotes, sea el que fuere nuestro cargo en la Iglesia de Cristo, hemos de obrar siempre procurando la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas, pues así lo exige el fin de nuestro sagrado ministerio y la virtud que hemos recibido de lo alto.

Y lo mismo, respectivamente, ha de entenderse de los padres de familia, de los tutores y curadores, de los maestros y de los amos, pues todos, cada cual en su línea, han recibido gracia del Señor, á la que deben ser fieles, para que, como dice nuestra Epístola, sea Dios glorificado en todas las cosas por Cristo nuestro bien. *(Ut in omnibus honorificetur Deus per Jesum Christum.)*

Tal es, carísimos hermanos, el alcance de las palabras de San Pedro, que acabamos de considerar; y como por desgracia no siempre empleamos bien los dones que el Señor se digna comunicarnos, no terminaré esta instrucción sin deciros dos palabras sobre lo mucho que abusamos de las gracias divinas.

PUNTO 2.°

SOBRE EL ABUSO DE LAS GRACIAS DE DIOS

Nada hay más ventajoso para el cristiano que emplear bien las gracias de Dios; pero nada le perjudica tanto como hacer mal uso de ellas, ó tenerlas inactivas. «*Una tierra*—dijo San Pablo—*que recibe la lluvia que en ella cae, y produce hierba útil á los que la cultivan, recibe la bendición de Dios; mas la que produce malezas y espinas, es despreciada y como maldita, y al fin es entregada á las llamas.*» (Hebr., VI, 8.) Quiere esto decir, que tendrá grande castigo de Dios todo el que reciba sus gracias inútilmente, y mucho

más el que abuse de ellas para el mal, como muy de ordinario acontece. «*Los que abusan de las gracias de Dios*—dijo el mismo Apóstol—*reunen un tesoro de cólera para el día de la ira y de la manifestación del justo juicio de Dios*» (1).

Oid, amados míos, la voz de un Profeta, divinamente inspirado; dice así: «*Cantaré á mi amado la canción de mi primo á su viña. Tuvo mi amado una viña plantada en una fértil colina; y la cercó de un vallado, y la despedregó, y puso en ella las vides más lozanas, y edificó una torre en medio de ella, y construyó allí un lagar; y esperó que produjera excelentes racimos de uvas, mas la viña sólo produjo agraces.*» (*Expectabit ut faceret uvas, et fecit labruscas.* (Isai., V, 1-2.) «*Decidme, habitadores de Jerusalén y varones de Judá: ¿Qué es lo que además de esto debí hacer por mi viña y no lo haya hecho? ¿Por qué en vez de fruto sabroso lo ha producido tan amargo?*» (Versos 3 y 4.)

Hasta aquí llega la primera parte de la canción, y antes de pasar adelante conviene que sepáis lo que significa: Quien canta es el profeta Isaías, y canta á su amado Jesucristo, Mesías prometido que había de nacer de su misma tribu y familia, que por eso le llama *primo;* y la canción que le canta es la que Jesús ha de cantar después á su viña, esto es, á la casa de Israel, para mostrarla su horrible ingratitud, á pesar de tantos y tan señalados beneficios. *El seto* ó vallado que puso á su dicha viña fueron las leyes sagradas que le dió para su gobierno. *Las piedras* de que la limpió fueron los Cananeos y los ídolos de mármol que adoraban. *Las vides escogidas* fueron los patriarcas, profetas y otros varones santos. *La torre,* el gobierno justo; la Sagrada Escritura, el templo. *El lagar,* el altar de los holocaustos. *Las uvas silvestres,* la idolatría y otras abominaciones de los hebreos (2).

Todos estos beneficios fueron, indudablemente, magníficas gracias del Señor sobre aquel pueblo escogido, que en vez de adorar al verdadero Dios, se tornó rebelde é ingrato. Pero ¿qué otra cosa es esto sino un símbolo ó figura de lo que hizo Jerusalén deicida con Jesucristo y de lo que continuamente hacemos nosotros abusando de sus gracias divinas? ¿No es la Iglesia católica la verdadera viña del Señor? ¿No somos todos y cada uno de nosotros sus vides escogidas? ¿No se ha esmerado en custodiarnos con sus Mandamientos divinos y con su Ley evangélica? ¿No cuida esmerada-

(1) Thesaurizas tibi iram in die irae et revelationis justi judicii Dei. (Rom., II, 5.)
(2) Así Ferrar, en la nota del P. Scío.

mente de arrancar de nuestro corazón las malezas y las malas hierbas? ¿No tenemos la torre del Vaticano, la vigilancia de los Obispos, el celo de los sacerdotes y el templo de nuestro sacrificio? ¿No tenemos el altar santo, *lagar divino* donde día y noche reside en nuestros tabernáculos el Dios Eucarístico, Señor de la viña y dueño soberano de nuestros corazones? ¿No están á nuestra disposición los demás sacramentos, con los cuales se nos comunican á torrentes las gracias celestiales? ¿Qué más pudo hacer el Señor por nosotros que no haya hecho? *Quid est quod debui ultra facere vineae meae, et non feci ei?* (Isaiae, cap. IV.)

Sin embargo, ¡oh dolor! somos muchas veces aún peores que el pueblo judío, porque hemos recibido mayores gracias de Dios, y abusamos ingratamente de ellas. Abusamos de nuestro cuerpo, de nuestra alma y de todos nuestros bienes exteriores. Abusamos de nuestros ojos, de nuestros oídos, de nuestra lengua, de nuestras manos y de nuestros pies. Abusamos de nuestra salud, de nuestra vida, de nuestras fuerzas y de nuestros años. Abusamos de nuestra alma y de sus bellísimas facultades, de la imaginación, de la memoria, del entendimiento y de la voluntad. Abusamos de nuestro corazón, de nuestros afectos, de nuestros deseos. Abusamos de las riquezas, de los honores y de los placeres. Abusamos de las criaturas, del alimento, de la bebida, de los vestidos, del tiempo... ¡Oh! ¡De todo abusamos, pues hasta hacemos mal uso de la bondad, de la misericordia y de la paciencia de Dios!

¿Qué hará, pües, el Señor de la viña, al vernos tan rebeldes, tan ingratos y tan malversadores de sus portentosos é inefables dones?—El mismo Isaías lo dijo á continuación. Oid sus propias palabras, que son espantables y terroríficas: «*Ahora*—dice—*quitaré el seto á la viña, y quedará para ser robada; derribaré su cerca y quedará para ser hoyada; y haré que quede desierta, y no será podada, ni cavada, y nacerán en ella zarzas y espinas; y mandaré á las nubes que no lluevan sobre ella.*»—(Isai., V, 6)

Es decir, carísimos hermanos, que Dios al ver nuestra ingratitud, permitirá que nuestra pobre alma quede como viña baldía, que pueden hollar las bestias y las fieras, por hallarse sin el valladar de los Mandamientos divinos, sin la poda de la mortificación, sin la lluvia de las gracias celestiales y llena de las zarzas y espinas de los vicios; ó lo que es lo mismo, llena de todo género de abominaciones. En una palabra; Dios nos dejará en manos de nuestro propio consejo, y, como leemos en el sagrado libro de la Sabiduría, «*aguzará su inexorable ira como lanza, y peleará con El*

todo el universo contra los insensatos» que hemos abusado de sus gracias (1).

Por tanto, cristianos, concluyo esta instrucción exhortándoos con las mismas palabras de la Epístola, á saber: «*Cada cual sirva á los demás según la gracia que haya recibido, como buenos dispensadores de las diferentes gracias de Dios. Si alguno habla, que sean sus palabras como si Dios hablara por su boca. Si alguno desempeña algún ministerio, que sea conforme á la virtud que Dios da, para que en todas las cosas sea Dios glorificado por Jesucristo, á quien pertenece la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.*»

HOMILÍA 1.ª

Para el día de Pentecostés.

Sobre la venida del Espíritu Santo.

HERMANOS míos amadísimos: La Iglesia nuestra Madre conmemora hoy una de sus festividades más solemnes, para recordarnos la venida del Espíritu Santo sobre el Colegio apostólico, según la promesa hecha por nuestro Señor Jesucristo. La Epístola de la Misa refiere el hecho histórico de la siguiente manera:

«*Habiendo llegado el día de Pentecostés, hallábanse todos* (los Apóstoles) *reunidos y unánimes en un mismo lugar, y de repente se oyó un ruido como de viento impetuoso, que venía del cielo y llenó toda la casa en donde estaban sentados. Y vieron aparecer á manera de lenguas de fuego, las cuales se dividieron y se colocaron sobre cada uno de ellos. Y entonces fueron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron á hablar en varias lenguas, según como el Espíritu Santo les daba que hablasen. Y residían entonces en Jerusalén judíos varones religiosos de todas las naciones que hay debajo del cielo, y tan luego como se extendió la fama del suceso, acudió mucha gente y*

(1) Pugnavit cum illo orbis terrarum contra insensatos. (Sap., V, 21.)

quedó pasmada, porque oía que los Apóstoles hablaban á cada uno en su propia lengua.» (Act. Apost. II, 1 á 6.)

Tal es, amados míos, el acontecimiento asombroso que hoy debemos considerar, y para que, al par que instructivo, sea también afectuoso para vuestro corazón, intento mostraros ahora:

1.° Las causas y fines de la venida del Espíritu Santo.
2.° Por qué vino en lenguas de fuego precedido del viento.

PUNTO 1.°

CAUSAS Y FINES DE LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

Ante todo conviene saber que el Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad, procediendo del Padre y del Hijo. «*Tres son,* dijo San Juan, *los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa* (1).» El Padre es Dios, el Verbo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, pero no son tres dioses sino uno solo y tres personas distintas. Esto dice claramente que en el cielo dan testimonio de que Jesucristo es Hijo de Dios, *el Padre* cuando declara en el bautismo y en la transfiguración de Jesús, que es su Hijo muy amado. (Matt., III, 17 y XVII, 5.) *El Verbo,* cuando ya unido á la naturaleza humana, y viviendo en el mundo, mostró con sus milagros y respondiendo á Caifás, que El era realmente el Hijo de Dios. (Joann., VIII, 18, y XVI, 14.) El Espíritu Santo, cuando descendió sobre los Apóstoles, por modo tan asombroso, comunicándoles sus dones y sus gracias para hacer que se creyese en Jesucristo como Hijo de Dios verdadero. Por consiguiente, la Epístola de este día es una verdadera demostración de la divinidad de Jesucristo. Sin embargo, el Espíritu Santo es una persona distinta del Padre y del Hijo, y de ambos procede.

¿Cómo se verifica este portento? Los teólogos lo explican de esta manera: «El Padre, contemplándose á sí mismo, comprende su esencia infinita, como si dijéramos una imagen perfecta y substancial de sí propio, y esta imagen es su Verbo, es su Hijo engendrado eternamente. El Hijo consubstancial al Padre, y eterno como El,

(1) Tres sunt, qui testimonium dant in coelo, Pater, Verbum, et Spiritus Sanctus, et hi tres unum sunt. (I Joann., V, 7.)

se llama Verbo de Dios; y Padre é Hijo, amándose infinitamente, hacen que de ellos proceda el Espíritu Santo como de un solo principio, y siendo su Amor substancial, infinito, eterno y Dios como ellos. Este es el Espíritu consolador que Jesús prometió enviar á sus Apóstoles, y que le envió realmente, como declara la Epístola de la presente festividad.

Mas, dejándonos de tan sublimes teologías, descendamos á las *causas* por las cuales fué enviado á nosotros el Espíritu Santo. El piadoso varon y Padre Luis de la Puente indica tres á cuál más apremiantes: primera, *la caridad y la bondad infinitas de Dios;* segunda, *los méritos de Cristo;* tercera, *nuestra propia necesidad.*

Con efecto; el amor infinito de Dios hacia el hombre, que le movió á darle su Hijo unigénito, ese mismo amor le impulsó á enviarnos el Espíritu Santo. A la manera que un amigo, deseando manifestar á otro más copiosamente su amor, después de haberle dado todas sus cosas, desea darle también el corazón; así también Dios nuestro Señor, después de habernos dado á su Hijo, quiso, además, darnos su corazón amoroso, ó sea el Espíritu Santo.

A esta causa poderosísima se añaden los méritos infinitos de Cristo nuestro bien, pues aunque nosotros no lo merecíamos, El, no obstante, nos mereció esta inefable gracia, con su muerte y pasión, y después sentado á la diestra de Dios Padre como abogado nuestro, le pidió el divino Consolador y le obtuvo, para que tuviera cumplimiento su promesa, cuando dijo á sus discípulos: «*Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que more siempre con vosotros*» (1).

Finalmente, la tercera causa es nuestra necesidad y miseria, porque éstas, en verdad, exigían que fuera enviado del cielo el Consolador dulcísimo, y de este modo tuviera cumplimiento aquello de David: «*La Misericordia y la Verdad se encontraron, la justicia y la paz se dieron ósculo de amor.*»—*Justitia et pax osculatae sunt.* (La Puente, parte IV, medit. 21.)

De esta manera, amados míos, se expresa el citado Padre, añadiendo que todo ello fué por altísimos y sapientísimos fines de la amorosa providencia del Señor. A saber: para que reemplazara á Cristo Jesús en los divinos oficios de Protector, Abogado y Consolador, y permaneciera con nosotros eternamente; para que continuara cerca de nosotros prodigándonos su celestial magisterio, se-

(1) Ego rogabo Patrem, et alium Paraclitum dabit vobis, ut maneat vobiscum in aeternum. (Joann., XIV, 16.)

gún nos indicó nuestro Señor Jesucristo, por aquellas palabras: «Cuando viniere el Espíritu Santo consolador, que os enviará mi Padre, El os enseñará todas las cosas»; para que El nos dé á todos un testimonio interno de la divinidad de Cristo nuestro Señor; y también para reprender y corregir los vicios de este mundo, en conformidad con aquellas otras palabras de nuestro dulcísimo Redentor: *Cuando viniere el Espíritu Santo, argüirá al mundo de pecado, y de justicia y de juicio.* (Joann., XVI, 8.)

Es decir, que el Espíritu Santo vino al mundo y descendió sobre los Apóstoles, para que éstos, con su predicación y milagros, convencieran al mundo *de pecado;* esto es, de que los hombres, en vez de creer en Jesucristo, le crucificaron ignominiosamente y persiguieron á sus discípulos. Y también para que convencieran á las gentes *de la justicia,* ó sea de la inocencia del Hijo de Dios, á quien los judíos entregaron á la muerte, y que después en verdad resucitó y subió al cielo, donde está sentado á la diestra de Dios Padre. E igualmente, para que dichos Apóstoles convencieran á todos los hombres del juicio y sentencia pronunciada contra el demonio, cuando se vea su reino destruído por la predicación del Evangelio (1).

Ved aquí, carísimos hermanos, brevemente delineadas las *causas y fines* de la venida del Espíritu Santo, que hoy nos recuerda la Iglesia en la Epístola que venimos considerando. Ahora detengámonos un momento en el hecho de venir precedido de viento impetuoso y en forma de lenguas de fuego.

PUNTO 2.°

DE CÓMO VINO EL ESPÍRITU SANTO

De repente—dice nuestra Epístola—*vino un estruendo del cielo como de viento impetuoso y llenó toda la casa en donde los Apóstoles estaban sentados* (Verso 2).—*Tanquam Spiritus vehementis.*—dice el texto latino.—¿Por qué tal estruendo? ¿Por qué tal viento? ¿Por qué tal Espíritu? Oigamos á los Santos Padres que nos dan sobre este punto instrucciones bellísimas.

El estruendo que de repente vino del cielo, dicen, es para indicar que así como el estruendo es producido por el choque ó con-

(1) Véase el P. Scío en su nota á las palabras dichas de S. Juan.

curso de dos cuerpos, así también el Espíritu Santo procede de la mutua unión ó concurso de dos amores, es decir, del amor infinito del Padre y del Hijo.

Y dice que el Espíritu Santo vino á manera de *viento impetuoso*, para significarnos por este símil las grandes analogías que existen entre el viento y el Espíritu Santo.

El viento, dicen, aunque veloz é invisible, se deja sentir por modo indudable y nadie sabe su origen; y esto es cabalmente lo que acontece con el Espíritu Santo. El es un ser activo, veloz en su movimiento, invisible en su esencia, que se deja sentir por sus efectos admirables en la inteligencia y en los corazones de los hombres, pero que ninguno sabe de dónde viene ni á dónde camina: que es lo que significó el Apóstol San Juan por aquellas palabras: *El Espíritu donde quiere sopla y oyes su voz, mas no sabes de dónde viene ni á dónde va* (1).

Que es como si dijera: «El Espíritu Santo se comunica por modo misterioso á quien y como le place, y aunque no se sepa por qué camino entra en un corazón, esto no obstante, da á conocer su augusta presencia por la mudanza visible y maravillosa de aquel en quien habita.

El viento vehemente en sus propiedades aseméjase también al Espíritu Consolador, porque es velocísimo y supera todos los obstáculos que se oponen á su paso, ya derribando torres, ya rompiendo las peñas, ya arrancando los árboles. El Espíritu Santo no admite dilaciones, no reconoce distancias, no se deja vencer por nada, antes bien, El lo vence todo y obra maravillas, como lo muestra la Epístola de este día, donde leemos que los Apóstoles quedaron transformados y aptos para vencer á toda la gentilidad, y á los príncipes de los judíos, y á los sabios de la tierra, y á todas las potestades infernales.

El viento, además, produce en lo material efectos parecidos á los del Espíritu Santo en el orden espiritual; pues así como el aire purifica la atmósfera, disipa las nubes, atempera el calor del estío, fertiliza los campos, impulsa á las naves y hace que giren las ruedas de los molinos; así también, por modo superior, el Espíritu Santo purifica las almas de los pecadores, disipa las nieblas de las conciencias, mitiga el excesivo calor de las concupiscencias, hace fructuosas las inteligencias de los hombres, impulsa á las naveci-

(1) Spiritus ubi vult spirat, et vocem ejus audis; sed nescis unde veniat, aut quo vadat. (Joann., III, 8.)

llas de nuestras almas por las vías de la perfección, y hace que se muevan ligeras las ruedas que trituran el alimento espiritual; esto es, instruye y anima é impulsa á los predicadores de la divina palabra para que la prodiguen á los fieles digna y fructuosamente. Y como los Apóstoles que se hallaban en el Cenáculo se habían de ejercitar en este divino oficio, por eso dice el sagrado texto que «un viento impetuoso vino del cielo y llenó toda la casa en donde estaban sentados».—*Et replevit totam domum ubi erant sedentes.* (Verso 2.)

Pero viniendo ya al versículo tercero de nuestra Epístola, leemos lo siguiente: *Y vieron aparecer unas lenguas como de fuego, las cuales se dividieron y colocaron sobre cada uno de ellos;* esto es, sobre los Apóstoles. ¿Qué significan dichas lenguas de fuego?

Significan primeramente *el fin* porque descendió á los hombres el Espíritu Santo. Descendió en forma de *lenguas* para que todos ellos se hicieran lenguas en alabanzas y loor sempiterno de Cristo Nuestro Señor á quien debían dar á conocer con su predicación constante; y lenguas, no comoquiera, sino lenguas *de fuego,* para que salieran de sus labios llamas de encendida caridad que abrasaran los corazones de los oyentes en amor de Dios y del prójimo.

Lenguas de fuego, porque este elemento representa de un modo admirable las principales propiedades del Espíritu Santo. El fuego ilumina, ahuyenta las tinieblas, purifica los objetos, se los asimila, los transforma en sí mismo, sube hacia lo alto... y esto cabalmente hace el Espíritu Santo en las almas de los hombres. El, por modo inefable y misterioso, ilumina las inteligencias, ahuyenta las tinieblas del pecado y de las pasiones, purifica las conciencias, calienta, enardece y abrasa los corazones con el fuego del amor sagrado, se los asimila y transforma, los une íntimamente á sí mismo y levanta sus pensamientos y deseos á las mansiones eternas de los cielos.

Ved aquí, cristianos míos, por qué el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles en lenguas de fuego, para que llenos de fervor, de celo, de caridad, de luz y de fortaleza sobrehumana, emprendieran con denuedo la obra portentosa de evangelizar al mundo, no con sabiduría terrena, sino con la celestial, *hablando varias lenguas, según el Espíritu Santo les daba para que hablasen.—Prout Spiritus Sanctus dabat eloqui illis.* (Verso 4.)

Es más: descendió el Espíritu Santo en lenguas de fuego, porque éste en sus cualidades propias representa con mucha exactitud los siete principales dones del divino Consolador.

El fuego destruye y reduce á polvo todo cuanto se opone á su

acción devoradora, y esto realiza en los espíritus soberbios el *don de temor de Diòs.*

El fuego derrite el hielo y liquida las piedras y los metales más duros, y el Espíritu Santo por el *don de piedad* calienta los corazones helados, los enfervoriza y los ablanda hasta el punto de hacer rodar por las mejillas lágrimas de penitencia.

El fuego endurece y consolida las vasijas de barro, y purifica el oro de toda la escoria, y por modo semejante el Espíritu Santo consolida los vasos de elección, y los robustece para soportar con regocijo las tribulaciones, con *el don de fortaleza.*

El fuego da luz y calor, y penetra y se eleva, y esto cabalmente es lo que obra el Espíritu Santo en las almas de los fieles por los dones de *sabiduría, entendimiento, consejo y ciencia.*

Ved aquí, en resumen, las principales significaciones de haber descendido el Espíritu Santo en lenguas de fuego, y al aposentarse éstas sobre cada uno de los Apóstoles, fué como decirnos: El Espíritu Santo vino á traer al mundo el fuego del amor divino y no desea otra cosa sino que arda, y al efecto, dió á los Apóstoles el don de lenguas y fuego sagrado para que, al predicar el Evangelio á los hombres, abrasaran hasta los corazones más helados y rompieran los ánimos más empedernidos. No es, pues, de maravillar, que extendida la fama del suceso, *acudieran las gentes,* como dice nuestra Epístola, y *quedaran asombradas al oir cada cual en su propia lengua lo que hablaban los Apóstoles.* (Verso 5.)

Tal es, amados míos, la gran festividad que hoy celebra nuestra Madre la Iglesia, para que todos entendamos, y admiremos y agradezcamos los maravillosos prodigios que el Señor obró en el momento mismo de su institución solemne. Ya hemos considerado las *causas y fines* de la venida del Espíritu Santo y por qué vino *en lenguas de fuego* con preferencia á toda otra forma.

Pidámosle al divino Huésped, que ilumine con sus luces nuestro entendimiento y que encienda y abrase con su fuego nuestros corazones, para que movida con santos afectos nuestra voluntad, seamos llenos de sus inefables dones, y gracias y frutos, y corramos por los caminos de la perfección y santidad, hasta que otro día tengamos la dicha de ser consumados en gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el día de Pentecostés.

Divinidad de la Religión católica.

AMADOS míos en el Señor: La Epítola de la Misa en esta gran festividad de la Iglesia nos declara un conjunto de milagros portentosos, que muestran de una manera evidente la divinidad de nuestra sacrosanta Religión. Oid cómo se expresa el Espíritu Santo en el sagrado libro de los *Hechos apostólicos*, de donde está tomada nuestra Epístola. Dice así:

«*Habiendo llegado el día de Pentecostés, hallábanse todos* (los Apóstoles) *reunidos y unánimes en un mismo lugar, y de repente se oyó un ruido como de viento impetuoso, que venía del cielo y llenó toda la casa en donde estaban sentados. Y vieron aparecer á manera de lenguas de fuego, las cuales se dividieron y se aposentaron sobre cada uno de ellos. Y entonces fueron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron á hablar en varias lenguas, según como el Espíritu Santo les daba que hablasen. Y residían entonces en Jerusalén judíos, varones religiosos de todas las naciones que había debajo del cielo, y tan luego como se extendió la fama del suceso, acudió mucha gente y quedó pasmada porque oía á los Apóstoles hablar á cada uno en su propia lengua. Y estaban todos atónitos, y se maravillaban, diciendo: ¿No veis que son galileos estos que hablan? ¿Pues cómo los oimos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua? Parthos y Medos, y Elamitas, y los que moran en la Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, Ponto y Asia, en Phrygia y Pamphylia, Egipto y tierras de Libia, que está comarcana á Cyrene, y los que han venido de Roma, Judíos también, y Prosélitos, Cretenses y Árabes los hemos oído hablar en nuestras lenguas las grandezas de Dios.*» (Act., II, 1 á 11.)

Hasta aquí, carísimos hermanos, el texto literal de la Epístola, y en él se evidencian dos cosas que muestran la divinidad de la Religión católica, á saber:

1.° Los milagros del Espíritu Santo en los Apóstoles.
2.° Los milagros de los Apóstoles por el Espíritu Santo.

PUNTO 1.°

LOS MILAGROS DEL ESPÍRITU SANTO EN LOS APÓSTOLES

Paréceme que ningún hombre en sano juicio osará negar los hechos históricos referidos en nuestra Epístola, y mucho menos entre cristianos que sabemos la verdad é infalibilidad de lo contenido en las Sagradas Escrituras; pues bien, como dichos hechos, en especial las lenguas de fuego que descendieron sobre los Apóstoles, son evidentemente milagrosos, no se puede negar que la Religión católica es en realidad divina; pues es dogma de fe declarado en el Santo Concilio Vaticano, que «*los milagros suministran á los hombres una prueba verdadera del origen divino de la Religión cristiana* (1).» Dios es el único que puede hacer verdaderos milagros, porque es el único que puede alterar las leyes generales del mundo, y por otra parte su bondad y santidad infinitas jamás permitirán que los artificios del demonio nos arrastren invenciblemente al error.

Ahora bien: el glorioso Padre San Bernardo, en un discurso que pronunció con motivo de la presente festividad, hácenos ver que los milagros obrados por Dios en el día de Pentecostés superan en mucho á los que realizó en la creación del universo. «Examinad, dice, la creación del mundo y del hombre en particular; ved las cosas que allí se hacen, la manera con que se hacen y el motivo porque se hacen, y hallaréis tres grandes milagros que contienen otra infinidad de ellos: hallaréis un milagro de *omnipotencia*, un milagro de *sabiduría* y un milagro de *bondad* infinita.

Milagro de *omnipotencia*, porque sólo la omnipotencia de Dios puede crear alguna cosa de la nada; milagro de sabiduría infinita, porque sólo una infinita sabiduría puede establecer y conservar este orden admirable que reina en el universo; milagro de ilimitada bondad, porque sólo bondad tal podía preparar tantos bienes para el hombre que no los había merecido. Y ¿quién duda, añade, que los milagros obrados en Jerusalén, en el día de Pentecostés, son todavía mayores?

En la creación del hombre, bastó que la Santísima Trinidad dijera «*Hagamos al hombre*» *(Faciamus hominem)*, porque el barro

(1) Concil. Vatic. Constit. *Dei Filius*, cap. III, *de Fide*.—Los racionalistas de nuestros tiempos no admiten la intervención sobrenatural de Dios que llevan consigo los milagros, y así miran éstos como hechos debidos á causas naturales ignoradas. ¡Cuánto deliran los hombres y qué ciegos caminan cuando se apartan de las vías católicas!

no oponía resistencia á las manos del obrero; mas en el día de hoy fué preciso un gran ruido como de viento impetuoso, que venía del cielo y que llenó toda la casa donde los Apóstoles estaban sentados, porque se trataba de transformar las almas con la gracia y el corazón de los hombres es menos dócil al mandato del Ser Supremo que el barro de que fué formado su cuerpo.

En la creación del alma humana bastó una inspiración de vida sobre el rostro del hombre, para que éste quedara hecho en alma viviente, pero en el día de hoy para transformar á los Apóstoles se necesitó un viento impetuoso, y que produjera gran ruido.—*Sonus tanquam advenientis spiritus vehementis.* (Verso 2.)

En la creación de Adán y de Eva el Espíritu Santo se comunicó únicamente á ellos, mas hoy se comunica desde luego á ciento veinte personas que se hallaban reunidas en Jerusalén, y después, mediante ellas, á todo el universo, llenando á sus discípulos de sus dones y de sus gracias, ilustrando su espíritu, purificando su ánimo, enardeciendo sus corazones, fortaleciendo su voluntad, y haciéndolos prontos para ejercitar todo género de virtudes.

En la creación de nuestros primeros padres se les comunicó el Espíritu Santo de una manera invisible y sólo permaneció con ellos algunas horas (1), pasadas las cuales le contristaron con su desobediencia y le obligaron á ausentarse de sus corazones; mas en el día de Pentecostés se detiene en cada uno de sus discípulos *(Seditque supra singulus eorum),* fija en ellos su residencia, y los confirma en su gracia; es decir, les hace la virtud no necesaria, sino fácil, y el vicio no ya imposible, sino tan odioso, que en adelante el gran número de dichos discípulos no cometerá ningún pecado mortal.

En la creación de Adán y de Eva obró el Señor la maravilla de concederles el don de una sola lengua, y fué ya gran portento; pero, ¿qué comparación ofrece con la venida del Espíritu Santo, cuando este divino Huésped instantáneamente llenó su entendimiento con el don de varias lenguas, y *comenzaron á hablar, según que el mismo Espíritu Santo les iba poniendo las palabras en sus labios?—Prout Spiritus Sanctus dabat eloqui illis.* (Verso 4.)

¡Qué maravilla el que hombres que apenas sabían hablar su propia lengua, de repente comenzaran á hablar en todas las lenguas del mundo, y tan claro, que aquellas gentes asombradas, decían: *«¿No veis que son Galileos estos que hablan? ¿Pues cómo los*

(1) Según algunos seis horas. Quien desee ver la cuestión extensamente tratada, consulte á Suárez, tomo III, página 368, edición de París, año 1846.

oimos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua?» (Verso 6.) ¡Oh prodigio inaudito de la omnipotencia del Espíritu Santo! Es indudable, hermanos carísimos; hubo en este admirable acontecimiento, no un milagro, sino un conjunto de milagros obrados por Dios en la persona de los Apóstoles, para que todos los hombres del mundo deduzcan de aquí la divinidad de la Religión católica, que por dicha nuestra profesamos.

¿Y qué diremos de las lenguas de fuego que descendieron del cielo y se aposentaron sobre la cabeza de los discípulos? ¿Quién no ve aquí que fué para denotar mejor el fuego divino que el Espíritu Santo encendía en el corazón de los Apóstoles, á fin de que éstos con sus lenguas de fuego abrasaran el espíritu de todos los fieles, y ardiera el mundo entero en llamas vivas de amor sagrado? ¿Y por qué se dividían dichas lenguas de fuego sino para significar aquella verdad tantas veces repetida por San Pablo, á saber, que hay diferentes dones, pero no hay más que un solo Espíritu?

Mas, podrá preguntarse: ¿Porqué el Espíritu Santo escogió personas tan pobres y sin letras, prefiriéndolas á tantas otras que había ricas y sabias? El Apóstol San Pablo nos revela el motivo, diciendo: «Escogió débiles para confundir á los fuertes, pobres para confundir á los ricos, ignorantes para confundir á los sabios, á fin de que en la conversión del mundo nada aparezca que no sea divino. *¡Ah, Señor!*—decía David.—*¡Cuán grandes y magníficas son tus obras! ¡Todo lo haces con la mayor sabiduría!* (1).» Es decir, amados míos, que todo es milagroso, magnífico y sublime en la presente festividad; y los prodigios obrados por el Espíritu Santo en la persona de los Apóstoles constituyen una prueba ineludible de la divinidad de la Religión católica. Confirmemos esta prueba considerando ahora los milagros que los mismos Apóstoles obraron en virtud de los dones con que les enriqueció el Espíritu Santo.

PUNTO 2.º

LOS MILAGROS DE LOS APÓSTOLES POR EL ESPÍRITU SANTO

¿Qué eran los discípulos de Jesús antes de la venida del Espíritu Santo? Claramente lo expresa la narración histórica de los Santos Evangelios. Con dificultad se encuentra timidez mayor que la suya. Apenas se presenta el traidor Judas con la cruel turba de soldados

(1) Quam magnificata sunt opera tua, Domine; omnia in sapientia fecisti. (Ps. XCI, v. 16.)

romanos para prender á Cristo, al punto ellos emprenden la fuga, y si Pedro mostró alguna más constancia que los otros, sin embargo, seguía á Jesús *de lejos (a longe)* y después le negó cobardemente. ¿A quién no sorprende tal debilidad é inconstancia en un hombre que había hecho á Jesús reiteradas protestas y juramentos de morir primero que abandonarle? ¡Pedro tiembla á la voz de una simple criada, finge no conocer á Jesús y protesta con horrible juramento que no sabe quién es! ¡A tal extremo llegó! Y si esto hizo el más animoso de los Apóstoles, ¿qué estarían dispuestos á hacer los demás?

Pruebas claras dieron de ello, pues aun después de la resurrección de Jesucristo, se ocultan cuidadosamente por miedo á los judíos y temen no se les complique en la causa del Maestro á quien han seguido. ¿Y son estos los hombres destinados para enarbolar el estandarte de la fe y sacarle triunfante en todas las regiones de Judea y en todas las provincias del imperio romano?—Sí, carísimos hermanos, y lo llevaron á cabo con un arrojo y valentía que maravilla. La transformación y el prodigio, ya sabéis cómo se obró; claramente lo dice nuestra Epístola; todo fué obra de la virtud omnipotente del Espíritu Santo. Descendió sobre ellos en leguas de fuego, y *comenzaron á hablar.—Et coeperunt loqui.* (Verso 4.)

¡Oh fortaleza divina venida de lo alto! Pedro, sin el Espíritu Santo, es vencido por la voz de una sirvienta; mas tan luego como ha recibido el divino Huésped, se constituye vencedor de los príncipes, de los reyes y de los imperios. ¡Tal es el ánimo que infunde en los corazones la presencia augusta del divino Consolador! Lo que es imposible á la naturaleza se hace posible y hasta fácil con la gracia de Dios. Al momento que el Espíritu Santo ilustra los entendimientos y mueve los corazones, cambia las afecciones humanas, acrecienta la energía del ánimo y cesamos de ser lo que éramos, y nos convertimos en lo que no éramos.

Pues bien; cuando el Santo y divino Espíritu descendió sobre los Apóstoles, había en Jerusalén cretenses, árabes, medos, partos y una infinidad de judíos de todas las naciones del mundo conocido, y especialmente estos últimos eran enemigos mortales de todos los discípulos de Jesucristo; supieron lo que pasó en el Cenáculo, corrieron á él, y al oir á los Apóstoles anunciar en diferentes lenguas las maravillas del Señor, quedaron asombrados, y dijeron: *«¿Qué es esto? ¿No son Galileos los que hablan? ¿Pues cómo los oimos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua?»* (Verso 11.) Pero otros decían burlándose: *«Estos están tomados del mosto.»* (Verso 13.) ¡Oh impie-

dad! ¡Oh insensatez! ¡Osar atribuir á la embriaguez un milagro tan grandioso y tan evidente como el don de lenguas! De esta manera permite el Señor que se cieguen en el entendimiento aquellos impíos que no quieren ver la luz.

Pero el milagro sube de punto, pues tomando Pedro la palabra, hízolo con tal valentía, unción y eficacia, que en un solo discurso convirtió tres mil judíos á la fe de Jesucristo. ¡Oh fuerza milagrosa de la palabra de Dios! Bien se evidencia en este caso que ni una sola sílaba pronunciaron sus labios que no le fuera dictada por el Espíritu Santo, y, por consiguiente, que la Religión de Jesucristo es divina y la única verdadera.

Antes del día de Pentecostés, viviendo en compañía de su divino Maestro, *no entendían muchas veces lo que les hablabla y todo era un enigma para ellos (Nihil horum intellexerunt.*—Luc., XVIII); después de la resurrección, habiendo visto tantos milagros obrados en su presencia, todavía merecieron que Jesús les dijera: *¡Oh necios é incrédulos en todo lo que han dicho los profetas* (Luc., XXIV); mas ¡oh prodigio! tan luego como el Espíritu de verdad bajó sobre sus cabezas, instantáneamente son para ellos familiares las santas Escrituras, penetran su sentido, explican sus obscuridades, exponen con la mayor claridad los misterios y convencen á los entendimientos más indóciles y mueven á los corazones más empedernidos. Y esto, amados míos, no fué más que el comienzo de los innumerables y portentosos milagros que después continuaron obrando todos los Apóstoles, como revestidos de la virtud omnipotente de los cielos; y fueron tantos y tan sorprendentes, y tan persuasivos que crecieron los fieles de Cristo como la hierba de los campos, y todos ellos en la primitiva Iglesia se apresuraban á vender sus haciendas y á ponerlas á los pies de los Apóstoles, para que sirvieran de socorro á los pobres, teniendo todos como un solo corazón y una sola alma, ocupándose de continuo en la oración, en alabar á Dios y en acercarse á la Sagrada Mesa, para alimentarse del pan eucarístico, encanto de su vida y regocijo de sus corazones.

Esta es la historia de los hechos que nadie en sano juicio puede negar, y de aquí síguese con todo rigor lógico la ineludible consecuencia de la divinidad de la Religión de Cristo Nuestro Señor. ¿Quién al considerar los portentosos milagros que recordamos en la presente festividad y que refiere nuestra Epístola, no se ve obligado á confesar que los prodigios obrados por el Espíritu Santo en los Apóstoles, y los que los Apóstoles multiplicaron después por la virtud del Espíritu Santo, son prueba fehaciente de que la Reli-

gión cristiana es obra enteramente de Dios, y por consecuencia divina?

Demos, pues, gracias al Señor por los milagros que ha obrado en este solemne día para establecer su Iglesia, y por la merced inestimable de llamarnos á ella. Admiremos los prodigios de poder, de sabiduría y de amor que obró el Espíritu Santo en favor de los Apóstoles, y de la fortaleza, celo y prudencia que los Apóstoles emplearon en extender la vida, pasión, muerte y resurrección de nuestros Señor Jesucristo; y creyendo, y venerando, y amando tan sublimes y consoladores misterios, vivamos adorando y glorificando á Dios en esta vida, con la dulce confianza de gozarle después en la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el día de la Santísima Trinidad.

Profundidad y necesidad del misterio.

Amados hermanos míos: *«¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán impenetrables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fué su consejero? ¿O quién le dió á El primero, para que le sea recompensado? Porque de El, y por El, y en El son todas las cosas. A El sea gloria en los siglos. Amén.»* (Rom., XI, 33 á 36.)

De esta manera, carísimos hermanos, se expresa el Apóstol San Pablo en la Epístola de este día, y la Iglesia nuestra Madre lo apropia y refiere al augusto misterio de la Santísima Trinidad; misterio inefable, misterio trascendental, misterio incomprensible, que constituye un artículo de fe en nuestra sacrosanta Religión.

«¡Oh Trinidad Santísima!—exclama San Agustín en sus Soliloquios. (XXXI.)—Vos sola os conocéis perfectamente. Vos sola ¡oh Trinidad augusta! sois infinitamente superior á todo lo que es admirable, indecible, inaccesible, incomprensible, ininteligible, aventajando substancialmente á toda inteligencia, á toda razón, á todo en-

tendimiento y á toda la cognoscibilidad de los espíritus celestiales. A Vos, Trinidad Santísima, nadie es capaz de comprenderos, ni de explicaros, ni de imaginar como sois, aunque se os mire con los ojos de los ángeles (1).»

Esto dijo el gran Obispo de Hipona; y sin embargo, amados míos, yo tengo hoy necesidad de hablaros de dicha Trinidad augusta, á la que no comprendo ni puedo comprender; pero que con todo mi corazón amo, venero y adoro, deseando que la adoren, veneren y amen todos los pueblos de la tierra, y que en todas partes resuene este dulcísimo himno de alabanzas: «*Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.*»

Así, pues, vamos ahora todos juntos á glorificar á *Dios uno y trino*, con la sumisión de nuestro entendimiento, creyendo para conocer, y conociendo para amar; porque este augusto misterio exige ser creído, ser amado, ser venerado, pero no vanamente escudriñado. Dos cosas intento manifestaros:

1.° La profundidad del misterio.
2.° La necesidad de creer en él.

PUNTO 1.°

EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD ES PROFUNDÍSIMO

Decir, amados hermanos, que el misterio de la Santísima Trinidad es profundísimo en su esencia, parece completamente inútil porque todos lo sabemos; pero no lo es considerar las inefables verdades que en él se encierran y que la Iglesia nos manda que creamos. ¿Cuáles son estas verdades?

La primera es, que *hay un Ser Supremo,* Soberano Señor de cuanto tiene ser, que todo lo crió con la virtud de su palabra, y que este Ser es Dios vivo y verdadero, infinito en todo género de perfecciones, y que es un solo y único Dios. *Oye, Israel; el Señor Dios tuyo, es un solo Dios* (2). UN SOLO DIOS, pues así lo declaró el Señor en el Deuteronomio, diciendo: *Ved que yo soy solo, y que no hay otro Dios sino yo* (3).

Esta verdad de fe, nadie dirá que es obscura porque la misma

(1) Trinitas sancta... quam, neque dicere, neque cogitare, neque intelligere; neque cognoscere possibile est, etiam oculis angelorum. (S. Agustín.)
(2) Audi Israel, Dominus Deus noster, Dominus unus est. (Deuter., VI, 4.)
(3) Videte quod ego sim solus, et non sit alius Deus praeter me. (Deuter., XXXII, 39.)

razón natural basta para evidenciarla. ¿Quién que levante los ojos al firmamento y contemple esa infinidad de astros que giran sobre nuestras cabezas, no comprende por modo evidente la existencia de un Ser Supremo, infinitamente sabio, é infinitamente poderoso, y por consecuencia *único*, porque es imposible que haya dos seres infinitos? Esta es la *Unidad* en la *Trinidad*.

Dios, pues, es *uno* en esencia, pero juntamente *trino en personas;* á saber: *Padre, Hijo y Espíritu Santo;* y esta es la segunda verdad que la Iglesia nos propone. Verdad de fe, pero verdad superior á la razón, verdad de profundo misterio, ante el cual el cristiano inclina humilde su frente, y dice: «CREO». *¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y ciencia de Dios!*

Misterio, digo, que supera á la razón humana, pero que es altamente razonable; porque se funda, no sólo en la Iglesia infalible, sino en la palabra misma de Dios. «*Hay tres*—dijo el Apóstol San Juan—*que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa* (1).» Puede darse prueba más evidente de la *unidad* en la *trinidad*?

Y lo mismo enseñan los Santos y Doctores de la Iglesia, pero de modo elocuentísimo que no dejan nada que desear. «*Hay*—dijo San Agustín—*en el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo, una eterna é inconmutable unidad, un solo Dios, una sola luz y un solo principio.*» No encuentro—añade—un nombre que convenga á una excelencia tan grande; ved lo mejor que puede decirse: «*Esta Trinidad es un solo Dios, de quien, por quien y en quien son todas las cosas, y estas tres personas no tienen más que una misma substancia. Sin embargo, una persona no es la otra. Hay en las tres el mismo poder, la misma eternidad, la misma inmutabilidad, la misma majestad: unidad en el Padre, igualdad en el Hijo, y concierto de igualdad y unidad en el Espíritu Santo. Y estas tres personas son una misma cosa á causa del Padre, iguales en todo á causa del Hijo, y unidad entre sí á causa del Espíritu Santo* (2).»

Verdaderamente es sublime y compendioso esto que dijo el grande Obispo de Hipona, y de ello se desprende una tercera ver-

(1) Tres sunt, qui testimonium dant in coelo: Pater, Verbum, et Spiritus Sanctus; et hi tres unum sunt. (I Joann., V, 7.)

(2) Trinitas haec, unus Deus, ex quo, per quem, in quo omnia, eorundem una substantia. Unus autem non est alter: eadem tribus potestas, eadem aeternitas, eadem incommutabilitas, eadem majestas. In Patre unitas, in Filio aequalitas, in Spiritu Sancto unitatis aequalitatis que concordia. Et tria haec, unum omnia propter Patrem, aequalia omnia propter Filium, connexa omnia propter Spiritum Sanctum. (S. Agustín, lib. 1.° de *Doctrina christiana*, cap. V.)

dad consoladora y luminosa que todos debemos creer, y es que *cada una de dichas tres divinas personas es Dios.* Dios es el Padre; Dios es el Hijo; Dios es el Espíritu Santo; y sin embargo, no son tres dioses, sino *un solo y único Dios.*

«*Padre mío* —dijo Jesucristo— *en esto consiste la vida eterna; en que os conozcan como un solo y verdadero Dios*» (1). Luego el Padre es Dios.

«*El Verbo*—leemos en el Evangelio—*estaba desde el principio en Dios, y Dios era el Verbo* (2).» El Verbo es el Hijo; luego el Hijo es Dios.

Sólo á Dios corresponde tener templos para ser adorado; pero el Apóstol San Pablo dice que nosotros somos templos del Espíritu Santo; luego el Espíritu Santo es Dios. Son, pues, tres personas divinas, pero no tres dioses.

Pero dijo también San Agustín, en las palabras citadas, que *las tres divinas personas son perfectamente iguales entre sí;* y esta es la cuarta verdad que ha de creer todo cristiano. Ser iguales entre sí quiere decir que cada una de ellas tiene la misma gloria, la misma majestad, la misma divinidad; que cada una de ellas es infinitamente sabia, infinitamente poderosa é infinitamente justa; que cada una de ellas es inmensa, increada y eterna, pero sin que pueda decirse que hay tres seres inmensos, ó increados, ó eternos; sino «*un olo eterno, un solo increado y un solo inmenso.*» (Symb. Athanas.)

Por último, la quinta verdad que todos hemos de creer es que, aunque dichas tres personas son iguales en perfecciones é igualmente eternas, sin embargo, *el Padre es la primera* de las tres, que no tiene principio de su existencia, que no es hecho, ni creado, ni engendrado. *El Hijo es la segunda persona,* que viene del Padre por vía de generación, de donde provienen los nombres adorables de Padre y de Hijo. *El Espíritu Santo es la tercera persona,* que procede del Padre y del Hijo, como de un solo principio, y que esta procesión no puede llamarse generación, porque es de fe que no hay más de una sola generación y un Hijo solo.

Tales son, amados míos, las principales verdades que contiene la doctrina de la Santísima Trinidad, y ante ideas tan asombrosas y tan sobre la comprensibilidad humana, sólo nos incumbe á los cristianos creer, venerar, adorar y decir con la Epístola de hoy: «*¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y de la ciencia de*

(1) Haec est vita aeterna ut cognoscant te solum verum Deum. (Joann., XVII.)

(2) In principio erat Verbum, et Verbo erat apud Deum, et Deus erat Verbum. (Joann., I, 1.)

Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán impenetrables sus caminos!» Veamos ahora cuán legítima y cuán racional es esta sumisión del entendimiento y del corazón á la soberana autoridad de Dios que se ha dignado revelarnos misterio tan augusto, como sublime é incomprensible.

PUNTO 2.°

NECESIDAD DE CREER EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

«En la suprema y augusta Trinidad tanto es una sola persona, cuanto son las tres unidas; y no son más dos que una, y las tres son en sí infinitas. De esta suerte, no sólo se encuentran cada una en cada una de las demás, sino también todas en cada una, y cada una en todas y todas en todas, y todas son uno (1).» Así se expresaba el Aguila de los doctores hablando de este inefable misterio, mostrando además que no por estar sobre la razón, es contra la razón, porque más puede Dios hacer que nosotros comprender, y la esencia infinita de Dios, no puede ser completamente entendida por el hombre finito.

De aquí, amados míos, pudiera hacerse el siguiente argumento: «Nada es más creíble, ni más digno de Dios que lo infinito; es así que todo lo que es infinito es incomprensible para el hombre, pues siendo limitado su entendimiento no puede comprender más que las cosas limitadas; luego nada puede parecernos más creíble y más digno de Dios que lo que es incomprensible á nuestro entendimiento. El misterio de la Santísima Trinidad se encuentra en este caso; luego nos ha de parecer altamente razonable el que sea para nosotros incomprensible. Si el hombre con su inteligencia comprendiera los misterios infinitos de Dios, ó sería de potencia intelectiva infinita como Dios, ó Dios dejaría de ser infinito, ó lo que es lo mismo, Dios dejaría de ser Dios.

Pero dejando estas disquisiciones científicas y otras muchas que pudieran hacerse para quien las necesite, me concreto á vosotros, fieles, sencillos y buenos, y os digo: «Nada hay más necesario para nuestra eterna salud que creer en el adorable misterio de la Santísima Trinidad.» La sentencia está ya pronunciada en el Santo

(1) In summa Trinitate tantum est una, quantum tres simul sunt; et nec plus aliquid sunt duae, qua una res, et in se infinita sunt; ita et singulae sunt in singulis, et etiam omnia in singulis, et singula in omnibus, et omnia in omnibus, et unum omnia. (S. August., lib. VI, *De Trinitate.*)

Evangelio: «*El que no crea*, dice (en este misterio), *será condenado á los eternos suplicios.*» *(Qui non crediderit condemnabitur.*—Marc., XVI.)

Todo cristiano, pues, que quiera salvarse, ha de tener y conservar hasta el fin de su vida, la creencia en los artículos de la Santísima Trinidad, que antes os he indicado, y el que llegue á perderla, tenga por seguro que pierde su eterna salvación. *(Absque dubio in aeternum peribit.)*

«*Los cielos*—dijo el Real Profeta—*han sido creados por la palabra del Señor, y su poder viene del aliento de su boca* (1).» El Señor que crea es el *Padre*; la palabra que emplea para crear es el *Hijo;* y el soplo de su boca es el *Espíritu Santo;* y así en un solo versículo de la Biblia quedan expresadas las tres divinas personas de la Trinidad augusta.

Creamos, por tanto, en Dios uno y trino; uno en esencia y trino en personas; creamos, no con fe muerta, no con fe vacilante, no con fe lánguida, sino con fe viva, firme é inalterable, con fe generosa y constante, manifestada en las obras; porque esta es la fe con que los cristianos dan honor y gloria á la Santísima Trinidad.

Es verdad que nuestro entendimiento no alcanza á comprender cómo es un solo Dios siendo tres las personas, ni cómo son tres las personas siendo un solo Dios; pero la fe lo enseña, la Iglesia lo predica, es revelación divina, y esto basta para que los buenos cristianos crean, amen, veneren y adoren á la Trinidad en la unidad y á la unidad en la Trinidad, con todo el afecto de su corazón, exclamando siempre con el Apóstol: *O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei!* ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo, gloria á la Trinidad beatísima, en quien, de quien y por quien vive todo cuanto vive, y vivimos nosotros y por la gracia de Dios viviremos eternamente en las mansiones inefables de los cielos. Amén.

---

(1) Verbo Domini coeli formati sunt, et spiritu oris ejus, omnis virtus eorum. (Psalmo XXXII, 6.)

HOMILÍA 2.ª

Para el día de la Santísima Trinidad

Sobre el amor á la Santísima Trinidad.

MADOS hermanos míos: «*Inquirir el cómo* de la Trinidad Santísima es perversa curiosidad; *creer y confesar* este misterio como le cree y confiesa la Santa Iglesia Católica, es grande seguridad; pero *ver á la Trinidad augusta,* como es en sí misma, es perfecta y suma felicidad (1).» Aquí, pues, no vamos á ocuparnos de lo primero, y sólo diremos con el Apóstol, en la Epístola de este día: «*¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán impenetrables sus caminos!* (Rom., XI, 33).» Tampoco trataremos de lo segundo, porque, gracias al Señor, todos somos creyentes verdaderos y caminamos seguros; me concretaré, pues, en este día á explanar la tercera consideración; esto es, á mostraros que el adorable misterio de la Santísima Trinidad no sólo exige la humilde sumisión de nuestro entendimiento, sino también el más perfecto amor de nuestro corazón. Al efecto dividiré la materia en tres puntos:

1.° El amor que debemos á Dios Padre.
2.° El amor que debemos á Dios Hijo.
3.° El amor que debemos á Dios Espíritu Santo

PUNTO 1.°

DE CÓMO HEMOS DE AMAR Á DIOS PADRE

Es cosa de suyo natural y razonable que amemos á quien nos ama y nos colma de beneficios. Dios Nuestro Señor nos ama y todo cuanto tenemos es puro don suyo; luego debemos amarle con todo nuestro corazón. La proposición mayor es de sentido común y nadie

1) S. Bern., Serm. 1, in parv. serm.

la niega, y la menor la confirma el Apóstol en la Epístola de este día, diciendo: *«¿Quién dió á Dios primero alguna cosa para pretender por ello recompensa? Todo es de El, todo es por El, todo es en El.»* —*(Quoniam ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia.*—Rom., XI, 35 y 36.) Luego la consecuencia es legítima y nuestros amores deben ser todos para Dios. No que se excluyan otros amores, sino que todos deben ordenarse y refundirse en el amor teologal.

Con efecto. *Todo es de Dios,* como Criador de todas las cosas; *todo es por Dios,* como conservador de las mismas cosas; *todo es en Dios,* como fin último de cuanto tiene ser.

Y descendiendo á cada una de las divinas personas en particular, por más que sus obras sean indivisibles, decimos, por apropiación, con los Santos Padres: «Todo *es de Dios Padre,* como de principio que cría todas las cosas; todo *es por Dios Hijo,* como principio que repara todas las cosas; todo *es en Dios Espíritu Santo,* como en principio que santifica todas las cosas.»

En este sentido dijo San Pablo, que *todo es de El, por El y en El;* y el Santo, como fuera de sí por la vehemencia del amor sagrado, exclamó: *«A El sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.»* *(Ipsi gloria in saecula. Amen.)*

Pues bien, desarrollando estas ideas fundamentales, os digo primeramente: Debemos á Dios Padre los sentimientos más puros, más finos y más tiernos de nuestro amor. Es el principio de todo cuanto tiene ser; El ha creado el mundo para nosotros, á nosotros para El, y todo para que le amemos y le demos gloria. Las criaturas todas en el orden de la naturaleza, nos están como dando voces para que le amemos. El firmamento con esos bellísimos astros que le tachonan y que nos envian sus resplandores de día y de noche; la tierra con tan variadas y hermosas producciones, hierbas, flores, frutos, animales y todo para nuestro alimento, comodidad y regalo; el mar con la multitud de sus habitantes y con sus espumosas y encrespadas olas, todas esas bellísimas criaturas á una voz parece estarnos diciendo: «Amad á vuestro Dios y á nuestro Dios, á vuestro Creador y nuestro Creador, á vuestro principio y nuestro principio, á vuestro fin y nuestro fin. A El sólo sea siempre honor y gloria. *(Ipsi gloria in saecula. Amen.)*

Justo es—dijo San Agustín—que la criatura ame y alabe á Dios su Creador, porque El nos crió para amarle y alabarle, sin que necesite para nada de nuestras alabanzas, ni de nuestros amores; quiere que le amemos para hacernos felices en retorno de nuestro amor.

Quiere que le amemos en todos los tiempos y lugares, porque El nos ama en todos los lugares y tiempos; y no sólo en las prosperidades, sino también en las adversidades, pues en éstas nos enseña y en aquéllas nos consuela. Por eso en toda ocasión hemos de exclamar con David: «*Siempre estará su alabanza en mis labios.*» *(Semper laus ejus in ore meo.)*

Quiere el Señor que le amemos, y no de un modo ordinario, sino sobre todas las cosas, y en todas las cosas, con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra alma, con todo nuestro corazón; pues como dijo San Agustín: «*Menos de lo debido le ama, aquel que fuera de El ama alguna cosa, que por El no la ama.*»

«*Reparad*—dijo San Juan—*cuál caridad nos ha dado el Padre, queriendo que llevemos el nombre de hijos de Dios, y que en realidad lo seamos* (1).» Si Dios es nuestro Padre, ¿habremos de dejar de amarle? Gloria sea á El, por los siglos de los siglos, porque todo es de El. *(Ipsi gloria in saecula; quoniam ex ipso sunt omnia.)*

PUNTO 2.°

DEL AMOR QUE DEBEMOS Á DIOS HIJO

Pero no solamente debemos amor al Padre, porque todo es de El *(Ex ipso)* sino también al Hijo, porque todo es por El. *(Per ipsum)*. Es decir, que por el Hijo, ó sea *por el Verbo, ha sido criado todo en el cielo y en la tierra, las cosas visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades... El es antes que todas las cosas, y todas las cosas subsisten por El. (Omnia in ipso constant.*—Coloss., I.)

Si todo, pues, subsiste por Dios Hijo, subsistimos también por El nosotros, y bajo este título le debemos todo nuestro amor, y todo nuestro corazón y todo nuestro ser; y mucho más si consideramos que El es la imagen consubstancial del Padre, y por lo mismo infinitamente sabio, infinitamente justo, infinitamente perfecto, infinitamente misericordioso, y tan infinitamente amable, que en El tiene el Padre todas sus complacencias.

Debemos amar á Dios Hijo con todo nuestro corazón; porque El siendo Dios se hizo hombre por nuestro amor; siendo Señor se hizo siervo, siendo todo se hizo como nada, y cuanto menor se hizo por

(1) Videte qualem charitatem dedit nobis Pater ut filii Déi nominemur et simus. (I Joann., III, 1.)

la humildad, tanto mayor se nos muestra en la caridad, y cuanto por nosotros fué más humillado, tanto más merece ser de nosotros amado.

Debemos amar á Dios Hijo con todo nuestro corazón, porque El voluntariamente se hizo nuestro hermano, y se complace en llamarse así, como cuando dijo á las mujeres piadosas que iban á visitar su sepulcro: «*Id; dad la nueva á mis hermanos, para que vayan á la Galilea, y allí me verán.* (Matth., XXVIII, 10.)

¡Qué dignación! El Hijo de Dios no quiere ponernos en la clase de *siervos* suyos, ni aun se contenta con darnos el título de *amigos*, sino que nos honra y dignifica con el hermoso nombre de *hermanos*. ¡Hermanos! nombre de amor, nombre de unión íntima, nombre de dilección constante.

Debemos amar á Dios Hijo con todo nuestro corazón, porque místicamente se hizo nuestra cabeza, somos sus miembros, y por misteriosa é inefable manera nos comunica su espíritu, su sabiduría, su amor y su propia vida, para que vivamos de El y para El, y podamos en verdad decir con el Apóstol: «*Mi vivir es Cristo.*» *(Mihi vivere Christus est.)*

Debemos amar á Dios Hijo con todo nuestro corazón, porque además de lo dicho, se constituyó Redentor nuestro, llegando la fineza de su amor al extremo de padecer y morir, con muerte ignominiosa de cruz, por darnos la vida eterna de nuestras almas.

Debemos amar á Dios Hijo con todo nuestro corazón, porque aun después de habernos redimido permanece siendo nuestro *Abogado*, nuestro *Ayudador*, nuestro *Mediador* y nuestro *Salvador*.

«*Hijitos míos*—dijo San Juan—*esto os escribo para que no pequéis; mas si alguno pecare, tenemos por Abogado para con el Padre, á Jesucristo el Justo.*» (I Joann., II, 1.) «*Porque*, oh Timoteo—añade San Pablo—*uno solo es Dios, y uno solo es el Medianero entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.*» (I Timot., II, 5.)

«*Por lo tanto*—concluye San Pedro—*todo el que invocare el nombre del Señor será salvo* (1).»

¡Sorprende, amados míos, la bondad y el amor que Dios Hijo nos ha mostrado encarnando, naciendo, trabajando, sufriendo y muriendo por nosotros! Y si Dios Padre nos testificó su infinita dilección, *enviando al mundo á su Hijo Unigénito, para que vivamos por El* (2), Dios Hijo nos dió idéntico testimonio; pues, como dijo el Apóstol,

(1) Quicumque invocaverit nomen Domini, salvus erit. (Actor., II, 12.)

(2) In hoc apparuit charitas Dei in nobis, quoniam Filium suum Unigenitum misit in mundum, ut vivamus per eum. (Joann., IV., 9.)

«se entregó á sí mismo por nosotros, á fin de rescatarnos de toda iniquidad y tener un pueblo puro y amante de las buenas obras (1).»

Tal es el amor que debemos á Dios Hijo, segunda persona de la Santísima Trinidad. Terminemos ahora diciendo dos palabras sobre el amor que debemos al Espíritu Santo.

PUNTO 3.°

DEL AMOR QUE DEBEMOS Á DIOS ESPÍRITU SANTO

Hemos dicho que debemos amor á Dios Padre, porque *todo es de Él,* y amor á Dios Hijo porque *todo es por Él,* y ahora añado que igual amor debemos al Espíritu Santo, porque *todo es en Él. (In ipso sunt omnia.)*

El Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad, verdadero Dios como el Padre y el Hijo, de quienes procede. *(Qui ex Patre Filioque procedit.)* Es, como dijo San Agustín, el amor y el lazo del Padre y del Hijo (2); es el término y el centro del amor mutuo que el Padre Eterno tiene á su Hijo, y el Hijo á su Padre; es el centro y el término de los trabajos de nuestro divino Salvador, puesto que por el Espíritu Santo recibimos la gracia, las virtudes y demás dones celestiales; es el que ilumina, instruye, rige y gobierna á la Santa Iglesia católica, Maestra infalible de la verdad, depositaria de las verdades reveladas y del amor infinito de Dios; es en dicha Iglesia el lazo amoroso que une á todos los fieles con Cristo, y á todos entre sí, haciendo de todos un solo cuerpo moral y un como solo individuo.

El cuerpo del hombre, compuesto de varios miembros, está vivificado por una sola alma, y esta alma da al cuerpo la facultad de ver por medio de los ojos, de oir por medio de los oidos, de hablar por medio de la lengua.... y de semejante manera el Espíritu Santo posee y vivifica los miembros del cuerpo de Jesucristo, que son su Iglesia, derramando en ellos los inefables carismas de su sagrado amor.

Esto, y muchísimo más que no es posible decir y ni aun siquiera indicar, es el Espíritu Santo para nosotros y para el mundo en-

(1) Dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate..., etc. (Timot., II, 14.)

(2) Spiritus Sanctus est Patris et Filii amor et conexio. (S. August., Lib. de grat. Novi Testam.)

tero, bastando decir con San Ambrosio que *jamás el Espíritu Santo está sin virtud, y que no hay virtud sin el Espíritu Santo* (1), y, como dice San Pablo en la Epístola de hoy, *en El son todas las cosas* y á El pertenece toda gloria en los siglos de los siglos. *(Ipsi gloria in saecula.)*

Pues bien; aunque el Espíritu Santo está por esencia, presencia y potencia en todos los cristianos, es preciso entender que El se da al alma de un modo particular cuando la encuentra justificada, pues se complace en habitar en ella de un modo nuevo como en su templo predilecto, haciéndola participante de su amor infinito é increado.

Es verdad que aunque el hombre sea pecador, el Espíritu Santo está con él ayudándole con los auxilios actuales de su gracia, moviendo su corazón é inclinando su voluntad para que se arrepienta, obre lo bueno, se purifique y se salve; pero morar de asiento en su pecho manchado con la culpa grave y permitir que dicho pecador tenga unión íntima con El, ¡oh! eso no, porque falta la caridad, que es el lazo sagrado de nuestra unión con Dios.

Es, pues, necesario amar al Espíritu Santo, para que El more en nosotros y nosotros en El y recibamos de lleno las divinas efusiones de su amor infinito.

Es necesario amar al Espíritu Santo para que El, á manera de fuego sagrado, purifique, ilumine y encienda nuestros corazones, transformándonos en sí mismo, fortaleciendo é inflamando nuestro espíritu para que obremos maravillas de amor en honor suyo y en bien nuestro y del prójimo.

Es necesario amar al Espíritu Santo, que es espíritu de verdad, que vino al mundo para enseñarnos todas las verdades (2), para que jamás erremos en el camino de nuestra eterna salud.

Es necesario amar al Espíritu Santo, porque El, al mismo tiempo que instruye, ilumina y fortalece, enfervoriza y transforma, cambiando las afecciones humanas, para que cesemos de ser lo que somos y nos convirtamos en lo que no somos. *Se apoderará de ti el Espíritu de Dios*—dijo Samuel á Saúl—*y profetizarás y te verás convertido en otro hombre* (3). Así leemos en las sagradas páginas que aconteció á David, á Amós, á Daniel, á Pedro, á Pablo, á Ma-

(1) Numquam sine virtute Spiritus, nec sine Spiritu virtus. (S. Ambr., *De offic.*)

(2) Cum venerit ille Spiritus veritatis docebit vos omnem veritatem. (Joann., XVI, 13.)

(3) Insiliet in te Spiritus Domini, et prophetabis, et mutaberis in virum alium. (I Reg., X, 6.)

teo y á otros muchos insignes y santos varones que sería interminable enumerar.

Es necesario amar al Espíritu Santo, para que desciendan sobre nosotros sus siete inefables dones y sus doce riquísimos frutos, tales como describió Isaías los primeros y enumeró San Pablo los segundos, á saber: *Caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad* (1).

En suma: es necesario amar á Dios Padre, porque somos *de El*; á Dios Hijo, porque somos *por El,* y á Dios Espíritu Santo, porque somos *en El. (Quoniam ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia.)*

Gloria al Padre, porque nos crió; gloria al Hijo, porque nos redimió; gloria al Espíritu Santo, porque nos santificó.

Gloria al Padre porque nos llamó; gloria al Hijo, porque nos justificó; gloria al Espíritu Santo, porque nos glorificó.

Gloria al Padre, por lo pasado; gloria al Hijo, por lo presente; gloria al Espíritu Santo, por lo venidero.

Gloria al Padre, con el amor más respetuoso; gloria al Hijo, con el amor más tierno; gloria al Espíritu Santo, con el amor más puro; gloria á la Santísima Trinidad, con el amor más perfecto.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en un principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo primero después de Pentecostés.

Del amor de Dios á los hombres.

HERMANOS míos carísimos: Mucho os encargo que no creáis á todo el que pretenda enseñaros, porque hoy se han levantado en el mundo muchos falsos profetas... *Ellos son mundanos* y por eso os hablan del mundo y el mundo les oye: *nosotros*, por el contrario, *somos de Dios,* y los que conocen y aman á Dios, están unidos con El y escuchan nuestra doctrina.»

(1) Isaí., XI, 2-3; Galat., V, 22-23.

De esta manera, amados míos, comienza el Apóstol San Juan el capítulo IV de su primera carta, de donde la Iglesia ha tomado la Epístola de este día, para mostrarnos cuánto nos ama Dios, y cómo nosotros en correspondencia debemos amarle. Oigamos sus propias palabras; dice así:

Hermanos: Dios es caridad; y la caridad de Dios para con nosotros se mostró en haber enviado al mundo á su Hijo unigénito, para que vivamos por El. En esto consiste la caridad, no que nosotros hayamos amado á Dios, sino que El es quien nos amó primero y envió á su Hijo para que fuese la víctima de propiciación por nuestros pecados. Si de esta manera, hermanos carísimos, nos amó Dios, también nosotros debemos amarnos los unos á los otros.» (I Joann., IV, 8 á 12.)

¡Magnífica lección!, cristianos, si queremos aprenderla. En ella nos muestra el Apóstol San Juan dos verdades muy consoladoras, que yo quisiera acertar á explicar debidamente para avivar más y más en vuestros corazones el fuego del amor sagrado, á saber:

1.ª Cuánto ama Dios Padre á los hombres.
2.ª Cuánto nos ama á todos Dios Hijo.

PUNTO 1.º

AMOR DE DIOS PADRE Á LOS HOMBRES

Dios Padre, ser infinito en todo género de perfecciones, es soberanamente amable. Su santidad, su poder, su sabiduría, su bondad, su misericordia y su ciencia no reconocen límites, y la hermosura de su esencia supera á todo lo imaginable. «*¡Grande es el Señor*—decía David;—*es superior á toda alabanza, y su grandeza no tiene fin!* (1).

Pues bien; este Señor inefable, inmenso, increado y eterno, se dignó poner los ojos en nuestra nada, y, como dice San Juan al comenzar nuestra Epístola, es todo caridad y amor para con los hombres. *Deus charitas est.* (Verso 8.)

Dios es caridad, es decir, es la caridad misma personificada, al modo que la sabiduría, la bondad, la santidad y todos los demás divinos atributos constituyen su propia y soberana esencia. Grande

(1) Magnus Dominus, et laudabilis nimis; et magnitudinis ejus non et finis. (Psalm. CXLIV, 3.)

y sublime elogio de la caridad hace el Discípulo amado cuando dice que *la caridad procede de Dios. (Charitas ex Deo est.* Verso 7); pero, ¿qué elogio puede compararse con el comienzo de la Epístola de este día, donde leemos que Dios es *la misma Caridad?*

Deus charitas est, y por tanto —observa San Agustín— cuando alguno deja de amar á su prójimo y le falta en lo debido, no puede decir: «Yo peco sólo contra un hombre», porque falta á la caridad, y, por consiguiente, falta á Dios, que es la caridad por esencia.

Pero, ¿en qué mostró el Señor su inmaculada caridad hacia nosotros? La misma Epístola lo declara diciendo: «*En que Dios envió al mundo á su Hijo unigénito para que vivamos por El.*» (Verso 9.) ¡Parece increíble! Reparemos la fineza de amor que esto entraña.

«*Dios* nuestro Señor—dijo el Apóstol San Juan—*amó al mundo de tal manera que le dió á su Hijo unigénito* (1).» Es decir, que no es un hombre cualquiera, ni un rey terreno, ni un ángel del cielo el que nos amó, sino Dios mismo, Monarca supremo de cielos y tierra; Dios soberanamente feliz en sí mismo, que para nada necesita de nosotros. Por consiguiente, nos amó con el mayor desinterés, con la mayor fineza y pureza de amor, sin que nosotros lo hubiésemos merecido, y sin que ni aun siquiera lo hubiésemos deseado; nos amó por pura bondad suya, y ¡pásmense los cielos! nos amó, ¡á nosotros!... pobres pecadores, criaturas rebeldes, ingratas á sus beneficios, muchas veces enemigos suyos y dignos de eterna reprobación! ¡á nosotros, que cuando nos vemos castigados le pedimos nos perdone, y que cuando nos perdona le provocamos á que nos castigue!

¿Y cómo nos amó? Esto es lo más admirable; pues para mostrarnos su amor, *nos dió,* no un esclavo, no un extraño, no un hijo adoptivo cualquiera, sino á *su propio Hijo,* é Hijo único, lo cual acrecienta sobremanera el valor del don. Nos le dió, no prestado, no para un día, ni para un año, sino para siempre, para que eternamente fuera nuestro.

Y, nótese bien; nos le dió, no para que recibiese agasajos y alabanzas y triunfos de las gentes, sino para que fuera despreciado, calumniado, injuriado, abofeteado, y clavado en la Cruz y muerto en ella por nuestro amor. «*Así amó Dios al mundo que le dió á su Hijo unigénito.*» *(Sic Deus dilexit mundum, ut Filiúm suum unigenitum daret).*

¿Y por qué tanto sacrificio, tanto baldón y muerte tan ignomi-

(1) Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (Joann., III, 6.)

niosa? Nuestra Epístola nos lo dice: «*Para que vivamos por El.*» Es decir, que Jesucristo es nuestra vida, y sin El permanecemos en la muerte. Murió para que vivamos, se humilló para ensalzarnos, padeció para librarnos de los tormentos, y vivió en la mayor pobreza para colmarnos de riquezas, de bienes inmensos y de gloria eterna. «*Para esto envió Dios al mundo á su Hijo unigénito, para que vivamos por El.—Ut per eum vivamus.*» (Verso 9).

—¡Ah!—exclama el grande Apóstol, transportado de amor y reconocimiento: «*¡Si Dios Padre no titubeó en sacrificar á su propio Hijo, y si le entregó á la muerte por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con El todas las cosas?* (Rom., VIII, 32).» Como diciendo: «Dios que nos ha concedido la mayor de las gracias, que es la de haber entregado á su propio Hijo á la muerte por nosotros, ¿cómo nos podrá negar ninguna otra, y menos la de nuestra salvación, sin la cual todas las demás nos serían inútiles?»

«*En esto*—dice nuestra Epístola—*consiste la caridad; no en que nosotros hayamos amado á Dios, sino que El nos amó primero, y envió á su Hijo en propiciación por nuestros pecados.*» (Verso 10). Nos amó primero para que le amemos después; para excitar nuestro amor, y porque si El no nos ama, ni nos da la gracia de amar, ¿cómo podríamos amarle? ¡Ah, Señor! podemos decir todos, amadnos para que os amemos; dadnos amor para que podamos amaros, y haced que cesemos de ser ingratos y que correspondamos á vuestro amor con todas las veras de nuestro corazón.

Por último; el Apóstol San Juan en nuestra Epístola, saca de lo dicho esta hermosísima consecuencia: «*Carísimos*—dice—*si Dios nos amó de esta suerte, también nosotros debemos amarnos los unos á los otros*» (Verso 11.) Lo cual es como si dijera: «Si Dios Padre ama á los hombres por tan maravillosa y no usada manera, y manda que nosotros los amemos de igual modo, ¿qué excusa podremos alegar para no amar á nuestros semejantes y hacerles cuanto bien podamos?

Así, pues, amados míos, la caridad de Dios Padre para con nosotros se evidencia en que se acordó de nosotros, cuando nosotros no pensábamos en El; en que nos amó siendo pecadores é ingratos, y sobre todo en que nos dió á su Hijo unigénito para que fuéramos salvos y viviéramos por El. Veamos ahora cuál es el amor que el Hijo nos prodiga.

PUNTO 2.°

AMOR DE DIOS HIJO Á LOS HOMBRES

Imposible es á humano entendimiento comprender el amor infinito, que á todos nos tiene Cristo nuestro Señor. Sin embargo, algo podemos colegir de lo mucho que El obró y padeció por nosotros. El amor de Dios Padre, como hemos dicho, le movió á enviarnos á su Hijo unigénito como víctima de propiciación por nuestros pecados (1) y de semejante manera el amor de Dios Hijo hizo á éste aceptar gustoso tan penosa misión. ¡Oh misterio impenetrable del más sublime y del más grande amor!

Jesucristo, Hijo de Dios vivo, consubstancial al Padre y eterno como El, se dignó amarnos, no del modo común, sino de tan fina, sublime, regalada y tierna manera, que pone asombro á los cielos y á la tierra. Infinitamente feliz en el seno del Padre, quiso voluntaria y libremente encarnar y como anonadarse en el seno de la Virgen Madre, y además nacer en humilde y pobre establo de animales para rescatarnos del cautiverio del demonio y para que nosotros naciéramos á vida inmortal y eterna. «*¡Bendito sea el Señor Dios de Israel! porque nos ha visitado y ha obrado la libertad de su pueblo... Él nos ha salvado de nuestros enemigos y de la mano de los que nos aborrecen, y por sus entrañas de misericordia, ha bajado del cielo y nos ha visitado.*» *(Per viscera misericordiae... visitavit nos oriens ex alto.* (Luc., I, 68-78.)

¡Bendito sea el Señor Dios de Israel! porque además de revestirse de nuestra naturaleza y de nuestras enfermedades (excepto el pecado), y de nacer pobre y humilde, quiso vivir con trabajos y penalidades durante el curso de su vida terrena, y después padecer y morir en cruz afrentosa para mostrarnos el amor infinito hacia nosotros que ardía incesantemente en su corazón divino.

¡Bendito sea el Señor Dios de Israel! que descendiendo de las alturas inconmensurables del cielo, quiso con inefable ternura, con increíble misericordia y con indecible caridad, anonadarse en la tierra, y trabajar, y sufrir, y abrazarse con la cruz y morir en ella, como diciendo al mundo entero: «Este es el amor que mi corazón atesora para los hombres todos, aun para los pecadores, por más que ellos sean ingratos y rebeldes.»

(1) Misit Filium suum propitiatonem pro peccatis nostris. (I Joann., IV, 10.)

¡Oh amor inmenso de Jesucristo! ¡Muere gustosamente por los hombres todos! El Hijo de Dios por los esclavos del diablo, el justo por los pecadores, el inocente por los culpables, el juez por los criminales, el amigo por los enemigos, el Criador por la criatura... ¡Oh amor de Jesús! ¡Oh amor, á qué extremo llegas!

«*Por un bienhechor*—dijo San Pablo—*se ha encontrado quien dé su vida; por un justo apenas hay quien muera; mas por un impío. ¿quién querrá morir?*»—¿Quién? Cristo nuestro Señor; pues aun estando nosotros en la corrupción del pecado, é incapaces de merecer la menor gracia de su bondad, murió á su tiempo por unos impíos. (*Pro impiis mortuus est.* Rom., V, 6-7.) ¡Por unos impíos como nosotros, que á la corrupción de nuestra naturaleza hemos añadido multitud de pecados actuales de malicia ó de impiedad! ¡A tal fineza de amor llega el incendio de la caridad divina que arde inextinguible en su sacratísimo y amantísimo corazón!

Y de aquí, amados míos, saca una consecuencia consoladora el grande Apóstol, diciendo: «*Si Jesucristo hace brillar el amor que nos tiene, en que, aun siendo pecadores, murió por nosotros, ¿cuanto más ahora que somos justificados por su sangre seremos salvos por Él mismo?* (1).» Si ama con amor compasivo aun á los malos, ¿cuál será la vehemencia de su amor para con los buenos? Si da su sangre y su vida por sus más crueles enemigos, á fin de que se conviertan y sean eternamente felices en la gloria, ¿qué dará por sus almas predilectas, que le sirven, y le aman, y le alaban y adoran, deseando glorificarle con todas sus obras, palabras y pensamientos? Dejo esto á vuestra consideración, carísimos hermanos, en tanto que yo termino diciéndoos con nuestra Epístola: «*Si de esta manera nos han amado Dios Padre y Dios Hijo, ¿cómo debemos amarnos los unos á los otros?*—«*Si sic Deus dilexit nos, et nos debemus alterutrum diligere.*» (Vers. 11.)

El amor de Dios á los hombres es el modelo del amor que hemos de tener á nuestros semejantes. A Dios le amamos por sí mismo, pero á los prójimos los hemos de amar por Dios; porque Dios lo manda, porque Jesucristo hizo de ello un precepto, porque todos somos hermanos en Jesucristo, porque somos miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Cristo Jesús, porque lo que hacemos con nuestros prójimos lo considera el divino Salvador como hecho á su misma adorable persona, porque *si nos amamos los unos á los*

(1) Christus pro nobis mortuus est, multo igitur magis nunc justificati in sanguine ipsius, salvi erimus ab ira per ipsum. (Rom., V, 9.)

otros, Dios mora en nuestro corazón y nuestra caridad es perfecta (1). Sí, amados mios; si nos amamos los unos á los otros con amor de caridad, tenemos la caridad en nuestro corazón, y por consecuencia á Dios, porque Dios es caridad. *(Deus charitas est.)* ¡Qué motivos tan poderosos para que todos vivamos unidos íntimamente con el lazo suavísimo del amor sagrado!

Pero notad bien, que el amor de Dios para con nosotros no ha sido nunca ocioso. Nos amó Dios Padre y nos dió á su Hijo; nos amó Dios Hijo y se entregó á la muerte por nosotros; y, como si esto no fuera bastante, nos ama tierna, dulce y regaladamente Dios Espíritu Santo, quien en unión del Hijo y del Padre, nos comunicó sus múltiples y preciosísimos dones. ¿Qué nombre daremos á este amor? ¿Cómo habremos de corresponder nosotros á tantas y tan soberanas finezas?

Pensad, carísimos hermanos, lo que acabo de indicaros. Dios es amor; Dios envió á su Hijo por amor; por amor nuestro murió el Hijo, y por amor, en unión del Padre, nos envió el Espíritu Santo; y el Espíritu Santo, que es purísimo y suavísimo amor, nos comunica sus gracias, sus dones y sus frutos, para que unidos por amor á la Trinidad Santísima, y unos con otros, consigamos todos la eterna beatitud de los cielos. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el domingo primero después de Pentecostés.

Del amor de los hombres á Dios.

AMADOS hermanos mios: El fin que se propone la Iglesia, nuestra Madre, en la presente Dominica, es que amemos á Dios, puesto que El nos amó primero; mas como Dios es invisible y no podemos amarle con toda perfección en esta vida, nos exhorta á que nos amemos los unos á los otros, como viendo en nuestros semejantes al mismo Dios, asegurándonos que de esta manera el

(1) Si diligamus invicem, Deus in nobis manet, et charitas ejus in nobis perfecta est.

Señor estará en nosotros y nosotros en El, y nuestra caridad será en lo posible perfecta. Oid las palabras mismas del Apóstol San Juan en la Epístola de este día, y por ellas conoceremos si en realidad amamos á Dios por sí mismo y al prójimo por Dios. Dice así:

Carísimos: Cualquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está en él y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído á la caridad que Dios tiene por nosotros. Dios es caridad, y quien permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él. Por esto fué consumada la caridad de Dios con nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio, pues como El es, así somos nosotros en este mundo. En la caridad no hay temor, porque la caridad perfecta le echa fuera, y el temor tiene pena; y así el que teme no es perfecto en la caridad. Así, pues, amemos nosotros á Dios, porque Dios nos amó primero. Si alguno aborreciese á su hermano y dijere: Amo á Dios, es mentiroso, pues quien no ama á su hermano, á quien está viendo, ¿cómo puede amar á Dios, á quien no ve? Este mandamiento hemos recibido de Dios: que el que ama á Dios ame también á su hermano. (Joann., IV, 8 al 21.)

Hasta aquí, amados míos, llega la Epístola de hoy, y en ella descubrimos claramente dos cosas, que procuraré explicaros con la mayor brevedad posible.

1.ª Cómo se realiza nuestra unión con Dios en esta vida.
2.ª Cómo la caridad da confianza y expele el temor.

PUNTO 1.º

DE LA UNIÓN CON DIOS POR AMOR

Que el hombre fué creado para unirse íntimamente á Dios en esta y en la otra vida, no cabe la menor duda, porque Cristo nuestro Señor, verdad infalible, dijo á su Eterno Padre: *Padre Santo, guarda por tu nombre á aquellos que me diste, para que sean una cosa, como también nosotros... Ruégoos, Padre, por todos los que han de creer en mí, para que sean todos una cosa, así como nosotros también lo somos. Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en uno solo* (1). Lo cual, hermanos carísimos, viene en conformidad

(1) Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum, sicut est nos. (Joann., XVII, 11.) Rogo pro eis, ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint... Ego in eis, et tu in me; ut sint consummati in unum. (Joann., XVII, 21 y 23.)

con lo que antes había declarado á sus discípulos, diciéndoles: *Yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros* (1). Que es como si dijera: Yo estoy en mi Padre por la unidad de la esencia divina, porque tenemos la misma naturaleza; vosotros estáis en mí por la fe y por la caridad, porque formamos un cuerpo moral, siendo yo la cabeza y vosotros los miembros; yo estoy en vosotros por la gracia, porque sois hijos adoptivos de Dios, y el Padre está en cierto modo en el hijo, así como el hijo es algo del Padre, y también estoy en vosotros por la Eucaristía, pues *el que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él* (2).

Es, pues, innegable, según estos sagrados testimonios, que el hombre viene de Dios y que su vida terrena ha de ser procurar con empeño unirse íntimamente al mismo Dios. ¿Cómo se efectúa esta unión dichosa é inefable? He aquí lo que nos enseña hoy nuestra Epístola, diciendo: *Cualquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está en él y él en Dios* (Verso 15). ¡Hermosa unión, amados míos! Pero entiéndase bien que no basta la fe *muerta* ni la fe *informe,* sino que ha de ser fe viva por obras de caridad y fe informada ó hermoseada por la gracia santificante. La caridad es el lazo de unión, y por eso el texto sagrado añade á renglón seguido: *Dios es caridad, y quien permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él* (Verso 16). ¡Repárese, pues, cuánto nos importa amar á Dios en correspondencia al amor infinito que El nos tiene!

El que cree en Jesucristo con su entendimiento hace mucho; el que sobre esto le confiesa con los labios, hace más, y el que impulsado por la fe le ama con el corazón, lo hace todo. Amar es vivir, y el que ama á Dios vive en Dios y Dios en El: se halla íntimamente unido á Dios, que es á lo que la Iglesia nos exhorta en este día con las palabras citadas de nuestra Epístola. *Quien permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él.*

Algo de esto podemos colegir por nuestros amores terrenos. Cuando vosotros amáis á una persona, ¿qué es lo que os pasa en vuestro interior? De día, de noche y á todas horas vuestro pensamiento está en ella; vuestra memoria la tiene siempre presente como si la estuviera viendo y conversando con ella; vuestro corazón palpita de gozo si está á vuestro lado y se deleita y complace sólo con la idea de su venida cuando está ausente. Es decir, que vuestra vida toda entera, y aun durante el sueño, se halla como

(1) In illo die vos cognoscetis quia ego sunt in Patre meo, et vos in me, et ego in vobis. (Joann., XIV, 20.)

(2) Qui edit carnem meam, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in eo.

ligada y dulcemente unida al objeto de vuestros amores. Vivís, por decirlo así, en la persona amada, y ella es, al modo dicho, inseparable de vuestro ser, como si formara parte de vuestra existencia. ¿No es verdad, carísimos hermanos, que así acontece?

Pues bien; siendo esto cierto, ¿será aventurado decir que quien ama de veras á Dios y siente en su pecho la llama abrasadora do la dilección divina, no tiene corazón más que para amar al Señor, ni entendimiento si no es para admirar sus divinas perfecciones, ni memoria sino para recordar sus inmensos beneficios? ¡Ah! Todo su ser se halla como embriagado en el cúmulo infinito de sus bondades divinas; le contempla siempre á su lado por el atributo de la inmensidad, le mira como Padre, conservando y dirigiendo todos los seres de la creación con su providencia amorosa, y sin salir de sí le siente dentro de su pecho, le habla y le acaricia en lo íntimo del corazón, deseando tener mil lenguas para cantar sus alabanzas, para narrar sus misericordias, para publicar sus grandezas infinitas, y para atraerle los homenajes de toda la tierra. Tales son, en resumen, los sentimientos de los buenos cristianos que aman á Dios, y no es maravilla que el Apóstol San Juan diga en nuestra Epístola: «*Dios es caridad, y quien permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él.*» (Verso 16.)

Ved aquí, hermanos míos amadísimos, el modo práctico, consolador y dulcísimo de unirnos íntimamente con nuestro Dios y Señor. Todo consiste en el amor de benevolencia sobrenatural y divino; todo consiste en que queramos dirigir á Dios todos los afectos de nuestro pobre corazón. Ea, pues; morad en Dios y que Dios more en vosotros; haced por el amor, que Dios sea vuestra casa y que vosotros seáis la casa de Dios. Y después de procurar esto, quedemos gozosos, porque la misma Epístola nos dice, que *si nos amamos los unos á los otros Dios está en nosotros y nuestra caridad será perfecta. (Charitas ejus in nobis perfecta est.*—Verso 12.) *Y conoceremos*—añade—*que El está en nosotros y nosotros en El, en que nos ha dado de su Espíritu.* (Verso 13.) Esto es, en que el Espíritu Santo, dentro de nuestro corazón, nos da testimonio de su presencia soberana, camunicándonos sus dones y sus gracias y el fruto inefable del regocijo espiritual. Y como si esto no fuera ya gran dicha para todo buen cristiano—añade el sagrado texto—que nuestro espíritu se llenará de grande confianza en el Señor y que la misma caridad arrojará de nosotros todo temor angustioso. Consideremos también este extremo, que no deja de ser provechoso y consolador.

PUNTO 2.º

DE CÓMO EL AMOR DA CONFIANZA Y EXPELE EL TEMOR

¿Para qué, se pregunta, fué consumada la caridad de Dios con nosotros? El Apóstol San Juan responde en nuestra Epístola, diciendo:—*«Para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como Él es, así somos nosotros en este mundo. (Quia sicut ille est, et nos sumus in hoc mundo.»*—Verso 17.) Es decir, que nuestra confianza en Dios Nuestro Señor para ir al cielo, surge de la caridad ó amor que el Señor nos tiene, y juntamente de la caridad nuestra para con Dios. Si Dios nos ama y nosotros le amamos con amor de benevolencia, somos sus amigos, é hijos por adopción, y herederos de la patria celestial; y siendo Él nuestro Padre y nuestro amigo, ¿cómo es posible que nos niegue el cielo? Aunque no fuese más que por esto debíamos los hombres estar siempre ardiendo en llamas de puro amor divino.

Pero la razón de nuestra confianza la da el mismo Apóstol por estas palabras: «*Como Dios es, así somos nosotros en este mundo.*» (Verso 17.) Ya se comprende que la palabra ASÍ, no denota aquí *igualdad* de nosotros con Dios, pues ya sabemos que media infinita distancia entre el Criador y la criatura; significa, pues, *semejanza*, en cuanto por la caridad amamos á nuestros prójimos, al modo que Él nos ama. Dios ama desinteresadamente á todos los hombres, y nosotros por amor de Dios amamos á todos los hombres desinteresadamente. Dios ama á dichos hombres por lo bueno que Él se ha dignado poner en ellos, y nosotros también los amamos por lo que cada uno de los hombres tienen recibido de Dios, y de tal suerte, que amándolos á ellos, amamos á Dios en ellos, porque amamos las perfecciones que tienen del mismo Dios. Todo hombre, pues, es digno de nuestro amor de caridad, porque todo hombre tiene en sí mismo algo bueno que el Señor le ha comunicado.

Por otra parte, el que ama verdaderamente á Dios, ama también sus perfecciones infinitas, y las alaba, y las ensalza, y las adora y tiende á imitarlas en cuanto es posible á la humana condición; es así que una de las perfecciones de nuestro Padre celestial, y de Cristo nuestro Señor es *amar aun á los enemigos de su gloria*, haciendo que el sol alumbre á los buenos y á los malos, y que descienda la lluvia sobre justos y pecadores; luego, siendo por la caridad semejante á Dios y su Hijo unigénito Jesucristo, necesaria-

mente hemos de *amar á los que nos aborrecen, orar por los que nos calumnian y hacer bien á los que nos persiguen.* Esta es nuestra semejanza con Dios, esto lo que nos une á El intimamente, y esto lo que sirve de fundamento á nuestra confianza en el dia del juicio; porque, según expresa nuestra Epístola, *«como Dios es, así somos nosotros en este mundo»*. (Verso 17).

Todo esto, amados mios, es dulce y consolador, y no lo es menos atendiendo á la explicación que de estas palabras sagradas dan algunos piadosos varones. «Así, dicen, como Dios permanece en nosotros en este mundo, de la misma manera nosotros permanecemos en Dios mientras vivimos; y así como El es en nosotros el autor y principio de nuestra santidad, pureza y caridad; así nosotros vivimos santa y castamente, estando muertos al mundo; y como El está en nosotros, amándonos con el mayor exceso, así nosotros estamos también en El amándole con todo nuestro corazón, y por amor de El á nuestros prójimos y hermanos. Por lo cual, si somos para con Dios tales, como Dios lo es para nosotros, entonces llenos de confianza y sin el menor temor podemos esperar el día de la cuenta (1).

Ved aquí por qué la Epístola añade á continuación: *«En la caridad no hay temor, porque la caridad perfecta le hecha fuera... y así el que teme no es perfecto en la caridad.»* (Verso 18.) Es decir, que el temor del juicio de Dios no se encuentra en el amor divino, porque el mismo amor le aleja, á la manera que una disposición más perfecta excluye otra menos perfecta. *(Perfecta charitas foras mittit timorem.)*

Sin embargo, para no sufrir equivocaciones en este punto, hemos de considerar que en nuestro corazón hay dos especies de temor: uno que llaman *filial*, y otro *servil*. Es temor filial cuando temblamos ante la posibilidad de ofender á Dios nuestro Padre, y de que El se retire de nosotros, y este es el mejor de los temores, propio de las almas buenas, que no sólo es compatible con la caridad, sino que crece en nuestro espíritu en proporción de la caridad misma, porque mientras más se ama á una persona más se teme perder su amistad.

De este temor *filial*, pues, no habla nuestra Epístola, sino del temor llamado *servil*, que es el temor de la pena merecida por nuestras culpas, como si uno temiera que Dios le precipitara en el infierno; temor que en sí mismo no es malo, antes bien es bueno,

(1) Así en la nota del Padre Scío.

porque es como una disposición del alma para introducir en ella la divina caridad, pero que tan luego como ésta toma asiento en el corazón, desaparece todo temor de pena. El temor servil de Dios es el principio de su amor, y el amor expele dicho temor. *(Perfecta charitas foras mittit timorem.)*

Esto no es decir que dicha maravilla se obre de repente en el alma, sino que, como advierte San Agustín, el temor servil se va disminuyendo á medida que la caridad se aumenta, y cesa del todo dicho temor cuando el corazón se halla enteramente penetrado del amor de Dios, ó lo que es lo mismo, cuando la caridad es perfecta; que por eso el texto sagrado de nuestra Epístola, no dice simplemente: «*La caridad ahuyenta al temor, sino la caridad perfecta; porque el que teme no es perfecto en la caridad.*» *(Qui autem timet, non est perfectus in charitate.* (Verso 18.)

A la manera — dice el grande Obispo de Hipona — que en alguna labor de tapicería se hace primero entrar la aguja, para que después ésta salga y quede la seda ó la lana, formando el bordado; así por medio semejante entra primero en el alma la aguja del temor servil, y éste introduce en ella la caridad y permanece allí más ó menos tiempo y deja impresiones más ó menos profundas, á proporción que dicha caridad hace más ó menos progresos en el espíritu.

Por último, después de todo lo dicho, saca el Apóstol San Juan una consecuencia importantísima, que yo quisiera quedara para siempre grabada en vuestros corazones, á saber: «*Amemos nosotros á Dios, porque Dios nos amó primero. Y tened presente que si alguno dijere: Amo á Dios y aborreciere á su hermano, es mentiroso, porque quien no ama á su hermano que ve, mucho menos amará á Dios á quien no ve. Y este mandamiento tenemos de Dios: que el que ame á Dios, ame también á su hermano. (Qui diligit Deum, diligat et fratrem suum.* Vers. 19 á 21.) He concluido.

Amemos, pues, á Dios por sí mismo y al prójimo por Dios; pues de este modo andaremos en caridad, estaremos en Dios y Dios en nosotros; nuestra confianza en el Señor será grande, no habrá jamás en nuestro corazón temores angustiosos, sino paz, dulce regocijo, y felicidad completa, cuanto es posible en esta vida, como preludio de las inefables delicias de la otra, que á todos os deseo por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el día del Corpus.

Sobre la Eucaristía.

HERMANOS míos carísimos: La Iglesia nuestra Madre se ha dignado instituir esta hermosa festividad del *Santísimo Corpus Christi*, no sólo para instruirnos acerca de la *naturaleza*, *excelencia* y *efectos* del augusto Sacramento del altar, sino muy especialmente para mostrarnos cuánto nos ha amado nuestro divino Redentor Jesús y cuánto debemos nosotros amarle por tan fino, regalado y tierno amor. He aquí cómo San Pablo refiere tan asombroso misterio, en la Epístola de este día: «*Hermanos*—dice—*yo recibí del Señor lo que también os enseñé á vosotros, á saber: que el Señor Jesús, en la noche en que fué entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre; haced esto, cuantas veces lo bebiereis, en memoria de mí; porque cuantas veces comiereis de este pan y bebiereis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga*. (I Corint., XI, 23 á 27.)

Hasta aquí, amados míos, el grande Apóstol; y en verdad que basta fijarse algo en el sentido de estas misteriosas palabras para comprender el asombroso é inaudito amor con que Jesús nos ama. Esto es lo que me propongo mostraros en esta breve exhortación pastoral, y al efecto os explicaré dos cosas:

1.ª El amor de Jesús en la institución de la Eucaristía.
2.ª La necesidad que tenemos de corresponder á este amor.

PUNTO 1.º

AMOR DE JESÚS AL INSTITUIR LA EUCARISTÍA

Para formar una idea del amor infinito de Jesús en la Sagrada Eucaristía, basta considerar las circunstancias de su institución.

El gran Doctor de las gentes, escribiendo á los fieles de Corinto, y para que se fijen bien en ellas, les dice: *«Hermanos, lo que os voy á referir ahora y que ya os lo he enseñado antes, lo he recibido del Señor.» (Ego accepi a Domino.)* Como diciendo: «Es preciso que atendáis bien á las palabras que ahora van á pronunciar mis labios, para que se graben para siempre en vuestra memoria y jamás las apartéis de vuestra corazón; porque yo las he recibido, no de los hombres, ni de los ángeles, sino del mismo Jesucristo Señor nuestro, por revelación especial.»

¡Oh santo Apóstol! ¿Qué revelación es esa? ¿Qué es lo que vas á decir? Digo:—contesta—que *«el Señor, Jesús, en la noche en que fué entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria mía.»* Lo cual ciertamente es como si el Apóstol respondiera:

Digo, que no un hombre cualquiera, no un pecador de este mundo, no un querubín del cielo, sino *Jesús, Dios y hombre verdadero, Señor* de cuanto tiene ser, *en la noche en que fué entregado...*, notadlo bien; en aquella noche memorable, en la víspera de su muerte, cuando los judíos fieros trataban de quitarle la vida, cuando le tenían odio satánico y estaban enfurecidos contra El..., entonces, *en aquella noche,* lleno su corazón de suave, tierno y dulce amor hacia ellos y hacia todos los hombres, piensa en quedarse en el mundo sacramentalmente, para servirnos de ayuda, de alimento y de consuelo á los mismos hombres en todas nuestras necesidades temporales y espirituales.

Digo, que *en aquella noche,* cuando Jesús veía cercana la traición de Judas, la negación de Pedro, la fuga de sus discípulos, la agonía y sudor de sangre en el Huerto, y el beso del infame traidor..., entonces determinó darse enteramente á ellos en comida y bebida, para que todos viviesen de El y por El hasta la consumación de los siglos y mucho más.

Digo, que *en aquella noche*, teniendo el divino Redentor ante su consideración los cordeles, las cadenas, los azotes, las bofetadas, las burlas sangrientas, los falsos testimonios, la sentencia de muerte, la corona de espinas, la cruz, los clavos y el Calvario..., entonces su amor elige aquel momento supremo para instituir el *Sacramento de su amor* y unirse íntimamente á los mismos que después, uno le venderá, otro le negará, otro no creerá en su resurrección, y todos ó casi todos le abandonarán.

Digo, que *en aquella noche,* sabiendo Jesús la comunión sacri-

lega de Judas y que en la sucesión de los tiempos había de haber muchos Judas sacrílegos que profanarían su cuerpo y sangre sacratísimos, comulgando indignamente, y que otros impíos desalmados llevarían su osadía hasta el punto de escarnecerle, ultrajarle y aun arrojarle de su propio tabernáculo, entonces nada le detiene en su amorosa empresa, y cual si estuviera loco de amor por los hombres, lleva á cabo el portentoso acto de personarse realmente bajo las especies de pan y vino, para dejar á su Iglesia el eterno monumento de su amor infinito. ¡Oh divino Salvador Jesús! ¡Cuánto nos amas!

Esto, sin duda, quiso decir el Apóstol, haciendo ante todo notar que Jesús instituyó el Sacramento Eucarístico, precisamente *en la noche misma en que fué entregado. (In qua nocte tradebatur);* ¡precisamente cuando los hombres le entregaban á la muerte, El se entregó á los hombres para darles vida!

¡Oh amor incomprensible! ¡Oh caridad inmensa de nuestro divino Redentor! Si á los Apóstoles les hubiera sido dado entonces penetrar en el Corazón amantísimo de Jesús, indudablemente hubieran caído postrados de hinojos á sus pies, y cautivos con las efusiones dulcísimas de tan celestial, inaudito y sorprendente amor, hubiesen comprendido, saboreado y admirado aquellas otras misteriosas y trascendentales palabras de Jesús: «*Tomad y comed; este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria mía.*»

¡Oh! ¡Nuevo prodigio! ¡Nueva maravilla! Es como si el Señor dijera: «Amadísimos discípulos míos: voy á salir de este mundo y á volver al Padre; voy á dejaros en esta mansión terrena, pero mi corazón no consiente apartarme de vosotros; voy, pues, á morir por la salvación de todos los hombres; pero antes de exhalar mi último suspiro, quiero darme á vosotros, quiero daros mi vida y mi espíritu, quiero unirme íntimamente á vuestro propio ser, para endiosaros, al modo que en este mundo es posible; quiero daros mi carne y mi sangre, mi alma y mi divinidad, bajo las especies de pan y vino: «*Tomad y comed; este es mi cuerpo; tomad y bebed, esta es mi sangre.*»

Y para que ni á los discípulos, ni á nosotros, ni á ningún hombre pudiera nunca caber duda de la vehemencia de su amor, dijo á los Apóstoles: ¡Oh! *¡Cuánto tiempo hace que he deseado ardientemente celebrar esta Pascua con vosotros,* antes de padecer y morir por el mundo entero! En verdad os digo, que este es mi testamento y mi última voluntad: *os preparo el reino* (celestial), *como mi Padre*

le preparó para mí, para que comáis y bebáis á mi mesa en mi reino (1).»

Tal es, amados míos, el sentido que hacen las palabras sacramentales de nuestro adorable Redentor, citadas por San Pablo en la Epístola de este día, y porque es muy dulce y provechoso para el corazón cristiano saborear el amor que entrañan, quiero indicaros ahora la necesidad que tenemos todos de corresponder á este fino, tierno y delicado amor.

PUNTO 2.°

DE CÓMO ES PRECISO CORRESPONDER AL AMOR EUCARÍSTICO

«Carísimos discípulos míos—dijo Jesucristo á sus Apóstoles—sois pescadores de peces; venid conmigo y *os haré pescadores de hombres.*» Vosotros echabais al mar las redes para capturar algunos pececillos que os sirvieran de alimento; desde hoy será vuestra comida hacer la voluntad de mi Padre celestial, y os afanaréis en pescar á los hombres con las redes de mi amor y doctrina evangélica, para que yo les sirva de alimento en la sagrada Eucaristía. Antes erais pescadores materiales para sustentar vuestra vida terrena; de hoy más seréis pescadores espirituales para alimentar vuestras almas y obtener vida eterna é inmortal.

Sí, amados míos; esto fueron los Apóstoles, esto fueron sus sucesores en el apostolado y esto procuramos ser los sacerdotes en la Iglesia de Cristo. Somos, por la gracia de Dios, pescadores de vuestras almas, y para atraeros á las redes celestiales, digoos en verdad que no encontramos mejor anzuelo, ni mejor atractivo que la sagrada Eucaristía, compendio de las maravillas divinas, amor de los amores de Dios, y Sacramento de los sacramentos, donde Cristo nuestro Redentor *derramó sobre los hombres todas las riquezas de su dilección sagrada* (2).

La Eucaristía es el fuego del amor divino que inflama en nuestros corazones el ardor de la caridad; porque en ella es donde Jesucristo, Dios y hombre verdadero, es todo caridad y todo amor (3). ¿Quién no ha de amar á Jesucristo, y no ha de entregarse entera-

(1) Ego dispono vobis, sicut disposuit mihi Pater meus regnum, ut edatis et bibatis super mensam meam in regno meo. (Luc., XXII, 29-30.)

(2) Divini sui erga homines amoris divitias velut effudit. (S. Concil. de Trent. Sess. 13, 2.)

(3) Deus charitas est. (I Joann., IV, 8.)

mente á El, puesto que El se entrega enteramente á nosotros? ¿Quién al comulgar no considera que recibe en sí mismo el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo?

Es verdad que el hombre no lo ve con los ojos materiales; ¿pero dejará por eso de sentirlo en su espíritu y de comprenderlo con la luz de la fe, que eleva, perfecciona y sublima su entendimiento? Jesucristo en la Eucaristía es un Dios escondido, que no quiere ser visto, ni examinado, sino *creído, alabado, reverenciado, amado y adorado*. He aquí nuestra obligación durante todo el tiempo de nuestra vida terrena, y desdichado es el hombre que no cree, alaba, reverencia, ama y adora á Jesús en el Sacramento de su amor.

Al esconderse Jesucristo á las miradas de nuestros pobres ojos, hízolo con altísima sabiduría y con infinito amor. Trataba nada menos que de dársenos en alimento, de hacerse comida nuestra; pero ¿quién se atrevería á comerle, si le viera con sus propios ojos materiales? Su divinidad, océano de luz, nos habría deslumbrado, y para que así no sea, la oculta bajo el velo de su sacrosanta humanidad. Mas su humanidad como unida á la persona del Verbo, también nos habría retraído de tomarla, y en tal previsión se dignó añadir nuevo prodigio ocultándola bajo las especies de pan. Con tan admirables y divinas trazas, realizadas con su Omnipotencia por puro amor hacia nosotros, ya se hizo fácil y suavísimo, lo que de otro modo fuera duro é imposible.

¡Bendito sea el Señor Jesús Sacramentado, que por tan ingeniosos, inauditos é inefables modos, quiso dársenos en manjar suavísimo para alimento de nuestras pobres almas! Cuando el Sacerdote, revestido del poder divino, lleva en sus manos al gran Dios de cielos y tierra, para darlo en alimento á los fieles cristianos, y les advierte el gran prodigio que ha obrado la consagración, nótese bien, que no les dice: «He aquí el Rey de eterna majestad, el Rey de la gloria; he aquí el Dios de la eternidad, que produce el trueno y lanza el rayo; he aquí el soberano Juez de vivos y muertos..., temblad, mortales...», sino que, tomando en sus labios las dulces y consoladoras palabras de San Juan Bautista, exclama: «*He aquí el Cordero de Dios*» *(Ecce Agnus Dei)*; como diciendo: «He aquí la mansedumbre por esencia; he aquí la víctima humilde inmolada para la salvación del mundo, destinada á ser alimento de vuestras almas en señal de alianza con la Divinidad.»

Notad bien, amados míos, esta circunstancia. ¡Jesús sacramentado se nos da á nosotros, como Cordero inocente, manso y benigno, lleno de suavidad y dulzura, para unirnos á su sagrada perso-

na, para fortificarnos, divinizarnos y colmarnos de toda suerte de bienes! ¿Cómo, Señor, os unís á pobres criaturas, á gusanos de la tierra, á gentes rebeldes y no siempre agradecidas? «¡Oh amor de Dios!—exclamó Santa Magdalena de Pazzis. ¡Oh amor! ¿Por qué no ha de ser el Amor amado y también reconocido de sus propias criaturas? ¡Oh Jesús mío! ¿Por qué no tengo una voz bastante fuerte para hacer que me oigan hasta los confines del mundo? En todas partes publicaría que este Amor debe ser conocido, amado y estimado como el único verdadero bien. ¡Oh Amor, Amor! Si no sabéis dónde abrigaros, venid á mí, que yo os daré dulce morada.» (En su vida.)

De esta manera se expresaba aquella Santa virgen ardiendo su corazón en llamas vivas del amor divino. ¿Qué habremos de pensar y decir nosotros, después de haber considerado, en nuestra Epístola, las palabras del grande Apóstol? ¡Oh! Diremos que el Corazón sacratísimo de Jesús al instituir la divina Eucaristía, rebosaba amor infinito para con todos los hombres; diremos con San Agustín (Tract. 48, in Joann.), que Dios, siendo Omnipotente, no pudo darnos más; que siendo sapientísimo, no supo darse más; que siendo riquísimo, no tuvo más que dar: diremos que la Eucaristía encierra el beneficio de la creación, de la redención, de la justificación, de la glorificación y de todos los bienes: diremos que Ella es el milagro de los milagros, el amor de los amores, la obra maestra de Dios; diremos, en fin, que es el Sacramento de los sacramentos, el fin y la consumación de todos ellos y el amor infinito de Dios dado á los hombres con bondad infinita, para endiosarnos cuanto es posible en la tierra y llevarnos después á las eternas mansiones del cielo. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el día del Corpus.

La Cena eucarística.

HERMANOS míos amadísimos: *El Señor está en su templo; calle y enmudezca en su presencia toda la tierra.* Esto que dijo el Profeta Habacuc en sus días, es lo mismo que yo pudiera deciros ahora, al considerar presente en nuestros altares el cuerpo,

la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. El mejor sermón para este día del Santísimo *Corpus Christi* sería postrarnos humildes ante la presencia augusta de Jesús Sacramentado, y adorar en silencio el soberano misterio que no podemos comprender. Mas como deciros algo es preciso para cumplir mi sacerdotal misión, quiero poner á vuestra consideración las palabras, divinamente inspiradas, de San Pablo en la Epístola de la presente solemnidad. Dice así el grande Apóstol:

«Hermanos: *El Señor Jesús, en la noche en que fué entregado, tomó el pan y dando gracias lo bendijo, lo partió y dijo: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria de Mí; porque cuantas veces comiereis este pan... anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga.*» (I Corint., XI, 23 á 27.)

Cinco acciones de Cristo nuestro Señor, amados míos, indica aquí el Apóstol: 1.ª, *Tomó el pan;* 2.ª, *Dió gracias* á su Eterno Padre; 3.ª, *Bendijo* el mismo pan (1); 4.ª, *Lo partió;* 5.ª, *Lo distribuyó* entre sus discípulos diciendo: «TOMAD Y COMED; ESTE ES MI CUERPO.» ¡Cuánto misterio! ¡Cuánto prodigio! Declarar algo el sentido de dichas acciones, según los sagrados Expositores, es lo que ahora me propongo, y para ello me ceñiré á dos puntos:

1.° A lo que Jesús hizo en la Eucaristía.
2.° A los fines que se propuso.

PUNTO 1.°

ACCIONES DE JESÚS EN LA NOCHE DE LA CENA

Todas las acciones de Cristo nuestro Señor sobre la tierra son admirables y merecen ser atentamente consideradas, pero ninguna con más veneración y respeto que las realizadas en la institución del Santísimo Sacramento.

En la noche de la Cena—dice nuestra Epístola—esto es, *en aquella misma en que fué entregado,* TOMÓ JESÚS EL PAN. *(Accepit panem.)* No pan común, sino pan ácimo (2), pan sin levadura, pan de

(1) Así lo expresa S. Matth., XXVI, 26.

(2) Hinc credimus Christum in azymo consecrasse. Greci vero, decepti falsa Joannis XVIII, 28, interpretatione, putant quod Christus Pascha celebrarit uno die ante Judeos, seu ante diem Lege statutam. Hinc in pane fermentato consecrant.

trigo, pero pan verdadero, puro y de la mejor especie de grano, para que se entienda que todo cuanto se relacione con la sagrada Eucaristía ha de ser purísimo, y también para que resalte mejor el milagro portentoso de la conversión del pan en cuerpo y sangre de Cristo. Es decir, que antes de la consagración, el pan era verdadero pan, pero tan luego como Jesús le consagró, se convirtió el pan en cuerpo, sangre, alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo; permaneciendo los accidentes de pan, ó sea el color, el olor y el sabor de dicho pan. ¡Oh asombroso misterio del poder de Dios! La palabra de Jesucristo, que de la nada podía dar existencia á lo que no existía, ¿no ha de poder cambiar lo que ya existe en otra cosa distinta?

Eso es lo que Jesús realizó en la noche de la cena (y lo que seguimos realizando los sacerdotes en el altar), y por eso, como testimonio de tan asombrosa maravilla, el Divino Salvador *dió gracias* á su Eterno Padre (GRATIAS AGENS), de donde procede el nombre de *Eucaristía,* que significa *acción de gracias;* bien sea porque este Sacramento es la mayor de estas gracias, bien porque debemos recibirle con las más vivas acciones de gracias.

Añade la Iglesia nuestra Madre en el Canon de la Misa, que Jesús, *elevados los ojos al cielo, bendijo el pan (Elevatis oculis in coelum),* lo cual confirma la grandeza de la obra que iba á realizar; pues Cristo nuestro Señor cuando trataba de obrar un asombroso prodigio, solía elevar los ojos á lo alto (1). Y *bendijo* el pan *(Benedixit),* como expresan en su Evangelio San Mateo y San Marcos, con altísima significación; porque después de la *acción de gracias,* que muestra el agradecimiento á Dios, conviene la *bendición* á la criatura, esto es, al pan, invocando que descienda la virtud del Señor sobre él; y todo como celestial preludio á la consagración, la cual se realiza por aquellas palabras de Jesús: «ESTE ES MI CUERPO.» *(Hoc est corpus meum).*

¡Oh asombro de los asombros! ¡Oh maravilla de las maravillas! ¡El pan de la tierra se convierte en pan del cielo! ¡La criatura en Criador, la hostia en Dios! Y que esto es así, no puede caber duda á ningún cristiano, porque es dogma de nuestra sacrosanta fe, expresamente declarado en varios Concilios ecuménicos, bastando citar al de Trento, donde fué definido que «*después de la consagración, el verdadero cuerpo de nuestro Señor Jesucristo y su verdadera sangre, juntamente con su alma y su divinidad, están bajo las especies del pan*

(1) Véase Matth., XVI, y Joann., XI.

y del vino...», es decir, que las especies sacramentales contienen á *Jesucristo verdadera, real y substancialmente. (Vere, realiter et substantialiter.)*

¿En qué se fundó tan soberana Asamblea para declarar como dogma de fe el augusto misterio? Primero, en la asistencia particular y en la autoridad infalible del Espíritu Santo, y además en las palabras divinas de nuestro Señor Jesucristo, quien en repetidas frases y de diversos modos, dijo terminantemente: «*Yo soy el pan bajado del cielo, y el que coma de este pan, vivirá para siempre.*» Y porque jamás ningún cristiano tuviese dudas sobre este punto, añadió: «*El pan que yo os daré, es mi carne para la vida del mundo... Porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida... Y el que me come vivirá por mí* (1).»

Pues bien: sentada como verdad inconcusa la real presencia de Jesucristo en el pan eucarístico—añade el Apóstol—que el Divino Salvador *partió el pan* (en doce partes), y *distribuyéndolo* entre los Apóstoles, dijo: «*Tomad y comed;* ESTE ES MI CUERPO.» Palabras operatorias que instantáneamente realizaron aquello mismo que significaban. Esto es, que instantáneamente convirtieron el pan en cuerpo y sangre suyos, quedando hecha la *transubstanciación* sacramental.

Y como después añadió Jesús á sus discípulos: «*Haced esto en memoria de mí. (Hoc facite in meam commemorationem);* es como si les dijera: «Yo con autoridad omnímoda y con virtud omnipotente, os otorgo ahora el asombroso poder de hacer lo mismo que yo hago, é igualmente á vuestros sucesores en el apostolado.» Es decir, que les concedió á ellos y á nosotros los sacerdotes la potestad divina de consagrar el pan y el vino, pronunciando las mismas palabras que El pronunció como si fueran salidas de sus labios adorables; de tal suerte que, por pecador é indigno que sea el sacerdote, convierte el pan y el vino en cuerpo y sangre de Cristo, con sólo pronunciar debidamente las palabras de la consagración.

¡Oh poder asombroso! ¡Oh caridad infinita de Jesús para con los hombres! Todo esto fué obra de su amor inefable *para unirnos íntimamente á sí, para transformarnos como en dioses terrenos, y para que recordemos de continuo los acerbos dolores de su pasión sacratísima.*

Consideremos, aunque sea ligeramente, estos misericordiosos fines de su amante corazón.

(1) Ego sum panis vivus qui de coelo descendi... Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus... Qui manducat me, et ipse vivet propter me. (Joann., VI.)

PUNTO 2.°

FINES DE JESÚS EN EL SACRAMENTO EUCARÍSTICO

El amor infinito del Corazón de Jesús para con todos los hombres hízole instituir el Sacramento augusto de la Eucaristía, y como el amor tiende á unirse íntimamente con el objeto amado, síguese que el primero de todos los fines de Jesús en tan grandiosa obra, fué unirnos á su propia persona y hacernos partícipes de su misma divinidad. ¡Oh! Si los hombres comprendieran esto, ¿cómo era posible que no estuviesen siempre ansiosos de recibir la Comunión sagrada?

Llámase *Comunión,* ó sea *Comun-unión,* porque el Santísimo Sacramento une, no solamente á los hombres entre sí, sino á todos y á cada uno de ellos con Cristo, y mediante Cristo con Dios su Padre, realizándose así aquella sublime súplica que el Divino Salvador hizo diciendo:

«Padre santo, conservad en vuestro nombre á los que me habéis dado, á fin de que sean uno como nosotros...» Yo en ellos, Padre mío, y tú en mí, para que sean consumados en la unidad (1).

Con efecto, amados míos. *El Padre está en el Hijo, el Hijo en el Padre, y el Padre y el Hijo son una misma cosa* (2); por consiguiente, cuando comulgamos y recibimos al Hijo, recibimos también al Padre, y Jesucristo parece decirnos: «Cristianos míos, yo estoy en mi Padre por la unidad de la esencia divina y vosotros estáis en mí y yo en vosotros por la Comunión sagrada.» ¡Qué unión tan inefable, si el hombre supiera apreciarla como es debido!

Nada en el mundo hay más provechoso que esta unión; porque cuando comemos el sagrado pan, éste no se cambia en substancia nuestra, como acontece con el pan ordinario, sino que más bien nos cambia en la substancia de Jesucristo, y Jesucristo nos une á sí, y nos hace semejantes á El, y nos comunica á todos y á cada uno en particular su sangre divina, el precio de su pasión y todos sus merecimientos infinitos (3). ¿Quién puede imaginar ni concebir unión más dichosa ni más íntima que la realizada por el alma fiel cuando

(1) Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum sicut et nos... Ego in eis, et tu in me, ut sint consummati in unum. (Joann., XVII, 11 y 23.)

(2) Pater in me est, et ego in Patre... Ego et Pater unum sumus. (Joann., X, 30 y 38.)

(3) Hic panis sacer comestus, non mutatur in nostram substantiam, sed nos potius in se transmutat, sibique unit, et similes facit. (S. Agust. In Psal.)

en la Comunión sagrada se abraza amorosamente con el Verbo mismo de Dios? «Jesucristo—dijo el Crisóstomo—se une, se incorpora á nosotros, ó más bien nos incorpora á El, para que formemos con El como una sola cosa, á la manera que el cuerpo forma una sola cosa con la cabeza (1)»; y por eso nuestro divino Redentor dijo expresamente: «*El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él* (2).»

Paréceme, amados míos, que no puede darse doctrina más dulce y consoladora que esta que acabo de exponer; pues de ella se sigue por consecuencia inmediata é ineludible, que la divina Eucaristía nos sublima y engrandece sobre todo lo imaginable. «*Nosotros*—dijo San Pablo—*somos transformados á semejanza de Dios* (3)». Es decir, que por la sagrada Comunión nos convertimos *en templos vivos de Dios* (4); no ya que nos transformemos esencialmente de tal suerte que nuestra esencia se convierta en la esencia divina, sino que, accidentalmente, por la reflexión de la luz de Cristo recibida en nosotros, la reflejamos á manera de espejos, y somos partícipes de su claridad, que comunicamos á otros por modo sobrenatural y misterioso (5). No es, pues, de maravillar que el Apóstol, divinamente inspirado, dijera: «*Somos el cuerpo de Cristo y los miembros de sus miembros... Vivo yo, pero no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí* (6). «*Vivit vero in me Christus.* Ni tampoco han de sorprender aquellas palabras de San Agustín: «*Dios se hizo hombre, para que el hombre fuera hecho Dios; y para que el hombre comiera el pan de los ángeles, el Señor de los ángeles fué hecho hombre* (7).»

Por último, otro de los fines que Cristo Nuestro Señor se propuso en la institución de la sagrada Eucaristía, fué el dejarnos un recuerdo constante de su pasión sacratísima por amor nuestro, que

---

(1) Semetipsum nobis immiscuit, et corpus suum in nos contemperavit, ut unum quid efficiamur, tamquam corpus capiti coaptatum. (S. Crisóst., Homil. 61 ad pop.)

(2) Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo. (Joann., VI, 57.)

(3) In eandem imaginem transformamur. (II Conrint., III, 18.)

(4) Vos estis templum Dei vivi. (II Corint., VI, 16.)

(5) Per illius gloriae reflexionem fimus et nos ejus claritatis participes, et ad ejus accedimus similitudinem. Imo fimus quasi specula, jubar divinum in alios emittentia et quasi soles quidam alios illuminantes. (Piconio.)

(6) Vos estis corpus Christi, et membra de membro. (I Corint., XII, 27.)—Vivo autem jam non ego, vivit vero in me Christus. (Galat., II, 20.)

(7) Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus; ut panem angelorum manducaret homo, Dominus angelorum factus est homo. (S. Agust., Serm. IX *De Nativ. Dom.*)

por eso dijo entonces á sus discípulos: «*Haced esto en memoria mía.*» (*Hoc facite in meam commemorationem*).

Siempre, pues, que los sacerdotes celebramos la santa Misa, ponemos ante la consideración de los fieles el cruento Sacrificio del Gólgota, y en nuestros altares se renueva, aunque de un modo incruento, la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo. La Eucaristía es un verdadero holocausto, porque Jesucristo se ofrece entero en la consagración y en la comunión. Es un sacrificio de expiación en el cual la divina víctima, Cristo Jesús, se ofrece y satisface por nosotros.

En suma, la Eucaristía es, entre nosotros, el mayor y el más perfecto de los sacrificios, el único grande y el único perfecto, pues con él Dios es tan honrado como desea y merece; es infinitamente honrado porque es Dios que se ofrece á Dios.

Demos gracias al Señor por habernos dejado en la Eucaristía un memorial eterno de todas sus bondades y de todas sus maravillas. Entre todos los prodigios de la infinita grandeza de Dios, nada hay tan grandioso en la tierra como el Santísimo Sacramento, y nada hay tampoco más excelso y adorable en lo alto de los cielos. Esto fué lo que Jesucristo hizo por nosotros en la noche de la Cena llevado de su inefable é incomprensible amor. Procuremos, pues, ser agradecidos, y pagarle amor por amor, viviendo, combatiendo y sufriendo hasta morir en honor de Cristo Sacramentado, quien con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo II después de Pentecostés.

De cómo el odio se vence con el amor.

HERMANOS míos queridísimos: Sublimes y magníficas enseñanzas nos suministra el capítulo tercero de la carta primera de San Juan, de donde la Iglesia nuestra Madre ha tomado la Epístola de la presente Domínica. En dicho capítulo nos exhorta ante todo á la caridad fraterna mostrándonos el amor que Dios nos

tiene, para que á su semejanza nos esforcemos en amarnos los unos á los otros; y después, por vía de consecuencia, añade lo siguiente: «*Y así no extrañéis, hermanos, que el mundo os aborrezca. Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de la muerte á la vida, porque amamos á nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte; cualquiera que aborrece á su hermano es homicida, y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna que permanezca en sí mismo.*» (I Joann., III, 13 al 16.)

Tal es, cristianos, la letra de nuestra Epístola, y de ella se derivan dos enseñanzas, que conviene considerar, á saber:

1.ª Por qué el mundo aborrece á los buenos cristianos.
2.ª El provecho que nos reporta el amar á nuestros prójimos.

PUNTO 1.°

POR QUÉ ABORRECE EL MUNDO Á LOS BUENOS CRISTIANOS

«*Hijitos míos*—dijo el Apóstol San Juan á los Hebreos—*tened cuidado que ninguno os engañe... En esto son conocidos los hijos de Dios y los hijos del diablo, en que amen ó no á sus hermanos; porque esta es la doctrina que habéis oído desde el principio, que os améis los unos á los otros. No como Caín, que era del maligno y mató á su hermano.—¿Y por qué le mató?—Porque sus obras eran malas y las de su hermano buenas.*» (I Joann., III, 7 á 12.) Es decir, carísimos hermanos, que desde el principio del mundo vienen las obras de los hombres buenos dando en rostro á los que son malos, y éstos aborreciendo de muerte á los que son fieles observadores de los Mandamientos de Dios; y por eso nuestra Epístola en el día de hoy, comienza diciendo: «*No extrañéis, hermanos, si el mundo os aborrece.*» (Verso 13.)

Hermosa advertencia que deben tener presente todos aquellos cristianos que se afligen con exceso al ver la iniquidad triunfante aborreciendo y persiguiendo á las personas buenas que se ejercitan en la piedad y en el servicio divino. Siempre fué así, porque siempre la conducta de los hijos de Dios ha sido como faro luminoso que descubre y pone de relieve las injusticias é iniquidades de los hijos del diablo. Esto no puede menos de exasperarlos y hacer que conciban en su corazón odio satánico á todo lo que sea bueno, justo, santo y laudable.

No hablaré yo aquí de Noé que fué despreciado de los hombres, porque era justo y porque les advertía que hicieran penitencia antes que llegara la inmensa catástrofe del diluvio universal. Tampoco mencionaré á los profetas de Dios, quienes siendo virtuosos y hablando al pueblo en nombre del Señor, fueron desatendidos y considerados por los impíos como gente ilusa y sin sentido común. Mucho menos referiré los insultos y malos tratamientos de que fueron objeto los Apóstoles de Jesús, pues llegaron á ser tantos, tan grandes, tan enormes é inauditos, que el glorioso San Pablo los dió bien á entender cuando dijo á los fieles de Corinto: «*Somos despreciados: hasta ahora sufrimos el hambre y la sed, nos abofetean, y nos hallamos desnudos, errantes, maldecidos, perseguidos é injuriados; se nos considera como la basura del mundo y como la escoria de todos hasta ahora.*» *Omnium peripsema usque adhuc.* (I Corint., IV, 9 á 13.) Me concretaré sólo á la conducta cruel é inicua que observaron los pérfidos judíos con nuestro dulcísimo y amorosísimo Jesús.

¿Quién no sabe que El pasó toda su vida pública haciendo bien y sanando á todos? ¿Cómo le trataron?—Nadie lo ignora. El divino Salvador fué ultrajado, escarnecido, calumniado y perseguido, hasta en sus milagros, en sus beneficios, en su divina enseñanza y en su moral sublime. Le prenden, le abofetean, le insultan y le toman por irrisión poniéndole cetro de caña, corona de espinas y manto de sucia y andrajosa púrpura, haciéndole el ludibrio de las gentes hasta darle muerte cruel en un ignominioso madero.

Pues bien; si esto fué hecho con el Justo de los justos y el Santo de los santos, ¿qué tiene de extraño que la gente impía de nuestro siglo haga otro tanto con las personas buenas y piadosas? ¿Quién se ha de maravillar de que los incrédulos y los imitadores de Lucifer se burlen hoy de la palabra de Dios, de la Religión, de Jesucristo, de la Iglesia y de los Sacramentos y de todo cuanto sea cristiano y sagrado, despreciando la Ley santa de Dios, los dogmas sacrosantos de nuestra fe católica y la moral evangélica de nuestro adorable Redentor?

¡Oh! La perversidad y audacia de los herejes modernos es tan grande, insolente y descarada, que recorre toda la escala de la corrupción hasta el extremo de canonizar sus pasiones inmundas, de divinizar su razón orgullosa, y de arrojar de su trono de gloria al Verbo de Dios encarnado, á nuestro amantísimo y adorabilísimo Salvador, Cristo Jesús. Con razón, pues, dijo el Espíritu Santo: «*En la boca del insensato se halla la vara de la arrogancia y los im-*

pios abominan á los buenos, porque andan por caminos rectos (1)». Con razón también nos da hoy la voz de alerta la Iglesia nuestra Madre, para que no desfallezcamos en el espíritu, diciéndonos en la Epístola: «No extrañéis que el mundo os aborrezca, no pudiendo sufrir vuestra virtud.»—*Nolite mirari, si odit vos mundus.* (Verso 13.)

Mas dejando aparte este punto, pues clarísimo le estamos presenciando, vengamos á las palabras de aliento que nos dirige el Señor en nuestra Epístola, para que, al menos por utilidad propia, amemos de corazón á todos nuestros prójimos.

PUNTO 2.°

PROVECHOS DE AMAR AL PRÓJIMO.

«*Sabemos*—dice el sagrado texto—*que hemos sido trasladados de la muerte á la vida, porque amamos á nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte.*» (Verso 14.) Dos cosas, como veis, nos declara aquí el Espíritu Santo: primera, que el medio para saber si hemos pasado de la muerte del pecado á la vida de la gracia, es el amor verdadero del prójimo. Todo el que ame á sus semejantes por amor de Dios, tiene un indicio moralmente cierto de que goza de la amistad divina, y mucho más si perdona á los enemigos y ora por ellos y les hace beneficios, como nos mandó y practicó nuestro divino Salvador.

La segunda cosa es que, quien no amare á su prójimo por amor á Jesucristo, faltando en esto gravemente á la ley de la caridad, permanecerá en la muerte de su pecado, no disfrutará de la unión con Dios ni de su amistad divina, y, por consiguiente, será reo de los eternos suplicios. El amor de Dios es la vida del alma, y en este amor se halla comprendido el que debemos á nuestros prójimos; de tal suerte, que el que no ama como debe á sus semejantes, cuando la materia es grave, no goza de la vida del alma, ni vive en Dios, ni Dios en él, ni tendrá entrada en el cielo, porque está muerto á la vida de la gracia; y por eso dice nuestra Epístola: «*El que no ama permanece en la muerte.*»—*Qui non diligit, manet in morte.*

Y esto, carísimos hermanos, acontece con mayor motivo cuando abrigamos en nuestro corazón algún aborrecimiento á nuestros pró-

(1) In ore stulti virga superbiae. (Prov., XIV, 3.)—Abominantur impii eos qui in recta sunt via. (Prov., XXIX, 27.)

jimos, porque esto es anticristiano y constituye una especie de homicidio, ó cuando menos tendencia á él, lo cual es cosa grave que mata al alma y la hace merecedora de eterna muerte. Ved aquí por qué el Apóstol San Juan añade á continuación: «*Cualquiera que aborrece á su hermano es homicida, y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna que permanezca en sí mismo.*»—*Non habet vitam aeternam in semetipso manentem.* (Verso 15.)

Esto quiere decir, que todo el que aborrece de corazón á su hermano es ya homicida en su ánimo; porque la disposición que tiene interiormente es de quitarle la vida; y claro es que el reo de homicidio, mientras no se arrepienta y enmiende, no puede entrar en el cielo, que es la mansión del amor, de la inocencia y de la santidad verdadera.

Oid ahora el precioso comentario que el grande Agustino hace de las palabras bíblicas que acabo de citar. «No hay que consultar—dice—á nadie para saber si nuestra alma ha pasado de la muerte del pecado á la vida de la gracia; basta que preguntemos á nuestro propio corazón. ¿Encuentras, oh cristiano, que amas á tu prójimo como á ti mismo por amor de Dios? Pues bien puedes afirmar que tu alma se halla en buen estado, y que has salido de la región de la muerte eterna para entrar en la vida perdurable. Es verdad—añade el Santo—que en ti nada aparecerá aun de la gloria que acompaña á los bienaventurados; pero si ahora no aparece, ya aparecerá cuando venga el Señor á juzgar á los vivos y á los muertos. El justo en esta vida es como los árboles en el invierno, están vivos en sus raíces, aunque sus ramas en el exterior aparezcan secas y muertas. El germen de gloria existe oculto en el corazón del justo, como las hojas y los frutos del árbol se hallan ocultos en su corteza; pero ya vendrá el estío y aparecerá todo por de fuera (1).»

Notemos bien, amados míos, cuál es la vida á que pasa el que ama según Dios á su prójimo. Primeramente pasa á la vida de la gracia santificante, haciéndose, por lo tanto, objeto de las complacencias del Señor, y quedando enriquecido con los dones del Espíritu Santo, y con el Espíritu Santo mismo, y hecho partícipe de la naturaleza divina. Y en segundo lugar, posee el derecho á pasar á la vida de la gloria, ó sea, á las mansiones de los bienaventurados, donde le está reservada corona de gloria y felicidad sin fin.

¡Qué recompensa! Ea, pues, carísimos hermanos; apliquémonos

---

(1) Intus est medulla quae viget, intus sunt folia arborum, intus fructus, sed aestatem expectant. (S. Agust., Tract. 5 in Epist. I Joann.)

con todo empeño á amar de todo corazón á todos nuestros prójimos, aun á los malos; porque si ellos no lo merecen, Dios, que desea su salvación y que murió por ellos, bien lo merece. Dios quiere que los amemos, Dios lo manda, Dios ha hecho de este amor su principal precepto, Dios considera como hecho á sí mismo lo que hagamos por nuestros semejantes, Dios ha prometido galardonarlo cumplidamente en el cielo. ¿Quién, aunque no sea más que por interés propio, no se anima á amar y á favorecer á todos nuestros hermanos por amor de Dios? Es verdad que la naturaleza encontrará á veces resistencia, pero haya fe y pronto quedará vencida con la gracia; y si la grandeza del premio, que es la gloria, no nos mueve lo bastante para amarlos, consideremos el daño infinito que nos causará el no hacerlo, pues según hemos declarado en nuestra Epístola, todo el que no ame al modo dicho, *permanecerá en la muerte.—Qui non diligit manet in morte.*

Concluyo, pues, amados míos, exhortándoos con todo mi corazón á la práctica de esta hermosa virtud; alejad de vuestro espíritu todo cuanto pueda haceros aborrecer á vuestros hermanos; recordad todo cuanto haya en ellos que pueda hacéroslos amables; multiplicad los favores y los actos de caridad para con ellos, cuando veáis que ellos se ensañan en hacer actos de hostilidad con vosotros; pedid fervorosamente al Señor que os inspire los sentimientos de caridad que El os manda, y estad seguros que estas prácticas cristianas serán un medio eficacísimo para sacar al amor fraternal triunfante de todos los obstáculos que encuentre, y también para afianzar, cuanto es posible en la tierra, vuestra eterna bienaventuranza en el cielo. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el domingo segundo después de Pentecostés.

Señales para conocer el amor de Dios.



AMADOS hermanos míos: El mundo ciego y loco aborrece de muerte á los fieles cristianos que cumplen los deberes de su Religión sacrosanta, porque éstos son como espejos purísimos que ponen de relieve la enormidad de las injusticias é iniqui-

quidades mundanas. Los hombres malos quisieran que todos fueran como ellos, y por eso *odian á los buenos,* que viven en santidad y justicia; y los buenos, por el contrario, haciendo violencia á su naturaleza y obrando según la gracia, *aman á los mismos malos,* y los favorecen cuanto pueden para que se arrepientan y logren su conversión y eterna felicidad. En esto, dice la Epístola de la Misa de hoy, se conocen y distinguen los hijos de Dios de los hijos del diablo; y después para alentar á las almas buenas, añade que los que aman á sus hermanos tendrán vida eterna, así como los que aborrecen á sus prójimos, caerán en eterna muerte, porque son verdaderos homicidas.— *Qui non diligit, manet in morte.* (Joannis, III, 14.)

Pues bien; sentadas estas verdades fundamentales, se pregunta: ¿En qué conoceremos nosotros que realmente amamos á nuestros prójimos y que podemos tener certeza moral bien fundada de que nos hallamos en estado de gracia, y por consecuencia, con derecho á ser ciudadanos del cielo? Nuestra Epístola lo declara brevemente, diciendo:

«*Hermanos*: *En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que puso El su vida por nosotros, y nosotros debemos poner nuestra vida por nuestros hermanos. El que tuviere riquezas de este mundo, y viere á su hermano tener necesidad, y le cerrare las entrañas, ¿cómo está la caridad de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad.*» (I Joann., III, 16 á 18.)

Tales son, amados míos, las señales que nos da San Juan, y que yo intento explicaros ahora, á saber:

1.ª Estar dispuestos á morir por la salvación del prójimo.
2.ª Prestarle ayuda en sus necesidades.

PUNTO 1.º

DAR LA VIDA POR LA SALVACIÓN DEL PRÓJIMO

No hay señal más cierta para conocer el amor que el sacrificio hecho en obsequio del amado, pudiendo afirmarse que á mayor sacrificio corresponde mayor amor; y como dar la vida es lo más grande que puede hacer un hombre en obsequio de otro, síguese por deducción lógica que quien esté pronto á morir, si fuere necesario, por la salud espiritual de sus semejantes, ese tiene en su corazón el mayor de los amores, y haciéndolo por Dios no cabe duda

que es el mayor acto de la caridad divina. Ved aquí por qué nos dice hoy nuestra Epístola: «*En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que puso El su vida por nosotros.*» (Verso 16.)

Pues bien; todo el que quiera saber si en su corazón se halla la caridad divina, y, por consiguiente, que está en gracia de Dios, que ha sido trasladado de la vida á la muerte, y que el cielo le pertenece por herencia, consulte á su propio corazón y vea si está dispuesto á dar su vida propia por la salvación de sus prójimos. El que halle en sí mismo estas hermosas disposiciones, bien puede afirmar que está en caridad, que él está en Dios y Dios en él, porque el celo llena el corazón de amor, ó más bien, el celo es el mismo amor de Dios, que por eso hubo de decir San Ambrosio: «*El celo es la caridad.*» (In Psal. CXVIII.)

Este es el razonamiento que San Juan hace hoy en nuestra Epístola, y para que todos procuremos elevarnos á este dichoso estado de perfección en la caridad, añade estas hermosas palabras: «*Nosotros debemos poner nuestra vida por nuestros hermanos.*» (Verso 16.) ¡Qué encargo! Paréceme, amados míos, veros como asombrados al tener que cumplirle, y que alguno de vosotros dirá en su interior: «No puede ser; esto es muy duro. ¿Cómo es posible que yo pueda dar mi vida por mis semejantes?» ¿Cómo? Con la gracia de Dios, pues todo lo podemos en Aquel que nos conforta. Dios nuestro Señor que lo manda, El nos dará fortaleza para llevarlo á cabo. Y que lo manda no cabe la menor duda, pues aparte de las palabras citadas de San Juan, tenemos las de Nuestro Señor Jesucristo, quien, en su Sagrado Evangelio, dice así: «Como el Padre me amó, así también yo os he amado... Este es mi mandamiento: que os améis los unos á los otros, así como yo os amé.» (*Hoc est preceptum meum, ut diligatis invicen, sicut dilexi vos.*—Joann., XV, 9-12) (1).

Ahora bien, ¿cómo nos amó Jesucristo? Dando su vida corporal por la nuestra espiritual. Jesucristo, siendo hijo único de Dios, y Dios como el Padre, se anonadó por nuestro amor tomando la forma de siervo; es decir, tomando un cuerpo pasible y mortal como el nuestro, y quiso padecer en su humanidad sacratísima por espacio de treinta y tres años, y después de su acerbísima pasión, dió su vida por todos nosotros de la manera más cruel é ignominiosa. ¡Qué amor! ¡El justo muere por los pecadores, el inocente por los culpables, el juez por los criminales, Dios por el hombre! (*Ille animam suam pro nobis possuit.*)

(1) Sobre este punto, véase nuestra obra *La vida feliz*, tomo 1.° cap. XVIII, § 3.°, núm. 17.

¡Y como si no fuera bastante haberlo realizado una vez en la cruz, la misma vehemencia de su amor le llevó al exceso de repetirlo sin cesar en nuestros altares, en el Sacramento eucarístico, todos los días hasta la consumación de los siglos! ¿Quién podrá comprender ni imaginarse el amor inmenso que Jesús nos tuvo?

Así, pues, cuando San Juan, en la Epístola de este día, dice que Cristo nuestro Señor dió su vida por la nuestra, es como si nos dijera: «Reparad bien, oh cristianos, la fineza del amor de Jesús para con los hombres; no bastó á su corazón amante padecer y morir en la cruz por nosotros, sino que para perpetuar la memoria de su amor, quiso obrar un prodigio más dulce é inefable, quedándose sacramentado y como anonadado en nuestros altares, hasta la consumación de los siglos: quiso instituir un Sacramento augusto en el cual renueva de continuo los milagros de su nacimiento, de su vida y de su muerte; un Sacramento al cual se refieren todos, y en el cual se ostenta á nuestra fe vivo y glorioso lo mismo que está en los cielos; un Sacramento, que contiene su cuerpo, su alma y su divinidad, como escondido bajo las sagradas especies sacramentales, para que podamos alimentarnos de El y recibirle en lo más íntimo de nuestro corazón cuantas veces queramos; un Sacramento, en fin, llamado el Sacramento del amor, porque su amor le inventó, su amor le instituyó, su amor le perpetúa en el mundo, su amor le insta á darse en él á nosotros, y su amor nos invita á que le recibamos y quedemos como endiosados con él. ¡Oh Amor de los amores, cuánto nos amas, y cuánto nos solicitas á que seamos agradecidos y te correspondamos amor con amor! No es maravilla que el discípulo amado levante su voz en nuestra Epístola y diga hoy al mundo entero: «*En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que puso El su vida por nosotros, y nosotros debemos poner nuestra vida por nuestros hermanos.*» (Verso 16.)

Es decir, que el Señor quiere que nosotros ejercitemos la caridad para con nuestros prójimos, de igual manera que él la ejercitó con nosotros, dándose en esto por bien pagado y como si lo hiciéramos con su misma adorable persona. Pero sigamos con nuestra Epístola, que ella nos determina la manera de cumplir este deber tan sagrado.

PUNTO 2.°

DE LA AYUDA QUE HEMOS DE DAR Á NUESTROS PRÓJIMOS

Ya hemos considerado, carísimos hermanos, que Jesucristo dió su vida por nosotros, y que, en cambio, nos exige que demos nuestra vida por la de nuestros prójimos, ó que estemos preparados á darla cuando hubiere verdadera necesidad. Esta es, ciertamente, una señal de que andamos en caridad y que nosotros estamos en Dios y Dios en nosotros; mas comoquiera que el dar la vida corporal por la espiritual de nuestros semejantes, no se ocurre con frecuencia, conténtase el Señor de ordinario con otras obras de caridad menos perfectas, que son los actos de misericordia para con el prójimo, en las necesidades cotidianas de la vida, y por ellos se conoce también si realmente habita el amor de Dios en nuestro corazón.

«*Si alguno*—dice la Epístola de hoy—*tiene riquezas de este mundo, y viendo á su hermano necesitado, no quiere socorrerle, ¿cómo diremos que mora en su corazón el amor de Dios?*» (Verso 17.) ¿Puede llamarse amor el que viendo al amado en necesidad no se apresura á ayudarle pudiendo y debiendo hacerlo? El que teniendo bienes de fortuna cierra las entrañas al pobre y no le da lo que necesita para remediar su miseria, ¿habrá quien diga que le ama, ni que ama á Dios que manda socorrerle? ¡Oh! Es innegable que quien esto haga, ni ama á Dios, ni ama al prójimo, ni cumple los Mandamientos divinos, ni puede afirmar que anda en caridad. Al rico de entrañas duras para con el pobre podrá parecerle que va bien y que sigue el camino del cielo, mas en realidad se engaña, y sólo puede esperar del divino Juez aquella terrible sentencia: «*Id, malditos, al fuego eterno.*»—*Ite, maledicti, in ignem aeternum.*

«*Por tanto, hijitos míos*—añade San Juan—*no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad.*» (Verso 18.) Lo cual es como si el Apóstol dijera: «Hijos míos queridísimos: si vosotros no estáis todavía tan adelantados en la caridad que os halléis dispuestos á dar vuestra vida por la de vuestros semejantes, á lo menos no seáis tan duros de corazón que le neguéis lo que há menester para vivir, si de algún modo podéis socorrerle; porque si permanecéis insensibles en sus necesidades y no os movéis á remediarle con lo que os es superfluo, ¿cuánto más distantes estaréis de dar por él

vuestra vida si fuese necesario? Y si esto no hacéis, ¿cómo esperáis salvaros?

Y nadie diga: yo no puedo socorrer al prójimo, porque, amados míos, la misericordia, que es la compasión del necesitado, no se saca de la bolsa, sino del corazón; si no puedes ¡oh pobre! dar dinero, puedes manifestar la necesidad á quien lo tenga, puedes dar palabras de consuelo, puedes mostrarte cariñoso y afable con el pobre entristecido. ¡Cuán ingeniosa es la caridad para aliviar las miserias del indigente!

No olvidemos, pues, la conclusión de nuestra Epístola, pues ella es como la síntesis de las entrañas caritativas de San Juan, discípulo del amor, que mereció el nombre de «*Apóstol de la Caridad*».—Hijitos míos —decía continuamente á sus discípulos:—«*Amaos los unos á los otros, porque este es el precepto del Señor, y si le cumpliereis bien, esto sólo basta.*» *(Praeceptum Domini est, et si solum fiat sufficit.)* «*Hijitos míos, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad.*» Es decir, no amemos solamente de palabra, ni solamente con la lengua, sino con las obras y con sinceridad de corazón.

Amemos, pues, con plenitud; *de palabra,* diciendo de nuestros prójimos todo lo bueno que de ellos sepamos; amemos *con la lengua* intercediendo por ellos con fervientes ruegos; pero amemos también *con las obras* de misericordia y de caridad, pues por ellas conoceremos la sinceridad de nuestro amor: amemos *de verdad,* esto es, de lo íntimo de nuestro corazón, no por aparecer caritativos y cobrar fama de tales, sino por amor de Dios, por aliviar al necesitado, y porque en todo sea servido y glorificado Dios Nuestro Señor. Amémonos verdaderamente los unos á los otros, porque así lo exige la ley de la caridad, porque es la señal para conocer si en realidad estamos en gracia de Dios, pues ya lo dice nuestra Epístola, *el que no ama, permanece en la muerte. En esto*—añade—*hemos conocido el amor de Dios, en que dió su vida por nosotros; y así nosotros debemos también dar nuestra vida por la salvación de nuestros hermanos.*

Por último, *Filioli mei, hijitos míos, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad;* pues haciendo esto, lo hemos hecho todo, y Dios nuestro Señor, por su infinita misericordia, nos dará la eterna recompensa en las inefables mansiones de los cielos. Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo III después de Pentecostés.

Disposiciones para ser perfectos cristianos.

HERMANOS míos amadísimos: El santo y glorioso Apóstol San Pedro, en la primera de sus cartas, capítulo VI, propónese declarar á todos los fieles de Cristo las cuatro disposiciones principales que deben tener en su espíritu para ser buenos y perfectos cristianos, á saber: *la humildad de corazón, la confianza en Dios, la vigilancia sobre sí mismos y la fortaleza contra los enemigos de nuestra alma.* Todo ello lo expresa en las brevísimas palabras de la Epístola de este día. Dice así:

«*Hermanos, humillaos bajo la mano poderosa de Dios para que os ensalce en el día de su venida, echando sobre El todos vuestros cuidados, porque El tiene providencia con vosotros. Sed sobrios y velad; porque el diablo, vuestro adversario, anda como león rujiente alrededor de vosotros, buscando á quién devorar. Resistidle fuertes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos, esparcidos por el mundo, sufren la misma tribulación. Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó en Jesucristo á su eterna gloria, después que haydis padecido un poco, El os perfeccionará, fortificará y consolidará. A El sea la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Amén.*» (I Petr., V, 6 á 11.)

Hasta aquí, carísimos hermanos, llegan las palabras del Príncipe de los Apóstoles, y como ellas encierran tan profundas enseñanzas prácticas para la vida espiritual, necesario es que nos detengamos algo en su explicación, y al efecto, me concretaré en este día á explanar sus dos primeros encargos, á saber:

1.° **Que hemos de vivir humillados ante Dios.**
2.° **Que hemos de tener en Dios gran confianza.**

PUNTO 1.°

DE LA HUMILLACIÓN ANTE DIOS

Conocer á Dios y conocernos á nosotros mismos son dos cosas que constituyen la más alta sabiduría práctica. Conocer á Dios para servirle, amarle y adorarle con todas las fuerzas de nuestro corazón; conocernos á nosotros mismos para comprender nuestra impotencia y nuestra nada, y para «*vivir siempre humillados,* como leemos en la Epístola, *bajo la mano poderosa de Dios*».—*Sub potenti manu Dei.* (Verso 6.) «¡Ah, Señor!—decía San Francisco de Asís.—¿Quién sois Vos y quién soy yo? Vos sois el abismo de la sabiduría, la plenitud del ser y de todo bien; yo soy el abismo de la necedad, el último de los pecadores, y de mí propio sólo tengo el mal (1).» Y como esto, que decía el Santo, podemos decirlo nosotros con mayor motivo, no es aventurado afirmar que el fundamento de la humildad es el conocimiento de nuestras miserias. ¿Quién que se conozca en algo osará ser orgulloso? «Un pecador que se humilla—dijo San Agustín—vale más que un justo altanero, pues sólo con la humildad podemos acercarnos á la grandeza de Dios (2).»

Es, pues, necesario ser humildes, y no perder nunca de vista esta sentencia que hoy nos da el Príncipe de los Apóstoles: «*Humillaos bajo la mano poderosa del Señor.*»—*Sub potenti manu Dei.* Detengámonos un momento á considerarla.

Humillaos, es decir, reconoced que todo vuestro ser, y modo de ser, y la conservación de vuestra existencia, todo viene de Dios, que os lo dió gratuitamente, no para que os ensoberbezcáis, no para que abuséis de ello, no para que os consideréis superiores á vuestros semejantes, sino para que le sirváis y le glorifiquéis á El en todas las acciones de vuestra vida.

Humillaos, es decir, reconoced que, después de criados y conservados, os halláis en las manos del Todopoderoso, como el barro en las del alfarero, y que así como éste da á su barro la forma que le place, así toca á Dios disponer de vosotros y de vuestras cosas como más le agrade, sin que ninguno tenga derecho á decir: ¿Por qué me has hecho así?

Humillaos, es decir, reconoced que vosotros solos, por vuestras

---

(1) Así San Buenaventura, en la *Vida de San Francisco de Asís.*

(2) Melior est peccator humilis, quam justus superbus. (S. August., Serm. 49, y Sentent. 88.)

propias fuerzas naturales, nada bueno podéis hacer en orden á vuestra eterna salvación, y que toda vuestra suficiencia, y bondad, y poder, y querer viene de Dios, sin cuyo auxilio no sois capaces de comenzar, ni de proseguir, ni de terminar ninguna buena obra meritoria de vida eterna.

Humillaos, es decir, reconoced que en todos los actos y momentos de vuestra existencia os encontráis bajo la fuerza irresistible del brazo omnipotente de Dios, que os halláis en la absoluta necesidad de someteros á El, y que es la mayor de las necedades el pretender resistirle.

Humillaos, es decir, reconoced que esa mano poderosa, que crió el cielo y la tierra, se halla abierta para derramar gracias y bendiciones sobre todos los hombres que humildemente se las pidan, y que la oración de ruegos á su divina Majestad, os es absolutamente necesaria para obtener la abundancia de sus riquezas celestiales.

Sí, amados míos; este es el sentido profundo que encierran las palabras de nuestra Epístola, y nos las recuerda la Iglesia en el día de hoy, para que todos, anonadados ante la presencia divina, digamos con el Salmista: «*¡Ah, Señor, mi ser está delante de Vos como la nada; todo hombre vivo en la tierra no es más que vanidad... Mi ignominia está todo el día ante mis ojos, y la confusión cubre mi rostro* (1).» ¿Puede darse mayor motivo de humillación que vernos en la impotencia de hacer algo bueno por nosotros mismos? Y que esto es así no se puede negar, pues están clarísimas las palabras de Jesucristo que nos dice: «*Sin mí nada podéis hacer.*» *Sine me nihil potestis facere.* (Joann., XV, 5.)

Así, pues, hermanos míos carísimos, es preciso que andemos siempre en grande humildad delante de Dios, y que, reconociendo su riqueza, su bondad y su misericordia, le roguemos nos ayude y fortalezca, no sólo para hacer lo bueno, sino también para no caer en lo malo, y haciendo esto, ya lo dice nuestra Epístola: «*El mismo nos ensalzará en el día de su venida*» (Verso 6); esto es, en el día que, colocado en trono de inmensa majestad, venga á juzgarnos á todos.

Y nadie se maraville de esta insigne prorrogativa concedida á la humildad, pues es ley constante que el hombre cuanto más baja en su propia estimación, más sube en la de Dios. El orgullo que sube

(1) Substantia meam tanquam nihilum ante te; veruntamen universa vanitas omnis homo vivens. (Psal. XXXVIII, 6.) Tota die verecundia mea contra me est, et confusio faciei meae cooperuit me. (Psal. XLIII, 16.)

hasta el cielo, baja hasta el infierno; y la humildad que baja hasta el infierno, sube hasta el cielo. Bajar para subir; humillarse para ser ensalzados, ó mejor dicho, humillarse para dar gloria á Dios, y dejar á Dios el cuidado de nuestra gloria; este es el secreto que ensalza y sublima á las humanas criaturas, y claro debemos verle todos en aquellas palabras de nuestro dulcísimo Redentor: «*El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.*»—*Qui se humiliat, exaltabitur.* (Luc., XIV, 11.)

Mas vengamos ya á la segunda disposición de ánimo que hoy nos recomienda nuestra Epístola, á saber:

PUNTO 2.°

DE LA CONFIANZA EN DIOS

«*Bienaventurado el hombre que confía en el Señor, y el Señor es su esperanza. Será como el árbol trasplantado junto á la corriente de las aguas que extiende hacia la humedad sus raíces; no temerá los ardores del estío; sus ramas estarán siempre verdes, no le hará daño la sequía, y no dejará nunca de dar frutos*» (Jerem., XVII, 7-8.) Estas palabras divinas, que dijo en su tiempo el profeta Jeremías, prueban con evidencia á los cristianos que quien confía en Dios y se pone en sus manos benditas como un niño en el regazo de su buena y tierna madre, nada podrá faltarle, porque el Señor le ayudará en todas sus necesidades y le colmará de bendiciones y de gracias, para que produzca frutos de virtudes merecedoras del cielo. Y ved aquí, amados míos, la práctica piadosa á que nos exhorta el Príncipe de los Apóstoles en la Epístola de hoy, diciendo: «*Echad en Dios todos vuestros cuidados, porque El tiene providencia con vosotros.*»—*Omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum.* (Verso 6.)

Notad bien, cristianos, lo que esto significa y los provechos que os proporciona. Dice primeramente que «*depositemos en Dios todos nuestros cuidados*»; *todos,* sin exceptuar ninguno; por consiguiente, en El hemos de aquietarnos en nuestros *pecados* pasados y absueltos, en nuestras *sequedades* y arideces de espíritu, en nuestras *tentaciones y peligros* de pecar, en nuestras *enfermedades y trabajos* de la vida, en suma, en todas nuestras calamidades y miserias, públicas y privadas, corporales y espirituales.—*Omnem sollicitudinem vestram.*

Confianza á pesar de nuestros pecados anteriores, recordando

aquellas palabras de San Juan: «*Hijitos míos; aunque alguno, por desgracia, hayáis pecado, no desesperéis, pues tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo, justo y santo, y El mismo es la víctima por nuestros pecados* (1).»

Confianza en nuestras arideces y sequedades, pues, como dijo David: «*El Señor se ha hecho el amparo del pobre socorriéndole oportunamente en la tribulación: confíen, pues, en ti, Señor, los que conocen tu nombre, porque jamás has desamparado á los que á ti recurren* (2).» Poned—dice San Agustín—constantemente vuestra confianza en Dios, y confiadle todas vuestras cosas, porque El no dejará de levantaros hacia sí, y no permitirá que os suceda más que lo que pueda seros útil, aunque no lo entendáis vosotros mismos. (Lib. I, *Soliloq.*)

Confianza en las tentaciones, porque *fiel es el Señor y no permitirá que seáis tentados más de lo que vuestras fuerzas puedan sobrellevar, y aun hará que la tentación os sea provechosa* (3). «*Todo lo puedo en Aquel que me conforta*»—dijo San Pablo—y esto mismo hemos de decir nosotros en todas las tentaciones y tribulaciones (4).

Confianza en los peligros, recordando á David, cuando decía: «*Mi pie va á resbalar, pero tu misericordia, Señor, me ayudaba* (5)»; ó bien á San Pablo, cuando exclamó: «Nos vemos acosados de toda suerte de tribulaciones, pero no perdemos el ánimo; nos hallamos en grandes apuros, mas no desesperados; somos perseguidos, mas no abandonados; abatidos, pero no perdidos.» (II Corint., IV, 8-9.)

Confianza en las enfermedades y trabajos; porque sabemos que el mismo Dios ha dicho al que en El confía: «*No te dejaré, ni desampararé.*» De manera que nosotros podemos repetir con grande confianza: «El Señor es mi ayuda; no temeré lo que los hombres puedan hacer contra mí» (Hebr., XIII, 5-6), ni las enfermedades, porque Dios hará que se tornen en bien mío.

Confianza en todas las calamidades y miserias que puedan ocurrirnos, pues siendo Cristo nuestro Señor, nuestro Abogado, nuestro intercesor, nuestro Hermano y nuestro todo, ¿por qué hemos de

(1) Si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum; et ipse est propitiatio pro peccatis nostris. (I Joann., II, 1-2.)

(2) Et factus est Dominus refugium pauperi, adjutor in opportunitatibus, in tribulatione, etc. (Psalm. IX, 10.)

(3) Fidelis Deus est; qui non patietur vos tentari supra id quod potestis; sed faciet etiam cum tentatione proventum ut possitis sustinere. (I Corint., X, 13.)

(4) Omnia possum in eo qui me confortat. (Philip. IV, 13.)

(5) Motus est pes meus; misericordia tua, Domine, adjuvabat me (Psalm., CXIII, 18.)

temer?—«*Si Dios*—dijo el gran Apóstol, *está por nosotros, ¿quién contra nosotros?*»—*Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (Rom., VIII, 31.)

Y sin más que esto que dejamos dicho, ¿quién no se anima y dice con el profeta Miqueas: «*Fijaré mis ojos en el Señor, pondré mi esperanza en Dios, Salvador mio, y mi Dios me atenderá* (1).»

Tal es, carísimos hermanos, la *confianza* á que nos invita el glorioso San Pedro en la Epístola de la presente Domínica, y por nuestra parte hemos de procurar adquirirla; ya porque es encargo del Príncipe de los Apóstoles y cede en gloria de Dios nuestro Señor, ya por los grandes provechos que ella nos proporciona.

Así, pues, no olvidemos nunca la regla de conducta que hoy nos da nuestra santa Madre Iglesia. Ella quiere *que nos humillemos bajo la mano poderosa de Dios, para que nos ensalce en el dia de su venida, y además que pongamos en sus manos benditas todas nuestras inquietudes, porque Él tiene cuidado de nosotros.*

Hagámoslo así, confiando entera y absolutamente en su Providencia divina, y no dudemos un punto que, así como dijo á Abraham: «*No temas, que yo soy tu protector y tu galardón sobremanera grande*» (Génes., XV, 1), así también pondrá en nosotros sus ojos misericordiosos, y después de ayudarnos cuanto fuere menester en esta vida, nos dará como galardón eterno la gloria en la otra. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo III después de Pentecostés.

Combate espiritual de los tiempos presentes.

Hermanos míos amadísimos: El Príncipe de los Apóstoles, después de amonestarnos en la Epístola de este dia para que andemos siempre humillados bajo la mano poderosa de Dios, y puestos en sus manos benditísimas, como Padre amoroso nuestro que cuida de nosotros, nos da la voz de alerta y nos exhorta á que estemos siempre vigilantes y arma al brazo para no dejarnos ven-

(1) Ad Dominum aspiciam, exspectabo Deum salvatorem meum: audiet me Deus. (Miq., VII, 7.)

cer de las acometidas del enemigo de nuestras almas. Las palabras con que lo expresa en nuestra Epístola, son las siguientes:

«Hermanos: sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario el diablo, anda como león rugiente dando vueltas alrededor de vosotros buscando á quien devorar. Resistidle fuertes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos esparcidos por el mundo, sufren la misma tribulación. Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó en Jesucristo á su eterna gloria, después que hayáis padecido un poco, os perfeccionará, fortificará y consolidará. A El sea la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Amén.» (I Petr., V, 8 á 11.)

Estas son, amados míos, las enseñanzas prácticas que hoy nos suministra la Iglesia en la Epístola de la Misa, y por ellas vemos que el enemigo de nuestras almas anda rugiendo en torno nuestro para devorarnos, y que á nosotros nos obliga precavernos de sus fieras y continuas embestidas. ¿De qué manera? ¿Qué debemos hacer? Esto es lo que ahora intento explicaros, mostrándoos dos cosas:

1.ª Cuál sea hoy el enemigo de nuestras almas.
2.ª La manera de vencerle y triturarle.

PUNTO 1.°

EL LEÓN RUGIENTE QUE INTENTA DEVORARNOS

Hermanos míos carísimos: «A dura y tristísima condición se ve reducida en nuestros aciagos días la sociedad cristiana extendida por toda la haz de la tierra... el mundo ha retrocedido á marchas forzadas hacia el más abyecto y grosero paganismo, y la verdad católica y la doctrina de Jesucristo, *camino, verdad y vida,* vuelven á ser *escándalo de las gentes y signo de contradicción* en las tres cuartas partes de la tierra... ¡A tal extremo de confusión ha reducido á los pueblos católicos *el hombre enemigo sembrador de toda cizaña,* fervorosamente secundado por sus huestes (1)!» ¿Quién es este enemigo, y cuáles son sus huéstes desdichadas? En cuanto á lo primero, claramente nos lo dice el Príncipe de los Apóstoles en la Epístola de este día: «Es—dice el diablo—*vuestro adversario, que anda como león rugiente dando vueltas buscando á quien devorar»*

(1) Pastoral del Excmo. Sr. Dr. D. Juan Muñoz Herrera, Obispo de Málaga, Octubre de 1899.

(Verso 8); y en cuanto á lo segundo, hallamos cumplida respuesta en reciente Pastoral de un egregio Prelado español; dice así: «Entre tan infinito número de desdichas, la más triste es que las naciones que aún continúan llamándose católicas, porque no se han apartado expresa y solemnemente del yugo de la Iglesia, desprecian de hecho su doctrina y su moral santas; y envenenadas y amamantadas en los falsísimos principios del *derecho nuevo*, por el brutal *naturalismo*, triunfante en las costumbres y en las ideas, en la vida privada y en la pública, arrastran pesada cadena de errores y desgracias sin cuento (1).» Es decir, que las huestes del diablo, que en su nombre y con su espíritu, nos hacen hoy la guerra á los cristianos, rodeándonos por todas partes para devorarnos, son los herejes llamados *naturalistas*, que se hallan triunfantes en toda la línea, y que envenenan á las inteligencias causando desdichas enormes, no sólo en la Iglesia de Jesucristo, sino en todas las esferas del organismo social.

Por lo mismo, amados míos, conviene que sepáis qué cosa sea el *naturalismo*, y qué es lo que pretenden sus secuaces, como agentes de Lucifer. La palabra *naturalismo*—dice un sabio escritor contemporáneo—se presta á varios significados. Según el primero, es *un sistema de doctrina que admite el orden natural excluyendo el sobrenatural*. En otro sentido, es *un sistema que consiste en admitir la naturaleza, con exclusión de una Providencia divina que la rija*. Según un tercer significado, es *un sistema que admite la naturaleza, negando absolutamente la existencia de Dios*.

Tomado en el primer sentido, el naturalismo es la negación de lo *sobrenatural;* tomado en el segundo, es *la negación de la acción de Dios sobre el mundo;* según el tercero, es *la negación de la misma existencia de Dios* (2). Y de cualquiera manera que se le considere, es una herejía mil veces satánica, trastornadora del orden moral y social, y, por lo mismo, condenada por nuestra santa Madre la Iglesia. El enemigo, pues, es *el naturalismo y los naturalistas*.

No os hablaré yo aquí del *naturalismo* en cuanto niega la existencia de Dios, ni en cuanto rechaza su divina Providencia en la dirección del universo, sino únicamente en cuanto *rechaza el orden sobrenatural*, pues en este sentido le toma el santo Concilio del Vaticano, y le anatematiza en su capítulo II, canon 3.°, por estas palabras: «*Si alguno dijere que el hombre no puede ser levantado por*

(1) Pastoral antes citada.
(2) Benoit: *Ciud. anticrist.* Trat. I, cap. II

Dios hasta una perfección que sobrepuje á su naturaleza, sea anatema.»

Pues bien; esta negación del orden sobrenatural es la herejía contemporánea, origen y fundamento de todas nuestras desdichas, herejía que coincide con el *racionalismo*, de tal suerte, que el naturalismo y el racionalismo expresan la misma doctrina con diversos nombres, porque uno y otro rechazan el orden sobrenatural (1).

Cuán funesta sea esta herejía no hay para qué decirlo, pues, admitido solamente el orden natural, se niegan *el fin y los medios sobrenaturales* del hombre, ó, lo que es lo mismo, se niega que sea criado para una vida eterna, en la cual verá á Dios cara á cara; se niega la revelación divina, la gracia del Señor, las virtudes teologales infusas, las virtudes morales sobrenaturales...; se niega la divinidad de Jesucristo, su Iglesia, sus Sacramentos, los milagros, las profecías y todos los auxilios sobrenaturales que el Señor nos concede, para vivir justa, santa y piadosamente enderezando todas nuestras acciones á la gloria de Dios y al bien nuestro y del prójimo.

¿Puede darse herejía más satánica y más apropiada para descatolizar al mundo y para conducir las sociedades al más grosero y repugnante paganismo? Pues esta es la infernal tarea que hoy se proponen llevar á cabo los revolucionarios modernos, fautores del *derecho nuevo* y agentes de Lucifer; y entendemos que ahora más que nunca debemos poner en práctica la amonestación que el príncipe de los Apóstoles nos hace en la Epístola de este día diciendo: «*Hermanos: sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario el diablo anda como león rugiente dando vueltas alrededor vuestro buscando á quien devorar.*» (Verso 8.) ¿Qué debemos, pues, hacer en presencia de tan audaz enemigo, si no queremos ser víctimas de sus funestos errores y de sus altaneras y feroces acometidas? Esto es lo que ahora pretendo indicaros en brevísimas palabras.

PUNTO 2.°

MANERA DE VENCER AL RACIONALISMO MODERNO

«*La razón*—dicen los naturalistas de nuestros tiempos—*es la única fuente de verdad*, y el progreso de la humanidad exige que

(1) Así lo entendió el Santo Concilio Vaticano, cuando dijo: (*De fide cath.* Proem.) Rationalismi seu naturalismi doctrina.

desechemos esa *fe sobrenatural* de los católicos, enemiga declarada de las libertades modernas. *Jesucristo* será á lo más un hombre sabio, pero no Dios ni enviado de Dios. *La Iglesia* no es, como pretenden, una sociedad divina y sobrenatural, sino una sociedad hu-humana parecida á las demás. *El Evangelio* es una rémora para la marcha progresiva y civilizadora de las sociedades; por consiguiente, es preciso renegar del Evangelio, de la Iglesia y de Cristo, y que la razón sea la diosa y la señora del universo.»

De esta manera, amados míos, blasfeman los herejes contemporáneos, con más ó menos embozo, según el sistema; pero todos combatiendo, directa ó indirectamente, el reinado de Jesucristo en los corazones de los hombres, en el seno de las familias y en la gobernación de los pueblos. ¿Cuál es nuestro deber de católicos, al vernos tan ignominiosamente tratados en lo que más estima y ama nuestro corazón? ¿Habremos de permanecer ociosos? De ninguna manera, pues deben resonar constantemente en nuestros oídos aquellas palabras de San Pedro en nuestra Epístola: «*Resistid fuertes en la fe.*»—*Resistite fortes in fide.*

Así, pues, cuando digan que la razón humana es la única fuente de verdad, hemos de responder: «Falso de toda falsedad; porque el autor de la razón es Dios, y «*puesto que el hombre depende todo de Dios como de su Criador y Señor, y que la razón creada está enteramente sujeta á la Verdad increada, estamos obligados á rendir, con la fe, pleno homenaje de entendimiento y voluntad á Dios revelador* (1)». La revelación es la misma palabra de Dios, y la razón debe estarle sumisa. Dios manda á los hombres tener fe sobrenatural y divina; Dios es el criador de todas las inteligencias y voluntades, y Dios dice: «*El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, se condenará* (Marc., XVI, 16).» Resistamos fuertes en la fe.—*Resistite fortes in fide.*

De igual modo, cuando, llevados del odio sectario y de la insensatez de su espíritu, osen pronunciar la horrible blasfemia de que Jesucristo fué un hombre de talento, un sabio de primer orden, que supo ganar los corazones de las gentes y trazar nuevos rumbos á las masas populares, hasta el punto de morir mártir de sus ideales; pero que no fué Dios, ni Hijo de Dios, ni enviado de Dios... en ese caso empuñad valerosos el escudo de la fe y llenos de ardor santo decidles: «No, no, hombres desdichados; el Cristo que vosotros proclamáis, no es el Cristo verdadero que seguimos, amamos

(1) Concil. Vatic., *De fide cath.*, cap. III.

y adoramos los cristianos. Jesucristo nuestro Señor es Hijo de Dios vivo, Verbo eterno de Dios, encarnado por nuestro amor en el seno purísimo de la Virgen María por obra y gracia del Espíritu Santo, no puro hombre, sino *Dios y hombre verdadero*, que nació en Belén, que vivió en Nazaret, que murió en Jerusalén, que resucitó de entre los muertos y está sentado á la diestra de Dios Padre, desde donde ha de venir á juzgaros á vosotros y á nosotros y á todos los hombres lleno de majestad y gloria. Este es nuestro Cristo, *camino, verdad y vida*, en quien y por quien todos somos salvos, y ninguno puede salvarse sino por El (1).»—Así, carísimos hermanos, habéis de responder á los impíos; resistidles fuertes en la fe.—*Resistite fortes in fide*.

Y comoquiera que los tiros de los sectarios modernos se enderezan muy principalmente contra la Iglesia católica, deseando aniquilarla porque ella anatematiza los errores del naturalismo, y combate las libertades de perdición hijas del *derecho nuevo* salido del molde racionalista; por eso es preciso que los buenos cristianos, escudados con la armadura de la fe, les arrojen á la cara aquellas memorables palabras del *Syllabus*; proposición 49: «*La Iglesia es una verdadera y perfecta sociedad completamente libre; goza de sus propios y constantes derechos que le confirió su divino Fundador; sin que pueda ningún poder de la tierra limitar sus derechos, ni marcar los límites dentro de los cuales deba ejercerlos.*»

Es decir, que las potestades seculares pueden disponer como gusten de aquellas cosas civiles y políticas que ni en su naturaleza ni en su fin sean espirituales; porque Cristo Nuestro Señor mandó dar al César lo que es del César; mas, «*en todo cuanto en las cosas humanas es sagrado por cualquier título que fuere y todo cuanto atañe á la salvación de las almas ó al culto divino, ya fuere por su misma naturaleza, ya por razón de las causas á que se refiere, todo esto está sujeto al arbitrio y poder de la Iglesia de Dios* (2)». Esto es lo que todos hemos de responder á los falsos doctores de nuestros días, resistiéndoles fuertes en la fe.—*Resistite fortes in fide*.

Por último, lo que hoy se pretende por la impiedad moderna es borrar del corazón y de la inteligencia de los hombres la ley del Evangelio, para poner en su lugar la ley de la razón divinizada:

(1) Joann., XIV, 6;—Act. Apost., IV, 12.

(2) Quidquid igitur in rebus humanis, quoquo modo sacrum, quidquid ad salutem animarum cultumve Dei pertinet, sive rursus tale intelligatur propter causam ad quam refertur, id est omne in potestate arbitrioque Ecclesiae. (León XIII, Encycl. *Immortale Dei*, 1. Nov. 1885.)

ó lo que es lo mismo, destruir en el mundo el reinado de Jesucristo, para que los individuos, y las familias y los pueblos se rijan y gobiernen por la razón libre de toda influencia sobrenatural y divina. Quiérese, en suma, que la razón sea la única soberana y dueña del universo, arrojando de las sociedades á Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Salvador y Redentor de todo el género humano.

Ahora, en virtud de esta enseñanza, cada cual entre dentro de sí mismo y diga: ¿Qué soy yo, *cristiano* ó *racionalista?* ¿Quiero que impere en el mundo Dios y su Hijo unigénito Jesucristo, con su Iglesia amorosa y su ley divina y su moral sacrosanta, sometiendo las pasiones á la voluntad, la voluntad á la razón y la razón á Dios, para que haya orden, paz y felicidad en esta y en la otra vida, ó que sea declarada soberana y dueña del universo la razón del hombre, frecuentemente sobornada por las pasiones, anublada por los apetitos groseros, sujeta á mudanzas, trastornando de continuo el orden de los Estados, de las familias y de los individuos, haciendo de los cristianos apóstatas, de los apóstatas revolucionarios y de los revolucionarios demonios encarnados?

Lo dejo á vuestra consideración, amados míos, y concluyo diciéndoos con la Epístola de este día: «*Sed sobrios y vigilad; porque vuestro adversario el diablo, anda como león rugiente dando vueltas alrededor de vosotros, buscando á quien devorar. Resistidle fuertes en la fe... Y el Dios de toda gracia, que nos llamó en Jesucristo á su eterna gloria, después que hayáis padecido un poco, os perfeccionará, fortificará y consolidará. Á Él sea la gloria y el imperio en los siglos de los siglos.*» *Amén.*

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo IV después de Pentecostés.

Sobre los padecimientos.

MADOS hermanos míos: En el capítulo VIII de la Epístola de San Pablo á los romanos, se propone el Apóstol mostrarnos que toda la vida del hombre cristiano se reduce á tres cosas:

1.ª A reprimir las concupiscencias desordenadas de la carne, ó sea, *á evitar lo malo;* porque obedecer á dichas concupiscencias es muerte para el alma. (*Prudentia carnis mors est*, v. 6.)

2.ª A obrar según el espíritu de Dios, ó sea *á obrar lo bueno* con espíritu de caridad, pues para eso nos fué dado el Espíritu Santo, Espíritu de filiación divina, para que amemos á Dios como Padre y obremos lo bueno con afecto de hijos. *(Quicumque Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei,* v. 14.)

3.ª Enséñanos, además, el Apóstol á padecer con el Espíritu de Cristo, afirmando que si ahora padecemos á semejanza de Cristo, seremos después glorificados con Él en el cielo. *(Si tamen compatimur, ut et conglorificemur,* v. 17.)

Pues bien; concretándose á esta última idea, dice el grande Apóstol en la Epístola de hoy: «*Entiendo que no ofrecen comparación los trabajos de esta vida con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros* (Rom. VIII, 18).» Como diciendo: Todas las tribulaciones y penalidades de este mundo, por grandes que sean, se acaban pronto, y después se recibirá en recompensa un gozo eterno en el cielo.

Fundándome, pues, en esta verdad consoladora, intento mostraros en esta breve exhortación dos cosas:

1.ª La necesidad de las aflicciones.
2.ª El lenitivo que las mitiga.

PUNTO 1.º

ES NECESARIO PADECER EN ESTE MUNDO

Habiendo el gran Apóstol de las gentes sido apedreado por los judíos, le sacaron arrastrando fuera de la ciudad, juzgando que estaba muerto; mas después, rodeándole los discípulos, se levantó y les dijo: «*Hermanos, por muchas tribulaciones es necesario que entremos en el reino de Dios* (1).» Notemos bien las palabras del santo Apóstol para que no andemos siempre quejosos en nuestros padecimientos.

Es necesario—dice—*padecer*, porque el Señor, en sus inescrutables designios, ha decretado que los adultos vayamos al cielo, por el camino de los sufrimientos. Querer ir á la gloria por las delicias temporales, ó, como dicen, por camino de rosas, no lleva camino; y, sin embargo, esto es lo que pretenden muchos cristianos ilusos. ¿Es posible que tengan sano el juicio?

(1) Per multas tribulationes oportet nos introire in regnum Dei. (Act. Apost., XIV, 21.)

Es necesario padecer, porque, en más ó en menos, todos somos pecadores, y los pecados exigen penitencia, y cruces y tribulaciones. Misericordia de Dios es purificarnos en esta vida para no ser atormentados en la otra.

Es necesario padecer, porque en este valle de miserias estamos rodeados de numerosos é implacables enemigos, que juntos y separados, y ahora, y luego, y siempre, procuran nuestra ruina temporal y eterna. ¿Quién no sabe que *el demonio* nos acecha, que *el mundo* nos combate y que *las concupiscencias* no nos dejan punto de reposo? ¿Se puede, por ventura, hacer frente á sus acometidas sin padecimientos?

Es necesario padecer, á fin de que nos desprendamos algo del mundo, que tanto ilusiona á los sentidos corporales, y que despreciemos sus vanidades, dando siempre la preferencia á los bienes del espíritu, á las gracias divinas y á la bienaventuranza del cielo.

Es necesario padecer, porque el reino de Dios, tan hermoso y tan grande, no quiere el Señor dárnosle enteramente de valde, sino que es su voluntad divina que le compremos cooperando á sus gracias, y obrando lo bueno. La llave del cielo es la punta de la cruz, ó sea los sufrimientos por amor de Dios.

Es necesario padecer, porque Cristo nuestro Señor, que es nuestro Capitán, nuestro camino, nuestro modelo, ha abierto el cielo con los dolores de su pasión, con el precio de su sangre y con su muerte ignominiosa.

Es necesario padecer, porque los Santos y la Reina de todos ellos, la siempre inmaculada Virgen María, han elegido el camino del sufrimiento como el único seguro para llegar á la felicidad suprema de los bienaventurados.

Es necesario padecer, porque nuestra alma, como dijo San Agustín, tiene dos verdugos que le atormentan, alternando en su tarea para que nunca nos falten aflicciones, á saber: el *temor y el dolor*. Cuando disfrutamos de un bienestar, tememos perderle; cuando experimentamos males, sufrimos por ellos (1).

Es necesario padecer, porque el dolor nació con la vida y envejeció con ella, y no termina sino con el último suspiro. Todos los niños al nacer, dan un grito de tristeza; sus ojos lloran y con ese llanto anuncian que entran en una tierra de sufrimientos (2).

Es necesario padecer, porque como dijo Job, *la vida del hombre*

(1) Sunt duo tortores animae, non simul torquentes, sed sunt cruciatus alternantes, timor et dolor. Quando tibi bene est, times; quando male, doles. (S. August. in Psalm.)

(2) Primam vocem similem omnibus emisi plorans. (Sap., VII, 3.)

es un servicio de guerra, y sus días se parecen á los del obrero, que trabaja y suda diariamente para obtener el necesario alimento (1). ¿Quién no sabe por propia experiencia esto que vamos diciendo? Los ricos sufren, los pobres sufren, los de mediana fortuna sufren, y todos sufrimos sin que haya hijo de Adán que se encuentre exento de amarguras y dolores. Esta es la vida humana.

El padecer, pues, *es necesario,* y, como dijo San Agustín, «*toda la vida del cristiano, si vive según el Evangelio, es una cruz y un martirio* (2)». Las almas buenas sufren, no sólo por sus propias tribulaciones y miserias, sino también por las ajenas, y muy principalmente por las maldades de los impíos. Así lo exige la caridad divina: desean vivamente que todos los hombres conozcan, amen y adoren á Jesucristo, y su corazón se apena cuando ven que el divino Salvador es ultrajado y escarnecido por los mismos hombres. «*¡Ah, Señor!—decía David.—He visto prevaricar á los hombres y me consumo de dolor.» (Vidi prevaricantes, et tabescebam.* Psal. CXVIII, 158.) ¡Ah, Señor!—debemos repetir nosotros.—Nuestro corazón se llena de angustiosa pesadumbre al considerar las maldades del mundo en que vivimos. Ansia tenemos de que cesen tantas iniquidades.

Pero, ¿no podremos remediarlas en parte? ¿No habrá algún lenitivo para las tribulaciones de los hombres? Sí; le hay grandísimo, y eso es lo que ahora intento indicaros, poniendo á vuestra consideración las palabras de nuestra Epístola.

PUNTO 2.°

LENITIVO PARA LAS AFLICCIONES HUMANAS

Ante todo, conviene recordar que los sufrimientos, las cruces, los dolores, las tribulaciones y las pruebas, aunque reconocen por causa el pecado de origen, no deben atribuirse al demonio, ni á las concupiscencias, ni á un enemigo cualquiera, sino á Dios, nuestro Padre amoroso, que desde la eternidad las ha previsto y preparado á cada cual las suyas, según sabe que nos convienen para el supremo y principal negocio de nuestra eterna salvación. A unos les prepara éstas, á otros aquéllas, á todos muchas y á ninguno todas;

(1) Militia est vita hominis super terram, et sicut dies mercenarii dies eius (Job., VII, 1.)

(2) Tota vita christiani hominis, si secundum Evangelium vivatur, crux est, atque martyrium. (S. August., lib. *de Civit.*)

porque El á todos nos ama entrañablemente, y nos reparte los males aflictivos con altísima sabiduría y con amorosísima providencia, á fin de que por medio de ellos nos asimilemos á Jesucristo, que sufrió y murió, y fué despreciado y abatido para enseñarnos á todos el camino del cielo.

Si alguno dudare de esta verdad, consulte las Santas Escrituras, y en ellas encontrará que el Real Profeta, hablando con Dios, le dice: *«¡Ah, Señor! Nos habéis probado; nos habéis acrisolado al fuego, como se acrisola la plata»*; y también leerá que el Santo Job, nos dejó para eterno recuerdo las siguientes palabras: *«Dios me ha dado bienes y El me los ha quitado; como á El le agradó, así fué hecho. Sea el nombre del Señor bendito* (1).» Donde se evidencia que estos que llamamos males terrenos, vienen de Dios; unas veces directamente, y otras mediante las criaturas, pero siempre con providencia amorosa, siempre con misericordia, siempre para nuestro bien, y aunque en cierto sentido sean males, está en nuestra mano tornarlos en bienes. A los que aman á Dios, todas las cosas sirven para su provecho. Por esta razón no dice Job: «Dios me ha dado los bienes, y el demonio me los ha quitado», sino: *«Dios me los ha dado, y Dios me los ha quitado. Sea el nombre de Dios bendito.*

Pero, Señor, dirá alguno.—Que padezcan los hombres malos, se comprende bien; pero que padezcan los justos como Job, ¡oh! eso no se entiende.—Sí, amados míos, se entiende; porque no toda pena es castigo de pecados propios personales, sino que basta el pecado original. Los hombres buenos nacieron malos, es decir, manchados, y con las cruces y tribulaciones se purifican más y más y acrecientan el brillo de su corona. Sin las cruces, tal vez se tornarían malos y perderían su alma, por no hallarse conformidad entre ellos y Jesucristo; y aun cuando así no fuera, ¿quién no sabe que los buenos, sufriendo con mérito, pueden obtener la conversión de los malos y granjear grandes bienes para sí y para el prójimo?

Pero dejando aparte este lenitivo, ó sea la consideración de que todas las tribulaciones que padecemos vienen de Dios como de Padre amantísimo, para bien nuestro, fijémonos solamente en las palabras del Apóstol. Dice así: *«Si padecemos con Cristo, es para que seamos también glorificados con El.» (Si tamen compatimur, ut et conglorificemur.)*

¡Qué palabras! ¿Quién no se anima, y aun se regocija en los pa-

(1) Probasti nos, Deus; igne nos examinasti, sicut examinatur argentum. (Psalmo LXV, 10.)—Dominus dedit, Dominus abstulit; sicut Domino placuit, ita factum est. sit nomen Domini benedictum. (Job, I, 21.)

decimientos, sabiendo que por ellos ha de ser glorificado con Cristo? Si hay fe en nuestros corazones, ¿quién, *con la parte superior de su espíritu,* no desea más y más padecimientos por asemejarse más á Cristo y recibir mayor corona y mayor gloria?

Es verdad que la naturaleza flaca rehusa el padecer, pero el espíritu está pronto, y gran lenitivo es en los sufrimientos el poder decir: «Soy *heredero de Dios vivo,* y juntamente *coheredero de Dios-hombre muerto.* Para poseer en el cielo la herencia de Dios vivo, debo vivir según el espíritu de Dios-hombre muerto; esto es: así como Cristo padeció y murió en su cruz, por hacer la voluntad de su Padre celestial, así yo también, por cumplir la voluntad de Dios, debo padecer y morir por Cristo y con Cristo en mi cruz, porque sé que sin la participación de la cruz, no hay participación de la gloria, y que *si ahora padezco con Cristo, he de ser conglorificado con Cristo. (Si tamen compatimur ut et conglorificemur.)*

Por último, San Pablo, en la Epístola de hoy, nos indica como lenitivo á todas nuestras penas, la enorme diferencia que hay entre lo que ahora podemos padecer y lo que en la otra vida podemos gozar, supuesto que suframos con paciencia. *Entiendo*—dice—*que no ofrecen comparación los trabajos de esta vida con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros.»* (Verso 18.) Que es como si dijera: «Ahora, un pequeño padecer; luego, un eterno gozar. Pequeños son los padecimientos, aunque sean intensos; porque son temporales y deben reputarse como nada en comparación de la eternidad de goces que el Señor nos tiene preparados en el cielo, si en este mundo llevamos nuestra cruz con paciencia y resignación cristianas.

En suma, amados míos, las aflicciones de esta vida son necesarias como inherentes á nuestra naturaleza degradada; y efecto de eso, podemos decir que morimos á cada instante, y que sólo seguimos viviendo para sufrir la muerte de distinta manera (1). Las tribulaciones y cruces que continuamente nos agobian, son necesarias para expiar los pecados, para mitigar las concupiscencias, para desprendernos del mundo y de nosotros mismos, para practicar las virtudes y para acrecentar nuestros méritos y muchos grados de gloria en el cielo.

Quien esto atentamente considere, si en verdad tiene fe, experimentará en sí mismo, que las cruces, por amargas que sean, reci-

(1) Nuestra vida, dijo San Agustín, no debemos llamarla vida, sino muerte. (Quae non est dicenda vita, sed mors. Lib. de las meditaciones, cap. XXI.)

ben dulzura y alivio con el amor de Dios y la esperanza del cielo. Así lo han testificado muchos Santos, en especial Santa Catalina de Sena, de quien leemos que miraba como amargas las dulzuras de la tierra, y dulces las amarguras. Si bien se considera, en la cruz está la verdadera dulzura, el verdadero gozo, el verdadero consuelo y la alegría verdadera. Abrazadla, cristianos míos; abrazadla por amor de Dios y veréis por experiencia que, aun siendo las tribulaciones las mismas, padeceréis menos, tal vez con placer, y siempre con grande mérito, y corona y gloria en esta y en la otra vida, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo IV después de Pentecostés.

Modo de soportar los padecimientos.

HERMANOS míos carísimos: «*Entiendo que no son de comparar los trabajos de esta vida con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros; porque el gran deseo de la criatura espera la manifestación de los hijos de Dios; porque la criatura está sujeta á la vanidad, no de su grado, sino por aquel que la sometió con esperanza; porque la misma criatura será librada de la servidumbre de la corrupción y pasará á la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Sabemos que todas las criaturas gimen y están llenas de dolores, y no sólo ellas, sino también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu Santo, esperando la adopción de hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo.*» (Rom., VIII, 18 á 24).

Tal es, amados míos, la Epístola que en la presente Dominica pone á nuestra consideración la santa Iglesia católica. En ella nos muestra el Apóstol San Pablo que las tribulaciones y penalidades de esta vida, por grandes y aflictivas que ellas sean, son como nada en comparación de la gloria que el Señor tiene preparada á los que las soportan cristianamente. Y dando después (por prosopopeya) sentimiento y vida á las criaturas inanimadas, hácenos ver que todas sufren violencia á su modo, y que principalmente nos-

otros gemimos en este valle de miserias, esperando la adopción perfecta de hijos de Dios, y la redención de nuestros cuerpos, ó sea la resurrección gloriosa, con la cual quedarán exentos de la muerte y de los padecimientos, que ahora tanto nos afligen y conturban.

Ya os he indicado en otra ocasión *la necesidad* en que todos nos encontramos de padecer y *el lenitivo* que el mismo Apóstol nos ofrece, diciendo que «*si ahora padecemos con Cristo, después seremos conglorificados con el mismo Cristo*», y por tanto, hoy sólo intento mostraros dos cosas:

1.ª El regocijo que deben causarnos los padecimientos.
2.ª Los motivos para soportalos con paciencia.

PUNTO 1.°

DEL REGOCIJO EN EL PADECER

Tarea inútil parece querer persuadir á los hijos de Adán que los padecimientos, ya sean corporales, ya espirituales, pueden y deben causarnos cierta complacencia; pues como ellos ofrecen tan mala cara y tanto perturban á la humana naturaleza, fórmase de los sufrimientos una idea equivocada, considerándolos como males absolutos, cuando en realidad pueden ser bienes, y constituir para el hombre rico tesoro de merecimientos.

¿Quién nos envía los padecimientos?—Dios.—Luego no pueden ser en sí mismos cosa mala, porque Dios nada hace malo. «*Yo—dijo el Señor en el Apocalipsis—á los que amo, reprendo y castigo* (1).» Es decir: «reprendo y castigo á los malos, por el amor que los tengo, para que se hagan buenos; reprendo y castigo también á los buenos, para que se hagan mejores, para ejercitar su paciencia, para aumentar sus méritos, para mantenerlos en la humildad, para hacerles espiar sus culpas pasadas ó para manifestar con mayor brillo mi bondad, mi poder y mi sabiduría». Así aconteció en la resurrección de Lázaro y en otros muchos milagros que el Señor obró con admiración de todo el pueblo.

Donde se ve que las cruces, aunque en verdad sean pesadas á la naturaleza, producen grandes bienes, y en este sentido pueden y deben considerarse como fundamento de temporales y eternos regocijos. Un operario trabaja, suda y se afana todo el día, sopor-

(1) Ego, quos amo, arguo et castigo. (Apocal., IV, 19.)

tando gustoso el calor del verano y el frío del invierno, con la esperanza del premio; pues ¿cuánto más nosotros hemos de sufrir las cruces que el Señor nos envíe, sabiendo por la Epístola de este día que *no ofrecen comparación los trabajos de esta vida, con la gloria futura que el Señor nos tiene prometida?*

Las tribulaciones, indudablemente, nos dan grande semejanza con Cristo crucificado, y esto es ya para nosotros hermosa prerrogativa y dignidad excelsa; pues, como enseña el mismo Apóstol, *si padecemos con Cristo, seremos también con Él glorificados, seremos hijos de Dios; y si hijos de Dios, también herederos suyos y coherederos de Cristo. (Si filii, et haeredes; haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi.)*

Esto es magnífico, amados míos, y no se estiman bien las cruces de esta vida porque no se consideran lo que valen. En casa del estatuario los santos se hacen á golpes, tal vez á martillazos, ¡y nosotros pretendemos ser santos sin martillazos y sin golpes! Si el mármol fuese inteligente, ¿no debería alegrarse de los golpes del cincel, que cortándole le convierte en hermosa estatua? Si la madera tuviese conocimiento, ¿no sufriría gustosa que el cepillo la desvastase, la puliese y la transformase en trono? El justo, pues, debe, en el sentido dicho, alegrarse de las aflicciones y soportarlas con regocijo; porque ellas son para su alma lo que el fuego es para el oro, la lima para el acero, el cincel para la piedra, el cepillo para la madera y el trillo para el trigo.

De igual manera debe regocijarse con las cruces el pecador, pues no hay cosa mejor que ellas, para que deteste sus maldades, se convierta y entre en cordura. «*Dios*—dijo el profeta Oseas—*cierra con espinas el camino de los pecadores* (1).» Es decir, les circunda la vida con dolores y pesares; ó bien para quitarles las ocasiones próximas de pecar, lo cual es grande misericordia, por más que ellos no conozcan este rasgo amoroso de la divina Providencia y renieguen de ella. Ordinariamente, la adversidad enmienda y corrige á aquellos á quienes una voluntad deprevada había corrompido; y «así como el hombre al pecar borra lo que es de Dios, así Dios, al castigarle, borra lo que es del hombre (2)». Luego es innegable que los hombres, tanto los justos como los pecadores, deben gozarse en las tribulaciones de la vida, ó al menos soportarlas con paciencia.

(1) Sepiam viam tuam spinis. (Oseas, II, 6.)

(2) Sicut homo, peccando, rapit quod Dei est; ita Deus, puniendo, aufert quod hominis est. (S. Ansel., Lib. de similitud.)

No quiero terminar este punto, sin confirmarle con algunas sentencias de los Santos Padres. Dicen así: «Si sois oro, oh cristianos, ¿por qué teméis al fuego? Sólo cuando los golpes del trillo os hayan separado de la paja, apareceréis tal como erais en la espiga. Si sois fruto del olivo, ¿por qué teméis la prensa? Vuestra calidad sólo podrá conocerse cuando el peso aplastador del lagar os separe de las heces (S. Agust., *De tempore*, cap. III).» La uva cuelga de la vid y la aceituna del olivo; ambos frutos están destinados al lagar; pero mientras se hallen unidos al árbol, gozando del aire libre, ni la uva se transforma en vino, ni la aceituna en aceite; para que esto suceda, es precisa la acción de la prensa. De semejante manera, los hombres están destinados por Dios á ser semejantes á su Hijo unigénito, y á gozar con El de las eternas delicias del cielo, pero esto en los adultos no puede ser, hasta que sean prensados y quebrantados con el peso de las tribulaciones; estas son el lagar que los convierte en vino dulcísimo para las bodegas de Dios. (S. Agust., in Psal. LXXXIII.)

Preguntan algunos Doctores: ¿Por qué Job, siendo atormentado por grandes y numerosas tentaciones, salió victorioso de la prueba, y Adán, por el contrario, cedió á una ligera súplica de Eva? San Agustín da la contestación, diciendo: «*Job fué vencedor en un muladar; Adán fué vencido en el paraíso.*» *(Vicit homo in stercore; victus est in paradiso. Homil.)* Lo cual quiere decir, que los sufrimientos sirven para fortalecer el espíritu y salir victoriosos, en tanto que las delicias afeminan y debilitan el ánimo, y el hombre es vencido. Los dolores y las adversidades de Job le afirman en la virtud; las delicias que disfrutaba Adán, preparan su caída y le hacen víctima de la serpiente.

He aquí por qué el grande Apóstol exclamó: «*Estoy inundado de consuelo y reboso de gozo en medio de mis tribulaciones* (1).» Tribulación, sufrimiento y quebranto en el cuerpo; alegría, contento y placer en el espíritu. No dice San Pablo que la alegría proceda de las tribulaciones, sino de que las padecía por amor á Jesucristo. De esta suerte, los Apóstoles, después de haber sido azotados, *se retiraron muy gozosos por haber sido considerados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús* (2).» Miremos, pues, nosotros los padecimientos de esta manera, y no podremos menos de consi-

(1) Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione mea. (II Corint., VIII, 4.)

(2) Ibant gaudentes, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati (Act., V, 41.)

derarlos como una misericordia de Dios, como un gran favor de la divina Providencia, que con ellos se propone darnos entrada franca en las mansiones de los cielos.

Pero dejando esto, que tal vez se os imagine muy subido para vuestro pobre espíritu, quiero mostraros que, á lo menos, es preciso soportar las cruces *con paciencia.*

PUNTO 2.°

MOTIVOS PARA SUFRIR CON PACIENCIA

Muchos y muy poderosos son los motivos que señalan los doctos para hacernos estimar las tributaciones y llevarlas con ánimo paciente; mas como estas explicaciones dominicales son tan breves, habré de contentarme con indicaros las tres principales, á saber: *la necesidad, la utilidad* y *la equidad.*

NECESIDAD.—Es necesario, amados míos, padecer *con paciencia,* porque así lo exige el estado de la vida humana, el estado del cristiano y el estado del religioso.

El hombre, en cuanto tal, se halla necesariamente rodeado de tribulaciones, y aun los muy sobrados y ricos en el siglo no pueden eximirse de ellas, pues como dice el Kempis, *de la misma cosa que reciben deleite, de allí las más veces reciben la pena del dolor.* Pues siendo esto así, ¿qué cosa mas racional que soportar con paciencia lo que no pueden evitar con esfuerzos?

Pero mucho más insta la necesidad de ser pacientes, cuando se trata de cristianos; porque es palabra divina que «*por muchas tribulaciones es preciso que entremos en el reino de Dios* (1)». ¿Queremos entrar en el cielo? Pues el camino es sufrir con paciencia. Oigamos la voz de Jesucristo, tal como nos la propone el piadoso Asceta, por estas palabras:

«Hijo, yo bajé del cielo por tu salvación; tomé tus miserias, no por necesidad, sino por el amor que me traía, para que aprendieses la paciencia y sufrieses sin indignación las miserias temporales. Porque desde la hora en que nací, hasta que morí en la Cruz, no me faltaron dolores que sufrir. Tuve mucha falta de las cosas temporales; oí muchas veces grandes quejas de mí; sufrí mansamente denuestos y afrentas; por los beneficios recibí ingratitudes, por los milagros blasfemias y por la doctrina reprensiones.»

(1) Per multas tribulationes oportet nos introire in regnum Dei. (Act., XIV, 21.)

¿Qué ha de hacer, pues, el cristiano, en vista de las palabras dichas puestas en boca de Jesús?—¡Oh! responder al punto con el mismo Asceta: «Justo es, Señor, que yo, miserable pecador, sufra con paciencia según tu voluntad, y mientras Tú quisieres lleve por mi salvación la carga de una vida corruptible.» *(Imit.*, lib. III, cap. XVIII.)

Y si esto es propio y necesario en los cristianos, ¿qué diremos cuando se trate de religiosos? ¡Ah! Nadie lo ignora; la Religión es un colegio de mortificación, es un gimnasio de paciencia, donde los religiosos todos, mayores y menores, tienen que aprender el arte de hacerse crucifijos. Es decir, de dejarse labrar y purificar, sufriendo golpes y más golpes con paciencia extraordinaria.

UTILIDAD.—Y pasando de la necesidad á la *utilidad*, ¿quién no sabe que la paciencia en las adversidades es utilísima, ya *para curar los vicios*, ya *para evitar el purgatorio*, ya *para ejercitar las virtudes*, ya *para obtener la eterna salud?*

Los vicios, amados míos, son en nuestro espíritu, como una postema en el cuerpo, y el bisturí del cirujano para sanarlos son las tribulaciones. Entienda el hombre, advierte San Agustín, que el Médico es Dios, y que los padecimientos son medicina para la salud y no pena para condenación. Cuando el Médico cura, el enfermo es afligido, padece, llora, clama; mas el Médico no hace caso de los clamores, se hace como sordo, para atender sólo á curarle, á darle la salud; y esto es cabalmente lo que Dios muchas veces hace con nosotros. ¡Dios mío, Dios mío!, decimos, alíviame en estos dolores. ¿Y qué sabemos nosotros si conviene padecer para sanar?

Cuando menos, es innegable que los sufrimientos soportados con paciencia sirven para librarnos del Purgatorio ó para aliviar aquellas penas. Siendo las aflicciones de la tierra mucho menores que las del Purgatorio, ¿quién no acepta con paciencia lo menor para evitar castigo mayor? En este sentido, las cruces son un gran bien, porque nos purifican en esta vida, para evitarnos mayores tormentos en la otra.

Demás de esto, sirve la paciencia en las tribulaciones para adquirir, ejercitar y acrecentar las virtudes; porque así como el fuego, siendo uno solo, obra diversos efectos, según la materia, convirtiendo la paja en ceniza y purificando el oro; así también las tribulaciones consumen á los impacientes, y torna en mejores á los que las soportan con resignación cristiana. La misma paciencia hace fáciles y aun dulces las más difíciles virtudes. Así como el

arca de Noé se elevaba más y más á medida que crecían las aguas del diluvio, de igual manera las almas pacientes y resignadas se elevan en perfección á medida que las aguas de las tribulaciones suben y son más impetuosas.

En cuanto á la utilidad de las cruces para obtener la eterna salud, no hay cosa más clara; pues soportarlas humilde y pacientemente por amor de Dios, tiénese siempre como la señal más cierta de la elección divina para el cielo. «*El Señor*—dijo San Pablo—*castiga al que ama, y al que recibe por hijo suyo le azota* (1).» Luego el que no reciba con paciencia los sufrimientos, se halla exceptuado del número de los hijos de Dios (2).

EQUIDAD.—Por último, es motivo poderosísimo para sufrir con paciencia, *la equidad* que entrañan las tribulaciones. ¿Somos pecadores? Luego la tribulación, sea ella la que quiera, es justísima pena debida por nuestros pecados. ¿Quién será osado á decir padezco injustamente, porque jamás hubo en mí culpa? Todos, pues, caminando en verdad, podemos y debemos decir, con los tres jóvenes del horno de Babilonia: «*Señor, en verdad y en justicia nos mandas estas penas por nuestros pecados* (3).»

Concluyo, amados míos, diciéndoos con San Agustín: «Si amamos á Dios, hemos de amar lo que hace Dios. Pero si amamos lo que hace Dios, forzoso es que amemos el azote de Dios castigándonos ó probándonos (4).» Una de dos: ó decir que las cruces de esta vida no vienen del Señor, ó amarlas tales como sean, como venidas de su mano bendita. Lo primero es una impiedad; luego las cruces han de ser amadas y aun agradecidas, como rasgos amorosos de la Providencia de Dios para con nosotros.

Tales son los principales motivos que tenemos los cristianos para sufrir las cruces con paciencia, siendo lo mejor abrazarlas con regocijo, á semejanza de muchas almas generosas, que amando tiernamente á Jesús, nada hallan más agradable ni más dulce que padecer por su amor, como El padeció por el nuestro.

Pidamos al Señor esta gracia de lo íntimo del corazón, y de esta manera haciéndonos semejantes á Jesús, El derramará sobre nos-

---

(1) Quem diligit Dominus, castigat, flagellat autem omnem filium quem recepit. (Hebr., XII, 6.)

(2) Si exceptus es a numero fidelium. (S. August., Lib. de Pastor.)

(3) In veritate et judicio induxisti omnia haec propter peccata nostra. (Dan., III, 28.)

(4) Si Deum diligis, quod facit Deus, diligis. Et si quod facit Deus diligis, disciplinam Dei flagellantem te diligis. (S. August., Serm. *De visit. infirm.*)

otros el dulce rocío de los divinos consuelos, y nuestras cruces, de suyo penosas, se tornarán en suaves delicias, como premio anticipado á los eternos deleites de la patria celestial. Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo V después de Pentecostés.

De la oración (1).

AMADOS hermanos míos: El Príncipe de los Apóstoles, después de haber dado á las personas inferiores las instrucciones convenientes para no faltar en nada á las superiores, y á los casados las relativas á sus recíprocas obligaciones, extiende su palabra á todos los cristianos y les determina las principales virtudes para la vida social que necesariamente hemos de tener los unos con los otros. Dice así:

«*Hermanos: Estad todos unánimes en la oración; compasivos, amadores de la hermandad, misericordiosos, modestos, humildes. No volviendo mal por mal, ni maldición por maldición; sino por el contrario, bendiciendo á los que os maldicen; pues para esto habéis sido llamados, para que poseáis la bendición por herencia. Porque el que quiere amar la vida, y ver los días buenos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño.*» (I Petr., 8 á 10.)

Brevísimas, carísimos hermanos, son las palabras de San Pedro que acabáis de oir; pero ¡cuánta enseñanza encierran! No es posible detenernos en cada una de las virtudes que en ellas se enumeran, pues son tantas y tales, que merecen un año entero de predicación, y, por lo mismo, habré de ceñirme tan sólo á la primera, ó sea *á la oración,* para lo cual me propongo declararos dos cosas:

1.ª La naturaleza y excelencia de la oración.
2.ª Algunas condiciones para hacerla bien.

---

(1) Véase nuestra obra *La vida feliz*, tomo IV, desde el capítulo IX al XXI.

PUNTO 1.°

NATURALEZA Y EXCELENCIA DE LA ORACIÓN

Ante todo conviene saber qué cosa sea la oración. Orar—dijo San Juan Damasceno—es «*levantar la mente hacia Dios* (1)». Por consiguiente, siempre que una persona eleva su espíritu al Señor y comunica con El los asuntos de su vida, con reverencia y familiaridad, como suele hacerlo un amigo con otro en quien confía, dícese con verdad que ora. Puédese hacer esto con palabras, y será oración *vocal;* pero también puede hacerse sólo con la mente, y en ese caso será *mental.* Dios entiende de una y de otra manera, porque penetra los corazones de los hombres, y muchas veces los deseos interiores son como si se dieran grandes voces al Señor. Lo esencial es que el alma en alas de la fe, se eleve sobre sí y sobre todas las cosas creadas y que se una á Dios con el entendimiento, con el afecto y con el amor, y así unida, que le alabe y le adore, que le dé gracias por sus mercedes, que le pida nuevos beneficios, ó que le mire y contemple sus divinas perfecciones.

Todas estas cosas constituyen diversas formas de orar, pero siempre la oración será, como dijo Fray Luis de Granada (Libro III *de Orat.,* cap. I), «la estancia del alma en la presencia de Dios, y la estancia de Dios en la presencia del alma; El mirándola á ella con los ojos de su misericordia, y ella mirándole á El con los ojos de la humildad»; El colmándola de beneficios, ella recibiéndolos á manos llenas; El enseñándola con suave, dulce y amoroso acento, y ella oyendo su celestial doctrina y experimentando las inefables efusiones de su amor; El encendiendo á ella con las llamas de su dilección sagrada, ella encendida tornándole alabanzas, adoración y agradecimiento; El la unge y sublima con sus gracias celestiales, y ella ungida y sublimada en el espíritu le contempla gozosa, y contemplando ama, y amando gusta, y gustando descansa, y en este descanso encuentra las mayores delicias que es posible en este valle de miserias. ¿Qué más puede decirse en obsequio de la oración?

Esta es, carísimos hermanos, la oración de los fieles de Cristo, oración que muchos desconocen, que no pocos la olvidan y que las gentes impías la combaten y desprecian. Necesario es que, á lo

(1) Elevatio mentis ad Deum. (S. Damasc., lib. III *de Fide.*)

menos nosotros, comprendamos y saboreemos aquellas hermosísimas palabras del gran Maestro de espíritu, Fray Luis de Granada; dice así: «La oración es el alimento del alma, las delicias y el abrazo de Dios, el ósculo de paz entre el Criador y la criatura, el sábado espiritual en el cual Dios dulcemente descansa... La oración es el ejercicio cotidiano de muchas virtudes, la mortificación de los apetitos sensuales, la fuente de los buenos propósitos y deseos... La oración es medicina para los enfermos, gozo para los afligidos, fortaleza para los débiles, remedio para los pecadores, regocijo para los justos, auxilio para los vivos, sufragio para los muertos, y subsidio común para toda la Iglesia. La oración es la puerta real por donde se entra al corazón de Jesús, maná que contiene en sí toda dulzura, escala de Jacob, por la cual suben los ángeles llevando al Señor nuestras súplicas, y bajan trayéndonos sus gracias y celestiales consuelos.» (Lib. III *de Orat.*, cap. I.)

¡Qué hermosa es la oración, amados míos, si nosotros supiéramos comprenderla y practicarla bien! Esta es la virtud origen de multitud de virtudes que el Príncipe de los Apóstoles nos recomienda en este día, cuando dice en la Epístola: *«Hermanos; estad todos unánimes en la oración.»—Omnes unanimes in oratione estote.* (Verso 8.)

Fijémonos bien en esta frase divina. No expresa el Apóstol la forma en que hemos de hacer nuestras oraciones, pero tampoco es necesario, pues ya sabemos que *elevando el alma á Dios,* como exige la esencia de la oración, nos vemos impelidos á *alabarle,* á *darle gracias* y á *pedirle beneficios*, que son los tres actos principales del alma que ora bien.

Elevando la mente á Dios no podemos menos de comprender algunas de sus infinitas perfecciones, y por consecuencia, la lengua se nos va á alabarle y á bendecirle, á imitación de aquellos encendidos Serafines que clamaban sin cesar: *«Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria.»* (Isai., VI, 3.)

Elevando la mente á Dios y contemplándole tan infinitamente hermoso recibiendo los eternos loores de la gloria, no es posible dejar de sentir regocijo en el corazón, ni dejar de asociarse al inmenso coro de los bienaventurados del cielo, exclamando con ellos: *«Alleluya; porque reinó el Señor Dios nuestro, el Todopoderoso; gocémonos, y alegrémonos y démosle gloria* (1).»

(1) Gaudemus, et exultemus, et demus gloriam ei. (Apocal., XIX, 6-7.)

Elevando la mente á Dios y mirándole en aquel excelso trono que en espíritu vió San Juan, es imposible no caer postrados ante su presencia soberana adorándole y cantando gozosos con aquellos veinticuatro ancianos, quienes arrojando sus coronas delante del trono, decían: «*Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir gloria, y honra, y virtud; porque tú has criado todas las cosas, y por tu voluntad eran y fueron criadas.*» (Apocal., IV, 10-11.)

Es más; elevando la mente á Dios, no se satisface el alma con todo lo dicho, sino que, siguiendo el ejemplo de los tres jóvenes caldeos dentro del horno encendido, invita á todas las criaturas para que alaben y bendigan á nuestro Dios, diciendo: «*Bendecid todas las obras del Señor al Señor... alabadle y ensalzadle por los siglos de los siglos.*»—*Benedicite omnia opera Domini, Domino: laudate, et superexaltate Eum in saecula.*» (Dan., III, 57.)

De igual manera, elevando la mente á Dios y considerando los inmensos y continuos beneficios que hemos recibido y que recibimos cada día de su mano poderosa, el corazón y el alma se van tras El, sin que haya medio para contener la lengua y cesar de darle gracias y de bendecirle, á semejanza de dichos veinticuatro ancianos, y de los ángeles del cielo, cuando todos dejaron caer ante el trono sus rostros ,y adorando al Señor dijeron: «*La bendición, y la gloria, y la sabiduría, y la acción de gracias, y la honra, y la virtud, y la fortaleza al Señor Dios nuestro en los siglos de los siglos. Amén.*» (Apocal., VII, 11-12.)

Además de esto, elevando la mente á Dios, viéndole tan rico en misericordias y oyendo su acento amoroso que con afecto paternal nos dice: «*Pedid y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá* (1)», se excita en nuestro corazón el deseo de pedirle mercedes, de implorar sus gracias, para nosotros y para nuestros prójimos, y brotan de nuestros labios aquellas continuas plegarias, que constituyen nuestro tesoro, nuestra dicha y nuestra omnipotencia universal, pues nadie ignora que la oración bien hecha es una *omnipotencia suplicante.*

Por último, elevando la mente á Dios, no sólo somos llevados á meditar sus divinas perfecciones y sus misterios adorables, con grande provecho de nuestras almas, sino que á veces nuestro espíritu asombrado y como arrebatado por la refulgencia deslumbradora de dichas infinitas perfecciones, queda como absorto en Dios,

(1) Petite, et accipietis: quaerite, et invenietis: pulsate, et aperietur vobis. (Luc., XI, 9.)

sin discurrir con el entendimiento, pero contemplando con suavidad de espíritu su esencia inefable, en conformidad con aquellas palabras de David: «*Gustad y ved, cuán suave es el Señor.*»—*Gustate et videte, quoniam suavis est Dominus.* (Psal. XXXIII, 3.)

Tal es, carísimos hermanos, la oración que la Iglesia nuestra Madre nos encomienda en la presente Domínica. Ya veis su importancia, su excelencia y sus admirables efectos, y por lo mismo, no puedo menos de advertiros con el Santo Evangelio: «*Velad, hermanos, orando en todo tiempo, para que seáis dignos de evitar todas estas cosas que han de ser* (esto es, los terrores del juicio de Dios), *y de estar en pie delante del Hijo del hombre.*» (Luc., XXI, 36.)

Mas, ¿basta por ventura hacer oración?—No; porque además es preciso hacerla con las condiciones debidas, y esto es lo que quiero indicaros ahora antes de poner término á esta breve plática.

PUNTO 2.°

CONDICIONES DE LA BUENA ORACIÓN

Ante todo es menester preparar bien el alma para orar, según aquella advertencia del Espíritu Santo: «*Cuando vayas á la oración prepara antes tu alma y no seas como el hombre que tienta á Dios* (1).» Y es tan necesaria dicha preparación, que de ordinario pende de ella el buen éxito de nuestros ruegos, como hizo notar David por estas palabras: «*¡Ah, Señor! Tu oído oye la preparación de nuestros corazones* (2)»; y el glorioso San Bernardo lo dió bien á entender cuando dijo: «Según os preparéis para la oración, Dios se os comunicará más ó menos. Como Dios os encuentre, así le encontraréis; porque el que es santo, estará con el que sea santo, y el inocente, con el que sea inocente.» (Serm. in Cant.)

Es, pues, necesario prepararse para orar, y esta preparación es de dos maneras: una *remota* y otra *próxima*. La remota consiste: primero, en *llevar un ardiente deseo de orar,* pues, como dijo David: «*El Señor oye los deseos de los pobres* (3).» En segundo lugar, consiste en dejar á un lado las ocupaciones extrañas y los afectos desordenados, como aconseja el Kempis por estas palabras:

(1) Ante orationem praepara animam tuam, et noli esse quasi homo, qui tentat Deum. (Eccles., XVIII, 2.)
(2) Praeparationem cordis ejus audivit auris tua. (Psalm. X, 17.)
(3) Desiderium pauperum exaudivit Dominus. (Psalm. X, 17.)

«Sé puro y libre interiormente, sin ocupación de criatura alguna. Te conviene estar desnudo de todo afecto, y tener para con Dios un corazón puro, si quieres descansar y ver cuán suave es el Señor.» (Lib. II, cap. VIII, núm. 5.) Ultimamente, consiste la referida preparación en ser amigo de Dios, ó sea en estar en gracia, á lo menos con un acto de verdadera contrición; porque siendo la oración un coloquio ó conversación del alma con Dios, es preciso que el alma no sea su enemiga por el pecado mortal. La oración supone cierta unión del alma con Dios, pero, ¿cómo se ha de unir Dios con un alma llena de pecado?

Mas dejando esto aparte, porque es cosa muy sabida, vengamos á la preparación *próxima,* que nunca debe descuidarse; consiste en tres cosas: primera, en considerar que nos hallamos en la presencia de Dios, que hablamos con El, que nos está mirando y que penetra hasta lo íntimo de nuestro corazón; verdad fundamental que la Iglesia nuestra Madre nos recuerda en el hymno de Laudes de la feria quinta, para que todos oremos con devoción (1).

La segunda cosa es pedir al Señor que ilumine nuestro entendimiento y mueva nuestro corazón con el influjo de su divina gracia, á ejemplo de la misma Iglesia, que comienza todas y cada una de las horas canónicas, diciendo: «*Deus in adjutorium meum intende...*» Dios mío, venid en mi ayuda.

Y la tercera diligencia es formar un firme propósito de evitar en lo posible las distracciones de la mente; diciendo á los pensamientos importunos, como Jesús á sus discípulos en el Huerto de las Olivas: «*Quedaos aquí, mientras yo me retiro allí para hacer oración.*»—*Sedete hic, donec vadam illuc, et orem.* (Matth., XXVI, 26.)

A esto se reduce, carísimos hermanos, la preparación próxima, y una vez hecha, no hay más que rogar á Dios con *fe, confianza, humildad, fervor y perseverancia.*

Con fe, esto es, creyendo que cuando Jesús nos dijo: «*Pedid y recibiréis*» (*Petite, et accipietis.*—Matt., VII, 7.), es porque quiere darnos, y que jamás faltará á su palabra. «El fundamento de la oración—dijo San Agustín—es la fe; creamos—añade—para poder orar; y oremos para que nunca nos falte la fe que nos impulsa á orar. La fe inspira la oración, y la oración alcanza la firmeza de la fe (2).»

(1) Speculator adstat desuper, etc.

(2) Orationis fundamentum est fides; ergo, ut oremus, credamus; et ut ipsa non deficiat fides, qua oramus, oremus. Fides fundit orationem; fusa oratio fidei impetrat firmamentum. (S. Agust., Tract. XXXVI, *de verbis Domini secundum Luc.*)

Pero de la fe surge la *confianza*, y esta es la segunda condición, porque Jesucristo, Verdad infalible, que no puede engañarnos, ha dicho: «*Todo cuanto pidiereis con fe, creed que lo alcanzaréis* (1).» Podrá suceder que Dios no conceda al momento lo que pedimos, pero crezca la confianza y lo conseguiremos. Dios sabe cuándo conviene concederlo, y, como dijo el profeta Habacuc, *si tarda, no desmayes, espera confiado, que ya vendrá y no tardará* (2). Y en verdad que quien flaquea en la confianza no merece ser oído; porque es cosa sabida que la confianza y la fe son como las dos alas con las cuales la oración vuela hasta el trono de Dios y alcanza cuanto quiere.

Y ya se comprende que la oración ha de ser «*humilde*, porque así como *el Señor resiste á los soberbios*, *así también da su gracia á los humildes*, y escrito está que *Dios jamás rechaza á un corazón contrito y humillado*, y que *la oración del hombre que se humilla, penetrará hasta el cielo y no se apartará del Altísimo hasta que Este le mire* (3)».

Innumerables textos sagrados pudiéramos aducir en confirmación de esta verdad; mas bastan los dichos y el considerar que la misma esencia de la oración está reclamando la humildad. Cuando oramos y pedimos mercedes á Dios reconocemos nuestras miserias y necesidades, las cuales no son ciertamente para enorgullecernos, y así siempre que oremos hemos de imitar á los pobres mendigos. ¿No véis cómo se humillan, se descubren la cabeza, se sostienen en su báculo y aguardan á la puerta pacientes y resignados? Pues este ha de ser nuestro modelo, porque todos somos mendigos de Dios y le hemos de pedir con profunda humildad.

Por último, la cuarta condición de nuestras oraciones ha de ser *la perseverancia*. Preciso nos es orar con frecuencia y perseverar toda la vida en este santo ejercicio; pues aunque el Señor nos ha prometido oirnos, no ha dicho que nos ha de conceder lo que le pidamos instantáneamente, sino que se reserva hacerlo en tiempo oportuno, cuando y como mejor nos convenga.

El mismo Jesucristo se dignó servirnos de ejemplo. Leemos en su santo Evangelio, que perseveraba noches enteras en la oración

---

(1) Omnia quaecumque petieritis credentes, accipietis. (Matth., XXI, 22.)

(2) Si moram fecerit, exspecta illum, quia veniens veniet, et non tardabit. (Habacuc, II, 3.)

(3) Deus superbis resistit; humilibus autem dat gratiam. (Jacob, IV, 6.)—Cor contritum et humiliatum Deus, non despicies. (Psalm. L, 18.)—Oratio humiliantis se nubes penetrabit, et non discedet donec aspiciat Altissimus. (Eccles., XXXV, 21.)

(Pernoctans in oratione Dei.—Luc., VI, 12); y cuando en el Huerto de las Olivas oró tres veces, únicamente en la última descendió el ángel del cielo para confortarle. ¡Y nosotros queremos ser oídos al punto que lo solicitamos! Tengamos, pues, presente que Dios, como hizo notar San Gregorio, «quiere que le roguemos, quiere que le hagamos violencia, quiere ser vencido con cierta importunidad (1)»; que por algo está escrito: «*El reino de los cielos padece fuerza y le arrebatan los que se violentan* (2).»

Tal es, en resumen, la naturaleza y excelencia de la oración, y tal la preparación y las condiciones con que debe hacerse; y como es asunto de tanta importancia en la vida espiritual, bueno será que llevemos siempre en la memoria la Epístola de este día, y que resuenen sin cesar en nuestros oídos aquellas expresiones de San Pedro: «*Hermanos, estad todos unánimes en la oración, complacientes, amadores de la hermandad, misericordiosos y humildes»;* pues haciéndolo de esta manera, el Señor Dios nuestro, que desea llevarnos al cielo, nos dará su gracia copiosa en esta vida y después la gloria en la otra. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo V después de Pentecostés.

Compendio de la santidad.

HERMANOS míos amadísimos: La Epístola de la presente Dominica es un tratado completo de santidad y de perfección cristianas. En los primeros versículos comienza ya exhortándonos á que tengamos todos un mismo corazón, y á que seamos compasivos, amadores de la hermandad, misericordiosos y humildes, no volviendo nunca mal por mal, ni maldición por maldición, sino,

(1) Vult Deus rogari; vult cogi; vult quadam importunitate vinci. (S. Gregor., in Psalm. VI.)

(2) Regnum coelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud. (Matth., XI, 12.)

por el contrario, bendiciendo á todos... y después pasa á darnos las razones en que se funda, diciendo de esta manera:

«*Porque el que quiere amar la vida y ver los días buenos, refrene su lengua para que no hable lo malo, y custodie bien sus labios para que en ellos no haya engaño. Apártese del mal, y haga bien, busque la paz y vaya en pos de ella; porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos en los ruegos de ellos; mas el rostro del mismo Señor está sobre los que hacen mal. ¿Quién podrá dañaros, si abrazáis el bien? Si alguna cosa padecéis por la justicia, sois bienaventurados. Por tanto, no temáis (á vuestros enemigos), y no seáis turbados, sino santificad en vuestros corazones á Cristo nuestro Señor.*» (I Petr., III, 10 á 15.)

Confieso, amados míos, que al ver tanta y tan sublime doctrina encerrada en las cortísimas frases de esta Epístola, no sé qué deciros ni cómo comenzar. Todo es magnífico y grandioso, todo importante y necesario, y por lo mismo, me ceñiré sólo á brevísimas indicaciones sobre los dos puntos siguientes:

1.° Necesidad de reprimir la lengua.
2.° El modo de obtener la paz cristiana.

PUNTO 1.°

DE CUÁNTO IMPORTA REFRENAR LA LENGUA

«*La vida y la muerte*—dice el Espíritu Santo en los Proverbios—*penden de la lengua* (1); es decir, de la lengua en cuanto es instrumento de la locución humana, porque «*con ella bendecimos á Dios Padre, y con ella maldecimos á los hombres, que son hechos á semejanza del mismo Dios.*» (Jacob., III 9.) En el primer caso la lengua nos da la vida del alma; en el segundo, nos causa la muerte espiritual del alma misma; y por eso, sin duda, el santo Rey David dijo: «*Lo he resuelto: guardaré mis caminos, para no pecar con mi lengua* (2).» Hermosa resolución que el Príncipe de los Apóstoles trata de inculcar á los fieles cristianos, diciendo en la Epístola de este día: «*El que quiere amar la vida y ver los días buenos, refrene su lengua para que no hable lo malo y custodie sus labios para que en ellos no haya engaño.*» (Verso 10.)

(1) Mors et vita in manu linguae. (Prov., XXVIII, 21.)
(2) Dixi: Custodiam vias meas, ut non delinquam in lingua mea. (Psalm. XXXVIII, 2.)

Notemos bien, amados míos, lo que esto significa, porque á todos nos interesa. «*Querer amar la vida y ver los días buenos,* es lo mismo que desear la paz en esta vida y la gloria en la otra, y como esto todos lo deseamos, he aquí por qué á todos nos obliga refrenar nuestra lengua para que jamás se desmande. Es punto menos que imposible tener paz en el corazón dejando libre la lengua, y por eso nos dice á todos el Espíritu Santo: «*Haz puertas y cerrojos á tu boca; funde tu oro y tu plata, y haz una balanza para pesar en ella todas tus palabras, y pon frenos rectos á tu lengua, cuidando mucho de no resbalar con ella ni casualmente.*» (Eccles., XXVIII, 28 á 30.)

¡Qué palabras! carísimos hermanos. ¡Hacer puertas y cerrojos á nuestra boca! Como diciendo: No se ha de tener la boca siempre cerrada como con sello, porque muchas veces es preciso hablar y se hace con la lengua mucho bien; pero es de nececidad mirar cuidadosamente las palabras que han de salir de nuestros labios, y cómo y cuándo han de salir, y para ello conviene que haya *puertas* en la boca y aun *cerrojos,* para que se abra y se cierre solamente cuando convenga y como convenga.

Y aun después de asegurados de que es preciso que salgan las palabras, hay que irse con mucho tiento y pesar bien su valor, su oportunidad y su alcance, que por eso añade el sagrado texto: «*Funde tu oro y tu plata, y haz una balanza para pesar en ella todas tus palabras.*»—Que es como si dijera: «Mucho vale la plata y más el oro, pero vale todavía más pesar y considerar bien las palabras que salgan de nuestros labios.» Y todavía debió parecerle poco al Señor, pues añade á continuación: «*Haz frenos rectos para tu boca*»; esto es, contén la lengua para que no hable sino lo que sea justo y conforme á razón, y además «*ten cuidado para que no se resbale por casualidad*».

¡Qué precauciones! ¿Por qué será tanto esmero?—El mismo Espíritu Santo lo dice: «Porque *en el mucho hablar no faltará pecado... y porque de toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio. Por tus palabras*—añade el Señor—*serás justificado, y por tus palabras serás condenado* (1).» No es, pues, de maravillar que nuestra Santa Madre la Iglesia levante su voz augusta en el día de hoy y diga en nuestra Epístola: «*El que quiere amar la vida y ver los días buenos, refrene su lengua para que no hable lo*

(1) In multiloquio non deerit peccatum. (Prov., X, 19.)—Quoniam omne verbum otiosum, quod locuti fuerint homines, reddent rationem de eo in die judicii. Ex verbis enim tuis justificaveris et ex verbis tuis condemnaveris. (Matth., XII, 36 y 37.)

malo, y custodie bien sus labios para que en ellos no haya engaño.» (Verso 10.)

¡Oh! ¡Cuán difícil es contener la lengua, y cuán imposible hablar mucho sin reflexión y no cometer pecado! La abundancia de palabras es una pasión que subyuga á muchos, y que les hace caer en no pocas imprudencias. Salen las palabras de la boca como á borbotones, no se consideran, no se pesan, no hay puertas, ni cerrojos, ni frenos rectos, y, por consiguiente, se ofende á Dios y al prójimo con espantosa facilidad. *«¿Has visto al hombre que se precipita en sus conversaciones?»* Esto pregunta el Espíritu Santo en los Proverbios, y luego responde: *«Más se han de esperar de él necedades que enmienda.»* (Prov., XXIX, 20.)

¿Y qué diremos de tales lenguas cuando falta en ellas el temor de Dios? Claramente lo dijo San Pedro Damiano por estas palabras: «Todo género de fieras se encuentra en ellas: se encuentra la ligereza de las aves, la ferocidad de los tigres y el veneno de las serpientes (1).» Hay quien habla velozmente, sin discernimiento, y es gran necedad. *(Os fatuorum ebullit stultitiam.*—Prov., XV, 2.) Hay quien hiere y despedaza la reputación del prójimo y es un tigre por la fiereza. Hay quien adula, y miente y engaña á sus semejantes, á la manera de las serpientes que envenenan y matan. *(Acuerunt linguas suas sicut serpentis.)* (Psalm. CXXXIX.) En suma, hay lenguas que, como dijo el Apóstol Santiago, *«encierran un mundo de males* (III, 6), y que *el infierno es más tolerable que ellas.» Utilis potius infernus quam illa.* (Eccles., XXVIII, 25.)

¡Bienaventurado el que está á cubierto de la lengua maligna y el que no pasó por la ira de ella! ¡Bienaventurado el que sabe callar para aprender á hablar! Más fácil—dice el Kempis—es guardar silencio, que hablar sin excederse en palabras: ninguno habla más seguramente que el que calla de buen grado. (Lib. I, cap. XX.) Aprendamos, pues, á refrenar nuestra lengua, como se nos encarga en la Epístola de este día, pues escrito está en los Proverbios, que el que *guarda su boca y su lengua, libra á su alma de angustias* (2).

---

(1) S. Pedro Dam., lib. 2.°, epíst. 13.)

(2) Qui custodit os suum, et linguam suam, custodit ab angustiis animam suam. (Prov., XXI, 23.)

PUNTO 2.°

MODO DE OBTENER LA PAZ CRISTIANA

Mas pasemos ya al versículo siguiente de dicha Epístola, que encierra en sí todo cuanto hay que hacer para ser buenos cristianos, santos y perfectos. Dice así: *«Apártese de lo malo, haga lo bueno, busque la paz y siga en pos de ella.»* (Verso 11.)—*Declinet a malo, et faciat bonum: inquirat pacem, et sequatur eam.* Aquí está todo, amados míos; porque quien no hace lo malo ya es bueno; quien practica en todo lo bueno, no es malo; quien busca la paz busca á Dios; y quien sigue en pos de Dios no andará en tinieblas, sino que tendrá luz de vida. Y ¿quién que tenga luz de vida deja de ser bueno, santo y perfecto?

Apartarse de lo malo es labor de *principiantes;* practicar además lo bueno, corresponde á los *proficientes;* buscar la paz, esto es, la unión con Dios, es propio de los *perfectos;* y seguir en pos de la paz, ó sea *la perseverancia* hasta el fin, pertenece á los *bienaventurados.* ¡Cuán ancha y espaciosa vía se ofrece aquí á las almas buenas si quieren trabajar en su perfeccionamiento! Ampliemos algún tanto estas ideas.

DECLINET A MALO.—Lo primero de todo es, *apartarse del mal;* es decir, apartarse del pecado, que es el mal absoluto, el mal por esencia, el mal sobre todo mal y que en sí mismo jamás contiene bien. Y comoquiera que el fundamento del pecado es nuestra perversa voluntad, que libremente se adhiere al objeto pecaminoso despreciando la voluntad de Dios, hemos de rechazar con resolución enérgica nuestra voluntad propia cuando intente separarse de los Mandamientos divinos, recordando aquellas palabras de San Juan: *«El que comete pecado es del diablo, porque el diablo desde el principio peca»;* es decir, que el pecador sigue las sugestiones, la doctrina, el ejemplo y el espíritu del demonio y se hace pertenencia suya (1). En esto se funda San Juan Crisóstomo para decir que hemos de huir del pecado más que del mismo Lucifer; porque este maligno espíritu por mucho que nos combata no puede arrebatarnos el reino de los cielos, pero el pecado grave nos priva en absoluto de él... Y añade el Santo que de igual manera hemos de evitar los pecados veniales; pues si alguno dijere en su corazón: «Estas

(1) Qui facit peccatum ex diabolo est. (I Joann., III, 8.)

son cosas leves, que no merecen la pena de cuidar de ellas, sería impenitencia y blasfemia horrible contra el Espíritu Santo (1).» Es palabra divina, que *«quien desprecia las faltas pequeñas, caerá en las grandes».—Qui spernit modica, paulatim decidit.* (Eccli., XIX, 1.)

FACIAT BONUM.—Mas nótese que nuestra Epístola no se detiene en que no hagamos nada malo, sino que á continuación amonesta que hagamos lo bueno.—ET FACIAT BONUM. Lo bueno, ya se entiende que es la virtud, la cual, según San Ambrosio, consiste «en no querer pecar y en obligar á la voluntad á perseverar en el apartamiento del pecado (2), ó como dijo San Agustín: La virtud es *el arte de vivir bien y rectamente».—Virtus est ars bene recteque vivendi.* (Lib. 4.° *de Civit.,* cap. XXI.) Y claro es, que para vivir de esta manera se requieren las *obras virtuosas,* pues como ya nos advirtió nuestro Señor Jesucristo, *«no todos los que dicen: Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino únicamente el que hiciere la voluntad de su Padre celestial».* (Matth., VII, 21.) Por consecuencia, todo árbol, todo cristiano que no llevare frutos de buenas obras, será cortado de la haz de la tierra y arrojado al fuego del infierno (Matth., III, 19); pues ya nos dijo el glorioso San Pablo: «Tribulación y angustia experimentará el hombre que obre mal; así como, por el contrario, tendrá gloria, honor y paz el que obre bien, y de tal suerte, que cada cual recogerá lo que siembre, el que mucho, mucho; el que poco, poco; el que nada, nada; y el que siembre viento, recogerá tempestades (3).»

¡Bienaventurado el hombre que practica las virtudes! porque las verdaderas riquezas en esta vida no son el oro y la plata, sino la acumulación de actos virtuosos, que por eso dijo el Señor en el Sagrado libro de los Proverbios: *«Oidme, hijos míos: Bienaventurados son los que guardan mis caminos;* (es decir, los Mandamientos). *Bienaventurado el hombre que me oye... mas el que pecare contra Mí, dañará á su alma. Todos los que me aborrecen, aman la muerte.»* (Prov., VIII, 32 al 36.) Lo cual es como si el Señor dijera: Todas las personas que desechan los avisos saludables que yo les doy, se

(1) Nemo dicat in corde suo: Levia sunt ista, non curo corrigere... Haec enim, dilectissimi, impoenitentia, haec blasphemia in Spiritum Sanctum, haec blasphemia irremissibilis (S. Bern., Serm. 1.° in Convers. S. Pauli.)

(2) Virtus est nolle peccare, atque ita tenere perseverantium voluntatis. (Lib. VII in Luc., cap. XVIII.)

(3) Tribulatio et angustia in animam omnis hominis operantis malum; gloria autem et honor, et pax omni operanti bonum. (Rom., VI, 9-10.)—Qui parce seminat, parce et metet: et qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus et metet. (Corint., IX, 6.)

causan á sí mismas la muerte del alma, porque no obran lo bueno y se privan de la verdadera vida.

INQUIRAT PACEM.—Ya veis, carísimos hermanos, cuánto importa no hacer nada malo y practicar lo bueno; pero con esto no lo hemos dicho todo, pues por algo San Pedro añade en dicha Epístola: BUSQUE LA PAZ.—*(Inquirat pacem.)*

¿Qué paz es esta que hemos de buscar? Claramente lo dice San Pablo en su Epístola á los Romanos: «*El reino de Dios*—dice—*no es comida, ni bebida, sino justicia, y paz y alegría en el Espíritu Santo* (1).» Es decir, que la paz objeto de nuestros deseos es la que da la justificación, es el estado de gracia, es la pureza de la conciencia, es la vida inmaculada, es la que Jesucristo trajo del cielo á la tierra y que se obtiene por la buena voluntad, pues por algo los ángeles, al nacer el Salvador, hubieron de entonar aquel sublime cántico de alegría: «*Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*»—*Et in terra pax hominibus bonae voluntatis.* (Luc., II, 14.)

En suma, la paz que hemos de buscar es el mismo Jesucristo, porque Él no sólo es *la paz por esencia y el Príncipe de la paz,* como ya proclamaron los Profetas sino el dador de la paz; y así lo manifestó á sus discípulos antes de morir, diciéndoles: «*La paz os dejo, mi paz os doy; no como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde.*» (Joann., XIV, 27.)

Por último, dícenos el Príncipe de los Apóstoles en nuestra Epístola que *sigamos en pos de la paz* (ET SEQUATUR EAM), es decir, en pos de Jesucristo, *Rey de paz,* cuyo reino no tendrá fin (2). Esto es, carísimos hermanos, lo que pedimos al Señor todos los días, cuando decimos en el Padrenuestro: «*Venga á nos el tu reino.*» Reino de paz que, según expone San Juan Crisóstomo, es de cuatro maneras: 1.ª Sometiendo la carne al espíritu, para que las pasiones estén sumisas, y el alma goce de paz. 2.ª Reconciliándonos con el Padre celestial, para que seamos sus verdaderos amigos. 3.ª Uniendo á todos los pueblos y naciones con el dulce lazo de la caridad. 4.ª Concediendo á todos los unidos en Jesucristo la gracia de la perseverancia y que gocen de paz continua.—*Et regnum ejus non erit finis.*

He concluido, amados míos, lo que me propuse explicaros en la presente Domínica. Sólo me resta amonestaros con la misma Epís-

(1) Non est regnum Dei esca et potus, sed justitia, et pax, et gaudium in Spiritu Sancto. (Rom., XIV, 17.)

(2) Et pacis non erit finis. (Isai., IX, 7.)

tola de hoy diciéndoos: Hermanos; *santificad en vuestros corazones á Cristo nuestro Señor, hallándoos dispuestos á defender vuestra Religión contra los impíos que la combaten* (Verso 15)... *y si alguna cosa padecéis por la justicia, sois bienaventurados, porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos en los ruegos de ellos; así como el rostro* (indignado) *del Señor está sobre los pecadores. ¿Quién podrá dañaros si abrazáis el bien?* (Verso 12).—Nadie; y podéis tener la seguridad, en cuanto es posible, que después del tránsito fugaz por esta vida, alcanzaréis del Señor una eterna gloria, que disfrutaréis en las mansiones celestiales, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo VI después de Pentecostés.

El Bautismo y sus efectos.

AMADOS míos en el Señor: La Iglesia nuestra Madre pone hoy á nuestra consideración los primeros versículos de la Epístola de San Pablo á los Romanos en su capítulo VI, á fin de hacernos comprender que los cristianos, no solamente *hemos de morir á todo pecado, sino que hemos de perseverar y crecer en la santidad* recibida por Cristo nuestro Señor en el Santo Bautismo. Imposible es elegir doctrina más importante y más provechosa para nuestro espíritu. Oigamos al grande Apóstol en dicha Epístola. Dice así:

«Hermanos: ¿no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo, hemos sido bautizados en su muerte? En realidad, somos sepultados con él en muerte por el Bautismo; para que como Cristo resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. Porque si fuimos plantados juntamente con Él á la semejanza de su muerte, lo seremos también á la de su resurrección.» (Rom., VI, 3 á 6.)

Quiere esto decir, amados míos, que los que nos hemos unido á Jesucristo por el Bautismo, como los miembros con su cabeza, lo

hemos hecho para ser semejantes al mismo Jesucristo muerto, puesto que hemos muerto por el Bautismo, á cuanto es pecado. Dos cosas, pues, importa considerar á este propósito:

1.ª Que los cristianos hemos de morir al pecado.
2.ª Que hemos de progresar en virtudes.

PUNTO 1.º

POR EL BAUTISMO MORIMOS AL PECADO

Ante todo, conviene considerar que el Bautismo, que todos hemos recibido, es un sacramento instituido por nuestro Señor Jesucristo para borrarnos el pecado original, para hacernos hijos de Dios y herederos de su gloria, ó sea para hacernos morir al pecado y resucitar á vida perdurable. El Bautismo equivale á morir con Cristo, para resucitar con Cristo; es una muerte antes de la muerte; es una muerte mística, antes de la muerte natural; es unirse íntimamente á Cristo, y ser con El *muerto, crucificado, sepultado, plantado, resucitado* y *glorificado.* Lo cual, dicen los sagrados expositores, ocurre de tres maneras: como *tipo,* como *partición* y como *imitación.* Desenvolvamos algún tanto estas ideas, porque es muy útil considerarlas, y el corazón siente gozo en ello.

El Bautismo se ofrece á nuestros ojos *como tipo y representación de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo,* y esto es admirable y consolador.

Cristo, en su humanidad sacrosanta, murió por nuestros pecados, ó sea para librarnos del pecado y de la muerte eterna por ellos merecida, y de semejante manera nosotros en la pila bautismal morimos realmente al pecado, ya por la virtud y eficacia del mismo Bautismo, ya porque en él renunciamos solemnemente á Satanás y á toda culpa, ya por el santo propósito que formamos de nueva vida. De donde se sigue que nosotros, al recibir sobre nuestras cabezas el agua de regeneración, nos comprometemos formalmente á tomar á Cristo *por modelo,* y morir crucificados en nuestras pasiones, sin culpa alguna personal, como El murió. Que es cabalmente lo que el Apóstol San Pablo dijo por estas palabras: «*Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos en él?*» —*(Qui mortui sumus peccato, quomodo adhuc vivemus in illo?)*

En cuanto á la sepultura de Cristo, ¿quién no comprende que la trina inmersión del cuerpo en el agua, que se hacía en el principio,

ó la trina efusión de la misma agua sobre la cabeza del bautizado, que se hace hoy, significan los tres días que el cuerpo del Salvador estuvo sepultado en la tierra?

De igual manera, cuando en el Bautismo el cuerpo sale del agua puro y limpio, y el alma queda sin mancha de culpa, comenzando á vivir la vida de la gracia, ¿es posible no ver el cuerpo de Cristo salir del sepulcro *resucitado y glorioso* para comenzar una nueva vida inmortal y eterna? Pues esto y nada menos es lo que expresa en la Epístola de hoy San Pablo, diciendo: «*Somos sepultados con Cristo en muerte por el Bautismo; para que como Cristo resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida.*» (Verso 4.) Es decir, en vida santa, pura y perfecta.

Todo esto acontece en la pila bautismal *como tipo y representación* de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo; pero aún hay más aquí; pues como los sacramentos realizan, en quien dignamente los recibe, aquello que significan, es indudable que el Bautismo nos hace *participantes* de dicha muerte, sepultura y resurrección de Jesús; ó lo que es lo mismo, produce en nosotros los efectos de la muerte, sepultura y resurrección del Salvador divino. ¡Oh, si los hombres repararan bien en esto! Somos bautizados, es verdad, pero ¡cuán poco consideramos los grandiosos beneficios que en el Bautismo se nos otorgan! ¿Cómo hemos de estimarlos si no los conocemos? ¿Cómo hemos de conocerlos si no los consideramos? Ved aquí la utilidad de la presente enseñanza.

Fijémonos bien, amados míos: La muerte de Cristo se nos aplica en la sagrada fuente bautismal, y de tal suerte que ella se hace como nuestra; es como si nosotros mismos la hubiésemos padecido; pues por la aplicación de esta muerte, que Cristo sufrió por nosotros, son nuestros sus méritos infinitos, y son borrados todos nuestros pecados, no sólo en cuanto á la culpa, sino también en cuanto á la pena; de modo que, si después de bautizados muriésemos antes de cometer nuevos pecados, irían nuestras almas derechamente al cielo, sin pasar, ni poco ni mucho, por las llamas acrisoladoras del Purgatorio.

Y lo mismo que se nos aplica la muerte del divino Redentor, es también aplicada á nosotros su terrena *sepultura;* pues por ella nos hace el Señor la gracia de separarnos, con el corazón y con el afecto, del mundo corruptor, no de otro modo que si estuviéramos sepultados en la tierra. *(Consepulti enim sumus cum illo per Baptismum in morte.)*

Respecto de la *resurrección* de Cristo, ¿cómo dudar que nos es igualmente aplicada, y que por esta aplicación se nos otorga la gracia santificante, que es la vida divina, dándonos juntamente derecho á la gloria eterna, que es la consumación de la misma gracia?

Por último, es innegable que el Bautismo es para nosotros, no solamente *tipo y participación* de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo, sino además imitación de esos divinos misterios.

«*Somos bautizados en la muerte de Cristo*», dice hoy nuestra Epístola.—¿Para qué?—Para que le imitemos, dando la vida por nuestros semejantes, si fuere preciso, para salvar sus almas, á la manera que Cristo dió la suya por nosotros y por la redención de todo el mundo. *(Baptizati sumus in morte ipsius.)*

Somos sepultados en la muerte de Cristo—añade—para que estemos muertos al mundo y al pecado; esto es, para que muramos antes de morir, para que le imitemos, porque ninguno es sepultado como antes no muera. ¡Desdichado aquel á quien la muerte coja vivo (en el sentido dicho), pues no podrá ir donde fué Cristo!

En suma: la cruz fué para Cristo, lo que el Bautismo es para nosotros. Cristo fué clavado en la Cruz, para morir según la carne; nosotros somos bautizados, para morir al pecado; somos crucificados juntamente con Cristo, cuando imitando su vida sacrosanta nos mortificamos, y todo esto, como está escrito, «*para que sea destruido el cuerpo del pecado*». *(Ut aboleatur corpus peccati.)*

Pues bien; esto es cabalmente lo que trata de impedir el *racionalismo* contemporáneo, ó sea los Estados independientes de Cristo, y por eso dicen: «Prescindamos del Bautismo; instálese en cada Ayuntamiento un *Registro civil;* cada ciudadano es libre de hacer lo que quiera. El Bautismo alista al hombre bajo las banderas de Jesucristo; hace de la vida humana una *vida sobrenatural,* cosa que nosotros no admitimos: el hombre nace bueno y la Iglesia trata de hacerle supersticioso. Arranquemos los niños de manos del Sacerdote que quiere bautizarlos; basta la perfección de su naturaleza para que sean puros y buenos.

Ved aquí, amados míos, á dónde se encamina la impiedad moderna: á renegar del dogma del pecado original; á rechazar el don inefable de nuestra incorporación á Jesucristo; á negar la eficacia de su muerte y resurrección; á desechar la Redención, que es el dulcísimo consuelo de nuestros corazones; á dejar á los tiernos infantes bajo la influencia de Satanás con el pecado de origen, sin que puedan jamás entrar en el cielo, y á privarles de los innume-

rables bienes espirituales que el Bautismo proporciona, y de la influencia misteriosa é inefable que experimentan al ser incorporados á Cristo nuestro Señor.

Abran, pues, los ojos los padres de familia; porque la recepción del Bautismo es la muerte del pecado y el principio de la vida eterna.

Mas como esta muerte, luego durante la mayor edad ha de ser continua, para que resucitemos como Cristo, y andemos en nueva vida creciendo siempre en virtudes, por eso es preciso que yo os explique ahora este punto importantísimo.

PUNTO 2.°

POR EL BAUTISMO NACEMOS Á LAS VIRTUDES

Admirable es, amados míos, *la muerte al pecado* que recibimos en el Bautismo, pero no es menos prodigiosa *la vida á la gracia* que en él se nos confiere. Bellamente lo expresó el Apóstol en la Epístola de la presente Dominica, diciendo: «*Hermanos: somos sepultados con Cristo en muerte por el Bautismo, para que como Cristo resucitó por la gloria del Padre, así nosotros andemos en novedad de vida.*» (Verso 4.) Lo cual quiere decir: A la manera que Cristo nuestro Señor, por la virtud de Dios, resucitó de entre los muertos, para comenzar una vida inmortal; así también nosotros, por el Bautismo, siendo representantes y partícipes de su resurrección gloriosa, hemos de salir de las aguas regeneradoras resucitados, para emprender nueva y celestial vida y perseverar en ella progresando siempre en virtudes». *(Ita et nos in novitate vitae ambulemus.)* PROGRESANDO, notadlo bien; porque eso significa la palabra del Apóstol: *Andemos*. El que anda no está quieto, sino que avanza siempre hacia adelante.

«El hombre en el estado de perdición—dijo Santo Tomas—necesitaba dos cosas: primera, participar de la divinidad; segunda, despojarse del hombre antiguo. Jesucristo nos las ha procurado ambas en el santo Bautismo, porque al infundirnos en él la gracia santificante *nos ha hecho partícipes de su naturaleza divina, y nos ha convertido en nuevas criaturas* (1).»

Necesidad apremiante era esta què nuestro dulcísimo Jesús sa-

(1) Christus utrumque praestitit nobis: prius, dum nos per suam gratiam effecit divinae consortes naturae; posterius, dum per Baptismum nos in novam creaturam regeneravit. (S. Tom., *De Peccat.*)

tisfizo cumplidamente; pues sabía muy bien, que así como es necesario nacer de Adán, según el cuerpo, para contraer el pecado original, así también para participar de la gracia santificante era preciso renacer del mismo Jesús, según el espíritu, por medio del Bautismo.

Con efecto: el Bautismo es la muerte de los pecados y la vida de las virtudes. Por el Bautismo, resucita el alma muerta por la culpa original, y recobra la vida de la gracia, que la hace hija de Dios y heredera del cielo.

Por el Bautismo, somos libertados de la esclavitud del demonio, quedamos libres de sus cadenas, y el Espíritu Santo toma posesión de nuestra alma y se complace en morar en ella como en su templo.

Por el Bautismo—dijo Tertuliano—se lava el cuerpo y se purifica el alma; tiene lugar la unción para consagrarla; se hace el signo de la cruz para fortificarla; y con la imposición de las manos, el Espíritu Santo baja sobre ella para iluminarla. *(De Resurrect.)*

Por el Bautismo muere en nosotros el viejo Adán y somos revestidos del nuevo, ó sea de Jesucristo, quedándonos francas las puertas del cielo.

Por el Bautismo somos todos como *injertados en Cristo* nuestro Señor, y siendo antes acebuches infructuosos, comenzamos á participar de la savia divina, que sube de la raíz, esto es, del Corazón sacratísimo de Jesús, á quien únicamente sea honor y gloria, porque las ramas reciben lo que la raíz les suministra y no tienen de qué gloriarse (1).

Este es el sentido de la Epístola de hoy cuando San Pablo dice: «*Porque si hemos sido plantados juntamente con Cristo á la semejanza de su muerte, lo seremos también á la de su resurrección.*» (Verso 5.) Es decir, que si ahora somos injertados en Cristo, por la recepción del Bautismo en semejanza de su muerte, recibiremos la vida espiritual del mismo Cristo, como la rama injertada recibe la savia de la raíz; y por consiguiente, viviendo de su vida, seremos también partícipes de su resurrección. El resucitó á vida nueva y gloriosa, y nosotros resucitamos ahora á la vida de la gracia, y después, llegado el tiempo, á la vida de la gloria. El tronco donde se hace el injerto y la rama injertada forman un sólo árbol y mueren ó viven juntamente, y de igual manera el cristiano injertado en Cristo muere ó resucita con el mismo Cristo.

(1) Noli gloriari adversus ramos. Quod si gloriaris; non tu radicem portas, sed radix te. (Rom., XI, 18.)

¡Ojalá que los cristianos de nuestros días se penetraran bien de estas verdades y consideraran la vida divina que reciben en el Bautismo! ¡Ojalá que comprendieran la altísima dignidad que en El reciben, haciéndose como una sola cosa con Jesucristo, y participantes de los méritos infinitos de su pasión, muerte, sepultura y resurrección! ¡Ojalá que, á semejanza de Cristo, murieran al pecado, al mundo y á sus concupiscencias desordenadas! ¡Ojalá que llevando siempre en la memoria la Epístola de este día, vivan como en ella encarga el Apóstol; esto es, *en vida nueva pura y santa, procurando ir siempre creciendo en el ejercicio de las virtudes!* ¡Ojalá que esto hicieran ó hiciéramos todos!; pues entonces, así como Cristo resucitando llevó vida inmortal y gloriosa, así nosotros, resucitados por el Bautismo, llevaremos vida espiritual é inmaculada en este mundo, y después, en recompensa, recibiremos la corona inmarcesible de la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo VI después de Pentecostés.

Crucifixión del hombre viejo.



AMADOS míos en el Señor: La muerte de Jesucristo, su sepultura y su resurrección gloriosa, son el principio y el modelo de nuestra muerte al pecado y de nuestra resurrección á la gracia. Jesucristo murió corporalmente; el hombre nace muerto espiritualmente. Jesucristo fué sepultado en el sepulcro; el hombre es como sepultado en la pila bautismal. Jesucristo salió del sepulcro resucitado; el hombre sale también resucitado de la fuente sagrada. El hombre, pues, muere al pecado tan luego como le bautizan, y entonces comienza á vivir para Dios, vida de fe, vida de espíritu, vida sobrenatural, vida divina; resurrección gloriosa que enamora aun á los mismos ángeles.

Pues bien; partiendo de esta verdad inefable, levanta su voz el Apóstol de las gentes, y en la Epístola de hoy dice así: «*Hermanos;*

sabiendo que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con Cristo, á fin de que sea destruido el cuerpo del pecado, y en adelante no seamos ya esclavos de él, porque el que es muerto libre está del pecado, y habiendo muerto con Cristo, creemos que viviremos también juntamente con Cristo. Ciertos estamos que habiendo Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere, y la muerte no se enseñoreará más de El. Porque en cuanto á haber muerto por el pecado, murió una vez; mas en cuanto al vivir, vive para Dios. Así también vosotros (hermanos), *consideraos que estáis de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesucristo.»* (Rom., VI, 6 al 11.)

Muchas, amados míos, y muy grandes, son las enseñanzas que en las palabras dichas nos da el gran Doctor de las gentes; mas como mis exhortaciones á vosotros son por necesidad breves, me ceñiré en el presente día á manifestaros dos cosas:

1.ª Que es preciso crucificar el hombre viejo.
2.ª Las consecuencias prácticas necesarias.

PUNTO 1.º

CRUCIFIXIÓN DEL HOMBRE VIEJO

«*Hermanos míos*—dice San Pablo—*debemos morir al pecado como Jesucristo murió á la carne; porque sabemos que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con El, á fin de que sea destruido el cuerpo del pecado, y en adelante no seamos ya esclavos de él.*»—Esto dijo el Apóstol, y para entenderlo bien se pregunta: ¿Quién es ese *hombre viejo nuestro*? ¿Hay en nosotros dos hombres? ¿Cuál es ese *cuerpo del pecado* que se trata de destruir? Puntos son estos, amados míos, que conviene explanar, no sólo para comprender el texto sagrado, sino para que cada cual entienda si cumple ó no con su obligación de cristiano.

Primeramente; que hay en nosotros á modo de dos hombres, no se puede dudar, porque así lo afirma en nuestra Epístola San Pablo, divinamente inspirado; y Cristo nuestro Señor también lo expresó claramente, cuando dijo á Nicodemus: «*En verdad, en verdad te digo, que el que no naciere de nuevo, no podrá ver el reino de Dios* (1).»

(1) Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit denuo, non potes videre regnum Dei. (Joann., III, 3.)

Si, pues, hay en nosotros dos nacimientos, hay también dos vidas distintas; y estas dos vidas son la del cuerpo y la del alma. El cuerpo vive por su unión con el alma, y el alma por su unión con la gracia. ¿Cómo nacemos nosotros?—Unicamente con la vida del cuerpo, porque el alma nace muerta por el pecado original.—¿Qué se necesita para que el alma nazca á la vida de la gracia?—El santo Bautismo; que por eso añadió el divino Salvador: «*No puede entrar en el reino de Dios, sino aquel que hubiere renacido de agua y de Espíritu Santo* (1). Que es como si dijera: «El hombre que nació pecador, renace en el espíritu, y es santificado invisiblemente por el Espíritu Santo, al mismo tiempo que al exterior es lavado por el agua bautismal.

Donde se prueban con evidencia dos cosas: primera, la necesidad del Bautismo para entrar en el cielo; segunda, la existencia del hombre que nació de Adán pecador, con naturaleza corrompida, y que después es regenerado por Cristo en las aguas bautismales; y de aquí trae origen la distinción del hombre en *viejo* y en *nuevo*.

El hombre viejo, pues, *es aquel que, habiendo nacido de Adán, conserva y sigue el pecado y las concupiscencias* (2). Viejo en la vida pecadora, viejo en las costumbres desregladas, viejo en las concupiscencias y en los pecados, ó sea viviendo en la prevaricación á la manera del viejo Adán, al comer la fruta prohibida.

Pues bien; este *hombre viejo,* dice el Apóstol en nuestra Epístola, que *es crucificado con Cristo. (Vetus noster homo, simul cum Christo crucifixus est.)* Y esto de dos maneras: primero, *por representación;* esto es, porque en el Bautismo representamos la cruz de Cristo, y en él somos crucificados á la manera del divino Salvador, y quedan crucificados también nuestros vicios; segundo, *por eficiencia;* ó sea porque con la virtud de Cristo muerto en la cruz, la cual nos es aplicada á nosotros en el Bautismo, quedan borradas todas nuestras culpas; siendo la cruz, por consiguiente, la muerte y destrucción de nuestros pecados. (Así Cornelio.)

¡Grandioso misterio y grandiosa misericordia de Dios para con los hombres! ¿Con qué fin obró tan asombrosa maravilla nuestro dulcísimo Redentor?—A continuación lo dice el Apóstol: *Ut destrua-*

(1) Nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei. (Joann., III, 5.)

(2) *Vetus homo,* dicitur is, qui peccatum et concupiscentias, nascendo ex veteri Adamo, traxit et sequitur. (Así Toledo, en Cornelio á Lapide.)

tur corpus peccati, et ultra non serviamus peccato.—Para que sea destruido *el cuerpo del pecado,* y en adelante no seamos ya esclavos de él. Es decir, que fué crucificado el hombre viejo, para que fuera abolida en el mundo toda la multitud y la universidad de los pecados; por ejemplo, la soberbia, la avaricia, la impureza, la ira, la gula, la envidia, la pereza y todos los demás vicios que de los dichos se originan.

Llama el Apóstol *«Cuerpo del pecado»* á toda la masa corrompida de los pecadores, ó sea *á la concupiscencia desordenada,* principio funesto de toda suerte de iniquidades, y como la concupiscencia, según advierte el Padre Scio, ejerce principalmente su imperio por medio de los sentidos y de las pasiones, por eso Jesucristo crucificó juntamente consigo nuestro *hombre viejo.* Al exterior su humanidad, aunque santa y purísima, representaba sobre la cruz nuestro cuerpo inficionado por la concupiscencia, manifestando que lo crucificaba en nuestro nombre. *(Ut destruatur corpus peccati.)*

Este es el misterio y esta es nuestra Epístola; por consiguiente, *el hombre viejo* clavado en la cruz, somos nosotros mismos con nuestros vicios y concupiscencias; y *el hombre nuevo* somos también nosotros, en cuanto somos incorporados á Jesucristo por el Bautismo, y hechos por este Sacramento miembros de su divina cabeza. ¿Qué se sigue de aquí? Esto es lo que os explicaré ahora en brevísimas palabras.

PUNTO 2.°

CONSECUENCIAS PRÁCTICAS NECESARIAS

Amados míos; según es la cabeza, así han de ser también los miembros: nuestra cabeza, Cristo, es santa; luego santos debemos ser nosotros. Esta es la voluntad de Dios, nuestra santificación. *(Haec est voluntas Dei, sanctificatio vestra.)*

Al efecto, nos habla hoy la Iglesia nuestra Madre, por San Pablo, y nos dice: *«Sabiendo que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con Cristo, para que sea destruído el cuerpo del pecado, es preciso que en adelante no seamos ya esclavos del pecado... es preciso que habiendo muerto con Cristo* (en el santo Bautismo), *creamos que viviremos también juntamente con Cristo...; es preciso que estemos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo nuestro Señor.»* (Rom., VI, 6 al 11.)

Este es el encargo. ¿Cómo le realizamos nosotros? ¡Confusión y vergüenza causa decirlo! Cada uno mire hacia su interior y vea lo que es y lo que debe ser; por mi parte sólo os diré con nuestra Epístola; que habiendo, por el Bautismo, muerto al pecado, *tenemos obligación de estar libres de él,* y de no ser en lo sucesivo esclavos de nuestras pasiones, ni de nuestras concupiscencias, ni de las vanidades y orgullos del mundo, ni del imperio de Satanás, sino que, por el contrario, muertos *al hombre viejo,* hemos de vivir *para el nuevo,* según Jesucristo, con la nueva vida de la gracia. *(Simul vivemus cum Christo.)*

Sólo os diré, que habiendo muerto verdaderamente al pecado, como Cristo en verdad murió en la Cruz por librarnos de él, confiemos en que hemos de obtener, por sus méritos, por sus gracias y por nuestras buenas obras, una vida eterna y gloriosa en el cielo, pues así nos lo tiene prometido.

Sólo os diré que Jesucristo, habiendo resucitado de entre los muertos, no volvió jamás á morir; y que nosotros, á su imitación, habiendo resucitado á la gracia, debemos no tornar jamás á la muerte de la culpa. *(Mors illi ultra non dominabitur.)*

Sólo os diré que la muerte ignominiosa de Cristo fué una sola vez; pero que su vida después de resucitado, fué toda para Dios. *(Vivit Deo.)* Es decir, vivió una vida toda divina, inmortal y gloriosa; una vida de perpetua glorificación á Dios, y de continua alabanza á su Padre celestial, que es cabalmente el oficio propio de los buenos cristianos; pues para eso hemos sido regenerados en el Bautismo, para servir, amar, adorar y alabar á Dios, buscando en todo su honor y su gloria. *(Quod autem vivit, vivit Deo.)*

Sólo os diré, como consecuencia que saca el Apóstol en el último versículo de nuestra Epístola, que de esta manera y no de otra hemos de considerarnos todos en la presencia divina *(Ita et vos existimate);* es á saber: pensando que todos llevamos dentro de nosotros mismos, cuando menos, residuos del *hombre viejo,* altanero y pecador, que es preciso tener á raya en sus desmanes: pensando que por el Bautismo hemos sido crucificados juntamente con Cristo, que hemos muerto al pecado, para en lo sucesivo vivir sólo de Dios y para Dios. *(Mortuos peccato, viventes Deo.)* Es decir; que hemos de emplear el resto de nuestra vida agradando al Señor, ó como dice el Apóstol: «*In Christo Jesu Domino nostro.*» Esto es, viviendo en Jesucristo por la gracia santificante; obrando siempre lo bueno por los merecimientos de Cristo, que es el autor y la fuente de todas las gracias; y procurando ser en todo semejantes á Jesu-

cristo, que sólo vivió para hacer la voluntad de su Padre celestial. *(In Christo Jesu Domino nostro.)*

Así termina la Epístola, y así quiero terminar yo ahora, diciéndoos: «Cristo es el ejemplar del cristiano: toda nuestra perfección y nuestra santidad consiste en imitar á Cristo; á Cristo vivo, muerto, sepultado, resucitado y glorioso. Cristo murió y Cristo resucitó para no volver á morir más; nosotros, si morimos con Cristo, resucitaremos con Cristo, con tal que no tornemos á morir por el pecado. En suma; vivir en Cristo, según Cristo, y todo por amor de Cristo; esto es ser un buen y perfecto cristiano; esto es lo que continuamente nos está predicando nuestro Bautismo, y esto es lo que significa el Apóstol, cuando termina la Epístola de hoy, diciendo: *Considerad que estáis ciertamente muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesucristo.»—In Christo Jesu Domino nostro.* —Así sea por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el Domingo VII después de Pentecostés.

Transformación del alma por el Bautismo.

HERMANOS míos amadísimos: La Epístola de la presente Dominica es continuación de la que hemos considerado en la anterior. En aquella nos decía el grande Apóstol, que por el Bautismo habíamos muerto al pecado, á las concupiscencias y á las vanidades del mundo, comenzando á vivir la vida de la gracia, vida sobrenatural y divina, con obligación de perseverar en ella, y crecer en santidad y perfección, á semejanza de Cristo, nuestro ejemplar y nuestro modelo, que resucitado y glorioso, vivió todo para Dios, para alabarle y adorarle, buscando en todo y siempre su honor y gloria.

Pues bien; ahora, dando el Apóstol un paso más, y después de exhortarnos á que *demos gracias á Dios* por habernos libertado de la esclavitud de la culpa, para entregarnos al servicio del Señor,

nos habla de esta manera: «*Hermanos; cosa humana os digo por la flaqueza de vuestra carne, y es, que así como antes habéis hecho servir los miembros de vuestro cuerpo á la inmundicia y á la iniquidad, así ahora los empleéis en el servicio de la justicia para que os hagáis santos.*» (Rom., VI, 19.)

Hermanos carísimos: ¿puede concebirse cosa más justa y más factible que esto que hoy nos propone el Apóstol? Antes nos dijo que, en virtud de la gracia del Bautismo y de la promesa solemne que en él hicimos de renunciar al diablo, al pecado, al mundo y á sus pompas y vanidades, debíamos vivir para Dios, puros á inmaculados, y ahora añade únicamente *que hagamos para ser buenos lo mismo que antes hacíamos para ser malos.* ¿Quién no podrá hacerlo? Para animaros, pues, á ello, intento manifestaros previamente dos cosas:

1.ª Lo que es el estado de culpa original.
2.ª Lo que es el estado de gracia bautismal.

PUNTO 1.°

ESTADO DE CULPA ANTES DEL BAUTISMO

No hay mayor desdicha en el mundo que vivir en estado de pecado mortal. Oid unas palabras del Profeta Ezequiel dirigiéndose á la nación hebrea alegóricamente, considerándola como una niña. Dice así: «*Tú fuiste arrojada sobre la tierra, con desprecio de tu vida el mismo día en que naciste. Estabas desnuda, inmunda y llena de confusión. Yo te vi, y compadecido, extendí sobre ti la punta de mi manto, y cubrí tu ignominia, y te hice un juramento, é hice contigo un contrato solemne* (dice el Señor Dios), *y desde entonces fuiste mía. Y te lavé con agua, y te limpié de tu inmundicia, y te ungí con óleo..., y quedaste extremadamente hermoseada y llegaste hasta ser reina.*» (XVI.)

Amados míos en el Señor: este compendioso relato de lo que dijo el Profeta á aquella niña, es una figura bellísima de lo que acontece á nuestra alma en el estado de culpa, antes del Bautismo, y de la hermosura celestial con que, por la misericordia de Dios, sale después revestida al recibir las aguas bautismales. Fijémonos un momento en el texto sagrado.

¿Quién es esa niña que fué arrojada sobre la tierra, con desprecio de su vida, en el mismo día de su nacimiento?—Es nuestra

pobre alma, que vino á este mundo, cubierta de ignominia por el pecado de origen, muerta á la vida de la gracia, y muerta para el cielo y para Dios. ¿Qué mayor desnudez, inmundicia y confusión que ésta? *(Eras nuda et confusione plena.)*

«*Por un hombre*—dijo el gran Apóstol—*ha entrado el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; así es que la muerte ha pasado á todos los hombres por aquel en quien todos pecaron* (1).» Quiere esto decir, que el hombre, tal como Dios le crió, no estaba destinado á morir, sino que fué creado inmortal; porque Dios no es autor de la muerte; pero el hombre mismo, pecando voluntariamente, dió origen á nuestras desdichas y todos nacemos *mortales* y *muertos;* mortales en cuanto al cuerpo, y muertos en cuanto al alma; mortales en la naturaleza, porque todos hemos de morir en pena del pecado; muertos á la gracia, porque la gracia es la vida del alma, y el pecado de Adán nos privó de ella. Adán quiso saborear el fruto prohibido, y la muerte fué el castigo de aquella desobediencia. He aquí por qué el Apóstol dijo expresamente: «*La muerte proviene del pecado.*» *(Stipendia peccati mors).* (Rom., VI, 23.)

¡Oh desdicha inmensa! ¡Cuánto mayor es nuestra ignominia que la que refiere el Profeta Ezequiel en aquella niña alegórica! Adán fué prevaricador y los efectos de aquella prevaricación la experimentamos en nosotros todos sus hijos. Todos nacemos en pecado y estamos sujetos á su pena; esto es, al oprobio, á la ignorancia, á la concupispencia, á las enfermedades, á los dolores y á la muerte... ¿Qué sería de nosotros si no fuera porque « *Jesucristo,* según dijo San Pablo, *es para nosotros sabiduría procedente de Dios, y justicia, y santificación y redención* (2)».

«Por el pecado original—dijo San Próspero—el hombre perdió la ciencia del bien, la iniquidad ahuyentó á la justicia, el orgullo destruyó la humildad, la concupiscencia atacó á la continencia, la infidelidad arrojó fuera á la fe, el cautiverio reinó en lugar de la libertad, y la virtud no pudo permanecer en un lugar invadido por tantos vicios.» *(Sentent.)* ¿Es posible imaginar estado más infeliz que el del alma humana antes de ser regenerada por el Bautismo?

Dicen algunos doctos, que nuestro primer padre, al comer de la fruta prohibida en el paraíso, cometió *ocho pecados,* y en virtud de ellos el Cardenal Belarmino enumera *diez castigos* del Señor, im-

---

(1) In omnes homines mors pertransiit, in quo omnes peccaverunt. (Rom., v. 12.)

(2) Christus factus est nobis sapientia a Deo, et justitia, et sanctificatio, et redemptio. (I Corint., I, 30.)

puestos á la naturaleza humana como justa pena de su prevaricación.

Los pecados, dicen, fueron los siguientes:

1.° Pecado de *orgullo*, prefiriendo ser dueño de sí mismo á quedar sometido al poder divino.

2.° Pecado de *excesiva condescendencia* con su esposa, á la que no quiso desairar, cuando le presentó la fruta prohibida.

3.° Pecado de *curiosidad,* pues, según afirmación de la serpiente, serían abiertos sus ojos tan luego como comiera dicha fruta.

4.° Pecado de *incredulidad*, no dando fe á las amenazas de su Criador, que le dijo: «*En cualquier día que comieres del árbol de la ciencia del bien y del mal, morirás infaliblemente.*» *(Morte morieris.)*

5.° Pecado de *presunción*, considerando cosa leve la prohibición terminante que el Señor le había hecho.

6.° Pecado de *gula;* pues teniendo bastante para la vida con los diversos frutos de los demás árboles, ¿por qué había de comer del prohibido?

7.° Pecado de *desobediencia;* pues el precepto del Señor fué clarísimo. «*No comas*», le dijo; mas Adán, abusando de su libre albedrío, comió voluntariamente.

8.° Pecado de *poca sinceridad*, excusándose ante Dios, en vez de confesar humildemente su culpa. ¡Cuántos pecados en un solo acto!

Los castigos no podían menos de sobrevenir, y fueron, según el citado Belarmino *(In Eccles.*., los diez siguientes:

Ignorancia en el entendimiento.

Perversidad en la voluntad.

Desorden en la concupiscencia.

Trabajos y dolores en el cuerpo.

La muerte temporal y eterna.

Ser objeto de la ira de Dios.

Quedar esclavo del demonio.

Perder la paz con Dios, consigo mismo y con sus semejantes.

Sufrir la rebelión de los animales, que dejaron de estar sumisos al hombre.

Soportar todos los males, previstos ó imprevistos, que sobrevienen, ya del firmamento, ya de la tierra, ó ya de los mares.

De modo que todos estos males y cuantos al hombre puedan acaecer, son fruto del pecado cometido por nuestro primer padre. ¡Qué malicia encerrará en sí el pecado, cuando tan severamente le castiga Dios! Y si con tanto rigor es castigado en nosotros *el pecado*

original que Adán cometió, ¿cómo castigará el Señor *los pecados propios* y personales que nosotros con todo conocimiento y voluntad cometemos? Lo dejo á vuestra consideración piadosa; y sabiendo ya cuál es el estado del alma antes del Bautismo, ó sea cuando está manchada con la culpa original, importa que considemos ahora la maravillosa transformación que en ella se realiza, al ser regenerada con las aguas bautismales.

PUNTO 2.º

ESTADO DE GRACIA DESPUÉS DEL BAUTISMO

«*Estabas*—dice el Señor al alma (según la alegoría de Ezequiel)—*estabas desnuda, inmunda y llena de confusión; mas yo puse mis ojos en ti, y te lavé con agua, y te limpié de tu inmundicia y te ungí con óleo... y quedaste extremadamente hermosa y llegaste hasta ser reina.*» Esto dijo el Señor Dios, y esto es precisamente lo que hallamos realizado en la pila bautismal. ¿Quién no sabe que nuestra pobre alma llega á la sagrada fuente *desnuda* de merecimientos, asquerosa con la inmunda lepra del pecado, esclava del demonio é hija de ira, y que allí es *lavada, y purificada, y limpia, y ungida con óleo sagrado,* quedando instantáneamente santa, pura, hermosa, hija de Dios, esposa del Espíritu Santo, y heredera de la patria celestial, donde ha de reinar por perpetuas eternidades? «*Sal de ella, espíritu inmundo*—dice el Sacerdote—*y deja que la ocupe el Espíritu Santo consolador.*» *(Exi ab eo, immunde spiritus, et da locum Spiritui Sancto paraclito.)*

Esto dice el Ministro del Señor, y el demonio queda confundido, y luego, derramada el agua sobre la cabeza del bautizado, bórrase la culpa original, el Espíritu Santo toma posesión del alma; *muere el viejo Adán, nace el Adán nuevo,* y el Señor Dios infunde en dicha alma la gracia santificante, la caridad divina y todas las demás virtudes, y dones y carismas, de tal suerte, que puede en verdad exclamar con Isaías: «*Me regocijaré con gozo en el Señor: mi Dios me ha adornado con los vestidos de la salvación, y me ha cubierto con el manto de la justicia, como á esposo adornado con guirnaldas, y como á esposa ataviada con sus joyas.*» (Isaí., LXI, 10.)

Verdaderamente, estas y otras muchas inefables y misteriosas maravillas tienen lugar en el Sacramento del Bautismo, en el cual el alma queda enteramente transformada, y aunque no lo veamos con los ojos de la carne, lo vemos con la luz de la fe y lo experi-

mentamos y saboreamos con el paladar del espíritu, y el espíritu queda embriagado de dulzura al considerarse estrechamente unido á Dios, participante de su divina naturaleza é hijo suyo amadísimo. ¡Quién no se asombra al considerar tan inauditos favores!

Al punto que Jesús fué bautizado, dice el sagrado Evangelio, que *al salir del agua le quedaron abiertos los cielos, y vió al Espíritu Santo que bajaba sobre él como una paloma, y que al mismo tiempo se oyó una voz del cielo, que dijo: Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias* » (*Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui.*—Matth. III, 16-17.) Prodigios asombrosos, que por modo invisible tienen lugar en el Bautismo de cada cristiano. Allí se abren las puertas del cielo para su alma; allí baja el Espíritu Santo sobre ella para santificarla y hermosearla; allí Dios Padre declara, con la voz de la fe, que es su hija muy amada en la cual tiernamente se complace; allí parece que resuena la inspirada voz del Profeta Ezequiel, diciendo Jesús al alma: «*Vive, amada mía, vive; porque yo he extendido mi manto sobre ti, y entré en concierto contigo, y ya eres mía. Te vestí con ropas de varios colores, y te dí calzado de color de jacinto, y ceñidor de lino fino, y te cubrí con manto finísimo. Te engalané con ricos adornos, y puse brazaletes en tus manos, y un collar alrededor de tu cuello. Y adorné con joyas tu frente, y tus orejas con zarcillos, y tu cabeza con hermosa diadema. Y quedaste ataviada con oro y con plata, y vestida de fino lienzo y de bordados de varios colores..., y viniste á ser extremadamente bella... por los adornos que yo puse en ti.*» (Ezeq., XVI.) Es decir, por las gracias innumerables con que yo te ensalcé y dignifiqué.

Tal es, en resumen, la soberana belleza del alma enriquecida y sublimada por las aguas saludables del Bautismo. «*Todos los que hemos sido bautizados, hemos sido revestidos de Jesucristo* (1).» Es decir, que hemos sido incorporados á Cristo, casi transformados en Cristo, y en El y por El somos hechos hijos de Dios. Revestirse de Cristo, en lenguaje bíblico, es hacerse como una sola cosa con El; es tanto como reproducir en nosotros la misma persona de Cristo; ó como dijo el Crisóstomo, es transformarnos en Cristo por semejanza y ser, en cierto modo, lo que El es. El es por naturaleza Hijo de Dios, y nosotros lo somos por gracia. Con la misma gracia que el hombre es hecho cristiano, es el cristiano hecho semejanza de Cristo.

Consideremos bien ¡oh cristianos! cuál es nuestro honor y cuál

(1) Quicumque in Christo baptizati estis, Christum induistis. (Galat., III, 27.)

nuestra grandeza. ¿Nos hallamos revestidos de Cristo? Vivamos, pues, como otros Cristos. ¿Cristo vivió como Hijo de Dios? Como Hijos de Dios hemos de vivir nosotros. ¿Cristo dijo: «*Yo hago siempre las cosas que son del agrado de mi Padre. Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me envió?*» Esto y no otra cosa hemos de decir y obrar nosotros, que por eso el mismo divino Salvador nos enseñó á orar, diciendo: «*Padre nuestro... hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.* *

Ya os he mostrado, carísimos hermanos, aunque brevemente, lo que éramos antes del Bautismo y lo que somos después de él. Hasta aquí, forzoso es decirlo, hemos sido ingratos á tan inmensos beneficios; tal vez no haya entre nosotros uno que haya correspondido fielmente á las gracias divinas. Esta es la mayor de las desdichas, esto es lo peor que puede acontecernos, y por lo mismo, quiero terminar hoy esta pequeña instrucción, diciéndoos con San Pablo en la Epístola de este día: «*Hermanos míos: Cosa humana os digo por la flaqueza de vuestra carne, y es, que así como antes habéis hecho servir los miembros de vuestro cuerpo á la inmundicia y á la iniquidad, así ahora los empleéis en el servicio de la justicia para que os hagáis santos.*» Hagamos, pues, lo que esté de nuestra parte, comprendiendo que Dios no exige imposibles, y estemos seguros que el Señor en su misericordia nos ha de perdonar nuestras miserias pasadas, y después, perseverando en su gracia, nos ha de llevar á las eternas mansiones de la gloria. Amén.

---

* Hermanos míos: ¡Cuán magnífica y consoladora es la verdad católica que acabo de indicaros!, ¡Gran desdicha fué la caída de nuestro primer padre y el reato de pecado original que nos legó por herencia; pero gran felicidad para nosotros el ser regenerados en Cristo y recobrar la gracia santificante en el Santo Bautismo! Sin embargo, va llegando á tal extremo la demencia de algunos cristianos, que desconociendo los inmensos beneficios que proporciona á sus hijos la recepción del Bautismo, dejan transcurrir semanas y aun meses antes de llevarlos á la sagrada fuente, exponiendo á las débiles criaturas á que pierdan la gracia de la regeneración, y tal vez el cielo para siempre. No rechazan el Bautismo, es verdad, pero lo difieren por cualquier motivo, como si fuera un acto de poquísima importancia.

No olviden los padres que las tendencias de los actuales tiempos es descatolizar el mundo, y procurar por todos los medios imaginables, que no haya bautismo, que se secularice *el nacimiento, y el matrimonio, y el entierro, y el Estado y la vida social*, y que vivamos á lo pagano, renegando de Cristo nuestro Señor y de su Iglesia inmaculada. ¡Pobres hombres, y pobres sociedades si no retroceden en sus vías pésimas!

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo VII después de Pentecostés.

Efectos del pecado y de la gracia.

HERMANOS míos amadísimos: Todos deseamos ser felices en la tierra; todos sentimos dentro de nosotros una secreta inclinación á buscar la felicidad en todo cuanto hacemos. ¿Por qué muchos hombres obran lo malo dejándose llevar de sus pasiones, sino porque cifran su dicha en los placeres groseros que en ello experimentan? ¿Por qué rehusan practicar lo bueno y combatir las concupiscencias rebeldes, sino porque miran como cosa aflictiva la mortificación de sus potencias y sentidos? Obran lo malo, porque para sus goces mundanos lo estiman bueno; y no obran lo bueno, porque para su vida de placeres terrenos, lo consideran malo. Tales hombres viven engañados; buscan la felicidad donde no está; fáltales la fe y el mirar las cosas tales como son, y si tienen fe es como dormida y obran como locos, anteponiendo los deleites terrenos á los celestiales; el vicio á la virtud, lo temporal á lo eterno.

Para combatir, pues, tan funesta aberración, levanta su voz el Apóstol San Pablo, y en la Epístola de este día nos habla en substancia de este modo: «*Hermanos, os pido lo menos que puedo pediros en atención á vuestra flaqueza; y así me contento con que hagáis por la santificación de vuestras almas lo que hicisteis por el pecado. Cuando erais esclavos del pecado, sacudisteis el yugo de la justicia, y ¿qué frutos sacasteis sino la muerte eterna? Mas ahora que vivís libres de culpas y sois siervos de Dios, ¿no veis que tenéis por fruto vuestra santificación y por fin la vida perdurable? La recompensa de los que sirven al pecado es la muerte; mas la gracia de Dios es vida eterna en nuestro Señor Jesucristo.*» (Rom., VI, 19 al 23.)

Clarísima, amados míos, se ostenta aquí la necesidad de *morir al pecado* y de *vivir á la gracia,* aun atendiendo sólo á nuestro propio bien; y para que esta verdad se quede profundamente impresa

en vuestro ánimo, me propongo ahora explicaros brevemente dos cosas:

1.ª Los efectos terribles del pecado.
2.ª Los provechos grandiosos de la gracia.

PUNTO 1.º

SOBRE LOS DAÑOS DEL PECADO

Imposible es, carísimos hermanos, dar á conocer en breves palabras los efectos terribles del pecado, pues libros enteros no bastarían para señalar los males que ocasionan; sin embargo, mucho puede comprenderse considerando los que el Apóstol indica en la Epístola de hoy diciendo:

1.º *Que hace al hombre siervo del pecado.*—CUM SERVI ESSETIS PECCATI.

2.º *Que le priva del soberano influjo de la justicia.*—LIBERI FUISTIS JUSTITIAE.

3.º *Que le sirve de vergüenza y de ignominia.*—IN QUIBUS NUNC ERUBESCITIS.

4.º *Que le ocasiona la muerte temporal y eterna.*—FINIS ILLORUM MORS EST.

Consideremos algo estos puntos y quedaremos espantados al ver la insensatez del infeliz pecador. ¡Pobre pecador! Si consideraras lo que haces, ¿cómo es posible que pecaras?

EL PECADO, EN PRIMER LUGAR, ESCLAVIZA AL HOMBRE, y esta es una verdad innegable; no ya solamente porque el pecador es esclavo de sus pasiones y tiene tantos tiranos como pasiones diversas le dominan, sino porque el mismo pecado forma en torno suyo, según dijo Jeremías, una como cárcel para que el pecador *quede encerrado en ella, y no pueda salir* (1). Si el pecado es mortal, añade San Agustín, encarcela al hombre que le comete; la recaída cierra con llave la puerta de aquella cárcel, y el hábito que se adquiere la tapia á cal y canto. *(De morib. eccles.)* Y lo que es peor, dicho pecado precipita al alma en las cárceles infernales.

Y aún dice más el Santo, pues añade «que todo el que peca vende su alma al diablo, recibiendo por precio la efímera dulzura del placer temporal. Al modo—dice—que Esaú es tenido por necio,

(1) Circum aedificavit adversum me, ut non egrediar. (Hierem., *Lament.*, III, 7.)

porque vendió el derecho de primogenitura por un vil plato de lentejas, mucho más insensato ha de considerarse al hombre que por un vilísimo y pasajero deleite vende, no ya un simple derecho suyo, sino su misma persona, su misma alma (1).

«*El demonio,* pues, *tiene por suyos á los pecadores, y con sus lazos los retiene cautivos bajo su voluntad* (2).» Y esto, amados míos, es horrible, porque se trata de Satanás, de aquel espíritu soberbio, furioso y desesperado, que no respira más que odio al hombre, odio implacable, que se complace en atormentar y corromper las almas, en mancharlas y degradarlas, para envilecerlas y perderlas, y para que sean eternamente desgraciadas. He aquí por qué el Apóstol en nuestra Epístola, el primer mal que indica al pecador es el *ser siervo del pecado.* (CUM SERVI ESSETIS PECCATI.)

EL PECADO DESPOJA DE LA JUSTICIA.—Pero como si esto no fuera bastante para aborrecer toda culpa—añade á continuación el Santo—que el pecador, teniendo su voluntad encadenada al demonio, se encuentra *apartado de toda justicia;* esto es, apartado de Dios y de su ley sacrosanta, apartado de su gracia divina y de las virtudes sobrenaturales, apartado del cielo y de los merecimientos que á él conducen, apartado, en fin, de todo lo bueno; porque el pecado es *la suprema degradación del hombre* y la suprema desdicha que puede acaecerle, puesto que con la justicia de Dios ha de caer necesariamente en la ignomina y en los sufrimientos eternos.—(LIBERI FUISTIS JUSTITIAE.)

Verdaderamente, amados míos, los pecadores en materia grave se apartan de Dios, y Dios en justo castigo permite que perezcan (3). Dios, es verdad, no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, pero cuando el pecador se obstina y no quiere enmendarse, sus crímenes levantan una barrera insuperable entre Dios y él (4). Dios es la santidad por esencia y abomina cuanto sea pecado; por cuya razón no puede ser amigo del hombre pecador; y á la manera que ama la santidad con amor infinito, detesta con infinito odio el pecado mortal. ¡Infeliz pecador que así se aleja de Dios!

Por modo semejante, el hombre pecador se aparta de la ley, no quiere someterse á ella, la desprecia, la pisotea, la escarnece, y á cada mandamiento divino, dice con Lucifer: NON SERVIAM.—*No*

(1) S. Agust. in Expos. Epist. ad Rom.
(2) A diaboli laqueis captivi tenentur ad ipsius voluntatem. (II Timot., II, 26.)
(3) Ecce qui elongant se a te, peribunt. (Psal. LXXII, 27.)
(4) Iniquitates vestrae diviserunt inter vos et Deum vestrum... (Isai., LIX, 2.)

serviré.—Jesucristo, con su dulce y amorosa ley, y además con su gracia divina, quiere reinar en nosotros; mas nosotros, desagradecidos é insensatos, con espíritu de rebelión satánica, decimos con los judíos: «*No queremos que éste reine sobre nosotros*».—(*Nolumus hunc regnare super nos*. Luc., XIX, 14.) Este es el hecho; hecho inconcebible, locura inaudita en que desgraciadamente caemos los hombres, y no es maravilla que la justicia y la gracia se ausenten del alma pecadora, como asombradas de su ingratitud á Dios.

VERGÜENZA QUE OCASIONA EL PECADO.—Ahora, con estos antecedentes, fácil cosa es comprender que el pecado es horrible y vergonzoso en sí mismo, y nada más natural que San Pablo dijera seguidamente á los Romanos: «*¿Qué fruto habéis recogido de los pecados, de que ahora os avergonzáis?*» (IN QUIBUS NUNC ERUBESCITIS?)

Con efecto; el pecado encierra muchas vergüenzas y muchos males, ó mejor dicho, es el conjunto de todos los males y de todas las vergüenzas. ¿Quién no sabe que el pecado es contrario á la recta razón, que hace á los hombres peores que los mismos seres irracionales, y que rebaja á la dignidad humana hasta el extremo de hacerla abyecta, asquerosa, infame y abominable á los ojos de Dios y de los hombres? «Aun cuando supiera—dijo Séneca—que los hombres habían de ignorar mi pecado y Dios perdonármele, no quisiera cometerle nunca, por la indignidad y vergüenza de semejante acto. (In Prov.)

EL PECADO OCASIONA LA MUERTE.—Por último, el pecado es causa de nuestra muerte temporal y eterna; muerte temporal, porque la muerte del cuerpo procede del pecado, y muerte eterna, porque la muerte del alma es la pérdida de la gracia, la pérdida de la unión con Dios. ¡Separación funesta! que hizo exclamar al Apóstol: «*El término de los pecados es la muerte.*»—(FINIS ILLORUM MORS EST.)

El pecado, pues, es el mal supremo del hombre, y nadie, ni los enemigos de la tierra, ni los espíritus malignos del infierno pueden hacernos tanto daño como nos hacemos nosotros cuando cometemos un pecado mortal. «*Cada uno*—dijo el Espíritu Santo—*es atormentado por sus culpas propias* (1). *Y lo habéis ordenado así, Señor*—expone San Agustín—*para que todo espíritu desreglado sea el castigo de sí mismo* (2).» Y este castigo merecido y terrible es el que

(1) Per quae quis peccat, per haec torquetur. (Sap., XI, 17.)

(2) Jussisti, Domine, et ita est, ut sibi poena sit omnis inordinatus spiritus. (S. August., *Confess.*)

indica el Apóstol en la Epístola de hoy diciendo: «El que peca *se hace esclavo del pecado; arroja de sí la justicia, se avergüenza de sus acciones, y tiene por fin la muerte»*, con todos sus horrores sempiternos.

Delineados ya, aunque á grandes rasgos, *los males del pecado,* añadamos dos palabras sobre *los provechos grandiosos de la gracia;* porque si esto bien se considera, moriremos al pecado y viviremos para Dios, que es lo que la Iglesia nuestra Madre se propone en la Epístola de este día, y lo que yo me propongo al explicarla, y lo que á vosotros os interesa.

PUNTO 2.°

SOBRE LOS PROVECHOS DE LA GRACIA

Nada más común entre cristianos que hablar de la gracia de Dios, y nada más difícil que entenderla bien y considerar sus provechos. La gracia, decimos, se pierde por el pecado mortal, y esto se predica en todas partes; pero ¿qué es perder la gracia? Lenguas de ángeles no bastarían para dar á entender tan inmensa pérdida. *La gracia santificante* es cierto hábito ó cualidad divina inherente al alma, es la participación de la naturaleza de Dios, es el más rico y más precioso de todos los tesoros, es la hermosura del alma y el principio de la gloria. Dios se comunica al alma por medio de la gracia, y por esta comunicación dichosa eleva á dicha alma hasta sí mismo, la justifica, la transforma, la diviniza todo cuanto es posible á la humana naturaleza.

La gracia ahuyenta del alma todo pecado mortal, hace al hombre amigo queridísimo de Dios, le confiere la rectitud y la santidad de su espíritu, infunde en su ser la caridad divina, y todas las virtudes sobrenaturales, y todos los dones del Espíritu Santo.

La gracia nos convierte en hijos adoptivos de Dios, en herederos de su reino celestial, en coherederos y miembros de Jesucristo, y si se conserva en el alma, nos asegura la posesión de la gloria eterna.

La gracia hace á nuestras obras meritorias para el cielo, es principio y causa de la satisfacción por los pecados cometidos, es un preservativo para no reincidir más en ellos, y nos proporciona *la paz* del corazón y *el regocijo* espiritual, con todos los demás frutos del Espíritu Santo, quien se complace en morar en el alma santificada como en su templo predilecto.

La gracia, en suma, es el conjunto de todos los bienes, es la margarita preciosa del Evangelio, y todo el oro del mundo es en su comparación como un granito de arena.—*Arena est exigua.* (Sapientiae, VII, 9.)

Pues bien; toda esta riqueza inmensa se destruye y aniquila con un solo pecado mortal, y esto es lo que el Apóstol significa en nuestra Epístola por aquellas palabras: «LIBERI FUISTIS JUSTITIAE.»

Reflexionemos un momento sobre estas consoladoras ideas, para que no pasen de corrido por nuestra mente. «*Ahora*—dice San Pablo—*que os habéis libertado del pecado y hecho siervos de Dios, tenéis vuestro fruto en santificación, y por fin la vida eterna.*» (Verso 22.) Es decir, que tan luego como el alma expele de sí el pecado mortal, deja de ser esclava de dicho pecado, y de sus pasiones, y de Satanás, y comienza á ser *sierva de Dios;* como si dijéramos, comienza á ser *reina*, porque servir á Dios es reinar, comienza á tener como fruto la santificación verdadera, premio anticipado con que el Señor la galardona, enriquece y hermosea, comunicándola cierta participación de su naturaleza divina, como preludio de la vida eterna, con la cual se reserva hacerla eternamente bienaventurada. *(Finem vero vitam aeternam.)*

Quiere decir que el hombre antes de recobrar la gracia era un vaso de ignominia fétido y abominable, objeto de la indignación divina é hijo de ira; mas después de haberla recobrado conviértese en vaso de honor, en objeto de las complacencias de Dios y en hijo suyo amadísimo.

Quiere decir que aun el más infame pecador, reo del infierno y de pena eterna, adquiere derecho á entrar en el reino de los cielos tan luego como se constituya en estado de gracia, y entrará de hecho en aquellas mansiones celestiales, si no pierde de nuevo dicha gracia santificante.

Quiere decir que, así como estando el hombre en pecado grave con ninguna de sus obras, por grandes que sean, puede hacerse merecedor del cielo, así también cuando está en gracia posee la maravillosa prerrogativa de ser santificado más y más con cada una de sus obras sobrenaturales y de acrecentar la gracia en la tierra y la gloria en el cielo. *(Habetis fructum vestrum in sanctificationem.)*

Quiere decir, que obrando el hombre justo movido de la gracia de Dios y por darle gloria, hasta sus actos pequeños y aun los que parecen indiferentes, cuales son el comer, beber, pasear, dormir... le granjean gran caudal de merecimientos y le hacen más santo y más agradable á Dios.

Quiere decir, que el alma libre de pecado mortal y obrando por amor de Dios, muéstrase y es en verdad amiga é hija del Señor, y éste, en su calidad de amigo y de Padre del alma, mira con gusto aun sus más pequeños servicios y los recompensa cumplidamente con aumento de santificación, de gracias y de gloria.

Quiere decir, que con cada acción que el hombre justo haga por agradar á Dios y promover su gloria, merecerá un nuevo grado de intensidad en la gracia santificante; con cada grado de esta gracia merecerá un nuevo grado de gloria en el cielo, y cada grado de esta gloria le proporcionará un nuevo grado de felicidad, y cada grado de felicidad sobrepujará infinitamente á toda la dicha y á todos los placeres de la tierra. ¡Y todo esto permanente por siglos sin fin! ¡Cuán ciegos somos los hombres y cuán enemigos de nuestro bien cuando desaprovechamos los momentos y las ocasiones de granjearnos tan á poca costa tan grande felicidad!

Quiere decir, por último, que así como por el pecado mortal pierde el alma instantáneamente todos los méritos adquiridos con sus buenas obras durante su vida pasada, haciéndose reo del infierno; así también por la gracia santificante recobra en un instante dichos méritos perdidos, como reviviendo en todo su valor, poniendo al alma corona eterna de gloria. Esto es, en suma, lo que el Apóstol expresa al terminar nuestra Epístola, diciendo: «*Porque la recompensa de los que sirven al pecado es la muerte, y la gracia de Dios es vida perdurable en nuestro Señor Jesucristo.*» *(Gratia Dei, vita aeterna, in Christo Jesu Domino nostro.)* *

He concluido, amados míos de explicaros los *daños terribles que*

* Sin embargo, amados míos, forzoso es que lo sepáis; la herejía contemporánea, llámese *racionalismo*, *naturalismo*, *liberalismo* ó como queráis, por el mero hecho de *rechazar el orden sobrenatural, ó sea el fin y los medios sobrenaturales*, despoja al hombre de la gracia de Dios, que *sobrenaturaliza* el fondo mismo del alma, haciéndola, como dijo San Pedro (II Petr., I, 4), *partícipe de la naturaleza divina;* despójale de todas las virtudes infusas, que elevan al estado sobrenatural las diversas facultades del alma, como la gracia eleva su esencia; despójale de la *fe*, de la *esperanza* y de la *caridad*, que nos une íntimamente á Dios con lazo dulcísimo de amor; despójale del nobilísimo séquito de las virtudes *morales sobrenaturales*, de los *dones* del Espíritu Santo, de las verdades divinamente reveladas, de los beneficios inefables de la Iglesia, de su augusto sacrificio, de sus Sacramentos y de sus santas leyes é instituciones...; despójale, en fin, de la filiación divina, de la fraternidad con Jesucristo y de ser con Él heredero de la patria celestial... ¡Bendito sea Dios! ¡Cuán locos se ostentan los hombres cuando, llevados de su razón altanera, la divinizan, desechando la gracia de Jesucristo y á Jesucristo mismo, no queriendo admitirle por Rey, Señor y dueño de sus corazones!

ocasiona el pecado y los provechos grandiosos de la gracia santificante, concretándome al texto literal de la Epístola de este día. Mucho os ruego, por amor de Jesucristo y por vuestra salvación eterna, que procuréis convertiros á Dios de todo vuestro corazón y *morir al pecado y vivir á la gracia y perseverar en ella,* con aumentos de santidad y perfección, pues el que así lo hiciere tendrá por recompensa eterna el ciento por uno en el cielo. Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo VIII después de Pentecostés.

La muerte y la vida del alma.

AMADOS hermanos míos: ¡Cuán grande era el amor de que se hallaba poseído el corazón de San Pablo, anhelando morir por sus hermanos á fin de ganarlos á todos para Jesucristo! Su único afán era hacerlos morir al pecado y que vivieran sólo para Dios. Al efecto, les había mostrado con frases enérgicas la necesidad indispensable de abominar toda culpa y de ejercitar las virtudes progresando siempre en ellas, ya crucificando al hombre viejo vistiéndose del nuevo, ya considerando la transformación maravillosa del alma en el santo Bautismo, ya poniéndoles de relieve los efectos terribles del pecado y los provechos grandiosos de la gracia...; y como si esto no fuera bastante á su propósito, añade en la Epístola de hoy otro poderoso motivo para inculcarles con más vehemencia la misma necesidad, y les habla de esta manera:

«*Hermanos, no somos deudores á la carne, para que vivamos según ella, pues si viviereis según la carne, moriréis. Empero, si con el espíritu hicieseis morir los hechos de dicha carne, viviréis; porque los que obran movidos por el espíritu de Dios, hijos son de Dios.*» (Rom., VIII, 12 á 14.)

Pues bien; esto que dijo el Apóstol á los fieles de Roma, es lo mismo que intento yo explicaros hoy siguiendo el espíritu y la

letra de dicha Epístola, y para concretar bien mi pensamiento, os mostraré dos cosas:

1.ª Que es preciso morir á los hechos de la carne.
2.ª Qué es preciso vivir según el espíritu.

PUNTO 1.°

LA MUERTE DE LA CARNE

Ante todo conviene saber que por la palabra *carne,* significa aquí el Apóstol *al hombre puramente animal,* degradado por la culpa de origen, que tiende siempre á lo terreno; y por la palabra *espíritu,* se refiere *al alma racional,* no sólo en cuanto es un espíritu que anima al cuerpo, sino en cuanto ella misma es *vivificada y regida por la ley del espíritu vivificante,* ó sea por la gracia de Dios, que el Espíritu Santo infunde en nuestros corazones, por los méritos de nuestro Señor Jesucristo.

Ahora bien; sentado este fundamento se dice: Que el hombre *exista en carne* y que experimente en sí mismo los deseos propios de la parte animal corrompida en su naturaleza no es pecado, por que no pende de su voluntad, y á esto llaman los teólogos *la parte inferior del hombre,* que se rige (según San Pablo) por la *ley del pecado;* ó sea por la concupiscencia desordenada; mas servir voluntariamente á la carne, ó lo que es lo mismo, andar según ella, en lo que tiene desordenado, esto es pecaminoso; porque la razón y el espíritu, que son *la parte superior del hombre,* no han de estar sometidos á las concupiscencias terrenas del mismo hombre puramente animal. El hombre razonable ha de obrar según la razón, y el hombre cristiano según la ley de Cristo que perfecciona, eleva y dignifica á la misma razón, y al hombre entero.

Este es el orden querido por Dios, y con él á la vista, ya podemos comprender bien la Epístola de este día. Dice así el Apóstol: «*Hermanos, no somos deudores á la carne, para que vivamos según ella.*» (Verso 12.) Es decir; el espíritu es el que debe dominar en nosotros, no la carne; porque no debemos á la carne el ser cristianos, sino al espíritu. Nuestra alma vive ahora la vida de la gracia, para vivir después eternamente la vida de la gloria, que es la consumación de la gracia; y también para que nuestros cuerpos, resucitando de entre los muertos, sean, llegado su tiempo, inmortales. De donde se infiere que nosotros, siendo cristianos, hemos de vivir

por necesidad, según el espíritu de Cristo, según el espíritu de Dios, *no según la carne. (Non secundum carnem vivamus.)*

Esto es cabalmente lo que no quieren entender muchos cristianos de nuestros días; pues se empeñan en vivir según la carne, condescendiendo gustosos con las concupiscencias terrenas y complaciéndose en ellas, como si no tuvieran alma, ó como si no hubiera ley de Dios, ni ley de Cristo; y después de saborear aquí la copa de los deleites terrenos se forjan la ilusión de pasar luego á las delicias eternas del cielo. En una palabra, pretenden un imposible, y por eso San Pablo les desengaña á continuación, diciendo: «*Porque si viviereis según la carne moriréis.*» (Verso 13.) *(Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini.)* Esto es; moriréis con la muerte del pecado, en lo presente; y con la muerte de condenación eterna, en lo futuro. ¡Terrible desdicha, capaz de hacer morir de espanto á todo el que tenga fe, y no haya perdido el juicio! «*El hombre animal*—dijo el Apóstol—*no comprende aquellas cosas que son del Espíritu de Dios. Es un necio y no las puede entender.* (1).» *

(1) Animalis homo non percipit ea, quae sunt Spiritus Dei; stultitia enim est illi, et non potes intelligere. (I Corint., II, 14.)

* Por esto, amados míos, no es maravilla lo que estamos presenciando; pues siendo la herejía moderna *opuesta al orden sobrenatural,* no puede menos de odiar la vida del espíritu, la vida de la gracia que está en región más elevada que la naturaleza, no puede menos de odiar *la moral evangélica,* poniendo en su lugar una *moral puramente humana;* y por eso cuando los impíos dijeron: *«La ciencia de la moral debe ser independiente de toda autoridad divina y eclesiástica»,* fué condenada por la Iglesia esta proposición en la 57 del *Syllabus.*

Es verdad que no todos los herejes de hoy lo entienden de igual manera, pero todos blasfeman y todos merecen que abominemos sus enseñanzas.

Dicen unos: Queremos *una moral independiente;* esto es, queremos un conjunto de preceptos morales dictados por la sola razón. Lo cual es como si dijeran: Queremos una moral secularizada, una moral sin Cristo, una moral filosófica, una moral universal que convenga á todos los hombres, sean quienes fueren. Lo que equivale á decir: Queremos divinizar la razón y aniquilar á Dios y á su Verbo.

Otros entienden por *moral independiente* aquella que no saca sus preceptos de la revelación divina, sino que prescindiendo absolutamente de un Dios cualquiera, se ajusta á la naturaleza del hombre, siendo el mismo hombre el único árbitro del bien y del mal; ó lo que es lo mismo, que la razón humana es la única que puede darse la ley á sí propia. Error funestísimo, que fué también condenado por la Iglesia en las proposiciones 3 y 56 del *Syllabus.*

Otros, en fin, llaman *moral independiente* á la que admite la emancipación de las pasiones, y la soberanía absoluta de las inclinaciones del hombre. *«La naturaleza*—dicen—*es por sí misma su propia ley»;* luego, haga el hombre lo

Ved aquí por qué *es de necesidad absoluta entender bien la Epístola de este día y morir á los hechos de la carne,* ó sea á las concupiscencias terrenas *desordenadas.* Y notad bien que digo *desordenadas:* porque la concupiscencia, ó sea *el apetito ó inclinación natural á los bienes de esta vida,* no es en sí mismo pecado, ni dicho apetito é inclinación entrañan malicia alguna á no ser que sean contrarios á la razón ó á la ley de Dios. Si una persona apetece las cosas necesarias ó convenientes á su naturaleza cuales son el alimento, la bebida y algunas recreaciones moderadas de los sentidos, ¿dónde está la culpa? El desorden en la concupiscencia, nacida del pecado original y propagado por él no es en sí mismo pecado, sino pena del pecado. Es, digámoslo así, un enemigo casero, que con dulces atractivos continuamente nos acomete, y nos obliga á estar siempre vigilantes y arma al brazo, y aun en continua lucha con sus acometidas; pero nunca será pecado, á no ser que nuestra voluntad, en el uso libérrimo de sus actos, condescienda con él en sus exigencias desordenadas. En una palabra; *sentir* los movimientos ilícitos de la concupiscencia *no es pecado;* pero *complacerse en ellos y saborearlos libre y voluntariamente lo es,* y más ó menos según la materia. *Sentir* es propio de la naturaleza, *consentir* es potestativo de la voluntad. ¿Cómo ha de haber culpa donde la voluntad no medie? Esto es, digámoslo así, el *a b c* de la vida espiritual.

La concupiscencia, pues, en sus desórdenes viene á ser á manera de una embajadora que Satanás envía á la voluntad, para instarla á que preste su consentimiento al pecado; si la voluntad no abre la puerta á la tal embajadora, ésta no tiene fuerza para entrar; pero si dicha voluntad, abusando de su libre albedrío, abre y la abraza, este es el pecado porque la estrecha cariñosamente y la da ósculo de amor. Y esto es precisamente lo que San Pablo trata de evitar cuando en la Epístola de este día dice á los Romanos: «*No somos deudores á la carne para que vivamos según ella; pues si viviereis según la carne, moriréis.*»

Importa mucho al cristiano no olvidar esta muerte ignominiosa,

---

que quiera, siempre obra bien. «Coronémonos de rosas, gocemos de los bienes; el placer es nuestro patrimonio y nuestro destino.» (Sap , II, 8, 9.)

En una palabra; la moral de los tiempos modernos, que con más ó menos esbozo se trata de impregnar en el corazón de los hombres, especialmente de la juventud, es la *moral sin Dios,* la moral de los ateístas, la moral de Epicuro, que equivale á *la ausencia de toda moral.* Abran los ojos los que no quieran ser víctimas de esta *moral sin Dios.*

y para que ninguno de vosotros pequéis por ignorancia, os diré que hay tres especies de desórdenes en la concupiscencia, á saber: en el apetito de los *placeres*, en el apetito de las *riquezas* y en el apetito de los *honores*, como consta del Apóstol San Juan, cuando dijo: «No tengáis amor al mundo, ni á las cosas que pertenecen á él. Si alguno ama al mundo (es decir, á sus vanidades), no tiene en sí el amor del Padre (celestial); porque todo lo que hay en el mundo (vano), es *concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y orgullo de la vida* (1).»

La concupiscencia de la carne es el amor desordenado á los placeres de los sentidos, y esta es la gran puerta del infierno; porque es un veneno dulce que, so pretexto de necesidad corporal, seduce, arrastra y esclaviza, hasta el punto que el hombre queda, según expresión del Apóstol, como *vendido al pecado (venundatus sub peccato)*, y si tiene fe y amor de Dios, no puede menos de exclamar con el mismo Apóstol: «*¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?* (2).» Es decir: ¿quién me librará de las exigencias desordenadas de este cuerpo mortal y carnal? «El hombre—dijo San Agustín—que por la inmortalidad y por la perfecta sumisión del cuerpo al espíritu en que fué creado debía ser espiritual hasta en la carne, se ha vuelto carnal hasta en el espíritu (3).»

Y como si esta concupiscencia no fuera ya un copioso manantial de desdichas, se levanta en nosotros un segundo germen de corrupción, una segunda concupiscencia avasalladora, á la cual llama *concupiscencia de los ojos*, y que, según razona Bossuet, consiste principalmente en dos cosas: primera, en el deseo de ver, de experimentar, de conocer, en una palabra, en *la curiosidad*; segunda, en el placer de la vista cuando se deleita en mirar objetos de cierto brillo capaces de ilusionar y seducir. Y como todo esto se relaciona con la ostentación y fausto de la vida social, engéndrase de aquí *la avaricia, la vanidad, el lujo, los gastos desmedidos* y otros innumerables vicios, que precipitan á las familias y á las sociedades en la corrupción, en la miseria y en multitud de crímenes espantables. ¡Ay mundo, mundo! ¡Cuán errado caminas y cuán perversas y abominables son tus costumbres voluptuosas!

Por último, *la soberbia de la vida*, que es la tercera concupis-

(1) Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitae. (I Joann., II, 15-16.)

(2) Infelix ego homo! Quis me liberabit de corpore mortis hujus? (Rom., VII, 24.)

(3) Qui futurus erat etiam carne spiritalis, factus est mente carnalis. (S. Agust., Confess.)

cencia, pone el colmo de la depravación en los hombres. Quieren sobresalir de entre sus semejantes, quieren dominar en ellos, quieren ser honorificados por todos, y á tal extremo llega su insensato desvarío, que se consideran superiores á sus iguales, iguales á sus superiores, buscando en todo la independencia, y en vez de llevar el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismos, llevan el amor de sí mismos hasta el desprecio de Dios.

¡Pobres hijos de Adán, si no ponen freno á su triple concupiscencia! He aquí por qué la Iglesia nuestra Madre, anhelando siempre el bien de sus hijos, toma hoy en sus labios las palabras del Apóstol y nos dice en la Epístola de este día: «*Hermanos, no somos deudores á la carne, para que vivamos según ella; pues si viviereis según la carne, moriréis.*» *(Si secundum carnem vixeritis, moriemini.)*

Mas, ¿basta, por ventura, morir á todo lo desordenado, caduco y terreno para ser santos y felices? No, en verdad; porque es preciso además *vivir según el espíritu,* como añade dicha Epístola. ¿Qué significa esto? Oid un momento mis palabras: seré breve.

PUNTO 2.°

LA VIDA DEL ESPÍRITU

Es innegable que siendo el hombre uno, hay en él como dos vidas, ó sea dos maneras de vivir. Quien vive dejándose llevar de los impulsos naturales de las pasiones y afecciones buscando los deleites terrenos, como fin de sus actos, vive según la carne, y su vida es muerte; pero quien viva mortificando los apetitos desordenados de la naturaleza con la energía de su espíritu, porque eso es lo razonable y porque así lo quiere Dios, vive ahora la vida de la gracia y después, si persevera, vivirá la vida de la gloria. Esto es, en sencillo comentario, lo que significa el Apóstol, cuando dice: «*Si viviereis según la carne, moriréis; mas si viviereis mortificando los hechos de la carne con el espíritu, viviréis.*» (*Si spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis.*—Verso 13.)

El grande Agustino, exponiendo estas palabras del Apóstol, dice con la agudeza de su ingenio: «Los Epicúreos colocaron su felicidad en los deleites de los sentidos; los Estoicos en la fortaleza de su alma»; porque decía Epicuro: «*Mi dicha es el placer*»*;* decía el Estoico: «Mi dicha es la perfección de la mente»; pero San Pablo dijo: «*Mi dicha es unirme íntimamente á mi Dios.*» *(Mihi autem adhaerere Deo bonum est.)*—¿Quién de los tres lleva razón? ¡Oh! Yerra Epi-

curo; se engaña el Estoico; porque el alma vive rectamente cuando obra, no según la carne, no según ella misma, sino según Dios; pues así como el alma es la vida del cuerpo, así Dios es la vida del alma. (S. Agust., Serm. 13.)

Verdaderamente, amados míos, así es; y el grande Apóstol da tanta importancia á esta doctrina, que á continuación, en la misma Epístola de hoy, prueba con seis argumentos, que los cristianos debemos vivir, no según la carne, sino según el espíritu.

El primero es (verso 13), las palabras dichas: afirmando en ellas, que quien viva según la carne, morirá, temporal y eternamente; y quien viva según el espíritu, vivirá con vida de gracia y de gloria perdurable.

El segundo es (verso 14), porque los que vivan según el espíritu, serán llamados y en realidad serán hijos de Dios.

El tercero es (verso 15), porque para eso recibieron el espíritu de adopción, para que vivan según el espíritu.

El cuarto es (verso 17), porque viviendo así recibirán en herencia el reino de Dios.

El quinto es (verso 18), porque no ofrecen comparación los trabajos de esta vida por ser virtuosos con la gloria venidera, que el Señor nos tiene reservada.

El sexto es (verso 20), porque de otra suerte, sirviendo á la carne, servirán á la vanidad y á la corrupción (1).

Tales son, en resumen, las razones del Apóstol, para persuadir á los hombres, que es preciso mortificar las pasiones y vivir la vida del espíritu, fijándose principalmente en que, si así lo hacemos, seremos en verdad hijos de Dios y herederos de su gloria. *(Quicumque Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei.)*

Consideremos bien, amados míos, estas palabras divinas. No dice el sagrado texto que serán hijos de Dios los que *reciban* el Espíritu del mismo Dios, sino los que *sean movidos, guiados ó regidos* por dicho Espíritu; para mostrarnos que no basta á los cristianos haber recibido el Espíritu Santo en el Bautismo, porque, además, para conservar la filiación divina, se requiere que en nuestra vida espiritual seamos regidos por el Espíritu Santo, y cooperemos á sus gracias obrando según ellas como hijos de Dios.

Ciertamente, cuando el Espíritu Santo habita en lo interior de un corazón, siempre le paga bien la posada comunicándole sus carismas inefables, pero también es preciso que la voluntad sea mo-

(1) Así Cornelio a Lápide, Coment.

vida á obrar lo bueno correspondiendo á la gracia, ó sea á las dulces mociones del Espíritu Santo, *mortificando las obras de la carne*, y ejercitando las virtudes del espíritu. Estos son los verdaderos hijos de Dios y los herederos de la patria celestial juntamente con Cristo. *(Si filii, et haeredes, cohaeredes autem Christi.*—Verso 17.)

Nótese, además, que ser *movido, regido* ó *gobernado* por el Espíritu de Dios no entraña coacción, ni necesidad de obrar en el hombre, sino únicamente *moción,* ó sea una pasiva inclinación de nuestra voluntad, que en manera alguna excluye la libertad de nuestros actos, pudiendo, á nuestro arbitrio, corresponder, ó no corresponder á las gracias divinas; y por eso el Apóstol nos estimula á que correspondamos á ellas, diciéndonos que *«todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, son hijos suyos». (Ii sunt filii Dei.)*

Correspondamos, pues, amados mios, dejémonos gobernar y regir por el Espíritu del Señor, pues sus amorosos designios sobre nosotros son que mortifiquemos y que aniquilemos en lo posible, no sólo los apetitos desordenados del cuerpo, sino también las concupiscencias revoltosas del alma, cuales son la soberbia, la avaricia, la envidia, la ira, la propia voluntad... En una palabra, es preciso que *con la mortificación hagamos morir los hechos de la carne, y que vivamos enteramente según el espíritu;* esto es, que vivamos enteramente obedientes al espíritu de Dios, que se refleja en nosotros por la acción misteriosa, suave y dulce de la gracia del Señor y de su ley sacrosanta; pues esta es la vida cristiana, la vida de los hijos de Dios, vida cierta y segura para obtener la vida eterna del alma y del cuerpo, cuya prenda y señal es el Espíritu Santo, que por los méritos de Cristo habita en nosotros, para guiarnos ahora en la tierra y conducirnos después á las eternas mansiones del cielo. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo VIII después de Pentecostés.

De la mortificación.

Hermanos míos amadísimos: No sé cómo encareceros la importancia de la Epístola de este día. En ella el Apóstol San Pablo, ardiendo en celo por la salvación de los fieles romanos, les habla de esta manera: «*Hermanos; no somos deudores á la carne, para que vivamos según ella; pues si viviereis según la carne, moriréis. Empero, si con el espíritu hicieseis morir los hechos de dicha carne, viviréis; porque los que obran movidos por el espíritu de Dios, hijos son de Dios... Pero si sois hijos, sois también herederos, herederos ciertamente de Dios y coherederos de Jesucristo. Esto es, si padecemos con Él, para que con Él seamos también glorificados.*» (Rom., VIII, 12 al 17.)

Dos cosas, como habréis notado, resaltan en esta Epístola: una que los cristianos no hemos de vivir según nuestras concupiscencias, sino mortificándolas, para imitar en lo posible la misma vida de Dios; otra, que para eso hemos recibido en el Bautismo la filiación divina, para que obremos como hijos de tan excelso Padre, considerándonos herederos de su reino celestial y coherederos con Jesucristo, *con tal que padezcamos ahora con Él.*

¿Queremos nosotros ir al cielo? Ya sabemos el camino: mortificar nuestras pasiones para vivir según Dios; ó lo que es lo mismo, resistir á las concupiscencias rebeldes, para que no se desmanden, y cooperar á las solicitaciones de la gracia por obrar siempre según el espíritu del Evangelio. Esto es lo que trata de inculcarnos la Iglesia nuestra Madre en la presente Dominica, y esto lo que á nosotros nos interesa comprender bien, para llevarlo á la práctica durante toda nuestra vida sobre la tierra. Por lo mismo habré de explicaros hoy dos cosas:

1.ª La naturaleza y necesidad de la mortificación.
2.ª El modo práctico de hacerla con provecho.

PUNTO 1.°

NATURALEZA Y NECESIDAD DE LA MORTIFICACIÓN

Lo primero que ha de saber el hombre, si no quiere errar en el camino del cielo, es que á su cuerpo le ha de tratar como á un enfermo, á quien es preciso negarle muchas cosas inútiles que él apetece, y hacerle que acepte otras útiles que á él le repugnan. El cristiano que se olvide de esta regla, cuéntese por perdido, y mucho más si fuere sacerdote ó religioso; porque el oficio propio de los siervos de Dios, es refrenar las exigencias de la naturaleza rebelde, para vivir según el espíritu del Señor. *(Quicumque spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei.)*

En esto suelen forjarse muchas ilusiones las gentes, aun las que se tienen por piadosas, y es preciso que entiendan todas que sin la mortificación frecuente y diaria es imposible que ningún hijo de Adán pueda cumplir sus obligaciones de *hombre,* ni de *cristiano,* y mucho menos de *religioso.* Así como el grano sembrado en la tierra no fructifica sin que antes muera, así también el hombre que no muere al mundo y á las concupiscencias propias, no puede en manera alguna producir frutos de obras buenas y virtuosas.

Innumerables son las sentencias de los Santos Padres que confirman esta verdad ascética, y todos ellos se fundan, no sólo en la experiencia cotidiana que así lo demuestra, sino en aquellas palabras de las sagradas Escrituras: «*Milicia es la vida del hombre sobre la tierra... El reino de los cielos padece fuerza y sólo le arrebatan los que se violentan...*» y muy principalmente en aquella sentencia de Cristo nuestro Señor: «*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame* (1).»

La mortificación, pues, es una ley ineludible en la vida del espíritu, y por eso el Apóstol, en la Epístola de este día, dijo á los fieles de Roma: «*Hermanos; no somos deudores á la carne, para que vivamos según ella; pues si viviereis según la carne, moriréis* (en el alma). *Empero, si con el espíritu hicieseis morir los hechos de dicha carne, viviréis*»; es decir, ahora con la vida de la gracia y después con la vida de la gloria, eterna y feliz.

En este punto, amados míos, no hay dudas, y por lo mismo no habré de insistir en él, concluyendo con San Agustín: «Este es vues-

(1) Job, VII, 1; Matth., XI, 12; Matth., XVI, 24.

tro negocio en esta vida; *mortificar continuamente con el espíritu las exigencias desordenadas de vuestras pasiones... porque el aumento de la caridad es la diminución de las concupiscencias, y la perfección darlas muerte* (1).»

Ahora bien: sentada ya la necesidad de mortificar las pasiones para vivir la vida del espíritu, ó lo que es lo mismo, la vida de Dios, se pregunta: ¿Qué es mortificación?—Si oímos á los Doctores católicos, nos dirán todos á una que es «*la espontánea y libre separación del alma de la vida carnal, y el apartamiento de nuestras facultades, tanto internas como externas, de las obras ilícitas* (2)». Y se llama *Mortificación,* más bien que *Muerte,* porque no consiste tanto en la misma separación del alma de la vida carnal, como en la lucha y esfuerzo para conseguirla.

Sin embargo, algunas veces llámase á la Mortificación, *Muerte,* tomando el efecto por la causa, como cuando San Pablo escribió á los Colosenses, diciéndoles: «*Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (3).» Y en este sentido dijo el Padre Nieremberg: «¿Qué es la mortificación, sino una muerte anticipada?: es muerte del hombre vivo, muerte antes de la muerte, muerte espontánea, muerte de la voluntad, muerte muy difícil.» (Doctr. ascet., cap. XXVII, dis. 3.) Y yo, amados míos, añado que es muerte necesaria y gloriosa, muerte que da vida temporal y eterna, porque ninguno vive para el cielo si antes no muere en la tierra. Es preciso morir á nosotros mismos, á nuestras propias concupiscencias y á nuestro amor propio, de tal suerte, que muertos al mundo, nada queramos, ni hagamos, sino lo que conduzca á la gloria de Dios, á la imitación de Cristo y á la salvación nuestra y del prójimo.

Esto—diréis—es muy sublime, muy levantado, y nosotros no podemos alcanzar tan eximia perfección.—No, amados míos, no es así, y dicha perfección es compatible con todos los estados, con todos los oficios y con toda suerte de personas; porque á todos nos dice San Pablo en la Epístola de hoy, que *con el espíritu* (esto es, con el espíritu de Cristo) *hagamos morir los desórdenes de la carne, y viviremos:* á todos nos dice que, *si somos movidos á obrar, y obramos por el Espíritu de Dios, seremos hijos suyos;* á todos nos dice

---

(1) Augmentum charitatis, diminutio cupiditatis, perfectio nulla cupiditas. (S. Agust., Serm. XIII *de Dom.*)

(2) Mortificatio est spontanea, liberaque animae a vita carnali separatio, et virium tam externarum, quam internarum ab illicitis operibus dissolutio. (Jacobus Alvarez de Paz.)

(3) Mortui enim estis: et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo. (Coloss., III, 3.)

en otra parte, que *si somos de Cristo, hemos de crucificar nuestro cuerpo con todos sus vicios y concupiscencias* (1); á todos nos dice que, á semejanza suya, *llevemos siempre la mortificación de Jesús en nuestros cuerpos para que su vida se manifieste también en nuestra carne»* (II Corint., IV, 10); á todos nos dice: *Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo,* y todos quiere que podamos decir en verdad con El: «*Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo.*» (Galat., VI, 24.) Y claro es que cuando esto nos dice el Santo, es porque podemos llevarlo á cabo con la gracia del Señor. Luego no es imposible.

Todos, pues, podemos y debemos mortificarnos, cada cual según sus circunstancias, pues á todos nos amonesta el Espíritu Santo, diciéndonos: «*No vayas en pos de tus concupiscencias, y apártate de tu propia voluntad. Si contentas á tu alma con tus apetitos, hará que seas el gozo de tus enemigos.*» *(Faciet te in gaudium inimicis tuis.*— Eccles., XVIII, 30 y 31.) Es decir, que caeremos en pecados graves y daremos gozo á los demonios, que tomarán posesión de nuestro corazón y le tiranizarán violentamente. Veamos ahora el modo práctico de mortificarnos con provecho y discreción.

PUNTO 2.°

PRÁCTICA DE LA MORTIFICACIÓN

Toda la práctica de la mortificación cristiana se halla fundada en aquella divina máxima de Cristo nuestro Señor: «*Si alguno quiere venir en pós de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame; porque el que quisiere salvar su alma, la perderá; mas el que perdiere su alma por mí, la hallará* (2).»

Quiere esto decir, que nuestro Salvador divino, aunque pudiera mandarnos en absoluto como supremo Señor nuestro que le sigamos, quiere, no obstante, dejarnos en libertad, para que haciendo uso de nuestro libre albedrío, vayamos en pos de El con buena voluntad y con mérito, tributándole con ello obsequio; y por eso no dice: «*Os mando que me sigáis; os obligo á que me sigáis*», sino úni-

(1) Qui Christi sunt, carnem suam crucifixerunt cum vitiis, et concupiscentiis suis. (Galat., IV, 7.)

(2) Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. (Matth., XVI, 24-25.)

camente: «*Si alguno quiere venir en pos de mí.*» *(Si quis vult post me venire.)*

¡Cuánto amor y cuánta misericordia! Y para que no erremos el camino al seguirle, añade á continuación que *nos neguemos á nosotros mismos (Abneget semetipsum);* esto es, que renunciemos á nuestras propias comodidades y conveniencias, y más que nada á nuestro juicio y voluntad propios; quiere que aniquilemos en todo lo posible los desórdenes de nuestras concupiscencias, y que refrenemos las torcidas inclinaciones de nuestra índole natural; quiere que abdiquemos por completo todos nuestros afectos naturales contrarios á la divina voluntad; y aun quiere que nos abracemos con nuestra cruz *(Tollat crucem suam);* es decir, quiere que recibamos con pronto y alegre ánimo por su amor todas las adversidades, cruces y trabajos que Él se sirva enviarnos, ó que Él tenga á bien permitir, aun la muerte misma, reputándolo todo por nada en comparación de la vida eterna y de su gloria divina; quiere, en suma, que así, abrazados gustosamente con la cruz de las aflicciones y penalidades, le sigamos al Calvario, para seguirle después al cielo. *(Tollat crucem suam et sequatur me.)*

Y luego para animarnos á la práctica de tan eximia y heroica virtud, añade la razón, diciendo: «*Porque el que quisiere salvar su alma* (es decir, su vida), *la perderá; mas el que perdiere su vida por mí, la hallará.*» *(Inveniet eam.)*

Esto parece juego de palabras, pero encierra altísima sabiduría, y conviene mucho que los cristianos nos fijemos en ello; pues es como si el Señor dijera: «Todo el que ahora quisiere seguir sus concupiscencias para llevar vida temporal de placeres, perderá la vida eterna. *(Perdet eam.)* La perderá; porque querer llevar ahora una vida libre, deliciosa y voluptuosa, sin contenerse en nada, ni tener en cuenta la eterna beatitud, es preferir la vida del cuerpo, la vida de los sentidos, la vida del desenfreno, á la vida del alma y á su eterna salvación; es infringir los Mandamientos de Dios; es entregarse á la satisfacción de las concupiscencias, á las vanidades del mundo, á la ambición, á la avaricia y á todos los movimientos desordenados de su corazón; y esto ya se ve que es vida que mata al alma, y el que así la mata, la pierde.» *(Perdet eam.)*

En sentido contrario, el que ahora perdiere su vida corporal, ó padeciere de buen grado cualquiera tribulación ó mortificación por amor á Jesucristo, ó por la fe y el Evangelio, para conquistarse una eterna felicidad, ese tal encontrará la verdadera vida. *(Inveniet eam.)* Y la encontrará ciertamente; porque equivale á soportar

ahora con resignación todos los males de la tierra, todas las calamidades y miserias, y estar dispuesto á perderlo todo, incluso la vida corporal, primero que violar en lo más mínimo la ley del Señor, primero que contradecir con sus obras, con sus palabras ó con sus pensamientos la norma trazada por Jesucristo á los cristianos en su santo Evangelio. Y el que así perdiere la vida, la encuentra. *(Inveniet eam.)*

He aquí lo que significa Cristo nuestro Señor cuando dice que el ganar es perder, y que el perder es ganar; y bien claro lo muestra nuestra Epístola, diciendo: *El que vive según la carne, morirá; y el que muere según la misma carne, vivirá. (Si facta carnis mortificaveritis, vivetis.)*

Por último, amados míos; el modo práctico de ejercitar la mortificación con fruto, consiste en tres cosas:

1.ª En no querer mortificarse en todo al mismo tiempo, y ser de repente santo, sino en emprender el combate contra las pasiones separadamente, una por una, con perseverancia, y después de vencida y casi aniquilada la primera, dirigir los tiros á la segunda, y luego á la tercera y á la cuarta... y así sucesivamente, hasta que poco á poco consigamos someterlas todas á la razón y la razón á Dios.

2.ª Què comencemos la lucha contra la pasión más violenta y que nos ocasione mayor daño en nuestro espíritu; porque vencido el vicio principal, ó como dicen, el vicio rey, los demás pronto se dan por vencidos.

3.ª Que aun en el mismo combate se use de discreción, en especial si se trata de mortificaciones corporales; porque al cuerpo se le ha de regir, pero no se le ha de estenuar; conviene quitarle la arrogancia, pero no la vida. El glorioso Padre San Agustín nos suministra una buena regla, á saber: «*Acomodar las mortificaciones á la caridad.*» Si modero el alimento, procuraré que no impida el ejercicio de la caridad: si las palabras, que no se falte á la caridad: si el vestido, que sea con caridad: si el aspecto del rostro, que jamás se lesione la caridad; pues todas las virtudes se resumen en la caridad, y faltando la caridad, falta todo. No se olvide nunca que «esta virtud *Reina* fué recomendada por Jesucristo y por los Apóstoles de tal suerte, que sin ella todo es inútil, y con ella todo es provechoso» (1).

(1) Si haec una absit, inania; si haec adsit, plena sint omnia. (S. Agust., de Morib. eccles., cap. XXXV.)

Tal es, en resumen, *la naturaleza y necesidad de la mortificación, y también el modo práctico de hacerla con provecho.* Todo ello se funda en la doctrina que hoy nos propone la Iglesia en la Epístola de San Pablo; pues dice el Apóstol que «*si viviéremos según la carne, moriremos, y que si con el espíritu hiciéremos morir los hechos de la carne, viviremos: Viviremos para Dios, seremos sus hijos, y por consecuencia herederos de su reino, y coherederos de Jesucristo; porque si ahora padecemos con Él, con Él también seremos eternamente glorificados.*

Esto es, amados míos, lo que os deseo con todo mi corazón; pues haciéndolo así, ya nos dice el Apóstol que «*el mismo Espíritu de Dios dará testimonio á nuestro espíritu de que realmente somos hijos de Dios y herederos de su gloria*». Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo IX después de Pentecostés.

Sobre el temor de Dios.

Hermanos míos amadísimos: El gran Doctor de las gentes y Apóstol por antomasia, partiendo del principio de la *necesidad de la mortificación,* para obtener la salvación del alma, decía á los fieles de Corinto: «*Hermanos, castigo mi cuerpo y le pongo en servidumbre* (esto es, le sujeto á la obediencia que debe tener al espíritu, reprimiendo todos los movimientos que se levantan en él contra la razón); *porque no acontezca, que habiendo predicado á otros me haga yo mismo digno de reprobación.*» (I Corintios, IX, 27.)

Esto, que decía el Santo lleno de temor ante la posibilidad de pecar, es lo que la Iglesia nuestra Madre trata de inculcarnos en la presente Dominica, y al efecto hace que el Apóstol San Pablo continúe su argumento en la Epístola de este día, diciendo: «*Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos debajo de la nube, y todos pasaron la mar, y todos fueron bautizados en ella y en la nube y en Moisés, y todos comieron una misma*

vianda espiritual, y todos bebieron una misma bebida milagrosa (porque bebían de una piedra espiritual, que los iba siguiendo; y la piedra era Cristo). Mas de muchos de ellos Dios no se agradó; por lo cual fueron postrados en el desierto. Y estas cosas acontecieron en figura de nosotros, para que no seamos codiciosos de cosas malas, como ellos las codiciaron.» (I Cor., X, 1 á 7.)

He aquí, amados míos, el nuevo argumento que emplea el Apóstol para inspirarnos horror al pecado; quiere que caminemos en temor santo de Dios, como medio para conservar limpia y pura nuestra conciencia; y yo, haciéndome eco de sus inspiradas palabras, intento mostraros hoy dos cosas:

1.ª La naturaleza y necesidad del temor de Dios.
2.ª Las utilidades que proporciona.

PUNTO 1.º

NATURALEZA Y NECESIDAD DEL TEMOR DE DIOS

El grande Apóstol San Pablo, cuya doctrina os predico para que á todos nos sirva de modelo, dijo á los fieles de Corinto: «*Hermanos, me he hecho todo para todos, por salvar á todos, y hago esto para mejor propagar el Evangelio y recibir el premio en la eternidad* (I Corint., IX, 22 y 23). Lo cual es como si les dijera: «De este modo, carísimos, habéis de procurar todos vuestra eterna salud, cada cual según su posibilidad y circunstancias; mas tened entendido—añade—(Verso 24) que «*no todos los que corren en el Estadio consiguen el premio. Por mi parte corro por el camino del Evangelio, no de una manera incierta, sino castigando mi cuerpo hasta reducirle á servidumbre, no sea que después de predicar á otros, sea yo hecho digno de reprobación*». (I Corint., IX, 27.)

Es decir, que el Apóstol, aun estando en pleno ejercicio de sus tareas apostólicas, por amor á Jesucristo y por la salvación del mundo, *teme* por sí mismo y encarga á los de Corinto que *teman*, diciéndoles: «Mirad, hermanos, que nuestros padres, después de la salida de Egipto, fueron todos cobijados bajo la nube misteriosa, y todos pasaron milagrosamente el Mar Rojo, y se alimentaron del maná que caía del cielo, y bebieron el agua espiritual que salía de la piedra, siendo la piedra Cristo, y sin embargo muchos de ellos no agradaron á Dios, y en castigo murieron en el desierto, siendo solamente dos los que consiguieron entrar en la tierra de promi-

sión. No olvidéis que todas estas cosas acaecieron en figura, para que nosotros no codiciemos las cosas malas, como ellos las codiciaron. ¡Hermosa lección para todos aquellos que viven descuidados en su espíritu y presumen salvarse!

Pues bien; si el grande Apóstol, vaso de elección y ardiendo en amor sagrado *temía* y encargaba á los demás que *temieran*, ¿qué hemos de hacer nosotros, pobres pecadores, que vivimos en un mundo corrompido, y como arrastrados por nuestras concupiscencias terrenas? ¿Quién no ve en esta doctrina de la Epístola de hoy la *necesidad* de estar siempre *temerosos*, no sea que, después de haber recibido aún mayores beneficios de Dios que los Israelitas, tengamos la desdicha de caer en pecado y de no entrar en la Patria prometida, que es el cielo? Si todo lo que hizo el Señor con los Israelitas, fué símbolo y figura de lo que había de hacer con nosotros, ¿con qué rigor seremos tratados por Dios, siendo incesantemente más favorecidos que ellos, y más ingratos, y más rebeldes, y más satánicos en nuestra vida y costumbres?

Preciso es, pues, que *temamos* ante la presencia divina todos, justos y pecadores, y que comprendamos bien la *necesidad de temer*, y la *utilidad* que dicho temor nos proporciona. «*Venid todos*, amados míos, os digo con David, *oid, que yo os enseñaré el temor de Dios.*» *(Venite, filii, audite me: timorem Domini docebo vos.* Psalmo XXXIII, 12.)

¿Qué es temer á Dios?—*Es una virtud por la cual el hombre teme ofender á Dios, ó teme porque le ha ofendido.* Ahora me concreto á lo primero, y os digo como Tobías á su hijo: «*Hijo mío, oye las palabras de mi boca, y asiéntalas en tu corazón como cimiento... Tendrás á Dios en tu mente todos los días de tu vida, y guárdate de consentir jamás en pecado, ni de quebrantar los mandamientos del Señor Dios nuestro* (1). ¡Qué palabras! ¡Y dichas por un padre á su hijo en la hora de su muerte! ¡Ojalá que así amonestaran á sus hijos todos los padres de nuestros días! ¡Ojalá que así lo entendieran los hijos y lo practicáramos todos! pues esto bastaría para que este valle de lágrimas se convirtiera en hermoso paraíso; porque es palabra divina que «*el temor de Dios es como un paraíso de bendición*». *(Sicut Paradisus beneditionis.*—Eccles., XL, 28.)

Y no es maravilla, amados míos, que así suceda, porque también está escrito en las letras sagradas, que «*el temor de Dios es el*

(1) Omnibus diebus vitae tuae in mente habete Deum: et cave ne aliquando peccato consentias, et praetermittas praecepta Domini Dei nostri. (Tob., IV, 6.)

principio de la sabiduría». (Initum sapientiae timor Domini.—Psalmus CX, 9.) Y siendo los hombres sabios, y obrando como tales, ¿qué mayor felicidad puede haber en la tierra? Somos infelices, porque somos pecadores; y somos pecadores porque somos necios; y somos necios porque no hay en nosotros *temor de Dios.* «Asiéntese como cimiento en los individuos, en las familias, en las sociedades y en los Estados *el santo temor de Dios*, y se tendrá instantáneamente asegurado el orden, la paz, la tranquilidad y la dicha en los pobres corazones humanos. Somos infelices porque queremos; pues nadie ignora que *el temor de Dios es el principio de la sabiduría,* ó lo que es lo mismo, de la felicidad; puesto que, según observa Santo Tomás (2.ª 2.ªe q. 19, a. 7), *á la sabiduría pertenece el que la vida humana sea regulada por las razones divinas,* para lo cual es preciso, no sólo que el hombre crea las verdades reveladas por Dios, sino *que tema al mismo Dios y se someta á Él.*

No hay, pues, en el mundo mayor desdicha que ver desaparecer de las naciones y de los pueblos el temor de Dios; pues en cuanto á los individuos, dice el Espíritu Santo: «*Al Señor tu Dios temerás, y al Él solo servirás* (1)»; en cuanto á las familias, añade: «*Si no te mantuvieras firmemente en el temor del Señor, será presto arruinada tu casa* (2)»; y en cuanto á los pueblos, dice: «*Oye, pueblo necio, que no tienes corazón* (cordura ni entendimiento); *que teniendo ojos no veis; y teniendo orejas, no oís. Pues qué, ¿no me temeréis á mí, y á mi presencia no os arrepentiréis* (3)?

Es, por tanto, innegable que el temor de Dios es una necesidad imperiosa en todo el linaje humano, y en esta necesidad se fundaba el Apóstol para recordar á los fieles de Corinto, como leemos en nuestra Epístola, el temor de que se hallaba poseído su corazón, exhortándoles á vivir temerosos no sea que pecaran como sus padres, y no consiguieran entrar en la tierra de promisión, esto es, en el cielo. Veamos ahora algunas utilidades que proporciona á las almas el vivir siempre temerosas ante la triste posibilidad de ofender al Señor. Seré brevísimo.

(1) Dominum Deum tuum timebis, et illi soli servies. (Deuter., VI, 13.)

(2) Si non in timore Domini tenueris te instanter, cito subvertetur domus tua. (Eclesiástico, XXVII, 4.)

(3) Audi, popule stulte, qui non habes cor: qui habentes oculos non videtis: et aures et non auditis. Me ergo non timebitis, et a facie mea non dolebitis? (Jerem., V, 21.)

PUNTO 2.°

UTILIDADES DEL TEMOR DE DIOS

El santo rey David, divinamente inspirado, canta en uno de sus salmos que es en verdad feliz el hombre que teme á Dios. «*Bienaventurado*—dice—*el varón que teme al Señor; en sus mandamientos se complacerá mucho* (1).» *Beatus vir, qui timet Dominum.*

Le llama *Beato,* ó sea *Bienaventurado,* porque todos los bienes que puede desear el hombre, su deber, su dicha, su perfección y su fin, se encuentran en el *temor de Dios;* no ya por ser el *principio de la sabiduría,* como hemos probado antes, sino porque *temer á Dios y observar su ley es todo el hombre. (Hoc est omnis homo.)* (2). De donde infiere San Bernardo que si el temor de Dios es todo el hombre, sin dicho temor «*nada es el hombre* (3)». ¡Qué utilidad la del temor de Dios, que hace que el hombre sea hombre!

Pero añade á continuación el Real Profeta, que el que teme á Dios *se complacerá mucho en sus mandamientos. (In mandatis ejus volet nimis.)* Es decir, que tendrá una ardiente voluntad y deseo de cumplir perfectamente lo que el Señor mande; «*no ya* (expone San Crisóstomo) *por miedo del infierno, ni por las amenazas del castigo, ni por la promesa del cielo, sino por amor del que hizo los mandamientos*», por amor de Dios.

Es decir, que del temor se pasa al amor, y del apartamiento de lo malo á la ejecución de lo bueno; según aquella sentencia del Eclesiástico: «*El temor de Dios es el principio de su amor* (4).»

Con efecto así es; porque el hombre que teme á Dios está muy lejos de querer pecar, lejos de vulnerar la ley divina, lejos de la ambición, de la soberbia, de la avaricia, del odio al prójimo y de todo lo que pueda ser contrario á la voluntad de Dios; porque le impresiona y le cohibe el pensar que pierde la gloria y que cae en el infierno. Por eso, sin duda, el Espíritu Santo dijo: «*Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso* (5).»

Bienaventurado, sí, porque tiene un ojo puesto en el infierno y

---

(1) Beatus vir, qui timet Dominum: in mandatis ejus volet nimis. (Psal. CXI.)

(2) Deum time, et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo. (Eccles., XII, 13.)

(3) Ergo, absque hoc nihil est homo. (S. Bern., Serm. 20 in Cant.)

(4) Timor Dei initium dilectionis ejus. (Eccles., XXV, 16.) Mas debe unírsele un principio de fe.

(5) Beatus vir, qui semper est pavidus. (Prov., XXI, 24.)

otro en la gloria, y esto le contiene en sus concupiscencias: bienaventurado, porque el temor de la pena ahuyenta la culpa, ahuyentada la culpa viene la gracia y conservada la gracia recibe la gloria. Bienaventurado, porque la esperanza de la gloria engendra el amor, y donde obra el amor surge la dulzura, surge la felicidad, surge la complacencia en los mandatos divinos. *(In mandatis ejus volet nimis.)*

Nótese con cuánta sabiduría dice David: «*Volet*»—*Quiere;* porque el que teme á Dios, y le ama, y se complace en hacer lo bueno, cuando no puede realizarlo, bástale su buena voluntad, para ser premiado por Dios lo mismo que si lo realizara.—*Quiere—Volet,* y esto basta para granjearse gloria imperecedera.

Y añade el Santo la palabra «*Nimis*»—*Demasiado;* como diciendo: Propio es del hombre bueno querer obrar por amor de Dios más de lo que sus fuerzas alcanzan, y en ese caso frecuente, acontece que los que temen y aman al Señor, *son poderosos en su posteridad sobre la tierra. (Potens in terra erit semen ejus),* porque esta es la bendición que da el cielo al linaje de los justos.

Es, en suma, bienaventurado el hombre que teme á Dios, porque, como dijo Isaías y enseña la Iglesia, y repiten los Santos Padres y muestra la misma experiencia, *el temor del Señor constituye su tesoro* (1).

¿Qué tesoro es este? Oigamos la voz de Dios en las Sagradas Escrituras, y la voz de los Doctores de la Iglesia. Dicen así:

«*No te asustes, hijo mío*—exclama Tobías;—*es verdad que llevamos una vida pobre, pero seremos muy ricos si tememos á Dios.*» (IV, 23.)

«*Los que os temen, Señor, serán grandes en todo á vuestros ojos.*» (Judith, XVI, 19.) «*Dios prodiga su misericordia á los que le temen; su justicia se extiende de generación en generación.*» (Psalm. CII, 17.) «*Cumple el Señor la voluntad de los que andan en su santo temor, oye sus oraciones y asegura su salvación.*» (Psalm. CXLIV, 19.) «*¡Qué grandes son, Dios mío, los bienes que habéis reservado para los que os temen!* (2).»

Esto y muchísimo más dicen los libros sagrados; y por eso los Santos Padres, todos á una voz, recomiendan el temor del Señor con todo encarecimiento. Bástenos citar á San Juan Crisóstomo, quien en su Homilía XVII, *ad populum,* se expresa de esta manera:

(1) Timor Domini, ipse est thesaurus ejus. (Isai., XXXIII.)

(2) Quam magna multitudo dulcedinis tuae, Domine, quam abscondisti timentibus te! (Psalm. XXX, 20.)

«El temor de Dios nos hace firmes é inquebrantables; proporciona tal regocijo, que nos hacemos como insensibles á todos los males; pues temiendo á Dios como merece, y confiando en El, se adquiere el principio de la dicha y el manantial de toda alegría.» ¿Es posible imaginar tesoro mayor en el mundo?

Tal es, amados hermanos míos, la *naturaleza y necesidad* del temor de Dios, y tales los grandiosos *provechos* que á todos nos proporciona. Notad qué amorosa se muestra hoy nuestra Santa Madre Iglesia, proponiéndonos á todos *la Epístola del temor sagrado,* y cuán persuasivo se ostenta en ella San Pablo, recordando á los de Corinto el ejemplo de sus padres en el desierto, de los cuales solamente dos entraron en la tierra prometida; y al mismo tiempo repárese cómo nos alecciona á nosotros, diciéndonos que aquello aconteció en figura, para que andemos siempre vigilantes y temerosos en la presencia divina, y jamás osemos cometer el menor pecado.

Concluyo, pues, diciéndoos con el melifluo San Bernardo: «En verdad he aprendido que nada hay más eficaz para merecer la gracia, para retenerla y para recuperarla, que si en todo tiempo nos encontráremos delante de Dios, no con alta sabiduría mundana, sino con temor divino.» (Serm. 44, sup. Cant.)

Temamos á Dios y observemos sus mandamientos, porque esto es todo el hombre, y esto es lo que nos ha de dar paz y tranquilidad en la tierra y después la eterna ventura en el reino de los cielos. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el Domingo IX después de Pentecostés.

Sobre el temor de Dios. (Continuación.)

MADOS hermanos míos: Después que el Apóstol San Pablo hubo enumerado á los fieles de Corinto los grandiosos beneficios que recibió de Dios el pueblo de Israel, y la ingratitud de este pueblo, por la cual fué severamente castigado, añade que

todo eso *aconteció en figura del pueblo cristiano,* para que escarmentemos en cabeza ajena, y andemos en santo temor, y no le imitemos en sus maldades.—¿Cuáles fueron éstas? El mismo Apóstol las declara en la Epístola de hoy, diciendo:

Hermanos: «*No os hagáis idólatras como algunos de ellos lo fueron; pues se sentó el pueblo á comer y beber, y se levantaron á jugar.*» *(Esto es, á bailar y danzar, festejando el ídolo del becerro que habían fabricado.)—No seamos impuros, como algunos de ellos lo fueron, y murieron en un día veinte y tres mil.—No tentemos á Cristo, como algunos de ellos le tentaron, y fueron muertos por las serpientes.—No murmuréis, como murmuraron algunos de ellos, y los mató el Exterminador.—Todas estas cosas les acontecían á ellos en figura; mas fueron escritas para escarmiento nuestro; y así, el que piensa que está en pie, mire y no caiga... Más fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados más allá de vuestras fuerzas; antes hará que saquéis provecho de la misma tentación para que podáis perseverar.*» (I Corint., 7 á 13.)

Hermosísima lección es esta, amados míos, si queremos aprovecharla; bien quisiera detenerme en su explicacion, palabra por palabra, como ella reclama y nuestra utilidad exige; mas no siendo esto posible, me ceñiré á probaros que es preciso andar temerosos para no caer en las culpas mencionadas, pues no puede servirnos de excusa la violencia de las tentaciones. Dos, pues, serán los puntos de esta breve instrucción, á saber:

1.° Los motivos de nuestro temor.
2.° Que aun los varones santos deben temer.

PUNTO 1.°

MOTIVOS PARA TEMER Á DIOS

El gran Doctor de las gentes, divinamente inspirado, exhortó á los Filipenses, y con ellos á nosotros, diciendo que hemos de trabajar para obtener nuestra salvación, *con temor y estremecimiento (Cum metu et tremore);* y en esto nos prueba de una manera evidente que nadie, mientras viva en este mundo, se ha de considerar completamente seguro; verdad luminosa y de gran provecho; pues es cosa cierta que la seguridad es madre de la negligencia, y la negligencia engendra la ruina.

Y porque nadie ignore que el temor ha de ser á Dios y no á los

hombres, abre sus labios divinos Cristo nuestro Redentor, y dice: *Yo os mostraré á quién habéis de temer: temed á Aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder para arrojar al infierno. Así os digo: á Este temed* (1).

El temor, pues, ha de ser á Dios, y solamente á Dios, porque fuera de El nadie puede condenarnos. Solamente á El, porque es el único *invencible* por su omnipotencia (Job, IX, 4); solamente á El, porque es el único *infalible* por su omnisciencia (Jerem., XVII, 10); solamente á El, porque es el único *inflexible* por su justicia, y el único que no admite corrupción en sus decretos. Es, pues, necesario que obremos nuestra salvación temiendo á Dios. *(Eum timete.)* Es necesario que temamos á Dios *por lo pasado;* es necesario que temamos á Dios *por lo presente;* es necesario que temamos á Dios *por lo futuro.* Por todos estos tiempos es necesario que temamos al Señor. ¿Cuáles son los motivos? Oidme con atención, porque es asunto que interesa.

Lo pasado.—¿Qué hombre hay en el mundo que durante todo el transcurso de su vida no haya caído en algún pecado? ¿Quién podrá gloriarse de haber permanecido siempre puro y limpio en su conciencia? (2). ¿Quién alcanzará á comprender todos los extravíos de su corazón en el tiempo pasado? *(Delicta quis intelligit?*—Psalmo XVIII, 13.) ¡Oh! ¡Cuántas ofensas habremos hecho á Dios sin que las hayamos comprendido! Todos, pues, hemos sido pecadores, y nada más natural que temamos por los pecados cometidos.

Es verdad, se dirá que he cometido culpas en mi vida pasada; pero ya me he arrepentido y las he confesado; ¿por qué he de temer?—¡Oh! Has de temer, pecador, cuando menos, *por la pena* que por ellas tienes merecida. ¿Te parece poco padecer años y años, ó tal vez siglos, en las llamas abrasadoras del Purgatorio? Tienes seguridad de que has pecado; pero, ¿tienes igual seguridad de que el Señor te ha perdonado toda la pena que mereces? Aun cuando hayas hecho grande penitencia, ¿sabes tú que ha sido suficiente para extinguir todo el fuego del Purgatorio que merecías?

«El Señor—dijo San Gregorio—no deja ningún pecado sin castigo; porque ó satisfacemos ahora por ellos llorando, ó Dios los reserva para castigarlos en su juicio.» (De Charit.) Y por eso está es-

---

(1) Ostendam autem vobis quem timeatis: timete eum, qui postquam occiderit, habet potestatem mittere in gehennam. Ita dico vobis, hunc timete. (Luc., XII, 5.)

(2) Quis potest dicere: Mundum est cor meum, purus sum a peccato? (Prov., XX, 9.)

crito en las sagradas páginas: «*Aun del pecado perdonado no has de estar sin miedo* (1).»

Lo presente.—Y si es preciso temer por lo pasado, ¿qué diremos por lo presente? Innumerables son las razones que nos obligan á estar siempre temerosos:

1.ª La incertidumbre en que nos encontramos del estado de nuestra alma. Es cierto que el hombre, especialmente si es piadoso, puede tener una ciencia conjetural de que en verdad se halla en gracia de Dios, y esto le proporciona grande consuelo; mas, ¿basta esto para que su corazón se encuentre exento de todo temor? No, de ninguna manera; porque, según leemos en el sagrado libro del Eclesiástico, *el hombre no sabe* (con certeza de fe) *si es digno de amor ó de odio* (2), y sólo esta idea es bastante para hacerle temer y temblar. «¡Ah Señor!—decía San Pablo:—de nada me arguye mi conciencia; mas no por eso me considero justificado; porque Dios es el que juzga con verdad y certeza de mí (3).

Lo cual es como si dijera: «Si Dios encontró manchas hasta en los ángeles que crió para que fuesen sus ministros (Job, VII, 18), ¿cuánto más encontrará en mí, hombre flaco, que llevo un cuerpo de barro corruptible, que agobia mi alma hacia la tierra?» Y si estos sentimientos abrigaba en su corazón el Apóstol, ¿quién tendrá la osadía de juzgarse irreprensible? ¿Quién, obrando en cordura, estará sin temor? (4).

2.ª Pero no es esto lo peor en el tiempo presente, sino el que, aun estando en gracia, podemos caer; y esto es, cabalmente, lo que San Pablo nos hace notar en la Epístola de este día, diciendo: «*El que juzgue que está en pie, mire y no caiga.*» *(Qui se existimat stare, videat ne cadat.)* ¡Qué advertencia!

Había el Apóstol enumerado los grandiosos beneficios que el Señor hizo al Pueblo Hebreo en el desierto, y las tremendas caídas que allí dieron, y para que á todos nos sirva de escarmiento y nunca estemos sin temor santo, saca la conclusión y dice: «El hombre que juzgue que está en gracia de Dios, atienda bien á sí mismo, y tema, no sea que se precipite en la culpa. Los Hebreos, estando de pie, cayeron desastrosamente, y nosotros no hemos de presumir ser más que ellos. No hay—dijo San Agustín—pecado

---

(1) De propitiato peccato, noli esse sine metu. (Eccles., V, 5.)

(2) Nescit homo utrum amore, an odio dignus sit. (Eccles., IX, 1.)

(3) Nihil in me conscius sum; sed non in hoc justificatus sum: qui autem judicat me, Dominus est. (I Corint., IV, 4.)

(4) S. Gregorio en sus *Morales*, lib. XVII.

cometido por otro hombre que no podamos cometer nosotros, si el Señor nos deja de su mano.» *(De Charit.)*

Lo futuro.—Por último, hemos de temer por lo futuro. ¿Quién no teme ignorando el momento de la muerte, y hasta cómo hemos de morir? ¿Quién no teme recordando que nos aguarda el juicio terrible del Señor? ¡Ah, Señor! dijo David: «*No entres en juicio con tu siervo; porque ningún viviente será justificado en tu presencia* (1).»

Luego, sin detenernos á más, es una necesidad imprescindible de nuestro corazón cristiano el temor de Dios; ya consideremos el tiempo *pasado*, ya el *presente*, ya el *futuro*. Mas como por la misericordia de Dios, hay en el mundo muchas almas santas, se pregunta: Y estas almas privilegiadas ¿también han de temer?—Sí, amados míos; y esto es lo que ahora me resta explicaros, para que no se descuiden, ni caigan en presunción.

PUNTO 2.°

AUN LOS SANTOS HAN DE TEMER Á DIOS

Grande yerro sería en las almas buenas dejar de temer á Dios, por considerarse amigas de El y encumbradas á lo más alto de la perfección cristiana. Clarísimamente lo expresa el Kempis, por estas palabras: «*La seguridad de los Santos siempre estuvo llena del temor divino. Ni por eso fueron menos solícitos y humildes en sí, aunque resplandecían en grandes virtudes y gracias. Nunca te tengas por seguro en esta vida, aunque parezcas buen religioso ó devoto ermitaño*. (Lib. 1.°, cap. XX, núm. 3.)

De esta manera, amados míos, han obrado los Santos en todo tiempo. ¿En qué se apoya esta fundamental doctrina? Oigamos á San Buenaventura, que lo declara brevemente por estas palabras: «Todo hombre perfecto debe temer por tres razones: 1.ª Por los pecados ocultos. *(Delicta, quis intelligit?)* Señor, ¿quién entenderá los pecados? 2.ª Por la insuficiencia de los trabajos para merecer el cielo, recordando aquello de San Pablo: «*Entiendo que no ofrecen comparación los trabajos de esta vida con la gloria venidera que se manifestará en nosotros.*» (Romanos, VIII, 18.) 3.ª Por la ruina futura; esto es, por la posibilidad de caer. «*El que juzgue que está en pie, mire y no caiga* (2).»

(1) Non intres in judicium cum servo tuo, Domine, quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens. (Psal. CXLII, 2.)

(2) S. Bonav., in Psal. II.

Verdaderamente así es, y no debe olvidarse; porque siendo la vida del hombre sobre la tierra una batalla continua (1), no puede ser que falte el temor, y á la manera que en tiempo de guerra no deben dormir tranquilos los militares; así también en las batallas continuas que las almas santas tienen por necesidad que sostener contra el mundo, demonio y carne, no debe faltar *el temor de Dios,* que las impida dormirse espiritualmente y caer en poder de tales enemigos, por la complacencia, ó el consentimiento, que por eso ha dicho el Espíritu Santo, lo mismo á los buenos que á los malos: «*Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso.*» *(Beatus homo, qui semper est pavidus.)*

Es más; ni aun en tiempo de paz ha de faltar de las almas buenas *el temor de Dios,* como centinela vigilante; pues así se hace en los reinos bien ordenados, donde por mucha paz que haya nunca faltan tropas de guarnición en las plazas y en los cuarteles, y centinelas cuidadosos, para que al menor peligro den la voz de *¡Alerta!* y pregunten: *¿Quién vive?*

Y si tales precauciones se toman en lo material, que vale menos, ¿qué diremos en lo espiritual, que vale más? De los incautos dijo el Apóstol: «*Cuando dijeren paz y seguridad, entonces les sobrecogerá una muerte repentina*» (Thessal., V, 3), y he aquí por qué es bellísima sentencia aquella del Eclesiastés: «*El que teme á Dios nada descuida.*» *(Qui timet Deum, nihil negligit.* Eccles., VII, 19.)

Tenemos, pues, en consecuencia, que aun las almas santas han de estar siempre temerosas y vigilantes, pues, como leemos en el Kempis (Lib. III, cap. XIV), «*No hay santidad estable, si tú, Señor, apartas tu mano... Ninguna propia guarda aprovecha, si nos falta tu santa vigilancia, porque en dejándonos, luego nos vamos á fondo y perecemos.*»

Esta es la historia de nuestro pobre corazón y de la vida esencialmente cristiana; esto es lo que hoy nos inculca el Apóstol diciendo en la Epístola, que *quien esté en pie, mire y no caiga,* esto es lo que vienen repitiendo los santos de generación en generación hasta nuestros días; y esto lo que yo me propuse explicaros para guía de vuestras almas.

Bienaventurado eres ¡oh cristiano!, si tu corazón se encontrare lleno de un triple temor, á saber: temor por la gracia recibida, más temor por la gracia perdida, mucho más temor por la gracia que

(1) Militia est vita hominis super terram. (Job, VII, 1.)

se ha de recuperar. Teme cuando recibieres la gracia santificante, teme cuando la perdieres, y teme cuando la recobrares. Cuando la recibieres, teme, no sea que la conserves ociosa, según aquella amonestación del Apóstol: «*Reparad, no sea que recibáis en vano la gracia de Dios.*»

Si la gracia se apartare de ti, teme mucho más; porque allí donde te falte la gracia, allí mismo faltas tú. Sobre todo, teme cuando no te apresuras á recobrar la gracia, porque entonces te falta tu custodia, y caerás desastrosamente. En una palabra, teme á Dios en todo tiempo, y de lo íntimo de tu corazón, pues si temieres al Señor plena y perfectamente, recibirás en premio el sabor de la caridad, y con la caridad á Dios y á todos los bienes. ¡Oh temor santo de Dios! ¡cuántos beneficios produces!

¡Bienaventurado el hombre que teme á Dios! ya porque el temor de Dios expele todo pecado; ya porque el temor es el principio del amor y sin él nadie puede ser justificado (Eccles., I, 27); ya porque el Señor hace la voluntad de los que les temen (Psal. CXLIV, 91); ya porque á los que temen á Dios no le ocurren males; ya porque el mismo Dios los favorece en sus tentaciones (Eccles., XXXIII, 1); ya porque recibirán la bendición del Señor en los últimos instantes de su vida (Eccles., V, 13); ya, finalmente, porque *el temor de Dios es un paraíso de bendición* (Eccles., XL, 28).

Hermanos míos carísimos: atended, yo os ruego, á la mente del Apóstol en la Epístola de este día. Atended cómo exhorta á los fieles de Corinto, y con ellos á todos los cristianos, para que caminemos en temor santo de Dios, poniendo por ejemplo los hebreos, ingratos al Señor, cuyo castigo es amonestación y enseñanza para los fieles de Cristo. Atended cómo las penas impuestas por el Señor á aquel pueblo rebelde, no fueron otra cosa que figuras ó tenues lineamentos de las terribles que nos aguardan á nosotros, si nos apartamos del temor de Dios. Atended que de seiscientos mil Israelitas que transitaron por el desierto, colmados de beneficios divinos, sólo entraron en la tierra de promisión dos, Josué y Caleb; y que esto aconteció para enseñanza nuestra, para que aprendamos á temer á Dios, para que andemos vigilantes y oremos, y negociemos nuestra salvación con miedo y estremecimiento. Atended que son innumerables los motivos que nos están como dando voces para que temblemos delante de Dios ante la posibilidad de ofenderle. Atended que aun las almas más santas se ven en la imprescindible necesidad de temer á Dios, tanto más cuanto mayores fueren los dones recibidos. Atended que el que teme al Señor tendrá en su

casa gloria y riquezas, y su justicia subsistirá por los siglos de los siglos (1). Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo X después de Pentecostés.

De los dones de Dios á los hombres.



AMADOS hermanos míos: El fin que la Iglesia nuestra Madre se propone en la Epístola de la presente Dominica, es darnos á conocer los dones gratuitos que el Señor otorgó á los fieles cristianos en la naciente Iglesia, y el abuso que ellos hicieron, á fin de que nosotros, aleccionados con aquel ejemplo, abramos los ojos del entendimiento, y comprendamos que somos aún peores que ellos por nuestra ingratitud y olvido de Dios. Oigamos cómo se expresa el grande Apóstol escribiendo á los fieles de Corinto. Dice así:

«*Hermanos: Sabéis que cuando erais gentiles os dejabais llevar de los ídolos mudos (esto es, de las instigaciones del diablo); por tanto, os hago saber que ninguno que habla por Espíritu de Dios dice anatema á Jesús; y que nadie puede decir Señor Jesús sino por el Espíritu Santo. Hay repartimiento de gracias; mas uno mismo es el Espíritu. Hay repartimiento de ministerios; mas uno mismo es el Señor. Hay repartimiento de operaciones; mas uno mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos. Y los dones del Espíritu Santo que se manifiestan en lo exterior son dados á cada uno para utilidad* (de la Iglesia). *Uno recibe el don de hablar con sabiduría; otro el don de hablar con ciencia; otro la fe* (ó sea, gran confianza en Dios); *otro gracia de curar los enfermos; otro el don de milagros; otro el de profecía; otro el de discreción de espíritus; otro el don de lenguas; otro el de interpretarlas; mas todas estas gracias son obradas por un solo y único Espíritu, repartiendo á cada uno según le place.*» (I Corint., XII, 2 al 11.)

(1) Gloria et divitiae in domo ejus; justitia ejus manet in saeculum saeculi. (Psal. CXI, 3.)

Tal es la Epístola de hoy, amados míos, y como ella especifica algunos de los innumerables beneficios de Dios hechos á los cristianos, intento mostraros ahora dos cosas:

1.ª La importancia de los dones de Dios á los hombres.
2.ª Su variedad y su número.

PUNTO 1.º

IMPORTANCIA DE LOS DONES DE DIOS

Dios nuestro Señor, carísimos hermanos, es la bondad por esencia y bondad infinita; su oficio propio es comunicarnos sus perfecciones divinas, ó sea hacernos todo el bien posible, según nuestra naturaleza y las disposiciones de nuestro espíritu para recibirle. San Pablo le llama *Padre de las misericordias* (1), porque no cesa un punto de derramarlas en nosotros, y porque su naturaleza es causa y origen del bien. Todo lo bueno que se halla en nosotros de Él viene, y somos de tal condición que sin Él nada podemos hacer. «*Sine me nihil potestis facere.*»

Pues bien; el Apóstol, cimentado en esta verdad, comienza nuestra Epístola indicando la necesidad que tenemos de la gracia de Dios, tanto para evitar lo malo como para hacer lo bueno. «*Antes* (dice á los de Corinto) *erais gentiles y os dejabais llevar de los ídolos mudos. Por tanto, os hago saber que ninguno que habla por Espíritu de Dios dice anatema á Jesús, y que nadie puede decir Señor Jesús sino por el Espíritu Santo.*»

¡Hermosa advertencia para todos aquellos que se olvidan de lo que han sido y de la gracia insigne que el Señor les ha otorgado al llamarlos al cristianismo! Todos hemos nacido en pecado, hijos de ira, esclavos del demonio y con el alma muerta por la culpa original. ¿Qué hubiera sido de nosotros si el Señor no nos hubiera hecho la gracia de nacer de padres cristianos, y de haber sido bautizados, amamantados y educados por nuestra santa Madre la Iglesia? ¡Oh! indudablemente seríamos tal vez peores que aquellos pueblos gentiles, adoradores de los ídolos, ó sea de las estatuas mudas que ellos mismos se habían forjado, considerándolas en sí mismas como divinidades verdaderas; tributaríamos culto y adoración á los falsos dioses hechos por nuestras propias manos; desconoceríamos la

(1) Pater misericordiarum. (II Corint., I, 3.)

persona augusta, excelsa y adorable de Nuestro Señor Jesucristo; quizá tendríamos odio y aborrecimiento á su divino nombre; caminaríamos ciegos por las ignominiosas tinieblas del paganismo, y por consiguiente, seríamos esclavos de nuestras pasiones, del pecado y del infierno. ¡Cuántas gracias tenemos que dar á Dios por habernos librado de tan espantosa y terrible desdicha!

Estábamos, amados míos, en la cautividad del demonio, y el Verbo de Dios, Dios mismo, vino á visitarnos y á ofrecernos su gracia, con la cual quedaron rotas nuestras cadenas, y descorrido el velo de nuestros errores, y fuimos iluminados en nuestro espíritu, y hechos hijos de Dios y herederos de su Reino. «*Nadie* — añade San Pablo — *que hable por Espíritu del Señor dice anatema á Jesús.*» Es decir, nadie que haya sido iluminado con los eternos fulgores del Verbo en el Santo Bautismo, y que conserve en su alma el Espíritu de Dios puede hablar impíamente contra su divina persona, ni contra su moral inefable, ni contra los deberes de justicia y de caridad que su sacrosanta Religión impone. *(Nemo in Espiritu Dei loquens dicit anathema Jesus.)* Si hay cristianos apóstatas que blasfeman de Jesucristo es porque antes han arrojado de sí su divino Espíritu.

«Pero es más — añade el mismo Apóstol; — *ninguno puede decir Señor Jesús sino por el Espíritu Santo.*» (Vers 3.) Esto es; ninguno puede decir *Señor Jesús* con afecto piadoso del corazón, cual conviene para salvarse, ni creer y confesar que Él es nuestro Dios y Señor á no ser movido por el Espíritu de Dios; porque la fe, la esperanza y la caridad proceden del Espíritu del Altísimo y no de otra parte.

Por consiguiente, es regla fácil y segura para conocer con qué espíritu hablan los hombres, atender á cómo se expresan acerca de Jesús. Si se les ve que en sus conversaciones hablan pronta y constantemente y con veneración del divino Salvador, confesando que es *es Hijo de Dios vivo*, Redentor del humano linaje, y por consecuencia, Rey de reyes y Señor de los señores, á quien se debe entera y pronta obediencia, entonces no se puede dudar, hablan con buen espíritu y sus labios son movidos por el Espíritu Santo.

Si, por el contrario, se nota que en sus palabras ó en sus escritos traen y llevan el nombre de Jesús con poca reverencia, ó que le elogian considerándole sólo como un gran filósofo, como un gran sabio y no como Dios verdadero; tales hombres, aunque expresamente no le execren ni blasfemen, son perversos y su espíritu es maligno; hablan movidos de Satanás; porque á Cristo nuestro Se-

ñor se le ha de considerar siempre *como Hijo de Dios, como Dios y hombre verdadero,* como mediador entre Dios y los hombres, como Señor de cuanto tiene ser, como Redentor y Salvador del mundo, como fundamento único de la única verdadera Religión, sin que pueda ponerse otro fundamento, como expresa el mismo Apóstol en el cap. III y verso 12 de esta misma Epístola.

Reparad bien, cristianos míos, cuál sea vuestro espíritu, si es el Espíritu de Dios, ó el espíritu maligno; reparad cuál sea el espíritu de las personas que os rodeen, para huir de todo el que no hable y obre según el Espíritu del Señor; reparad que antes del Bautismo éramos esclavos de Satanás, y que después hemos recibido el Espíritu Santo en las aguas bautismales; reparad que desde entonces fuimos hechos templos vivos de Dios, templos fundados en Cristo nuestro Señor, templos en los cuales se complace en morar el Espíritu Consolador; reparad que este es un don sobre todo don, fuente de todos los dones, que por diversos modos y para diversos fines otorga el Señor benigno á todos los cristianos, según su divino beneplácito, además de aquellos auxilios, gracias y luces particulares que todos habemos menester para salir triunfantes de los enemigos de nuestra alma que se levantan sin cesar para perdernos.

Es decir, que teniendo por fundamento el Bautismo, Dios nuestro Señor reparte benigno dones especiales á cada uno de los cristianos, gracias *gratis datas,* encaminadas al bien de los demás fieles de la Iglesia, sin que ninguno pueda gloriarse en ello, porque todo don perfecto viene de Dios, que es el que *obra todas las cosas en todos y para bien de todos.* Esto es lo que denota San Pablo en lo restante de nuestra Epístola, como ahora os diré. Ruégoos, amados míos, que fijéis bien en ello vuestra atención; seré compendioso y breve.

PUNTO 2.°

VARIEDAD DE LAS GRACIAS DIVINAS

«*Hay* — dice el Santo Apóstol — *muchas especies de gracias.*» — (*Divisiones gratiarum sunt.* Verso 4.)

Hay gracias *habituales* y gracias *actuales.*

Gracias *de entendimiento* y gracias *de voluntad.*

Gracias *prevenientes* y gracias *subsiguientes.*

Gracias *suficientes* y gracias *eficaces.*

Gracias *interiores* y gracias *exteriores.*

Gracias *personales* y gracias *comunes.*

¡Cuántas gracias! ¡Cuántas misericordias de Dios! ¡Cuántos medios para salvarnos! (1).

Llámase primeramente GRACIA HABITUAL, Ó SANTIFICANTE, á *cierto hábito ó cualidad sobrenatural infundida por Dios en el alma, y que en realidad la justifica, haciéndola al mismo tiempo amiga suya, hija adoptiva y heredera del cielo*. Esta es la gracia de las gracias, y mediante ella recibe el alma otras muchas también habituales y sobremanera valiosas, á saber: las virtudes sobrenaturales de la fe, de la esperanza, de la caridad y otras innumerables que acompañan á la justificación; los siete dones del Espíritu Santo y las ocho bienaventuranzas de donde proceden tantos y tan hermosos frutos espirituales. Y llámanse habituales estas gracias, ya por que residen en el alma á manera de hábito ó cualidades, ya por que son consecuencia de la habitual y permanente morada de las tres divinas personas de la Santísima Trinidad en el alma del justo.

A todo esto, con ser tan sublime y magnífico, añade el Señor otras gracias llamadas ACTUALES, que consisten en ciertos auxilios sobrenaturales, propios para excitar y mover el alma á la práctica de las virtudes cristianas.

Hay, por lo tanto, gracias *de entendimiento,* las cuales disipan nuestras tinieblas, aclaran nuestras dudas y nos hacen ver nuestros deberes para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos.

Hay gracias *de voluntad,* que la excitan y mueven y ayudan á cumplir los deberes que la razón, ilustrada por la fe y por la luz divina, impone.

Hay gracias *prevenientes,* llamadas así, porque son ciertos toques interiores y secretos, ó ciertas pías mociones que nos previenen inspirándonos el pensamiento del bien y el deseo de hacerle.

Hay gracias *subsiguientes,* es decir, que vienen en pos de las primeras, y que nos sostienen en la práctica del bien, impulsándonos además á dar gracias á Dios, porque nos ha dado su auxilio para hacerle.

Hay gracias *suficientes,* con las cuales puede realmente el hombre evitar lo malo y practicar lo bueno, de tal suerte, que cuando pecamos es por culpa nuestra, y nunca porque nos haya faltado este auxilio del Señor; porque *Dios es fiel y jamás permite*

---

(1) La gracia en general la define Santo Tomás, diciendo: «Est qualitas quaedam supernaturalis, qua anima ad consequendam beatitudinem supernaturalem promovetur.» (1.ª 2.ae q. 110, art. 2.)

que seamos tentados más allá de lo que alcanzan nuestras fuerzas, y cuando manda una cosa siempre da su auxilio para hacerla.

Hay gracias *eficaces,* y son aquellas con las cuales, cooperando nosotros, se consigue el efecto para que nos fueron dadas.

Hay gracias *interiores,* y á este orden pertenecen todas las que os acabo de indicar; y hay gracias *exteriores,* que son los Sacramentos, la ley, la predicación, el buen ejemplo, la educación cristiana, una enfermedad ó una muerte repentina, que nos impresionan fuertemente, haciéndonos conocer la vanidad de las cosas terrenas y su insignificancia en comparación de las celestiales y eternas.

Hay gracias *personales,* que nos las otorga el Señor para obtener nuestra propia santificación; pero hay otras *comunes,* que llaman *gratis datas,* porque primariamente se ordenan á la utilidad de los demás, como por ejemplo, el don de anunciar bien la palabra de Dios.

Pues bien; todas estas diferentes gracias proceden de Dios nuestro Señor; y se atribuyen al Espíritu Santo, porque ellas son los efectos del amor divino para con nosotros, y sabido es que el Espíritu Santo es esencialmente amor purísimo, santísimo y divinísimo. Y ahora se comprenderá bien por qué dijo el Apóstol en la Epístola de este día: «*Hay diversidad de gracias, mas uno mismo es el Espíritu.*» *(Divisiones gratiarum sunt, idem autem Spiritus.)*

Pero añade San Pablo que en la Iglesia de Jesucristo *hay también muchas clases de ministerios. (Et divisiones ministrationum sunt.)* Y esto es evidente, porque en este cuerpo místico del Salvador, llamado Iglesia, unos fieles hacen oficio de ojo, otros de oido, éstos de manos, aquéllos de pies. En él unos son Obispos, otros Sacerdotes, otros Doctores, otros predicadores... *mas uno mismo es el Señor (Idem autem Dominus.)*

De igual manera—continúa el Apóstol—*hay repartimiento de operaciones; mas uno mismo es el Dios, que obra todas las cosas en todos.* Es decir, que en la Iglesia del Señor hay diversidad en el poder y virtud de obrar cosas grandes y maravillosas; pues unos fieles tienen gracia para enseñar la doctrina, otros para curar enfermos, otros para convertir los pecadores... mas sólo Dios es el que da á todos este poder y virtud, y el que lo obra todo por medio de sus ministros. *(Idem vero Deus, qui operatur omnia in omnibus.)*

Esto es, en resumen, lo que el gran Doctor de las gentes trata de inculcar á los fieles en la Epístola de la presente Dominica para que nadie se ensoberbezca; pero insistiendo siempre en que todas

las gracias dichas son obradas en los hombres *por un solo y único Espíritu, por el Espíritu Santo, que las reparte á cada uno según le place. (Dividens singulis prout vult.)*

Por consiguiente, no hay gracias, ni ministerios, ni operaciones que no vengan de Dios; toda gracia excelente y todo don perfecto vienen de lo alto, y descienden del Padre de las luces. Y así, todo cuanto somos, tenemos, podemos y valemos lo hemos recibido de Dios, y á Él se le debe la gloria y el honor, y ¡cosa admirable! su divina bondad sólo exige de nosotros que cooperemos á sus dones para nuestro bien, que no recibamos en vano sus gracias divinas, que no pongamos obstáculos á sus misericordias; en una palabra, que seamos agradecidos y que le paguemos amor por amor. No puede exigirnos menos, ni tampoco favorecernos más.

No olvidemos, pues, nunca que Dios es el Soberano y único autor de cuantos bienes hay en nosotros. Dios Padre nuestro, eterno y misericordioso, fuente de la santidad y de la omnipotencia, quien con su presencia íntima en nosotros, y con la virtud y eficacia que nos comunica, obra en nosotros, con nosotros y por nosotros todo cuanto bueno y sobrenatural realizamos en esta vida. No tiene, por tanto, el hombre de qué envanecerse ni de qué gloriarse, porque al practicar las virtudes obra impulsado por ajena fuerza, si bien voluntaria y libremente para que sean meritorias. Tampoco tiene por qué ensoberbecerse y considerarse más que otros, porque cada cual posee lo que Dios le da, y en su divina presencia no es más el que tiene más, ni menos el que tiene menos, sino que cada cual será valuado en la balanza divina por el bueno ó mal uso que haya hecho de los dones de Dios, grandes ó pequeños, que esto no hace al caso.

Por consecuencia, todos debemos estar contentos con lo que Dios, en su divina bondad y presciencia, se ha dignado darnos, esmerándonos en negociar con los talentos recibidos para promover su gloria, para el bien de la Iglesia y para nuestra eterna salud. Al que Dios le haya dado más, le obliga corresponder con más; al que menos, con menos; pero á todos, sumisos á Dios nuestro Señor, dador sapientísimo de todos los bienes, nos incumbe *rendirle continuas gracias*, y *alabarle* y *amarle* y *adorarle* con todas las fuerzas de nuestro corazón, y por todo el tiempo de nuestra vida, segurísimos de que en recompensa habremos de ser luego galardonados con premio eterno en el cielo. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo X después de Pentecostés.

Bondad de Dios y olvido de los hombres.

HERMANOS—dijo San Pablo á los fieles de Corinto en la Epístola de este día—*os hago saber que nadie puede decir* SEÑOR JESÚS *sino por el Espíritu Santo, y que hay repartimiento de gracias, y de ministerios, y de operaciones; mas uno mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos. Y los dones del Espíritu Santo que se manifiestan en lo exterior son dados á cada uno para utilidad de la Iglesia. Uno recibe el don de hablar con sabiduría; otro el de hablar con ciencia; otro la fe; otro gracia de curar los enfermos; otro don de milagros; otro el de profecía; otro el de discreción de espíritus; otro el de lenguas; otro el de interpretarlas; mas todas estas gracias son obradas por un solo y único Espíritu, repartiendo á cada uno según le place.»* (I Corint., XII, 3 al 11.)

Dos cosas, amados míos, sobresalen en esta Epístola: una la bondad infinita de Dios repartiendo bienes asombrosos á los hombres; otra el olvido de los hombres, después de haberlos recibido, cayendo en soberbia y en envidia de sus semejantes. Estas dos cosas trataba San Pablo de mostrar á los fieles de Corinto, y las mismas intento yo declarar ahora, para que nosotros no caigamos en tan abominables pecados. Os explicaré, pues, brevemente:

1.° **Las bondades de Dios para con nosotros.**
2.° **Cómo nosotros nos olvidamos de ellas.**

PUNTO 1.°

BONDAD DE DIOS PARA CON LOS HOMBRES

No es posible, cristianos, encarecer con palabras las bondades infinitas de Dios para con nosotros. No hablemos ya de la *Creación*

sacándonos de la nada, ni de la *Redención*, librándonos del pecado y de la muerte eterna, ni de la *Eucaristía*, quedándose con nosotros para servirnos de alimento espiritual á nuestras almas y unirnos íntimamente á su corazón divino, sino que basta recordar los inmensos favores, *los dones* inefables y las gracias extraordinarias con que de continuo está enriqueciendo nuestro espíritu, para que podamos obrar lo bueno y salvarnos.

Nosotros, por nuestra parte, nada podemos en orden á la eterna bienaventuranza, mas con Dios lo podemos todo, y Él nos ayuda benigno, colocándose, digámoslo así, á la puerta de nuestro corazón solicitando la entrada para fortalecernos y comunicarnos su poder infinito. «*He aquí* — dice el Señor en el Apocalipsis — *que estoy á la puerta y llamo. Si alguno me oye y abre la puerta, entraré en su casa, y cenaré con él y él conmigo* (1).» ¡Oh bondad inaudita de Dios!

Una sola cosa, notadlo bien, exige el Señor de nosotros, y es *que le abramos la puerta de nuestro corazón* con la llave de nuestra propia voluntad. Quiere que no le estorbemos la entrada resistiendo á sus gracias, y á esto cabalmente se encamina el Apóstol cuando en la Epístola de este día dice: «*Os hago saber, hermanos, que nadie puede decir* SEÑOR JESÚS *sino por el Espíritu Santo; mas hay repartimiento de gracias, y de ministerios y de operaciones... Uno mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos.*»

Es decir, que estamos en la mayor pobreza espiritual imaginable; pero que Dios nuestro Señor derrama sobre nosotros gracias tan copiosas y tan eficaces que todo lo podemos, cual si nos hallásemos revestidos de la omnipotencia divina. ¡Cuánta bondad y cuánta misericordia por parte de Dios!

¿Cómo se puede todo con la gracia del Señor? No es posible declararlo aquí; sólo os diré con el gran Padre San Agustín que «Dios para excitar nuestro querer, comienza á obrar en nosotros; y cuando ya tenemos voluntad de obrar, es nuestro colaborador para concluir su obra. El nos advierte para que sanemos, y nos acompaña obrando para que hagamos buen uso de la salud espiritual que nos ha dado. El nos previene para que seamos llamados, y luego continúa ayudándonos para que seamos glorificados. El nos excita é impulsa para hacernos vivir en la piedad, y después prosigue con

---

(1) Ecce sto ad ostium, et pulso: si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi januam, intrabo ad illum, et cenabo cum illo, et ipse mecum. (Apocal., III, 20.)

nosotros para que merezcamos la vida eterna (1). ¡Y sin embargo, los hombres apenas nos acordamos de esto!

¡Qué dignación y qué amor por parte de Dios, amados míos! El obra en nosotros y con nosotros; pero de tal suerte, que nuestras obras buenas más bien son suyas que nuestras; que por eso dijo el Apóstol: «*Obro yo, pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo.*» (I Corint., XV, 10.) Y por eso repite en la Epístola de hoy: «*Hay repartimiento de operaciones, mas uno mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos.*» Es decir, que sólo Dios es el que da á todos los cristianos el poder y virtud para hacer lo bueno, y que principalmente El es el que lo obra todo en nosotros por medio de sus ministros, ó del modo que á El le place. En nosotros únicamente está la cooperación libre, y por tanto, meritoria.

Notad, amados míos, cuán sublime y encantador es esto que vamos diciendo. Dios Padre amó tanto á los hombres, que para redimirlos les dió á su eterno y único Hijo (2). Dios Hijo prosiguió en ese amor de tal suerte, que se hizo como uno de nosotros para que nosotros seamos como una sola cosa con El. «Se encarnó para espiritualizarnos; se humilló para elevarnos; salió, por decirlo así, del seno del Padre para hacernos entrar en el Padre; se hizo visible para manifestarnos las cosas invisibles; fué flagelado y llagado para curar nuestras llagas; sufrió los oprobios para librarnos de la afrenta eterna; murió para darnos vida.» (S. Gregor., Serm. in Nativit.) ¡Cuánto amor!

Y como si esto no bastara, Dios Espíritu Santo fué enviado á nosotros por el Padre y por el Hijo para que morara de asiento en nuestros corazones; para que nos enriqueciera con sus dádivas, con sus gracias y con sus frutos; y para que nos endiosara, cuanto es posible á humanas criaturas. Decidme, amados míos; al considerar esto, ¿no es cosa de volverse locos en agradecimiento y amor á Dios?

He aquí por qué dijo San Pablo que «*la gracia de Dios Salvador nuestro ha iluminado á todos los hombres, enseñándonos que, renunciando á la impiedad y á los deseos de la tierra, vivamos sobria, justa y religiosamente en este siglo*». (Tit. III, 4-5.) He aquí por qué, como leemos en la Epístola de hoy, repartió el Señor sus gracias, y los ministerios, y las operaciones, y la manifestación de su Espíritu en los fieles, para utilidad de toda la Iglesia. *(Unicuique datur manifestatio Spiritus ad utilitatem.)*

(1) Ut cum illo semper vivamus. (S. Agust. *De gratia et liber. arbitr.*)

(2) Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (Joann., III, 16.)

¿Qué más, amados míos? ¡Ah! Sería cuestión de nunca acabar si intentáramos recorrer las infinitas bondades de Dios para con nosotros; y por lo mismo, al vernos colmados de gracias, de dones y de misericordias divinas, sólo resta que, elevando nuestro corazón al Cielo digamos con David: «¡Oh hombres! ¡Oh pueblos! ¡Oh naciones! *Alabemos al Señor porque es bueno, y porque su misericordia dura eternamente.*» (*Confitemini Domino, quoniam bonus, quoniam in saeculum misericordia ejus.*)

Sólo resta que, llenos de admiración y de agradecimiento, exclamemos con San Agustín: «¡Oh, cuán bueno sois, Dios omnipotente, que cuidáis de cada uno de nosotros como si no tuvieseis que cuidar más que de un solo hombre, y cuidáis de todos los hombres juntos como si no formasen más que uno solo!» (*Confes.*, lib. III, cap. XI.) Sólo resta que no olvidemos nunca tan señaladas, finas y asombrosas misericordias de Dios para con nuestra pobre y flaca naturaleza. Mas como por desgracia llega al colmo de la insensatez la ingratitud de muchos hombres, es de necesidad deciros ahora dos palabras sobre este infame proceder que desprecia y escarnece los beneficios divinos. ¡Parece increíble nuestra demencia si no la estuviéramos presenciando!

PUNTO 2.°

OLVIDO DE LOS BENEFICIOS DIVINOS

No es maravilla, carísimos hermanos, que muchos hombres no se acuerden de los beneficios de Dios, puesto que se olvidan de Dios mismo. ¡Parece increíble que lleguen á tal extremo de estupidez y rebajamiento! ¿Cuál es la causa? Hay varias; pero la principal es, sin duda, *la ignorancia;* porque ¿quién que conozca algo á Dios no le ama, ó á lo menos no le teme? Es verdad que Dios en absoluto no puede ignorarse, porque la razón misma está mostrando su existencia; pero la maldad de los hombres y la corrupción de sus corazones hace que Dios no sea bastante considerado, ni bastante conocido, y que su bondad y su amor y sus divinos atributos sean como letra muerta para muchos que aún se llaman cristianos. ¿Hay en el mundo infelicidad mayor que no conocer á Dios?

Hoy más que nunca hay que lamentar tan tremenda desdicha, pues forma como la esencia de los errores modernos el tratar de obscurecer en las inteligencias humanas la idea esplendorosa de

Dios y el eterno fulgor de la luz increada, ó sea del divino *Verbo, luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.* Es enorme crimen olvidar á Aquel que no puede ser ignorado, pues todo en el universo nos está pregonando su poder infinito, y su paternal y amorosa Providencia. ¡Dios se ostenta visible y admirable lo mismo en el firmamento que en el más pequeño insectillo, y es grande desventura que el hombre, único ser terreno creado á su imagen y semejanza y rescatado con su sangre divina, y único capaz de conocerle, amarle y servirle, no le conozca, no le vea, no le alabe, no le admire y no le adore.

«*Justo Padre*—dijo Jesucristo lamentando esta desdicha—*el mundo no os ha conocido.*» *(Pater juste, mundus non te cognovit.*—Joann., XVII, 25.) Y el Evangelista San Juan, hablando de Jesucristo, como luz verdadera de los hombres, exclamó: «*La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas* (esto es, el mundo) *no le han comprendido. Estaba en el mundo, y Él hizo el mundo, y el mundo no le conoció.*» *(Et mundus eum non cognovit.)*

Pues bien, amados míos; conocer á Dios, conocer á Jesucristo, conocer á su Iglesia sacrosanta, conocer su ley salvadora y sus consejos evangélicos, conocer sus bondades inefables y sus gracias divinas, es la primera y la más imprescindible de todas nuestras obligaciones; y esto es cabalmente lo que hoy más se descuida, lo que hoy se tiene en menos, lo que hoy se trata de suprimir en los centros de enseñanza oficial, y por consecuencia lo que engendra el olvido de Dios, la ausencia del temor sagrado, la pérdida de la fe, de la conciencia y del alma, y la temporal y eterna desdicha de los individuos, de las familias, de las sociedades y de las naciones todas.

No hay, pues, crimen que entrañe mayor ingratitud que el olvido de Dios y de sus innumerables y grandiosos beneficios; ni tampoco hay cosa que haga más corrompidos y más infelices á los hombres, á los Estados y á los pueblos; pues, como dijo el Profeta, «*Dios no entra para nada en sus ojos ni en su inteligencia, y sus caminos están manchados en todo tiempo*» (1).

¡Oh, si los hombres modernos comprendieran esta verdad! ¡Cuán de otra manera obrarían en su vida pública y privada! El demonio, el mundo, la concupiscencia, las pasiones, los vicios y todos los excesos invaden y arrastran al hombre que se olvida de Dios; pues quitado el freno del temor sagrado, se precipita de error

(1) Non est Deus in conspectu ejus: inquinatae sunt vitae illius omni tempore (Psal. X, 5.)

en error, de abismo en abismo, hasta que al fin se sumerge para siempre en las tenebrosas y sempiternas cárceles del infierno.

No se puede dudar, cristianos; el que se olvida de Dios, se olvida también del prójimo, y de los deberes de esposo, de padre, de hermano y de hijo; olvídase de la caridad divina y de la decencia humana, llegando, como dijo el Salmista, á ser «*el océano de todos los desórdenes y el mar donde se acumulan todos los vicios*» (1).

Tal es, amados míos, el vicio que la Iglesia nuestra Madre trata de alejar de nuestros corazones en el día de hoy, poniendo ante nuestra consideración la Epístola de San Pablo á los de Corinto, en la cual el Santo, por inspiración divina, nos hace ver que el hombre por sí mismo es nada separado de Dios; que ni aun puede decir, como conviene, *Señor Jesús,* sin el auxilio del Espíritu Santo; y, que, por el contrario, con las gracias innumerables que del Señor misericordiosamente recibe, se hace como omnipotente y puede decir en verdad: «*Todo lo puedo en Aquel que me conforta.*»

Es más; todas las gracias y dones que los demás hombres han recibido de Dios, hácenos ver el Apóstol que sirven para nuestra utilidad propia; y que si uno tiene el don de sabiduría, y otro el don de ciencia, y este el don de milagros, y aquel el don de curar las enfermedades, y otros, otros dones, todo esto proviene de un mismo y único Espíritu, del Espíritu de Dios, ordenándolo todo con altísima sabiduría y amor, para que consigamos todos más fácilmente nuestra temporal y eterna felicidad.

Seamos, pues, agradecidos á Dios, por tan magníficos y continuados beneficios, y haciendo nuestras las palabras de la Iglesia en el Prefacio de la Misa, digamos de lo íntimo del corazón: «Verdaderamente es digno, justo, equitativo y saludable, daros gracias en todo tiempo y lugar. ¡Oh Señor Santo, Padre Omnipotente y Dios eterno! por Jesucristo nuestro Señor unimos nuestras voces con las de los espíritus celestiales, para que sean dignas de Vos, y que merezcamos la perseverancia en la tierra y después la corona de gloria en el cielo. Amén.»

(1) Hoc mare magnum: illic reptilia quorum non est numerus. (Pal. CIII, 25.)

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo XI después de Pentecostés.

De la muerte y resurrección de Jesucristo.

AMADOS hermanos míos: Aconteció en tiempo del Apóstol San Pablo, que algunos ciudadanos de Corinto, imbuidos en las opiniones de la filosofía pagana, comenzaron á dudar sobre la futura resurrección de los muertos; y como esta verdad es uno de los principales dogmas de la Religión cristiana, levanta su voz el grande Apóstol, é inspirado por el Espíritu Santo, les escribe de esta manera: *Quiero, hermanos, que recordéis la doctrina que os prediqué* (tocante á la resurrección de los muertos); *pues así como entonces la recibisteis, es preciso que perseveréis en ella, y seréis salvos, con tal que la guardéis como Yo os la he anunciado; porque de otra suerte en vano habríais abrazado la fe. Desde el principio os enseñé lo mismo que Yo había aprendido* (de Cristo y del Espíritu Santo por revelación), *á saber: Que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fué sepultado, y que resucitó al tercero día, según las mismas Escrituras; y que se apareció á Cefas y después á los once* (Apóstoles); *que luego fué visto por más de quinientos hermanos, que estaban juntos, de los cuales aún viven muchos, y algunos ya murieron. Después se apareció á Santiago, y luego á todos los Apóstoles, y por último á mí, que soy el menor de los Apóstoles, y que no merezco ser llamado Apóstol, porque perseguí á la Iglesia de Dios. Mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido en mí vana ó estéril.»* (I Corint., XV, 1 al 10.)

He aquí, amados míos, el argumento que emplea San Pablo para que nadie dude de la verdad de la resurrección de Cristo; y yo, siguiendo su mismo espíritu y basado en la misma Epístola, intentó mostraros ahora:

1.° **Que Jesucristo murió realmente.**
2.° **Que Jesucristo resucitó.**

PUNTO 1.°

MUERTE Y SEPULTURA DE JESÚS

Creo de mi deber, hermanos míos muy amados, recordaros ahora el Evangelio que os he predicado (en diferentes ocasiones), *y que vosotros habéis recibido, y en el que habéis permanecido firmes y por el cual habéis de salvaros.* De este modo, cristianos, comenzó el Apóstol la Epístola de este día, hablando á los fieles de Corinto, y de igual manera comienzo yo preguntando: «¿Qué Evangelio es ese á que se refiere el gran Doctor de las gentes?»—Oigamos á él mismo, que lo expresa á continuación diciendo: «*Desde el principio os he enseñado lo que he aprendido.*» Es decir, que San Pablo enseña por escrito á los fieles de Corinto, y con ellos á todos nosotros, la misma doctrina que él aprendió de viva voz, salida de los labios de los demás Apóstoles, como depósito sagrado que recibieron de Jesucristo, y que después, mediante ellos, hemos recibido todos por sus sucesores en el Apostolado, para obtener nuestra eterna salud. San Pablo enseñó con palabras lo que de palabra había recibido, y además lo enseñó por escrito para todas las generaciones por venir, y esto con la particular asistencia del Espíritu Santo. *(Tradidi enim vobis in primis, quod et accepi.)*

Y nos enseñó — dice el mismo Apóstol — que *Cristo murió por nuestros pecados, según estaba predicho en las Escrituras. Y que fué sepultado* (1). Como diciendo: «En testimonio de que real y verdaderamente murió Cristo nuestro Señor, *fué sepultado (sepultus est);* porque á los vivos nadie les da sepultura. Y murió *por nuestros pecados,* no por los suyos, puesto que siempre fué inocente, inmaculado, purísimo y santísimo; murió como el Cordero de Dios inmaculado en la Pascua, para borrar todos los pecados del mundo. *(Ecce Agnus Dei; ecce qui tollit peccata mundi.)*

He aquí, en resumen, lo primero que enseña el Apóstol como dogma fundamental de nuestra fe, y que nosotros debemos creer y grabar bien en lo íntimo de nuestro corazón. Nadie puede negar ni dudar de que Jesucristo murió real y verdaderamente; porque esto fué un hecho público, acaecido en la mitad del día y á vista de casi

(1) Quoniam Christus mortuus est pro peccatis nostris, secundum Scripturas. Et quia sepultus est. (I Corint., X, 3.)

todo el mundo; pues tuvo lugar en presencia de los judíos reunidos de las cuatro partes de la tierra en Jerusalén, y atestiguado en general por todas las naciones que entonces componían el Universo. Ni en Jerusalém, ni en Roma, ni en provincia alguna dependiente del Imperio romano se puso jamás en duda la muerte de Jesucristo en una cruz; lo único en que difieren los infieles de los cristianos es en que ellos niegan que muriese por nuestros pecados, y nosotros afirmamos con San Pablo, que según las Escrituras, su muerte fué por redimir al mundo de todos sus crímenes. *(Pro peccatis nostris.)* ¡Qué malicia entrañará el pecado, cuando para expiarle fué preciso que Dios descendiese del Cielo y se hiciera pasible y mortal, y que realmente muriera con muerte ignominiosa de cruz! ¡Cuál debe ser, Dios mío, vuestro odio al pecado, cuando no perdonáis ni aun á vuestro propio Hijo, por haber tomado la semejanza de los pecadores y tratar de satisfacer por ellos!

Y si todo el mundo confiesa la muerte de Jesucristo clavado en la Cruz como un hecho histórico innegable, de igual manera y por idéntica razón se evidencia que su cuerpo Sacratísimo fué puesto en el sepulcro, después que un soldado hirió su pecho con la lanza para asegurarse de su muerte. La sepultura de Cristo nuestro Señor es un hecho tan cierto y demostrado como el de su misma Pasión y muerte, y para que nadie en el mundo pudiera abrigar la menor duda de su resurrección, quiso la divina Providencia que el cuerpo adorable de Jesucristo estuviese en el sepulcro, no sólo algunas horas, sino parte de tres días, desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la mañana. ¿Qué prueba más clara se necesita para evidenciar su muerte y sepultura?

Pero dejando este punto, por ser tan probado que nadie en sano juicio le puede negar, os diré ahora dos palabras sobre la resurrección gloriosa de Jesucristo, fundamento de nuestra creencia.

PUNTO 2.°

DE CÓMO CRISTO RESUCITÓ

Oigamos ante todo al gran Apóstol, quien en la Epístola de este día, dice así: «*Cristo ha muerto por nuestros pecados, según las Escrituras: ha sido sepultado y ha resucitado al tercer día, según las mismas Escrituras. Se apareció á Cefas, y luego á los once* (Apóstoles; esto es, *al Colegio Apostólico*). *Después ha sido visto por más de*

quinientos hermanos juntos, de los cuales hay muchos que viven todavía; y además se apareció á Santiago, y más tarde á los doce Apóstoles (estando presente Santo Tomás.—*Deinde Apostolis omnibus*); *y finalmente, le he visto yo, que soy el último de todos y como un abortivo, porque he perseguido la Iglesia de Dios.*

Tales son, carísimos hermanos, los testimonios que aduce San Pablo para evidenciar la resurrección del Señor, y en verdad que bastan á toda persona sensata; porque se trata de testigos oculares, muchos en número, de diversas edades y condiciones, en diferentes tiempos y lugares, muchos de ellos prevenidos en contra, y tanto que Santo Tomás, para creerlo, necesitó verlo y meter sus dedos en las llagas abiertas de sus manos. Y claro es, que tantas gentes *no podían engañarse,* porque lo estaban presenciando, y hablaban y comían con Jesús resucitado, *ni podían querer engañar,* porque hubiera sido imposible ponerse de acuerdo, y porque carecía de interés el perverso designio de querer engañar á los demás hombres. Luego, si los innumerables testigos de la resurrección no pudieron engañarse, ni quisieron engañar, ni aun cuando quisieran pudieran hacerlo, es evidente que dijeron verdad y que Cristo se les apareció resucitado y glorioso.

Y esta demostración sube de punto, considerando que todos los Apóstoles, después de haber visto muchas veces á Jesucristo resucitado, durante cuarenta días, dieron su vida por atestiguar ante el mundo entero la resurrección del divino Salvador. Basta citaros á San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, quien en el primer discurso que dirigió á los judíos, después de Pentecostés, les habló de esta manera:

«Varones de Judea, y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oid con atención mis palabras (1)... Vosotros sabéis, pues lo habéis visto con vuestros propios ojos, que Jesús de Nazaret ha sido un hombre á quien Dios hizo célebre entre vosotros, con las maravillas, prodigios y milagros, que obró en vuestra presencia. A este hombre, que por determinado consejo y presciencia de Dios, os fué entregado, le quitasteis la vida, crucificándole por manos de malvados; pero Dios le resucitó... (Versos 22 á 24.) A este Jesús resucitó Dios, de lo cual somos testigos todos nosotros... Por tanto, sepa certísimamente toda la casa de Israel, que Dios hizo señor y Cristo á este Jesús, á quien vosotros crucificasteis (Versos 32 al 36.)» Esto dijo San Pedro, y los judíos al oirle se

(1) Hechos de los Apóstoles, cap. II, 14.

compungieron de corazón y dijeron á los Apóstoles: «*Varones hermanos, ¿qué haremos?*»

Nótese, amados míos, la transformación que hubo en los Apóstoles cuando recibieron el Espíritu Santo. Pedro, que antes tembló á la voz de una criada, se presenta ahora en medio de un concurso muy crecido, y con energía sobrehumana, como doctor y maestro, enseña á todos que Jesús era *el Hijo de Dios, el Mesías prometido,* que ellos le habían quitado la vida y que había resucitado; y desde entonces hasta hoy, y hasta la consumación de los siglos, la Iglesia ha mirado y mirará siempre como dogma fundamental de nuestra fe la resurrección de Jesucristo. ¿Para qué se quiere mayor prueba de esta verdad que os estoy predicando?

No obstante, si alguno la necesitare, lea el Santo Evangelio, según San Mateo, cap. XXVIII, que dice así: «En la tarde del sábado, al amanecer el primer día de la semana (esto es, del domingo), María Magdalena y la otra María fueron á visitar el sepulcro (de Jesús). Y hubo un gran terremoto; porque el ángel del Señor bajó del cielo, y acercándose apartó la piedra y se sentó encima. Su rostro estaba centelleante, y su vestidura (blanca) como la nieve.

Los guardias (que custodiaban el sepulcro), al verle, llenos de espanto, se quedaron como muertos. Mas el ángel dijo á las mujeres: «Vosotras nada temáis; pues sé que buscáis á Jesús, el que fué crucificado. No está aquí; porque *ha resucitado,* como dijo: venid y ved el lugar donde había sido puesto el Señor. Apresuraos á ir á decir á sus discípulos *que ha resucitado;* y he aquí que va delante de vosotros á Galilea; allí le veréis; os lo predigo... Y mientras ellas iban, alguno de los guardias fueron á dar cuenta á los príncipes de los Sacerdotes de lo que había pasado. Y habiéndose éstos reunido, formaron consejo con los ancianos, y dieron gran cantidad de dinero á los soldados, diciéndoles: «Decid que sus discípulos han venido de noche y lo han robado mientras dormíais.»

Hasta aquí la narración evangélica, y sobre ella dice San Agustín: «¡Oh ciegos judíos! Vosotros sois los que dormís, pues recurriendo á un artificio tan poco verosímil, descubrís la impostura. Si los guardias dormían, ¿cómo vieron el robo?» (S. Agust., in Psal. LXIII.)

Por último, hay un argumento ineludible que prueba hasta lo sumo la verdad de la resurrección de Jesucristo. Hele aquí: En Jerusalén, en Corinto, en Roma, en Efeso y en todos los países del mundo conocido, los Apóstoles predicaron la resurrección del Señor, y los pueblos la creyeron. Una de dos; ó la creyeron en virtud de

los milagros que presenciaron, ó sin ellos. Si por los milagros; luego es una verdad, porque los milagros la evidencian. Y si creyeron la resurrección sin milagros por parte de los Apóstoles que la predicaban, ¿qué mayor milagro que haber creido sin milagros? Luego siempre hay milagro en la creencia de la resurrección, y por consecuencia, es una verdad innegable.

No insistiré más en esta prueba, y concluyo diciéndoos: Amados míos: «Es preciso creer en la muerte y en la sepultura de Cristo, tal como la expresa el Apóstol en la Epístola de este día. Es preciso creer que el divino Redentor murió por nuestros pecados y no por los suyos propios, que jamás los tuvo. Es preciso creer que resucitó al tercero día de entre los muertos, según estaba predicho en las Santas Escrituras. Es preciso creer la voz del Apóstol, que, divinamente inspirado, nos declara hoy esta verdad, y que la selló con su sangre. Es preciso que creamos lo que en todos los países del mundo se ha creido, en vista de los prodigios más evidentes y más incontestables. Es preciso creer lo que los Apóstoles y primeros discípulos vieron sin peligro de engañarse, y que nos aseguran sin peligro de engañarnos. Es preciso creer lo que las antiguas Escrituras nos han anunciado muchos siglos antes de que sucediese, y lo que las nuevas nos refieren haber sucedido tantos años ha. Es preciso, en suma, que seamos creyentes en todo lo que enseña nuestra Santa Madre Iglesia, columna y firmamento de la verdad, que no puede engañarse ni engañarnos; pues de esta manera daremos gloria á Dios en la tierra, y, salvando nuestras almas, continuaremos dándosela eternamente en el cielo.» Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el Domingo XI, después de Pentecostés.

De la resurrección de la carne.



AMADOS hermanos míos: En el capítulo XV de la Epístola primera de San Pablo á los fieles de Corinto, de donde está tomada la Epístola de este día, prueba el Apóstol con argumentos irrecusables primeramente la *muerte, sepultura y resurrec-*

ción de Cristo, y de esta última saca después por consecuencia la certeza de la resurrección nuestra. «*Sabed, hermanos*—les dice—*que entre las verdades principales de la fe que he recibido de Dios y que os he enseñado de palabra, se encuentran primeramente que Cristo murió por nuestros pecados, como estaba predicho en las Sagradas Escrituras, que fué sepultado en testimonio de que la muerte fué real y verdadera, y que resucitó al tercero día, como también estaba anunciado y prefigurado en las mismas letras sagradas.*» (Paráfrasis.)

Esto escribió el Apóstol, y después de probarlo con las múltiples apariciones de Jesús á sus discípulos, añade estas humildes y significativas palabras: «*También se me apareció á mí, que soy el menor de los Apóstoles, que no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios. Mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no quedó en mí vacía.*» (I Corint., XV, 1 á 11.)

Dejando, pues, aparte la *muerte, sepultura y resurrección* de Cristo, como verdad inconcusa de nuestra fe, intento probaros hoy:

1.° Que todos hemos de resucitar en cuanto al cuerpo.
2.° Que todos debemos resucitar á la gracia.

PUNTO 1.°

PRUÉBASE LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

El hombre, amados míos, es un compuesto de cuerpo y de alma, y como son dos substancias unidas que pueden separarse, de aquí el que siendo el hombre uno, se distinguen en él como dos vidas: una corporal, otra espiritual. El cuerpo vive *por su unión con el alma;* el alma vive *por su unión con la gracia.* Por consecuencia, hay también en el hombre dos muertes: una cuando *el cuerpo se aparta del alma,* otra cuando *el alma se aparta de la gracia.*

El Cardenal Hugo, haciéndose cargo de esta verdad (Tract. de Morte), añade una tercera muerte. Dice así: «Hay tres muertes: la que procede de la naturaleza, la que procede del pecado y la que procede de la gracia. Con la primera muere el cuerpo, con la segunda el alma y con la tercera el hombre entero. La primera separa el alma del cuerpo, la segunda separa el alma de la gracia y la tercera separa el hombre entero de los estorbos del siglo. La primera muerte es de todos, la segunda de los pecadores y la tercera de los religiosos. La primera nos sepulta en la tierra, la segunda nos sumerge en el infierno y la tercera nos pone en vía para volar al

cielo.» De la primera dijo el Eclesiástico: «*¡Oh muerte! ¡Cuán amargo es tu recuerdo!* (1).» De la segunda dijo el Rey Profeta: «*Pésima es la muerte de los pecadores* (2).» Y de la tercera se ha dicho: «*Muera mi alma con la muerte de los justos* (3).»

Pues bien; en relación con estas tres muertes hay tres resurrecciones: una *corporal,* que consiste en tornarse á juntar el alma con el cuerpo; y de ese modo resucitaron en este mundo Cristo nuestro Señor y Lázaro, hermano de Marta y María, y hemos de resucitar todos en el día del juicio, cuando aparezca el Angel del Señor con la trompeta y diga: «*Levantaos, muertos, y venid á juicio.*» (*Surgite mortui, venite ad judicium.* Matth., XXIV, 31.)

Otra resurrección, que hemos llamado *espiritual,* consiste en la recuperación de la gracia santificante, cuando se ha perdido por el pecado, y de esta habló el Apóstol diciendo: «*Considerad, hermanos, que estáis vivos para Dios en Nuestro Señor Jesucristo.*» (*Existimate vos esse viventes Deo, in Christo Jesu Domino nostro.* Rom., VI, 11.)

Por último, la resurrección tercera significa la gloria, ó sea, cuando el hombre se une á Dios y le ve cara á cara por los siglos de los siglos. Y llamo á esto resurrección, porque la vida terrena, por santa que sea, es como muerte en comparación de la vida del cielo.

Aquí, pues, me refiero á la resurrección del cuerpo, y os recuerdo aquellas palabras de San Pablo: «Toda la Iglesia y vosotros con ella creéis en la resurrección de Jesucristo, porque es hecho público y notorio que murió, y aún viven entre nosotros muchos de los que le vieron resucitado; luego forzoso es confesar que los hombres después de muertos pueden resucitar. Lo que ha acaecido una vez, ¿no podrá acaecer otra y otras? (I Corint., XV, 12 y siguientes.)

«Jesucristo, continúa el Apóstol (Verso 20) fué el primero de todos los hombres justos, que ha resucitado á vida gloriosa é inmortal; y así como el primer Adán comunicó la muerte, por su pecado, á sus descendientes, así también Jesucristo, llamado el segundo Adán, comunica la vida á los suyos por el mérito de su justicia. *Así como en Adán mueren todos los hombres, así todos serán vivificados en Cristo* (Verso 22). Es decir, que como en nuestro primer Padre quedamos todos sujetos á la muerte, así todos recobramos la vida en Cristo nuestro Señor, y resucitaremos con nuestros

(1) O mors, quam amara est memoria tua! (Eccles., XLI.)
(2) Mors peccatorum pessima. (Psal. XXXIII, 22.)
(3) Moriatur anima mea morte justorum. (Num., XXIII, 10.)

propios cuerpos, los buenos para gloria eterna, y los malos para eterno suplicio.

Esto es lo que se lee en la Epístola de este día, esto es lo que repiten en muchos lugares las sagradas Escrituras, esto es lo que enseña la Iglesia nuestra Madre, esto es lo que han predicado siempre los Santos y Doctores, esto es lo que consta en el Símbolo de nuestra fe y lo que creemos los cristianos, y esto es lo que produce gran consuelo y dulzura en nuestro pobre corazón. ¡Oh! dice el grande Apóstol (Verso 19): «*Si los cristianos esperáramos en Cristo solamente los bienes de esta vida, seríamos los más desdichados de todos los hombres.*» Lo cual es como si dijera: «Si nosotros no esperamos de Cristo otros bienes que los de esta vida, por recompensa de nuestros servicios, somos los hombres más infelices de todo el mundo; puesto que después de tantas penas y aflicciones, como son las que pasamos en la vida presente, no nos queda ninguna esperanza de ser recompensados después de la muerte. (Santo Tomás.)

Pues bien; no habré yo, amados míos, de citaros ahora los innumerables testimonios de las Santas Escrituras que prueban invenciblemente la resurrección de nuestros cuerpos, para, en unión del alma, recibir de Dios premio ó castigo, según sus obras; bástame citaros uno del santo Job, en completa conformidad con la Epístola de este día y con el capítulo XV de la primera carta del Apóstol á los fieles de Corinto, de donde está tomada. Dice así el paciente y santo Varón de Hus: «*Sé que mi Redentor está vivo, y que en el último día me he de levantar de la tierra y me he de revestir de nuevo con mi carne, y que en esta carne veré á mi Dios. Le veré yo mismo, y mis ojos le contemplarán y no será otro: esta esperanza se abriga en mi seno* (1).»

Lo cual es como si un cristiano dijera: «Creo que mi Redentor resucitó de entre los muertos, y vive y reina eternamente feliz sentado á la diestra de Dios Padre (2).

Creo que mi Redentor, Espíritu vivificante, la Resurrección misma, Vida y fuente de la vida, me ha de vivificar entre los muertos y me ha de resucitar para vivir espiritual y eternamente (3).

Creo que, resucitado y vivo con mi propia carne, aunque de un

---

(1) Scio quod Redemptor meus vivit, et in novissimo die de terra surrecturus sum. Et rursum circumdabor pelle mea, et in carne mea videbo Deum meum, quem visurus sum, ego ipse, et oculi mei conspecturi sunt, et non alius: reposita est haec spes mea in sinu meo. (Job, XIX, 25-27.)

(2) Véanse los versos 3, 4 y 5 de nuestra Epístola.

(3) Véanse los versos 12-20-23-24.

modo espiritual, y hecho impasible, inmortal, clarificado, ágil y sutil, he de ver á Dios mi salvador, bienaventurado, heredero de Dios y coheredero de Cristo (1).

Y creyendo y esperando esto, *gimo, deseo, espero y quiero* prepararme para tan grandioso y fausto acontecimiento. Es decir:

GIMO por las miserias propias de esta vida, por la violencia de las pasiones que me asedian, por el peligro en que me encuentro de ofender á mi Dios, por el peso de este cuerpo de tierra animal y mortal. *«¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?»—(Quis me liberabit de corpore mortis hujus?*—Rom., VII, 24.)

DESEO el reino pacífico de Cristo, la eterna sociedad de los bienaventurados, la perfecta conformidad con mi divino Salvador, la unión íntima, esencial é imperecedera con mi Dios y mi Señor, la sempiterna clarificación de todo mi ser y la inacabable fruición de Dios, adorándole y alabándole por siglos sin fin. Y deseando esto, digo y repito una y mil veces: *«Señor, venga á nosotros tu reino.»—(Adveniat regnum tuum.)*

ESPERO el reino inefable de Cristo, y espérole alegre y gozoso. ¿Por qué he de temer la muerte, que es el tránsito y preparación para la verdadera y eterna vida? Y en tanto que esta llega, mi alma se complace en estar enteramente sujeta á Dios; porque esta servidumbre es reinar, según aquellas palabras de nuestra Epístola: *«Cuando todo estuviere sujeto al Hijo de Dios, entonces aun el mismo Hijo estará sometido á Aquel que sometió á El todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.»* (Verso 28.—*Ut sit Deus omnia in omnibus.)*

QUIERO, por consiguiente, prepararme á dicho reino eterno, por la imitación de Cristo, por la mortificación, por la paciencia, por la humildad, por la caridad y por las demás virtudes cristianas, á fin de que desaparezca en mí el hombre terreno, y mi alma viva según la imagen purísima del Padre celestial. *(Portemus et imagenem coelestis.)*—(Verso 49.)

«*Esta es*—dijo Jesucristo—*la voluntad de mi Padre. Que todo el que ve al Hijo y cree en El, tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último día* (2).»

Ahora bien; probado que todos hemos de resucitar en cuanto al cuerpo, síguese la necesidad de que todos resucitemos á la gracia en

---

(1) Véanse los versos 28-42-44-53.

(2) Haec est autem voluntas Patris mei, qui misit me: Ut omnis, qui videt Filium, et credit in eum, habeat vitam aeternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die. (Joann., VI, 40.)

cuanto al alma. ¿Cómo ha de ser esto? Yo os lo diré en brevísimas palabras. Oid con sencillez de niños mi enseñanza.

PUNTO 2.°

QUE TODOS DEBEMOS RESUCITAR Á LA GRACIA

«*Habiendo todos muerto en Adán*—dice el Apóstol—*todos también seremos resucitados en Cristo; mas cada uno en su orden.*» (Versos 22 y 23). Esto es, según el orden y grado de sus méritos; primero los buenos, ó sea los justos fieles á Dios para ser glorificados en el cielo; después, los réprobos, ó sea los que se hallen en pecado mortal, para ser atormentados en el infierno; aunque todo esto acontecerá brevisimamente. (Verso 52.)

Esta es la fe católica, amados míos, y yo os digo con el Apóstol: «*Cuidado que nadie os engañe, diciéndoos otra cosa, porque las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres. Velad, justos, y no pequéis; porque algunos no tienen el conocimiento de Dios* (1).» Lo cual, según los sagrados expositores, equivale á decir: «Estad alerta todos los que vivís en justicia y en piedad, y guardaos bien de escuchar las conversaciones de los impíos, no sea que os perviertan con sus palabras necias, y caigáis en la disolución y en el pecado. Mirad que hay entre vosotros algunos que no conocen á Dios, ni quieren conocerle, porque les agrada más vivir en el libertinaje, satisfaciendo los deseos impuros de su corazón depravado. Mirad esto bien, y cuidado que nadie os engañe.

No ignoro las objeciones absurdas que hacen los impíos sobre este misterio; ya en tiempo de San Pablo preguntaron algunos: «*¿Cómo resucitarán los muertos? ¿En qué calidad de cuerpo vendrán?*» Y el Santo Apóstol respondió: «*Necio; lo que tú siembras no se vivifica, si antes no muere. Lo que siembras es un simple grano de trigo, y después cuando brota la espiga, Dios le dá el cuerpo que quiere, y cada semilla dá su propio cuerpo*» (un cuerpo conveniente á su especie).

Esto quiere decir que el cuerpo del hombre resucitado será el mismo en cuanto á la substancia de la carne, por más que sea diferente en algunas cualidades. «*Así sucederá*—añade el Apóstol—*en la resurreccion de los muertos. Se siembra en corrupción, y resucita-*

(1) Nolite seduci: Corrumpunt mores bonos colloquia mala. Evigilate, justi, et nolite peccare; ignorantiam enim Dei quidam habent... (I Corint., XV, 33 y 34.)

rá en incorrupción; se siembra en vileza, y resucitará en gloria; se siembra en cuerpo animal y resucitará cuerpo espiritual.» (Versos 42-43-44.) En todo lo cual, observa Santo Tomás, se expresa que el cuerpo humano es sepultado en corrupción, pero después resucitará con las cuatro dotes gloriosas, que son: la *impasibilidad,* la *claridad,* la *agilidad* y la *sutileza.*

Y para aclarar esto perfectamente, prosigue el gran Doctor de las gentes diciendo: «*Ahora, hermanos, os voy á declarar un misterio; y es que todos resucitaremos ciertamente, mas no todos seremos inmutados.*» (Verso 51.) Es decir que la resurrección será universal; pero la resurrección gloriosa con los cuatro dotes dichos no será sino para los escogidos. Por cuya razón concluye el Apóstol con estas palabras: «*La muerte mata al hombre por el pecado... mas gracias á Dios que nos dió la victoria por nuestro Señor Jesucristo*» (destruyendo el pecado). Y así, hermanos míos amadísimos, sabiendo esta verdad de la resurrección, debemos permanecer firmes en la fe y trabajar incesantemente en nuestra justificación, sufriendo con paciencia y alegría todos los trabajos de esta vida, que nos parecerán muy ligeros si van acompañados de una cierta y firme esperanza, de que serán recompensados con una bienaventurada y eterna resurrección. (Verso 58.)

Lo esencial, pues, en esta vida es que estemos siempre resucitados en cuanto al alma; es decir, que estemos siempre en estado de gracia; pues el que está en gracia está en caridad, está en Cristo y Cristo en él, y puede decir con verdad: «Cristo y yo formamos espiritualmente una misma cosa. Cristo es la vid, yo soy el sarmiento; Cristo es la Cabeza, yo soy uno de sus miembros; y así, donde reina la carne, la sangre y el ser de Cristo, allí reina mi ser, mi sangre y mi carne; y donde es glorificado Cristo mi Señor, allí me reconozco yo también glorificado. ¡Qué consuelo tan grande para los cristianos!

Hermanos míos, concluyo diciéndoos con el Apóstol: «*Todos somos sepultados con Cristo en muerte por el bautismo, para que como El resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida.*» (Rom., VI, 4.) Esto es lo único que nos interesa, este es nuestro principal negocio, y hecho esto, todo lo demás nos será dado por añadidura, pues el que es muerto y sepultado con Cristo, resucitará con El á vida inmortal y eterna. Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo XII después de Pentecostés.

Sobre la pronta conversión del pecador.

Hermanos míos amadísimos: «*Os hablo en Cristo con sinceridad, como de parte de Dios y delante de Dios* (1).» Estas palabras memorables que el Apóstol San Pablo dijo á los fieles de Roma, para que estimaran en mucho su predicación, son las mismas que yo os dirijo ahora, para que pongáis atención á lo que hoy intento declararos. Es preciso, os digo, que comencemos de veras á entregarnos de lleno á Dios, es preciso que detestemos el pecado con toda la energía de nuestro espíritu, es preciso que no aplacemos para mañana la conversión de nuestras almas, porque hay razones poderosísimas que á ello nos obligan. No hay en el mundo negocio más importante que este.

Oigamos ante todo al gran Doctor de las gentes, quien, en la Epístola de este día pone toda la esperanza de la conversión en Dios, y dice de esta manera: «*Hermanos; tenemos tal confianza en Dios por Cristo; no porque de nosotros mismos seamos capaces de tener algún* (buen) *pensamiento, como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios. El es el que también nos ha hecho ministros idóneos del Nuevo Testamento; no por la letra, sino por el espíritu; porque la letra mata y el espíritu vivifica.*» (II Corint., III, 4 á 7.)

¡Qué palabras! En ellas se pone como fundamento que nosotros en el negocio de nuestra conversión, santificación y glorificación, nada podemos sin la gracia de Dios, pero que con ella lo podemos todo, y que no debemos desperdiciar el tiempo ahora que estamos á tiempo. Dos cosas me propongo explicaros en el día de hoy:

1.ª Que es preciso convertirnos á Dios.
2.ª Que es preciso hacerlo pronto.

(1) Ex sinceritate, sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur. (II Corint., II, 17.)

PUNTO 1.º

NECESIDAD DE LA CONVERSIÓN DEL PECADOR

Nada hay, amados míos, más necesario que el pecador deje de serlo y se convierta á Dios; porque en verdad ama la muerte el que no observa los preceptos de la vida, y aborrece su vida el que se ocupa en las obras de la muerte. La vida estriba en la observancia de los Mandamientos divinos, y la muerte es hija legítima del pecado. ¿Quién que tenga juicio quiere morir pudiendo vivir?

Dios nuestro Señor no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. «Juro por mí mismo—dice—que no quiero la muerte del impío, sino que deje su impiedad y tenga vida. Convertíos, oh hombres, de vuestros caminos perversos, convertíos. ¿Porqué habéis de morir? *(Quare moriemini?*— Ezech., XXXIII, 11.) «*Mirad*—añade en el Apocalipsis—*que estoy á la puerta y llamo* (es decir, á la puerta del corazón); *si alguno oye mi voz y me abre, entraré en él y con él cenaré y él conmigo* (1).»

¡Qué llamamiento de Dios más amoroso! Es como si el Señor dijera: «Oid, pecadores; si yo, que soy vuestro Dios, ofendido con vuestras prevaricaciones, no quiero la venganza, sino que me hallo dispuesto á perdonaros, *¿por qué habéis de morir?* Si yo, que soy vuestro Juez, os prometo romper, tan luego como os arrepintáis, la sentencia de vuestra condenación, *¿por qué habéis de morir?* Si tenéis por abogado á mi divino y eterno Hijo hecho hombre, que os ofrece todos sus méritos infinitos, y que murió por daros vida, ¿por qué habéis de morir? *(Quare moriemini?)* Si no podéis resistir á mi poder ni sustraeros á mi justicia, y por otra parte os ofrezco mi infinita misericordia, prometiéndoos olvidarme de todos vuestros crímenes y galardonaros con el cielo, ¿por qué habéis de morir? *(Quare moriemini?)*

Sí, amados míos; esto dice el Señor Dios, y nos lo dice á todos, porque todos somos sus hijos, redimidos con su sangre preciosa y á todos quiere llevarnos á la gloria. «*Jesucristo*—dice San Pablo—*ha muerto por todos, á fin de que los que viven, no vivan ya para sí mismos, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos* (2).» Es preciso

(1) Ecce sto ad ostium, et pulso: si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi januam, intrabo ad illum, et coenabo cum illo, et ipse mecum. (Apocal., III, 20.)

(2) Christus pro omnibus mortuus est: ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei, qui pro ipsis mortuus est et resurrexit. (II Corint., V, 15.)

—añade—que asi como antes habéis empleado las fuerzas de vuestro cuerpo para servir á la injusticia y obrar la iniquidad, así ahora las empleéis en servir á la virtud para santificaros. (Rom., VI, 19.)

Es verdad—dice nuestra Epístola—que *nosotros, como de nosotros mismos, no somos capaces de tener algún buen pensamiento, sino que nuestra suficencia viene de Dios* (Verso 5); pero ¿quién no sabe, añade el mismo Apóstol, que *Dios, por un efecto de su buena voluntad, obra en nosotros, no sólo el querer, sino el ejecutar?* (1).

Es verdad que el alma, cuando tiene la desdicha de encontrarse manchada con el pecado grave, está muerta para Dios, y, como cosa muerta, no puede por sí misma resucitar; pero Dios que quiere y manda que resucite, El dará el movimiento y la resurrección y la vida, dejando á nosotros únicamente la correspondencia á su gracia.

Es verdad que nosotros, pecadores é ingratos, no merecemos que el Señor nos mire, nos ayude, nos levante y resucite; pero escrito está que *«la misericordia de Dios se extiende sobre toda carne... y tiene compasión de todo el que espera en El y quiere practicar sus preceptos.»* (Eccles., XXVIII, 9-14.)

Y si de esta doctrina de las Sagradas Escrituras descendemos á la que nos dan los Santos Padres, encontraremos, entre otras mil, las siguientes:

«Dios que rechaza al pecador, acoge al penitente; llama á sus enemigos, perdona á los que se convierten, exhorta á los perezosos, consuela á los afligidos, instruye á los que lo desean, ayuda á los combatientes, fortifica á los que trabajan y oye á los que le invocan con humilde corazón.» (S. Gregor., in Psal. VII, poenit.)

«Dios empieza por obrar en nosotros para excitar nuestro querer, y coopera concluyendo la conversión en los que la quieren. Nos previene para curarnos y nos acompaña ya curados para hacernos merecer: nos previene hablándonos, y prosigue hablando con nosotros para que seamos glorificados; nos previene para que vivamos piadosamente, y nos acompaña para que vivamos con El en la eternidad.» (S. Agust., *De grat. et lib. arbitr.*, cap. XVII.)

Ved aquí, amados míos, algunas razones que están como dando voces para que el pecador se convierta de veras á Dios. Los auxilios divinos nunca faltan, nosotros somos los que faltamos á la gracia divina, desoyendo los amorosos llamamientos del Señor. La voz del Padre celestial nunca cesa, y en nosotros está oir su enseñanza,

(1) Deus est enim qui operatur in vobis et velle, et perficere, pro bona voluntate (Philipp., II, 13.)

su palabra, su ley, sus inspiraciones, el remordimiento de la conciencia... en nosotros está cooperar á sus gracias, no oponerle resistencia, no frustrar sus designios y recibir sus Santos Sacramentos... ¿Qué hacemos? ¡Ah! No seamos ciegos, ni sordos, ni mudos; es preciso convertirnos de todo corazón, y para ello basta querer, el que quiere puede; porque el Señor nunca rechaza nuestra buena voluntad.

Pero ¿basta, por ventura, querer? No; porque *es preciso obrar*, y obrar pronto; porque el negocio de la conversión no se ha de dejar para mañana. Oid un momento lo que ahora voy á deciros:

PUNTO 2.°

LA CONVERSIÓN HA DE SER PRONTA

Quien habla no soy yo, es el Espiritu Santo; dice asi: «*Oh pecador; no tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de dia en dia; porque la ira divina vendrá de improviso y en el tiempo de la venganza te perderá... Y no digas: La misericordia de Dios es grande y tendrá piedad de la muchedumbre de mis pecados; pues su ira está tan pronta como su misericordia* (1). «Es decir, que Dios nuestro Señor está pronto para perdonar, pero cuando ve que el pecador abusa de su paciencia dejando la conversión para mañana y para otro dia ó tal vez para otra semana ú otro mes, ¡oh! entonces también está pronto para castigar. El mismo nos lo avisa con insistencia en los Proverbios. Diciendo: «*Hasta cuándo, oh niños, amaréis las niñerías. Hasta cuándo los necios codiciarán las cosas que les son nocivas... Estad atentos á mis correcciones; pues voy á declararos mis pensamientos, y á haceros entender mis palabras.*»

¡Qué comienzo, amados mios! ¡Qué exordio! ¿Qué irá á decir el Señor, Dios que así nos previene para que lo entendamos bien? Oigamos sus propias expresiones: «*Por cuanto os llamé*—dice—*y dijisteis que no; por cuanto extendí mi mano, llamándoos, y no hubo quien mirase; por cuanto despreciasteis mi consejo, y no hicisteis caso de mis reprensiones... Yo también no os haré caso cuando llegue el momento de vuestra muerte; y entonces, cuando viniere sobre vosotros la tribulación y la angustia, entonces me llamaréis, y no os oiré...*»—*Invocabunt me et non exaudiam.* (Prov., I., 22 y sig.)

(1) Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem: subito enim veniet ira illius, etc. (Eclesiástico, V, 8 y siguientes.)

¡Qué espanto! carísimos hermanos. Esto dice el Señor Dios, y esto quiere que lo entendamos bien; pues aunque es verdad que su misericordia es infinita, y aunque su corazón paternal nunca desecha al corazón arrepentido, por más que sea en la hora misma de la muerte; sin embargo, dícenos aquí, que el que ahora en sana salud no quiere arrepentirse, y va dilatando de día en día su conversión, entonces cuando llegue aquel trance terrible, no le oirá; porque sus clamores nacerán de puro amor propio, de temor puramente servil, y por lo mismo, no serán eficaces para obtener la salvación apetecida. *(Tunc invocabunt me, et non exaudiam.)*

Y por si en el mundo hubiere algún hombre tan rematadamente loco, que pudiendo convertirse ahora, lo deje para luego, con evidente peligro de su eterna condenación, insiste el Señor de nuevo y dice de esta manera: «*Cualquier cosa que pueda hacer tu mano, óbrela prontamente; porque ni obra, ni razón, ni sabiduría, ni ciencia habrá en el sepulcro, adonde caminas aprisa... No sabe el hombre su fin;* (es decir cuándo será el día de su muerte); *sino que como los peces son prendidos en el anzuelo, y las aves aprisionadas en el lazo, así los hombres son cogidos en el mal tiempo, cuando de improviso les sobreviniere su muerte* (1).» ¡En el mal tiempo! ¡De improviso! Hermanos míos ¡esto aterra!

Pues bien; siendo esto así, ¿qué hombre cuerdo hay que no se estremezca de espanto al verse en pecado, y no se apresure á convertirse al Señor lo más antes que le sea posible? ¿Lo dejas para mañana? ¡Oh insensato! ¿Y quién te ha dicho que mañana vivirás? Oye á nuestro grande Apóstol y grábalo bien en la memoria: «*Sabemos*—dice—*que el tiempo corre, y que ha llegado ya la hora de salir de nuestro adormecimiento. (Hora est jam nos de somno surgere.* (Rom., XIII, 11.)—*Os conjuramos en nombre de Jesucristo para que os apresuréis á reconciliaros con Dios...* (2) *He aquí ahora el tiempo favorable; he aquí ahora el día de la salvación... Apresurémonos á limpiarnos de todas las manchas del cuerpo y del espíritu* (3).»

Y esto que San Pablo encarga á los cristianos lo enseñó él mismo con su ejemplo. «*Saulo, Saulo,*—le dijo el Señor—*¿por qué me persigues?* Y él al punto se levantó, y dijo: «*Señor, ¿qué queréis que haga?*» ¡Oh! Si Saulo hubiese puesto dilaciones á su conversión, no hubiera

---

(1) Sic capiuntur homines in tempore malo... (Ecclesiastes, IX, 10-12.)

(2) Obsecramus pro Christo reconciliamini Deo. (Corint., II, V, 20.)

(3) Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis. (II Corint., VI, 1-2.)—Mundemus nos ab omni inquinamento carnis et spiritus. (II Corint., VII, 1.)

ido inmediatamente á Ananías, ni éste le hubiera enseñado, ni confortado, ni purificado.

Yo os ruego, pecadores, que imitéis al Apóstol, y si allá en el fondo de vuestra conciencia oís la voz del Señor que os dice: *¿Por qué me persigues?* Arrepentíos al punto, convertíos á Dios, y decid: «*Señor, ¿qué queréis que haga? (Domine; quid me vis facere?)* Y acudid á Ananías, esto es, al sacerdote católico, que él, en nombre de Jesucristo, os enseñará, os consolará, os perdonará vuestros pecados y comenzaréis vida nueva, vida de gracia, vida de santidad, vida divina.

Sí, amados míos, esto es preciso; porque si el justo que cae una vez en materia grave y no se levanta queda perdido para siempre, ¿cuál será la suerte de aquel que viva de asiento en el pecado mortal y no trate de convertirse, ó que lo dilate para la vejez? «El que vive en dicho pecado mortal—dijo San Agustín—no vive; es preciso que muera al pecado, sino quiere morir para la eternidad; es preciso que se convierta para no ser condenado (1).» *(Mutetur, ne damnetur.)*

Hagámoslo así, y hagámoslo pronto; pues á eso se encamina la Epístola de este día, diciéndonos: «*Tenemos gran confianza en Dios, por Cristo; no porque de nosotros mismos seamos capaces de tener algún buen pensamiento, como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios.*» Demos, pues, gracias al Señor, porque Él se digna misericordiosamente ayudar á nuestra flaqueza, y digámosle con San Agustín de lo íntimo de nuestro corazón: «Ah, Señor, ¡cuánto he tardado en amaros, hermosura siempre antigua y siempre nueva; cuánto he tardado en amaros (2)!», pues haciéndolo así, amados míos, nuestros pecados serán perdonados, y nuestra alma, limpia y pura en esta vida, pasará después á gozar las eternas delicias de la gloria. Amén.

(1) Qui male vivit, non vivit. Moriatur, ne moriatur; mutetur, ne damnetur. (S. Agust., *De morib.)*

(2) Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova; sero te amavi! (S. Agust., *Confess.)*

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo XII después de Pentecostés.

Sobre la conversión del pecador.

(Continuación.)

MADOS hermanos míos: Refiérese en el capítulo V del Sagrado Evangelio, según San Juan, que hallándose junto á la probática piscina de Jerusalén, un hombre paralítico, que llevaba treinta y ocho años de enfermedad, le dijo Jesucristo: *¿Quieres ser sano?*—Y él respondió: «*Señor, no tengo hombre que me sumerja en la piscina.*» *(Non habeo hominem.)*—Lo cual fué como decirle: «Señor, yo por mí solo no puedo moverme; ayudadme vos.»—Y Jesús le dijo: «*Levanta, toma tu camilla y anda.*»—Hízolo así el enfermo, y al punto quedó sano.

Este hecho maravilloso, amados míos, es un símbolo de la conversión del pecador, que nosotros debemos imitar. Lo primero es *conocer* que estamos enfermos y *querer* sanar. Hombre no nos falta; pues tenemos á Jesucristo, *Hombre-Dios,* que sin cesar nos dice en nuestra conciencia: «Levanta, pobre alma, levanta tu corazón á Dios; toma sobre ti la cruz de tus pasiones, y llévalas á ellas, para que ellas no te lleven á ti; modéralas y *anda;* es decir, camina hacia adelante en la virtud, porque *el Señor no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.*

¡Cuánto consuelo y confianza en Dios debe inspirarnos este pasaje evangélico! El grande Apóstol lo encarece en la Epístola de este día, diciendo: «*Hermanos: tenemos tal confianza en Dios por Cristo; no porque de nosotros mismos seamos capaces de tener algún* (buen) *pensamiento, como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios.*» (II Corint., III, 4-5.) Es decir, que el hombre pecador tiene necesidad de convertirse, y le urge hacerlo pronto; mas como por sí mismo no puede, ha de poner toda su confianza en Dios, que es el único que puede resucitar al alma muerta por la

culpa grave. Dos cosas, pues, importa que consideremos sobre este particular.

1.ª Los motivos de confianza en el Señor.
2.ª Los provechos de una verdadera conversión.

PUNTO 1.º

MOTIVOS DE CONFIANZA EN DIOS

«*La justificación de un impío*—dijo San Agustín—*es obra mayor, más difícil y más divina que la creación del universo* (1).» No que para Dios haya nada difícil, ni más ni menos difícil, sino que el hombre pecador, en el uso libérrimo de su voluntad, pone obstáculos á la misericordiosa acción divina. Dios habló á la nada, y surgió instantáneamente la creación hermosa y bella. Dios habla al pecador para convertirle, y el pecador insensato levanta orgulloso su frente, y dice: «*No quiero.*» En este sentido, ¿quién no ve que la justificación del pecador es más difícil y exige mayor potencia que crear el cielo y la tierra?

La justificación del pecador es el tránsito del estado de pecado al estado de gracia, y como el pecado y la gracia son entre sí más contrarios que la nada y las criaturas, por eso se considera obra mayor la justificación del impío.

Por otra parte, el pecado y el pecador se hallan más lejos de Dios que la nada; puesto que Dios y el pecado son dos extremos infinitamente distantes. La nada no contradice á Dios, el pecador sí.

Por último, la grácia y la justicia son de un orden sobrenatural y divino, y de aquí el que sea obra de supremo poder, que el hombre oprimido por el pecado bajo el peso de todas las criaturas, se levante sobre todas ellas, y se eleve á la gracia, y sea hecho partícipe de la naturaleza divina, é hijo y heredero de Dios. De donde se infiere que no andubo exagerado San Agustín cuando dijo que «*la justificación del impío es obra mayor, más difícil y más divina que la creación del universo*».

¡Ah, Señor!—exclama el Eclesiástico.—*¡Cuán grande es vuestra misericordia, y la clemencia que ejercéis en favor de los que se con*

(1) Justificatio impii majus, difficilius et divinius est opus, quam creatio universi. (S. Agust., *Homil.*)

vierten á Vos! (1). No hay palabras humanas ni angélicas con que encarecerlo; y quien desee formar alguna idea de la infinita misericordia de Dios hacia el pecador á quien perdona, considere la grandeza de los suplicios del infierno de que el Señor le libra; considere que el abismo de nuestra miseria llama al abismo de la misericordia; considere que no se contenta la Majestad divina ofendida con perdonar todas las culpas, por muchas y enormes que sean, ni con perdonar además la pena eterna por ellas merecida, sino que con bondad inconcebible hermosea el alma con la gracia santificante, y demás carismas divinos, haciéndola amiga é hija suya con derecho á la eterna herencia del reino de los cielos.

Pues bien; para gozar de todo este portento de maravillas, dícenos hoy el Apóstól que «*el hombre nada puede por sí mismo, sino que su suficiencia le viene de Dios, en quien ha de poner toda su confianza*».

Pero, Dios mío, podemos decir, ¿en qué fundaremos dicha confianza, viéndonos tales como somos?—Yo os lo diré: Primero, en que nunca nos ha de faltar *el auxilio de Dios*. Segundo, en los *oficios y méritos de nuestro Señor Jesucristo*. Tercero, en la *protección de la Virgen Santísima, en los Santos, en la oración, en los sacramentos*. ¡Cuánto auxilio! ¡Cuántos motivos de confianza! Reflexionemos un momento.

AUXILIOS DIVINOS. «*Dios*—dijo San Agustín—*no manda imposibles, sino que al mandar amonesta que se haga lo que se pueda, que se le pida auxilio en lo que no se pueda, y haciendo esto, Él nos ayudará para que podamos* (2). Es decir, que Dios nuestro Señor, al ponernos en este mundo y mandarnos combatir contra sus pompas y vanidades, y contra el demonio, y contra nuestras propias concupiscencias, no nos deja solos, abandonados á nuestras propias fuerzas, sino que nos dice: «Yo os mando esto; por vosotros mismos nada podéis; pero nada ha de acobardaros, porque aquí estoy yo para favoreceros, y con mi auxilio todo lo podéis; sólo quiero que tengáis confianza en mí y que me pidáis.» ¿Quién no ve en esto un grandioso motivo de confianza? Pidamos y recibiremos.—*Petite, et accipietis*.

Señor—decía David—«*mi pie iba á resbalar, mas vuestra misericordio acudía á sostenerme* (3)».

---

(1) Quam magna misericordia Domini, et propitiatio illius convertentibus ad se. (Eccles., XVII, 28.)

(2) Deus impossibilia non jubet; sed jubendo monet, et facere quod possis, et petere quod non possis, et adjuvat ut possis. (S. Agust., lib. de natura et gratia, cap. XLIII.)

(3) Motus est pes meus; misericordia tua, Domine, adjuvabat me. (Psal XCIII, 18.)

«Señor—decía San Pablo—*nos vemos acosados de toda suerte de tribulaciones, pero no perdemos el ánimo...; somos perseguidos, mas no abandonados; somos abatidos, pero no perecemos.» (Dejicimur, sed non perimus.*—II Corint., IV, 8-9.) «*Todo lo puedo en Aquel que me conforta* (1).» *Porque fiel es Dios, y no permitirá que seamos tentados más de lo que podamos soportar, antes bien hará que la tentación nos sea provechosa para que podamos sostenernos* (2).

OFICIOS Y MÉRITOS DE JESUCRISTO. — ¿Y qué diremos de los oficios que con nosotros hace nuestro Señor Jesucristo, y de sus méritos infinitos que en realidad son nuestros? «*Hijitos míos*—dijo San Juan — *estas cosas os escribo para que no pequéis. Pero aun cuando alguno por desgracia pecare, no desespere, pues tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo, justo; y El mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados; y no tan sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.*» (I Joann., II, 1-2.) ¿Y quién no podrá convertirse y salvarse teniendo por abogado á Jesús, Dios y hombre verdadero, que *está siempre vivo para interceder por nosotros? (Semper vivens ad interpellandum pro nobis.* Hebr., IX, 24.)

LA VIRGEN Y LOS SANTOS. — ¿Quién podrá desmayar teniendo además como garantía de nuestra salvación, á la Serenísima Virgen María, Emperatriz de los cielos, Madre de Dios y juntamente Madre nuestra? ¿Hay quien no sepa de memoria el poderoso auxilio que tenemos en los Santos, en la oración, en los Sacramentos...? ¿Qué pecador hay tan fuera de sentido que, á pesar de verse miserable y de reconocerse impotente para convertirse por sí mismo, no se anime y regocije al considerar que todo lo puede en Dios y en la Virgen y con sus auxilios soberanos?

Tengamos, pues, muy en la memoria estas palabras de nuestra Epístola: «*Nada podemos por nosotros mismos, mas nuestra suficiencia nos viene de Dios.*» Pero veamos ahora, para cobrar mayor ánimo, los inmensos provechos que nos vienen de una verdadera y pronta conversión.

PUNTO 2.°

PROVECHOS DE LA VERDADERA CONVERSIÓN

Innumerables son, amados míos, los provechos que recibe el alma cuando arrepintiéndose de sus culpas se convierte de veras á

(1) Omnia possum in eo qui me confortat. (Philip., IV, 13.)

(2) Fidelis Deus est; qui non patietur vos tentari supra id quod potestis; sed faciet etiam cum tentatione proventum, ut possitis sustinere. (I Corint., X, 13.)

Dios. No es posible explicarlos debidamente en una breve instrucción; mas sí podemos formar de ellos alguna idea, y eso es lo que ahora me propongo. Para ello basta recordaros algunos versículos de la consoladora profecía de Ezequiel, capítulo XXXVI, donde por labios del Profeta dice el Señor Dios á los pecadores convertidos: «*Cuando yo fuere santificado en vosotros delante de las gentes os sacaré de entre ellas, y os congregaré de todas las tierras y os conduciré á vuestra patria.*» (Ezeq., XXXVI, 23.)

Esta es, carísimos hermanos, la primera gracia que el Señor concede á los que de veras se convierten á Dios; en la cual, según hace notar el Padre Scío, «está figurada y comprendida la salud que se da al hombre, junto con la abundancia de todas las gracias espirituales, cuando entra en la Iglesia y recibe el bautismo de Jesucristo». Es como si el Señor dijera: «Cuando yo fuere santificado en vosotros, mediante una verdadera conversión, os entresacaré de las gentes del mundo y os congregaré en lo íntimo de mi corazón divino, y luego, después de este destierro, os conduciré á vuestra patria celestial, que os tengo preparada si perseveráis en mi amor.» ¡Qué bondad! ¡Qué misericordia infinita!

Y para que esto sea bien entendido por todos los cristianos, añade el Profeta á continuación estas consoladoras palabras: «*Y derramaré sobre vosotros agua pura, y seréis purificados de todas vuestras inmundicias, y de todos vuestros ídolos os limpiaré.*» (Verso 25.) Es decir, que Dios nuestro Señor, para excitar á los hombres y casi obligarlos á que dejen sus pecados y se conviertan á Él, parece decirles: «Hijitos míos; tan luego como abominéis vuestros pecados y tornéis á mi amor, yo derramaré sobre vuestra alma las aguas purísimas y abundantísimas de mi gracia, y seréis limpios de todas vuestras culpas, en virtud del precio de la sangre de mi Hijo unigénito, derramada sobre el madero de la cruz para borrar los pecados del mundo, y aplicada á cada uno de vosotros por el Bautismo y por la penitencia.» Sí, carísimos hijos: «*desde el momento en que el impío hiciere penitencia de todos sus pecados, y guardare todos mis preceptos y obrare según derecho y justicia, tendrá vida verdadera y no morirá, y no me acordaré ya de sus iniquidades*». (Ezeq., XVIII, 21 á 28.)

Esto dice el Señor Dios, amados míos. ¡Qué consuelo para nuestro pobre corazón pecador! Pero este consuelo sube de punto si consideramos estas otras dulcísimas palabras que á continuación añade el mismo Dios: «*Y os daré*—dice—*un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros; y os quitaré el corazón de*

piedra (es decir, el corazón duro y rebelde á mis mandatos), *y os daré un corazón de carne* (ó sea un corazón flexible, dócil y amoroso, capaz de ser vivificado y dirigido por mi espíritu soberano).

«*Y pondré mi propio Espíritu en medio de vosotros, y haré que andéis por el camino de mis preceptos, y que guardéis mis leyes y las practiquéis. Y habitaréis en la tierra que di á vuestros padres.*» Esto es, viviréis en el seno de mi Iglesia, en paz, con alegría y abundancia de bienes espirituales, y por fin hallaréis el cielo con sus inefables y eternas delicias. En una palabra: «*vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios*». (*Eritis mihi im populum, et ego ero vobis in Deum.*—Verso 28.)

¡Qué promesas, Dios mío! ¿Quién será capaz de comprender el amor que entrañan y los beneficios que encierran? Dios dirige sus miradas al pecador á quien convierte; extingue sus vicios y le infunde las virtudes; le conduce de la fe muerta á la fe viva, de la carne al espíritu, de la tibieza al fervor, de la justificación á la perfección, del temor al amor, del amor á los placeres al amor de las cruces, del amor á las cruces á las delicias del cielo. ¡Cuántas maravillas en una sola conversión!

Quien desee penetrarse bien de ellas recorra las páginas sagradas y la historia eclesiástica, y en ellas encontrará á Santa María Magdalena, á Santa María Egipciaca, á Santa Pelagia, á San Agustín, y sobre todo al gran Doctor de las gentes, San Pablo, convertido instantáneamente de lobo en cordero, de perseguidor fiero de los cristianos, en Apóstol y mártir de la fe del Crucificado. Antes corría furioso por borrar de la haz del universo el nombre de Cristo y por aniquilar á los cristianos; después sólo desea morir por ellos y padecer mil muertes por extender en el mundo el reinado del mismo Cristo. Antes odiaba con todo su corazón á Jesús; después se hallaba como transformado, por el amor, en otro Jesús, hasta el extremo de exclamar: «*Jesucristo es mi vida, y la muerte es para mí ganancia.*» (*Mihi vivere Christus est, et mori lucrum.*)

Tales son los *milagros* de la gracia de Dios en las almas, tales los *provechos* de una verdadera conversión y tales los *motivos* que nos impulsan á depositar en Dios nuestro Señor toda nuestra confianza. No olvidemos jamás la Epístola de este día, pues á todos nos interesa recordar que *por nuestra parte nada somos, nada valemos, nada podemos y que nuestra suficiencia viene de Dios,* autor de todo bien, bondad suma, misericordia infinita, en quien, de quien y por quien vivimos y somos y que sólo á El son debidos el

honor y la gloria, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo XIII después de Pentecostés.

Naturaleza é importancia de la fe.

Amados hermanos míos: En la hermosa serie de Epístolas que la Iglesia nuestra Madre pone á nuestra consideración desde la Dominica VI después de Pentecostés hasta la presente, vese con evidencia la tierna solicitud que ella desplega para destruir en nosotros el imperio del pecado, y que reine en nuestros corazones la justicia y la santidad verdaderas. Grandes, poderosos y urgentes son *los motivos* que al efecto nos propone en dichas Epístolas, sacando por consecuencia legítima en la del Domingo anterior, que nuestra conversión y unión con Dios son necesarias, ineludibles, y que hemos de realizarlas prontamente, á lo menos por los grandiosos provechos que ellas nos reportan.

Convencidos de estas verdades, y deseando vivir y morir con la vida de la gracia santificante, se pregunta: ¿Cómo podremos ser santos, justos y agradables á Dios, y cuál será la señal para asegurarnos de haber obtenido esta felicidad? A esto nos responde el Apóstol en la Epístola de este día, diciéndonos: «*Hermanos; manifiesto es que ninguno está justificado ante Dios por la Ley; porque el justo vive de la fe. Mas la Ley no es de la fe, sino que quien guardare aquellos preceptos, vivirá en ellos.*» (Galat. III, 11-12.) Es decir, que al cristiano no le basta la ley mosáica para salvarse, sino que le es precisa la fe en Jesucristo; y no la fe muerta, sino la que vaya acompañada de caridad y buenas obras.

Todo esto requiere explicación clara y precisa, y dárosla según lo enseña la Iglesia católica, es lo que me propongo en esta y otras exhortaciones sucesivas. Siguiendo el texto de nuestra Epístola, declararé hoy dos cosas:

1.ª La naturaleza de la fe cristiana.
2.ª Que ella es el principio de la justificación.

PUNTO 1.°

NATURALEZA DE LA FE CRISTIANA

¿Qué cosa es la fe? El Apóstol San Pablo, en su Epístola á los Hebreos, la define, diciendo: «La fe es *la substancia de las cosas que debemos esperar y la demostración de las cosas que no se ven* (1).

Dice que es una *substancia* para que se entienda que la fe no es cosa accidental, ni variable, ni dudosa, sino *cierta, permanente* y *esencial* (2); y por lo mismo que en ella no caben opiniones, ni disputas, ni variaciones, ni errores. —¿Es cosa de fe? Callen los hombres, porque media la verdad infalible de Dios. — ¿Que yo no entiendo con mi razón el misterio que la fe propone á mi crencia? —No importa. No hace falta; y la misma razón dicta que Dios puede hacer más que lo que nosotros podemos comprender. Si hubiéramos de rechazar las cosas que no comprendemos, sería preciso rechazar las esencias de todas las cosas. ¿Quién hay tan soberbio y tan necio que juzgue entender todo cuanto hay en el mundo? ¿Y dejará de ser cierto, real y verdadero lo que él no entienda, y sólo porque él no lo entienda?

La fe, pues, es una *substancia*, ó sea una cosa *subsistente* en sí misma; es *un don de Dios y una luz sobrenatural con la cual, iluminado nuestro entendimiento, asentimos firmemente á todas las cosas que Dios ha revelado, y que nos propone por la Iglesia, para que las creamos, ya sean escritas en las páginas sagradas, ó ya no lo sean.* ¿Lo propone la Iglesia católica? Esto basta, porque sabemos que ella *es infalible,* como regida por el Espíritu Santo, que no puede engañarse ni engañarnos.

¡Oh, si los hombres se penetraran bien de esta verdad! «La fe—dijo el Crisóstomo (Homil. ad Hebr.)—es la convicción y la certidumbre de las cosas que se esperan, como si ya se poseyesen, porque Dios lo ha dicho.» *(Substantia rerum sperandarum.)* Es decir, que la fe hace que los bienes futuros, que todavía no existen, *subsistan* en nuestro entendimiento como esperanza, y que estemos tan ciertos de ello como si realmente existieran ya de hecho.

---

(1) Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium (Hebr., XI, 1.)

(2) Substantiae nomine aliquid certum tibi fixumque praefigitur. Non est enim fides aestimatio sed certitudo. (S. Bernardo, *Epist. ad Innocent.*)

Esta es la fe, y de ella—añade el Apóstol—que es *el argumento de las cosas que no se ven (Argumentum non apparentium);* ó sea, la demostración y manifestación de las cosas que no aparecen á los sentidos; en especial de los bienes que esperamos, los cuales, aunque no los vemos con los ojos del cuerpo, estamos como viéndolos presentes con los ojos de la fe. Dios lo ha revelado, Dios lo atestigua, y para los ojos de nuestro entendimiento es evidente, porque Dios no se equivoca, ni puede equivocarnos. Al hombre le es lícito investigar y juzgar de las cosas hasta cerciorarse de si Dios ha hablado; pero una vez sabiendo que es palabra divina, calle y enmudezca el hombre; pues su obligación es inclinar humilde su frente, y decir: *Creo.*

Pero, ¿ha hablado Dios á los hombres?—Sí, ciertamente; es un hecho histórico y nadie puede negarle. Dios ha hablado *por el Antiguo Testamento,* y ha hecho conocer su voluntad, clara y terminantemente por los Patriarcas, por los Profetas, sellando la verdad de sus palabras con innumerables, asombrosos y públicos milagros. ¿Quién podrá borrar la historia de los siglos, tan cuidadosamente custodiada y venerada por el pueblo judaico, hasta la venida del Redentor?

Dios ha hablado á los hombres por el *Nuevo Testamento,* base de nuestra fe católica. Dios ha hablado por su Hijo unigénito Jesucristo, Dios como el Padre. Verdad infalible, y el Mesías prometido. ¿Habrá en el mundo persona tan insensata que niegue la existencia de Jesucristo y su divinidad, probada hasta la evidencia con multitud de milagros auténticos, públicos, á la faz de todas las naciones, amigas y enemigas... y ante nosotros mismos, que no podemos negar el cumplimiento de las profecías, ni su moral divina, ni su verdad evangélica? (1).

Dios ha hablado á los hombres, y continuamente les está hablando, por su órgano infalible, la Santa Iglesia Católica, regida por el Espíritu Santo, Espíritu de verdad que vino á enseñar al mundo toda la verdad. Y la fundación, y la estabilidad asombrosa de esta Iglesia, y su propagación, y sus Apóstoles, y sus mártires, y sus confesores, y sus santos en todos los siglos, y los innumerables milagros que ellos obraron y siguen obrando, y los portentosos beneficios que todos presenciamos..., son prueba evidente de que la voz augusta é infalible de la Iglesia es (en materia de fe y costumbres) la misma palabra de su divino Fundador Jesucristo, y como conti-

(1) Véase nuestra obra *Maravillas divinas,* tomo II, cap. XIII al XIX.

nuación de su adorable persona sobre la tierra, para enseñanza perpetua de las generaciones por venir.

Sí, amados míos *; tales son los fundamentos en que se apoya nuestra fe, y el Apóstol, sin duda, los tenía fijos en su mente, cuando, divinamente inspirado, define esta principal virtud, diciendo: «*Es la substancia de las cosas que debemos esperar, y la demostración de las que no se ven.*»

Ahora, sabiendo esto, ya podemos entrar en la explicación de nuestra Epístola, y mostrar á todo el que tenga inteligencia, que la fe es la base de nuestra eterna bienaventuranza.

PUNTO 2.º

LA FE ES EL FUNDAMENTO DE LA JUSTIFICACIÓN

El fin que el grande Apóstol se propone en la Epístola de este día es el mismo que yo me propongo al explicarla, á saber: *Mostrar que la fe en Jesucristo es la fuente ú origen de toda justicia y el único principio de donde podemos recibir la vida de la gracia.* Los Gálatas, seducidos por falsos apóstoles, entendían que para salvar sus ánimas necesitaban cumplir la ley de Moisés; mas San Pablo, en la Epístola de la presente Domínica, les dice: «*Hermanos: manifiesto es que ninguno es justificado ante Dios por la Ley* (mosáica);

---

* Dios es la verdad esencial, simple, infinita, eterna; y esta verdad nos la comunica á los hombres de muchas é inefables maneras; nos habla, digámoslo así, con diversos lenguajes, todos persuasivos, todos elocuentes, todos maravillosos.

Nos habla por la creación: «*Todo fué hecho por El, y nada de cuanto se hizo, se hizo sin El* (Joann., I, 3)», y todas las criaturas están como dándonos voces, y diciéndonos: «Somos hechura y pertenencia de Dios. Tú, hombre, también has sido creado, también tú perteneces al Señor.» Por la creación, pues, baja la verdad de Dios á nuestras inteligencias, y es uno de los modos con que nos habla Dios.

Pero Dios se hizo carne, y habitó con nosotros lleno de gracia y de verdad, y aunque velado con la carne, nos habló con sus labios, con su vida, con sus enseñanzas y ejemplos, y El bajó del cielo á la tierra para iluminar á todo hombre que quiera recibir su luz y su verdad.

Es más; Dios nos envió su Espíritu Santo, Espíritu de verdad, la Verdad substancial misma que procede del Padre, que nos ilumina, que nos mueve, que nos enseña, y que rigiendo á la Iglesia, nos habla también por ella, por modo infalible, inmutable y eterno. ¡Y todavía habrá en el mundo hombres necios que nieguen que Dios nos habla! No oyen porque están sordos. ¡Infelices!

porque el justo vive de la fe. Mas la Ley no es de la fe, sino que quien guardare aquellos preceptos vivirá en ellos.»

Quiero esto decir, que la verdadera justicia que nos libra del pecado y que nos hace justos delante de Dios, viene solamente de la fe; y esta es una verdad manifiesta, porque se halla expresada por el profeta Habacuc, cuando dijo: *«El justo vive de la fe.» (Justus ex fide vivit.*, II, 4.)

La ley — añade — *no es de la fe;* porque la Ley dice: *«Esto se ha de hacer, ó esto se ha de omitir»*; pero no enseña al hombre el medio para cumplir lo que manda ó prohibe; no le da la fe y la gracia para observar los mandamientos y ser justificado; y, por consecuencia, con la ley sola ninguno puede vivir justa, santa y piadosamente (1). El medio, pues, único é indispensable para salvarse, es *creer en Jesucristo y solicitar por un movimiento de esta fe, la gracia y la justificación del Espíritu Santo.*

Esto es lo que hoy nos enseña el Apóstol y lo que ningún cristiano debe olvidar. *Vive el justo por la fe,* porque esa es la voluntad de Dios para abatir el orgullo de los hombres, y que ninguno se ensoberbezca.

Vive el justo de la fe, porque Dios es Espíritu invisible, que quiere ser creído y reverenciado, en primer lugar con el espíritu y con la mente del hombre. La soberbia no entra en el Cielo.

Vive el justo de la fe, porque siendo Dios Espíritu, quiere ser adorado en espíritu y en verdad; y la adoración ha de comenzar por la parte interior del hombre, ó sea por la sumisión del entendimiento á las verdades de la fe. ¿Cómo ha de salvarse el hombre ensimismado y con razón altanera?

Vive el justo de la fe, y de la fe en Cristo nuestro Señor; porque Cristo es, no solamente la vida, sino la fuente de toda vida, y *«no hay debajo del cielo otro nombre en el cual podamos ser salvos* (2)».

Vive el justo de la fe, porque, como dice el mismo Apóstol, *«sin la fe es imposible agradar á Dios; y porque es preciso que el que se acerque á Dios crea que existe y que recompensa á los que le buscan* (3)».

Vive el justo de la fe, porque *«el que no cree está ya juzgado* (4),

(1) Véase á Cornelio á Lapide, quien lo trata extensamente; y también Piconio y Santo Tomás, que exponen la mente del Apóstol, diciendo: «Justitia est ex fide; sed lex non est ex fide; ergo non potest justificare.

(2) Non est aliud nomen sub coelo datum, in quo oporteat nos salvos fieri.

(3) Sine fide impossibile est placere Deo; credere enim oportet accedentem ad Deum, quia est, et inquirentibus se remunerator sit. (Hebr., XI, 6.)

(4) Qui non credit, jam judicatus est. (Joann., III, 18.)

y porque el fin de la ley es Cristo, para que sea justo todo creyente (1)».

Vive el justo de la fe, porque si el fin de la Ley es Cristo, Cristo es la perfección de la ley; puesto que, sin la fe en Jesucristo, la ley no ha podido ni puede cumplirse perfectamente.

En suma. Vive el justo de la fe, porque sin la fe ninguno puede ser justo. Y si la fe es necesaria para vivir espiritualmente, y si sólo el que vive en el espíritu tiene fe verdadera, síguese, por consecuencia, que el que no cree en Jesucristo está muerto para el cielo, y su condenación es segura. *(Qui non crediderit condemnabitur.* Marcos, XVI, 16.)

Tal es, amados míos, la enseñanza que hoy me propuse ofreceros, y os ruego encarecidamente que la conservéis en la memoria; porque *la razón sola no basta para salvarnos;* es preciso que nuestro entendimiento se apoye en la revelación y en la fe en las verdades reveladas, que la Iglesia, nuestra Madre, propone á nuestra creencia. Sólo la fe puede mostrarnos la causa verdadera de nuestra corrupción é indicarnos el remedio de nuestros males. Sólo la fe puede enseñarnos cuál es nuestro último fin y los medios de obtenerle. Sólo la fe puede preservarnos de varios errores capitales, contrarios á la misma ley natural, que se hallan mezclados entre las bellas máximas proferidas por los filósofos paganos. Sólo la fe puede enseñarnos las virtudes sobrenaturales para obtener nuestra temporal y eterna felicidad. Sólo la fe puede elevarnos á las sublimes regiones de la humildad, abnegación, amor á los enemigos, perdón de las injurias, resignación á la voluntad de Dios, regocijo en los padecimientos, pureza y otras muchas virtudes heroicas, que constituyen como el tesoro de los cristianos, derramando el bien en las familias, en los estados y en todo el universo.

¡Oh! ¡Cuán terrible desdicha es que los hombres se aparten de la única y verdadera fe; de la fe en Cristo nuestro Señor y en su santa Iglesia católica, fuente inagotable de santidad y de ventura para todos los creyentes! Por mi parte me complazco en levantar hoy mi voz ante vosotros y deciros con las mismas palabras del Apóstol: «*No me canso, ni me cansaré nunca de dar gracias á Dios por vosotros, amados hermanos en el Señor, porque Dios os escogió para salud en la santificación del espíritu y en la fe de la verdad. Esto es, porque os ha dado el espíritu de fe en las verdades reveladas, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Permaneced firmes en la fe... y el*

(1) Finis legis Christus, ad justitiam omni credenti. (Rom., X, 4.)

mismo Cristo nuestro Señor, Dios y Padre nuestro, quien nos ha amado y nos ha hecho la promesa de la consolación eterna, consuele vuestros corazones y los confirme en toda buena obra y palabra (1).» Así sea, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo XIII después de Pentecostés.

Cualidades y provechos de la fe.

Oh *insensatos Gálatas! ¿Quién os ha seducido para no obedecer á la verdad, vosotros, ante cuyos ojos ha sido presentado Jesucristo, como crucificado en vosotros mismos? ¿Tan necios sois que habiendo comenzado por espíritu acabéis por carne?* (Galat., III, 1 á 4.) Esto, carísimos hermanos, que escribió el gran Doctor de las naciones á los fieles de Galacia, es cabalmente lo que puede argüirse á muchos cristianos de nuestros tiempos.

¡Oh insensatos!, conviene decirles. ¿Quién os ha seducido para abandonar la causa de la verdad y no obedecer á Jesucristo y á su Iglesia, mostrándoos enemigos y perseguidores de la Religión católica, en la cual tuvisteis la dicha de nacer y ser bautizados? ¿Cómo sois tan desnaturalizados é ingratos para con vuestra Madre la Iglesia, que desgarráis sus entrañas amorosas con las doctrinas y libertades modernas, después de haber recibido en vosotros mismos, cuando os bautizaron, y por un don particular del Espíritu Santo, el fruto copioso de la pasión sacratísima de Jesús, la santificación, las gracias, los méritos, la filiación divina y todos los demás carismas que os hicieron templos vivos de Dios y herederos de la patria celestial? ¿Es justo, ni razonable, ni conveniente para vosotros, que *habiendo comenzado en espíritu acabéis por carne?*

Sin embargo, ¡oh dolor! esto es lo que con amargura de nuestro corazón estamos presenciando, y para que vosotros, amados hermanos míos, no caigáis en semejante desdicha, quiero recordaros las palabras de San Pablo en la Epístola de este día. Dice así:

---

(1) Thesalonic., II, 12 y siguientes.

«Es manifiesto que ninguno será justificado delante de Dios por la ley, porque el justo vive de la fe.» (Galat., III, 11.) Es decir, que la verdadera justificación por la cual quedan borradas todas nuestras culpas, viene de la fe en Jesucristo, porque es palabra divina, anunciada en los profetas, que *el justo vive de la fe. (Justus ex fide vivit.*—Habacuc, II, 4.)

Mas como la fe, para ser perfecta y surtir su efecto, ha de ir acompañada de caridad y buenas obras, es de necesidad que yo os declare en esta instrucción dos cosas:

1.ª Las cualidades de la fe cristiana.
2.ª Los provechos que proporciona.

PUNTO 1.°

DE LAS CUALIDADES DE LA FE

Hermanos mios carísimos: «Bienaventurada la sencillez, que dejando los ásperos caminos de las cuestiones, va por la senda llana y segura de los Mandamientos de Dios. Muchos perdieron la devoción queriendo escudriñar las cosas sublimes. Fe se te pide y buena vida, no elevación de entendimiento ni profundidad de los misterios de Dios. Si no entiendes ni comprendes las cosas más triviales, ¿cómo entenderás las que están sobre la esfera de tu alcance? Sujétate á Dios y humilla tu juicio á la fe, y se te dará la luz de la ciencia, según te fuere útil y necesaria.» (*Imit. de C.*, libro IV, cap. 18.)

Estas hermosas palabras que leemos en el admirable libro de la *Imitación de Cristo* nos muestra cuán necesario es al cristiano creer humilde y sencillamente los dogmas augustos de nuestra santa fe católica; mas como *no basta creer,* sino que además *es preciso obrar* según la creencia, por eso es de altísima importancia considerar las cualidades de la misma fe, á saber: que sea *humilde, íntegra, firme y viva.*

¿QUÉ ES FE HUMILDE?—Es una pronta y sincera sumisión de nuestro entendimiento á las verdades reveladas por Dios, sin tratar de escudriñar curiosos los misterios inaccesibles á nuestra débil razón humana; según aquello del Eclesiástico: *«No busques cosas más altas que tú, y no escudriñes lo que supera las fuerzas de tu razón; ocúpate más bien de lo que Dios te ha mandado, piénsalas siem-*

pre, y en muchas de sus obras no seas curioso, porque no es necesario que veas con tus ojos aquellas cosas que están ocultas (1).»

Quiere esto decir, que *el hombre sensato cree en la Ley de Dios, y esta Ley no le engaña* (2). ¿Hay mayor insensatez que exigir razones evidentes para creer los dogmas superiores á la razón? Si nuestra adorable y sacrosanta Religión no contuviese misterios, no sería divina; sería como hechura de hombres, sería ciencia y no fe. Acordémonos—dijo San Agustín—de que Dios puede hacer muchas cosas incomprensibles para el hombre; pues de otra suerte, ó Dios no sería Dios, ó el hombre sería Dios. (Lib. *De Civit.*)

Es, pues, necesario, que nuestra fe sea *humilde,* creyendo los misterios divinos, aunque no comprendamos su esencia, ni su modo; pues escrito está, que «*el que quiera sondear la majestad infinita del Altísimo, quedará deslumbrado por su gloria*» (3); á la manera que quien fije su mirada en el sol, intentando comprenderle, queda ciego. ¡Cuántos ciegos hay en este mundo, por pretender escudriñar lo que el Señor esconde en luz innaccesible!

FE ÍNTEGRA.—Pero decíamos que la fe ha de ser *íntegra;* y esto se concibe bien, porque ella es una é indivisible. El que niega un artículo de fe, es como si los negara todos; pues si cabe error en un artículo, ¿por qué no en todos? Si Dios, al hablar al hombre, pudiera engañarse en una sola palabra, no estaríamos obligados á creerle en ninguna. Si la Iglesia se equivocara en un dogma, podría equivocarse en todos, no sería infalible, ni tendríamos obligación de creer en ninguno.

La Iglesia—dijo San Pablo—«*es la columna y el fundamento de la verdad*» (4), y, sin embargo, ¡cuántos que se llaman cristianos, creen lo que les deleita, y no creen lo que les molesta, ó contraría sus pasiones! ¡Cuán errados caminan!

FE FIRME.—Otros hombres hay que se llaman creyentes, y esto no obstante, flutúan en la fe, como si las verdades reveladas no tuvieran por garantía la palabra de Dios, interpretada y custodiada por la Iglesia de Jesucristo, que ha recibido de su divino Autor el don de la infalibilidad. ¿Creemos en Dios? ¿Creemos en Jesucristo? ¿Creemos el Evangelio? Pues creamos á la Iglesia que ha recibido

(1) Non est tibi necessarium, ea quae abscondita sunt, videre oculis tuis. (Eccles., III, 22-23.)

(2) Homo sensatus credit legi Dei, et lex illi fidelis. (Eccli., XXXIII, 3.)

(3) Qui scrutator est majestatis, opprimetur a gloria. (Prov., XXV, 27.)

(4) Columna et firmamentum varitatis. (I Timot., III, 15.)

divinamente y conserva en depósito la palabra del Evangelio, la palabra de Jesucristo y la palabra de Dios.

Seguros estamos de no engañarnos, creyendo con los patriarcas y los profetas y todos los justos de la Antigua Ley; creyendo con Jesucristo, Hijo de Dios, con la Santísima Virgen, su divina Madre, con San Juan Bautista, los Apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes; creyendo con toda la Iglesia y con todos sus concilios universales y provinciales; creyendo con todos los Santos Padres, teólogos, Doctores, y con todos los santos de todos los tiempos y lugares, edades y condiciones; creyendo lo que el universo católico ha creído siempre con firmeza y constancia admirables; creyendo lo que hoy mismo creen todos los verdaderos cristianos y todos los sabios fieles y virtuosos, que admiran al mundo con sus costumbres ejemplares y con su ciencia prodigiosa.

FE VIVA.—Pero, sobre todo, la principal cualidad de nuestra fe, es que sea *viva,* ó sea, obradora de virtudes cristianas, hijas de la caridad divina. ¿En qué se conoce que un hombre está vivo?—En el movimiento. Pues de igual manera la vida de la fe se manifiesta por el movimiento, por las obras. «*La fe sin obras es fe muerta*» (1).

Sobre este punto está terminante el Apóstol Santiago; dice así: «*¿Qué aprovechará, hermanos míos, la fe á uno que no tiene obras? ¿Por ventura podrá la fe salvarle? Tú, que no te cuidas de obrar bien, inútil y vanamente te glorías de tener fe; muéstrame tu fe por tus obras, y yo te mostraré por mis obras mi fe. ¿Tú crees que Dios es uno? Haces bien; también los demonios lo creen y tiemblan. ¿No sabes, hombre vano, que la fe sin las obras es muerta?*» (Jacob, II, 14 á 21.)

Es decir, que la fe sin obras buenas, es fe de demonios, fe que no aprovecha por sí sola para la salvación, y por eso dijo Cristo nuestro Señor: «*No todos los que digan: «Señor, Señor» entrarán en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial*» (2).—EL QUE HAGA, notadlo bien, el que obre con la fe, ese será el que entre en las mansiones celestiales.

Es más; para que la fe sea perfecta, no basta que se obre según ella, ni que las obras sean buenas, porque éstas, para ser meritorias de vida eterna, han de proceder de la caridad sobrenatural y divina. «¿Qué es creer en Dios?—pregunta San Agustín;—y responde: Es creyendo amarle, creyendo preferirle, creyendo caminar

(1) Fides sine operibus mortua est. (Jacob, XX, 26.)

(2) Non omnis, qui dicit mihi: «Domine, Domine» intravit in regnum coelorum; sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in coelis est, ipse intrabit in regnum coelorum. (Matth., VII, 21.)

hacia El y unirse á El íntimamente. Esta es la fe que el Señor exige á todos los cristianos» (1).

¡Oh! Si los hombres tuvieran la fe cristiana en su corazón con las cuatro condiciones que acabo de indicar, ¡cuán de otra manera andaría el mundo! Se peca, y se sigue pecando, y no se pone enmienda, y la corrupción crece como ola pestífera que amenaza sumergirnos en lo profundo del infierno, porque la fe está *muerta* en las muchedumbres, porque aun los hombres que la tienen *viva*, carecen de *firmeza* en ella, porque aun suponiendo fe *viva y firme*, suele no ser *humilde*. ¿Cómo es posible que andemos bien, si en la fe, que es el fundamento de nuestra vida, andamos mal? Se hallan fuera de orden las sociedades, porque se les va quitando el fundamento, que es la fe de Jesucristo.

¿De qué sirve—dijo San Cipriano—ser virtuosos en palabras, si nos mostramos criminales en las acciones? (2). La fe se manifiesta por las obras, y cuando la fe es de buena ley, no se vive según la carne. Vivimos según la carne, porque nuestra fe está enferma y no reune las debidas condiciones. He aquí el mal de las sociedades contemporáneas. Aclaremos bien estas ideas, que no carecen de provecho.

PUNTO 2.°

PROVECHOS DE LA VERDADERA FE

Dejemos, ante todo, hablar al Apóstol San Pablo, quien en su carta á los Filipenses, dice así: «*Hermanos, guardaos de los perros, guardaos de los falsos obreros...*» (Es decir, guardaos de los falsos Apóstoles, que corrompen la fe y adulteran la verdadera doctrina del Evangelio.) «*En cuanto á mí*—dice—*todo lo tengo por basura, con tal que gane á Cristo.*» *(Arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam.* (Philip., III, 2-8). ¡Qué fe, amados míos! Ved aquí un buen modelo para nosotros. Esta ha sido siempre la fe de los verdaderos cristianos, y con ella ha obrado el Señor en su obsequio portentosas maravillas.

Quien desee formar idea de la excelencia y provechos de la fe, le recomiendo que lea el capítulo XI de la Epístola de San Pablo á

(1) Quid est credere in Deum?—Credendo amare, credendo diligere, credendo in Eum ire, et ejus membris incorporari. Ipsa est ergo fides quam a nobis exigit Deus. (S. Agust., Tract. XXIX, *in Joann.*)

(2) Quid juvat verbis virtutem astruere, si factis veritatem destruimus? (Serm.)

los Romanos, y en ella encontrará innumerables y sorprendentes prodigios obrados por la fe. «*Por ella*—dice el Apóstol—*David, Samuel y otros muchos conquistaron reinos, obraron justicia, alcanzaron las promesas, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego; evitaron el filo de la espada, convalecieron de enfermedades, fueron fuertes en guerra, pusieron en huida ejércitos extranjeros...*» ¡Cuántos beneficios y cuán grandiosos!

Y si esto fué en la Ley Antigua, figura de la Nueva, ¿qué diremos de los innumerables portentos que el Señor obra en favor de los cristianos de todos los tiempos y lugares? Bástanos oir la palabra divina de nuestro Señor Jesucristo, quien dice terminantemente: «*En verdad, en verdad os digo; el que cree en mí, hará las obras que yo hago, y aun las hará mayores* (1).» ¡Cosa extraña! ¡Hacer los hombres creyentes aun mayores obras que Jesucristo! ¿Cómo se comprenderá esto? ¿Cuáles serán esas obras?

Orígenes fué de parecer que esas grandes obras consisten en el triunfo conseguido por hombres débiles sobre sus propias concupiscencias, sobre el mundo y sobre el demonio; porque el triunfo del hombre sobre sí mismo, mediante la fe y la gracia de Jesucristo, es mayor que el obtenido por Jesucristo sobre sí mismo (2).

San Agustín juzgó que las maravillas obradas por los Apóstoles en la conversión del mundo pagano, fueron más grandes que crear el cielo y la tierra; porque el cielo y la tierra pasarán; pero la salvación y justificación de los predestinados no pasará nunca. Mayores y más numerosas—dice el Santo—fueron las conversiones que hicieron los Apóstoles, que las que obró por sí mismo Cristo nuestro Señor, mediante su predicación. (S. Agust., Tract. LXXII, in Joann.)

San Juan Crisóstomo es de opinión que dichas obras, mayores que las de Cristo, consisten en que San Pedro, sólo con su sombra, curó toda especie de enfermedades, cosa que no leemos la hiciera Cristo. (Homil. XII, in *Act. Apost.*)

De cualquiera manera que esto sea, quedan demostrados, por las palabras mismas del Salvador, la grande excelencia de la fe, su eficacia omnipotente y los grandiosos provechos que ella nos proporciona. Jesucristo dijo que *el que cree en Él, hará las mismas obras que Él hace, y aun mayores;* como diciendo: «Yo, muy en breve, ascenderé al Padre, y por los inauditos prodigios que los

(1) Amen, amen dico vobis; qui credit in me, opera quae ego facio, et ipse faciet, et majora horum faciet. (Joann., XIV, 12.)

(2) Pueden verse las homilías VI y VII de Orígenes in Isaiam.

creyentes harán seré manifestado en todo el universo.» Cosa que, en verdad, estamos palpando con nuestros ojos, mal que pese á la impiedad contemporánea.

¿Quién será capaz de enumerar las maravillas de la fe en los primeros cristianos? Todos los creyentes formaban como un solo corazón y una sola alma, y todos sus bienes los poseían en comunidad. Vendían sus haciendas y repartían el producto entre todos, según la necesidad de cada uno. (Act., II, 45-46.)

«*Todo el que ha nacido de Dios*—dijo el Apóstol San Juan (I. V, 4) —*es vencedor del mundo; y la victoria que nos hace dueños del mundo es nuestra fe.*» *(Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra.)* Nada hay más fuerte que el hombre de fe. ¿Quién no se asombra al considerar los mártires, los Apóstoles, los misioneros y los santos de todos los siglos? ¿Quién les dió la fortaleza?—La fe.

¿Quién ha poblado los desiertos de anacoretas, los monasterios de ángeles, el mundo de héroes y el cielo de santos?—La fe.

¿Quién conduce á los hospicios y á las casas de misericordia tantos millares de jóvenes doncellas, que renuncian gustosas á todas las ventajas del mundo, para consagrar su vida á aliviar las miserias del prójimo y á compartir con ellos sus penas?—La fe.

¿Qué es lo que une la Iglesia católica en todo el universo, de suerte que tantos millones de hombres de todas las clases sociales, condiciones, países y lenguas no sean más que como un solo individuo?—La fe.

¿Qué es lo que mantiene la paz, la unión, la prosperidad, el amor y la concordia en las familias, en los pueblos y en las naciones?—La fe.

¡Oh! la fe hace bueno al rey, bueno al vasallo, bueno al ministro, bueno al legislador, bueno al militar, bueno al magistrado, bueno al sacerdote, bueno al simple fiel, buenos á los padres, buenos á los hijos y buenos á todos los seres racionales.

¡Oh fe cristiana! ¡Cuán buena eres! ¡Cuán necesaria! ¡Cuán provechosa! ¡Bendita seas! ¡Parece increíble que hombres de letras y que se llaman ilustrados, crean posible gobernar bien el mundo sin la fe en nuestro Señor Jesucristo! ¡Quién pudiera dar una voz que se oyese por todo el mundo, y que hiciese resonar en los corazones de todos los hombres estas palabras del Apóstol en la Epístola de este día: «*Es manifiesto que ninguno será justificado delante de Dios por la Ley, sino por la fe en nuestro Señor Jesucristo; porque el justo vive de la fe.*»

Concluyo, pues, diciéndoos con San Cipriano: «Creed á Aquel

que jamás puede engañaros; creed á Aquel que predijo todas estas cosas futuras; creed á Aquel que dará á los creyentes premios de eterna vida; creed á Aquel que dará á los incrédulos suplicios eternos.» *Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe;* y después de esta vida tengamos la seguridad de que seremos coronados eternamente en la otra, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo XIV después de Pentecostés.

Sobre la vida del Espíritu.



AMADOS hermanos míos: El hombre justo vive de la fe; la fe es el principio de la justificación; la justificación es el gran milagro de Dios en nosotros, mas nosotros no somos justificados por la fe sola, sino *por la caridad y las obras buenas.* Esto es, en resumen, lo que el Apóstol San Pablo nos enseñó en la Dominica anterior, y hoy para que ningún cristiano sufra engaño, nos señala en la Epístola de la Misa lo que hemos de hacer para que realmente seamos justos delante de Dios y consigamos nuestra eterna salud. Dice así el gran Doctor:

«*Hermanos: Andad según el espíritu, y no seguiréis los deseos de la carne, porque ésta conspira contra el espíritu, y el espíritu contra ella. El espíritu y la carne son dos cosas contrarias entre sí, para que no hagáis todas las cosas que quisiereis. Y si sois guiados del espíritu, no estáis bajo de la ley... El fruto del espíritu es: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Contra estas cosas no hay ley, y los que son de Cristo, crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias.*» (Galat., V, 16-24.)

Hasta aquí el santo Apóstol, y en verdad que no puede darse enseñanza más útil y más eminentemente práctica. Dos cosas descubrimos en ella que quisiera explicaros hoy con toda claridad:

1.ª Que hemos de andar según el Espíritu.
2.ª Los beneficios que esto nos proporciona.

PUNTO 1.º

QUÉ COSA SEA ANDAR SEGÚN EL ESPÍRITU

Carísimos hermanos míos: Después que el Apóstol San Pablo hubo dicho á los fieles de Galacia que por el Bautismo habían sido elevados á la altísima dignidad de *hijos de Dios* (1), y que se hallaban *revestidos de Cristo, formando una sola cosa con Él* porque *habían recibido en su corazón el Espíritu del mismo Cristo* (2), ó sea el Espíritu Santo consolador, pasa en la Epístola de este día á determinarles, y á determinarnos á todos, el uso que hemos de hacer de tan excelsas é inauditas prerrogativas.

«Hermanos—les dice—dejaos de contiendas, que dan por resultado la pérdida de la caridad; *servíos unos á otros por la caridad del Espíritu, porque toda la Ley se resume en una palabra:* «AMARÁS Á TU PRÓJIMO COMO Á TI MISMO (3).» Es decir, que amando al prójimo por Dios, amamos al mismo Dios, y este amor es el resumen de toda Ley.

Dos son, ciertamente, los preceptos de la caridad, porque dos son los objetos en que ella se ejercita, á saber: *Dios y el prójimo*· mas una sola es la caridad, por la cual amamos á Dios por sí mismo, y al prójimo por Dios. Los dos amores constituyen un sólo acto de amor teologal, y en este sentido afirma el Apóstol que toda la Ley se resume en esta palabra: «AMARÁS AL PRÓJIMO COMO Á TI MISMO (4).»

Pues bien: así como San Pablo resume toda la Ley en esta sola palabra AMARÁS *(Diliges);* así también compendia toda la moral cristiana en esta otra frase: «ANDAD EN ESPÍRITU.» *(Spiritu ambulate.)* Consideremos sus propias expresiones. Escribe así en el principio de la Epístola de hoy: «DIGO, PUES: ANDAD EN ESPÍRITU.» ¿Qué significa esto?

Las palabras: «*Digo, pues*» equivalen á estas otras: «Poned una especial atención á lo que voy á deciros; porque resume todo

---

(1) Ut adoptionem filiorum Dei reciperemus. (Galat., IV, 5.)

(2) Misit Deus Spiritum Filii sui in corda vestra... (Galat., IV, 6.)—Quicumque in Christo baptizati estis, Christum induistis... Omnes enim unum vos estis in Christo. (Galat., III, 27-28.)

(3) Omnis enim lex in uno sermone impletur: Diliges proximum tuum sicut te ipsum. (Galat., V, 14.)

(4) También puede entenderse que toda la ley que se refiere al prójimo, se compendia en esta frase: «Amarás al prójimo como á ti mismo.»

cuanto os llevo explicado. Antes os he exhortado al ejercicio de la caridad en sus múltiples manifestaciones; ahora os quiero indicar el medio general de hacerlo: ANDAD EN ESPÍRITU.» *(Spiritu ambulate.)*

Andar en Espíritu es arreglar la vida, las acciones y las costumbres según el dictamen ó el impulso del Espíritu Santo y de su gracia divina, que nos persuade y mueve á vivir santa y piadosamente, ejercitando las virtudes cristianas, fe, esperanza, caridad, misericordia, humildad...

Andar en Espíritu es reprimir con el espíritu las malas inclinaciones de la carne, y crucificar en lo posible las concupiscencias desordenadas á la manera que Jesucristo, Hijo de Dios y Santo de los santos fue crucificado por nuestras culpas.

Andar en espíritu es poner en juego los medios conducentes, para una vez mortificadas las pasiones, perseverar en tenerlas á raya, porque no tornen á levantarse, y no condescendamos con sus violentas acometidas; que por eso cuando el Apóstol dice: «*Andad en espíritu*», añade á continuación: «*Y así no seguiréis los deseos de la carne.*» *(Desideria carnis non perficietis.)*

Nótese que San Pablo no dijo: «*Así dejaréis de sentir los deseos de la carne* ó de las pasiones; porque esto, sin gracia especial de Dios, es imposible en la presente vida; sino que dijo: «*De esta manera no consentiréis en nada pecaminoso,* ni externa ni internamente; lo cual es en verdad fácil, asistidos de la gracia de Dios y viviendo según el impulso del Espíritu Santo.»

Nótese, además, que por la palabra *carne,* se refiere el Apóstol á todo género de concupiscencias; tanto á las que residen en el apetito concupiscible, como, por ejemplo, la gula y la embriaguez; cuanto á las que son propias del apetito irascible, cuales son la envidia y la ira; y también á las que se levantan en el apetito racional, como el deseo de honores y gloria mundana. A todo esto se llama *carne* en lenguaje bíblico.

A todas las concupiscencias, pues, se refiere el santo Doctor con la palabra *carne,* y contra todas nos da la voz de alerta, añadiendo: «*Porque la carne conspira contra el espíritu, y el espíritu contra la carne.*» (Verso 17.) Nosotros, por desgracia, sabemos bien esta contradicción, y lo mismo debían experimentarla los fieles de Galacia; mas el Apóstol, para que ni ellos, ni nosotros, ni nadie pueda tener excusa en este punto, habló clara y terminantemente, y dijo: «Tened entendido que las concupiscencias terrenas se mueven en sentido contrario al Espíritu del Señor y á su gracia divina. Las

concupiscencias tienden á las cosas suaves; el Espíritu á las santas. Las concupiscencias se inclinan á lo deleitable, terreno y temporal; el Espíritu á lo provechoso, celestial y eterno (1)».

Y porque en asunto de tanta monta sepan todos los cristianos á qué atenerse, enumera el grande Apóstol las obras de la carne, que excluyen del reino de los cielos, diciendo: «*Impureza, deshonestidad, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, riñas, discordias, herejías, envidias, homicidios, embriagueces, glotonerías, y otras cosas como estas, son las que cierran, á los que las hacen, las puertas del reino de Dios.*» (Versos 19-20-21.)

¡Verdaderamente, amados míos, esto espanta! Y muchos deben fijarse en ello, en especial cierto género de cristianos, quienes, teniendo el corazón limpio de pecados corporales, ya les parece que no tienen que mirar más. Viven engañados, viven como en sueño, y su despertar habrá de ser terrible. De los siete pecados capitales, dos solamente dicen relación al cuerpo, pues los otros cinco se realizan en el espíritu; y sin embargo, hay muchos pecadores que se examinan y arrepienten de los primeros y hacen caso omiso de los segundos, sin tener en cuenta que el Apóstol, en la Epístola de este día, se refiere igualmente á todos los pecados corporales y espirituales, y de todos dice: «*Los que tales cosas hagan, no conseguirán el reino de Dios.*» *(Regnum Dei non consequentur.)*

He aquí, en substancia, lo que los intérpretes de las sagradas letras entienden por *andar en espíritu;* y para que todos nos alentemos á caminar de esta manera, conviene discurrir un momento sobre los provechos que esto nos proporciona.

PUNTO 2.°

PROVECHOS DE LA VIDA ESPIRITUAL

Cosa es, hermanos míos, tan deleitable como útil el inquirir con la luz de la fe por qué el Espíritu Santo, Amor purísimo del Padre y del Hijo, fué infundido misericordiosamente en nuestro pobre corazón. Varias son las razones que señalan los doctos. Dios —dicen—es caridad, ó lo que es lo mismo, Dios es amor; su Hijo divino, Cristo Jesús, es amor; y el Espíritu Santo, que de ambos procede, es amor. Por amor vino Jesús á este mundo; por amor nos

(1) Quien desee ver extensamente las operaciones de la carne y del espíritu, lea el capítulo 54 del libro III de la *Imitación de Cristo*, y también á San Agustín en el libro de sus Confesiones, cap. VIII.

envia el Espíritu Santo, y ley de amor es la que nos da á todos los cristianos. Por consiguiente, el Espíritu Santo fué infundido en nosotros para hacernos partícipes de su propio y substancial amor; esto es, para comunicarnos su espíritu amoroso, y que nuestra fe obre movida por la caridad y nuestra vida sea vida de amor (1).

Quiere esto decir que la caridad, ó sea la fe que obra por amor divino, es el espíritu verdadero de los cristanos, y qué inútilmente se llama cristiano el que ante todo y sobre todo no ejercite la caridad de Dios, pues siendo Dios la caridad por esencia, es indispensable que el cristiano, hijo de Dios, sea partícipe de la misma caridad, y que en caridad viva, y por caridad obre. Y por eso el mismo Apóstol dijo á los de Corinto: «*Todas las cosas vuestras han de ser hechas en caridad.*» (*Omnia vestra in charitate fiant.* —I Corint., XVI, 14.)

Además, el Espíritu Santo fué infundido en nuestros corazones para que nosotros, al orar, lo hagamos con el mismo Espíritu de Cristo, y por El movidos, de suerte que podamos con la mayor confianza recurrir á Dios, y clamar, diciendo: «*¡Padre, Padre!*» ¿Quién sería osado á llamar á Dios *Padre*, si el Espíritu Santo no nos diese esa magnífica potestad? (2).

Fué infundido en nosotros el Espíritu Santo, *para ayuda de nuestra flaqueza; porque no sabemos por nosotros mismos, ni pedir lo que conviene, ni como conviene; sino que el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables.* (Rom., VIII, 26.) Es decir, que el Espíritu Santo *pide*, ó como expone Santo Tomás, nos *hace pedir*, nos enseña á pedir, y nos da el gemido interior del alma que es la esencia de la oración.

Fué infundido en nosotros el Espíritu Santo, porque si El no obra en nosotros algo bueno, por nuestra parte sola jamás podremos hacerlo cual conviene para la eterna salud; y así El, en lo íntimo de nuestro ser, *amonesta, mueve* y *enseña*. Amonesta á la memoria, mueve á la voluntad, y enseña á la razón, de tal suerte, que jamás consiente que haya en el corazón donde El habita, ni la más pequeña arista de maldad, pues al punto trata de extinguirla con el fuego dulce y suave de una sutilísima circunspección y compunción. (San Gregor. *in Moralib.*)

Fué infundido en nosotros el Espíritu Santo, para que sirviera

(1) Neque circuncisio aliquid valet; sed fides, quae per charitatem operatur. (Galat., V, 6.)

(2) Quoniam autem estis filii, misit Deus Spiritum Filii sui in corda vestra, clamantem: Aba, Pater. (Galat., IV, 6.)

á nuestra pobre alma de *prenda de salvación,* de *fortaleza de la vida* y de *luz de ciencia.* A saber: *prenda de salvación,* porque El mismo da á nuestro espíritu testimonio de que es hijo de Dios: *fortaleza de la vida,* porque lo que á nosotros por naturaleza nos es imposible, El con su gracia nos lo hace, no sólo posible, sino aun fácil; *luz de ciencia,* para que después de haber hecho bien todas las cosas, nos consideremos siervos inútiles y sin provecho, y para que todo lo bueno que encontremos en nosotros, lo atribuyamos á El, de quien todo bien procede. Con estos tres oficios, que el divino Consolador obra en lo intimo de nuestro ser, por modo inefable y misterioso, nos instruye de todo cuanto necesitamos para obtener nuestra eterna salud. (San Bern., in serm. II Pentec.)

Tales son, en resumen, *los fines* por los cuales Dios nuestro Señor se dignó infundir en nosotros el Espíritu Santo, con todos sus carismas, dones y frutos. Y si de los fines nos remontamos á *las causas,* basta que recordemos las tres que menciona el gran Maestro de espíritu, P. Luis de la Puente. A saber:

1.ª *La caridad de Dios* y su bondad infinita; pues así como el amor que nos tuvo le movió á darnos á su Hijo Unigénito, así el mismo amor le impulsó á enviarnos el Espíritu Santo. A la manera que un hombre queriendo mostrar á su amigo la fineza de su amor, después de haberle dado todo cuanto poseía, desea darle también el corazón; de igual modo el Señor, después de habernos dado á su Hijo, quiso también darnos su corazón; esto es, el Espíritu Santo.

2.ª *Los méritos de Cristo,* pues es innegable que nuestro divino Salvador nos mereció esta gracia con su pasión y muerte, y hallándose sentado á la diestra de Dios Padre como Abogado nuestro, pidió y obtuvo para nosotros la venida del Espíritu Santo, cumpliendo así la promesa que había hecho á sus disípulos, diciendo: «*Yo rogaré al Padre, y El os dará otro Abogado* (1).»

3.ª *Nuestra necesidad y miseria;* pues ésta exigía que fuera enviado del cielo un Consolador, cumpliéndose así aquello de David: «*La misericordia y la Verdad se encontraron, y la justicia y la paz se besaron.*» (Psal. LXXXIV, 11.) Esto es, la justicia del Padre exigía el castigo del hombre pecador; mas la paz y misericordia del Hijo instaban por su reconciliación. El Hijo encarnó; se unieron en uno la justicia y la paz, se besaron, digámoslo así, y el Padre y el Hijo enviaron al Espíritu Santo. (La Puente, p. 4, Medit. 21.)

¡Bendito sea el Señor Dios de toda consolación, que con tales

(1) Ego rogabo Patrem, et alium Paracletum dabit vobis. (Joann., XIV, 16.)

fines y por tales *causas* se ha dignado enviarnos su divino y Santo Espíritu, infundiéndole por modo inefable en nuestros corazones! Y ahora, amados míos, comprenderéis bien por qué el Apóstol San Pablo, divinamente inspirado, nos dice en la Epístola de este día: «*Hermanos: Andad según el Espíritu, y no seguiréis los derechos de la carne; porque estas dos cosas son contrarias entre sí.*» Y para alentarnos y que jamás desmayemos en la vida espiritual, añade á continuación: «*Porque el fruto del Espíritu Santo es, caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad.*»

Demos gracias á Dios por don tan inefable; démosle gracias porque se ha dignado hacer de nosotros templos vivos del Espíritu Santo (I Corint., III, 16); démosle gracias, porque al entrar y habitar en nuestro corazón, nos proporciona la verdadera libertad, propia de los hijos de Dios; pues *donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad* (1)»; démosle gracias porque *el mismo Espíritu nos da testimonio, de que realmente somos hijos de Dios* (Rom., VIII, 16); démosle gracias, porque siendo hijos suyos, somos también herederos de su reino celestial, ó sea de la gloria eterna del cielo. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo XIV después de Pentecostés.

Reglas y medios para vivir santamente.

¡OH caridad de Dios, caridad eterna é infinita! ¡Oh caridad increada, inefable y dulcísima! ¡Qué hermosa eres! Tú, Señor, que nos has creado á tu imagen y semejanza y nos has llamado á tu amor; Tú, que misericordiosamente nos has santificado en el santo Bautismo, mediante la acción misteriosa é inefable del Espíritu Santo; Tú, Señor, infunde en nuestros corazones el fuego sacrosanto de la caridad divina, para que por caridad te sirvamos, y amemos y adoremos, y también amemos y sirvamos á nuestros

(1) Ubi Spiritus Domini, ibi libertas. (II Corint., III, 13.)

prójimos por amor tuyo. «*Servios, carisimos hermanos, los unos á los otros, por la caridad del Espiritu* (Santo), *porque toda la Ley se reune en esta frase: Amarás á tu prójimo como á ti mismo.*» (Gálatas, V, 13-14).

Tal es, en substancia, el exordio que San Pablo pone á la Epístola de la presente Dominica, y para dar fuerza á esta sublime y trascendental enseñanza, dice á los Gálatas, y con ellos á nosotros, de la siguiente manera:

«*Hermanos, andad en Espiritu, y no seguiréis los deseos de la carne; porque ésta y el Espiritu son contrarios... Las obras de la carne están patentes, y son impureza, deshonestidad, idolatria, hechicerias, enemistades, contiendas, celos, riñas, discordias, sectas, envidias, homicidios, embriagueces, glotonerias y otras cosas como estas, sobre las cuales os denuncio, pues los que tales cosas hacen, no alcanzarán el reino de Dios.*

»*Mas el fruto del Espiritu Santo es caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Contra estas cosas no hay Ley, y los que son de Cristo, crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias.*» (Galat., V, 16-24.)

Dos cosas, amados mios, aparecen aqui evidentes: una que las obras de la carne y del Espiritu son contrarias; otra que si queremos ser de Cristo, es preciso que crucifiquemos nuestra propia carne con sus vicios y concupiscencias. Por tanto, yo intento mostraros en esta breve plática tres cosas:

1.ª Lo que debemos hacer continuamente.
2.ª Lo que debemos perpetuamente evitar.
3.ª Los medios que para ello hemos de emplear.

PUNTO 1.º

LO QUE DEBEMOS HACER CONSTANTEMENTE

El cristiano, amados mios, ya lo hemos dicho, es el que profesa la doctrina de Jesucristo y vive según ella, ó lo que es lo mismo, el que imita á Jesucristo, se halla unido con El y vive de la misma vida de Jesús. El cristiano es como la continuación de Cristo sobre la tierra, es Cristo por semejanza, es el que siente, piensa, quiere y obra según el Espiritu de Cristo. He aqui por qué el Apóstol dice en la Epistola de hoy: «*Andad en Espiritu.*» *(Spiritu ambulate.)*

Andar en el Espíritu de Cristo significa no sólo practicar las mismas virtudes que El practicó, sino en el grado heroico que El lo hizo, á lo menos imitándole todo lo posible, según alcance nuestra flaca naturaleza, robustecida con la divina gracia; y como la virtud predilecta de nuestro divino Salvador es *la caridad,* reina de todas las virtudes, vida de todas ellas, y en la cual se compendian todas; por eso cabe decir con el Apóstol: «*Toda la Ley se resume en la caridad* (1)», y por eso también la vida de todo buen cristiano ha de ser el ejercicio continuo de la caridad divina, ó sea *el amor á Dios y al prójimo,* encaminando á esto todas las acciones de su vida.

Para esto, y muy principalmente para esto, hemos sido dignificados por Dios en el santo Bautismo con la infusión de la gracia del Espíritu Santo, y con el Espíritu Santo mismo, y con la caridad y demás virtudes infusas que le acompañan.

Para esto, y muy principalmente para esto, se dignó el Señor otorgarnos, en la fuente sagrada, la filiación divina; pues siendo todos hijos de Dios, todos tenemos igual Padre, todos nos hemos de considerar como hermanos verdaderos, y como tales nos hemos de amar, y tratar, y ayudar en todas nuestras necesidades, porque Dios á todos nos ama, todos somos sus hijos, todos quiere que tengamos vida en su amante corazón, y á todos exige que se extienda nuestra caridad, no por violencia, no con disgusto, no como carga pesada, sino como yugo de amor dulce, suave y voluntario, mirando á Dios nuestro común Padre.

¡Feliz el cristiano que así lo considera, que así lo practica y que así lo enseña! pues mostrará con las obras que es hijo verdadero de Dios, y cumplirá con el divino encargo que San Pablo nos hace en la misma Epístola, diciendo: «*Servíos los unos á los otros por la caridad del Espíritu; porque toda la Ley se resume en una palabra: Amarás á tu prójimo como á ti mismo.*» (Galat., V, 13-14.) Es decir, que quien ama al prójimo por Dios, ama al mismo Dios, y el que ama á Dios no obra mal y cumple toda la ley: en cuyo sentido hubo de exclamar San Agustín: «*Ama y haz lo que quieras.*» *(Ama et fac quod vis.)*

Así, pues, yo os digo, amados míos, con el sagrado libro del Deuteronomio. «*Amad al Señor vuestro Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y con todas vuestras fuerzas. Permanezcan estas palabras en vuestro corazón, repetidlas á vuestros hijos, meditadlas sentados en vuestras casas, y viajando, antes de dormir*

(1) Omnis enim lex in uno sermone impletur. (Galat., V, 14.)

y al despertar. Fijadlas como señal en vuestra mano, colgadlas delante de vuestra vista, escribidlas en el dintel de vuestras casas y sobre las puertas.» (Deuter., VI, 5 á 9.)

En cuanto al amor del prójimo por Dios, basta recordar á nuestro Señor Jesucristo en su sagrado Evangelio, donde leemos: «*Amarás á tu prójimo como á ti mismo... He aquí mi precepto: Amaos los unos á los otros* (1).»

Por consiguiente, amados míos, cuando San Pablo nos dice en la Epístola de este día: «*Andad en espíritu*», es como si nos dijera: «*Andad en caridad*», no sólo para con Dios, sino también para con vuestros prójimos, pues, según San Juan: «*El que diga* AMO Á DIOS *y juntamente no ame á su hermano, es mentiroso; porque el precepto de Dios exige que quien ame á Dios ame también á su prójimo* (2).»

Ved aquí lo que debemos hacer continuamente; ahora veamos lo que en todo tiempo debemos evitar.

PUNTO 2.°

LO QUE DEBEMOS EVITAR SIEMPRE

Acabo de indicaros, carísimos hermanos, que el fin de nuestra filiación divina, obtenida graciosamente por la bondad de Dios en el Santo Bautismo, y el objeto de nuestra libertad cristiana, es el ferviente ejercicio de la caridad divina y el continuo crecimiento en ella.

Dios nuestro Señor, como dice el Apóstol en la misma Epístola á los Gálatas, nos llamó á los cristianos para gozar de la verdadera libertad (3); ó sea, primero, para quedar libres del pesado yugo de las ceremonias legales de la ley mosáica, yugo de servidumbre; segundo, para no estar oprimidos bajo el peso del temor servil, propio de aquella ley, y entrar de lleno en la ley evangélica, que es ley de amor; tercero, para quedar exentos de las ominosas cadenas del pecado, que Cristo nuestro Señor rompió ó deshizo con su pasión y muerte (Rom., VI, 8); haciendo por su gracia que hallemos nuestra alegría y nuestra dicha en cumplir los mandamien-

(1) Diliges proximum tuum sicut te ipsum. (Matth., XXII, 39.)—Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem. (Joann., XV, 12.)

(2) Si quis dixerit quoniam diligo Deum, et fratrem suum oderit, mendax est. Et hoc mandatum habemus a Deo, ut qui diligit Deum, diligat et fratrem suum. (I Joann., IV, 20-21.)

(3) Vos enim in libertatem vocati estis, fratres. (Galat., V, 13.)

tos divinos, y aun en seguir al pie de la letra sus consejos evangélicos.

Pues bien; para que nunca jamás nos atrevamos á abusar de esta hermosa libertad que Él nos concede, añade el sagrado texto á continuación: «*Cuidad, hermanos, de que no empleéis la libertad de hijos de Dios para seguir los impulsos desarreglados de vuestras concupiscencias, sino para serviros los unos á los otros por la caridad del Espíritu.*» (*Per charitatem Spiritus servite invicem.* — Galat., V, 13.) Y ved aquí ya indicado lo que hemos de evitar siempre; esto es, que en ninguna ocasión ni por ningún motivo condescendamos con las exigencias desordenadas de nuestras concupiscencias; porque esto sería tanto como ir abiertamente contra la voluntad de Dios, quien quiere y ordena que vivamos siempre arregladamente y según el Espíritu (*Spiritu ambulate*); «*porque si viviereis*—dice—*según la carne, moriréis; así como si con el Espíritu mortificareis los hechos de dicha carne, viviréis* (1)». Lo cual equivale á decir: «Aquí la muerte, allí la vida; *elegid.*»

Y porque ninguno interprete mal la doctrina del Apóstol, ni tache de exageradas mis explicaciones, os diré sencillamente: «La concupiscencia ó la carne, en sí misma, y en cuanto se refiere al apetito de los sentidos, no es otra cosa que una inclinación natural á los bienes sensibles, y esta inclinación y aquellos apetitos no son malos, á no ser que sean contrarios á la recta razón ó á la ley de Dios.» Me parece que en esto ninguno me tacharéis de exagerado.

Mas como de ordinario dicha concupiscencia tiende á desarreglarse, y exige con imperio, y con violencia, y con tenacidad lo que Dios prohibe y la razón rechaza, por eso sus acometidas son peligrosas y ofrecen al cristiano un motivo de lucha y de combate, para no condescender con lo ilícito y para que la voluntad no consienta ni caiga seducida por los atractivos del placer. Aun los hombres justos se hallan sometidos á las embestidas de la concupiscencia como á un tirano; mas no por eso hemos de decir de ellos que se hallen en pecado, porque ella no obliga á pecar, y resistiéndola es ocasión de grande mérito y de refulgente corona. En suma, los movimientos de la concupiscencia, aun los desordenados, no son culpables cuando no son voluntarios.

El pecado está enteramente *en la voluntad*, y exige el libre consentimiento de tal manera, que sin este consentimiento jamás hay pecado.

(1) Si secundum carnem vixeritis, moriemini; si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis. (Rom., VIII, 13.)

Sin embargo, la causa real y la más poderosa de la tentación, y por consiguiente del pecado, es la concupiscencia. De ella se sirve el demonio para seducir nuestro espíritu, nuestra voluntad y nuestra imaginación, y para precipitarnos en el abismo de la culpa. Ella engendra la irreflexión, la ignorancia, la mala costumbre, la ceguedad de entendimiento y obscurece la razón y no se ve tal cual es la malicia del pecado; y por eso el grande Apóstol la llama *ley de la carne, que es contraria á la ley del espíritu,* y dice terminantemente: *«Andad en Espíritu (Espíritu ambulate); porque si viviereis según la carne, moriréis.»*

Y ved aquí, en resumen, lo que siempre y en toda ocasión debemos evitar. ¿De qué manera? Esto es lo que, por conclusión, os diré ahora: estadme atentos.

PUNTO 3.°

MEDIO PARA SER SANTOS

Sentando por base lo que ya os dejo dicho, esto es, que el buen cristiano ha de seguir la doctrina de Cristo, y que ha de vivir unido á Él, imitando sus virtudes y ejemplos, síguese que por necesidad ha de andar vigilante sobre sí mismo, á fin de que sus pasiones jamás se enseñoreen del espíritu, ni le precipiten en el abismo del pecado; y para ello, el Apóstol San Pablo, con luz del cielo, nos propone en la Epístola de hoy un medio eficacísimo, compendio de todos los medios, diciendo: *«Espíritu ambulate.» (Andad en Espíritu.)*

¿Qué significa *andar en Espíritu?* — Los santos y doctores de la Iglesia, todos á una voz, afirman que es obrar, no según las pasiones, ni según las concupiscencias, ni según las conveniencias terrenas, sino según las razones divinas, según las ilustraciones y mociones del Espíritu Santo, según el Espíritu de Cristo y sus amorosas enseñanzas, según los mandatos de la Iglesia nuestra Madre, y según las exhortaciones y consejos de un discreto y prudente Confesor.

Andar en Espíritu, quiere decir que hemos de estar en gracia de Dios, exentos de todo pecado grave, para que el Espíritu Santo more de asiento en nosotros, y anime y fortifique nuestro corazón, é ilumine nuestra inteligencia, y mueva nuestra voluntad; de tal suerte, que siempre tengamos sumisas las pasiones á la razón ilustrada por la fe, y como crucificada nuestra carne pecadora, á la

manera que Jesucristo, Hijo de Dios vivo, consubstancial al Padre, y Santo de los santos, fué crucificado en la cruz por nuestras culpas.

Esta es cabalmente la conclusión final que San Pablo pone en la Epístola de la presente Dominica, que venimos considerando, diciendo: «*Los que son verdaderamente cristianos y pertenecen á Jesucristo, crucifican los deseos desordenados de su ser corporal, y juntamente sus pasiones y afectos menos puros* (1)» para que reine en ellos el Espíritu de Cristo.

Nótese que el Apóstol emplea la palabra *crucifixión,* para que se entienda, que así como el hombre crucificado apenas puede moverse, y por la efusión de la sangre, se va debilitando en su naturaleza, hasta que muere; así también el verdadero cristiano, por la mortificación continua, establece en sí mismo una como crucifixión de sus pasiones, y de tal suerte las debilita, que se mueven muy remisamente y no le arrastran al pecado.

Tal es, amados míos, el medio que debemos emplear para vivir siempre según el Espíritu de Cristo, y dar gloria á Dios, y obtener la eterna bienaventuranza para que hemos sido criados. Concédenos ¡oh buen Jesús! que llevemos siempre grabada en nuestra memoria esta enseñanza del Apóstol, y que, siendo verdaderos hijos de Dios, obremos como tales, animados y robustecidos con la gracia del Espíritu Santo, y que por tus méritos infinitos, vivamos en caridad en esta vida, y después gocemos en la otra de la eterna bienaventuranza. Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo XV después de Pentecostés.

De la corrección fraterna.

HERMANOS míos amadísimos: En la hermosa y continuada serie de epístolas que la Iglesia nuestra Madre ha puesto á nuestra consideración en las Dominicas precedentes, hemos visto la *necesidad de morir al pecado y de vivir á la gracia,* apartándonos

(1) Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis (Galat., V, 24.)

de lo malo y practicando lo bueno, como hijos verdaderos de Dios, hermanos de Jesucristo, templos del Espíritu Santo y herederos legítimos de la patria celestial. También nos ha señalado los motivos de confianza en Dios, la naturaleza, excelencia, cualidades y provechos de la fe católica, exhortándonos á vivir, según el Espíritu, mortificando en todo las exigencias desordenadas de nuestras pasiones, como medio eficacísimo para perseverar en la vida verdaderamente cristiana.

En el día de hoy, suponiendo ya que todos nos encontramos convertidos á Dios y deseosos de permanecer en su amor comienza á iudicarnos las principales virtudes en que hemos de ejercitarnos para llevar una vida digna de los hijos de Dios, y al efecto por labios de San Pablo se expresa de esta manera:

«*Hermanos: Si vivimos por el Espíritu, andemos también por Espíritu. No seamos codiciosos de vanagloria, ni nos indispongamos los unos con los otros, dando lugar á la envidia. Si alguno, como hombre* (flaco), *cayere en algún delito, amonestadle con espíritu de mansedumbre considerándoos á vosotros mismos, no seais también tentados. Llevad los unos las cargas de los otros, y de esta manera cumpliréis la ley de Cristo; porque si alguno estima ser algo, no siendo nada, él mismo se engaña. Pruebe cada uno su obra, y así él tendrá gloria en si mismo solamente, y no en otro, porque cada cual llevará su carga.*» (Galat., V, 25 y 26, y VI, 1 á 10.)

Consideremos, carísimos hermanos, esta nueva enseñanza del grande Apóstol, y en ella aprenderemos dos cosas:

1.ª Tierna compasión con los pecadores.
2.ª El modo humilde de corregirlos.

PUNTO 1.º

QUE HEMOS DE CORREGIR CON MANSEDUMBRE

Suele ser vicio de muchos cristianos mirar con desdén y tratar con dureza á los pobres pecadores. Mal hecho; muy mal hecho, porque éste no es el espíritu de Jesucristo, sino el del Fariseo, que orando de pie junto al altar, se consideraba mejor que el arrepentido Publicano. Hay gentes tan sin juicio, que porque oyen Misa y rezan el Rosario, y visitan al Señor en las Cuarenta horas, y hacen cuatro novenas atropelladas, y tienen un cuarto de hora de oración mental cada día, y confiesan y comulgan de vez en cuando, se ima-

ginan que son unos santos de altar, dignos de todo encomio, y que en su comparación los pobres pecadores son objeto de horror que merecen las venganzas celestiales y el fuego del infierno. ¡Oh, qué presunción! ¿Quién sabe si esos mismos pecadores, que ahora desprecian, habrán de estar otro dia en el cielo con coronas de gloria mucho más refulgentes que las suyas?

¡Cuánto más cristiano, y más humilde, y más provechoso, será considerar que tales pecadores pueden arrepentirse, ó se hallan ya arrepentidos, y que á los ojos de Dios, tal vez sean mejores que nosotros! Todos somos formados del mismo barro, y tenemos al mismo Dios por Padre, al mismo Jesucristo por Hermano, á la misma Iglesia por Madre, al mismo Espíritu Santo por Abogado y la misma mesa para recibir el alimento espiritual, y la misma fe, y los mismos Sacramentos, y el mismo cielo por herencia.

Pues bien; contra el defecto dicho, propio de algunas personas que se tienen por espirituales, conviene oponer las palabras del Santo Apóstol en la Epístola de este dia, cuyo sentido es el siguiente: «Hermanos: si vivís por el Espíritu, es decir, si estáis verdaderamente muertos al pecado, si la gracia de Dios reina en vuestros corazones, si el Espíritu del Señor es el que os vivifica y no el espíritu del mundo, considerad que *habéis de vivir según el mismo Espíritu divino,* y seguir sus impulsos sobrenaturales y no caer jamás en presunción, figurándoos que sois mejores que los demás. Si vivís según el Espíritu de Dios, si el Espíritu Santo es la vida de vuestra alma, andad según el dictamen del Santo Espíritu, siguiendo siempre y en todas las cosas el impulso de sus divinos movimientos.» *(Si Spiritu vivimus, Spiritu et ambulemus.*—Verso 25.)

¿Y cómo? El mismo Apóstol lo dice á continuación: «*No apeteciendo nunca la vanagloria, no provocando ó insultando al prójimo, ni teniendo envidia los unos de los otros* (1).» ¡Hermosa advertencia!

Tres vicios espirituales reprende aquí San Pablo, íntimamente conexos entre sí, y que son muy frecuentes en las personas que viven según el mundo. Estas andan como á caza de honores, cifrándolos en muchas cosas que no los merecen; como, por ejemplo, en la ciencia, en la elocuencia, en las riquezas; y poseyendo alguna de estas cosas, ya se consideran superiores á los demás en todo y quieren que se les preste continuo homenaje.

Impregnados de este espíritu, suelen ajar el amor propio de sus semejantes, y si estos sobresalen en algunas bellas cualidades, pro-

(1) Non efficiamur inanis gloriae cupidi, invicem provocantes, invicem invidentes. (Galat., V, 26.)

curan obscurecerlas refiriendo y ponderando sus defectos. En una palabra, tienen *envidia,* y por eso dice el Apóstol: «No os dejéis llevar de la vanagloria, ni os provoquéis los unos á los otros con palabras mordaces opuestas al Espíritu de Dios, y mucho menos tengáis envidia unos de otros, porque es un vicio funesto origen de grandes males.» (Paráfrasis.)

Pero, Dios mío, suelen decir algunos; si estamos viendo hombres irreligiosos y perversos, que continuamente están dando mal ejemplo y ofendiendo mucho á Dios, ¿es posible que á estos hombres hayamos de tratar con dulzura y consideración cuando debieran estar exterminados? Es verdad—contesta el mismo Apóstol;—pero, hermanos míos, *«si alguno, como hombre, fuere sorprendido en algún delito, vosotros, que sois espirituales, amonestadle con espíritu de mansedumbre»* (1).

Es decir, que cuando veamos que alguno, seducido por los falsos apóstoles, cae en pecados, más bien efecto de flaqueza que de malicia, *nosotros, que somos espirituales,* nosotros, que andamos en Espíritu, y que vivimos según Él, nosotros que procuramos ser perfectos, y que llevamos nuestras pasiones crucificadas, como crucificado fué Jesucristo, nosotros, pues, debemos *amonestarle con espíritu de mansedumbre;* esto es, no con dureza, no castigándole, no condenándole, sino con suavidad y dulzura, para que se reconozca, y se arrepienta, y se enmiende y torne á ser buen cristiano.

Y nótese que el sagrado texto, no dice solamente *con mansedumbre,* sino *con espíritu de mansedumbre,* ó sea con afecto interno, amoroso y compasivo, como procedente del Espíritu Santo, que nos comunica su dulzura y que amonesta al pecador por nuestros labios. *(Hujusmodi instruite in Spiritu lenitatis.)*

De esta manera quiere el Señor que tratemos á los pecadores, cuando en ellos no haya obstinación; y ejemplo sublime de esta virtud nos dió el mismo San Pablo cuando dijo á los fieles de Mileto: *«Hermanos: no he dejado, de día y de noche, de advertir á cada uno de vosotros, con lágrimas en los ojos; y ahora os encomiendo á Dios y á la palabra de su gracia; os encomiendo á Aquel que es poderoso para acabar el edificio de* VUESTRA SALVACIÓN *y haceros participar de su herencia con todos los Santos.»* (Act., XX, 32.) *«¿Quién enferma, que no enferme yo con él?* (2). *Si un miembro padece, todos los*

(1) Hujusmodi instruite in spiritu lenitatis... (Galat., VI, 1.)—Non loquitur de obstinatis in malo: hi enim, docente S. Gregor. quia destinata malitia et voluntate peccant, dure sunt increpandi. (Cornel. a Lapide.)

(2) Quis infirmatur, et ego non infirmor? (II Corint., II, 29.)

miembros sufren al mismo tiempo (1).» Lo cual es como si el Apóstol dijera: «Todos somos miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Cristo; luego todos hemos de tener compasión los unos de los otros, amonestándonos mutuamente con espíritu de mansedumbre. *(Instruite in Spiritu lenitatis.)*

Esto que enseñó y ejercitó el Apóstol es buen modelo para nosotros, siempre que se juzgue conveniente y provechosa la amonestación (2); y para que todos comprendamos la necesidad de obrar de este modo y no de otro, consideremos ahora los motivos que nos obligan á ser compasivos y mansos para con los pecadores.

PUNTO 2.°

QUE LA CORRECCIÓN HA DE SER HUMILDE

La amonestación, ó corrección bien hecha, es el camino de la vida para el que la da y para el que la recibe; porque «*es señal de gran misericordia con los pecadores el no dejarlos vivir largo tiempo á su antojo, sino aplicarles prontamente el azote para que se enmienden* (3).» Ya sabemos que no siempre se puede dar la advertencia, ni siempre se recibe bien; porque el corazón humano es de tan ruin condición, que ama á quien le daña adulándole, y odia al que le favorece reprendiéndole. No todos saben ni tienen en cuenta aquellas palabras divinas: «*Pobreza é ignorancia experimentará el que huye de la corrección* (4).»

Mas concretándonos al cristiano que haya de corregir ó amonestar al pecador, ya lo hemos dicho, ha de ser *con espíritu de mansedumbre,* pues el golpe dado con amor, no ha de ser estocada que mate, sino disciplina que despierte y cure los vicios; según aquellas palabras del Deuteronomio: «*Daré el golpe y sanaré.*» *(Percutiam et sanabo.*—XXXII, 39.)

Refiérese en el libro segundo de los Reyes, que David, habiendo destrozado á los Moabitas, hizo tender en el suelo á los prisioneros y los midió á cordel; dividiéndolos en dos secciones, y sorteándolos después; una para darles muerte, la otra para conservarles la vida. (VIII, 2.) Ved aquí un ejemplo de lo que ha de hacerse en la

(1) Si quid patitur unum membrum, compatiuntur omnia membra. (I Corint., XII, 26.)

(2) Sobre la corrección fraterna, véase nuestra obra *La Vida feliz*. Tomo 3.° capítulos XXI, al XXV.

(3) Etenim multo tempore non sinere peccatoribus ex sententia agere, sed statim ultiones adhibere, magni beneficii est indicium. (Machab., VI, 13.)

(4) Egestas et ignominia ei qui deserit disciplinam. (Prov., XIII, 18.)

corrección del pecador; hay que dividirla en dos partes: una de *intransigencia* con los pecados, para que mueran todos *(hujusmodi instruite);* otra de *suavidad y dulzura* con el pecador, para que se convierta y viva. *(In spiritu lenitatis.)* O como dijo San Francisco de Sales: Guerra al lobo y voces á los pastores.

El que corrige, ha de acordarse que desempeña el oficio de ángel, y, por consiguiente, que ha de obrar de modo angélico, *sin ira y sin pasión,* con suavidad y dulzura, con caridad y misericordia. La razón de esto la da el mismo Apóstol, diciendo: *Considerándoos á vosotros mismos.»* *(Considerans te ipsum.)*

¿Qué hemos de considerar en nosotros?—Tres cosas: 1.ª *Lo que fuimos y lo que hicimos.*—2.ª *Lo que somos y lo que hacemos.*—3.ª *Lo que hiciéramos, si el Señor no nos tuviera de su mano.*

En cuanto á lo primero, ¿quién ha tenido la dicha de ser tan santo durante el curso de su vida, que jamás haya pecado, y que no tenga mucho de que arrepentirse? ¡Tal vez hayamos cometido las mismas culpas que reprendemos en el prójimo, y con circunstancias agravantes! ¿Es justo que nos llene de ira su flaqueza y no nos acordemos de la nuestra? Si cuando estábamos caídos en la culpa, nos hubieran reprendido con palabras duras y con tratamientos altivos, ¿qué hubiéramos dicho y pensado? ¿No recibiríamos mejor las palabras blandas y compasivas? Hagamos, pues, con el prójimo lo que querríamos que él hiciera con nosotros en igual caso. Amonestemos, pues, á nuestros semejantes, según el Espíritu de Dios, que es Espíritu de mansedumbre, y para ello considerémonos á nosotros mismos en lo que hemos sido y en lo que hemos dicho.—«*Considerans te ipsum.*»

Pero, viniendo á la segunda razón, ¿qué somos hoy? ¿Por ventura estamos en pecado? Si esto es así, ¿cómo osamos reprender á otros con altanería y dureza? ¿Somos acaso del número de los justos?—Pues entendamos que á la gracia de Dios lo debemos; porque si el Señor dejara de asistirnos, ¿dónde iríamos á parar? ¿Qué crimen puede cometer otro hombre que no podamos cometer nosotros? Veinticuatro horas tiene el día—dijo en su tiempo San Francisco de Sales; y ¿quién sabe si en ellas habrá una mala para alguno de nosotros? Somos hombres, y, por tanto, capaces de todos los excesos de la humanidad corrompida. «*El que esté en pie*—dijo San Pablo—*mire y no caiga* (1)». Y en esto se funda, cuando en la Epístola de este día dice: «*Si algún hombre cayere en algún delito, amonestadle*

(1) Qui se existimat stare, videat ne cadat.

con espíritu de mansedumbre, considerándoos á vosotros mismos, no seais también tentados.» (Ne et tu tenteris.)

Por último, ¿qué haríamos nosotros, puestos en el caso de nuestro hermano pecador, si Dios no nos tuviera de su mano? ¡Oh ¡Quién sabe si seríamos peor que él! ¿Y osaremos tratarle con dureza ó con desprecio?

Luego, de cualquiera manera que nos consideremos, es una necesidad en nosotros revestirnos de entrañas de misericordia para con nuestros semejantes, *soportando*—como añade el mismo Apostol—*«los unos los defectos de los otros, pues así, y únicamente así, cumpliremos la ley de Cristo; porque si alguno estima ser algo, no siendo nada, él mismo se engaña.»* (Vers. 2 y 3.) Es decir que nosotros nada somos, y nada bueno tenemos de nosotros mismos; sino que todo lo que somos y valemos es por la gracia de Dios, á quien siempre y en todo debemos dar honor y gloria.

Ved aquí, amados míos, por qué San Pablo, en la misma Epístola escribe á continuación: *Cada uno pruebe su obra, y así él tendrá gloria en sí mismo solamente, y no en otro, porque cada cual llevará su carga.»* (Vers. 4.) Es decir, que los cristianos debemos hacer juicio de nuestra virtud, no comparándola con la de otros, sino sondeándonos á nosotros mismos, midiendo nuestras acciones por la regla inmutable de la ley de Dios. En lo que dichas acciones estén conformes con los mandamientos divinos tendremos gloria, pero esta gloria más que á nosotros pertenece á Dios, de quien todo lo hemos recibido.

En suma, termina el Apóstol: *«cada cual llevará su carga»*; en lo cual nos enseña á todos, que Jesucristo, justo Juez de vivos y muertos, nos dará á todos, galardón ó castigo, según nuestras obras. ¡Qué carga, Dios mío! ¡Qué carga será la nuestra!

Obremos, pues, siempre lo bueno; vivamos según el Espíritu de Dios, siendo mansos y compasivos con los pobres pecadores, considerándonos á nosotros mismos, y de esta manera cumpliremos la ley de Cristo en la tierra, y seremos coronados eternamente en el cielo. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo XV después de Pentecostés.

Reglas para obtener la salvación eterna.

AMADOS hermanos míos: Después que el grande Apóstol de las gentes hubo enseñado á los cristianos que de todo punto era preciso morir al pecado y vivir á la gracia *caminando según el Espíritu de Dios,* pasa en la Epístola de este día á exhortarles á las buenas obras, en especial á la misericordia y á la beneficencia, advirtiéndoles que lo que siembren en esta vida, eso es lo que han de cosechar en la eterna, y al efecto, entre otras cosas, les escribe de esta manera:

«*Hermanos: Llevad los unos las cargas de los otros, y de esta suerte cumpliréis la ley de Cristo. Porque si alguno estima ser algo, no siendo nada, él mismo se engaña. Mas pruebe cada uno su obra, y así él tendrá gloria en sí propio solamente, y no en otro; porque cada cual llevará su carga. Y el que es doctrinado en la palabra, comunique en todos los bienes al que le doctrina. No queráis errar; Dios no puede ser burlado; porque aquello que sembrare el hombre, eso también segará. Y así el que siembra en su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra en el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien, porque á su tiempo segaremos, si no desfallecemos. Ahora, mientras tenemos tiempo, hagamos el bien á todos, y mayormente á los que habiendo abrazado nuestra fe, son como nosotros siervos del Señor.*» (Galat., VI, 2 á 10.)

Hasta aquí, carísimos hermanos, la enseñanza magnífica del Apóstol, y os ruego la meditéis bien, porque nada hay para nosotros más práctico ni más importante en la vida espiritual. No se trata ya de convertir al pecador, pues el Santo le supone convertido; trata principalmente de darnos *reglas para vivir bien* y salvar nuestras almas. Dos son las reglas principales:

1.ª Cómo hemos de tratar con nuestros semejantes.
2.ª Cómo hemos de mirar por nosotros mismos.

PUNTO 1.º

REGLAS PARA EL TRATO CON EL PRÓJIMO

No se puede dudar, amados míos, que el pensamiento fijo y constante de San Pablo en la Epístola de la presente Dominica, es inculcar á los Gálatas y á todos los cristianos la grande importancia de la corrección fraterna, y recomendar que se haga con mansedumbre y suavidad, cuando los pecadores no sean obstinados y hayan caído por flaqueza. *(Instruite in spiritu lenitatis.)* Al efecto, nos exhorta al conocimiento propio, para que contemplando nuestra vileza pasada y nuestra fragilidad presente, entremos en humildad y compasión de los pobres pecadores, y jamás seamos osados á tratarlos con dureza. «*Consideraos,*—dice—*á vosotros mismos, no sea que sedáis también tentados.*» *(Considerans te ipsum, ne et tu tenteris.)* Es decir, que somos de igual barro que ellos, y estamos expuestos á las mismas tentaciones y caídas. Nadie, pues, ha de presumir de sí mismo.

Pero no se detiene aquí el Santo Apóstol, sino que refuerza el argumento, diciendo: «*Llevad los unos las cargas de los otros, y de esta manera cumpliréis la ley de Cristo.*» (1). ¡Qué mandato! ¿Qué cargas son estas? ¿Qué es lo que aquí nos significa el gran Doctor? Oigamos á los sagrados Expositores, que en este punto nada dejan que desear.

Llevar los unos la carga de los otros, significa *soportar el peso de nuestras mutuas debilidades*, ya sea tolerándolas resignadamente, ya compadeciendo al que las tiene, (y hablando en verdad, todos las tenemos). ¿Quién habrá sin ellas? Nada más común que ser intolerante con las flaquezas ajenas, y nada más necesario que conllevarlas pacientemente. *(Onera portate.)* (2). Ruégoos, por amor de Dios, que reparéis bien en esto.

Llevar los unos la carga de los otros, denota *tomar parte en todo cuanto al prójimo le sirve de gravamen;* ora sean vicios ó enfermedades, ora cuidados y tristezas, ora otras diversas calamidades que puedan conturbarle y hacerle desgraciado. En este sentido hacemos como nuestros los males de nuestros semejantes, y padecemos con ellos, y los ayudamos, y fortalecemos, y sustentamos, como si el peso de la tribulacion fuese común, convirtiéndonos en

(1) Alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi. (Galat., VI, 2.)
(2) Así lo exponen San Crisóstomo, San Anselmo y Teofilacto.

ojos para el ciego, en pies para el tullido, en oídos para el sordo y en báculo para el anciano. En una palabra, ejercitamos la caridad por modo maravilloso y el galardón eterno es seguro en el cielo. *(Onera portate.)* (1).

Llevar los unos la carga de los otros, quiere decir, según la mente del Apóstol en nuestra Epístola, *soportar con mansedumbre los pecados de nuestros prójimos,* en especial cuando son por debilidad ó flaqueza, y no por perversidad y malicia. No hay carga más pesada, ni más ominosa, ni más funesta que el pecado; y no hay caridad mayor para con nuestros hermanos, que ayudarles á quitarse de encima semejante carga. Carga que oprime el alma, que la aplasta, digámoslo así, que la mata y que la arroja en el infierno (2).

Y dícese que llevamos sobre nosotros mismos la carga de los pecados del prójimo, porque nos causa grande pena que sea Dios ofendido, porque abruma á nuestro corazón la idea de que el prójimo se haya de condenar, y porque trabajamos día y noche para que salga de su mal estado, y se convierta y se salve. De esta manera Jesucristo—según frase de Isaías—*«tomó en verdad sobre sí nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores»* (3); pues voluntariamente aceptó el peso de nuestros pecados y las penas que ellos merecían, y satisfaciendo por ellos los expió y nos redimió.

Llevamos, pues, sobre nosotros la carga de los pecados del prójimo, y le aliviaremos en ese peso, primero, mostrándole compasión y dulzura, é instruyéndole, ó amonestándole, *con espíritu de mansedumbre. (In spiritu lenitatis.)* Segundo, orando á Dios por él para que se digne convertirle y quitarle tan enorme carga. Tercero, tomando á nuestro cargo el satisfacer y expiar con penitencias continuas y voluntarias las penas que merecen sus dichas culpas, á ejemplo de Cristo nuestro Señor, muriendo en la cruz por nosotros.

Esto es lo que significa el grande Apóstol cuando en la Epístola que venimos considerando dice: *«Llevad los unos las cargas de los otros. (Alter alterius onera portate.)* Y os decía antes que este era asunto de altísima importancia, no sólo porque la compasión por las imperfecciones del prójimo es señal cierta de perfección cristiana, sino porque ese es el modo de agradar á Dios y cumplir sus

(1) Véase á San Agustín in Psalm. CXXVI.

(2) Peccatum est onus grave animam premens, imo deprimens et detrahens ad infernum. (S. Basil. in Regul. brevior, regul., 278.)

(3) Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit. (Isai., LIII, 4.)

divinos mandamientos. «*De esta manera*—añade el Apóstol—*cumpliréis la ley de Cristo. (Et sic adimplebitis legem Christi.)*

Es decir, amados míos, que todo cuanto se halla escrito en la Ley, en los Profetas, y todo cuanto está preceptuado en el Santo Evangelio, todo lo compendia el Apóstol en la Epístola de hoy, diciendo: «*Llevad los unos las cargas de los otros*»; porque realmente esta divina frase encierra *la caridad para con el prójimo,* en su grado más sublime; y como esta caridad, según San Pablo, y según San Juan, y según el mismo Jesucristo, (1) *comprende todos los Mandamientos,* de tal suerte, que quien ama al prójimo por Dios, ama al mismo Dios en el prójimo, no es posible dudar lo que á continuación dice el Apóstol. A saber: «*Así cumpliréis la ley de Cristo.*» *(Sic adimplebitis legem Christi.)*

La Ley de Cristo, nadie lo duda, es Ley de amor. «*En esto*—dijo Jesús—*conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros.*»—*Este es mi precepto: que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado* (2).

Luego amándonos los unos á los otros, ó lo que es lo mismo, *llevando los unos la carga de los otros,* somos discípulos de Jesucristo, y hemos cumplido su divino mandamiento. *(Sic adimplebitis legem Christi.)* Digamos ahora algunas breves palabras sobre nosotros mismos, que también nos hacen falta.

PUNTO 2.°

REGLAS PARA CON NOSOTROS MISMOS

Primeramente, aun después de haber cumplido nuestros deberes de caridad para con el prójimo, amándole y ayudándole por amor de Dios, hemos de *caminar en humildad* y considerar que nada somos y nada valemos, pues no hay lepra peor en nuestra alma que la soberbia é hinchazón de espíritu; y por eso San Pablo, en nuestra Epístola, dice á continuación: «*Si alguno estima ser algo, no siendo nada, él mismo se engaña. Cada uno*—añade—*pruebe su propia obra. (Opus autem suum probet unusquisque.* Vers. 4.)

Como diciendo: «Hermanos; cada uno considere, no los defectos

(1) Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem. (Joann., XV, 12.)—Omnis lex in uno sermone impletur: Diliges proximum tuum sicut te ipsum. (Galat., V, 14.)

(2) In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem. (Joann., XIII, 35.)—Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos. (Joann., XV, 12.)

de sus semejantes, sino sus propias obras, y en ellas examine cuidadosa y exactamente si las hizo por vanagloria, ó por simulación, odio ó envidia, ó en realidad se propuso agradar á Dios con la más recta y pura intención. Si encuentra que hubo varios ó muchos defectos, ya entrará en humildad y no se juzgará que vale algo; y si descubriere pocos ó ningunos, desconfiará de sí mismo, y dirá: «Señor ¡cuánto me ciega mi amor propio, que no me deja ver mis propias miserias!» O bien glorificará á Dios, diciendo: «Dios mío, si algo bueno hay en mis obras, debido es á tu gracia divina, tuyo es; sólo á ti sea honor y gloria.»

Tales son, amados míos, los primeros deberes que el Apóstol nos recuerda en su Epístola respecto de nosotros mismos, y para que ningún cristiano los eche en olvido, prosigue diciendo: «*Porque cada cual llevará su carga*» (Verso 5.) Esto es, cada cual recibirá de Dios premio ó castigo, según sus obras; y *aquello que el hombre sembrare, eso también segará. El que siembra en su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra en el espíritu, del espíritu segará vida eterna.* (Verso 8.)

Esto, como se comprende, es una metáfora, tomada de la agricultura. Según el Apóstol, el hombre, viviendo sobre la tierra, es á manera de un labrador que siembra para recoger después el fruto de sus trabajos. El tiempo de esta vida es el único en que se puede sembrar, pues llegando la muerte, hecho lo hecho y nada más. La tierra en que se siembra es de dos clases: una buena y otra mala; ó sea una el espíritu y otra la carne. El grano que se siembra son las buenas ó las malas acciones; el tiempo de la recolección es el día de la muerte ó el día del juicio; y la cosecha es según la semilla; si esta es de buenas obras, se recogerá felicidad eterna; y si es de obras malas, eterno suplicio. En esto no hay dudas.

Ved aquí, en resumen, la diferente recolección que en la hora de la muerte obtendrán los hombres justos y los pecadores. *El que siembra en su carne,* etc., es el que pasa su vida en delicias, en glotonerías, en ocios y voluptuosidades. ¡Dios mío! ¿qué ha de recoger sino corrupción, desdichas y tormentos sin fin? Por el contrario, *el que siembra en el espíritu,* es decir, el hombre justo que viva de la fe, que se alimente con la esperanza, que se ejercite en la caridad y que sea mortificado en sus pasiones por amor de Dios, ¿quién duda que recogerá en esta vida la paz interior que sobrepuja á todos los bienes de este mundo, y en la otra la felicidad eterna, la herencia celestial y la posesión de Dios por siglos sin fin?

Y como quiera que el que más siembra más siega y más frutos recoge, yo os exhorto con San Pablo, diciéndoos: «Hermanos, ahora es tiempo de sembrar, ahora es tiempo de que acumulemos sin cesar muchas y muy buenas obras; no nos cansemos en el camino del bien; no desfallezcamos; no dejemos de crecer en virtudes *(Bonum autem facientes, non deficiamus);* porque la perseverancia en el servicio divino y en el amor de Dios es condición necesaria para obtener como premio la eterna beatitud. *(Metemus non deficientes.)* ¡Oh, cuántos cristianos hay que habiendo sido buenos durante cierto tiempo de su vida, pierden la bienaventuranza del cielo por no perseverar en el bien hasta el fin!

El sentido, pues, del Apóstol en las palabras dichas, es el siguiente: Así como el agricultor arroja la semilla en la tierra y la sepulta, y luego, después de nacido el tallo, no deja de trabajar en su campo, esperando paciente el tiempo de la siega, para recoger el fruto y meterle en su granero; así también nosotros, los cristianos, hemos de sembrar las buenas obras durante todo el tiempo de nuestra vida, sin cesar nunca en nuestra labor espiritual, esperando con paciencia el tiempo de la siega, ó sea la hora de la muerte, para recoger el fruto en las eternas mansiones del cielo. Esta sí que es verdadera prudencia y verdadera sabiduría.

Por último, el gran Doctor de las naciones concluye hoy nuestra Epístola, diciendo: «*Luego, hermanos, mientras tenemos tiempo, hagamos bien á todos, en especial á los cristianos, que viven en nuestra misma fe.*» (Verso 10.)—Y yo por mi parte, amados míos, concluyo también esta exhortación, diciéndoos con el mismo Apóstol: «Ahora que estamos á tiempo, ahora que el Señor nos concede la gracia de poder sembrar, y de hacer bien, y de merecer en esta vida, obremos lo bueno con todos los hombres *(Operemus bonum ad omnes),* con todos, aun con los gentiles y herejes que nos persiguen; pero más principalmente con los cristianos que pertenecen á la casa de Dios, esto es, á su Iglesia, y que forman con nosotros una misma familia, y un solo cuerpo en Cristo nuestro Señor.

Llevemos los unos las cargas de los otros; es decir, hagamos nuestros sus trabajos y sus penas, y aun sus mismos pecados, al modo antes dicho, y con espíritu de suavidad y corazón compasivo; ayudémosles con caridad, ya con oraciones, ya con penitencias, ya con avisos, ya con consejos, ó ya con limosnas; pues lo que hagamos por el prójimo, por amor á Cristo, lo recibe el mismo Cristo, y así, como dijo San Pablo, *cumpliremos su ley* en la tierra, y después seremos coronados eternamente en los cielos. Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo XVI después de Pentecostés.

De la fortaleza cristiana.

MADÍSIMOS hermanos míos: ¡Qué amor, qué ternura, qué solicitud y cuidado muestra San Pablo por la perfección y santidad de los fieles de Cristo! ¡Qué inquietud y temor de que alguno de ellos se pierda! Cargado de cadenas se hallaba el Santo en Roma, por causa del Evangelio, y como olvidándose de sus penalidades propias, con el corazón fijo en el bien de la Iglesia universal deseando fortalecer é instruir á los fieles de Éfeso, les escribe de esta manera:

«*Hermanos: Os ruego que no os desaniméis al ver las tribulaciones que sufro por vosotros, pues ellas forman vuestra gloria. Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que es el principio de toda esta gran familia que hay en los cielos y en la tierra, á fin de que, según las riquezas de su gloria, os dé que seáis robustecidos en virtud por su Espíritu en el hombre interior, para que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; y arraigados y cimentados en caridad, podáis comprender con todos los santos, la anchura, longitud y profundidad* (de este misterio); *y conocer también la caridad de Cristo, que sobrepuja todo entendimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y á Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas más abundantemente que nosotros podemos pedir y entender, según la virtud que obra en nosotros, sea dada la gloria en la Iglesia y en Jesucristo, por todas las edades y en todos los siglos. Amén.*» (Ephes., III, 13 al 21.)

Tal fué, carísimos hermanos, el corazón de San Pablo para con los fieles de Cristo; tal debe ser el corazón de todos los cristianos para con sus semejantes, y tal es, por la misericordia de Dios, mi corazón para con vosotros. Deseo entrañablemente el bien de vuestras almas, deseo veros felices en la tierra y en el cielo, deseo veros por completo unidos á Jesucristo, poseídos por El, fortalecidos por el Espíritu Santo y arraigados en la caridad divina; y como

prueba del amor que os tengo, intento explicaros ahora la Epístola de este día, según la mente de San Pablo, para que de ella deduzcáis dos cosas:

1.ª Que hemos de estar firmes en las tribulaciones.
2.ª La necesidad y provechos de esta firmeza.

PUNTO 1.°

DE LA FIRMEZA EN LAS TRIBULACIONES

Carísimos hermanos: El Apóstol de las gentes, prisionero en Roma por amor á Jesucristo, escribió á los fieles de Éfeso, diciéndoles: «*A mí, Pablo, que soy el menor de todos los cristianos, me ha concedido el Señor la gracia de predicar á los gentiles las incomprensibles riquezas de Cristo..., en quien vosotros y yo tenemos la seguridad y el llegarnos á Él confiadamente por su fe.*» (Ephes., III, 8 y 12.) Es decir, á quien vosotros y yo nos hallamos incorporados por medio de la fe, y por quien podemos llegarnos confiadamente á Dios y llamarle Padre.

«*Por tanto*—añade el Apóstol—*os ruego que no os desaniméis al ver las tribulaciones que sufro por vosotros, pues ellas forman vuestra gloria.*» (Verso 13.)—Primera advertencia, que es de sumo interés práctico para nosotros. Es como si el Santo dijera: «Carísimos: No hay que desmayar aunque me veais en prisiones; yo os ruego que no decaigáis en vuestro ánimo por las aflicciones y cadenas que por vuestra causa sufro, porque esta es vuestra gloria y también la mía. Es vuestra gloria, porque yo, vuestro Apóstol y vuestro Maestro, he sido digno de padecer tantas tribulaciones por Cristo y por vuestra salvación; y en vez de turbaros y decaer de ánimo, debéis regocijaros y gloriaros en ello. Es también gloria mía; porque, ¿dónde hay mayor dicha que sufrir algo por Cristo, ó por alguna virtud cristiana? Si Jesucristo tanto padeció por nosotros, ¿qué mucho que nosotros padezcamos algo por Él? Además, ¿no sabéis que «*todos los que quieren vivir virtuosamente, según Jesucristo, han de padecer persecución?* (1)». Por lo mismo, «*estoy pronto, no sólo á ser aprisionado, sino también á morir por el nombre del Señor Jesús* (2)».

---

(1) Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur. (II Tim., III, 12.)

(2) Ego enim non solum alligari, sed et mori paratus sum propter nomen Domini Jesu. (Act., XXI, 13.)

¡Bendito sea Dios, amados míos, que así fortalece á los corazones cristianos, para mostrar á todo el mundo la divinidad de la Religión católica! El valor heroico de San Pablo ha sido después imitado por millares de mártires y por los santos de todos los siglos, bastando abrir las páginas de la Historia eclesiástica para quedar asombrados de esta gloriosa verdad. De ordinario, los mayores santos son los que más han padecido; y todos, á semejanza del Apóstol, santificaron sus labios con estas ó parecidas palabras: «*Estoy rebosando gozo en medio de mis tribulaciones.*» (*Superabundo gaudio in omnes tribulatione mea.*—II Corint., VIII, 4.)

¿Qué es esto, Dios mío? ¿Dónde se ha visto que los hombres se gocen en los padecimientos, y en las humillaciones y en los desprecios? ¿Dónde está la dulzura de la cruz, que así la hace amable? ¡Oh! está en el amor á Jesucristo; está en la fe, en la esperanza y en la caridad, que embriagan al alma de dilección sagrada; está en la divina Víctima del Gólgota, en cuya imitación cifra su dicha el alma cristiana.

«Agobiado Jesucristo por los padecimientos —dijo el Crisóstomo—se alegraba: sufrimientos corporales, alegrías espirituales. Y no son las cruces las que engendran la alegría, sino que ésta procede de que padecemos por Jesucristo.» (*Homil. de Cruce.*)

De semejante manera *los Apóstoles, después de haber sido azotados, se retiraban muy gozosos por haber sido considerados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús* (1). Y esta es doctrina fundamental en la Iglesia de Cristo, pues leemos en las sagradas letras, que el Príncipe de los Apóstoles exhortaba á los fieles, diciendo: «*Regocijaos, porque tomáis parte en los sufrimientos de Jesucristo, pues así seréis también colmados de alegría en la manifestación de su gloria. Si os veis ultrajados por el nombre de Jesucristo, bienaventurados seréis; porque el honor, y la gloria, y la virtud de Dios y su Espíritu descansan sobre vosotros. Si alguien sufre como cristiano, que no se avergüence de ello, antes bien, glorifique á Dios.*» (I Petr., IV, 13 á 16.)

Ya veis, amados míos; las Sagradas Escrituras están terminantes, los ejemplos de los Santos son elocuentes, y Jesucristo mismo dijo en el Sermón de la Montaña: «*Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.*»

Pues bien: nuestro grande Apóstol, en la Epístola de este día, teniendo ante sus ojos la doctrina expuesta, habló á los fieles de

(1) Ibant gaudentes, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati. Act., V, 41.)

Efeso de esta manera: «*Por esta causa*—les dice—*doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que es el principio de toda la paternidad en los cielos y en la tierra, y le ruego que os dé según las riquezas de su gloria.*» (Vers. 14 á 16.)

Es decir, que San Pablo, postrado de rodillas ante la suprema Majestad de Dios, en señal de reverencia y de humildad, rogó al Eterno Padre para que no desfalleciera la fe de los cristianos, y además que les otorgara gracia copiosísima, fortaleza y constancia en el espíritu, para permanecer firmes en la fe, cuando llegasen para ellos tentaciones y tribulaciones. *(Ut det vobis secundum divitias gloriae suae.)*

Yo también, carísimos hermanos, puesto por Dios nuestro Señor en esta Iglesia como Padre y Pastor vuestro, ruego á la divina Majestad que se digne fortalecer vuestro espíritu para que en medio de la corrupción de costumbres que nos rodea, y de la impiedad que ruge en torno nuestro, conservéis la fe en Jesucristo, y prefiráis mil veces la muerte á sucumbir ante las asechanzas de los libertinos contemporáneos, imitadores de Lucifer.

«*Si en el día de la angustia*—dice el Señor en los Proverbios—*perdéis el ánimo, vuestra fuerza se debilitará* (1); porque el que empieza á ceder, pierde sus fuerzas cediendo, y se hace juguete de sus pasiones y de los hombres impíos, concluyendo con ser uno de tantos. En general, los cristianos débiles en la fe, y los que se dejan llevar de los goces mundanos, son pusilánimes, que no saben ni quieren resistir los ímpetus de sus concupiscencias. ¡Ay de los pusilánimes! Pues, según leemós en el Apocalipsis, les aguarda *el estanque del fuego y azufre, encendido por la ira divina,* para su tormento (2).

Veamos ahora, con brevedad y sencillez, cuán necesaria y provechosa es á los cristianos la virtud de la fortaleza.

PUNTO 2.°

NECESIDAD Y PROVECHOS DE LA FORTALEZA

¿Qué es fortaleza? Es una virtud del ánimo, con la cual son recibidos y superados constantemente los trabajos, los peligros de

(1) Si desperaveris lassus in die angustiae, imminuetur fortitudo tua. (Prov., XXIV, 10.)

(2) Timidis autem... pars illorum erit in stagno ardenti igne et sulphure. (Apocal., XXI, 8.)

muerte y otras análogas tribulaciones de la vida. Y que esta virtud es necesaria, no hay para qué decirlo, pues basta recordar aquellas palabras de nuestro Kempis: «Hijo, nunca estás seguro en esta vida; porque mientras vivieres tienes necesidad de armas espirituales. Entre enemigos andas; por todas partes te combaten. Por eso, si no te vales diestramente del escudo de la paciencia en todas las ocasiones, no estarás mucho tiempo sin herida... Conviénete, pues, romper varonilmente con todo, y pelear con mucho esfuerzo contra lo que viniere; porque al vencedor se da el maná, y al perezoso le aguarda mucha miseria.» (Imit., lib. III, cap. XXXV.)

Es, pues, gran sabiduría ser fuerte en los peligros, en las tentaciones, y, sobre todo, en los ataques contra la fe y contra las sanas costumbres, hoy tan combatidas por los corifeos de la impiedad y por las libertades de perdición propias de los tiempos modernos. Por la misericordia de Dios hemos sido regenerados en el Santo Bautismo y nutridos con las divinas enseñanzas de la fe católica, y no habría para nosotros mayor desdicha, que ser débiles y vacilantes en el dogma Sacrosanto de nuestra adorable Religión. El necio se muda como la luna; mas el sabio permanece siempre en la verdad revelada y en la ley evangélica de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Bienaventurado el hombre que busca la *justicia*, que encuentra la *prudencia*, que resiste con *fortaleza* y que vive con *templanza!* ¡Bienaventurado el que permanece en su *fe*, y le alienta la *esperanza* y obra en *caridad*. Yo os digo, pues, con el Apóstol: «*Velad, estad firmes en la fe, portaos varonilmente, y sed fuertes. Todas vuestras cosas sean hechas en caridad* (1).» Es decir que todo cuanto hagáis sea por un principio de amor de Dios; de tal suerte, que la voluntad del Señor sea la regla de vuestras acciones, y su gloria el fin. *(Omnia vestra in charitate fiant.)*

Si alguno me preguntare: ¿Cuáles son los actos principales de esta heroica y necesaria virtud? Respondería con el gran maestro de ascética, Santiago Alvarez de Paz:

1.° Sufrir con intrepidez los tormentos, los peligros de muerte y aun la muerte misma, por confesar ó acrecentar la fe de Jesucristo, que es á lo que llamamos *martirio*.

2.° Soportar constante y valerosamente los padecimientos y los desprecios por la defensa de las virtudes cristianas.

3.° Robustecer la mente en las adversidades y prosperidades,

(1) Vigilate, state in fide, viriliter agite, et confortamini. Omnia vestra in charitate fiant. (I Corint., XVI, 13 y 14.)

de tal suerte, que ni en lo adverso seamos abatidos, ni en lo próspero exaltados, ni nos apartemos de la senda de la virtud.

4.° Resistir con fortaleza y rechazar con denuedo las tentaciones grandes del demonio y de las concupiscencias terrenas.

5.° Emprender cosas arduas virtuosas con grande confianza en Dios.

6.° Conservar la tranquilidad del ánimo en los acontecimientos graves y adversos.

7.° Evitar, sin ansiedad ni angustia, los peligros que exceden nuestras fuerzas, implorando el auxilio divino.

8.° Vencerse generosamente á sí mismo en los casos dificultosos, que es la mayor de las victorias.

Ved aquí el campo hermoso por donde puede espaciarse amplia y generosamente la actividad cristiana; y si alguno necesitare ejemplos, los encontrará á millares en las historias eclesiásticas y en las vidas de los Santos, bastando á nuestro intento citar á San Juan Crisóstomo, de quien leemos que, al ser conducido al destierro, pronunció estas magníficas palabras: «Decid á la emperatriz Eudoxia que todo cuanto hay de terrorífico en el mundo lo desprecio; y cuanto hay de agradable lo tengo en nada; riquezas no deseo, la pobreza no me asusta, la muerte no la temo.» ¡Qué ejemplo! De esta manera han pensado y obrado siempre los héroes del cristianismo, é igualmente debemos pensar y obrar nosotros cuando fuere necesario.

No ignoro que todos somos flacos por naturaleza y que nos aterran los grandes padecimientos, pero la fortaleza cristiana viene de Dios, y en nosotros sólo está pedírsela, cooperar á sus gracias y poner algunos medios, que entre otros pueden ser los siguientes:

1.° Recordar que Dios nuestro Señor es *Omnipotente,* y que todo cuanto nos acaece adverso es querido ó permitido por El, y que ni un cabello caerá de nuestra cabeza sin su consentimiento. ¿Quién no soporta animoso todo lo que Dios disponga ó permita según los misteriosos designios de su amorosa providencia?

2.° Persuadirse por completo de que Dios es *infinitamente sabio,* y que sabe y puede convertir en bien nuestro todo lo aflictivo y penoso de esta vida, siempre que nosotros no pongamos obstáculos á su paternal dirección.

3.° No olvidar un punto que el mismo *Dios es esencial é inmensamente bueno;* que nos ama mucho más que nosotros podemos amarnos, y que por lo mismo jamás consentirá que ninguna adversidad ceda en daño nuestro, á no ser que nosotros voluntariamente

trastornemos sus amorosos fines. «La paz y la fortaleza del alma, —dice el Kempis—consisten en ofrecernos de todo corazón á la divina voluntad, no buscando nuestro interés en lo poco, ni en lo mucho, ni en lo temporal, ni en lo eterno. De manera que, con rostro igual, demos gracias á Dios en las cosas prósperas y adversas, pesándolo todo con un mismo peso.» (Lib. III, cap. XXV.)

4.° *Amar verdaderamente á Dios;* he aquí el medio principal para adquirir la fortaleza cristiana; pues *el amor,* según leemos en el sagrado libro de los Cánticos (VIII, 6), *es fuerte como la muerte,* y jamás hay debilidad ni cobardía en el corazón amante. «Gran cosa es el amor, bien sobremanera grande—dice el Kempis.—Él solo hace ligero todo lo pesado, y lleva con igualdad todo lo desigual; pues lleva la carga sin carga, y hace dulce y sabroso todo lo amargo... No hay cosa más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más alto, nada más ancho, nada más alegre, nada más cumplido, ni mejor en el cielo ni en la tierra, porque el amor nació de Dios y no puede aquietarse con todo lo criado, sino con el mismo Dios.» (Lib. III, cap. V.)

Este es, amados míos, el medio mejor para ser y permanecer fuertes en la fe, y para gloriarnos en los padecimientos por Jesús, como en la Epístola de hoy nos exhorta San Pablo. Concluyo, pues, diciéndoos con el mismo Kempis: «El amor siempre vela, y durmiendo no duerme; fatigado, no se cansa; angustiado, no se angustia; espantado, no se espanta, sino que como viva llama y ardiente luz sube á lo alto y se remonta con seguridad... Cante yo, Dios mío, cánticos de amor, y desfallezca mi alma en tu alabanza. Ámete yo más que á mí, y no me ame á mí sino por ti, y ame en ti á todos los que de verdad te aman, como manda la ley del amor, que emana de ti. Conviene al que ama abrazar de buena voluntad por el Amado todo lo duro y lo amargo, y no apartarse de Él por cosa contraria que le acaezca.» (Lib. III, cap. V.) Hagámoslo de esta manera, carísimos hermanos, y tendremos seguro el reino de los cielos, que á todosos deseo por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo XVI después de Pentecostés.

Sobre el crecimiento en las virtudes.

MADOS hermanos míos: Nada más sublime ni más edificante para el corazón cristiano, que considerar á San Pablo prisionero en Roma por amor á Jesucristo, y postrado de rodillas ante la eterna Majestad de Dios, rogando con instancia que conserve firmes en la fe á los fieles de Éfeso. No es posible encarecer con palabras la tierna solicitud y cuidado que despliega por la salvación de ellos. Veamos como lo expresa en la Epístola de este día. Dice así:

«*Hermanos: Doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo... á fin de que, según las riquezas de su gloria, os dé que seais robustecidos en virtud por su Espíritu en el hombre interior, para que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, y arraigados y cimentados en caridad, podáis comprender con todos los santos, la anchura, longitud y profundidad, y conocer también la caridad de Cristo, que sobrepuja todo entendimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y á Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas, más abundantemente que nosotros podemos decir y entender, según la virtud que obra en nosotros, sea dada la gloria en la Iglesia y en Jesucristo, por todas las edades y en todos los siglos. Amén.*» (Ephes., III, 14 al 21.)

Dos cosas, carísimos hermanos, habréis notado en las palabras del Apóstol, que acabo de expresaros: una, que los cristianos, por justos que sean, están obligados á procurar ir creciendo siempre en virtud; otra, que para ello deben emplear ciertos medios que la Religión propone. Dos, por consiguiente, serán los puntos de la instrucción de hoy; á saber:

1.° Los motivos que nos impulsan á crecer en perfección.
2.° Los medios que para ello hemos de emplear.

PUNTO 1.°

MOTIVOS PARA CRECER EN SANTIDAD

Ante todo, hermanos míos carísimos, contemplemos al glorioso San Pablo en su prisión, como olvidándose de sí propio para ocuparse únicamente en las necesidades de sus hermanos, porque no desfallezcan en la fe. «*Doblo la rodilla*—les dice—*ante Dios nuestro Señor, rogándole qué seais robustecidos en virtud por su Espíritu en el hombre interior.*» (Vers. 14 y 15.)

Detengámonos aquí, y prescindiendo del ejemplo sublime de caridad que nos da al pensar en el bien de sus semejantes, con preferencia al alivio de sus cadenas, contemplémosle humilde y reverente ante Dios Padre, y que le dice de esta ó parecida manera: «Padre celestial, Padre de mi Señor Jesucristo, Padre de quien toda paternidad procede en los cielos y en la tierra, Padre de los ángeles y de los hombres, que constituímos como una sola familia vuestra, Padre principalmente de los cristianos, á quienes amáis como á las niñetas de vuestros ojos..., yo os ruego, Padre, que les enviéis vuestro Santo Espíritu, para que infunda sobre ellos las riquezas de sus dones, y queden fortalecidos en el hombre interior; esto es, en su mente, en su espíritu, en su corazón y en su voluntad, para que nunca jamás se debiliten en la fe que han recibido, por tu divina misericordia, y robustecidos vivan en santidad y perfección (1). Esto os ruego, Padre.»

Ved aquí, pues, lo primero que dice San Pablo en nuestra Epístola, para que los fieles de Éfeso, y todos los cristianos, procuremos crecer en las virtudes sobrenaturales de Nuestro Señor Jesucristo. No es este un mero consejo que podamos impunemente dejar de cumplir, sino un mandato riguroso expresado con toda claridad en las sagradas Escrituras.

«*Sed perfectos*—dijo Jesucristo á los Apóstoles—*como perfecto es vuestro Padre celestial* (2).» *Sed perfectos*—repite San Pablo, dirigiéndose á los fieles de Corinto (3). Y para que nadie dude que la perfección progresiva consiste en imitar á Jesucristo, en hacer vivir á Jesucristo en nosotros, en no vivir más que de Jesucristo

(1) La perfección en su grado ínfimo consiste en la observancia de los diez Mandamientos.

(2) Estote perfecti, sicut Pater vester coelestis perfectus est. (Matth., V, 48.)

(3) Perfecti estote... (II Corint., XIII, 11.)

y por Jesucristo, procurando crecer siempre en santidad, por eso también está escrito en las divinas letras: «*El que es justo que se justifique más, y el que es santo que más y más se santifique... Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres... y el que dice que está en Jesucristo, debe andar como Él andubo* (1).» He aquí por qué nuestro gran Apóstol, que deseaba ser perfecto y que lo fueran todos los cristianos, dijo de sí mismo: «*Vivo yo, pero no soy yo quien vivo, es Jesucristo quien vive en mí.*»

No es, pues, maravilla que el Santo, inflamado en caridad para con los fieles de Éfeso, se postrara en sus prisiones ante la suprema Majestad de Dios, y le dijera: «*Señor, yo os ruego que sean robustecidos en virtud, por vuestro Santo Espíritu, en el hombre interior.*» O lo que es lo mismo: «Señor, os suplico humildemente que estos fieles amadísimos vayan siempre creciendo en virtudes, por la gracia del Espíritu Santo, según el hombre interior.»

Mas la caridad del Apóstol no se detiene aquí; pues si ruega y desea que los cristianos sean fortalecidos cada vez más por la acción misteriosa é inefable del Espíritu Santo, es, como dice en nuestra Epístola, «*para que Cristo habite por la fe en sus corazones*». (*Christum habitare per fidem in cordibus vestris.*—Verso 17.)

¡Qué caridad! Nótese bien lo que esto significa. Habitar Cristo en nuestros corazones, quiere decir, no sólo que Jesucristo, y juntamente con Él, el Padre y el Espíritu Santo, están en nosotros cuando estamos en gracia de Dios, ó sea sin pecado mortal; sino que Dios Uno y Trino mora de asiento en nuestro pecho, por modo permanente, como en su templo, sin cesar de obrar dentro de nosotros las maravillas de su amor; esto es, impulsándonos á ir siempre creciendo en virtudes, y á cooperar á sus gracias, y á corresponder fielmente á los eternos é inefables designios de su dilección.

¡Qué felicidad la de un cristiano en cuyo corazón habita Cristo *por la fe!* Por la fe, como raíz y fundamento de las obras sobrenaturales y meritorias; por la fe, que da impulso á la esperanza y nos hace andar en caridad; por la fe, no muerta, sino viva, informada por la caridad divina, y acompañada de las buenas obras, merecedoras del cielo.

Esto y nada menos es lo que, según nuestra Epístola, desea el Apóstol para los fieles de Éfeso; esto es lo que con tanta insistencia

(1) Qui justus est, justificetur adhuc; et sanctus sanctificetur adhuc. (Apocal., XXII, 11.)—Jesus proficiebat sapientia, et aetate, et gratia apud Deum et homines. (Luc., II, 52.) Qui dicit se in ipso manere, debet, sicut ille ambulavit, et ipse ambulare. (I Joann., II, 6.)

y encarecimiento ruega al Eterno Padre por los merecimientos de su divino y eterno Hijo; y esto es también, amados míos, lo que yo ruego y deseo para vosotros con todo mi corazón. Quiero que seais buenos y perfectos cristianos; deseo veros crecer en virtudes, sin decir jamás: *Basta;* ruego á Dios nuestro Señor que os haga santos, como Santo es nuestro Padre celestial. Y, haciéndome eco de las palabras que á continuación añade el Apóstol, aún deseo más para vosotros, á saber: «*Que seais arraigados y fundados en caridad, para que podáis comprender, con todos los Santos, la anchura, longitud y profundidad (de Cristo).*»—Vers. 17 y 18.

¡Qué palabras! ¡Cuán significativo se muestra en ellas San Pablo! ¡Quiere que los cristianos nos hallemos *fundados y radicados en la caridad. (In charitate radicati et fundati.)* Quiere que el amor de Dios sobre todas las cosas sea el *fundamento* inalterable en el cual esté apoyado el edificio de nuestra salvación; quiere que estemos no sólo fundados, sino *arraigados* en la dilección sagrada, de tal suerte que la caridad de nuestros corazones sea como una raíz viva que dé siempre nuevo crecimiento al árbol de nuestra santificación; quiere que este crecimiento, á lo menos en el deseo, sea como de esencia á la vida cristiana, puesto que el no tratar de crecer en ella, es disminuirla, es exponernos á perderla por completo. Y quiere esto con tanta vehemencia, que lo repite y encarece con todo el fervor de su espíritu en la mayor parte de sus cartas.

«*Hermanos* — escribe á los Tesalonicenses—*os suplicamos y exhortamos en Cristo nuestro Señor, que pues habéis aprendido de nosotros cómo debéis marchar por los caminos de Dios para agradarle, andéis por ellos de tal suerte que vaydis siempre creciendo. (Sic et ambuletis ut abundetis magis.*—Cap. IV, 1.)

«*Dios me es testigo*—añade á los Filipenses—*de la ternura con que os amo á todos, y le ruego que vuestra caridad vaya creciendo sin cesar en luz y en toda inteligencia.*» *(In scientia, et in omni sensu.)* «*En cuanto á mí*—les dice—*no juzgo haber alcanzado la perfección, pero sí olvidando lo que queda atrás, procuro caminar hacia adelante; y todos los que hacemos profesión de cristianos debemos vivir en estos sentimientos.*» *(Hoc sentiamus.* Filip., III, 12 á 15.)

Debemos vivir procurando crecer en virtudes, notadlo bien; porque es axioma en la vida del espíritu, que el no tratar de subir, es bajar; y como dijo expresamente San Bernardo: «Si dejáis de adelantar, retrocedéis; si cesáis de combatir, sois vencidos, y si pretendéis manteneros firmes, estando ociosos, quedáis derribados; porque no es uno perfectamente bueno, cuando no quiere ser me-

jor, y tan luego como uno comienza á no querer ser mejor, deja de ser bueno (1).»

Tal es, en resumen, la mente del Apóstol, en las palabras citadas, y todo, como él dice, «*para que podamos comprender con todos los santos, la anchura, longitud y profundidad*»..... (Vers. 18.) Esto es; para que por la fe y la inteligencia podamos comprender, cuánto en esta vida es posible al hombre espiritual, santo y perfecto, cuáles son las dimensiones de la bondad divina en el misterio de la redención del hombre y de la vocación de los gentiles (2); *y también conocer y estimar en lo que vale la caridad que Cristo nos manifestó en este misterio, aun en lo que excede á la humana inteligencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios*». (Vers. 19.)

Lo cual, carísimos hermanos, es como si el Apóstol dijera: «Ruego á Dios, ¡oh fieles cristianos! que os dé á conocer sobrenaturalmente la infinita caridad que Cristo nos manifestó ofreciéndose á sí mismo, en presencia de Dios Padre, como víctima por nuestros pecados; y además deseo para vosotros, que vayáis siempre creciendo en todos los dones de Dios; á saber: en toda ciencia divina, en toda perfección y santidad; para que de esta manera seáis firmes y constantes en la fe, y nunca jamás desfallezcáis en el espíritu.»

Ahora, amados míos, después de esta doctrina bellísima del Apóstol, sólo me resta indicaros los que os propuse en segundo lugar; á saber:

PUNTO 2.°

ALGUNOS MEDIOS PARA CRECER EN PERFECCIÓN

No es mi ánimo enumerar aquí los muchos y poderosos medios que señalan los maestros de espíritu para ir siempre creciendo en perfección y santidad, pues esto requiere no una plática, sino muchos sermones y muchos libros. Sólo indicaré dos medios tomados de la Epístola de este día, que son *el conocimiento de Dios y la oración de ruegos.*

Conocer á Dios es lo primero y lo absolutamente indispensable, pues consistiendo la perfección del hombre en imitar á Dios, ó lo que es lo mismo, en imitar á Jesucristo, su único y divino Hijo, y en amarle con todas las veras del corazón, es evidente que quien no le conoce no le ama, y quien no le ama no puede ser perfecto.

(1) Ubi incipis nolli fieri melior, ibi etiam desinis esse bonus. (S. Bern., Epist. 9.)
(2) Así el P. Bernardino Piconio, en su *Triplex expositio.*

Por eso el Apóstol dijo á los fieles de Éfeso: «*Sed imitadores de Dios, como hijos suyos queridísimos, y andad en caridad, así como Cristo también nos amó* (1).» El hombre, pues, que *conozca* á Dios (al modo que á la criatura es posible), y le *imite*, y *ande*, es decir, *crezca* en caridad, á semejanza de Cristo, ese es un hombre perfecto, y como dice hoy nuestra Epístola, *está lleno de la plenitud de Dios*. (Verso 19.)

Pues ved aquí sencillamente lo que San Pablo pide para los fieles de Éfeso, diciéndoles: *Doblo mis rodillas ante el Padre celestial y le pido que haga habitar en vuestros corazones á Jesucristo, para que arraigados y cimentados en la caridad, podáis comprender las dimensiones de su amor hacia vosotros; y así con este pleno y perfecto conocimiento, seáis repletos de su amor y de la plenitud de todos sus inefables y divinos dones.*» (*Ut impleamini in omnen plenitudinem Dei.*—Verso 19.)

¿Para qué pide el Apóstol que los cristianos tengan conocimiento de Dios y de sus divinas perfecciones?—Para que le amen; para que fundados y arraigados en la caridad, crezcan en amor á Jesucristo, y sean llenos de la santidad misma de Dios, tanto cuanto ellos sean capaces de recibirla.

Este es el primer medio para ser santos, y el segundo es *la oración*, de la cual, como acabo de indicaros, nos dió San Pablo bellísimo ejemplo por aquellas palabras: *Doblo mis rodillas delante del Señor, y le ruego...* Que fué como decir á los cristianos: «Ruego á Dios Padre Omnipotente, que por la virtud de su gracia obra en nosotros, haciéndonos conocer y amar el bien y determinar á nuestra voluntad para que lo realice, que os dé gracia de fortaleza en vuestros corazones y vayáis creciendo siempre en santidad, porque *El puede darnos dones mucho mayores que lo que nosotros podemos pedir y entender*. (Verso 20.)

Verdaderamente, amados míos, así es: la oración es de todo punto necesaria para fortalecer el ánimo, para que no desfallezca en las tentaciones, para ir creciendo siempre en virtudes, para que Cristo habite por la fe en nuestros corazones, para cimentarnos y arraigarnos en la caridad, y para poder comprender la anchura, la longitud y la profundidad de las bondades de Dios para con nosotros, y también la infinita caridad con que nos ama nuestro Señor Jesucristo; que por algo dijo el Apóstol: «*Hermanos; no somos sufi-*

(1) Estote imitatores Dei, sicut filii carissimi; et ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos. (Ephes., V, 1-2.)

cientes de nosotros mismos para pensar algo, como de nosotros: nuestra suficiencia viene de Dios (1).» Alabado sea por siempre jamás Cristo nuestro bien.

Por último, pone San Pablo digno remate á la hermosa Epístola de hoy, diciendo: «*A Dios sea la gloria en la Iglesia y en Jesucristo por todas las edades del siglo de los siglos. Amén.*» Esto es: A Dios nuestro Señor, que tantos y tan singulares beneficios nos ha concedido por su Hijo Unigénito Jesucristo, sea dada gloria eterna en su Iglesia, la cual, extendida por todo el orbe, ha de durar hasta el fin de los siglos, para que Jesucristo, su divina Cabeza y mediador nuestro, sea glorificado en todo el universo; pues por Cristo, en Cristo y con Cristo ejercitamos todos los oficios de piedad, y también por El, en El y con El alabamos á Dios Padre y le damos gracias continuamente. *Cristo es todo en todas las cosas. (Omnia in omnibus Christus.)*

Concluyo, carísimos hermanos, exhortándoos con San Pablo á la continua perfección de vuestro espíritu. Entra en la idea de la perfección el considerarnos siempre imperfectos, siempre flacos, siempre necesitados de la gracia divina, siempre ansiosos de mayor santidad, siempre combatiendo contra nuestras pasiones rebeldes. Empuñemos valerosos las armas de la luz, y digamos con San Pablo, el más admirable de los combatientes: *He peleado buena batalla, he terminado mi carrera, he guardado la fe. Por lo demás, espero la corona de justicia que el Señor, justo Juez, me dará en aquel día, y no sólo á mí, sino también á aquellos que aman su venida.*» (II Timot., IV, 7-8.)

Así, pues, la vida es corta, el combate breve, la victoria segura y el premio eterno. El Señor, por su misericordia, nos conceda á todos la gloria. Amén.

(1) Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est. (II Corint., III, 5.)

HOMILIA 1.ª

Para el Domingo XVII después de Pentecostés.

Medios para la unión de los cristianos.

Hermanos míos amadísimos: Después que el Apóstol San Pablo hubo instruído á los fieles de Éfeso en todo lo concerniente al dogma, pasa á indicarles las virtudes principales de la vida cristiana, ó sea á la parte *ética* relacionada con la fe. «Preciso es — les dice — que todo cristiano observe una vida irreprensible, digna de la naturaleza racional, y sobre todo digna de Cristo. Preciso es que sea perfectamente *humilde,* que sienta y hable de sí con humildad y que se conduzca con todos sus semejantes sin asomo ni sombra de soberbia. Preciso es, además, que sea *manso,* y que hable y obre con todos mansamente. Preciso es, de igual manera, que sea *paciente,* soportando con suavidad y dulzura los vicios y defectos de los demás, por más que le sean molestos. Y preciso es que todo esto sea hecho por caridad, ó sea por amor de Dios y del prójimo.» *(Omnia vestra in charitate fiant.)*

Oid sus mismas palabras en los tres primeros versículos de la Epístola de hoy; dice así: «*Hermanos: Yo, que estoy preso por el Señor, os ruego que andéis de una manera digna de la vocación cristiana con que habéis sido llamados. Esto es, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, sobrellevándose los unos á los otros en caridad.*» (Ephes., IV, 1-2-3.)

Tres cosas, cristianos míos, encarga el Apóstol en las palabras dichas, poniéndolas como fundamento de la vida espiritual y de las costumbres sociales del cristianismo, y aunque es verdad que ellas merecían muchos sermones, ó muchos libros para explanarlas, yo me contentaré con daros hoy de ellas una ligera idea, y os hablaré siguiendo el orden de la Epístola:

1.° **De la humildad.**
2.° **De la mansedumbre.**
3.° **De la paciencia.**

PUNTO 1.º

DE LA HUMILDAD CRISTIANA

El objeto principal que San Pablo se propone en la Epístola de este día es exhortar á los cristianos á que lleven una vida santa digna de su vocación á la fe de Cristo; puesto que por ella son hechos templos vivos del Espíritu Santo, hijos adoptivos de Dios, hermanos de Jesucristo y herederos de la patria celestial, debiendo vivir todos íntimamente unidos entre sí, como miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Cristo nuestro Señor.

Al efecto, comienza el grande Apóstol diciendo: «*Y así, hermanos: Yo, Pablo, que estoy prisionero por el Señor, os ruego que andéis de una manera digna de vuestra vocación cristiana* (1).» Lo cual es como si el Santo dijera: «¡Oh, Efesios! Siendo tan grande y tan magnífica la beneficencia de Dios para con vosotros, que del gentilismo os llamó á su fe, á su gracia y á su gloria, incorporándoos á los judíos, para que con ellos conquistéis el cielo, yo, Pablo, que me hallo prisionero por amor á Jesucristo y por amor vuestro, os ruego y exhorto á que, en memoria y en agradecimiento á tan singular y extraordinario beneficio, llevéis una vida digna de vuestra vocación; esto es, digna de la fe que profesáis, digna de la Iglesia santa, digna del cuerpo místico de Jesucristo, digna de los hijos de Dios, digna de los herederos del cielo. Reparad bien y pensad de continuo la merced insigne de vuestra vocación á la fe de Cristo, Entrad dentro de vosotros mismos y decid: «Yo gentil, yo pecador. yo hijo de ira, yo que llevo dentro de mi ser el germen de la corrupción y de la infelicidad, ¡yo he sido llamado por Dios! ¡Por Dios, ser infinito, bien sumo, majestad suprema que tiene horror á todo lo que esté manchado con la culpa! ¡Y llamado para ser ciudadano del cielo, compañero de los bienaventurados, familiar de Dios, amigo suyo..., ¡qué digo amigo suyo! soy llamado á ser hijo del mismo Dios, hermano de Jesucristo, y casi otro Cristo; porque eso significa la palabra cristiano, ser semejante á Cristo y una como continuación de su vida divina sobre la tierra. Por tanto, yo debo vivir con elevación en mis pensamientos, con nobleza en mis designios, con pureza en mis costumbres, con santidad en mi espíritu, conservando la concordia y la paz con todos los cristianos y con

(1) Ut digne ambuletis vocatione qua vocati estis. (Ephes., IV, 1.)

todos los hombres en cuanto sea posible, para formar todos una sola cosa en Jesucristo, como si tuviéramos un solo corazón y una sola alma.—*Cor unum, et anima mea.*»

Esto es, amados míos, lo que el grande Apóstol, y con él la Iglesia nuestra Madre, nos recomienda hoy con todo encarecimiento; mas como á esto se oponen abiertamente *el orgullo, la ira y la impaciencia* de los hombres, que se estiman en más de lo que son, y que rompen la unión con sus hermanos por falta de amor hacia ellos, y por no saber, ó no querer soportar con caridad sus defectos é imperfecciones, por eso San Pablo especifica las virtudes contrarias, diciendo: «*Es preciso que andéis con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos los unos á los otros en caridad.*» *(Soportantes invicem in charitate.)*

Nótese cómo el Santo recomienda ante todo *la humildad*. ¿Por qué será esto? ¿No es mayor y más excelente virtud la caridad divina?—Sí, ciertamente; porque es virtud teologal, que tiene por objeto al mismo Dios; pero tratándose *del oficio* que desempeñan las virtudes en nosotros, para realizar la unión de los corazones cristianos en Cristo Jesús, sin duda alguna, *está primero la humildad* (1); y por eso el Apóstol señala esta virtud como fundamento, diciendo que hemos de andar *con toda humildad. (Cum omni humilitate.)*

Nótese también, que no dice San Pablo: «*Con humildad*», sino: «*Con toda humildad.*» Como si dijera: Es preciso ser *entera y perfectamente humildes:* humildes en el *entendimiento*, en el *corazón*, en las *palabras*, en las *obras* y *en todo* lo que esté dedicado á nuestro uso; y no á medias, sino con toda humildad. *(Cum omni humilitate.)*

El entendimiento, ante todo, debe conocer nuestra nada, nuestra flaqueza y miseria, y estimarse el hombre en lo que vale y en nada más. Esto es andar *en verdad,* ó lo que es lo mismo, *en humildad.* ¿Quién que reflexione la nada de donde hemos sido sacados, la miseria á que el pecado nos condujo, y la corrupción que nuestro cuerpo ha de sufrir, no se siente inclinado á humillar su frente altanera, ante la realidad de su indigencia y flaqueza? ¿Quién que considere los inmensos beneficios que de Dios ha recibido, y los que cada día recibe, no se humilla hasta el polvo de la tierra, po-

(1) Prima virtus christianorum est humilitas. (S. Jerónimo, Epist. ad Eustach.)—Humilitas est sanctitatis fundamentum. (S. Cipriano, Serm. *De Nativitate Christi.)* Quien desee ver extensamente tratada la primacía de la humanidad, sobre las demás virtudes, vea nuestra obra *La Vida feliz*, tomo I, cap. XIII, § I, núm. 4 y siguientes.

niendo en contrapeso su negra ingratitud para con Dios, y el criminal abuso que hace de sus gracias?

«En la presencia de la misericordia de Dios—dijo San Francisco de Sales—nada puede humillarnos tanto como la multitud de sus gracias, así como en presencia de su justicia nada puede humillarnos tanto como la multitud de nuestros pecados.» El que conoce á Dios y se conoce á sí mismo, goza de altísima sabiduría, entra en la humildad de entendimiento, y jamás se ensoberbece, ni contra Dios, ni contra sus semejantes. El conocimiento propio es el fundamento de la humildad, y la humildad el fundamento de la santidad.

Pero no basta el conocimiento propio ni la humildad *en el entendimiento,* sino que además es preciso que la haya en el corazón. Es decir, no basta que conozcamos nuestra debilidad, nuestra bajeza y nuestra nada, ni que nos estimemos en poco, sino que además es menester que ese conocimiento nos lleve á desear y á querer que nuestros semejantes nos estimen y consideren tales como somos y nada más, para que todo ande en verdad. ¡Cuán difícil es esto para el amor propio de los hombres!

Sin embargo, la humildad de corazón exige más; pues entra en su esencia el amar nuestra propia abyección y complacernos en ella, para así imitar á Cristo nuestro Señor y asemejarnos más á Él y darle gloria.—¿Nos contemplamos miserables?—Es verdad.—¿Nos juzgan como tales?—Es verdad. —¿Nos complacemos en que así nos juzguen?—Nos complacemos en la verdad.—¿Soportamos de buen grado y aun con gozo los desprecios, las calumnias y todo cuanto puede humillarnos á los ojos de nuestros prójimos, considerando que en ello agradamos á Dios y somos hechos semejantes á Cristo?—Esto es virtud verdadera, sublime, heroica, y realizamos en nosotros la humildad de corazón, á que Jesús nos invitó cuando dijo: *«Aprended de mí, que soy humilde de corazón.»*

Y comoquiera que, para andar siempre en verdad, el hombre, cuando se muestre al exterior, lo ha de hacer en conformidad con su interior, de aquí que la humildad interna ha de aparecer sencilla y modesta en las palabras y demás acciones exteriores. Hablar bajamente de sí y sentarse en el último lugar, sintiendo otra cosa en el corazón, es abominable hipocresía, que Dios no puede dejar impune. «No bajemos jamás los ojos—dijo San Francisco de Sales—sino humillando nuestros corazones; no afectemos desear el último puesto sin que de buena gana y sinceramente queramos tomarle.»

Por último, la humildad se ha de mostrar también en todas las cosas dedicadas á nuestro uso; por ejemplo, en nuestros vestidos,

en nuestro lecho, en nuestra silla, en nuestra habitación, en nuestros muebles... Y esto es lo que el grande Apóstol nos significa, cuando en la Epístola de este día dice: «*Habéis de andar* CON TODA HUMILDAD.» *(Cum omni humilitate.)* ¡Cuán rara es en el mundo la humildad perfecta!

PUNTO 2.°

DE LA MANSEDUMBRE CRISTIANA

Mas viniendo ya á la *mansedumbre*—dice el Santo—«*Con toda mansedumbre.*» *(Cum omni mansuetudine).* ¿Qué nos enseña con esto? Nos enseña, según leemos en sus Epístolas, que «si alguno de nuestros semejantes cayere, por efecto de flaqueza, en algún delito, nosotros, que somos espirituales, los amonestemos con espíritu de mansedumbre». *(In spiritu lenitatis.*—Galat., VI, 1.)

Nos enseña, que «no seamos pendencieros, sino modestos, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres.» *(Ad omnes homines.*—Tit., III, 2.)

Nos enseña, que «al siervo de Dios no le conviene altercar, sino ser manso para con todos». *(Mansuetum esse ad omnes.*— II, Timot., II, 24.)

Nos enseña, que «andemos según nuestra vocación de cristianos, como hijos de Dios, con toda humildad y mansedumbre». *(Cum omni humilite et mansuetudine.*—Ephes., IV, 1.)

Nos enseña, que la mansedumbre es necesaria para la unión de los corazones de los hombres, y que los hemos de tratar, no sólo con mansedumbre, sino *con toda mansedumbre;* esto es, con toda dulzura y suavidad, extendiendo esta virtud á nuestro espíritu, á nuestro corazón, á nuestras palabras, á nuestras correcciones, á toda nuestra conducta exterior, á todos los tiempos y lugares, á toda suerte de personas y á todas las faltas que contra nosotros se cometan.

Nos enseña, por consiguiente, que debemos aplicar nuestra inteligencia á conocer los diferentes motivos que nos hacen amable la mansedumbre; á considerar el ejemplo de Jesucristo, las lecciones sublimes que de esta virtud nos dió, las recompensas que á ella van anejas, la paz que nos hace gozar en esta vida, los males que nos causa el vicio opuesto de la ira; y sobre todo aquellas palabras divinas: «*Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.—Bien-*

aventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.»—(Matth., XI, 29, y Matth., V, 4.)

Nos enseña, que estamos obligados á vigilar sobre los afectos de nuestro corazón, para que en lo adverso no se desordenen y no nos precipiten en los accesos de la ira. Es decir, que cuando seamos por alguno concitados á la ira, hemos de reprimirnos, cogiéndonos, digámoslo así, el corazón con las dos manos, y guardar silencio: hemos de procurar la serenidad y la tranquilidad del corazón, aun cuando alguno nos injurie, recordando que el Señor exaltará á los mansos en el cielo. *(Exaltavi mansuetos in salutem.*—Psalmo CXLIX, 4.)

Nos enseña, que moderemos el ímpetu iracundo y punzante de nuestras palabras, respondiendo con dulzura á quien nos ofenda ó corrigiendo con suavidad cuando fuere menester, sin olvidar un punto aquella sentencia del Espíritu Santo: «*La respuesta suave quebranta la ira, la palabra dura aviva la saña* (1).»

Nos enseña, finalmente, que la mansedumbre ha de reflejarse en todo nuestro porte exterior, de tal suerte, que no se vea movimiento alguno de ira, ni en nuestros ojos, ni en nuestros ademanes, ni en nuestros pasos. «Claramente y sin excepción os lo digo (son palabras de San Francisco de Sales), no os irritéis jamás si es posible, y no acojáis pretexto alguno, sea cual fuere, para abrir la puerta de vuestro corazón á esa pasión furiosa; porque el Apóstol Santiago dice sin reserva, que «*la ira del hombre no obra la justicia*».

Todo esto y muchísimo más nos enseña el grande Apóstol cuando en la Epístola de este día nos dice: «*Habéis de vivir con toda mansedumbre.» (Cum omni mansuetudine.)* Y porque la enseñanza sea completa, nos determina el modo de ser mansos, añadiendo estas hermosas palabras: «*Con paciencia, sobrellevándoos los unos á los otros en caridad.»* (Verso 3.)

PUNTO 3.º

DE LA PACIENCIA CRISTIANA

¡La paciencia! ¡Hermosa virtud! Virtud necesaria, que, como dice el mismo Apóstol, «*nos es indispensable, para que, haciendo la voluntad de Dios, obtengamos el premio prometido*». (2) Diez son los

(1) Responsio mollis frangit iram: sermo durus suscitat furorem. (Prov., XV, 1.)

(2) Patientia vobis necessaria est, ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem. (Hebr., X, 36.)

motivos que el glorioso San Pablo nos propone para excitarnos á tener paciencia en todas las cosas.

1.° Que sufridas con paciencia las tribulaciones momentáneas de esta vida, constituyen para nosotros un eterno peso de gloria. (Corint., IV, 17.) Padecer un poquito de tiempo y gozar eternamente.

2.° Que si padecemos ahora con Cristo, seremos después eternamente glorificados con Él. (Rom., VIII, 17.) Unión brevísima con Cristo paciente, y unión sempiterna con Cristo glorificado.

3.° Que los sufrimientos de esta vida no ofrecen comparación con la gloria futura que nos está reservada. (Rom., VIII, 18.) Con la paciencia se compra la gloria del cielo, infinitamente mayor que todo lo de la tierra.

4.° Que con la paciencia hemos de ser libres de la esclavitud de la corrupción, y pasaremos á la gloriosa libertad de los hijos de Dios. (Rom., VIII, 21.)

5.° Que todos los hijos de Adán gimen y sufren, y que siendo los padecimientos inevitables, los hemos de soportar con paciencia para que se aminoren y sean meritorios. (Rom., VIII, 22.)

6.° Que, teniendo ahora paciencia, este cuerpo cargado de enfermedades y miserias, llegará á ser impasible y glorioso. (Rom., VIII, 23.) ¿Quién no sabe que después de la muerte y los padecimientos por Dios, vienen la resurrección y los regocijos eternos?

7.° Que por la esperanza del premio comenzamos con la paciencia, á ser algo bienaventurados en esta vida. El que espera recibir la eterna beatitud se goza en los padecimientos terrenos, que se la granjean. (Rom., VIII, 24 y 25.)

8.° Que el Espíritu Santo ayuda á nuestra flaqueza, y pide por nosotros con gemidos inenarrables. (Rom., VIII, 26.)

9.° Que á los que aman á Dios, todas las cosas contribuyen para su bien. (Rom., VIII, 28.) Y por consiguiente, que todas las adversidades que ellos soportan con paciencia, les sirven de corona y de gloria. Es decir, que el Señor misericordioso hace que todo coopere para su adelantamiento en la virtud. Aun sus mismos defectos contribuyen á que sean más santos, haciéndolos más humildes.

10.° Que los que son pacientes por amor de Dios, son hechos conformes á la imagen de su Hijo unigénito, y por tanto predestinados para el cielo. (Rom., VIII, 29 y 30.) Con la paciencia, pues, tenemos asegurada, en lo posible, la eterna bienaventuranza.

Tales son, amados míos, los diez motivos principales que nos propone el grande Apóstol, para que ejercitemos la paciencia cris-

tiana. Y comoquiera que ni la *paciencia,* ni la *mansedumbre,* ni la *humildad,* que antes había recomendado, puede el hombre realizarlas, al modo dicho, con la sola naturaleza humana, por eso nuestro Santo Apostol añade á continuación: «Lo conseguiréis, *soportándoos los unos á los otros en caridad.» (Soportantes invicem in charitate.* Ephes., IV, 3.)

Lo cual equivale á decir: seréis humildes perfectos, si andáis en caridad, porque la caridad perfecciona la humildad; seréis perfectamente mansos, si sois caritativos, porque la caridad disimula todos los defectos, y perdona todas las injurias; seréis en verdad pacientes, si arde en vuestro pecho el amor sagrado.

En una palabra: *La humildad* es el fundamento de todas las virtudes, *la mansedumbre* es hija de la humildad, y el verdaderamente humilde es al mismo tiempo manso: *la paciencia* es fruto espontáneo de los mansos y de los humildes; siendo *la caridad* el espíritu que á todas las anima, el aliento que las vivifica, el brillo que las hermosea y la reina que las impera. He aquí por qué el Apóstol enlaza admirablemente dichas cuatro virtudes en nuestra Epístola, como medio poderoso, sobrenatural y divino para la unión de los corazones de los hombres, diciéndonos á todos: «*Os ruego, hermanos, que andéis dignamente, según la vocación á que habéis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos los unos á los otros en caridad.*

Así, pues, amados míos; ejercitémonos en la práctica continua y perseverante de las referidas cuatro virtudes, no impulsados por solo el temperamento natural, no por la humana y dulce complacencia, no por la hipocresía farisaica, no por miras terrenas de ningún género, sino por la moción inefable y misteriosa del Espíritu Santo, ó sea por el amor sobrenatural de Dios y del prójimo; pues este es el medio infalible de obtener la bienaventuranza de los cielos, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo XVII después de Pentecostés.

Más sobre la unión de los cristianos.

Hermanos míos carísimos: Nada hay en el mundo más apetecible ni más provechoso que la paz, ó sea la unión íntima de los hombres entre sí y de todos con Cristo nuestro Señor. El Apóstol San Pablo, dominado y como enloquecido con este sublime y fundamental pensamiento, la recomienda en la Epístola de este día á los fieles de Éfeso, y después de indicarles *los medios* eficaces para obtener dicha paz ó dicha unión con Cristo, cuales son *«vivir con tu humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándonos los unos á los otros en caridad,* pasa á proponerles *los motivos,* y les dice de esta manera:

Hermanos: sed solícitos en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz. No sois más que un cuerpo y un espíritu, como fuisteis llamados á una misma esperanza. Todos tenéis un solo Señor, una sola fe, un solo Bautismo, un solo Dios y Padre de todos que está sobre todos, que gobierna todas las cosas, y en todos nosotros y que es bendito en los siglos de los siglos. Amén.

¡Qué palabras! amados míos; dos cosas sobresalen en ellas.

1.° La paz y unión que ha de haber entre los cristianos.
2.° Los motivos que á ello nos obligan.

Quiera el Señor que yo acierte á explicaros sencillamente estos dos puntos, pues son de altísima importancia, no sólo para la vida espiritual, sino también para la meramente social y de familia.

PUNTO 1.°

DE LA UNIÓN Y PAZ ENTRE LOS CRISTIANOS

La paz es el bien supremo en los individuos, en las familias y en las naciones. La paz—dijo San Agustín—es *la tranquilidad del*

orden. Allí donde todo está ordenado, allí está el dedo de Dios, allí está el bien, allí está la felicidad, allí está Dios mismo; pues, como dijo San Bernardo, «Dios es la misma paz, y donde está El, todo lo tranquiliza» (1).

Por eso Jesucristo, siendo Dios y hombre verdadero, fué llamado por Isaías, *Príncipe de la paz* (2), y el profeta Miqueas añadió que «*Jesucristo es la paz misma.*» *(Erit iste pax.*—Cap. V, 5.)

Por eso el mismo Jesucristo, al dejar este mundo, legó á los suyos, como en testamento, la paz, diciendo: «*La paz os doy; la paz mía os dejo* (3).» Como si dijera: «Me doy á vosotros; me doy á mí mismo; para que llevándome en vuestro corazón, observéis mis mandamientos y tengáis paz.

Por eso San Pablo, divinamente inspirado, dijo á los Tesalonicenses: «*El Señor de la paz os dé El mismo la paz, siempre y en todo lugar* (4).» Es decir, que Jesucristo es el autor de la paz interior que regocija la conciencia de los justos; es el Rey de los corazones que los inunda de paz espiritual y de indecibles consuelos. ¡Oh Cristo, Rey de nuestro corazón, bendito seas!

Por eso añade el mismo San Pablo: «*El reino de Dios no es comida, ni bebida, sino justicia, y paz, y alegría en el Espíritu Santo* (5).» «*Tened paz*—dice—*y el Dios de la paz y de la caridad será con vosotros* (6).»

Por eso, finalmente, en la Epístola de este día, nos advierte á todos el grande Apóstol: «*Sed solícitos en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz.*» *(In vinculo pacis),* (7).

Notad bien, amados míos, el alcance de estas palabras. No dice el Santo que guardemos *simplemente la unidad del espíritu,* sino que expresa y quiere que la guardemos *con solicitud (solliciti);* esto es, con grande empeño y cuidado, como cosa importantísima para nosotros; por lo cual ya dijo antes: «*Es preciso que andéis dignamente con toda humildad y mansedumbre, con paciencia soportándoos los unos á los otros en caridad.*» (Versos 1 y 2.) Como diciendo: «Este es el modo de obtener la paz.»

(1) Tranquillus Deus tranquillat omnia; et quietum aspicere, quiescere est. (San Bern. Serm. XXIII, in Cant.)

(2) Princeps pacis. (Isaí., IX, 6.)

(3) Pacem relinquo vobis, pacem meam de vobis. (Joann., XIV, 27.)

(4) Ipse autem Dominus pacis det vobis pacem sempiternam in omni loco. (II III, 16.)

(5) Non est regnum Dei esca et potus, sed justitia, et pax, et gaudium in Spiritu Sancto. (Rom., XIV, 17.)

(6) Pacem habete, et Deus pacis, et dilectionis erit vobiscum. (II Corint, XIII, 11.)

(7) Sollicití servare unitatem spiritus in vinculo pacis. (Ephes., IV, 3.)

¿Qué significa el grande Apóstol por aquellas palabras: *Conservar la unidad del Espíritu?* San Crisóstomo dice, que «es conservar la Caridad mutua, cuyo autor es el Espíritu Santo»; y también, añade Cornelio à Lápide, denota conservar entre nosotros la unidad del espíritu, esto es, la unidad de pensamientos, de aspiraciones y deseos; la unidad de corazones, amando todos lo bueno y aborreciendo todos lo malo, amando todos á Dios, y á Cristo nuestro Señor, y á su Iglesia santa de tal suerte, que aunque seamos distintos individuos, con diversos cuerpos y diversas almas, sin embargo, formemos *una sola cosa en el espíritu,* identificados con el de Cristo nuestro Redentor.—*Cor unum et anima una.*

Y cuando el Santo Apóstol añade, que dicha unión ha de ser hecha *en vínculo de paz (In vinculo pacis),* es como si dijera: «La paz que procede de Dios Padre, la paz que nos viene por Dios Hijo, la paz que nos infunde Dios Espíritu Santo, la paz, dádiva preciosa de Dios uno y trino, ha de ser el vínculo ó cadena, que enlace nuestros corazones entre sí, y á todos con Dios. «*Esforzaos, sed solícitos en conservar la unidad del espíritu en vínculo de paz.*» *(In vinculo pacis.)*

Hermanos míos, ¡qué lección tan importante! ¿De dónde nos vienen todos los males sino de la falta de unión en nuestros corazones, y de la falta de paz en nuestras relaciones sociales y de familia? ¿De qué precio debe parecernos dicha unión, cuando á ella se refiere todo cuanto Dios ha hecho por el hombre, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia? A ella se refiere la grande obra de la Redención del linaje humano y la creación del mundo para morada del hombre. Repárese esto bien, que no sé yo si muchos lo ignoran.

Consideremos atentamente todo lo que el Señor ha hecho en el orden de la gracia, examinemos cuál es el cuerpo de la Iglesia, cuál su espíritu, cuál su esperanza, cuál su cabeza, cuál su fe, cuáles sus sacramentos, y encontraremos que todo nos predica *la unión* más íntima, más tierna y más sólida. Considerémoslo un momento, para que veamos claros los motivos que nos están obligando á la unión que tanto nos recomienda el Apóstol en la Epístola de la presente Domínica. ¡Ojalá que nos penetremos bien de esta enseñanza!

PUNTO 2.º

MOTIVOS DE UNIÓN ENTRE LOS CRISTIANOS

Dice primeramente San Pablo: «Hermanos, *no sois más que un solo cuerpo.*» *(Unum corpus.)* Como si les dijera: «Reparad que después de la Encarnación del divino Verbo, y cuando ya Jesucristo, Dios y hombre verdadero, habitó con nosotros, desapareció el muro que existía entre judíos y gentiles; desapareció, con la sangre de Jesucristo, la enemistad que los dividía, y todos formáis un solo pueblo, una sola Iglesia, un solo cuerpo moral, cuya cabeza es el mismo Cristo (1). Pues bien; si somos todos uno, ¿por qué nos hemos de dividir y despedazar como fieras?

¡Qué unión es la nuestra, amados míos! La sangre preciosísima de Jesucristo, derramada con su amor infinito por los hombres en el madero Santo de la Cruz, es la que une á todos los fieles, á todas las familias, á todos los pueblos, á todas las naciones del mundo, para que todos juntos formen una sola Iglesia, un solo cuerpo moral, bajo una sola Cabeza, Cristo nuestro Señor! ¿Hay algún vínculo más estrecho que el de la sangre, ó alguna unión más íntima que la establecida entre los miembros de un mismo cuerpo? Si en lo natural se considera como un monstruo sin entrañas al que reniega de su propia sangre, y no se une, y ama, y defiende y socorre á sus parientes, ¿habrá de ser menos eficaz la sangre de un Dios-hombre para obligarnos á vivir íntima y estrechamente unidos en su amantísimo y dulcísimo corazón? Si los miembros de un mismo cuerpo jamás quieren separarse, y se soportan y se ayudan mutuamente en todas sus necesidades, en especial cuando alguno se halla enfermo, ¿qué habremos de pensar de los cristianos entre sí, miembros verdaderos del cuerpo de Jesucristo, cuando se muestran crueles unos con otros, y se apartan, y se despedazan y abominan? ¿Hay corazón que sufra tamaña desventura?

Pero aún hay más aquí; pues así como los diversos miembros del cuerpo se hallan todos regidos y vivificados por un solo espíritu, así también—añade el Apóstol—todos los cristianos han de vivir en perfecta unión y concordia, como animados, impulsados y regidos por un mismo Espíritu, el Espíritu de Cristo, ó sea el Espíritu

(1) Facti estis prope in sanguine Christi... qui fecit utrumque unum... solvens inimicitias in carne sua. (Ephes., II, 13.)

Santo, que impera, rige y gobierna la Iglesia inmaculada. *(Unus spiritus.)*

Es decir, que no es solamente la sangre de Jesucristo la que nos une á los cristianos, sino también *su Espíritu divino,* el Espíritu Santo, que fué dado á los primeros cristianos en el dia de Pentecostés, y que á nosotros se nos da en el santo Bautismo, y en la Confirmación, para que todos formemos como un solo corazón y una sola alma, con unos mismos pensamientos, afectos y deseos, como llamados, según añade el Apóstol, *á una misma esperanza. (In una spe vocationis vestrae).*

¡Hermosa doctrina! *Un solo cuerpo, un solo Espíritu, una sola esperanza!* ¡Qué tres motivos de unión! Hermanos míos: si estamos unidos como miembros de un mismo cuerpo; si todos nos movemos á impulsos de un mismo Espíritu, y este Espíritu es el Espíritu Santo, Espíritu de amor, ¿es posible que no haya entre los cristianos perfecta armonía, perfecta concordia, perfecta paz y perfecta caridad? ¡Qué dichoso sería el mundo si se observara, como es justo, la ley de Jesucristo!

Dejaos, ¡oh hombres! de gobernar vuestras acciones por el espíritu del mundo, y por el espíritu de vuestras concupiscencias, que es el espíritu de Satanás; someteos al Espíritu de Jesucristo, ó sea al Espíritu Santo, que es todo dulce y substancial amor. Dejaos gobernar por El; entregadle todas las potencias de vuestra alma; vuestro entendimiento para que lo ilustre; vuestra voluntad para que la mueva; vuestro corazón para que lo lleve; todo vuestro ser, para que lo dirija y viváis en perfecta unión con el cuerpo de la Iglesia y de Jesucristo, de quien sois miembros. Acordaos que sois llamados á *una misma esperanza;* esto es, á una misma recompensa, á ser todos ciudadanos del cielo, y á vivir unidos eternamente. Si vuestro fin es la unión, ¿por qué ha de haber división?

¡Oh, si ciertas gentes consideraran bien esto! Hay personas que, llenas de vanidad ó de orgullo, ora por sus riquezas, ora por su ciencia y poderío, ora por su autoridad y posición social, desdeñan unirse íntimamente á los pobres y huyen de su trato, sin reparar que por indigentes que se hallen, son, como ellos, hijos de Dios, hermanos suyos en Jesucristo, miembros del mismo cuerpo, dignificados con el mismo Espíritu y llamados al mismo cielo. ¡Quién sabe, si ese pobre y ese pequeñuelo á quien ahora desprecian, estarán otro dia en las mansiones celestiales, en grado mucho más refulgente que todos los grandes de la tierra!

Reparad bien, hermanos míos, que delante de Dios no valen

las preeminencias y diferencias terrenas; allí todos los hombres, ricos y pobres, grandes y pequeños, alegres y afligidos, todos somos llamados á poseer al mismo Dios, á gustar la misma felicidad, á llevar la misma corona, á embriagarnos con el torrente de las mismas delicias, á vivir en la misma sociedad, á cantar las mismas alabanzas; pues todo esto significa el Apóstol cuando dice en nuestra Epístola: *Todos somos llamados á la misma esperanza. (In una spe vocationis vestrae.)*

Muchos son los que se llaman señores en el mundo, exigiendo de sus semejantes casi honores divinos; pero en realidad todos somos hermanos, y como hoy dice el Apóstol, *uno solo es el Señor*. (UNUS DOMINUS.)

Un solo Señor, que con amor paternal reparte sus gracias á los hombres con distinta medida: á unos hace Apóstoles, á otros Profetas, á algunos Evangelistas, á muchos otros Doctores y Pastores. (Ephes., IV, 11); no por sus méritos personales, sino por pura donación de Dios, para que ninguno se envanezca y todos vivamos dependientes de El, porque *uno solo es el Señor*. (UNUS DOMINUS.)

Un solo Señor, para que ordenándolo todo *uno solo* haya unidad en la santa Iglesia, y aunque son diferentes los dones, estados y oficios que Jesucristo estableció en ella, todos, sin embargo, conspiren al mismo fin, el cual, como dice el mismo Apóstol, es que todos lleguemos á la unidad de la fe, á la unidad de un mismo conocimiento del Hijo de Dios, á la unidad de un hombre perfecto, á la unidad de la plenitud de Cristo. (Ephes., IV.—UNUS DOMINUS.)

Un solo Señor, para que entendamos que una sola es la doctrina verdadera, la doctrina de Jesucristo, Señor único del universo, y *que no nos dejemos traer y llevar por todo viento de doctrina, enseñada por la malignidad de los hombres, que engañan con astucia para propalar sus errores,* sino que mirando todos á Jesucristo, digamos: «Todos somos suyos, El es todo nuestro, El es todo para todos, El es nuestro único Señor.—UNUS DOMINUS.

Un solo Señor, para que siguiendo todos la misma verdad, y caminando en caridad, crezcamos en todas las virtudes, hasta llegar á aquella correspondencia que debemos tener los miembros con nuestra cabeza, Cristo Jesús. (Ephes., IV, 14 y 15.) UNUS DOMINUS.

Un solo Señor, para que nadie ignore que Jesucristo es en el cuerpo de la Iglesia, el único Principio de la vida, de la acción y del aumento espiritual de cada uno de los miembros, como lo es la cabe-

za en el cuerpo humano. Nosotros crecemos por Jesús, y Jesús, ó sea su cuerpo místico, crece por nosotros tanto como nuestras virtudes crecen. El aumento de fuerzas en cada uno de los miembros hará que el cuerpo de la Iglesia vaya siempre creciendo hasta su última perfección; porque uno es el Espíritu y uno es el Señor. (UNUS DOMINUS.)

Pensemos, pues, que la unidad y la unión entre los hombres es el fin que Jesucristo se propone en las gracias que nos otorga, para que trabajemos con ellas y seamos todos una sola cosa en su amantísimo corazón. Pensemos que no hay más de *un Señor,* que todos debemos hacer su voluntad divina y no la nuestra, ó más bien, que no debemos tener otra voluntad que la suya; y de esta suerte tendremos también todos un mismo querer, el querer de Dios, realizado en nosotros por modo inefable, misterioso, magnífico.

He aquí por qué—añade el Apóstol en nuestra Epístola—que *«no hay más que una sola fe, un solo Bautismo, un solo Dios, y Padre de todos, que está sobre todos, que gobierna todas las cosas y en todos nosotros.»*—(Ephes., IV, 5 6)... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué palabras dignas de meditarse todos los días de la vida, como base de nuestra unión en Cristo Jesús!

Una fe para todos los hombres; *una fe* para todos los países; *una fe* para todos los tiempos; *una fe* en orden á su principio y á su motivo; *una fe* en orden al conjunto de artículos que propone á todos los fieles; *una fe* en orden á su uniformidad en toda la Iglesia; *una fe* en orden á la adhesión que á ella tienen todos los cristianos. *Una fe,* porque reunió en un mismo sentir las diferentes sectas en que se hallaban divididas las escuelas de los filósofos... ¡Cuánta maravilla significa el Apóstol con estas dos palabras: *Una fe. (Una fides.)* ¿Es posible que los católicos se hayan de dividir por cosas accidentales, que Dios nuestro Señor dejó libres á las disputas de los hombres? Es preciso, pues, que haya, *en lo accesorio, libertad; en lo dogmático, unidad,* y *en todo, caridad.*

¿Por qué? Porque todos hemos recibido *un solo Bautismo;* (UNUM BAPTISMA); porque en virtud de él, todos somos hijos de Dios, todos hermanos en Jesucristo, todos herederos de la patria celestial, todos participamos de los mismos sacramentos y á todos nos está reservado el mismo cielo. Es más; porque *«hay un solo Dios y Padre de todos, que es sobre todos, y que extiende su providencia á todos, y que está en todos».*

En resumen: Dios quiere la unión íntima entre todos los cristianos; la Iglesia nuestra Madre nos la propone en la Epístola de

este día; y cuantas palabras emplea el Apóstol en ella, son otras tantas razones que nos inducen á dicha unión. Es como si el Apóstol dijera: «Esto pide de nosotros la unidad de la Iglesia, de quien somos miembros: UN SOLO CUERPO, cuya cabeza es Cristo.»

UN SOLO ESPÍRITU, que rige á la Iglesia, y que se extiende á todos y á cada uno de los miembros, que somos nosotros, comunicándonos vida y movimiento espiritual.

UNA SOLA ESENCIA DIVINA, á cuya posesión somos llamados todos los cristianos, ó lo que es lo mismo, una sola felicidad, á la cual tendemos todos y esperamos conseguir todos.

UN SOLO SEÑOR; esto es, un solo Jesucristo, de quien somos todos siervos redimidos con su sangre preciosísima.

UNA SOLA FE, que todos profesamos, ó sea un solo Símbolo, un solo dogma y unos mismos misterios, que todos creemos.

UN SOLO BAUTISMO, el bautismo de Cristo, por el cual todos renacemos.

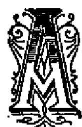
UN SOLO DIOS, que á todos nos crió de la nada, que es Padre amoroso de todos, y que á todos nos sostuvo con su poder, nos rige con su Espíritu, nos conserva con su Providencia y nos llena con su inmensidad.

Por consiguiente, ante la grandeza, sublimidad y magnificencia de esta Epístola, sólo nos resta inclinar humildes nuestra frente, y decir: «Señor y Dios nuestro, cuyo Espíritu obra en todos nosotros, y en quien vivimos, nos movemos y existimos, haced por vuestra misericordia que todos tengamos un solo corazón, una sola alma, un solo espíritu, y que todos vivamos con paz en esta vida, y después reinemos con Vos eternamente en el cielo. Amén.»

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo XVIII después de Pentecostés.

Del agradecimiento á Dios.



MADOS hermanos míos: El grande y glorioso San Pablo, en la Epístola de la presente Domínica, se muestra, como siempre, sublime y arrebatador. Sabía que muchos de los fieles de Corinto se hallaban ricos en dones de la gracia de Dios; sabía que

estos dones se multiplicaban en su corazón por el santo uso que de ellos hacían; sabía que nada les faltaba para comparecer con seguridad ante el Tribunal del Soberano Juez de todos los hombres; y por el vivo interés que tomaba en su adelantamiento espiritual, colmábanle de gozo estas noticias, su corazón se sentía penetrado del más fino é intenso agradecimiento á Dios nuestro Señor, y con tal motivo, y para que se gloriasen únicamente de tener por Maestro á Jesucristo, les escribió la primera de sus cartas, comenzando de esta manera:

«*Hermanos carísimos*: *Gracias doy incesantemente á mi Dios por vosotros, por la gracia que os ha sido dada en Jesucristo, porque por El habéis sido enriquecidos en todas las cosas, en toda palabra y en toda ciencia.*» (I Corint., I, 4 y 5.)

De igual manera, amados míos, considerando yo los inmensos dones de naturaleza y de gracia con que el Señor os ha enriquecido, doy también incesantes gracias á Dios, y quisiera que todos, llenos de reconocimiento y amor, le tributáramos el más rendido homenaje de alabanza y adoración, por todo el tiempo de nuestra vida.

Para ello, juzgo conveniente indicaros hoy *los motivos* que nos están dando voces para cumplir un deber tan sagrado. Mas como son tantos y tan grandes é inefables, me concretaré sólo á los más claros y sencillos, á saber:

1.° A los motivos generales.
2.° A los especiales.

PUNTO 1.°

MOTIVOS GENERALES DE AGRADECIMIENTO Á DIOS

Nada hay más agradable á Dios que un alma agradecida, y la nuestra debe estarlo siempre, porque siempre está recibiendo del Señor grandiosos beneficios, sin que El exija de nosotros otra cosa sino que le mostremos agradecimiento. ¿Es, por ventura, que Dios necesite de nuestra acción de gracias? No; pero nosotros necesitamos dárselas para pagarle amor con amor, para retornarle algo de lo que nos da, para obrar virtuosamente y merecer corona y gloria, para testificarle que somos hijos agradecidos y que estimamos en mucho sus dones, para que nos halle dignos de continuar favoreciéndonos y de hecho nos otorgue más y mayores dádivas. En una palabra; quiere Dios que le demos gracias, porque desea nuestro

bien y anhela vernos felices. Sin ser agradecidos no podemos obtener el Cielo.

Ved aquí por qué el grande Apóstol comienza hoy nuestra Epístola diciendo: «*Gracias doy incesantemente á mi Dios por la gracia que os ha sido dada en Jesucristo.*» (Verso 4.) Lo cual es como si dijera: «Cristianos: todos cuantos bienes poseemos, ya de naturaleza ó ya de gracia, son dádivas de Dios; á Dios, pues, hemos de dar por ellos rendidas gracias; esto lo exige la naturaleza misma de las cosas, porque no es bien nacido el que no es agradecido; también lo exige nuestra propia utilidad, pues, como dijo el Crisóstomo, el Señor se ha con nosotros de tal suerte que, cuando nos ve agradecidos á sus dones, nos otorga otros mayores, siendo el agradecimiento de una gracia recibida pedestal para otras mayores subsiguientes.»

Y comoquiera que San Pablo, en sus Epístolas, se proponía el bien de los cristianos, por eso no solamente da él gracias á Dios por las mercedes que á ellos les otorga, sino que les exhorta de varios modos y en diversas ocasiones, á que de continuo den gracias al Señor por todos sus beneficios. He aquí sus propias palabras:

«*Hermanos: cualquiera cosa que hagáis, sea de palabra ó de obra, hacedlo todo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, dando gracias por Él á Dios su Padre.*» (Colos., III, 17.) *Dad gracias al Señor en todas las cosas; porque esta es la voluntad de Dios en Jesucristo para con todos vosotros.—In omnibus gratias agite.*» Thesal., V, 18.

Tales son las palabras terminantes del Apóstol, y por consecuencia decimos:—Es necesario que nosotros, los cristianos, demos gracias al Señor *en todas las cosas,* ya sean prósperas ó ya adversas. En las prósperas, porque nos consuela; en las adversas, porque nos corrige. Considerando lo que hizo antes de que existiéramos, porque nos crió; después de criados, porque nos conservó; siendo pecadores, porque nos redimió; ya arrepentidos, porque nos ayudó; perseverando en el bien, porque nos coronó. Siempre y en todas las cosas nos hemos de mostrar agradecidos á la divina Bondad. *(In omnibus gratias agite.)*

Beneficio de la creación.—*Gracias á Dios* porque nos sacó del no ser al ser, y porque nos dió no un ser como las piedras, no un ser como las aguas, no un ser como las plantas, no un ser como las bestias, sino un ser, además de corporal, espiritual, inmortal, racional; un ser con ingenio, con industria, con inteligencia para conocer á Dios, con corazón para amarle, con voluntad para servir-

le, con medios para glorificarle, con aptitud para poseerle y gozar de eterna ventura... ¡Oh! ¡Cuántas y cuán excelsas mercedes!

Gracias á Dios, porque después de haber creado el mundo nos crió á nosotros como compendio de todas las perfecciones del mundo, existiendo como las piedras, creciendo como las plantas, sintiendo como los animales, entendiendo como los ángeles, é inmortales en cuanto al alma como Dios. Con razón se llama al hombre *un mundo abreviado.*

Gracias á Dios por el modo con que nos crió; pues toda la Trinidad santísima entró como en consejo para formar al hombre, dignificándole por tan extraordinaria manera, que hizo reflejar en su alma la imagen y semejanza de su divino Hacedor.

Gracias á Dios, porque habiendo criado á Adán fuera del Paraíso, después le colocó en él para que recreara sus sentidos con tan admirable hermosura, y entendiera cuánto le amaba su Creador, y cuán magníficamente le había privilegiado, para de este modo despertar en su corazón no sólo el amor, sino también la gratitud.

Gracias á Dios, porque extremando la fineza de su amor hacia nosotros, se dignó colocarnos en la tierra como reyes de la creación, poniendo á nuestro servicio todas las innumerables y hermosísimas criaturas del universo que había criado en los seis primeros días, incluso los ángeles, que fueron puestos cerca de nosotros para que nos custodien en todos nuestros caminos.

Gracias á Dios, porque después de haber creado el universo para nuestra morada, servicio, comodidad y regalo, se dignó conservarle y conservarnos á nosotros para que le demos gloria. «¡Ah, Señor!—decía San Agustín á este propósito.—En todas las horas y momentos de mi vida estoy gozando de los bienes inefables de tu misericordia, puesto que siempre estaría cayendo si tú no me estuvieras sosteniendo; siempre muriendo, si no me estuvieras vivificando; y así en todo momento me obligas á que te dé gracias, porque en todo momento estoy recibiendo tus beneficios.» (S. Agustín, *Soliloq.*, cap. XVIII.)

BENEFICIO DE LA REDENCIÓN.—*Gracias á Dios,* por el beneficio de la *Redención,* mayor y más estimable que la misma *creación.* Bellamente lo expresa San Bernardo por las siguientes palabras: «Dios mío, si te debo todo cuanto soy y valgo porque me has criado, ¿qué podré añadir ya porque me has redimido y por el modo con que me has redimido?» Más fácil (á nuestro modo de entender) fué la creación que la Redención. Para la creación bastó una palabra de

Dios: *(Ipse dixit et facta sunt);* mas para la Redención pronunció muchas, y obró maravillas, y padeció lo indecible y también lo indigno. En la creación me dió el ser mío, mas en la Redención me dió su ser propio. Si por darme el ser le debo gratitud, ¿qué será por habérseme dado á sí mismo? Mil corazones que yo tuviera no serían bastantes para agradecerlo, ¿qué será teniendo uno solo, y por cierto bien ruin? «Ninguno, pues—añade el Santo—ha de vivir para sí, sino para Aquel que murió por darle vida. ¿Para quién es más justo que yo viva sino para Aquel que, si no hubiera muerto, yo no viviera? (1).»

¡Cuántos y cuán poderosos motivos de gratitud podemos encontrar en cada una de las consideraciones dichas! Por mi parte hago mías las palabras de San Pablo en la Epístola de hoy, y digo: *«Doy gracias á mi Dios, por todas las riquezas de que habéis sido colmados en Jesucristo.»—(Gratias ago Deo... quod omnibus divites facti estis in illo.)*

PUNTO 2.°

MOTIVOS ESPECIALES DE AGRADECIMIENTO Á DIOS

Y si de las gracias generales que el Señor nos ha concedido pasamos á las especiales propias de los cristianos, encontraremos principalmente el beneficio de *la Vocación* á la fe, á la gracia y á la gloria, y el no menos grandioso de la *justificación* del alma.

«Magnífico—dijo San Agustín—considero el beneficio de *la vocación,* por la cual ha querido el Señor que llegue á su fe y á la recepción de sus divinos sacramentos. Veo á multitud de hombres á quienes fué negado este soberano favor, con que yo tanto me regocijo. No parece sino que Dios no se ocupa más que de mi salvación. Se manifiesta continuamente y en todas partes uno, y no deja de estar siempre pronto en mi obsequio. En cualquiera lugar á donde vaya, no me deja; en cualquiera sitio donde esté, no se aleja; presente se halla en todo cuanto hago (2).»

Pues bien; esto que dijo el grande Obispo de Hipona, podemos decir también todos y cada uno de nosotros; pues según nos ad-

(1) Nemo igitur sibi vivat, sed ei, qui pro se mortuus est; cui enim justus vivam quam ei, qui si non moreretur, ego non viverem? (S. Bern., *De dilig. Deo.)*

(2) ... Semper praesentem mihi se exhibet Deus, semper paratum offert; quocumque me verto, me non deserit; ubicumque fuero, non recidit; quidquid egero, pariter assistit. (S. Agust. in Medit.)

vierte el Apóstol San Pablo: «*Dios nos ha libertado y nos ha llamado con su santa vocación, no según nuestras obras, sino según su propósito, y la gracia que nos ha sido comunicada en Jesucristo antes de todos los tiempos* (1).»—*El que nos llama, fiel es, y nos ayudará en el cumplimiento de los deberes de nuestra vocación* (2). Por lo tanto—añade el mismo Apóstol—*demos gracias á Dios Padre, que nos ha hecho dignos de tener parte en la herencia de los Santos en la luz; que nos ha arrancado del poder de las tinieblas y transportado al reino de su amado Hijo.*» (Coloss., I, 12-13.)

Sí, amados míos; la vocación á la fe de Jesucristo es un beneficio inmenso que el Señor nos ha hecho y que está exigiendo de nosotros perpetuo agradecimiento. Sólo resta que seamos fieles á dicha vocación, y que cooperando á las gracias divinas, merezcamos otras más preciosas y abundantes, con las cuales podamos hacer cierta nuestra vocación y elección asegurándonos el reino de los cielos. Es decir, que correspondiendo á la propia vocación, la hacemos cierta, nos afirmamos en la gracia, evitamos fácilmente el pecado, y nos aseguramos la eterna beatitud (3). Sobre todo, la vocación á la vida religiosa es una distinción y elevación especial, que constituye la señal más cierta de la predestinación á la gloria. *¡Dichosa el alma, á la que el Señor elige y llama para habitar en su santuario!* (4).

Pero os decía, que hay otro motivo especial que nos obliga imperiosamente á rendir gracias continuas á Dios nuestro Señor, y este es la *justificación*. Todos nacemos en pecado; ¿qué sería de nosotros si la bondad divina no nos justificara? ¿Quién no sabe que tendríamos cerradas las puertas del cielo para siempre?

Además, después de justificados en el santo Bautismo, nosotros *voluntariamente* rompemos, por el pecado, la comunicación y unión íntima que tenemos con Dios, despreciamos con locura inaudita su santa ley, somos rebeldes á sus insinuaciones amorosas; en una palabra, nos hacemos ingratos á sus beneficios, y reos de eterno suplicio. ¿Dónde iríamos á parar, si el Señor, con especial é infinita misericordia no nos llamara de nuevo, no nos visitara con su gra-

---

(1) Nos liberavit et vocavit vocatione sua sancta, non secundum opera nostra, sed secundum propositum suum, et gratiam, quae data est nobis in Christo Jesu ante tempora secularia. (II Timot., I, 9.)

(2) Fidelis est, qui vocavit vos; qui etiam faciet. (I Thessal., V, 24.)

(3) Satagite ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis: haec enim facientes, non peccabitis aliquando. Sic enim abundanter ministrabitur vobis introitus in aeternum regnum. (II Petr., I, 10-11.)

(4) Beatus, quem elegisti et assumpsisti: inhabitabit in atriis tuis. (Psalm. LXIV, 5.)

cia, y no nos justificara aplicándonos los méritos infinitos de su Hijo unigénito Jesucristo? ¡Ah, Señor! ¡Cuán grande es vuestra misericordia y cuán inefable vuestra clemencia para todos los que arrepentidos se vuelven á Vos! (1). ¿Es posible que nosotros nos olvidemos de esto y dejemos de ser agradecidos?

«¡Oh, Dios mío!—exclama el grande Agustino.—A vuestra misericordia soy deudor de cuanto soy. Porque ¿qué he hecho yo para merecer la vida? ¿Qué he hecho para que me permitáis invocaros? Vuestra misericordia es incomparable; me disteis el ser, y me hicisteis ser bueno, Dios mío, misericordia mía.» (Serm. 2.° in Salmo LVIII.) Hallándome frecuentemente en peligros, me has librado, y nunca me has abandonado en mis necesidades, ni en mis culpas; olvidándome de ti, te acuerdas de mí; huyendo de tu presencia, me llamas de nuevo; si torno á tus brazos, me recibes benigno, y si me ves arrepentido, me perdonas. ¡Cuán bueno eres, Señor! No sólo te debo el perdón de los pecados que he cometido, sino también el de aquellos que no cometí, por la mediación de tu gracia. Mucho he pecado, pero en mucho más hubiese caído, si no me hubieses sostenido con tu mano benditísima.» (S. Agust. in Medit., c. XII.)

Tales son, amados míos, *los motivos generales y especiales* de nuestro agradecimiento á Dios, que me propuse explicaros, siguiendo el espíritu de la Iglesia en la Epístola de este día. San Pablo exhorta á los fieles de Corinto, para que sean agradecidos al Señor, porque *«han sido enriquecidos en toda las cosas, en toda palabra y en toda ciencia»*; mas, ¿somos nosotros, por ventura, menos favoreci dos de Dios que los fieles de Corinto? No; antes mucho más, como os diré en otra plática; bastando por hoy que consideremos los beneficios de *creación, conservación, Redención, vocación* y *justificación;* pues si uno solo de ellos es suficiente para que nuestro corazón y nuestra lengua no cesen jamás de alabar y glorificar al soberano Dador de tan excelsos bienes, ¿qué será todos juntos? ¿qué será trayendo á la memoria otros innumerables de naturaleza y de gracia con que el Señor nos enriquece á cada hora y á cada momento?

Concluyamos, pues, postrándonos humildemente ante la suprema Majestad de Dios, y diciéndole con el piadoso Autor de la *Imitación de Cristo:* «¡Ah, Señor! Yo sé y confieso, que no puedo darte las debidas alabanzas y gracias por el más pequeño de tus beneficios. Yo soy menor que todos los bienes que me has hecho; y cuando

(1) Quam magna misericordia Domini, et propitiatio illius convertentibus ad se! (Eccles., XVII, 28.)

miro tu generosidad, desfallece mi espíritu á vista de tanta grandeza. Todo procede de Ti, y por lo mismo en todo debes ser alabado.» (Lib. III, cap. XXII.)

Gracias, pues, sean dadas á Dios nuestro Señor, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo XVIII después de Pentecostés.

Sobre el agradecimiento á Dios. (Continuación.)

Hermanos míos amadísimos: El mayor consuelo que puede experimentar en su corazón un pastor de almas, es ver que sus ovejas permanecen firmes en los caminos del Señor, libres de pastos venenosos y llenas de los dones del Altísimo. Esto debió acontecer al grande Apóstol San Pablo, cuando escribió á los fieles de Corinto la Epístola de este día, diciéndoles: «*Gracias doy incesantemente á mi Dios, por la gracia que os ha sido dada en Jesucristo; pues por Él habéis sido enriquecidos en todas las cosas, en toda palabra y en toda ciencia... Dios os confirmará también hasta el fin, para haceros irreprensibles en el día de la venida de Nuestro Señor Jesucristo.*» (I Corint., I, 4 al 8.)

De igual manera, amados míos, me encuentro yo en el día de hoy; siéntome complacido y gozoso, al ver que vosotros, á lo menos la mayor parte, camináis fieles á Dios, cumpliendo en todo sus divinos Mandamientos, y por ello no ceso de manifestar al Señor mi gratitud, por los inmensos beneficios que os dispensa. Quisiera, pues, que todos, en unión mía, os esmeraseis en cumplir los dulces deberes de la gratitud para con Dios; quisiera que le mostraseis un amor vehemente por las gracias de que os colma; quisiera que de los bienes, y también de los males, hicieseis otros tantos motivos de acción de gracias; quisiera que por vuestro agradecimiento hicieseis subir á Dios, por Jesucristo, todo lo que recibís en nombre de tan divino Mediador; quisiera, en fin, que vuestro espíritu se hallara perfectamente instruído y penetrado de los innumerables y po-

derosos motivos que á todos nos están como obligando á ser agradecidos á las divinas bondades.

Para ello, no os hablaré ya de los beneficios generales de *creación, conservación, Redención, justificación* y *glorificación,* pues son tan grandes, portentosos y tan sabidos, que basta abrir los ojos del entendimiento, para que nuestro corazón se mueva al amor y nuestra lengua repita una y mil veces: «*Gracias á Dios. Gracias á Dios*». Os indicaré únicamente algunos otros *motivos particulares* menos considerados, aunque no menos asombrosos y dignos de nuestra continua gratitud. Os mostraré, pues, con brevedad:

1.° Algunos motivos particulares de gratitud á Dios.
2.° Ejemplos que muestran la necesidad de esta gratitud.

PUNTO 1.°

MOTIVOS PARTICULARES DE GRATITUD Á DIOS

«*Hermanos míos*—dijo el Apóstol á los fieles de Corinto—*gracias doy incesantemente á mi Dios, por la gracia que os ha sido dada en Jesucristo, pues por El habéis sido enriquecidos en todas las cosas, en toda palabra y en toda ciencia.*» (Versos 4 y 5.) Frases divinas, que son como si San Pablo dijera: «No ceso un momento de dar gracias á Dios, porque, por los méritos de Cristo, os ha colmado de las riquezas espirituales de su divina ciencia y elocuencia, para que creáis todos los misterios de la fe, y habléis de ellos con palabras verdaderamente cristianas. Todo cuanto tenemos lo hemos recibido de Dios mediante Cristo, y por Cristo le hemos de dar las más rendidas gracias.»

Esto, que es un principio inconcuso en la vida espiritual, lo habréis leído muchas veces en ese librito de oro llamado «*Kempis*». Dice así: «Todo lo que tenemos en el alma y en el cuerpo, y cuantas cosas poseemos en lo interior ó en lo exterior, son, Dios mío, beneficios tuyos, y te engrandecen, como bienhechor piadoso y bueno, de quien recibimos todos los bienes. Todo procede de Ti, y por lo mismo, en todo debes ser alabado.» (Lib. III, cap. XXII.) Bien hace Dios dando la gracia de la consolación; pero el hombre hace mal no atribuyéndolo todo á Dios, dándole gracias.» (Lib. II, cap. X.)

Pues bien: sentado este fundamento, ¿qué cosa hay más propia para levantar nuestro espíritu en agradecimiento á Dios, que con-

siderar la multitud y la magnitud de los beneficios que continuamente estamos recibiendo del Señor, aun en cosas al parecer pequeñas?

Basta que en una noche estrellada levantemos los ojos al firmamento y contemplemos esa innumerable falange de bellísimas criaturas que á manera de antorchas refulgentes nos están invitando á que demos gracias al Señor que las crió para nuestro bien. Ellas, con su lenguaje mudo, parecen decirnos: —«Aprended de nosotras cuál es la magnificencia del que nos ha formado, y dadle gracias porque nos ha puesto á vuestro servicio y utilidad particular.» Y como lo mismo que los astros pueden decirnos todos los demás seres de la tierra, de los mares y de todo el universo, cabe en verdad decir, que la creación entera está como dándonos voces para que bendigamos, alabemos, adoremos y demos gracias al Señor Dios de la creación.

«¡Cuántas criaturas—dijo San Bernardo (1)—nos ha dado el Señor para nuestra sustentación! ¡Cuántas para nuestra enseñanza! ¡Cuántas para nuestro consuelo! ¡Cuántas para nuestra corrección! ¡Cuántas para nuestra complacencia!»

«Contempla—dice San Agustín—todo el universo, y considera si hay en él alguna cosa que no te preste sus servicios. Para servirte fueron criados todos los seres, y ellos á ese fin sin cesar se encaminan: unos para satisfacer tu necesidad, otros para tu utilidad, otros para tu deleite. El cielo, la tierra, el aire, los mares y todo cuanto en ellos existe en esto se ejercitan y jamás cesan en su obsequiosa tarea. ¿Puedes tú cesar de levantar tu corazón á Dios y darle gracias? ¿Quién juzgas que las ha criado? ¿Quién les ha dado el precepto de que te sirvan? ¿Recibes el beneficio y no conoces á su Autor? Es verdad que está invisible, pero el beneficio es manifiesto, y tu misma razón te dice, que esos dones no son tuyos, ni te son debidos, sino puro beneficio ajeno.» Dad, pues, cristianos, gracias á Dios, y no olvidéis aquello del Apóstol: *«Dad gracias en todas las cosas.» (In omnibus gratias agite.)*

¡Oh, si comprendiéramos el lenguaje mudo de las criaturas! Sobre tres columnas—dijo un discreto—se sustenta el mundo moral: sobra *la ley,* sobre *el culto* sagrado, y sobre *la gratitud* á Dios. La ley es la directriz; el culto, la vida del corazón; la gratitud, deber imperioso que exigen el culto y la ley: las criaturas son pregoneros de Dios, que continuamente nos están diciendo y repitiendo estas tres palabras: «RECIBE, DEVUELVE, HUYE.»

---

(1) S. Bern., Serm. I, sup.*utitQ ia.a hb*

RECIBE de mí el beneficio, para tu uso. RECIBE de mí, dice el cielo, la luz y el movimiento. RECIBE de mí, dice el fuego, el calor y la agilidad. RECIBE de mí, dice el aire, la respiración y la vida. RECIBE de mí, dice la tierra, la vegetación, el alimento, la sustentación, los metales...

Y la segunda voz es esta: DEVUELVE. Es decir: DEVUELVE el obsequio á Dios tu bienhechor y mi criador. DEVUELVE acciones de gracias á Aquel que me crió para que te sirviera, y puesto que yo siempre me complazco en servirte, complácete tú mucho más en devolverle á Dios tus obsequios, usando siempre de mí para su honor y gloria. DEVUÉLVELE amor por amor, y muéstrate agradecido á sus amores, no sea que te los retire al verte ingrato. DEVUELVE algo de lo que Él te dió, pues todo lo que tú tienes es don suyo, y justo es que se torne á su principio.

Por último, la tercera voz de las criaturas, es esta: «HUYE.» Esto es, HUYE de la nota infamante de la *ingratitud.* HUYE del eterno suplicio preparado para ti si eres ingrato á los beneficios divinos. HUYE de hacer mal uso de mí, porque si así fuere irás, no sólo contra la voluntad de Dios, sino contra ti, y yo y todas las criaturas testificaremos en daño tuyo, cuando el Señor te juzgue por tu ingratitud (1).

Mas dejando aparte el lenguaje de las criaturas, ¿qué diremos de los beneficios particulares, y singularísimos, que á todos y á cada uno nos hace por sí mismo el Criador? ¿Qué diremos de los bienes de naturaleza, hacienda, salud, bienestar, paz, memoria, voluntad, entendimiento?... ¿Y qué de los bienes de gracia, fe, esperanza, caridad, auxilios divinos, virtudes sobrenaturales, buenos ejemplos, buenas compañías, buenas lecturas, dones gratuitos, providencia especial?... ¡Oh! Es cosa de volverse loco de amor.

Pero sobre todo, ¿qué diremos del Padre, que nos dió á su Hijo; del Hijo que se nos dió á sí mismo, y del Espíritu Santo que vino á nosotros enviado del Hijo y del Padre? ¿Qué de la Virgen María, qué de los santos, qué de la Santa Iglesia, qué de los sacramentos, y qué del Sacramento de los sacramentos, la divina *Eucaristía,* en la que se nos da Cristo nuestro Redentor, tal como está en los cielos?

Decidme, hermanos míos, si así nos hallamos favorecidos de Dios, y si nos sobran motivos para vivir siempre llenos de agradecimiento: ¿hay cosa más natural que el Apóstol nos exhorte en

---

(1) S. Anton., p. II. *Summ. Theol.,* tít. III, cap. IX, § 6.

nuestra Epístola á la gratitud, y que ruegue encarecidamente que *en todas las cosas prósperas ó adversas demos gracias á Dios? (In omnibus gratias agite.)* Esto considérelo cada cual dentro de sí mismo, y la respuesta se la dará su propio corazón.

Veamos ahora, aunque sea ligeramente, algunos ejemplos que confirmen la enseñanza que San Pablo nos da, y que á grandes rasgos dejo expuesta.

PUNTO 2.°

EJEMPLOS QUE MUESTRAN LA NECESIDAD DEL AGRADECIMIENTO

El primer ejemplo es *del mismo Dios*, que en varios lugares de las sagradas Escrituras ha manifestado su voluntad de que seamos agradecidos y recordemos de tiempo en tiempo sus admirables beneficios.

¿Qué significa la solemnidad de la Pascua que el Señor mandó celebrar todos los años al pueblo de Israel en memoria del insigne beneficio de haberle libertado de la servidumbre de Faraón, sino la fiesta del agradecimiento?

¿Por qué el mismo pueblo de Israel y su insigne caudillo Moisés entonaron aquel célebre cántico después de haber pasado el Mar Rojo? Por el agradecimiento.

¿Cuál fué la causa de mandar el Señor á Moisés que tomara un vaso del maná y lo conservara en el Tabernáculo para las generaciones por venir? El agradecimiento que éstas debían tener siempre por este beneficio portentoso. ¡Siempre el agradecimiento!

¿Qué fin se propuso el Señor al ordenar la fiesta de Pentecostés, la oblación de los sacrificios y de las primicias y otras solemnidades semejantes que leemos en las sagradas letras? ¡Ah! No otra cosa que inculcar á su pueblo elegido y á las generaciones venideras la hermosa virtud del agradecimiento al Señor.

Dios, pues, quiere que todos seamos agradecidos á sus dones, y este es el ejemplo que nos dan los ángeles y bienaventurados del cielo, cuyo ejercicio continuo es la alabanza y acción de gracias á Dios nuestro Señor, diciendo, como testifica San Juan, aquellas memorables palabras: «*Bendición y caridad, sabiduría y acción de gracias, honor y virtud y fortaleza al Señor Dios nuestro en los siglos de los siglos. Amén.*» (Apocal., VII, 11.)

Y si del ejemplo de Dios y de los santos descendemos al de la Iglesia militante, ¿quién no sabe que el Oficio divino, mandado re-

citar diariamente por todo el clero regular y por el secular y por multitud de Congregaciones religiosas, tiene por objeto alabar, bendecir y dar gracias á Dios continuamente, terminando cada salmo con este hermoso himno: «*Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo*», y los capítulos con estas otras dulcísimas palabras: DEO GRATIAS? *¿Gracias á Dios?*

Mas ¿para qué citar ejemplos, cuando sabemos que Cristo nuestro Señor, cuando trataba de hacer alguna grande obra, elevaba primero los ojos al cielo y daba gracias á su Eterno Padre? ¿No obró así en la multiplicación de los panes y los peces, en la resurrección de Lázaro y en la institución de la sagrada Eucaristía? ¿Qué significa la palabra Eucaristía sino *acción de gracias*? ¿Qué hicieron los primeros cristianos, y qué hacemos hoy los que por dicha nuestra no hemos degenerado de ese glorioso título? Cuando entramos en alguna casa ó nos hacemos cristiano saludo, ¿no decimos y repetimos: *Deo gratias*? Antes de levantarnos de la mesa, ¿quién hay que no dé gracias á Dios por el alimento recibido?

Por último, concretándonos á nuestro gran Apóstol, ¿cuáles fueron de continuo sus palabras y cuáles sus encargos á los fieles cristianos? Oigámosle, porque es dulce y consolador su lenguaje piadoso. Dice así:

«*Gracias sean dadas á Dios, que siempre nos hace triunfar por Jesucristo.—Gracias á Dios por su inefable don.—Gracias doy incesantemente á mi Dios, por la gracia que os ha sido dada en Cristo nuestro Señor* (1).»

Y luego dirigiéndose á los cristianos, les dice: «*Demos gracias siempre y en todas las cosas á Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo.—Todo cuanto hagáis, sea de palabra ó de obra, hacedlo en nombre de Cristo nuestro Señor, dando gracias, por medio de El, á Dios Padre.—No olvidéis la acción de gracias en todas vuestras cosas.—En todo cuanto os suceda, dad gracias á Dios.—In omnibus gratias agite* (2).

Hermanos míos, esto encarga el glorioso Apóstol y paréceme que no hemos menester enumerar más motivos, ni más ejemplos, para que nuestro corazón, santamente enamorado de nuestro soberano Bienhechor, exclame con David: «*Bendice, oh alma mía, al Señor,*

(1) Deo gratias, qui semper triumphat nos in Christo. (II Corint., II, 14.)—Gratias Deo super inenarrabili dono ejus.—(II Corint., IX, 15.)—(I Corint., I, 4-5.)

(2) Gratias agentes semper pro omnibus in nomine Domini nostri Jesu Christi, Deo et Patri. (Ephes., V, 20.)—Omne quodcumque facitis in verbo, aut in opere, omnia in nomine Domini nostri Jesu Christi, gratias agentes Deo et Patri per ipsum. (Coloss., III, 7.)—Instate in omni gratiarum actione. (Coloss., IV, 2.)

y no olvides jamás sus beneficios.—¿Qué devolveré yo al Señor por todo lo que me ha dado?—Quid retribuam Domino, pro omnibus quae retribuit mihi? (1).

Por tanto, «*Gracias á Dios*» debe ser siempre el afecto piadoso de nuestro corazón: *gracias á Dios,* el pensamiento de nuestra mente: *Gracias á Dios,* las palabras de nuestros labios; y en todas las ocasiones, y tiempos y lugares, debemos decir: «*Gracias á Dios: Gracias á Dios.*»—«*Nada mejor*—dijo San Agustín—puede abrigar nuestra alma; nada mejor puede expresar nuestra lengua, nada mejor puede escribir nuestra pluma, que esta hermosísima frase: GRACIAS Á DIOS. Y cuando esto decimos—añade el Santo—nada hay más breve, nada más gozoso, nada más grande, nada más útil (2).»

Ahora bien. La gratitud nuestra para con Dios, se conoce por los efectos: y estos son: conservar en la memoria los beneficios recibidos; estimarlos, publicarlos, engrandecerlos y alabar, venerar y amar al bienhechor; retornar en cambio lo que alcancen nuestras fuerzas, sobre todo, el ejercicio de la caridad para con nuestros prójimos, considerando que lo hecho por ellos, lo recibe el mismo Dios, como si se hiciera á su misma adorable persona.

El que de esta manera pensare y obrare, tenga por seguro que, como afirma el Apóstol al terminar nuestra Epístola, «*el Señor le ha de conservar en gracia hasta el fin, y cuando venga Jesucristo á juzgarle, le encontrará sin culpa*» y le galardonará con la eterna bienaventuranza de los cielos. Amén.

(1) Benedic, anima mea, Domino, et noli oblivisci omnes retributiones ejus? (Psal. CII, 1-2.)

(2) Deo gratias quid melius, et animo geramus et ore promamus, et calamo exprimamus quam Deo gratias? Hoc, nec dici brevius, nec audire laetius, nec intelligi grandius, nec agi fructuosius potest. (S. Agust., Epist. V, ad Marcellinum.)

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo XIX después de Pentecostés.

Sobre la renovación del espíritu.

MADOS hermanos míos: El capítulo IV de la Carta del Apóstol San Pablo á los fieles de Éfeso, de donde está tomada la Epístola de este día, es un compendio maravilloso de la vida espiritual cristiana. En ella encarga el Santo á todos los regenerados con las aguas bautismales que lleven una vida digna de Cristo; que sean en todo *humildes,* sintiendo de sí humildemente, y tratando con humildad á todos sus semejantes: que sean *mansos* y lo muestren en la dulzura y amabilidad con el prójimo: que sean *pacientes,* soportando con amor los defectos, vicios ó inconveniencias de los demás; y sobre todo que sean *caritativos* los unos con los otros para conservar siempre la concordia de los corazones y la unidad del espíritu en vínculo de paz. (Vers. 1 á 6.)

Enseña además el Santo Apóstol que Cristo es cabeza de la Iglesia, que influye en toda ella, porque es su cuerpo místico, y también en cada uno de los fieles, ó sea en cada uno de nosotros, como miembros de la misma Iglesia, es decir, como miembros del mismo Cristo; y por consecuencia, que todos debemos vivir íntimamente unidos á Cristo Jesús, por el hábito de la caridad, y por actos frecuentísimos de fe, de esperanza y de amor, de tal suerte que, así unidos, recibamos de Él la luz, el espíritu, la gracia; y que todo cuanto hagamos bueno y piadoso, sea *en Él, y por Él y con Él;* porque es nuestra cabeza, y nuestro corazón, y nuestro vivir es Cristo. *(Mihi vivere Christus est)* (1).

Y por último, comenzando ya la Epístola de la presente Dominica, nos encarga dos cosas: primera, *que nos despojemos del hombre antiguo; segunda, que nos vistamos del hombre nuevo.* Ved aquí sus propias palabras:

(1) Quien desee penetrarse bien de la práctica de esta vida, consulte al P. Bernardo Picquio, sobre este cap. IV, y más extensamente en sus corolarios á los capítulos XV ad Rom.—VIII, IX y XIII, ad Hebreos.

«Hermanos: Despojaos del hombre viejo...; renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del hombre nuevo, que fué criado, según Dios, en justicia y en santidad verdadera.» (Hebr., IV, 22 á 24.) ¿Qué significa esto? ¿Cuál es *el hombre nuevo* del cuál hemos de vestirnos? Unos sagrados expositores dicen que es *Cristo*, otros que *Adán* en el estado de inocencia. Ambas exposiciones son buenas, ambas admisibles, y de ambas podemos sacar grandísimo provecho. Por consiguiente, os diré hoy dos palabras:

1.ª Sobre nuestra renovación según Adán inocente.
2.ª Sobre nuestra renovación según Cristo Jesús.

PUNTO 1.°

RENOVACIÓN ESPIRITUAL SEGÚN ADÁN INOCENTE

Hermanos míos—dice San Pablo—*«renovaos en el espíritu de vuestra mente»;* ó lo que es lo mismo, *renovaos en lo interior de vuestra alma,* porque alma y espíritu en este caso todo es uno. *(Renovamini spiritu mentis vestri.*—Vers. 23.) (1). Quiere decir con esto el Santo Apóstol, que renovemos el estado de nuestra alma con la fuerza de la gracia santificante y con el Espíritu divino que el Señor infunde en nosotros, por el Bautismo, ó por la Penitencia, con cuya gracia el Espíritu Santo nos regenera y nos transforma en nuevos hombres, esto es, en cristianos y en santos.

Quiere decir, que si el hombre se halla ya en estado de gracia, ha de procurar renovarse más y más en su espíritu, á semejanza de Cristo su modelo, para ir creciendo siempre en santidad y perfección (2).

Quiere decir, que la gracia de nuestra justificación opera en nosotros una mudanza universal, cambiando nuestro espíritu, nuestro modo de entender, nuestra voluntad, nuestro corazón, nuestros afectos, nuestra conciencia, cambiando, en suma, las facultades todas de nuestra alma, perfeccionándolas y haciéndolas pasar del estado natural y culpable, al estado sobrenatural y de la gracia, con aptitud para adquirir méritos infinitos.

Quiere decir, que con esta maravillosa y misteriosa renovación, el hombre, por el mero hecho de hallarse justificado, *«se reviste del*

(1) Spiritus mentis est spiritus, seu mens ipsa. (Picconio.)

(2) Nescit enim mens veterascere, quae semper per desiderium studet inchoare. (S. Gregor., *Moral*, XXII, 4.)

hombre nuevo, que fué creado según Dios, en justicia y en santidad verdadera»; que por eso añade el Apóstol: *«Revestíos del hombre nuevo.» (Induite novum hominem.)*

Quiere decir, que nosotros, renovados por la gracia de la justificación, nos hacemos semejantes á Adán en el estado de la inocencia, y también semejantes á Cristo nuestro Señor, Verbo divino encarnado, cuya vida y enseñanza nos sirven de modelo.

Quiere decir, que revestirnos del *hombre nuevo* (ya se entienda éste por Adán inocente figura de Cristo, ó ya por el mismo Cristo), significa que nos asemejemos á Jesús, interior y exteriormente, en las inclinaciones y en las costumbres, de tal modo, que parezca somos una misma cosa con El, á la manera que un retrato bien hecho, se parece á su original.

Pues bien: ¿cuáles son las analogías ó semejanzas principales del hombre justificado, con Adán inocente? Considerémoslas un momento, pues así entenderemos las hermosas gracias con que el Señor se dignó enriquecer al hombre desde el principio, las que nos concede ahora por la justificación de nuestras almas, y la gratitud inmensa que por aquéllas y por éstas le debemos. Ensancha tu corazón de cristiano; repara, agradece y adora.

Adán salió de las manos de Dios, por vía de creación extraordinaria, sorprendente y maravillosa; nuestra alma en la justificación recibe una creación nueva, recibe la gracia santificante y la caridad divina, creación más sublime, más inefable y más importante que la de Adán en su naturaleza y la del mundo entero. El barro de que fué formado el cuerpo del primer hombre se prestaba sin dificultad á todas las formas que le daba el Creador, y la nada no resistía ni podía resistir á la voluntad del Señor cuando mandó que fuesen hechos el cielo y la tierra; pero ¿cuánta resistencia y cuánta insipiencia no halla Dios en la voluntad del pecador á quien quiere convertir? Mayor prodigio es cambiar la voluntad rebelde y libre del hombre que corregir la naturaleza corpórea ó hacerla surgir de la nada. Si la creación de Adán es un prodigio, prodigio mayor sin duda es la justificación del pecador.

Adán, según hizo notar San Agustín, fué criado mortal é inmortal al mismo tiempo (1): *mortal,* por la naturaleza de su cuerpo animal, que por sí mismo podía morir, é *inmortal*, por la gracia de su Criador, que le había dado el fruto del árbol de la vida para que no envejeciera ni muriera. De semejante manera la gracia de

(1) Mortalis erat conditione corporis animalis, immortalis beneficio Conditoris. (S. Agust.)

la justificación hace que nosotros, siendo mortales, seamos inmortales al mismo tiempo: *mortales* en cuanto al cuerpo, porque la muerte, fruto del pecado de origen, es un tributo que nadie está exento de pagar; *inmortales* en cuanto al alma, porque la vida del alma es la gracia, y esta se adquiere en la justificación. Cuidemos de conservar dicha gracia y no moriremos jamás espiritualmente, pues si perseveramos en ella, escrito está en las divinas letras que «*comeremos del fruto del árbol de la vida, que está en medio del Paraíso de Dios*» (1). La gracia es el alma del alma.

Adán fué creado dueño y señor de sí mismo. «Era rey—dice San Agustín (Lib. XIV de Civit., cap. XXV);—pero con tal dignidad real, que en su comparación la de los príncipes del mundo no es más que esclavitud y bajeza».

Poseía imperio absoluto sobre su entendimiento, sobre su razón, sobre su voluntad, y sobre todas sus pasiones, sin que ni en el alma, ni en el cuerpo pudiera sucederle cosa alguna contraria á su querer ó á su felidad. No de otro modo, aunque en sentido diverso, acontece al alma justificada. Es verdad que la rebelión de los sentidos y de las pasiones combaten al espíritu con harta frecuencia y furor, y que no cesan ni aun en el hombre justificado; pero también lo es que, con la gracia de Dios, puede superarlo todo, y salir victorioso y lleno de merecimientos; pues así como Adán fué señor de sí mismo, por la gracia del Criador, nosotros, justificados y fortalecidos con los auxilios divinos, podemos serlo de todo nuestro ser por la gracia del Redentor. A los que aman á Dios, ó sea á los que están en gracia, todo cuanto sucede coopera para su bien. *(Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.*—Rom., VIII, 8.)

Adán fué criado á imagen y semejanza de Dios *(Secundum Deum creatus est);* como si dijéramos, con un alma espiritual, simple, inteligente, libre, inmortal... á imagen de su divino Hacedor: con un alma dotada de memoria, de entendimiento y de voluntad, imagen de la Trinidad Santísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo: con un alma semejante al Padre en el ser, semejante al Hijo en la inteligencia, semejante al Espíritu Santo en el amor. En esto, la imagen de Dios en el hombre *es natural,* y Adán no la perdió por el pecado, mas sí pudo perder y perdió su hermosura y perfección, que es á lo que se llama *semejanza.*

Es decir, que hay además en el hombre otra imagen de Dios mucho mas excelsa, imagen sobrenatural, imagen por la gracia y

(1) Vincenti dabo edere de ligno vitae, quod est in Paradiso Dei mei. (Apocal., II.)

la justificación, imagen que hizo á Adán y nos hace á nosotros partícipes de la naturaleza divina, imagen sobreañadida á la naturaleza humana, que el hombre la pierde por el pecado, y que puede recobrarla por la justificación; y esta es cabalmente la que perdió nuestro primer Padre al comer la fruta prohibida. A esta imagen, repito, llaman muchos *semejanza.*

Adán,—dice nuestra Epístola—«*fué criado en justicia y en santidad de verdad*» *(In justitia et sanctitate veritatis);* es decir, semejante á Dios en justicia, en santidad, en bondad, en misericordia, en veracidad y en todas las perfecciones que Dios puede comunicar al hombre. Este es *el hombre nuevo,* no envejecido por el pecado, y nosotros por la justificación somos hechos verdaderamente justos y santos, no con santidad imputativa, como sueñan los protestantes, sino con *santidad verdadera (Sanctitate veritatis);* ó sea, hermoseados con todas las gracias habituales, con todos los dones del Espíritu Santo y aun con el Espíritu Santo mismo, que se complace en morar en nuestro corazón.

Tales son las analogías principales entre Adán inocente y el hombre justificado; y por lo mismo, cuando el Apóstol dice en la Epístola de hoy que nos *vistamos del hombre nuevo,* es como si dijera: «Apresuraos á recibir la gracia de la justificación, ó á conservarla y acrecentarla en vuestra alma si la tenéis recibida, pues únicamente así podréis entrar en el reino de los cielos.»

Pero os decía al principio que, según otros sagrados intérpretes, el hombre nuevo, de quien San Pablo quiere nos revistamos, es nuestro Señor Jesucristo, y en este concepto os diré también dos palabras: Es muy dulce considerar todo lo que á este punto se refiere.

PUNTO 2.°

RENOVACIÓN ESPIRITUAL SEGÚN JESUCRISTO

¿En qué consiste—pregunta San Jerónimo—la renovación interior, que en la Epístola de este día, nos encarga el Apóstol?—En revestirse del hombre nuevo, que es Jesucristo—responde el mismo Santo. «Jesucristo—dice—es en verdad el *nuevo hombre* con el cual todos los creyentes nos debemos hallar revestidos. Todo es nuevo en nuestro divino Salvador; nuevo en su concepción, en su nacimiento y en su infancia; nuevo en su doctrina, en su vida y en sus virtudes; nuevo en su cruz, en su pasión y en que despojó en

ella á los principados; nuevo en que mostró la despreciable fortaleza de las potestades infernales, y, sobre todo, en su resurrección gloriosa y ascensión al trono celestial de su Eterno Padre.» (S. Jeron., in Cornel.)

Por consiguiente, siendo Jesucristo nuestra cabeza y nosotros sus miembros, no se puede negar que nos coloca á los cristianos en una vida nueva, en la vida evangélica, preparándonos á la santidad para llevarnos al cielo. Adán nos dió la vida para el tiempo, y Jesucristo para la eternidad; Adán nos hizo mortales, y Jesucristo nos da la inmortalidad; Adán nos engendró para la tierra, y Jesucristo para el cielo. Esto es ser *hombre nuevo.*

Pero si somos *miembros de Jesucristo,* y, como dice el Apóstol, *su carne y sus huesos* (1), claro es que hemos de llevar con él el mismo vestido, ó mejor dicho, *Cristo ha de ser nuestro único vestido;* porque así como en el hombre civilizado apenas se ve en él otra cosa que sus vestiduras, así también en el hombre cristiano apenas se ha de ver más que á Cristo. «*Cualquiera que seáis los bautizados* —dijo el mismo Apóstol—*tenéis por vestido á Jesucristo* (2).» Y por eso escribió á los Romanos, diciéndoles: «*Revestíos de Cristo nuestro Señor.*» *(Induimini Dominum Jesum Christum.*—Rom., XIII, 14.)

Ahora, á la luz de estas aclaraciones, ya se comprenderá que todo fiel bautizado es como un *nuevo hombre,* creado conforme á Dios por la regeneración bautismal, puesto que allí se constituye en verdadera justicia y santidad.

El cristiano, por tanto, debe ser como otro Cristo, semejante á Cristo, imagen de Cristo é imitador fiel de sus hermosas virtudes, en las cuales ha de procurar crecer cada día, para que siempre y en todo lugar sea como un reflejo sacrosanto del mismo Cristo. ¡Oh! ¡Cuán poco se reflexiona esto entre los cristianos! Y sin embargo, nada hay más grande, ni que más nos interese.

Añade el Apóstol que el hombre nuevo, Jesucristo, *fué creado según Dios en justicia y en santidad de verdad* (3)», y esto es evidente, porque juntamente con ser hombre es Dios, porque es Hijo de Dios verdadero, porque es la justicia y la santidad misma, de cuya plenitud recibimos todos, lo cual hizo que San Pablo dijera á los Colosenses: «*Estáis llenos de gracias en Jesucristo* (4).»

---

(1) Membra sumus corporis ejus, de carne ejus, et de ossibus ejus. (Ephes., V, 30.)

(2) Quicumque in Christo baptizati estis, Christum induistis. (Galat., III, 27.)

(3) In justitia et sanctitate veritatis. (Ephes., IV, 24.)

(4) Et estis in illo repleti. (Coloss., II, 12.)—Per quem accepimus gratiam (Rom., I, 5.)

Resta, pues, amados míos, que yo os diga la manera de revestirnos de nuestro Señor Jesucristo; y sobre esto están terminantes los sagrados expositores. Vestirse de Jesucristo, dicen, es conformarse con su propio espíritu, con sus ejemplos y con sus virtudes, practicando la misma mansedumbre y la misma humildad de corazón que Él practicó.

Es vivir dispuestos á dar la vida por la salvación del prójimo, á soportar sus defectos, á remediar sus necesidades y á amar de corazón aun á los propios enemigos.

Es procurar tener en nuestro corazón los mismos sentimientos, los mismos deseos, los mismos afectos, la misma voluntad y las mismas inclinaciones que Jesús tiene en el suyo.

Es dejarnos llevar y regir por el Espíritu de Jesucristo, de tal suerte que nuestra vida, más que nuestra, sea vida suya, y que podamos en verdad decir con el Apóstol: «*Vivo yo, pero no vivo yo, sino que Cristo es quien vive en mí.*»

Esto y no otra cosa, carísimos hermanos, es vestirse de nuestro Señor Jesucristo; esto es lo que todos hemos prometido en la pila bautismal; esto es lo que representa la vestidura blanca que allí se nos pone; esto es lo que nos encarga el Apóstol en la Epístola de este día, cuando nos dice que *nos renovemos en el espíritu de nuestra mente;* y esto es lo que significan aquellas palabras: *Vestíos del hombre nuevo, que fué creado según Dios en justicia y santidad de verdad.*» ¡Qué vestidura! ¡Cuánto ganaría el mundo si se pusiera de moda y nunca se manchara ni se envejeciera!

Demos, pues, gracias á Dios, por habernos enriquecido con mercedes tan singulares. Grande fué nuestra desdicha por la prevaricación de Adán, pero mayor sin duda fué nuestra felicidad por la gracia de la justificación y renovación en Cristo. Adán ciertamente fué creado en gracia, y nosotros en pecado, mas por Cristo nuestro Señor hemos recibido la abundancia de la divina gracia, de la justificación y de todos los dones sobrenaturales (1), para que, cooperando nosotros libremente, podamos conseguir la eterna felicidad en el cielo. Amén.

(1) Rom., V, 17.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo XIX después de Pentecostés.

Virtudes para renovar el espíritu.

Hermanos míos amadísimos: El glorioso y nunca bien alabado Apóstol de las gentes, después de haber instruído á los fieles de Éfeso en todo lo concerniente al dogma, pasa á darles reglas respecto de la moral y de la perfección de la vida cristiana, y para ello les escribe de esta manera: «*Hermanos: renovaos en el espíritu de vuestra mente y vestíos del hombre nuevo, que fué criado según Dios en justicia y en santidad verdadera. Por lo cual, renunciando á la mentira, hable cada cual de vosotros á su prójimo según la verdad, porque somos mutuamente miembros unos de otros. Si os enfadáis, guardaos bien de pecar; que el sol no se ponga sobre vuestra ira. No deis entrada al demonio. El que hurtaba no hurte ya, sino antes bien, trabaje con sus manos en alguna obra buena y útil, para que tenga con que socorrer al que padezca necesidad.* (Ephes., IV, 23 al 28.)

Esta es, amados míos, la Epístola de la presente Dominica, y en ella se descubren claramente dos cosas: una el aviso general de que *nos renovemos en nuestro espíritu y nos vistamos del hombre nuevo,* ó sea de las virtudes de nuestro Señor Jesucristo; otra, el encargo particular de que *huyamos de la mentira, de la ira desordenada y de la injusticia,* por ser estos tres pecados una funesta lepra del alma incompatible con la santidad verdadera.

Nada os diré hoy de lo primero, esto es, *de la renovación del espíritu,* porque supongo que todos estáis en gracia de Dios y ansiosos de correr por el camino de la virtud; me concretaré solo á lo segundo, ó sea á inculcaros el amor á la *verdad,* á la *mansedumbre* y á la *justicia.*

Tres puntos, por lo tanto, es preciso declarar aquí:

1.° Que hemos de huir de la mentira.
2.° Que hemos de contener nuestras iras.
3.° Que hemos de obrar en justicia.

PUNTO 1.°

ES PRECISO ABOMINAR LA MENTIRA

Difícilmente, amados míos, se encontrará un argumento más propio para abominar la mentira que el que hoy nos suministra el Apóstol en nuestra Epístola. Había dicho á los fieles de Éfeso, *que se despojaran del hombre viejo,* ó sea de las concupiscencias desordenadas, y *que se vistieran del nuevo,* esto es, de Jesucristo *creado en justicia y en santidad verdadera;* y como consecuencia y primer paso para ello, añade: «*Renunciando á la mentira, hable cada cual de vosotros á su prójimo según la verdad; porque somos los unos miembros de los otros.*» — *(Quoniam sumus invicem membra.* — Verso 25.)

¡Qué cosa, Dios mío, será la mentira, cuando San Pablo, divinamente inspirado, es *lo primero* que en este caso trata de alejar de nosotros!... ¡Cuál será su malicia intrínseca, y cuál el horror que debe inspirarnos! Oigamos la voz de Dios, la voz de los Santos Padres, y la voz de la razón por boca de los filósofos, que todo es poco para asunto de tal importancia.

Dios, ó lo que es lo mismo, el Espíritu Santo en las Sagradas Escrituras, se expresa de esta manera: «*Los labios mentirosos son abominación para el Señor.*»—Dios es la Verdad eterna y detesta la mentira. «*Dios aborrece al hombre que engaña.*»—*El grande oprobio del hombre es la mentira* (1).» —*La mentira es hija del diablo...* (2)»

¡Qué expresiones! Sí: el demonio es un infame impostor. Seducido por su orgullo se engañó á sí mismo estimándose en lo que no era: después mintió á Eva para arrastrarla al pecado: él introdujo la mentira en la tierra, y desde Adán hasta hoy y hasta el fin del mundo, su ocupación continua es y será siempre mentir y más mentir. Así como Dios Padre—dijo San Agustín—engendra á su eterno Hijo, que es la *verdad;* así el demonio, caído del cielo, engendra la mentira, que es hija suya. (S. Agust. sup. Joann.)

Por eso el verdadero cristiano se acuerda del precepto del Señor, que dice: «*No admitirás la voz de la mentira* (3).» *Huirás siem-*

(1) Abominatio est Domino labia mendacia. (Prov., XII, 22.)—Virum dolosum abominabitur Dominus.—(Psalm. V, 7.)—Oprobrium nequam in homine mendacium. (Eccli., XX, 26.)

(2) Diabolus mendax est, et pater ejus. (Joann., IV, 44.)

(3) Non suscipies vocem mendaci. (Exod., XXIII, 2.)

pre de ella (XXIII, 7.) *Mendacium fugies;* y huye, y primero quiere morir que mentir.

Por eso, *la vida de los mentirosos es una vida sin gloria y la confusión les acompaña siempre.* (Eccli., XX, 28.) ¿Hay cosa más vil que un hombre embustero?

Por eso, *la maldición, la mentira, el homicidio, el robo y el adulterio, han inundado la tierra; porque no hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios entre los hombres.* (Oseas, IV, 1-2.) Entronícese la verdad y perecerá el vicio.

Por eso el Apóstol amonesta á los Colosenses *que jamás mientan ni se engañen los unos á los otros.* (Colos., III, 9.)

Por eso Salomón en los Proverbios clama á Dios y le dice: «*Señor, vanidad y palabras mentirosas, alêjalas de mí.*» (Prov., XXX, 8.)

Por eso San Juan, en el Apocalipsis (XXI, 8 y XXII, 15), excluye á los mentirosos del reino de los cielos, y dice terminantemente: «*Afuera todo el que ame y pronuncie la mentira.*» *(Foris omnis qui amat et facit mendacium.)*

Por eso el Santo Rey David, como asustado al ver la insensatez de los mentirosos, exclama: «*¡Oh hijos de los hombres! ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?* (1).»

Por eso la Iglesia nuestra Madre en la Epístola de hoy nos dice ante todo: «*Renunciando á la mentira, hable cada cual á su prójimo según la verdad.*» (Verso 25.) ¡Oh verdad, verdad, cuán hermosa eres, y cuán obscurecida te hallas entre los hombres!

Ved aquí, amados míos, la voz de Dios respecto de la mentira; voz que han repetido los Santos y Doctores en todos los siglos del cristianismo, y que seguirán repitiendo en las generaciones por venir. No es posible enumerar aquí las bellísimas sentencias de los Santos Padres de la Iglesia, ni tampoco es necesario, bastando á nuestro propósito recordaros alguna que otra de San Agustín. Dice así el Santo:

«Cuidad mucho, hermanos, de no proferir ninguna mentira; porque todos los que aman la mentira son hijos del diablo. Y tened en cuenta que no sólo se miente con palabras falsas, sino también con obras disimuladas. ¿Dónde hay peor mentira que llamarse cristiano y no hacer las obras que son de Cristo?» (S. Agust. in s. de Abraham.)

Y como algunos cristianos ignorantes, y muchos que se tenían por sabios dijeran que algunas veces es lícito mentir para evitar

(1) Filii hominum, ut quid diligitlis vanitatem, et quaerits mendacium? (Psal. V, 7.)

grandes males, responde el Santo diciendo: «De ninguna manera; eso jamás puede hacerse. No hay mentira alguna que no sea contraria á la verdad; porque así como se repelen la luz y las tinieblas, la piedad y la impiedad, la justicia y la injusticia, el pecado y la virtud, la cordura y la imbecilidad, la vida y la muerte, así también pugnan entre sí la verdad y la mentira; por consiguiente, tanto como amamos la mentira, otro tanto odiamos la verdad.» *(Confes.*, cap. III.) Y como la verdad es Dios, es Jesucristo, que dijo de sí mismo: «*Yo soy la verdad.*» *(Ego sum veritas.*—Joannis, XIV, 16), síguese, por consecuencia ineludible, que el que ama la mentira *odia á Dios y odia á Jesucristo.* ¿Habrá quien en sano juicio sostenga que en algunas ocasiones es lícito mentir? Mucho quisiera, amados míos, que las almas salgan de este error tan funesto.

«Todo el que miente—añade el Santo Obispo de Hipona—obra la iniquidad, y el que afirma que en ocasiones es lícita la mentira, es tanto como decir que en ocasiones es lícita la obra inicua. ¿Hay persona tan demente que ose sostener tal absurdo?» (San Agust., de Doctr. Christ.)

Sin embargo, á tal extremo llega la corrupción de algunos hombres, que llaman prudencia y sabiduría á mostrar lo verdadero como falso, y lo falso como verdadero, y tiénense por urbanidad las palabras y promesas cariñosas, contrarias á los sentimientos perversos del corazón, siendo en realidad, abominable hipocresía. ¿Es posible concebir maldad más abominable?

¡Oh, hermanos míos! No hay hermosura mayor que la de la verdad. Quítese la mentira del mundo, y reinará en él la verdad pura, la fe clara, la esperanza firme, la caridad mutua, la simplicidad santa, la sociedad buena, la amistad verdadera, la concordia cierta, la paz y la tranquilidad estables, y la vida inmaculada. Ved aquí por qué el grande Apóstol, para la renovación de nuestro espíritu, lo primero que encarga es que *renunciemos á la mentira, y que nos hablemos y tratemos los unos á los otros con toda verdad.*» *(Loquimini veritatem.* Verso 25.)

Por último oigamos la voz de la razón, expresada por los dichos y hechos de los antiguos filósofos, y por las leyes patrias de las naciones. De los Indios leemos, que imponían absoluto silencio al que hubiese mentido tres veces. Jenofonte cuenta casi lo mismo de los Persas *(Laertius)*. Los antiguos Francos y Suevos obligaban á los embusteros á llevar sobre los hombros un perro, como señal de ignominia. Trajano, de tal modo odiaba á los mentirosos, que los

hacía poner en una nave sin remos, para que perecieran en el mar. (Lohner, Tit. Mendac.)

Luego, ya atendamos á la voz de Dios, ya á la de los Santos y Doctores, ya á la de la razón filosófica, ó ya á las tres voces unidas, siempre resulta claro que la mentira es el gran mal del universo y el gran demonio del siglo. Ved aquí por qué el Apóstol nos exhorta á todos en la Epístola de este día, á que nos hablemos siempre en verdad, dando por razón, que *los unos somos miembros de los otros (Quoniam sumus invicem membra);* lo cual es como si dijera: «Hermanos; todos somos miembros de un mismo cuerpo en Cristo y en la Iglesia; todos somos vivificados con el mismo espíritu y todos regidos por la misma cabeza, que es la eterna Verdad. Andemos, pues, en verdad, y no nos apartemos de Cristo. Ninguno engañe á su prójimo, porque es irracional, y jamás se ha visto que un miembro corporal engañe á otro miembro. El ojo no engaña al pie, ni el pie al ojo para que caiga el cuerpo en la fosa; la lengua no maldice á los dientes, ni los dientes muerden á la lengua; sino que, por el contrario, unos á otros miembros se ayudan mutuamente, porque son miembros de un mismo cuerpo.

PUNTO 2.º

DE CÓMO ES PRECISO MODERAR LA IRA

Mas dejando ya este punto, que bien sabido es de todos, pasemos al segundo aviso que hoy nos da el Apóstol. Dice así: «*Hermanos, si os acometiere la ira, no queráis pecar; que el sol no se ponga sobre vuestra ira.» No deis entrada al diablo.—(Nolite locum dare diabolo*. Versos 26 y 27.)

Aviso de grandísima importancia en la vida espiritual, que equivale á decirnos: «Si os ocurriere, cristianos, que en alguna ocasión, por efecto de la fragilidad de vuestra naturaleza, os hallaseis conmovidos por la pasión irascible, ó bien que la razón ó la necesidad os obliguen á manifestar vuestro enojo ó indignación, procurad refrenar vuestra ira y contenerla dentro de los debidos límites para que no pequéis *(Irascimini et nolite peccare);* procurad que no ofendáis á Dios dejándoos llevar interiormente de tales arrebatos, y mucho más esforzaos en que no salga al exterior, ni se desborde en palabras, ni se llegue á las obras poniendo en ejecución lo malo que la ira sugiere; procurad que vuestra razón ejerza su imperio, y deponed la ira lo más antes posible para que no tome arraigo en

vuestros corazones y se convierta en odio y os precipite á lo irracional, porque la ira anubla el entendimiento y viene á ser una *locura voluntaria.* Procurad, pues, que el diablo no tenga lugar de entrar en vuestros corazones, porque la ira no refrenada y retenida en el interior, engendra el odio, engendra el deseo de venganza, engendra las enemistades é innumerables crímenes; en una palabra, da entrada al demonio en vuestro corazón, se posesiona de él, y allí reina haciéndoos juguete de su furor y ludibrio de las gentes. El que se deja llevar de la ira, es pertenencia del diablo.

De esta manera, amados míos, se expresan los sagrados expositores, y por mi parte habré de añadir poquísimo, puesto que me he alargado algo en el punto anterior; sólo os diré con San Francisco de Sales, que «jamás os irritéis, si es posible, y no admitáis pretexto alguno, cualquiera que sea, para abrir las puertas de vuestro corazón á la ira, porque el Apóstol Santiago dice, sin excepción alguna, que *«la ira del hombre no obra la justicia de Dios». (Ira enim viri justitiam nom operatur.)* Sólo os diré que cuando, por desgracia, os veáis caídos ó sorprendidos por ella, procuréis reparar el desorden con algún acto de mansedumbre ó de dulzura; y si ya la hubiereis manifestado exteriormente, es preciso dar sin tardanza alguna señal de amistad á aquellos á quienes hubiereis contristado. Sólo os diré que si en esto os descuidareis, y la cólera llegare á enseñorearse de vuestros corazones, será tanto como dar entrada en ellos al demonio, quien os tratará como cosa suya, porque esto y nada menos quiere decir San Pablo cuando nos amonesta hoy diciendo: *«No deis entrada al diablo.»—(Nolite locum dare diabolo.)* (1).

Por último, resta que os diga dos palabras sobre la tercera advertencia del Apóstol, á saber:

PUNTO 3.°

SOBRE LAS OBRAS DE JUSTICIA

De la lengua pasó el Apóstol al corazón y del corazón pasa ahora á las manos; ó lo que es lo mismo, de la mentira á la ira y de la ira al robo; todo esto quiere que esté lejos de nosotros. *«El que roba*—dice—*es preciso que no robe, sino que trabaje con sus manos en cosa buena y útil, para que tenga con qué socorrer al que padezca necesidad.»* (Verso 28.)

(1) Quien desee doctrina extensa sobre el vicio de la ira, vea nuestra obra *Complemento á la Vida feliz,* tomo I, capítulos XXI, XXII y XXIII.

Mucho y muy importante nos enseña aquí el gran Doctor de las gentes. En primer término—dice—es menester que *el que robe deje ya de robar. (Qui furabutur jam non furetur.)* Y como la palabra «*Robo*» es genérica, equivale á decirnos: «Es menester que los ricos dejen de oprimir á los pobres y de cercenarles parte de su jornal, ó de dárselo tan pequeño que no alcance para su debida sustentación.» Se quejan de las huelgas y no reparan su injusticia.

Es menester que los pobres no atenten contra la propiedad de los ricos, ni los criados defrauden á sus amos ni en el trabajo que deben prestar, ni en la hacienda puesta á su cuidado, ni apropiándose algo de la casa bajo el pretexto de que el salario es corto. El que da lo convenido no está obligado á más, en razón de justicia.

Es menester que el usurero deje sus usuras, y el tramposo sus trampas, y el comerciante sus engaños, y que el hacendista, y el magistrado, y el notario, y el médico, y el militar y todos los funcionarios públicos se concreten á cobrar lo justo y nada más. ¡Cuánta falta hace esta doctrina en el mundo!

Es menester, además, restituir todo cuanto por medios ilícitos se haya adquido; todo lo injustamente damnificado al prójimo, todo lo que se retiene indebidamente; todo lo que sin razón y contra justicia se haya impedido á otro que adquiera ó conserve; todo lo que con murmuraciones ó desprestigios injustos se haya perjudicado al prójimo... porque sin una entera y completa restitución, en la forma y modo posible, no hay perdón de Dios, ni puede haber salvación cuando la materia sea grave.

Es menester, por otra parte, ocuparse diariamente en el trabajo de manos, ó de inteligencia en cosas *honestas* y *útiles*, para ganar el debido sustento, para conservar la hacienda, para acrecentarla sin avaricia, para evitar el ocio que es fuente y raíz de todos los males, y para tener con que ayudar á los pobres necesitados. Es preciso que trabajemos todos, que para eso nos dió Dios manos é inteligencia.

Es menester que el corazón cristiano se conmueva ante la miseria de los pobres; al menos es preciso que con la voluntad se interese eficazmente en su alivio, y que no se contente con darles de lo superfluo de sus rentas, sino que con sus manos ó con su ingenio, se proporcione bienes para derramarlos en el hogar de los menesterosos. Esto es lo que exige la perfección de la virtud, y lo que hace felices á los pueblos.

Es menester que todos procuremos hacer en lo posible cuanto queda dicho, porque esa es la justicia que hoy nos encarga San Pa-

blo, como medio para renovar nuestro espíritu, porque esa es la que Dios ha de premiar por siglos sin fin, y porque allí donde no alcanza la obligación de justicia, allí se extiende amoroso el afecto de la caridad.

Tal es, amados míos, el espíritu de la Iglesia y tal la enseñanza que nos da el grande Apóstol en la Epístola de este día. Es preciso, pues, que todos nos esforcemos *en renovarnos en el espíritu de nuestra mente, á semejanza de Cristo nuestro Señor;* para ello, ya habéis oído los medios que nos propone San Pablo, á saber: *amor á la verdad y odio á la mentira; amor á la mansedumbre y mortificación de la ira; amor á la justicia y aborrecimiento á tomar lo ajeno, amor al trabajo y horror á la ociosidad; amor á la misericordia y á la beneficencia,* considerando que Dios ve nuestros corazones, que lo que hagamos por el prójimo lo considera el Señor como hecho á sí mismo, y que al fin de nuestra vida terrena nos ha de galardonar con gloria eterna en la otra. Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo XX después de Pentecostés.

Sobre la prudencia cristiana.



AMADOS hermanos míos: Es cosa que asombra la doctrina sublimísima del Apostol San Pablo, contenida en el capítulo V de su carta á los fieles de Éfeso. En ella comienza enseñándonos á todos la caridad verdaderamente cristiana. El cristiano—dice—como hijo de Dios, debe imitar en todo la caridad de su Padre celestial, y á la manera que Dios es todo y siempre caridad, así nosotros, partícipes de ella, hemos de caminar siempre en caridad y no apartarnos nunca de esta excelsa virtud, amando á nuestros hermanos en toda ocasión como á nosotros mismos. (Verso 1.)

Es más: el cristiano, como miembro verdadero del cuerpo de Cristo, y como otro Cristo en la tierra, ha de imitar lo más perfectamente posible la caridad del mismo Cristo y amar á sus hermanos al modo que Cristo nos amó; esto es, dando su sangre y su vida por nosotros, para que nosotros aprendamos á darlas por nuestros semejantes cuando fuere necesario.

Hecho esto, pasa el Apóstol á recomendarnos la pureza de alma y de cuerpo, diciendo que el cristiano, puesto que es miembro del cuerpo de Cristo, ha de ser limpio y puro en todo su ser, en la inteligencia, en los pensamientos, en las imaginaciones, en el corazón, en los afectos, en los deseos, en las palabras, en los escritos, en las pinturas, en los ojos y en las obras, tal y como conviene á la purísima y sacratísima persona del mismo Cristo.

Después nos recuerda que el nombre CRISTIANO es *luz en el Señor;* que su regla es *la voluntad de Dios* y su oficio *lucir,* y con su luz iluminar á los demás, á semejanza de Cristo, que dijo de sí mismo: «*Yo soy la luz del mundo, y el que me sigue no andará en tinieblas.*»

Por último, nos da reglas de prudencia para vivir santa y cristianamente todos los días de nuestra vida. He aquí sus propias palabras en la Epístola de este día. Dice así:

«*Hermanos: Mirad que andéis cuidadosamente, no como necios, sino como sabios; redimendo el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis indiscretos, antes bien aplicaos á entender cuál es la voluntad de Dios; y no os entreguéis con exceso á la bebida, en lo cual hay impureza, sino llenáos del Espíritu Santo, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones, dando siempre gracias á Dios Padre por todo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Sometidos los unos á los otros en temor de Cristo.* (Ephes., V, 15 al 21.)

Dos cosas de importancia suma, hermanos míos, contienen estas palabras del Apóstol: una, que vivamos con prudencia; otra, el modo de realizarlo. No es posible abarcarlo todo en una sola instrucción, y por lo mismo, concretándome hoy á la prudencia, os diré:

1.° Qué cosa sea la prudencia cristiana.
2.° Algunas reglas para obtenerla.

PUNTO 1.°

NATURALEZA DE LA PRUDENCIA CRISTIANA

Difícilmente, amados míos, podrá encontrarse una enseñanza más importante y más práctica que la expresada en la Epístola de este día. Acababa el grande Apóstol de advertir á los cristianos que por razón de este título son *hijos de la luz,* con obligación de tomar por regla de todas sus acciones *la voluntad de Dios,* y de lucir

en el mundo con su doctrina y ejemplos, para dar gloria al Padre celestial y salvar sus ánimas pecadoras; mas conociendo al mismo tiempo la fragilidad de la naturaleza humana, y que muchos suelen vivir como adormecidos en sus pecados habituales, levanta su enérgica voz y les dice: «*Despierta, oh pecador, tú que duermes en las horribles tinieblas de tus pecados; levanta de entre los muertos* (espirituales) *con tus obras buenas, y Cristo, que es luz del mundo y sol de justicia te iluminará* (1).» Y á continuación, como consecuencia práctica, dice á los de Éfeso estas palabras de nuestra Epístola:

«*Hermanos: Mirad que andéis con mucha cautela, no como necios sino como sabios.*» (*Videte quomodo caute ambuletis.*) Lo cual fué como decirles: «Lo principal en la vida cristiana es vivir con grande vigilancia, no como los necios é imprudentes del mundo, sino como hombres iluminados con la luz y sabiduría de Cristo.»

Sed prudentes, porque la prudencia es una virtud que influye en todas las demás, y las regula y las da su verdadera perfección. Es una virtud que modera el celo, prescribe límites al fervor, arregla la caridad y pone cada cosa en el lugar que la corresponde. ¡Hermosa virtud!

Sed prudentes, porque «la prudencia purifica el alma, arregla los afectos, dirige los actos, corrige los excesos, forma y rige las costumbres, adorna la vida y la hace honrosa y perfecta, comunicando la ciencia de las cosas divinas y humanas.» (S. Bern., De Consid.)

Sed prudentes, porque sin la prudencia no hay fortaleza, ni justicia, ni templanza, ni ninguna otra virtud.—*Malum ex quocumque defectu.*

Sed prudentes, porque la ciencia del alma es la prudencia, virtud necesaria que vela por nuestra salvación, y considera las recompensas ó castigos que nos aguardan, excitando nuestros corazones á lo bueno, á huir del pecado, á practicar las virtudes y á morir santamente.

Sed prudentes, porque la prudencia es *la ciencia de los santos*; la salvación está allí donde abunda la prudencia, y donde la prudencia falte, no habrá bien alguno (2).

Todo esto y mucho más parece significar el Apóstol cuando dice: «*Mirad que andéis con mucha cautela, no como insensatos, sino como cuerdos y prudentes.*» (*Videte quomodo caute ambuletis.*)

(1) Surge qui dormis, et exurge a mortuis, et illuminit te Christus. (Ephes., V, 14.)

(2) Scientia sanctorum prudentia. (Prov., IX, 10.)—Salus ubi multa consilia. (Prov., XI, 14.)—Ubi non est scientia animae, non est bonum. (Prov., XIX, 2.)

Pues bien; sentada ya la necesidad absoluta de la prudencia cristiana, y su importancia en la vida del espíritu, se pregunta: ¿Qué cosa es dicha prudencia?—«Es, dice San Agustín—*una virtud que teniendo por principio el amor de Dios y su gloria por último fin, arregla nuestras costumbres y nuestras acciones conforme á la ley divina, para hacerlas dignas de este fin* (1).» Por consiguiente—añade el Santo— «á la prudencia corresponde enseñar cómo se ha de recordar lo pasado, cómo se ha de ordenar lo presente y cómo se ha de vivir en lo futuro (2).»

Mas aquí es mucho de notar que el Apóstol distingue dos clases de hombres: unos que obran como insensatos, y otros como sabios *(Non quasi insipientes, sed ut sapientes.)* Unos que obran con prudencia mundana, y otros con prudencia cristiana: unos que sólo miran á los goces materiales de la tierra, otros que todo lo refieren á las delicias espirituales del cielo; y esta división de la prudencia la determina bien el mismo Apóstol, por aquellas otras palabras: «*La prudencia de la carne es muerte, mas la prudencia del espíritu es vida y paz; porque la sabiduría de la carne es enemiga de Dios, puesto que no está sujeta á su ley divina* (3).» Son, pues, dos prudencias contrarias entre sí, una cristiana y verdadera; otra falsa y mundana, pudiendo esta última definirse de este modo: «Es la prudencia del siglo un vicio que teniendo por principio el amor propio, y por fin el propio interés, arregla las acciones del hombre conforme á sus pasiones para llegar á satisfacerlas.» Comparemos una y otra prudencia, pues no deja de ofrecer interés práctico.

La prudencia cristiana *es virtud,* directora de todas las demás virtudes, encaminándolas á la gloria de Dios y á la salvación nuestra y del prójimo: la prudencia mundana *es vicio,* que se puede llamar director de todos los demás vicios, en cuanto no hay uno que el pecador no emplee para lograr sus designios depravados.

La prudencia cristiana lo examina todo con cordura, y lo pesa todo en la balanza de las razones divinas y eternas: la prudencia mundana hace el mismo examen con insensatez, pesando las cosas según las razones humanas, temporales y caducas, dándoles la

---

(1) Est amor, ea, quibus adjuvatur in Deum, ab his, quibus impeditur, sagaciter eligens. Et hunc amorem, non cujuslibet, sed Dei esse diximus, id est, summi boni, summae sapientiae, summaeque concordiae. (S. Agust. *De Morib.*, Eccles., cap. CXXIII.)

(2) Prudentia docet, quomodo praesentia ordines, quomodo praeteritorum recorderis, et quotidie futura provideas. (S. Agust. ad Eremi in serm. de Provid.)

(3) Prudentia carnis mors est; prudentia autem spiritus, vita et pax: quoniam sapientia carnis inimica est Deo; Legi enim Dei non est subjecta. (Rom., VIII, 6-7.)

preferencia, lo cual es suprema locura. ¡Cuántos locos hay en el mundo!

La prudencia cristiana tiene por principio el amor de Dios, por regla la voluntad divina y por fin la gloria del Señor y el bien nuestro y del prójimo: la prudencia mundana tiene por principio el amor propio, por regla su propia conveniencia y por fin la satisfacción de sus pasiones, de ordinario mal ordenadas.

La prudencia cristiana no obra nunca sin haber antes previsto y examinado tres cosas: 1.ª *Si es lícito* delante de Dios. 2.ª *Si es conveniente* para la eterna salud. 3.ª *Si es provechoso* para el acrecentamiento del bien propio y ajeno (1): la prudencia mundana obra siempre prescindiendo de la Ley de Dios, prescindiendo de la salvación eterna y prescindiendo del bien espiritual suyo y del prójimo.

La prudencia cristiana hace al hombre bueno, buen ciudadano, buen hijo, buen padre, buen esposo, buen hermano, buen amigo, y tanto más, cuanto mayor fuere la prudencia: por el contrario, la prudencia mundana hace al hombre malo, y tanto crece en el hombre la maldad y la impiedad, cuanto más fina y sutil y previsora sea esta prudencia.

Ved aquí por qué el Apóstol, siempre que habla de una y otra prudencia, tiene buen cuidado de señalar la oposición que hay entre ellas, á fin de inspirarnos horror á la mundana y amor á la cristiana.

De la prudencia mundana—dice—que *no está sumisa á la Ley de Dios,* que la abomina el Señor porque *es su enemiga,* y que todos los que la siguen perecerán.—*Prudentia carnis mors est* (Rom., VIII); y por el contrario, al hacer el elogio de la prudencia cristiana, afirma que ella *nos proporciona la paz interior y la vida del alma.* —*Prudentia spiritus et pax.* (Rom., VIII.)

No es, pues, de maravillar que el Apóstol Santiago llame á la prudencia mundana, «*terrena, animal, diabólica;* y que, por el contrario, diga de la cristiana, que es *casta, pacífica, modesta, llena de misericordia y de buenas obras.*» (Jacob., III.)

Ahora bien: conocida ya la *naturaleza, excelencia y necesidad* de la virtud de la prudencia espiritual, y su oposición con la falsa prudencia del siglo, resta sólo que, siguiendo la exposición de nuestra Epístola, os indique algunas reglas para obtener dicha virtud.

(1) Spiritualis homo omne opus suum trina consideratione praevenit: primo an liceat; deinde an deceat; postremo an expediat. (San Bern., lib. I, de Consider.)

PUNTO 2.º

REGLAS DE LA PRUDENCIA CRISTIANA

La primera y fundamental regla que nos da el Apóstol es *que empleemos bien el tiempo, porque los días son malos;* esto es, llenos de peligros. «*Quoniam dies mali sunt.*» (Verso 16.) Mas comoquiera que esta regla es general y requiere explicación amplia, la dejo para otra ocasión, y paso á la segunda, que es no menos importante que la primera.—Dice así el gran Doctor:—«*Hermanos, inquirid cuál sea la voluntad de Dios. (Intelligentes quae sit voluntas Dei.*—Verso 17.)

Mucho y muy bello se ha escrito sobre el modo de conocer la voluntad divina y la necesidad de atemperarnos á ella en todos los acaecimientos de nuestra vida, pues este debe ser el estudio principal de todo cristiano, si quiere obrar con prudencia. La voluntad de Dios debe ser siempre la regla y la norma de nuestras costumbres; á cumplirla lo más exactamente posible han de encaminarse todas nuestras acciones; á ella, como á centro, deben confluir todas nuestras obras, aspiraciones y deseos; que por algo nuestro divino Maestro Jesucristo nos enseñó á orar, diciendo á Dios: «*Padre nuestro... hágase tu voluntad.*» En cuya petición es como si dijéramos: «Señor, yo os ruego, que sea hecha por mí, en mí, y en todas mis cosas, vuestra voluntad adorable, en tiempo y eternidad.

La razón de esta regla la da un piadoso autor, diciendo: «Supongamos, hermanos míos, que no pudierais tener un buen pensamiento, ni concebir un buen plan, ni formar un proyecto, ni emplear algún medio, ni ejecutar una empresa, sin que uno de vuestros conciudadanos esté informado exactamente de todo lo que os concierne y de todo lo que pensáis hacer: supongamos que sin la aprobación y apoyo de ese ciudadano saldríais mal en todo, y por el contrario, que todo os saldrá bien si él aprueba vuestros proyectos y los secunda; ¿no seríais imprudentes si emprendierais alguna cosa sin haber consultado á este hombre y sin haberos asegurado de su apoyo?»

Pues este es nuestro caso. Dios conoce vuestros proyectos más ocultos; *sin Él nada podéis hacer;* el éxito de vuestras empresas depende de Él. Si obráis con arreglo á su voluntad, todo saldrá bien, aunque todos los hombres, y todas las potestades de la tierra y del infienro, se armen contra vosotros; por el contrario, si prescindís de

conocer y de cumplir su divino beneplácito, ¿cómo es posible que salgáis bien? *No hay, pues, prudencia ni consejo contra el Señor,* leemos en los Proverbios (XXI), y es regla fundamental de prudencia que, *ante todo, tratemos de inquirir cuál sea la voluntad de Dios. (Intelligentes quae sit voluntas Dei.)*

Mas comoquiera que los hombres, cuando miran las cosas con los ojos de la pasión, ven lo blanco negro, y lo negro blanco, según conviene á sus malas inclinaciones, ó instintos depravados, por eso el Apóstol, para que todos puedan comprender la voluntad divina y no sufran engaño, añade á continuación esta otra regla: «*No os entreguéis á los excesos de los alimentos corporales, de donde nace la disolución y la impureza, sino llenaos del Espíritu Santo.» (Sed implemini Spiritu Sancto.)* (Verso 18.)

Lo cual, amados míos, es como si dijera: «El estómago, la destemplanza y las pasiones son malos consejeros, pues la razón se perturba y los apetitos ciegan y precipitan á los hombres en el abismo de la prudencia mundana; por lo tanto, es preciso que procuréis *llenar vuestra alma con los dones del Espíritu Santo;* esto es, con sus gracias divinas, *ejercitándoos en buenas obras y en cánticos espirituales, alabando al Señor en vuestros corazones, y dando siempre gracias á Dios Padre, por todas las cosas, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.» (In nomine Domini nostri Jesu Christi.)* (Verso 20.)

Tal es, según nuestra Epístola, el medio de santificar todas las acciones, aun las más indiferentes, y de sacar grande provecho para nuestras almas, cosa que en verdad entraña sublime prudencia cristiana.

Por último, termina el texto sagrado de nuestra Epístola, con esta otra hermosa regla de prudencia. «*Someteos los unos á los otros en el temor de Cristo (Subjecti invicem in timore Christi.*—Verso 21.) Es decir, que no solamente los inferiores han de hallarse sometidos á sus superiores, contemplando en ellos la potestad de Dios, á quien representan, sino que además los superiores han de acomodarse por caridad á las condiciones de los inferiores, de modo que los aprovechen; pues mandan para utilidad de los mandados. *(Praesunt ut prosint.)* (1).

Además, así como *Cristo se hizo por nosotros obediente hasta la muerte...* así el cristiano, recordando esta obediencia de Cristo, ha de obedecer al superior, porque obedeció Cristo, y con la intención y fin que Cristo obedeció, teniendo por seguro que así como el ano-

(1) Per charitatem spiritus servite invicem. (Galat., V, 13.)

nadamiento, la humildad y la obediencia del divino Salvador, cedieron en alabanza y gloria infinita de Dios; de igual manera, nuestra sumisión y obediencia, si las unimos á la de nuestro amorosísimo Redentor, cederán en honor del mismo Dios, y por Cristo y en Cristo recibirá su divina Majestad gloria infinita.

Finalmente, si Jesucristo, siendo superior á todos los hombres, se sometió á ellos por amor nuestro, ¿qué mucho que nosotros nos sometamos á todos los hombres, por amor y reverencia á Cristo? ¿Qué mucho que pidamos consejo, aun á los inferiores, y á veces nos sometamos á su parecer por temor de ofender al mismo Cristo? *(Subjecti invicem in timore Christi.)*

Paréceme, amados míos, haberos descubierto algo las bellezas de la prudencia cristiana, y algo también de las hermosas reglas que San Pablo nos da en la Epístola de hoy para obtenerla. Concluyo, pues, deseando dejar grabadas en vuestro corazón las siguientes máximas fundamentales: *La prudencia es la ciencia de los santos. El corazón prudente posee la verdadera ciencia*... (1). Alto grado de prudencia es ordenar la vida según el ejemplo de los santos: pero altísimo ordenarla según el ejemplo de Cristo (2). En verdad es prudente el que todo lo terreno tiene por estiércol para ganar á Cristo (3). Considerémoslo nosotros de esta manera, arreglemos nuestra vida como nos encarga el Apóstol en la Epístola de este día, y estemos seguros que el Señor en su misericordia, ha de dirigir nuestros pasos en esta vida, y después nos ha de coronar de gloria en la otra. Amén.

---

(1) Prov., IX, 10; XVIII, 15.
(2) S. Buenav., lib. *De grad. virt.*, IX.
(3) Kemp., lib. I, cap. III, § 6.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo XX después de Pentecostés.

Sobre el empleo del tiempo.

AMADOS hermanos míos: El Apóstol San Pablo, en el capítulo V de su carta á los fieles de Éfeso, de donde está tomada la Epístola de este día, exhorta encarecidamente á los cristianos á la imitación de Cristo nuestro Señor, á que se aparten de todo vicio, y á que empleen el tiempo en la práctica de buenas obras. «*En otro tiempo*—les dice—*erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor: andad como hijos de luz*»; esto es, andad haciendo ver á todos por vuestras buenas obras, que pertenecéis á Jesucristo, que es la luz de todos los hombres. Y después de esto, comienza la Epístola de la presente Dominica, diciéndoles de esta manera:

«*Hermanos: Mirad que andéis cuidadosamente, no como necios, sino como sabios; redimiendo el tiempo, porque los días son malos.*» (Ephes., V, 15 y 16.) Como si les dijera: «No olvidéis que sois cristianos, y por consiguiente, hijos de la luz, y que es preciso que andéis vigilantes en vuestra vida y costumbres, no como los hombres necios, que cierran los ojos para no ver la luz del Evangelio, y para obrar lo malo cual en noche de tinieblas, sino como personas prudentes, *redimiendo el tiempo*, porque la vida es corta y llena de peligros y tentaciones.» La prudencia, pues—según el Apóstol—consiste en *redimir el tiempo*. ¿Cómo lo hemos de hacer? Esto es lo que hoy intento explicaros, siguiendo la mente de San Pablo, y el sentir de los sagrados expositores. Para ello conviene que consideremos tres cosas:

1.ª El valor del tiempo.
2.ª Su buen empleo.
3.ª Su empleo malo.

PUNTO 1.°

VALOR DEL TIEMPO

Nada hay, amados míos, más estimable que el tiempo, y nada que se desperdicie con mayor insensatez. Dios nuestro Señor puso el tiempo en nuestras manos como una moneda para que con él podamos comprar los bienes eternos, y así como manda que hagamos buen uso de la hacienda y talentos que nos prodiga, así también ordena que nadie abuse del tiempo gastándole inútilmente ó perversamente. Quiere que le estimemos en mucho, y por eso dijo Jesucristo: «*Negociad mientras vengo. (Negotiamini dum venio.*—Luc., XIX, 13.)

Y verdaderamente, así debe ser; porque el tiempo, sin embargo de no ser más que una sombra que pasa, y un momento que da lugar á otro y desaparece, es de un valor inmenso y tiene un precio infinito; puesto que únicamente con él puede comprarse la eterna bienaventuranza. Para nosotros, el tiempo vale, en cierto sentido, tanto como Dios; pues, empleándole bien, nos pone en posesión del mismo Dios (1). Con un solo momento de tiempo bien empleado, podemos granjearnos el Cielo y entrar en posesión plena y eterna de las delicias inefables del Señor. Y si un solo momento tiene tanto precio, ¿cuál será el valor de una hora, de un día, de una semana, de un mes, de un año y de todos los años que el hombre viva? ¡Oh! La sabiduría suprema del hombre consiste en hacer buen uso del tiempo, así como perderlo es suprema locura. ¡Cuántos locos hay en el mundo que se tienen por muy cuerdos! ¡Cuántos que pierden inútilmente el tiempo!

Así lo entendía nuestro grande Apóstol, y por eso, para desengañar á los incautos, dice en la Epístola de hoy. «*Andad como sabios, redimiendo el tiempo, porque los días son malos.*» Y á fin de dar á entender el gran valor que el tiempo tiene, añade en otra parte: «*Sabemos á ciencia cierta que una momentánea y leve aflicción de ahora engendra en nosotros un peso inefable de gloria eterna é infinita.*» (II Corint., IV, 17.) Es decir, engendra una gloria sublimísima, que supera sobre toda ponderación á las tribulaciones de esta vida. ¡Oh momento del cual depende la eternidad! ¡Oh eternidad, que depende de un momento!

(1) Tantum valet, quantum Deus; quia tempore bene consupto comparatur Deus.

¿Queréis, amados míos, formar una idea del valor del tiempo y de lo mucho en que debemos estimarle? Preguntadlo á los réprobos del infierno, y ellos os responderán que se creerían infinitamente felices en medio de sus tormentos, si con ellos pudiesen obtener un solo instante de tiempo para arrepentirse y conquistar el Cielo.

Preguntadlo á las ánimas del Purgatario, y ellas, á pesar de tener la seguridad de que al fin de sus penas gozarán de la eterna é inefable visión de Dios, os responderán que su mayor dicha sería poder disponer de algún tiempo en la tierra, para satisfacer por sus culpas y para ganar indulgencias y acelerar su entrada en las mansiones celestiales.

Preguntadlo á los bienaventurados del cielo, y por más que allí son eternamente felices, os dirán: «¡Oh cristianos! Si en nosotros pudiera haber envidia, la tendríamos grande de vosotros los que vivís en la tierra, porque tenéis tiempo que podéis aprovechar en merecer mayores grados de gracia y de gloria para toda una eternidad. Si á nosotros fuera posible volver al tiempo para merecer más, compraríamos siquiera una hora de vida terrena, aun á precio de los mayores suplicios para acrecentar nuestra corona y glorificar más á Dios por siglos sin fin.

Esto nos dirían indudablemente los bienaventurados, y esto debe llenar nuestro corazón de indecibles consuelos. Estamos en el tiempo, es verdad, pero es lo cierto que, aprovechándole bien, podemos granjearnos con él innumerables riquezas de bienaventuranza eterna, tanto mayores cuanto más y mejor aprovechemos el tiempo. ¡Qué felicidad! ¡Una beatitud eterna por un momento de mortificación! ¡Un océano de delicias por una lágrima! «*No son de comparar*—exclama el Apóstol—*los sufrimientos de la vida presente, con aquella gloria futura que ha de resplandecer eternamente en nosotros* (1).»

Mas ¿cómo hemos de aprovechar bien el tiempo? ¿Cómo hemos de obrar cada uno en su estado para alcanzar la corona y el premio de eterno regocijo? Esto es lo que ahora os diré con sencillez y brevedad.

---

(1) Non sunt condignae passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis. (Rom., VIII, 18.)

PUNTO 2.º

BUEN EMPLEO DEL TIEMPO

Dícenos el Apóstol San Pablo en nuestra Epístola que *redimamos el tiempo, porque los días son malos;* dícenos que *ahora que tenemos tiempo obremos lo bueno* (1). Y determinando más, dícenos en la persona de su discípulo Timoteo: «*Aplícate á la lectura, á la exhortación y á la doctrina* (2).» Dícenos que *peleemos valerosamente por la fe, para obtener el premio de la vida eterna, á la cual hemos sido llamados* (3). Dícenos *que trabajemos como buenos soldados de Cristo...* (4) Así se expresa el Apóstol, y aunque esto realmente lo dice todo, necesita explicación para el pueblo fiel, y de ella se encargan los sagrados expositores, quienes se expresan de esta manera:

Redime el tiempo, el que habiendo antes vivido malamente, se aplica con todo empeño á vivir bien, y acumula tantas obras buenas como antes hizo malas. (S. Tom. in Epist. ad Ephes., V.)

Redime el tiempo, el que habiéndole invertido antes infructuosamente, se esmera en reparar su falta con una fructuosísima ocupación del tiempo presente. (S. Bern. ad tripl. cust.)

Redime el tiempo, el que habiéndole perdido en diversiones y placeres inútiles, le emplea de presente en prodigar el bien y llorar sus culpas. (San Ansel. en Mansi., dis. XIV, n. 4.)

Redime el tiempo, el que después de haber vivido en el lujo, en la ostentación, en los pecados y en la tibieza, pasa el resto de su vida practicando las virtudes y acumulando obras buenas con fervor de espíritu. (Piconio in Ephes., V.)

Redime el tiempo, el que siempre obra bien; pues como Dios suele disminuir el tiempo de la vida en los hombres á causa de sus pecados, dícese con verdad que redime ó evita esta diminución de tiempo el que se emplea en buenas obras, y por eso se dice que el justo muere lleno de días; es decir, con sus días cumplidos. (A. Lápide.)

En este sentido debe entenderse la Epístola de este día; y si en

---

(1) Dum tempus habemus, operemur bonum. (Galat., VI, 10.)

(2) Dum venio, attende lectioni, exhortatione et doctrinae. (I Timot., IV, 13.)

(3) Certa bonum certamen fidei, apprehende vitam aeternam, in qua vocatus es. (I Timot., VI, 12).

(4) Labora sicut bonus miles Christi Jesu. (II Timot., II, 3.)

virtud de ello se pregunta: ¿Quienes son los que hacen buen uso del tiempo? Respondo diciendo:

Emplean bien el tiempo, *aquellos cuyos días están llenos de virtudes, y que caminan de virtud en virtud* (1); aquellos que, como encarga San Pablo, marchan de tal modo *que puedan enriquecerse más y más para el cielo* (2); *aquellos que están siempre consagrados al cumplimiento de sus deberes y prontos á toda obra buena* (3); *aquellos que perseveran en la práctica del bien* (4); aquellos que, como dice el Apóstol, *viven en sobriedad, piedad y justicia, aguardando la bienaventurada esperanza y la venida del Señor* (Tit. II, 12); aquellos, en suma, que emplean su vida en actos *sobrenaturales* merecedores de vida eterna. *

¡Oh, amados míos! ¡Cuán difícil es haber empleado bien el tiempo! ¿Quién no encuentra en su conciencia faltas sobre este punto? El glorioso San Francisco de Sales, con ser varón tan eminente en santidad, confiesa claramente de sí mismo: «¡Ah, Señor! cuando considero en qué cosas he invertido el tiempo que Vos, misericordiosamente, me habéis concedido, llénase mi corazón de angustia, temiendo que, en justo castigo, me excluyáis de la eterna gloria.» (Sales, lib. VII, Epist. XI.)

Y si esto dice un San Francisco de Sales, ¿qué habremos de decir nosotros, pobres pecadores?

* Repárese bien esto, amados míos, porque actualmente hay muchos hombres que viven *á lo natural*, sin acordarse siquiera del orden *sobrenatural;* viven según la naturaleza, sin tener en cuenta la vida de la gracia; viven para lo terreno y no para lo celestial; viven para el mundo y no viven para Dios. ¡Lástima grande es esta! Pero es lo cierto que así viven, y pierden lastimosamente el tiempo.

Es verdad que Dios, acomodándose á nuestra humana flaqueza, no impuso al hombre la obligación de hacer actos sobrenaturales en todos los momentos de la vida; pero también lo es que nos obliga á todos ordenar la totalidad de la presente vida, *al fin sobrenatural* para que fuimos creados. Es decir, que todos los hombres estamos obligados siempre y en todo instante, á evitar lo que fuere contrario á este fin, ó sea todo pecado, y á hacer de vez en cuando actos sobrenaturales, á fin de encaminarnos al fin último, que es la eterna bienaventuranza. No basta, cristianos, atender al fin de la naturaleza, porque además somos criados para el fin de la gracia, para la posesión de la gloria; y esto es cabalmente nuestro mayor timbre y nuestro mayor consuelo.

(1) Dies pleni invenientur in eis. (Psalm. LXXII, 10.)—Ibunt de virtute in virtutem. (Psal. LXXXIII, 8.)

(2) Sic ambuletis ut abundetis magis. (I Thes., IV, 1.)

(3) Haec meditare, in his esto, ut profectus tuus manifestus sit omnibus. (I Timot., IV, 15.)—Admone illos ad omnes bonum paratos esse. (Tim., III, 1.)

(4) Bonum autem facientes, non deficiamus. (Galat., VI, 9.)

El tiempo es un bien del que nosotros, viajeros y comerciantes sobre la tierra, podemos sacar un provecho inmenso; pero hemos perdido una gran parte de él; el mundo quiere quitarnos la otra, y Dios nos amenaza con que si se la cedemos al mundo, El abreviará la que pensaba otorgarnos. ¿Qué hemos de hacer, pues, si somos prudentes?—Ya nos lo dice nuestra Epístola: «*Redimir el tiempo, porque los días son malos.*» *(Redimentes tempus, quoniam dies mali sunt.)*

Mucho siento, carísimos hermanos, no poder detenerme más sobre este segundo punto, pero reclama nuestra atención el tercero, para daros una idea de cuán funesto es para nosotros desperdiciar lastimosamente el tiempo.

PUNTO 3.°

MAL EMPLEO DEL TIEMPO

¿Quién pierde el tiempo? Oigamos sobre este particular á San Agustín, que está, como en todo, sublime y arrebatador: «El cielo—dice—exige *que andemos* aquí en la tierra. Hay tres clases de personas á quienes Dios odia, á saber: á las que permanecen *inmóviles;* á las que *retroceden,* y á las que se *extravían.* El que no avanza, se queda en el camino; el que abandona sus buenas resoluciones y vuelve al mal que había dejado, retrocede; el que abandona la fe, no está en el buen camino. ¿Quién es el que no adelanta?—El que se cree cuerdo, y dice para sí: Ya me basta ser lo que soy.» (Lib. de Cantico novo, cap. IV.) Por consiguiente, el cristiano que no adelanta, el que retrocede y el descaminado, son tres personas desdichadas que pierden el tiempo.

Pierde el tiempo el tibio, el perezoso, el que no hace nada por adelantar en el camino de la virtud y de la salvación. Podrá trabajar para el mundo, para sus intereses materiales, para satisfacer sus pasiones; mas en orden á Dios y á la consecución de su último fin, nada consigue; tiempo perdido. El no procurar ir adelante, es quedarse atrás.

Pierde el tiempo el que retrocede en la práctica de las virtudes, y de manera más lastimosa; porque no solamente deja ocioso su talento, sino que disminuye el caudal, debiendo aumentarle. Contraría la voluntad de Dios, que dijo: *Negociad mientras vengo,* y que después le ha de decir: *Dame cuenta de los dones con que te enriquecí. (Rede rationem.)*

Pierde el tiempo, por modo funesto, el que camina extraviado,

obrando lo malo, y fuera de la Ley de Dios. ¿De qué le aprovechará ganar todo lo del mundo, si pierde su alma? Esta es la mayor desdicha que puede tener un hombre sobre la tierra.

Pierde, pues, el tiempo el ocioso, que no hace lo que debe; el que anda hacia atrás, porque hace lo que no debe; y el que va descaminado, porque obra en contra de lo que debe. ¡Cuán pocas son las personas que siempre hacen lo que deben, del modo que deben y nunca en contra de lo que deben! ¡Cuántas personas, como dijo el Salmista, *consumen sus días en la vanidad, y acaban muy pronto los años de su vida* (1)!

Pierde el tiempo, en suma, todo el que lo pasa en la ociosidad, en la vanidad, en la tibieza voluntaria, en el pecado mortal, en el amor del mundo y de los placeres desordenados; porque todas estas cosas son germen de muerte y no de vida. ¿Habrá quien tenga por tiempo bien empleado el que invierte el hombre en labrarse su eterna desdicha? ¡Oh! Desengáñense los hijos de Adán: todo el tiempo que damos al mundo podemos considerarle como perdido, y cabe bien decir que no vivimos sino cuando hacemos buen uso del tiempo. *(Vixit, dum vivit bene.*—Damasc., *De virtute.)*

Ahora bien; para que todos veáis en conjunto el valor del tiempo, los provechos de emplearlo bien y las desdichas de emplearlo mal, no terminaré esta instrucción sin indicaros en resumen las infinitas ventajas que podemos sacar de su buen uso. A saber:

Usando santamente del tiempo podemos hacer que sea revocado el decreto de nuestra eterna condenación, podemos expiar nuestros pecados, satisfacer á la justicia divina, corregir nuestros defectos, acrecentar nuestras virtudes, adquirir mayores méritos, elevarnos á una gloria celestial, cuyo menor grado vale más que todos los cetros y todas las coronas del mundo.

Podemos ser en gran manera útiles, no sólo á nosotros mismos, sino también á nuestros semejantes, á nuestros deudos y á los extraños, á los justos y á los pecadores, á los fieles y á los infieles, á los reinos temporales y al reinado espiritual de Jesucristo.

Podemos, descendiendo á la Iglesia purgante, disminuir las penas de las ánimas que padecen en el purgatorio y abreviar el tiempo de su cautiverio, haciendo que se acelere su entrada en el cielo.

Podemos ascender hasta la inefable mansión de la Iglesia triun-

(1) Defecerunt in vanitate dies eorum, et anni eorum cum festinatione! (Psalmus LXXXVII, 33.)

fante, hasta la presencia refulgente de los bienaventurados, hasta el augusto trono de Dios, hasta Dios mismo, y con el buen empleo de nuestro tiempo acrecentar los perpetuos regocijos y los eternos amores de aquellos celestiales habitantes.

Todo esto y mucho más podemos, y por eso el grande Apóstol y la Iglesia nuestra Madre levantan su voz en la Epístola de este día y nos dicen: *«Mirad que andéis cautelosamente, no como necios, sino como sabios; redimiendo el tiempo, porque los días son malos.»— (Quoniam dies mali sunt.)*

Así, pues, procuremos nosotros no olvidar nunca estas advertencias de San Pablo sobre el buen empleo del tiempo. Andemos siempre en caridad, en gracia de Dios, y, como dice el mismo Apóstol, *ora comamos, ora bebamos, ora hagamos cualquiera otra cosa, hagámoslo todo por la gloria de Dios* (1), y este será un hermoso medio de emplear bien el tiempo.

Téngase presente que los hombres amadores de sí mismos, que se ocupan con excesivo afán en los goces de las criaturas, en las riquezas, en los placeres y honores de la tierra, pierden su tiempo.

Que los que todo lo encaminan á sí propios, por orgullo, complacencia ó vanidad, pierden su tiempo.

Que los que no hacen nada, ó se ocupan en bagatelas inútiles, y los que trabajan, pero trabajan mal, trabajan para la tierra, y en orden á la eternidad, pierden su tiempo.

Que los que hacen otra cosa distinta de lo que deben hacer, y los que hacen lo debido pero fuera de tiempo, cuando ya es inútil, pierden su tiempo.

¡Oh! ¡Somos criados para la eternidad y vivimos para el tiempo; y perdemos el tiempo con el cual podemos comprar la eternidad! ¿Qué es esto? ¿Hay juicio en nuestras cabezas? Vivamos, pues, como si hubiésemos de morir á cada instante, y trabajemos en cada instante como si hubiésemos de vivir siempre. El tiempo pasado ya no existe; el futuro no sabemos si vendrá para nosotros; sólo tenemos el momento presente. Aprovechémosle bien y estemos seguros que así compraremos el cielo, donde seremos eternamente felices por los siglos de los siglos. Amén.

(1) Sive manducatis, sive bibitis, sive aliud aliquid facitis, omnia in gloriam Dei tacite. (I Corint., X, 31.)

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo XXI después de Pentecostés.

Combate espiritual del cristiano.

MADOS míos en el Señor: La Iglesia nuestra Madre, solícita siempre por el bien de nuestras almas, nos amonestó en la Dominica anterior encargándonos que andemos siempre con mucha cautela, y con mucha prudencia, *empleando bien el tiempo, porque los días son malos;* es decir, porque en nuestros días hay muchos enemigos de nuestra salvación que intentan perdernos; y hoy, prosiguiendo su maternal enseñanza, nos muestra *la necesidad y el modo de combatir* santa y felizmente contra dichos enemigos de nuestro espíritu. Oigamos como se expresa, en la Epístola de este día, por boca de San Pablo. Dice así:

«*Hermanos: Fortaleceos en el Señor y en su virtud omnipotente. Vestíos la armadura de Dios, para que podáis defenderos de las asechanzas del diablo; porque tenemos que luchar, no ya contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra los espíritus de maldad esparcidos en los aires.*» (Ephes., VI, 10-11-12.)

Tal es, amados míos, la exhortación de la Iglesia, siempre necesaria; pero hoy tal vez más que nunca, porque los enemigos de Dios, de su Cristo, de su Iglesia y de nuestra eterna salud, se multiplican por modo satánico, bramando de furor por aniquilar la Religión de Jesucristo, por destruir su reinado social, diciendo, como en otro tiempo los pérfidos judíos: *No queremos que este reine sobre nosotros.*» (*Nolumus hunc regnare super nos.* Luc., XIX, 14.)

Dos cosas, pues, conviene declarar aquí, siguiendo el texto sagrado de la Epístola:

1.ª Que es preciso fortalecernos con la virtud de Dios.
2.ª Quiénes son los enemigos que nos asedian.

PUNTO 1.°

ES PRECISO FORTALECERNOS EN DIOS

Hermanos míos: Cosa es sabida de todos y repetida hasta la saciedad, que las naciones contemporáneas se estremecen, y los pueblos meditan proyectos insensatos, quedando los buenos católicos como asustados, diciéndose los unos á los otros aquellas palabras de David: *«¿Por qué han bramado las gentes, y los pueblos han meditado cosas vanas? ¿Por qué han tomado parte los reyes de la tierra, y se han mancomunado los príncipes contra el Señor y contra su Cristo?» Quare fremuerunt gentes?...* (Psal. II, 1-2.)

¡Oh! Esto ya no es misterio; todo el mundo lo sabe. Inmenso clamoreo levantan los impíos en todo el universo, y odiando á Jesucristo, y á su Iglesia, y al Evangelio, porque con su moral sacrosanta reprimen sus pasiones y condenan sus vicios, exclaman á una voz, con las mismas palabras del Profeta: *«Rompamos sus ataduras y sacudamos de nosotros su yugo* (1).

¡Fijaos bien, amados míos: llaman ataduras á los Mandamientos divinos, que son la salvaguardia de las familias y de las naciones! ¡Llaman yugo al precepto del amor mutuo y sagrado que el Señor quiere nos tengamos los unos á los otros! Llaman yugo á la moderación de las pasiones, y á la represión del libertinaje que aminora los desórdenes y los crímenes de los pueblos! ¡Llaman yugo al reinado suave, dulce y amoroso de Cristo en nuestros corazones, colmándonos de gracias y de dones inefables, llegando su locura hasta el extremo de gritar como los fieros y obstinados judíos: *«No queremos que Jesús reine sobre nosotros.» ¡No reconocemos á otro rey que al César!* (2).

Es decir, que hoy se procura con todo empeño organizar los estados y la sociedad de tal suerte que para nada entre en ellos Jesucristo, ni su ley sacrosanta, ni sus ministros sagrados, ni su religión, ni su culto, despojando á la Iglesia de sus legítimos derechos. Es decir, que hoy se pretende con satánico empeño, descatolizar al mundo, entronizar el paganismo, divinizar la razón, hacer la apoteosis del vicio, ahogando en su germen toda virtud cristiana. Es decir, que hoy se intenta establecer un Dios nuevo, un derecho nuevo, principios nuevos, enseñanzas nuevas, y un nuevo Evangelio,

(1) Dirumpamus vincula eorum, et projiciamus a nobis jugum ipsorum. (Psal. II, 3.)
(2) Non habemus regem nisi Caesarem. (Joann., XIX, 15.)

el Evangelio de Lucifer con todas sus horrorosas y abominables consecuencias. Esto es, carísimos hermanos, lo que hoy se pretende por la mayor parte de los Estados modernos, por más que estamos presenciando el espantoso diluvio de males que han llovido sobre las sociedades así organizadas, «*en las cuales, como en inmenso y asqueroso sumidero, se ha acumulado lo más sacrílego, blasfemo é infame que jamás abrigaron en su seno las herejías y sectas más criminales* (1)».

¿Qué deberemos, pues, hacer los católicos en tan tremenda lucha de reyes y pueblos contra la Iglesia inmaculada y contra Dios y su Cristo?—El grande Apóstol de las gentes, en la Epístola de este día nos da la regla diciendo: «*Hermanos: Fortaleceos en el Señor y en su virtud omnipotente. Vestíos de la armadura de Dios... porque tenemos que luchar, no ya contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra los espíritus de iniquidad.*» (Ephes., VI, 10-11-12.)

Lo cual es, como si el Apóstol dijera: «*Fortaleceos*, hermanos, no por vosotros mismos, que nada podéis ni valéis, sino *en el Señor*, de quien viene toda nuestra fortaleza. Fortaleceos en su virtud omnipotente, seguros de obtener la victoria; pues *si el Señor nos ayuda, nada temeremos, y si Dios está en favor nuestro, ¿quién podrá contra nosotros?* (2). Es decir, que si Cristo nuestro Señor está con nosotros ayudándonos con su gracia omnipotente, seremos fuertes y generosos, pelearemos con denuedo contra todos los enemigos de la Iglesia, y al fin venceremos, porque *las puertas del infierno no pueden prevalecer contra ella. (Non praevalebunt.)*

Pero, ¿cuáles son, circunstanciadamente, nuestros enemigos?—El Apóstol dice que tenemos que luchar no contra la carne y la sangre, sino *contra los principados y potestades,* «*contra los gobernadores de este mundo de tinieblas, ó sea contra los demonios, que son espíritus de iniquidad.*» *(Adversus mundi rectores... contra spiritualia nequitiae.)*

Quiere esto decir, amados míos, que nuestra guerra no ha de ser á los hombres, que aun siendo perversos, son hermanos nuestros y hemos de procurar salvar sus ánimas, sino á los principios malos que sustentan, á las doctrinas anticatólicas que propalan, á las obras de tinieblas que practican...; en una palabra, á los espíritus malignos que llevan en su corazón, y que los impulsan á to-

(1) Encycl. *Mirari vos*, 15 de Agosto de 1832.

(2) Dominus mihi adjutor, non timebo... Si Deus pro nobis, quis contra nos?

das las iniquidades que presenciamos, como «*príncipes y potestades de este mundo de tinieblas*».

Nuestra guerra, pues, ha de ser, no contra el hombre que hizo Dios, y en este sentido es bueno, sino contra el pecado ó vicio que hay en el hombre, y que procede de sus concupiscencias desordenadas, de su voluntad depravada por las pasiones, y del diablo que se vale de unas y de otras, para arrastrarle al abismo de las insensatas teorías modernas, y á las funestas libertades de perdición que antes os dejé indicadas.

Y comoquiera que tales hombres son agentes de Satanás, ó sea instrumentos vivos, libres y culpables, de que el demonio se vale para combatir los fundamentos de nuestra adorable y sacrosanta Religión, y para derrumbar por completo las instituciones sociales cristianas salvadoras del mundo, claro es que, en ese sentido, hay que combatirlos é inutilizarlos, para contenerlos en su iniquidad é impedir que lleven á cabo su insensato propósito de entronizar á Lucifer en los corazones de sus semejantes, con odio eterno á Jesucristo, nuestro divino Redentor.

¿Quienes son, por tanto, esos hombres enemigos de Cristo á quienes hay que combatir en sus doctrinas, á sangre y fuego, para evitar que envenenen las inteligencias cristianas y corrompan los corazones de los hijos de Dios? Esto es lo que ahora pienso deciros en brevísimas palabras, porque interesa lo sepáis.

PUNTO 2.º

QUIÉNES SON NUESTROS ENEMIGOS ESPIRITUALES

Primeramente; si veis que alguno admite la razón como única fuente de verdad, con exclusión de la revelación y la fe..., no le creáis, es un *racionalista;* es enemigo de Cristo.

Si veis que alguno rechaza el orden sobrenatural, es decir, el fin y los medios sobrenaturales, admitiendo sólo el orden natural, ó sea el fin y los medios naturales..., no le creáis; es un *naturalista;* es enemigo de Cristo.

Si veis que alguno afirma que la fe de Cristo contradice á la razón humana, y que lo que llaman revelación para nada sirve, sino que, por el contrario, perjudica á la perfección del hombre..., no le creáis; es un *racionalista furibundo y claro;* es enemigo de Cristo.

Si véis que alguno alaba á Jesucristo diciendo de El que fué un hombre eminente, un gran filósofo, un gran moralista, un defensor

de las libertades populares... ó bien que Jesús fué el ideal del hombre perfecto, el tipo de la virtud y el modelo de la especie humana... pero nada mas, no le creáis; es un *racionalista encubierto,* peor que los declarados; es enemigo de Cristo.

Si alguno dijere que Jesucristo no es Dios, ni enviado de Dios; que la Iglesia tiene un origen y un fin naturales, ó que el Evangelio es un libro puramente humano..., no le creáis; es un *impío*, que expone las doctrinas fundamentales de los racionalistas, ya furibundos ya moderados; es enemigo de Cristo.

Si alguno digere que los nuevos Estados, antes cristianos, deben reformarse en su organización, para que dependan de la razón sola, sin que intervenga en ellos la influencia moderadora de Jesucristo y de su Iglesia, á fin de que tengan las naciones su natural independencia..., no le creáis; es un *demoledor* de las instituciones divinas, es un racionalista práctico que pretende la *secularización del Estado;* es un pensador á la moderna; es enemigo de Cristo.

Si alguno dijere que es preciso refundir los códigos civiles, según la razón humana; que la politica y la administración de los pueblos ha de estar á cargo únicamente de los seglares; que la escuela, y el colegio, y el instituto y la universidad, han de erigirse y gobernarse con entera independencia de la Iglesia; y que los actos principales de la vida social, como los nacimientos, los matrimonios y los entierros, lo mismo que la beneficencia, y la religión y la moral, han de ser fundados únicamente en los principios naturales de la razón... ese tal os engaña, os seduce, os corrompe; no le creáis; es un *propagador de las doctrinas racionalistas,* es un secularizador de las leyes, de la politica, de la administración, de la enseñanza, de la beneficencia, de la religión y de la moral; es un agente de Lucifer; es enemigo de Cristo.

Si alguno dijera que es un gran progreso en los pueblos la multiplicación de los casinos, círculos, teatros y cafés, y otros centros de sociedad análogos, para que los hombres se comuniquen mutuamente sus ideas y suavicen las penalidades de la vida, especialmente en los dias festivos, porque las reuniones propias de la religión son austeras y tienden á enervar los espiritus y á afeminar las costumbres... no le creáis; es demoledor de la vida de familia, es un corruptor del hogar doméstico, es un fomentador de la ociosidad y de los vicios; es, en suma, un enemigo de Cristo.

Si veis que alguno se desata en improperios contra las órdenes religiosas, censurando su vida, su fin, su propagación, y que desea sean abolidos sus privilegios y sometidos sus bienes y rentas á la ad-

ministración y discreción del poder civil... no le creáis; huid de él, porque persigue á la Iglesia y es enemigo de Cristo.

Si veis que algún cristiano habla en gran número de cuestiones pura y netamente como los católicos, pero que en algunas otras piensa y habla como los racionalistas, huid de su trato cuanto podáis, porque es *semirracionalista, ó semicatólico, ó semiliberal,* que trata de armonizar el espíritu moderno con el espíritu del Evangelio, lo cual es una monstruosidad inconcebible que hace más daño á la Iglesia y á los fieles que todos los furibundos naturalistas, racionalistas, liberales y masones. Ese tal es enemigo de Cristo.

Y no quiero, amados míos, molestaros más, porque sería interminable enumerar los diversos matices, mezclas y medias tintas que en los asuntos dichos están presenciando nuestros ojos, considerando cada cuál que sabe más que su vecino, y más que su cura, y más que los Obispos, y más que la Iglesia entera, aunque ésta se halle regida é iluminada por el Espíritu Santo ¡Pobres hombres! Y sobre todo, ¡pobres católicos cuando participan de alguno de los errores dichos, forjándose la ilusión de que van camino del cielo!

No olvidemos que, como advierte hoy San Pablo, «*tenemos que luchar, no ya contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los gobernadores de este mundo*»; es decir, contra los espíritus de tinieblas, infundidos en sus inteligencias y en sus corazones, para descatolizarnos, para trastornar el universo, y hacer del pueblo cristiano un pueblo enteramente pagano, ó un pueblo de fieras.

¿Qué hemos de hacer, pues, hallándonos rodeados de tantos y tan poderosos enemigos? El mismo San Pablo lo dice en la Epístola de este día: «*Vestirnos por completo de la universal armadura de Dios*» *(Induite vos armaturam Dei),* con la cual, fortalecidos de pies á cabeza, podamos resistir sus constantes y furiosas acometidas.

Demás de esto, sigamos el mandato de Cristo nuestro Señor, cuando dijo á sus discípulos: «*Guardaos de la doctrina de los fariseos y de los saduceos* (1)»; porque esto, en nuestras circunstancias, equivale á decir: «Guardaos de la doctrina de los *panteístas* y *deístas;* guardaos de los *racionalistas* y *semirracionalistas,* de los *masones* y *semimasones;* guardaos de los *liberales* y *semiliberales;* pero sobre todo, guardaos de los LIBERALES CATÓLICOS, que son el peor género de todos los herejes habidos y por haber.

Haciendo esto, carísimos hermanos, no hay que temer, porque

(1) Cavete a fermento pharisaeorum, et sadducaeorum. (Matth., XVI, 6 y 12.)

Dios estará con nosotros, y al fin y al cabo, el tiempo es corto, la esperanza larga, y el premio eterno. Bendigamos al Señor por sus infinitas misericordias, y estemos seguros que después del combate de esta vida, tendremos regocijo perpetuo y corona eterna por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 2.ª

Para el Domingo XXI después de Pentecostés.

Continuación del combate espiritual cristiano.

Hermanos míos amadísimos: La vida del buen cristiano sobre la tierra, no es vida de sosiego y de inacción, sino de pelea y de continuo movimiento. *(Militia est vita hominis.* Job, VII, 1.) Hoy más que nunca tiene aplicación esta verdad aterradora, y por eso hoy más que nunca conviene que nos fijemos en la Epístola de la presente Dominica. En ella nos declara San Pablo que *«tenemos que luchar, no ya contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los gobernadores de tinieblas de este mundo y contra los espíritus de iniquidad»*. (Ephes., VI, 10-11-12.)

Mas como nosotros, con nuestras solas fuerzas, nada podemos hacer, he aquí por qué el mismo Apóstol, divinamente inspirado, añade á continuación: *«Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y estar firmes y provistos de todo. Estad, pues, firmes; que la verdad ciña vuestros lomos y sea vuetra coraza la justicia. Tened también calzados los pies, para estar prontos á predicar el Evangelio de la paz. Sobre todo, embrazad el escudo de la fe, para que con él podáis apagar todos los encendidos dardos del espíritu maligno. Tomad igualmente el yelmo de la salud y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios.»* (Ephes., VI, 13 á 17.)

Muchas cosas y muy importantes hay que notar aquí, amados

míos; pero debiendo yo ser breve para no abusar de vuestra bondad, me concretaré sólo á trazar algunas líneas generales:

1.° Sobre el escudo de la fe contra el racionalismo.
2.° Sobre el yelmo de la salud y la espada del Espíritu.

PUNTO 1.°

EL ESCUDO DE LA FE CONTRA EL RACIONALISMO

No es posible, carísimos hermanos, que vivamos inactivos en este mundo; somos soldados de Dios, y es preciso pelear por la buena causa; *los días son malos* y los enemigos terribles. Si preguntamos *la naturaleza* de ellos, ya nos dice San Pablo, que son espíritus invisibles moviendo el corazón de los hombres; si *su número,* es innumerable, es una legión; si *su índole,* perversísimos y maliciosísimos; si *sus fraudes y astucias,* no tienen término sus agudezas y engaños; si *su potestad,* son los señores del mundo, los rectores y gobernadores del universo; si *su odio y enemistad,* son irreconciliables, siempre y en todas partes maquinando, por todos los medios, nuestra muerte y nuestra perdición temporal y eterna.

Con tales enemigos, y con tales cualidades, valiéndose de las concupiscencias de los hombres mundanos, para triturar á la Iglesia de Jesucristo, que es toda mansedumbre y toda amor, no es extraño que el Apóstol nos dé á todos la voz de alerta en la Epístola de hoy, diciendo: «*Siempre y en todas ocasiones tomad el escudo de la fe.*» (*In omnibus sumentes scutum fidei.*—Verso 16.)

Lo cual ciertamente es como si dijera: «Cristianos, ¿queréis vencer á toda esa turbamulta de hombres sin fe y sin conciencia, que bajo diversas denominaciones, é instigados por el demonio, intentan descatolizar al mundo, para que desaparezca el *Reinado social de Jesucristo,* y domine en toda la tierra el imperio de Satanás?»; pues el remedio único es *embrazar el escudo de la fe;* pero fe firme, constante y sólida; fe viva, llena de verdad, de justicia, de santidad y de buenas obras; porque escrito está: «*Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.*» (*Haec est victoria, quae vincit mundum, fides nostra.*—I Joann., V, 4.)

Pues bien; sentada esta base, veamos cómo ataca el enemigo, y qué responde nuestra fe. Nuestro enemigo hoy es *el racionalismo,* al cual, para no asustar á las gentes, se le ha dado el nombre de *liberalismo;* porque en realidad el liberalismo, no es más que

una nueva fase del racionalismo; ó sea la aplicación de esta herejía al gobierno de las naciones. ¿Qué dice, pues, el racionalismo acerca de Dios y del hombre? ¿Qué dice en el orden moral, y qué en el orden social? Reflexionemos un momento.

El racionalismo dice: «*La razón humana, prescindiendo enteramente de Dios, es el único juez de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal; es ley para sí misma, y basta con sus fuerzas naturales para promover el bien en hombres y naciones*» (*Syllab.*, prop. 3.ª).—Falso de toda falsedad; porque la fe enseña que «*Dios es la primera regla de todos los actos del hombre, y que la razón humana ha de ser regulada por Dios* (1).»

El racionalismo admite el horrible principio de que *la razón es Dios,* y por consiguiente, que la razón debe desterrar de este mundo á Jesucristo y ponerse en su lugar.—Blasfemia inaudita que la fe católica anatematiza diciendo: *Jesucristo es Dios;* y Jesucristo debe reinar en todo el orden de las cosas humanas, tanto en la vida social y pública, como en la individual y privada. Y basta esto, amados míos, para que todo cristiano abomine al racionalismo, que intenta arrojar del mundo á Jesucristo y divinizar la razón humana. Y mucho más si considera aquella profunda observación del sagrado Concilio Vaticano. Dice así: «*Después de haber abandonado y rechazado la Religión cristiana, después de haber negado á Dios y á su Cristo, han ido á parar muchas inteligencias al abismo del panteísmo, del materialismo y del ateísmo* (2).»

Y si abominable es el racionalismo, porque destruye *el reinado social de Jesucristo* y diviniza y pone en su lugar á la razón humana, ¿qué diremos de la moral que sustenta? ¡Oh! La moral de los racionalistas, fundándose en la soberanía de la razón independiente de Dios, toma por norma de lo verdadero su propia inteligencia, y por regla de sus acciones su voluntad. ¿Puede darse cosa más desatentada, más funesta y más corruptora? Si la razón es soberana, si la razón es independiente, si el hombre es para sí su propia ley, síguese que todo cuanto piensa el hombre es verdadero y todo cuanto quiere es bueno. ¿Por qué, pues, ha de combatirse la propia voluntad? ¿Por qué resistir los deseos del corazón, sean como fueren? ¿Por qué contrariar los atractivos é ímpetus de las pasiones? De esto á divinizar las malas pasiones no hay más que un paso.

Pues ved aquí, carísimos hermanos, adónde se intenta llevarnos

(1) Deus est prima regula, a qua etiam humana ratio regulanda est. (S. Thom., 2.ª 2.ae, q. XXIII, a. 3.)

(2) Conc. Vatic., *De fide cath.*, Prooem.

con los errores modernos; quiérese canonizar todas las pasiones, y dar por buenos y santos todos los vicios. «La soberanía de la razón, y la bondad absoluta de la naturaleza humana, lleva, por lógica consecuencia, á la emancipación de las pasiones, y á la soberanía del placer; es decir, á la ruina de toda moral (1).»

Ahora bien; en presencia de error tan monstruoso, nosotros, los cristianos, empuñamos el escudo y la espada de la fe, y decimos con nuestro Santísimo Padre León XIII: «*Puesto que la humana naturaleza quedó viciada por el pecado original, y por esto se halla más propensa al vicio que á la virtud, es absolutamente imposible ser bueno sin reprimir los movimientos desordenados del ánimo, y someter á la razón los apetitos inferiores* (2).»

Mas vengamos ya á la forma social de los racionalistas. Primeramente todos quieren que la sociedad civil se constituya y organice *con entera independencia de Dios,* y con amplio desarrollo de las libertades públicas, y como la razón es soberana, cada uno tiene por bueno y quiere lo que le dicta su razón, de ordinario obscurecida ó sobornada por la pasión ó por el propio interés. De aquí vemos que unos son *comunistas,* otros *socialistas* y otros *anarquistas,* pudiendo decirse que el orden social de casi todos los racionalistas, es el desorden y la ruina de toda sociedad civil. Nadie, pues, se queje del anarquismo, porque él es una consecuencia lógica del racionalismo.

Los hombres—dicen—nacen *buenos, libres é iguales.* En cuanto *buenos,* nada de cuanto piensan, quieren y hacen es malo. En cuanto *libres,* se consideran desligados de toda autoridad, divina y humana; y también exentos de cuanto pueda cohibir los gustos y tendencias del alma, del corazón y de los sentidos. En cuanto *iguales,* todos son igualmente soberanos, igualmente independientes, igualmente dioses por su razón. ¡Qué insensatez! Claramente expresó estas ideas nuestro amadísimo Pontífice León XIII, diciendo: «*Según ellos* (los racionalistas), *los hombres son iguales en derechos; todos, y bajo todos los puntos de vista, son de igual condicion; cada uno es libre por naturaleza; nadie tiene derecho á mandar á nadie; es hacer violencia á los hombres pretender sujetarlos á una autoridad cualquiera, á menos que esta autoridad dimane de ellos mismos.*» (Encycl. *Humanum genus.)*

Yo no sé, amados míos, si puede concebirse error más satánico y más trascendental que este del racionalismo; pero sí sé que con

(1) Benoit, *Ciud. antic.*, tomo I: Moral racionalista.
(2) Encycl., *Humanum genus*, 20 de Abril de 1884.

el escudo de nuestra fe se queda completamente pulverizado de esta manera: «*Los hombres no nacen buenos, ni libres ni iguales.* Esto dice la fe y esto basta.

No nacen buenos los hombres porque vienen al mundo trastornados en todo su ser por el pecado original. Desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, no hay en ellos cosa sana. (Isai, I, 6.) *No nacen libres,* porque no se dan el ser á sí mismos; porque tienen un autor, y este autor es su Señor, y este Señor es primariamente Dios, y secundariamente los que le representan, llámense padres, en el orden natural, llámense reyes en el orden social, ó llámense Iglesia en el orden espiritual. *No nacen iguales* ni en cuerpo, ni en alma, ni en pueblos, ni en familias, ni en nada. ¿Quién, en sano juicio, podrá defender la igualdad natural, intelectual y social de todos los hombres?

Luego cae por su base el error racionalista; luego la sociedad fué instituida por Dios, y el poder social es obra suya; luego «*toda cuanta potestad hay entre los hombres procede de Dios y se ejerce en nombre de Dios, como de suprema y augusta fuente*» (1); luego Dios, autor de todo cuanto existe, tiene absoluta autoridad sobre las sociedades humanas; luego Jesucristo, Dios y hombre verdadero, es el soberano Señor y dueño de todo el género humano; luego Jesucristo es Rey supremo de todo el universo, y es una insensatez en los hombres tratar de suprimir *el reinado de Jesucristo en todo el universo.*

Por tanto, cristianos, todo cuanto neciamente afirma el racionalismo, respecto de Dios, del orden moral y del orden social, redúcese á polvo ante la firmeza de un católico, que embrazando el escudo de la fe, diga con la Iglesia católica: «*Creo en el reinado social de Nuestro Señor Jesucristo.*»

Tal es, en resumen, lo que el Apóstol nos recomienda en la Epístola de este día, al decirnos que nos vistamos de la armadura de Dios, tomando *el escudo de la fe;* y como si esto no fuera bastante, añade á continuación que coloquemos en nuestra cabeza *el yelmo de la salud* y en nuestras manos *la espada del Espíritu.* (Verso 17.) ¿Qué significa esto? Os lo diré, para concluir, en breves palabras.

---

(1) Encycl. *Immortale Dei.*

PUNTO 2.°

EL YELMO DE LA SALUD Y LA ESPADA DEL ESPÍRITU

El yelmo, carísimos hermanos, que antiguamente usaban los soldados, servía poderosamente para preservar su cabeza de todo golpe del enemigo, y por comparación nos encarga hoy el Apóstol que, como soldados de Cristo, tomemos *el yelmo de la salud,* el cual, según declara el mismo Apóstol (I Thesal., V, 8) es *la esperanza de nuestra salvación.*

¿Quién, que tenga esperanza de obtener la gloria eterna, no pelea ahora denodadamente contra toda herejía y contra todos los espíritus del infierno, por más que se hallen encarnados en hombres poderosos y en príncipes y gobernadores de este siglo? Si *el escudo de la fe* es fortaleza para vencerles, *el yelmo de la esperanza* es el impulso que mueve á la fe y que hace arder á los corazones cristianos en llamas vivas de caridad. Reservada con este yelmo la cabeza, ésta dirigirá con acierto á todos los miembros, y no haya miedo que ningún cristiano desmaye en la pelea y se dé por vencido. En la cabeza del hombre residen los buenos pensamientos, los buenos fines y las buenas intenciones, y como esto no falte, la misma cabeza moverá el corazón, la voluntad, los buenos deseos, las palabras y las obras; la misma cabeza hará que se tome—como añade el Apóstol—*la espada del Espíritu.* (*Glaudium Espiritus.*

Nadie puede ignorar que esta *espada del Espíritu* es la *palabra de Dios,* porque el texto sagrado lo declara expresamente, y esta palabra de Dios nos la suministran, no sólo las Sagradas Escrituras en miles de páginas, sino la voz infalible de la Iglesia, que siempre se deja oir de quien no quiera ser sordo, y especialmente en nuestros días son admirables y no dejan nada que desear ni el *Syllabus* del inmortal Pío IX, ni el santo Concilio Vaticano ni las luminosas y portentosas Encíclicas de nuestro Santísimo Padre León XIII.

Ahí están esos documentos sagrados y en ellos puede leer el que tenga ojos y quiera, los horrorosos estragos de las monstruosas herejías reinantes, ya en los individuos, ya en las familias, ya en los Estados, ya en el mundo entero. En ellas puede ver lo que es el *racionalismo* y sus nefandos hijos, *el deismo, el panteismo, el ateismo, el materialismo y el positivismo, el masonismo y el liberalismo.*

En ellas puede ver el sistema de los revolucionarios modernos sobre *la libertad é igualdad* originarias en el hombre; el sistema del *contrato social y la soberanía del pueblo:* el sistema práctico político de los *comunistas, socialistas y anarquistas.*

En ellas puede ver lo que es la negación del orden sobrenatural, la soberanía de la razón humana, la deificación del hombre, la restauración de la idolatría pagana y el odio eterno al Dios verdadero, á su Hijo unigénito Jesucristo, á la Iglesia católica, y á las órdenes religiosas y á todos los ministros del santuario.

Y, por no molestaros más, en ellas puede ver ese cúmulo de inmundicias, llamadas *libertades modernas,* piqueta demoledora de la Religión, del trono, y de todas las instituciones sociales del cristianismo; porque, en resumen, todas las herejías de nuestros tiempos pueden sintetizarse en esta satánica frase: «*Odio á Cristo nuestro Señor, y viva la razón pura. Muera Cristo, y viva Lucifer.*»

He concluido, amados míos, cuanto pensaba deciros hoy; tristes verdades por cierto; mas no por eso hemos de sucumbir ante nuestros enemigos, sino por el contrario, haciendo lo que hoy nos recomienda el Apóstol, tomaremos *el escudo de la fe, el yelmo de la esperanza y la espada de la caridad;* ó sea la palabra divina é infalible de la Iglesia, y la victoria será nuestra, sirviendo los ataques de nuestros enemigos únicamente para acrecentar nuestros merecimientos y para poner en nuestras sienes corona eterna de gloria. Amén.

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo XXII después de Pentecostés.

Prosigue el combate espiritual cristiano.

HERMANOS míos amadísimos: Hemos llegado, por fin, á la Domínica del amor y confianza en Dios, y con gozo de mi corazón os dirijo hoy mi palabra, confiando en que la Epístola de este día ha de ensanchar vuestro ánimo alentándoos á servir y amar cada vez más á Dios nuestro Señor. La Iglesia nuestra Ma-

dre, que en el Domingo anterior os mostró los innumerables y terribles enemigos de nuestra salvación, indicándoos los medios generales de combatirlos, *empuñando el escudo de la fe, el yelmo de la esperanza y la espada de la caridad,* pasa hoy más adelante y nos declara cuán poderosos son los auxilios particulares que tenemos para vencerlos. Oigamos las palabras mismas de San Pablo, que son dulcísimas y consoladoras. Dice así:

«*Hermanos: Tengo la firme confianza de que Dios, que ha comenzado en vosotros la obra de vuestra salvación, la acabará y perfeccionará más y más hasta el día de Jesucristo. Y es muy justo que yo sienta esto de vosotros, porque os tengo en mi corazón, y porque tomáis parte en mis prisiones, y en la defensa y confirmación del Evangelio, y sois todos compañeros de mi gozo. Porque Dios me es testigo de la ternura con que os amo á todos en las entrañas de Jesucristo. Y lo que le pido es que vuestra caridad crezca más y más en luz y en toda inteligencia para que sepáis discernir lo que es mejor, y seáis puros y sinceros, y no sea interrumpida por caída alguna vuestra carrera hasta el día de Jesucristo, y para que en alabanza y gloria de Dios, seáis llenos de frutos de justicia, que nos son dados por Jesucristo.*» (Philip., I, 6 á 11.)

Dos cosas, carísimos hermanos, nos muestra San Pablo en esta Epístola: una, que Dios nuestro Señor ha comenzado en nosotros la obra de nuestra salvación y que Él la llevará á cabo, si nosotros no le ponemos impedimento con nuestras culpas: otra, que nosotros, cooperando á sus gracias y defendiendo la doctrina del Evangelio, podemos tener una certeza moral de nuestra perseverancia en el bien y de nuestra eterna salud. Hoy, para ser breve, me concretaré á la primera verdad y os digo: Dios nos ayuda á vencer á todos nuestros enemigos:

1.° Por sí mismo y por sus ángeles.
2.° Por los santos del cielo y por los justos de la tierra.

PUNTO 1.°

DIOS Y LOS ÁNGELES NOS AYUDAN Á COMBATIR

«*Hermanos*—dice San Pablo, al comenzar su carta á los Filipenses, de donde está tomada la Epístola de este día:—*gracias doy á mi Dios y Señor cada vez que me acuerdo de vosotros, rogando siempre con gozo por todos vosotros en todas mis oraciones, por*

vuestra constancia en perseverar en la fe que habéis recibido, y en auxiliar á los ministros del Evangelio.» (Philip., I, 3 á 5). Y de igual manera yo, amados míos, doy también gracias al Señor por el beneficio que os hace de conservaros fieles en la fe de Jesucristo, y por la parte que tomáis en la propagación de sus divinas enseñanzas, y hago diariamente ruegos á Dios porque continuéis todos—como dice el Apóstol—*«santos en Cristo Jesús»*. *(Omnibus sanctis in Christo Jesu.*—Verso 1.)

Santos, porque *esa es la voluntad de Dios, vuestra santificación* (1), y santos *en Cristo,* porque Cristo es la fuente y la raíz de toda santidad, y de El recibe la santificación todo el que es santo. Ninguno que se halle separado de Jesucristo puede ser santo, y todos los que en realidad lo son, es por su unión íntima y plena con Cristo Jesús, siéndolo tanto más, cuanto más plena y perfectamente se hallen unidos á El.

Por lo mismo, cristianos míos, yo os exhorto, ante todo, á esta unión dichosa con nuestro divino Salvador. Unión *con la mente, con el corazón y con las obras.* Con la mente por la fe; con el corazón por la esperanza, con la voluntad, por el amor; con las obras, encaminándolas todas á su gloria y al cumplimiento de su divino querer. En una palabra, unión de todo nuestro ser, llevando una vida digna de Cristo, ó mejor dicho, que, como añade el Apóstol, *Cristo sea nuestra vida,* y nosotros podamos decir: *«Mi vivir es Cristo.» (Mihi vivere Christus est.* Verso 21.)

Con estos preliminares y lleno de este espíritu comienza ya el gran Doctor nuestra Epístola de hoy, diciendo: *«Tengo gran confianza de que Dios, que ha comenzado en vosotros la obra de vuestra salvación, El mismo la acabará y perfeccionará más y más hasta el día de Jesucristo.»* (Verso 6.) Es decir, hasta el día del juicio, ya sea en la hora de nuestra muerte, ya en el tremendo día del juicio universal.

Ahora bien; si Dios, como afirma San Pablo, *ha comenzado en nosotros la obra de nuestra salvación;* si El es nuestro Padre amoroso que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; si El nos ha santificado en el santo Bautismo y allí nos adoptó por hijos; si siendo hijos nos constituyó también herederos de la patria celestial y coherederos con Jesucristo; si Jesucristo, nuestro hermano mayor, es Dios y hombre verdadero y consubstancial al Padre, y murió por darnos vida; si con su vida y con su muerte can-

(1) Haec est voluntas Dei, sanctificatio vestra.

celó la Escritura de nuestra perdición, satisfizo por nosotros, hizo nuestros sus merecimientos infinitos y nos abrió las puertas del cielo; si además nos envió el Espíritu Santo, Espíritu de verdad, para que nos enseñara toda la verdad, y este Espíritu Santo se complace en comunicarnos sus gracias, sus dones y sus frutos, llevando su benignidad hasta el extremo de habitar de continuo en nuestro propio corazón... Si todo esto y muchísimo más sucede y lo ha obrado el Señor en favor nuestro, ¿cabe ni aun siquiera imaginar que Dios, que tal hizo, siendo omnipotente y amoroso hasta el infinito, haya de abandonarnos y no acabar ni perfeccionar en nosotros la obra comenzada de nuestra salvación? No, amados míos, y por eso San Pablo comienza diciendo: «*Tengo por cierto que el que comenzó en vosotros la obra buena, la perfeccionará hasta el fin de vuestra vida.*» (Verso 6.) «*Qui coepit in vobis opus bonum, perficiet usque in diem Christi Jesu.*»

Se objetará que nos rodean para perdernos multitud de fieros y astutos enemigos, y no comoquiera, sino ángeles rebeldes, espíritus satánicos que han tomado por instrumento á los hombres poderosos é infames de la tierra, que no pierden momento ni ocasión de combatirnos y de asediarnos para que reneguemos de Cristo y de su Iglesia... No importa, contestaremos, porque también es cierto que el Señor ha puesto á nuestro lado para defendernos multitud de espíritus celestiales, *ángeles de Dios para que nos custodien en todos nuestros caminos* (1), ángeles del cielo, inmensamente más poderosos que los del infierno, «*ángeles custodios enviados para ejercer su ministerio en favor de los que han de ser herederos de la eterna beatitud* (2)».

Ved aquí, carísimos hermanos, quiénes son nuestros auxiliares, nuestros ayudadores, nuestros guardadores. Ved aquí quiénes son los intérpretes, los ministros y los ejecutores de los designios de Dios para con nosotros. Son espíritus bienaventurados, príncipes que rodean el trono del Altísimo, potestades inmensamente mayores que las de la tierra, á quienes el Señor ha dado el encargo de dirigirnos en todos nuestros pasos, de advertirnos todos los peligros, alejando de nosotros todas las ocasiones y tropiezos en que pudiéramos sucumbir. ¡Qué providencia tan especial la de Dios para con nosotros! ¡Qué caridad tan tierna para con nosotros la de estos ángeles que nos rodean! ¿Por qué hemos de temer? Si en la tierra

(1) Angelis suis Deus mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis. (Psalmus XC.)

(2) Omnes sunt administratorii spiritus, in ministerium missi propter eos qui haereditatem capiunt salutis. (Hebr., I.)

nos circundan, nos embisten y nos persiguen multitud de agentes de Satanás y diablos encarnados, también tenemos por protectores y guardianes á millares de ángeles del cielo, y podemos estar seguros que, como nos dice hoy San Pablo, *Dios que ha comenzado en nosotros la obra de nuestra salvación, El la perfeccionará hasta el último día de nuestra existencia,* y nos llevará al cielo.

Mas no es esto sólo, porque también nos ayudan y protegen los justos de la tierra y los bienaventurados de la patria celestial, como ahora os diré.

PUNTO 2.°

NOS AYUDAN Á COMBATIR LOS SANTOS DEL CIELO Y LOS JUSTOS DE LA TIERRA

Es innegable, hermanos amadísimos, que aun cuando en el ejército espiritual de Jesucristo no hubiera en nuestro auxilio otros ministros que los santos ángeles, bastarían y sobrarían para vencer y triturar á todos los espíritus infernales y hombres impíos que tratan de perdernos; mas por dicha nuestra y para consuelo de nuestro corazón, ha puesto el Señor en nuestra ayuda á todos los santos de la corte celestial, y á los hombres justos que habitan entre nosotros.

Ya habéis oído en la Epístola, el tierno amor y la dulce complacencia que experimentaba San Pablo al escribir á los fieles de Filipos. «*Hermanos míos*—les decía—*es muy justo que yo sienta esto de vosotros, porque os tengo en mi corazón... Dios me es testigo de la ternura con que os amo á todos en las entrañas de Jesucristo.*» (*In visceribus Jesu Christi.* Verso 7.)

¡Qué expresiones! ¡Qué dulzura en su amor! Imposible me sería á mí explicároslas debidamente; mas, gracias al Señor, se encargó de ello San Juan Crisóstomo, quien con luz del cielo, puso en boca del Apóstol esta hermosa paráfrasis: «*Hermanos míos:* os tengo en mi corazón; os tengo de continuo presentes en mi memoria; las más grandes persecuciones no son capaces de borrar, ni por un sólo momento, en mi ánimo el recuerdo de vosotros; en vosotros pienso en la cárcel; en vosotros pienso cuando comparezco ante los emperadores para defenderme; en vosotros pienso cuando predico el Evangelio, así de viva voz como por mis cartas; en vosotros pienso, y lo que me empeña á pensar siempre en vosotros, es el gozo que habéis manifestado tener en lo que me causaba complacencia. *(... Socios gaudii mei omnes vos esse.)* Y no os imaginéis, hermanos míos, que

esto que os digo es el lenguaje de la lisonja: no; *Dios me es testigo de la ternura con que os amo á todos en las entrañas de Jesucristo.»* (*In visceribus Jesu Christi.*) Os amo, porque amáis á Cristo nuestro Señor; os amo y desearía veros felices, veros ricos en dones espirituales, ricos en méritos; os amo y desearía colocaros en el cielo, proporcionaros allí uno de los primeros puestos, poneros á todos cerca de Jesucristo y si posible fuera, dentro de sus mismas entrañas divinas. Dios que conoce el fondo de mi corazón puede dar testimonio de que el amor que os profeso es muy tierno, muy vivo y muy ardiente; y *«lo que le ruego es que vuestra caridad vaya en aumento, que os adhiráis á El más y más, y que os undáis siempre á El del modo más íntimo.»* (*Hoc oro, ut charitas vestra magis ac magis abundet.* Verso 9.)

Hermanos míos, así se expresa el Santo llamado *Boca de oro.* ¿Para qué necesitáis saber más? Tal es, en substancia, el vivo interés que se tomaba el Apóstol por la salvación de los filipenses y por todos los cristianos; y como el amor en el cielo no se extingue, ni se aminora, sino que, por el contrario, se acrecienta y perfecciona, es evidente que desde aquellas mansiones de gloria continúa San Pablo amándonos á todos, y alcanzándonos del Señor los auxilios necesarios para combatir y vencer en este valle de miserias.

Y como, por otra parte, todos los bienaventurados del cielo arden más ó menos intensamente en el mismo amor y participan del mismo espíritu y desean nuestro bien y que se acrecienten con los nuestros los eternos loores á Dios nuestro Señor, no se puede negar que todos se interesan en nuestra victoria y recaban del Padre celestial para nosotros gracias abundantes para obtener cumplido triunfo del mundo, del infierno y de nuestras propias concupiscencias.

Por último, no solamente los ángeles, no solamente los bienaventurados del cielo, sino también las almas santas que están en el purgatorio y las personas justas que existen en la tierra, se unen á nosotros mediante la oración, los sacramentos, las mortificaciones y la santa Misa, y solicitan en nuestro favor poderosos socorros.

En una palabra: la Iglesia triunfante, la paciente y la militante, en unión de Cristo nuestro Señor y por sus méritos infinitos, nos granjean de la divina bondad gracias tan copiosas, dones tan excelsos y armas tan fuertes, que ni mil legiones de espíritus infernales encarnados en los hombres mundanos son capaces de mermar nuestra fe, ni debilitar nuestra esperanza, ni entibiar nuestra caridad; antes por el contrario, robustecidos y animados con tales ayu-

dadores, con tales intercesores y con tales gracias, exclamaremos enérgicamente con San Pablo: «*Ni el temor de la muerte, ni el amor á la vida, ni los ángeles malos, ni los príncipes de los demonios, ni las potestades del mundo, ni los tormentos que nos hacen sufrir al presente, ni los que nos pueden hacer padecer en lo venidero, ni la fuerza, ni todo lo más terrible y funesto que puede suceder á los hombres, y aunque todo el mundo se revuelva de alto á bajo, nada nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Jesucristo nuestro Señor.*» *La victoria que vence al mundo es nuestra fe* (1). *Todo lo podemos en Aquel que nos conforta.—(Omnia possumus in eo qui nos confortat.* Philip., IV, 13.)

Tal es, amados míos, la fortaleza que el Señor puso en el corazón de San Pablo; tal es la que han tenido siempre los héroes del cristianismo, y tal será la nuestra con la ayuda de Dios Omnipotente; teniendo por cierto, como dice hoy nuestra Epístola, que *Dios nuestro Señor, que comenzó en nosotros la obra buena, El la proseguirá y perfeccionará hasta el último suspiro de nuestra existencia,*» y entonces recibiremos de su divina bondad la eterna corona de la gloria. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el Domingo XXII después de Pentecostés.

Medios para obtener la victoria espiritual.

AMADOS hermanos míos: El glorioso San Pablo, *vaso de elección,* de quien dijo San Jerónimo que era arca preciosísima de la Ley y de las sagradas Escrituras (2), al escribir la Epístola de este día á los Filipenses, les declara un afecto singular, orando y dando gracias á Dios por ellos, y confiando que el Señor les había de conservar y perfeccionar en su amistad, con aumentos de ciencia y de dilección sagrada, hasta quedar colmados de bue-

(1) Rom., VIII, 38 y 39; y I Joann., V, 4.

(2) Cur dicitur Paulus «vas electionis»?—Quia legis et sanctarum Scripturarum erat armarium. (Hieron. ad Paulin.)

nas obras, por la gracia de Dios nuestro Señor. Oid sus mismas palabras, que son hermosas sobre todo encarecimiento. Dice así:

«Hermanos: Tengo la firme confianza de que Dios, que ha comenzado en vosotros la obra de vuestra salvación, Él mismo la acabará y perfeccionará más y más, hasta el día de Jesucristo. Y es muy justo que yo sienta esto de vosotros, porque os tengo en mi corazón, y porque tomáis parte en mis prisiones y en la defensa y confirmación del Evangelio, y sois todos compañeros de mi gozo. Porque Dios me es testigo de la ternura con que os amo á todos en las entrañas de Jesucristo. Y lo que le pido es que vuestra caridad crezca más y más en luz y en toda inteligencia, para que sepáis discernir lo que es mejor, y seáis puros y sinceros, y no sea interrumpida por caída alguna vuestra carrera hasta el día de Jesucristo; y para que en alabanza y gloria de Dios, seáis llenos de frutos de justicia, que nos son dados por Cristo nuestro Señor. (Philip., I, 6 á 11.)

Hasta aquí el Santo Apóstol; y dejando aparte el mostraros cuán poderosos son los auxilios con que el Señor nos favorece, ya por sí mismo, ya por el ministerio de sus ángeles, ya por los bienaventurados del cielo, ya por las ánimas benditas del purgatorio, ó ya por los hombres justos de la tierra, intento hoy solamente daros á conocer cuándo, con dichos auxilios, podemos dar por vencidos á los enemigos de nuestra alma, y tener confianza grande de nuestra salvación.

Dos son las señales que en la Epístola nos da el Apóstol, y por consiguiente, dos serán los puntos de que ahora os hablaré, á saber:

1.° De la caridad para con los ministros del Señor.
2.° De las miras con que ha de ejercitarse.

PUNTO 1.°

CARIDAD PARA CON LOS MINISTROS DEL SEÑOR

Digna es de notarse, hermanos carísimos, la firme confianza del Apóstol en que Dios nuestro Señor había de dar á los Filipenses la eterna salud, y mucho más las razones en que se funda.

«Porque os tengo—dice—*en mi corazón, y porque tomáis parte en mis prisiones y en la defensa y confirmación del Evangelio.»* (Verso 7.)

Lo cual es como si dijera: «Primeramente fundo mi confianza *en que os llevo en mi corazón,* en que sois para mí queridísimos, y

por consecuencia, en que estais siempre delante de mis ojos y no puedo menos de rogar de continuo y con vehemencia al Señor para que os otorgue el inefable don de la perseverancia. Y ¿cómo es posible que la divina Bondad no os la conceda, pidiéndola nosotros humildemente en unión de su Hijo unigénito Jesucristo, y por sus merecimientos infinitos? Este es grande motivo de confianza.

Además, según los sagrados intérpretes, San Pablo sentía en su corazón mucho más que lo que podía expresar, y aun deseaba más de lo que podía sentir, por cuyo motivo, no pudiendo manifestar su tierno afecto á los Filipenses con su propio corazón, recurrió al corazón de Jesús, penetrando íntimamente en él por el amor, por la intención, por la voluntad, y entonces, ya existiendo y como respirando en el corazón de Cristo, le hizo suyo, y usó de él para amar á los Filipenses con igual ternura que los ama el corazón del divino Salvador; esto es, con la mayor fineza de amor que es posible á la humana criatura.

Y comoquiera que esta singular y maravillosa dilección permanecía oculta en su pecho, quiso mostrarla con toda claridad á los Filipenses, diciéndoles: «*Dios me es testigo de la ternura con que os amo á todos en las entrañas de Jesucrirto.*» (*In visceribus Jesu Christi.* Verso 8.) Es decir: «Dios me es testigo de que yo, Pablo, existiendo en las entrañas dulcísimas de Jesús, os amo á todos con el corazón del mismo Jesús, deseando veros á todos dentro de esta entraña divina, y que viváis de la misma vida de Cristo y como respirando con los mismos latidos de su corazón amante.»

Verdaderamente, amados míos, que esta manera de hablar en el Apóstol, encanta y enamora; porque *amar en las entrañas de Jesucristo* (*in visceribus Jesu Christi*) significa amar con amor íntimo, ardiente y sobrenatural, ó mejor dicho, con el mismo amor divinísimo y ternísimo de Jesús, y al propio tiempo nos enseña el modo práctico de recurrir al corazón deífico, para amar á nuestros prójimos de una manera digna de Dios.

Así, de esta suerte, debemos amarnos los unos á los otros, haciendo nuestro el corazón sacratísimo de Jesús; pues sólo por el corazón de Cristo puede Dios ser dignamente amado, dignamente adorado y dignamente honorificado; puesto que, siendo Dios infinito, exige infinito amor, infinita adoración é infinita glorificación.

¿Qué es, cristianos, nuestro corazón y nuestro amor en comparación de lo que Dios merece? ¿Qué somos nosotros mismos, y qué el mundo entero en su divina presencia, sino punto menos que nada? Nada es nuestro amor, nada nuestra adoración, nada nues-

tro culto... Y sin embargo, ¡Dios se contenta con esta nada! Pero, ¿cómo? Uniéndonos nosotros al Corazón de Jesús, haciendo nuestros sus afectos para amar á nuestros semejantes por Dios y á Dios por sí mismo.

¡Oh! El amor de Cristo, ó sea aquella tierna dilección con que Cristo ama á Dios, es infinita, es adoración infinita, es culto infinito, y nosotros, si queremos ofrecer á Dios algo que sea proporcionado á El, forzoso es que recurramos al corazón del mismo Cristo, y le hagamos nuestro, y con él amemos á Dios por sí mismo, y al prójimo por Dios.

Para esto nos fué dado el corazón divino, para esto nos fué dado el Hijo de Dios como mediador nuestro, para que por El tengamos acceso á Dios Padre y como tal le adoremos; para esto Cristo es nuestra cabeza y nuestro corazón, para esto somos nosotros miembros y cuerpos suyos; para que por El amemos á Dios de una manera digna como El merece ser amado. ¡Oh corazón divino, cuán poco piensan en esto algunos cristianos! *

Mas continuando con el texto de nuestra Epístola, añade inmediatamente el Apóstol, que funda su confianza, respecto de la salvación de los Filipenses, *en que ejercitan la caridad con los ministros del Evangelio.* «*Porque veo*—dice—*que tomáis parte en mis prisiones y en la defensa y confirmación del Evangelio, y sois todos compañeros de mi gozo.*» (Verso 7.)

Es decir que el Apóstol mira á los Filipenses como escogidos de Dios para el cielo, no sólo por que él los ama tiernamente en las entrañas de Jesucristo, sino *porque habían tomado parte en sus aflicciones, porque le habían enviado con que satisfacer sus necesida-*

---

* ¡Oh! Por el contrario, hay en nuestros tiempos muchos hombres desdichados que odian y abominan al Corazón sacratísimo de Jesús.—¿Por qué, se dirá, obran de esta manera? Si el Corazón de Jesús es todo amor, ¿por qué le aborrecen?—Es muy sencillo, carísimos hermanos. El Corazón divino *es Rey de todos los corazones*, y con derecho propio quiere reinar en las sociedades lo mismo que en los individuos; y como la herejía contemporánea, ó sea el *liberalismo*, aspira á la libertad ilimitada del individuo, rechaza ese reinado, de igual manera que *rechaza toda autoridad ya religiosa, ya política ya también doméstica;* ó cuando menos *pretende que el hombre sea esencialmente independiente de toda autoridad sobrenatural, y que sólo dependa de las autoridades naturales.* Y siendo esto así, como por desgracia lo es, ¿cómo es posible que la herejía reinante se resigne á doblegar su frente orgullosa ante una autoridad suprema que le reprende sus vicios, que reprime su libertinaje y que le amenaza con eternas penas si no modera y encauza sus pasiones desordenadas? Ved aquí por qué los impíos odian al Corazón sacratísimo de Jesús.

des, y porque con sus socorros temporales le habían puesto en condiciones de predicar y extenter el Evangelio de Cristo. En suma, porque habían contribuido con sus bienes propios al sustento de los ministros del Señor, propagadores de la divina palabra. Ved aquí una señal cierta de predestinación para el cielo.

En esto se fundaba San Pablo para considerarlos del número de los escogidos; y en virtud de esto, yo os pregunto á vosotros: ¿Cuáles son, hermanos míos, vuestros sentimientos respecto de este punto? ¿Amáis sinceramente á los sacerdotes, y en especial á los ministros del Señor encargados de predicar la doctrina de Jesucristo? ¿Los respetáis y veneráis como varones de Dios enviados del cielo para la salvación de vuestras almas? ¿Procuráis que no falte la subsistencia corporal á los obreros del Evangelio, para que puedan dedicarse de lleno al estudio, á la oración, á la enseñanza de la doctrina cristiana y á la administración de los santos sacramentos? ¿Deseáis que la semilla de la palabra divina fructifique en los corazones humanos, para que se acreciente el número de los adoradores de Cristo, y para que éste reine y gobierne en en ellos? ¿Contribuís, con vuestras palabras, con vuestra doctrina y ejemplos, al fomento de la Religión católica y al sostén de las casas de beneficencia, por amor á vuestros semejantes, según lo ordena Cristo nuestro Señor?

¡Oh! Si así lo sentís y así lo hacéis, permitidme que yo tome en mis labios las misma palabras del Apóstol en la Epístola de este día y que con él os diga: «Os amo tiernamente, amados míos, y os llevo de continuo en mi corazón; quisiera libraros de los males de esta vida y poneros en posesión del cielo, y haceros sentar al lado de Jesucristo, y esconderos en sus entrañas divinas, por siglos sin fin. Tengo una firme confianza de que habéis de gozar algún día de esta dicha; porque Dios nuestro Señor es justo y misericordioso, y es moralmente imposible que deje de premiar cumplidamente vuestros buenos deseos, vuestros caritativos desvelos, y vuestros continuos trabajos en obsequio de nuestra sacrosanta Religión y del bien de nuestros prójimos.

Así como, por el contrario, no puede Dios menos de castigar con mano fuerte á aquellos de sus hijos que, ingratos, se desvíen de su amor, que huyan de su corazón, que vivan en indiferencia y tinieblas, que le ofendan y ultrajen, y mucho más si se tornaren enemigos de su Iglesia y en perseguidores de los ministros del Evangelio. ¿Qué suerte les estará reservada á aquellos que, fieros, reniegan y abominan del Corazón sacratísimo de Jesús?

Mas dejando esto, porque sólo el pensar que entre vosotros pudiera haber alguno infiel á Jesucristo, me aflige y apena mi corazón, paso á indicaros la segunda señal de salvación que indica el Apóstol en nuestra Epístola; á saber:

PUNTO 2.°

LA RECTA INTENCIÓN EN LA CARIDAD

Hermanos míos, ¿cuál es la intención que os proponéis al ejercitar vuestra caridad con los sacerdotes y predicadores del Evangelio? ¿Es, por ventura, la de ser vistos y estimados de los hombres?—Mala intención, y en verdad os digo que no esperéis recompensa de Dios. Lo que se hace sólo por los hombres, á los hombres toca recompensarlo. Son obras para el viento.

¿Lo hacéis por necesidad, y como obligados por las circunstancias, sintiendo hacer tales sacrificios, y sin tener en cuenta que en ello agradáis á Dios y favorecéis al prójimo?—Esta caridad podrá ser aplaudida en la tierra, pero es inútil para el cielo. Obras para el viento.

Las obras buenas que se hacen en favor de la Iglesia, para la ostentación del culto, ó para la debida y honesta sustentación de sus ministros, es preciso que sean hechas *por amor de Dios, por darle gloria, ó por el bien espiritual vuestro ó ajeno.* Esto es lo que el Señor recompensa, esto es lo meritorio ante sus divinos ojos, esto es lo que acrecienta la santidad en nuestros corazones, y esto es lo que el Santo Apóstol pide para nosotros en la Epístola de hoy, diciendo: «*Ruego al Señor que vuestra caridad crezca más y más en luz y en toda inteligencia, para que sepáis discernir lo que es mejor y seáis puros y sinceros.*» (Verso 9.)

Notadlo bien, amados míos; pide el gran Doctor para nosotros, no solamente que abundemos *en ciencia cristiana*, sino además *en caridad*. «Hay—dice á este propósito San Bernardo—quienes quieren saber las cosas de religión, sólo por saberlas, por adornar su espíritu con este conocimiento, por pasar el tiempo y entender algo de todo, y esto es *vituperable curiosidad.*»—*Turpis curiositas.*

«Hay otros, quienes procuran saberlas únicamente para adquirir reputación de hombres sabios, para ganarse la estimación de la sociedad y dominar en ella; y esto es *necia vanidad.—Turpis vanitas.*

Muchos quieren saberlas sólo por vender su ciencia, sus escri-

tos, sus consultas, sus documentos; y esto es *puro comercio.—Turpis quaestus.*

Los verdaderos cristianos quieren también saberlas; pero es principalmente para edificar al prójimo, para instruirle, corregirle, exhortarle; y esto *es verdadera caridad.—Vera charitas.*

En fin, hay quienes quieren saber para perfeccionarse á sí propios, para conocer mejor los divinos atributos, y por este medio llegar á un amor de Dios más perfecto; y esto *es grande prudencia.—Magna prudentia.*

De todos estos hombres—añade el Santo—únicamente los de las dos últimas clases, son los que hacen bueno y cristiano uso de la ciencia, y esto es lo que pide San Pablo para los Filipenses cuando dice en la Epístola: *«Ruego al Señor que vuestra caridad crezca más y más en luz y en toda inteligencia.»* (S. Bern., Serm. 36 in Cant.

Yo también, amados míos, hago propias las palabras del Apóstol, y os digo con él: *«Ruego á Dios que vuestra caridad vaya siempre creciendo en toda ciencia, para que sepáis discernir lo que es mejor.—(Ut probetis potiora.)* Es decir, para que sepáis distinguir entre las verdaderas y falsas doctrinas, entre los verdaderos y falsos doctores; porque hoy hay muchos corruptores de la moral y de la Religión, y es preciso estar prevenidos para que no nos seduzcan con sus falsas doctrinas, bajo apariencia de bien. *(Ut sitis sine offensa.)* Y por último—como dice el Apóstol—*para que seamos llenos de fruto y justicia, para gloria y alabanza de Dios. (In gloriam et laudem Dei.)* (Verso 11.)

Ved aquí, en resumen, lo que San Pablo enseñó á los Filipenses en su tiempo y lo que hoy nos enseña á todos nuestra Santa Madre Iglesia, para que todos, al fin de nuestra vida, podamos decir con el mismo Apóstol: *«Ah Señor, he peleado buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la fe.» (Fidem servavi.)* Es decir, he sido fiel á la fe que recibí en el santo Bautismo, he seguido sus luces, y mis costumbres han sido conformes á mi creencia. *«Por tanto, oh justo Juez, tengo confianza en que me habéis de dar la corona de la justicia, que está reservada, no sólo para mí, sino también para todos aquellos que aman vuestra venida.»* (II Timot., IV, 7-8.) Venid, Señor, á nuestro corazón, ahora por gracia y después eternamente por gloria. Amén.

HOMILIA 1.ª

Para el Domingo XXIII después de Pentecostés.

De los malos cristianos.

MADOS hermanos mios: En las breves y sencillas instrucciones hechas en los domingos anteriores habréis comprendido que los cristianos, viviendo según la ley del Evangelio, tenemos que luchar continuamente, no sólo contra nuestras propias pasiones, sino muy en especial con un ejército de hombres malos cristianos, ó abiertamente impíos enemigos de la cruz de Cristo, quienes instigados por Satanás y como agentes suyos en la tierra, tratan con todo empeño de aniquilar en los individuos, en las familias y en las sociedades el reinado dulce y amoroso de Cristo nuestro Señor.

Ante esta horrible y espantosa realidad, la Iglesia nuestra Madre, valiéndose de las Epístolas admirables de San Pablo, nos ha indicado las armas de defensa, que son *la fe, la esperanza y la caridad,* amando y haciendo bien aun á los mismos que nos persiguen y calumnian. Hoy, á fin de que los cristianos buenos no se dejen seducir de los malos, señala en la Epístola de la Misa los caracteres propios de los enemigos de Jesucristo, y también el de los fieles buenos que todos debemos imitar. Y comoquiera que es tarea larga para un solo dia, me ceñiré en el presente á lo primero; esto es, á los hombres mundanos. Oigamos, ante todo, al Apóstol. Dice así:

«Hermanos: Varias veces os lo he dicho, y ahora lo repito llorando: Hay muchos hombres que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la perdición; cuyo Dios es el vientre; y su gloria es para confusión de ellos, que gustan sólo de lo terreno.» (Philip., III, 18 y 19.) ¡Qué palabras, amados míos, si los hombres las consideraran bien! Dos cosas sobresalen en ellas, que quisiera yo acertar á explicarlas para vuestro provecho:

1.ª Que los enemigos de la cruz son malos cristianos.
2.ª Las señales propias para conocerlos.

PUNTO 1.°

LOS ENEMIGOS DE LA CRUZ SON MALOS CRISTIANOS

Admiración causa, hermanos míos amadísimos, lo que leemos en la Epístola de este día. El grande Apóstol San Pablo, cuya vida desde su milagrosa conversión no fué más que un largo y penoso martirio, y que tenía en su corazón como ansias de padecimientos por Cristo, *rebosando de gozo en todas sus tribulaciones* (1), se nos ofrece hoy en nuestra Epístola *llorando.* ¡LLORANDO EL APÓSTOL! *¡Llorando él que estaba lejos de gloriarse en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo!* (2). ¡Oh santo bendito! ¿Por qué lloráis? ¿Qué causa puede haber en el mundo que arranque lágrimas de vuestros ojos?—El mismo nos lo dice; escuchemos sus propias palabras:—*Lloro*—dice—*porque hay muchos hombres que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la perdición.* (Verso 18.) Es decir, que llora porque los hombres, en su *loco afán de los placeres mundanos, caminan á su condenación eterna. ¡Hermoso llanto!*

Verdaderamente es digno de llorarse y de no acabar nunca en las lágrimas el ver tantos cristianos que, olvidándose de su excelsa dignidad, corren por las vías del placer, forjándose la ilusión de que así, sin mortificarse en nada, pueden arribar otro día al cielo. ¡Infelices! Están ciegos en el espíritu, y no comprenden que siguiendo por tal camino es imposible que jamás lleguen á percibir ni á gustar las cosas divinas. Por el contrario, como advierte el Apóstol, *su fin es la perdición (quorum finis interitus),* porque el afán de vida muelle y regalada conduce á la ceguedad espiritual, y esta ceguedad, ya dijo San Agustín que es, «*no sólo un pecado, por el cual se deja de creer en Dios, sino pena del pecado, porque sirve de castigo al corazón orgulloso, atrayéndole con justicia el odio del mismo Dios* (3).»

No, cristianos míos; el hombre no ha nacido para pasar esta vida en continuos placeres materiales, sino *para servir á Dios, y amarle, y darle gloria, y obtener así su eterna felicidad.— Teme á Dios y observa sus mandamientos*—leemos en las Sagradas Escritu-

(1) Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra. (II Corint., VII, 4.)

(2) Absit mihi gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. (Galat., VI, 14.)

(3) Caecitas, et peccatum est, quo in Deum non creditur, et poena peccati, quam cor superbum digna animadversione punitur... (S. Agust., lib. V, contra Julianum.)

ras—*porque en eso consiste el hombre todo entero.* (1). Es decir, que todo lo que no sea hacer esto, es no ser hombre, es no obrar racionalmente como deben obrar los hombres, es hacerse semejante á las fieras de los campos; y por eso dijo Epitecto: «El que no tiene afición á la virtud es indigno de que le llamen hombre (2).»

¡Pobres seres racionales que obran como si no tuvieran razón! Quieren gozar aquí en la tierra, y no consideran que no hay goces mundanos sin dolor ni amargura. «*La risa está mezclada con el dolor y todos los goces del mundo acaban con lágrimas*», leemos en los Proverbios; y por eso muéstrase altamente filosófico el Apóstol cuando dice en nuestra Epístola, que *el fin de tales hombres es la perdición. (Quorum finis est interitus.)*

¿Queréis, pues, oh hombres, disfrutar de eternos placeres y de interminable ventura? Pues no olvidéis que la única y verdadera felicidad está en Jesucristo, y que Jesucristo es el alma de nuestra alma y la vida de nuestra vida. «*En El*—dijo el Apóstol—*tenemos la vida, el movimiento y el ser* (3)»; lo cual es como si dijera: Jesucristo es el aliento de mi espíritu, el respirar de mi alma y la vida de mi vida. Jesucristo anima y vivifica todo mi ser con su espíritu y con su gracia, y mi alma así impulsada, movida y como endiosada, dirige y gobierna á todos los miembros de mi cuerpo, y á todas mis potencias y sentidos, de tal suerte, que aunque realmente obro yo, puedo afirmar que no obro yo, sino que *es Jesucristo quien vive en mí. (Vivit in me vero Christus.* Galat., II, 20.) Por consiguiente, Jesucristo ha de ser para mí más querido, más precioso y más íntimo que mi propia alma; porque El es el alma de mi alma, el espíritu de mi espíritu y el centro y movimiento de mi corazón».

Esta es, sin duda alguna, la mente de San Pablo; y siendo Jesucristo el fundamento y el término de nuestra felicidad temporal y eterna, basta que los hombres le oigan y obedezcan, para lograr dicha verdadera en esta y en la otra vida. ¿Qué dice Jesucristo á los hombres? ¿Les recomienda, por ventura, que huyan de la cruz, y que vivan ansiosos de comodidades y placeres, embriagándose y durmiéndose en ellos? Oigamos las palabras de nuestro Salvador divino, que son terminantes y sublimes: «*Si alguno*—dice—*quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz y sígame* (4).»

(1) Deum time, et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo. (Eclesiastes, XII, 13.)

(2) Hominis nomine dignus non est, qui virtutis studiosus non est. (Así Laertius.)

(3) In quo vivimus, et movemur, et sumus. (Act., XVII, 28.)

(4) Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. (Matth., XVI, 24.)

Hermosa, consoladora y fundamental enseñanza para todos los cristianos si quisiéramos fijarnos bien en ella. Jesucristo, Maestro celestial, después que aleccionó á Pedro, porque trataba de impedir su cruz, reuniendo en torno suyo á todos los discípulos y á multitud del pueblo, díjoles: «Si alguno quiere ser discípulo mío, preciso es que se *niegue á sí mismo* (*Abneget semetipsum*), es decir, preciso es que renuncie á todos sus afectos y deseos naturales, en cuanto sean contrarios á la voluntad divina; preciso es que acepte y abrace y venere con pronto y alegre ánimo todos los males ó adversidades que, por permisión ó disposición de Dios, le acaecieren; preciso es que llevando así su cruz, me siga cargado con la mía al Calvario; preciso es que todo el que se precie de ser buen cristiano considere que este es el camino real que conduce al cielo, por cuyo camino voy yo delante, con desprecio de mí mismo y alejamiento de la vida muelle regalada.»

De este modo, carísimos hermanos, interpretan los doctores las palabras transcritas de nuestro dulcísimo Redentor y Maestro, y aducen en confirmación aquellas otras de San Pedro: «*Hermanos: si haciendo lo bueno, sufrís con paciencia* (lo adverso), *esta es gracia de Dios; pues para esto fuisteis llamados, puesto que Cristo padeció también por nosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas* (1).» Como diciendo: Este es el carácter propio, y esta la vocación de los discípulos de Jesucristo; pues pretender ser buen cristiano, y no ser copia fiel del divino Maestro, es pretender un imposible é insigne bobería.

Ved aquí por qué llora San Pablo en nuestra Epístola, «*porque hay muchos hombres que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la perdición.*» (Verso 18.) Veamos ahora las señales que nos da el mismo Apóstol para conocer á dichos hombres.

PUNTO 2.°

SEÑALES DE LOS ENEMIGOS DE LA CRUZ

Nada hay más sencillo que conocer cuáles son los malos cristianos enemigos de la cruz de Cristo, y nada más importante que conocerlos bien para evitar su trato y que lleguen á pervertirnos con sus máximas corruptoras. Tres son las notas características que indica San Pablo:

(1) Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus. (I Petr., II, 21-22.)

1.ª Que hacen de su vientre un Dios.—*Quorum Deus venter est.*

2.ª Que cifran su gloria en lo que debiera servirles de confusión.—*Gloria in confuisone ipsorum.*

3.ª Que todos sus pensamientos y afectos son para las cosas de la tierra.—*Qui terrena sapiunt.*

Parece increíble, amados míos, que los hombres, criados á imagen y semejanza de Dios, en cuya frente fulguran los rayos celestiales de su divino Autor, y destinados á la eterna fruición y visión de Dios en los cielos, se olviden de su dignidad nativa y de sus excelsos privilegios sobre la creación entera, rebajándose hasta el extremo de hacerse semejantes á las bestias sin razón, y de vivir sólo para los placeres materiales de la tierra. Sin embargo, esto es lo que hacen todos aquellos hombres que, aun sin dejar de llamarse cristianos, son adoradores de su vientre.—*Quorum Deus venter est.*

«Gocemos—dicen—de los bienes presentes, démonos prisa á usar de las criaturas, perfumémonos con bálsamos olorosos, coronémonos de rosas antes que se marchiten, no haya prado en que no se sacie nuestro apetito, dejemos por todas partes vestigios de nuestros goces, *porque esa es nuestra suerte y nuestra herencia. (Quoniam haec est pars nostra, et haec est sors.* Sap., II, 9.)

Gocemos sin medida y sin tasa, mientras más mejor, esta es la felicidad del hombre: «*Comamos y bebamos que mañana moriremos.*» (I Corint., XV, 32.) ¡Qué teorías tan insensatas! Esto dicen hoy los falsos apóstoles; esto fué lo que reprendió San Pablo á los incrédulos de Corinto, y esto es lo que practican los epicureístas de nuestros días, como si no hubiera otra vida ni otra felicidad, ni otro fin, ni otro cielo, abriendo así ancha puerta á todo género de disoluciones y de corrupción de costumbres. *Su Dios es su vientre.—Quorum Deus venter est.*

Tales son las detestables máximas que propalan y siguen en su vida práctica los enemigos de la cruz de Jesucristo, y por eso cuando veamos que una familia, un pueblo ó una nación, corren en pos de los placeres materiales, pensando de continuo en diversiones, en banquetes, en lujos, por ejemplo, en toros, teatros, bailes, tertulias, cafés, casinos y tabernas... bien podemos decir con verdad: Este pueblo ó esta nación está corrompida, materializada, degradada, es enemiga de Cristo y de su Iglesia, y no entrará en el reino de los cielos, porque allí no está su Dios; *su Dios es su vientre. Quorum Deus venter est.*

Demás de esto hay, como os dije, una segunda señal para distinguir á los hombres mundanos enemigos de la cruz de Cristo, y

es que ellos «*ponen su gloria en lo que debía servirles de confusión*». —*Gloria in confusione ipsorum.*

Por ejemplo, los vestidos con que cubrimos nuestra desnudez son para las personas sensatas y reflexivas motivo de confusión, porque recuerdan su origen, que fué el pecado; recuerdan que Dios dió al hombre la hermosa vestidura de la gracia, y que el hombre, rebelándose contra Dios, la arrojó de sí, hallándose desnudo en la mayor ignominia, siendo preciso que la mano misericordiosa del Señor le cubriera con una túnica hecha de pieles de animales, como diciéndole: «Mira, Adan, te crié á mi imagen y semejanza un poco menor que á los ángeles, y tú por tu pecado te has hecho semejante á los jumentillos, que no tienen entendimiento.»

Pues bien: ¿qué hacen en el mundo las mujeres vanas y los hombres afeminados? ¿en qué hacen consistir su gloria? ¡Oh! en el lujo, en la forma descocada de sus vestidos, en lucir su talle adornado con arreglo al último figurín, en arrastrar sedas y terciopelos, como si dijéramos, en obra de gusanos y de orugas. ¡Constituyen su gloria en aquello mismo que debería causarles confusión!—*Gloria in confusione ipsorum.*

Lo mismo cabe decir de las habitaciones que constituyen nuestra morada. Es indecible el lujo que en ellas se despliega, y el contento que en sus adornos disfrutan muchas gentes. Cifran su gloria en que sus casas parezcan paraísos, y no recuerdan que perdimos el terrenal y la gloria por el pecado, y que debiera causarnos confusión el considerar que merecimos que el rigor de las estaciones, y las fieras de los campos, y los hombres de las ciudades, se rebelasen contra nosotros, en pena de la prevaricación, y que estas casas que habitamos son una triste necesidad, hija de nuestras miserias. —*Gloria in confusione ipsorum.*

Es más; la elevación de unos y la bajeza de otros es también nuevo motivo de confusión para nosotros. ¿Quién ignora que la desigualdad de condiciones en los hombres procede del pecado? «Dios—dijo San Agustín—criando al hombre á su imagen, quiso que dominase á las bestias, pero no á sus semejantes; por eso, añade el Santo, los primeros justos de la tierra más bien fueron pastores que reyes. El crimen y no la naturaleza es lo que ha hecho los esclavos é introducido entre nosotros su nombre (1).» La injusta crueldad de los hombres particulares, que atacaban y oprimían á los más débiles, y la insurrección de los más débiles no siempre moderada con-

(1) Nomen itaque istud culpa meruit, non natura. (S. Agust., lib. XIX, *De Civit. Dei.*)

tra los que les atacaban, fué la causa de que fueran nombrados príncipes y reyes; sin embargo, esto que debía servir de confusión á los grandes, sírveles para gloriarse en su grandeza, en su poderío, en su mando.—*Gloria in confusione ipsorum.*

Pero, ¿qué cosa más merecedora de confusión, de vergüenza y de oprobio que el pecado? Pues, ¡oh insensatez inconcebible de los hombres! hasta del mismo pecado suelen hacer alarde y gloriarse muchos hombres de nuestros días. ¡Cuán acertadamente dice el Apóstol en nuestra Epístola, que se glorían en lo que debiera llenarles de confusión!—*Gloria in confusione ipsorum.*

Por último, hay una tercera señal para distinguir los servidores del diablo de los hijos de Jesucristo. Estos miran al cielo, aquellos á la tierra. La tierra es como el centro de los amadores de este siglo.—*Terrena sapiunt.*

¡Qué lástima! Se afanan día y noche por edificar para su morada una casa ámplia, cómoda, alegre y vistosa; mas ¿para dónde? —*Para la tierra.*

Empéñanse en adquirir grandes posesiones, grandes riquezas, magníficos trenes y servidumbre... ¿Para dónde?—*Para la tierra.*

¿Dónde quieren ejercer su imperio?—*En la tierra.* ¿Dónde quieren inmortalizar su nombre?—*En la tierra.* ¡Ah! ¡Todo para la tierra, y nada para el cielo!—*Terrena sapiunt.* ¡Vuélvense locos por las cosas perecederas de este mundo, y se olvidan del otro! Todos sus deseos, todos sus afanes, todos sus proyectos se limitan á las cosas terrenas.—*Terrena sapiunt.*

Tales son, carísimos hermanos, las señales que nos da el Apóstol para conocer cuáles son los hombres terrenos, enemigos de la cruz, y por consiguiente, enemigos de Jesucristo. Hay muchos de estos hombres, y San Pablo llora al contemplarlos, porque comprende que *su fin es la perdición.* (*Quorum finis interitus*); y deseando que nosotros no caigamos en semejante desdicha y huyamos de su trato, nos los ofrece con sus caracteres propios, diciendo: «*Su Dios es el vientre; su gloria es para confusión de ellos; y gustan solo de lo terreno.*»

Ahora, cristianos míos, cada cual recoja su espíritu, mire cómo piensa, examine lo que desea, considere cómo obra, y resuelva en la divina presencia caminar siempre como hijo verdadero de Dios, como miembro de Jesucristo, como imitador de sus divinas perfecciones y como heredero de la patria celestial. Si esto hacemos, tengamos por seguro que después de esta vida de miserias hemos de ser coronados de eterna gloria en la otra. Amén.

HOMILIA 2.ª

Para el domingo XXIII después de Pentecostés.

De los cristianos buenos.

MADOS hermanos míos: En la Epístola de la presente Dominica nos ofrece la Iglesia nuestra Madre dos tipos de hombres enteramente opuestos; como si dijéramos, los hijos de Dios y los hijos del diablo; los imitadores de Cristo y los imitadores de Lucifer; los que viven del espíritu y los que viven de la materia; los que mortifican sus pasiones según el Evangelio, y los que las dejan desbordadas á gusto de Satanás. Bueno será que oigáis, ante todo, las palabras de San Pablo. Dice así en nuestra Epístola:

«Hermanos: Sed imitadores míos y proponeos por dechado á los que andan según el modelo que habéis visto en mí; porque hay muchos (de quienes antes os decía y ahora repito llorando) que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin será la perdición; cuyo Dios es el vientre, y su gloria es para confusión de ellos, que gustan sólo de lo terreno. Mas nuestra morada está en los cielos, de donde también esperamos á Jesucristo Señor y Salvador nuestro, que reformará á nuestro cuerpo abatido, haciéndole semejante á su cuerpo glorioso, con su virtud eficaz, que puede sujetar á sí todas las cosas. Por tanto, hermanos míos carísimos y muy amados, que sois mi gozo y mi corona, continuad firmes en el Señor. Ruego á Evodia y suplico á Syntyque, que sientan lo mismo en el Señor; y también te ruego á ti, fiel compañero, que les ayudes, pues trabajaron conmigo por el Evangelio con Clemente, y con los otros que me ayudaron, cuyos nombres están en el libro de la vida.» (Philip., III, 17 al 21, y IV, 1 al 3.)

Hasta aquí, amados míos, las palabras dulcísimas de San Pablo, de las cuales, pasando casi en silencio la conducta de los hombres mundanos enemigos de la cruz, intento yo declararos hoy dos cosas:

1.ª Cuáles son los caracteres de los soldados de Cristo.
2.ª Cuáles son los motivos que les impulsan á combatir.

PUNTO 1.°

CARACTERES DEL SOLDADO DE CRISTO

El glorioso San Juan Crisóstomo, que leía asiduamente los escritos de San Pablo y desenvolvía sus admirables enseñanzas, dice que el grande Apóstol recorría el mundo entero deseando hacer á todos los hombres fieles adoradores de Cristo, ora con sus cartas, ora con su presencia, ora con sus discursos, ora con sus actos (1). En la Epístola de hoy antes mencionada, comienza diciendo á los Filipenses: «*Hermanos: Sed imitadores míos y proponeos por dechado á los que andan según el modelo que habéis visto en mí.*» *(Imitatores mei estote.)* Que es como si les dijera: «Procurad, hermanos, combatir á los enemigos de Jesucristo para atraerlos á su amor, de igual manera que me veis hacer, y después, cuando una muerte gloriosa me haya arrebatado de este mundo, *proponeos, por ejemplo á los que veáis que se conducen como habéis visto en mí; porque hay muchos que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la perdición; y los conoceréis en que su Dios es el vientre, su gloria es para confusión de ellos y gustan sólo de lo terreno.*

Penetremos bien, amados míos, estas últimas palabras. Dice que el fin de los enemigos de la cruz de Cristo *será su perdición.* Lo cual significa que para ellos perecerá todo, no sólo en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, sino que perecerán ellos mismos. *(Quorum finis interitus.)*

En el orden de la naturaleza, perecerán *los placeres* para el voluptuoso que aborrecía la mortificación de la cruz; perecerán *los honores* para el orgulloso que huía de la humillación de la cruz; perecerán *las haciendas* para los ricos avarientos á quienes causaba horror la pobreza de la cruz.

En el orden de la gracia, la cruz no será para ellos instrumento de salvación, sino instrumento de condenación; no será fuente de consuelos y bendiciones, sino señal de maldición y de ignominia. En la otra vida no encontrarán tronos, ni cetros, ni coronas, ni dignidades, ni placeres, ni haciendas; allí todo bien habrá perecido para ellos. En suma, *perecerán ellos mismos,* puesto que el Espíritu Santo por boca de San Pablo, dijo en nuestra Epístola: «*El fin de*

---

(1) Universum mundum currebat; omnes in regnum Dei festinabat inducere... etc. (S. Crisóst., Homil. IV, de Laudibus S. Pauli.)

los enemigos de la cruz de Cristo será perecer.»—(Quorum finis interitus.)

¿Y por qué—se dirá—sufrirán tan suprema y eterna desventura? —El mismo Apóstol lo declara á continuación: «*Porque su Dios es el vientre; la confusión su gloria, y su placer todo lo terreno.»—Terrena sapiunt.*

Pues bien: si este es el carácter propio de los amadores del mundo enemigos de la cruz de Cristo, claro es que los buenos cristianos, que se glorían en la cruz del divino Salvador, han de pensar y querer y obrar todo lo contrario; han de ser, por consiguiente, imitadores de San Pablo, así como San Pablo lo fué de Cristo Jesús. *(Imitatores mei estote.)*

San Pablo, lejos de tener por Dios al vientre, padeció gustoso hambre, sed y todo género de padecimieutos por amor al Evangelio y al bien de sus semejantes, haciéndose todo para todos, para ganar á todos; se gloriaba únicamente en la cruz de Jesucristo, y en vivir la vida de Cristo, como él mismo declaró á los Filipenses, diciéndoles: «*Mi vivir es Cristo.—Mihi vivere Christus est.* De igual manera los cristianos, cuya vida debe ser la imitación de la vida de Jesucristo, y *caminar en pos de El, siguiendo el mismo camino que El siguió* (1), hemos de gloriarnos en la cruz y valernos de ella como de instrumento para cultivar nuestro espíritu, nuestro corazón, nuestro cuerpo y conquistarnos así el reino de los cielos.

Los cristianos sabemos bien que hemos recibido de Dios un cuerpo material, no para darle cuanto él apetezca, sino tan sólo cuanto sea razonable para su honesta y debida sustentación; no para que se ensoberbezca y trate de esclavizar al alma arrastrándola á más de lo que exige la templanza, sino para que esté sumiso á la misma alma y la sirva de instrumento en los fines razonables de la vida. Por esta razón, todos los buenos cristianos someten sus necesidades á una austera y exacta disciplina; todos crucifican su carne moderando las desordenadas concupiscencias; todos llevan en su cuerpo la mortificación de Jesucristo; todos comen para vivir y ninguno vive para comer. Es más; todos tienen puestos sus ojos en la vida celestial, en la luz evangélica y en los designios amorosos de la divina Providencia; todos se resignan á las pruebas, á las aflicciones y cruces que Dios les envía, muchos las desean, algunos están llenos de gozo en medio de las mayores tribulaciones, hasta el extremo de exclamar: «*Señor, padecer ó morir—Señor, padecer y*

(1) Qui dicit se in ipso (in Christo) manere, debet, sicut ille ambulavit, et ipse ambulare. (I Joann., II, 6.)

no morir para padecer más.—Señor, sólo deseo padecer y ser despreciado por Vos.»

Más todavía. A los buenos cristianos nada les ensoberbece en el interior, nada les deslumbra en lo exterior, ni el brillo del oro, ni los deleites de la vida, ni las consideraciones sociales, ni los honores mundanos, ni lo extenso de sus dominios, ni la majestad del trono, ni la dignidad de la púrpura; pues todo esto, levantando los ojos al cielo, paréceles heno que se seca, sombra que huye, nube que se disipa, pluma que el viento lleva. Dentro de sí mismos todo les humilla; el barro de que fueron formados sus cuerpos, la podredumbre en que han de convertirse, la involuntaria rebeldía de sus pasiones, las tinieblas de su entendimiento, la inconstancia de su voluntad, las alarmas de su conciencia, la certeza de sus pecados, la incertidumbre de su salvación... ¡Dios mío, Dios mío! dicen, sólo á Vos honor y gloria, y sea para mí la confusión y el oprobio. ¿No es verdad, amados míos, que esto acontece?

Y si, por ventura, el cristiano alguna vez se gloría, hácelo como San Pablo, diciendo con él estas ó semejantes expresiones: *«Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado á mí y yo al mundo.»*—Nosotros nos gloriamos, no como los mundanos en los bienes de este siglo, sino en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios y en las tribulaciones, que son el germen de esta gloria.—*Gloriamur in tribulationibus* (Rom., VIII.)

Así, de esta manera, es como sienten y piensan y obran los cristianos buenos, y por eso el grande Apóstol nos exhorta á todos en la Epístola de este día diciéndonos: *«Hermanos: nuestra morada está en los cielos, de donde también esperamos á Jesucristo nuestro Señor y Salvador, que reformará á nuestro cuerpo abatido, haciéndole semejante á su cuerpo glorioso, con su virtud eficaz, que puede sujetar á sí todas las cosas.»* Es decir, que si á los mundanos les espera la perdición, á nosotros, siendo buenos y perseverando en serlo, nos está reservada la eterna glorificación.

Mas dejando ya esto, que de suyo es sabidísimo, vengamos á mi segundo punto, á saber:

PUNTO 2.°

LOS MOTIVOS QUE NOS IMPELEN Á COMBATIR POR CRISTO

El primero de todos los motivos es considerar ¡cuántas son las personas desgraciadas que viven en este mundo como engolfadas y

completamente embebidas en los deleites de los sentidos corporales, en las vanidades del siglo y en los cuidados de una vida totalmente material y terrena *(Terrena sapiunt)*, sin acordarse que todo esto desaparece como el humo, y que su fin ha de ser la perdición! *(Finis interitus.)*

Por el contrarario, ¿quién no se anima á combatir las pasiones y á imitar á Jesucristo mortificándose por su amor, sabiendo, por la Epístola de este día, que ***nuestro divino Salvador reformará nuestro cuerpo abatido, haciéndose semejante al suyo glorioso?*** El premio alienta al trabajo; y ¿qué premio mayor que ser coronado eternamente de gloria en el cielo?

«¡Cómo!—exclama San Juan Crisóstomo comentando las palabras dichas.—¡Con que este cuerpo mortal, este cuerpo pasible de que estoy revestido, será semejante al de Jesucristo, á aquel cuerpo glorioso que está sentado á la diestra de Dios Padre! ¡Será semejante á aquel cuerpo que es adorado por los ángeles, á aquel cuerpo ante el cual las virtudes celestiales se glorían de estar siempre presentes, á aquel cuerpo que está elevado sobre los principados y potestades!»

Tal es, amados míos, el glorioso destino de los que ahora en este mundo combaten bajo las banderas de Jesucristo. Es verdad que tienen que sufrir y violentarse en esta vida; es verdad que tienen que moderar con la mortificación los deseos de la concupiscencia, con el ejercicio de la humildad el apetito de honores, y con la limitación de las haciendas los desórdenes de la codicia; es verdad que tienen que practicar todas las virtudes contrarias á estos vicios... pero también lo es que el divino Capitán, Jesucristo, marcha delante de ellos y los anima, y los sostiene, y los consuela, prometiéndoles la victoria, la corona y la gloria. ¿Quién no se anima, carísimos hermanos?

Por tanto, pues, os digo con el Apóstol en nuestra Epístola: «***Continuad, carísimos y amadísimos hermanos míos, que sois mi gozo y mi corona, continuad firmemente unidos al Señor***»; continuad por el camino del bien; sois mis hermanos «***deseadísimos***» y yo no tengo otros deseos, ni otro anhelo que veros estar y permanecer en la gracia y en la gloria de Jesucristo; continuad, porque ***sois mi gozo y mi corona (Gaudium meum et corona mea)***, y cuando todos nos presentemos ante el divino Juez de vivos y muertos, vosotros recibiréis gloria y yo regocijo grande.

Allí—dice San Gregorio el Magno—se verá á San Pedro á la cabeza de toda la Judea, que él convirtió; allí comparecerá San Pa-

blo, con el número sinnúmero de almas que él ganó para el Evangelio; allí San Andrés presentará ante el Soberano Juez la Acaya; San Juan el Asia; Santo Tomás las Indias; allí comparecerán todos los pastores del rebaño de Jesucristo con sus respectivas ovejuelas, y allí también me presentaré yo, seguido de todos vosotros, y confiado en la misericordia divina, diré al justo Juez: *«Señor, ved aquí los fieles que me habéis confiado; ni uno solo se ha perdido* (1). *Estos son mi gozo y mi corona.»* (2).

Pero, amados míos, ¿cómo podré yo tener gozo si alguno de vosotros se pierde? ¿Qué mayor pena para un pastor que ver alguna de sus ovejas descarriada ó devorada por el lobo? Por lo mismo, yo os ruego encarecidamente, con el Apóstol, *«que permanezcáis siempre firmes en el Señor». (Sic state in Domino.)* Resistid fuertemente al ejemplo de los malos, y á sus instancias y caricias (3); no olvidéis que son agentes de Satanás y que vosotros sois hijos de Dios muy amados.

Ellos, por su desgracia, son enemigos de la cruz de Cristo, y su fin será la perdición: nosotros, llevando siempre mortificadas nuestras pasiones y gloriándonos en la cruz de nuestro divino Salvador, seremos reformados en cuerpos gloriosos y nuestra morada será en los cielos.

Ellos tienen por Dios el vientre y gustan sólo de lo terreno; nosotros, por el contrario, usando de lo terreno sólo lo estrictamente necesario ó proporcionado para la vida, formaremos nuestras delicias en pensar y saborear las cosas celestiales y divinas.

Ea, pues, cristianos *Sursum corda!* Somos amigos de Dios, hijos de Dios, ciudadanos del cielo; ¿por qué nos hemos de abatir hasta el extremo de vivir como los topos adheridos á la tierra? *Sursum corda!* Elevemos los corazones á lo alto, miremos á las mansiones de la gloria; ellas constituyen nuestra patria y nuestra bienaventuranza eterna *Sursum corda!* El Señor, por su misericordia, se digne preservarnos ahora de la corrupción del siglo, y después por su infinita bondad, poner en nuestras frentes la corona inmortal de la gloria. Amén.

(1) Quos dedisti mihi custodivi, et nemo ex iis periit. (Joann., XVII.)
(2) Gaudium meum et corona mea.
(3) Si te lactaverint peccatores, ne acquiescas eis. (Prov., I.)

HOMILÍA 1.ª

Para el Domingo XXIV después de Pentecostés.

Sobre el objeto de nuestras peticiones á Dios.

Hermanos míos en el Señor: La Iglesia nuestra Madre, después de habernos indicado en el Domingo anterior cuáles son los hombres enemigos de la cruz de Cristo y cuáles los que se glorian en ella, ó lo que es lo mismo, cuáles son los buenos y los malos cristianos, termina hoy el año eclesiástico, enseñándonos, por la mediación de San Pablo, cuál debe ser la ocupación continua de los verdaderos fieles de Cristo. Endulcemos nuestros oídos oyendo las mismas palabras del Apóstol. Dice así:

«*Hermanos: No cesamos de rogar á Dios por vosotros y de pedirle que os llene del conocimiento de su voluntad, dándoos toda sabiduría é inteligencia espiritual, á fin de que andéis de una manera digna de Dios, agradándole en todas las cosas, fructificando en toda buena obra, y creciendo en la ciencia de Dios; y también le ruego que seáis revestidos de toda fortaleza, por el poder de su gloria; para que en todos los acontecimientos tengáis paciencia y longanimidad acompañadas de regocijo, dando gracias á Dios Padre, porque iluminándonos con su luz, nos ha hecho dignos de participar de la herencia de los santos, y nos libró de la potestad de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su Hijo muy amado, en el cual por su sangre hemos sido redimidos y recibido la remisión de nuestros pecados.*» (Coloss., I, 9 al 14.)

Dos ideas, amados míos, sobresalen en esta Epístola: una, cuál haya de ser el objeto principal de nuestras peticiones á Dios; otra la de acción de gracias en que todos hemos de ejercitarnos durante esta vida terrena. Y comoquiera que el asunto es grave, la materia larga y el tiempo corto, forzoso es que concretándonos hoy á lo primero, os explique con brevedad las dos principales peticiones que indica el Apóstol. A saber:

1.ª El conocimiento de la voluntad divina.
2.ª El cumplimiento de esta divina voluntad.

PUNTO 1.°

OBJETO PRIMARIO DE NUESTRAS ORACIONES

«La oración, amados míos, es para nuestra alma lo que el aire para nuestros pulmones. No somos capaces de pensar ni de hacer nada sin el auxilio de Dios, y Dios quiere que le pidamos dicho auxilio. «*Pedid* — dice — *y recibiréis para que vuestro gozo sea pleno* (1).» Nuestro grande Apóstol hallábase tan penetrado de esta verdad, que continuamente amonestaba á los cristianos para que, en una ó en otra forma, no cesaran de orar. «*Orad sin intermisión* — les decía (2) — y él mismo les daba ejemplo, imitando á Cristo nuestro Señor, que subía al monte á orar y pasaba las noches en oración (3).

Pues bien; el santo Apóstol de las gentes, en la Epístola de este día, ejercita esta hermosa y necesaria virtud, diciendo á los Colosenses: «*Hermanos: No cesamos de rogar á Dios por vosotros.*» *(Non cessamus pro vobis orantes.* Verso 9.) Como diciéndoles, y diciéndonos á todos: «Este es el oficio propio y constante de los cristianos, ya sean justos, ya pecadores, ya hombres, ya mujeres, ya jóvenes, ya ancianos; nadie puede dispensarse de la obligación de orar. A rogar por nosotros nos impulsa la necesidad, y á orar por nuestros prójimos nos obliga la caridad. En cuanto á mí, os amo con todo mi corazón, y por eso «*no cesamos de rogar á Dios por vosotros*». Ejemplo os doy, y jamás debéis olvidarle; porque todos encontramos en nosotros mismos un fondo de pobreza, que nos obliga á recurrir al Señor, tesoro infinito y dador de todo bien, que se complace en dar. Todos tenemos necesidades que satisfacer, malas inclinaciones que corregir, faltas que enmendar, talentos que perfeccionar, virtudes que aumentar, deberes que cumplir y una suma debilidad en sostenernos contra el mal en la práctica del bien. Oremos, y oremos sin intermisión. *(Sine intermissione orate.)*

Este es el alcance de las palabras primeras de nuestra Epístola. Es preciso orar, y orar continuamente; pero ¿qué bienes son los que hemos de pedir al Señor con preferencia? El mismo Apóstol lo declara á continuación: «*No cesamos* — dice — de orar por vos-

(1) Petite, et accipietis, ut gaudium vestrum sit plenum. (Joann., XVI, 24.)
(2) Sine intermissione orate. (I Thesal., V, 17.)—Oratione instate, vigilantes in ea. (Colos., IV, 2.)
(3) Pernoctans in oratione Dei. (Luc., VI, 12.)

otros, pidiendo á Dios *que os llène del conocimiento de su voluntad.»* *(Postulantes ut impleamini agnitione voluntatis ejus.* Verso 9.)

¡Oh, hermanos míos! Siempre fué necesario en el mundo este conocimiento, pero hoy tal vez más que nunca, porque hemos llegado á un extremo inconcebible de ignorancia sobre cuál sea la voluntad de Dios respecto de nosotros. Honda pena causa considerarlo, y mucho más el que los hombres vivan contentos en su insipiencia y no traten de poner remedio.

Si fijamos la atención en lo que está pasando á nuestra vista, ¡cuán profunda es la ignorancia de algunos! ¡Cuán altanera la pretendida sabiduría de otros! ¡Cuán olvidados de la voluntad de Dios los mundanos todos! ¿Qué es esto? ¿Por qué tal demencia? ¿Es que los hombres no necesitan ya del Señor? ¿Es que se proclaman independientes de su voluntad soberana?

Hay, por desgracia, hombres tan materializados en las cosas de la tierra que apenas levantan los ojos al cielo. Su vida es enteramente rutinaria, parecida á la que llevan los animalitos sin razón. Se levantan por la mañana, toman su alimento corporal, se dedican luego á su trabajo ó á sus diversiones, piensan en pasar la vida lo mejor y más cómodamente posible, y llegada la noche se entregan al reposo y al sueño, tal vez sin haber dedicado siquiera un minuto á pensar que tienen alma, que hay otra vida, que hay un Dios cuya voluntad debemos conocer y venerar y cumplir, porque todo lo ordena á nuestro bien con su dulce, suave y amorosa Providencia.

¿Se detienen, por ventura, tales hombres á considerar el hermoso espectáculo de la creación para admirar las riquezas del Criador y para adorarle y darle gracias por tan grandiosos, sublimes y continuados beneficios?—No; nada de eso.

¿Se fijan siquiera en que el aire que respiran, y el sol que los alumbra, y el agua que los refrigera, y la variedad de plantas, flores y frutos, juntamente con las aves de los aires, y los peces de los mares, y la multitud de animales terrestres, son otros tantos beneficios del Señor, puestos á nuestro servicio con ternura singular y con Providencia amorosísima?—No; nada de eso.

Pero ¿cómo han de considerar estas cosas, cuando muchos ni siquiera reflexionan que hay en ellos una substancia espiritual distinta de la corporal, llamada alma, que no muere con el cuerpo y que ha de ser juzgada de Dios en la otra vida según sus obras? ¿Cómo han de vivir espiritualmente, cuando todas sus operaciones y aspiraciones son por completo materiales, olvidando lo pasado,

no mirando lo porvenir y ocupándose sólo en lo presente, en placeres groseros y en los efímeros bienes de este siglo? ¡Qué degradación la del hombre que se encuentra en tal estado y que obra de semejante manera! ¿Podrá salvarse así?—No; nada de eso.

Pero aún es mayor la desdicha de aquellos que llamándose sabios en las ciencias del mundo, son ignorantes en el conocimiento del verdadero Dios y de su voluntad adorable. Si penetramos algo en las sociedades contemporáneas, encontraremos á cada paso hombres ilustrados que hablarán á maravilla de los derechos de las coronas como hombres de Estado; que discurrirán sobre los deberes de los príncipes y las obligaciones de los vasallos, como hábiles políticos; que ordenarán y dirigirán los ejércitos como experimentados generales; que desenvolverán los sucesos de los tiempos más remotos, como profundos historiadores; que disputarán de todo, desde el humilde hisopo hasta el encumbrado cedro del Líbano, como curiosos observadores de toda la naturaleza; que sabrán cuanto hay que saberse en punto á costumbres, modas y usos del siglo; pero que, sin embargo, todos ellos con tanto saber, ignoran lo más esencial, lo más necesario, lo únicamente necesario, que es *la ciencia de Dios,* la ciencia de la Religión verdadera, la ciencia de la salvación del alma, la ciencia de la voluntad de Dios, sin la cual toda ciencia es ignorancia. ¿Podrán salvarse de este modo?—No, nada de eso.

Hermanos míos; la ciencia de las ciencias es conocer á Jesucristo, Dios y hombre verdadero, y por eso el glorioso San Pablo, en la Epístola de este día, dice á los Colosenses: «*No cesamos de rogar á Dios por vosotros y de pedirle que os llene del conocimiento de su voluntad.*» Esto, pues, es lo primero que todos hemos de pedir al Señor; ya para que abran los ojos los sabios y prudentes del siglo, ya para nosotros mismos, pues por mucho que estudiemos y sepamos en el conocimiento de los designios de Dios, siempre podemos ir añadiendo nuevos grados de tan hermosa y provechosa ciencia. Y esta es la razón porque el Apóstol no pide simplemente que los Colosenses conozcan la voluntad divina, sino que *sean llenos de ese conocimiento, en toda sabiduría é inteligencia espiritual.* (*In omni sapientia et intellectu spiritali.*—Verso 9.)

Mas ¿basta, por ventura, saber bien cuál sea la voluntad de Dios respecto de nosotros?—No por cierto; pues además es preciso *que nos dediquemos á cumplirla;* nueva gracia del Señor, que constituye el segundo objeto de nuestras oraciones, como ahora diremos.

PUNTO 2.°

OBJETO SEGUNDO DE NUESTRAS ORACIONES

Mucho debe notarse, hermanos carísimos, que cuando San Pablo pide á Dios *que seamos llenos del conocimiento de su voluntad,* añade estas palabras: «*Con toda sabiduría.*»—¿Sería conducta digna de sabios conocer plenamente la voluntad del Señor y no adherirse á ella, ni amarla, ni saborearla, ni venerarla, ni ponerla en ejecución, en cuanto de nosotros dependa?—No, en verdad, y por eso la misma palabra «*Sabiduría*», está diciéndonos que en la vida cristiana es preciso, no sólo *conformar,* ó mejor dicho, *identificar* nuestra voluntad con la divina en todos los acaecimientos de la vida, por adversos que sean ó parezcan, sino cumplir con actos libres de nuestra voluntad propia, todo cuanto entendamos que Dios quiere; ya nos lo signifique en sus divinos Mandamientos, ya lo preceptúe por su santa Iglesia, ya por nuestros legítimos superiores, ó ya de cualquier otra manera. La voluntad de Dios ha de ser siempre la regla suprema de nuestras acciones; que por eso dice á continuación el Apóstol: «*Para que andéis de una manera digna de Dios, agradándole en todo, produciendo frutos de todo género de buenas obras.*» *(In omni opere bono fructificantes.*—Verso 10.)

Tal es, amados míos, el término final á que ha de encaminarse la plenitud de nuestros conocimientos. Tened presente que en el día del juicio no se nos ha de preguntar solamente lo que hemos sabido, sino también *lo que hemos practicado:* no se nos dará el reino de los cielos por haber conocido la voluntad de Dios, sino por haberla acatado y venerado, y haberla dado exacto cumplimiento.

Y nótese bien: no basta cumplirla en lo material, sino que es preciso además ser fieles en lo espiritual; es decir, cumpliéndola *de una manera digna de Dios (Digne Deo),* con amor, con prontitud, con regocijo, con perseverancia. Un Dios tan amoroso, tan grande, tan amable y que tanto nos galardona, ¿no merece que le sirvamos con tales sentimientos de ternura y de amor?

Más diré. No es suficiente que así lo hagamos en una ó en otra cosa, porque es de absoluta necesidad que lo realicemos en todas, deseando agradarle. *(Per omnia placentes.)* Y tanto es así, que, según la doctrina de otro Apóstol, «*el que habiendo observado toda la ley, llegara á violarla en un solo punto, se haría culpable de haberla*

violado toda (1)». Es decir, que violando un mandamiento de la Ley de Dios se violan todos en el concepto de que el alma se condena lo mismo por un pecado mortal que por muchos, sin más diferencia que á mayor número de pecados corresponde mayor intensidad en los tormentos.

¡Dios mio! ¡Cuán espantoso es este pensamiento! Si los hombres le llevåramos siempre en la memoria, ¿cómo era posible que ninguno fuera tan desventurado y tan enemigo de sí mismo que se atreviera á cometer ni un solo pecado mortal? Si se reflexionara que un sólo pecado grave mata al alma, extingue en ella la caridad, nos priva de todos los méritos adquiridos antes por nuestras buenas obras, y nos sepulta para siempre en el infierno, ¿quién en sano juicio sería osado á cometerle?

Pero aún no lo hemos dicho todo, porque cuando San Pablo nos dice en nuestra Epístola, que «*andemos dignamente agradando á Dios en todas las cosas*» *(Per omnia placentes.* Verso 10), denota que no basta en nosotros evitar los *pecados mortales,* sino que con toda solicitud y empeño hemos de alejar de nuestra alma aun los que llaman *veniales,* y también los *defectos voluntarios* aunque no entrañen pecado; porque todo esto desagrada al Señor, y el Apóstol nos encarga *que le agrademos en todo.*—(*Per omnia placentes.*)

¡Oh, si consideráramos bien la Epístola de este día! No desagrada á Dios únicamente el pecado mortal, sino también el venial, y le desagrada de tal manera que aun en esta vida suele castigarle con penas terribles, y en la otra castiga lo que llamamos culpas leves, con el fuego atormentador del Purgatorio, con aquel fuego tan ardiente y vivo, que en su comparación este nuestro de la tierra es como pintado; con aquel fuego, que, según graves doctores, no se diferencia del que atormenta á los condenados del infierno, sino en la duración, esto es, en que no dura eternamente. Desagrada tanto á Dios un solo pecado venial que á sus ojos es mayor mal que la destrucción de todo el universo, mayor que aniquilar la bienaventuranza de los Santos en el cielo, mayor que todo cuanto sufren los condenados en el infierno. Es decir, que nosotros jamás hemos de cometer á sabiendas un pecado venial aun cuando se nos dijera que con él podíamos evitar todos los males físicos del mundo, y salvar todas las almas, y cerrar para siempre los infiernos. A evitar, pues, cuanto sea posible, los pecados veniales, se encaminan

(1) Quicumque totam legem servaverit, offendat autem in uno, factus est omnium reus. (Jacobi, II, 10.)

las palabras citadas del Apóstol: «*Agradando á Dios en todas las cosas.*» —(*Per omnia placentes.*)

Más todavía. El alcance de dichas palabras es mayor; pues San Pablo con ellas nos amonesta, no sólo á que agrademos á Dios huyendo de todo género de pecado, sino *fructificando en toda especie de obras buenas,* que por eso añade á continuación: *In omni opere bono fructificantes.*

Tal es el grado de perfección á que el Doctor de las naciones quiere que estemos siempre aspirando, no haciendo nada malo y practicando lo bueno, no solamente en esta ó en la otra ocasión, sino siempre; y como esto no puede conseguirse de ordinario sin oración previa, por eso él no cesa de hacer oraciones al Señor, dándonos ejemplo y enseñándonos cuál ha de ser el objeto principal de nuestras oraciones.

En suma, el grande Apóstol nos exhorta en la Epístola de hoy y quiere que nosotros, con recta y pura intención, y llenos de ardientes deseos, solicitemos del Señor la gracia de hacer en todo y siempre su divina voluntad, evitando toda especie de pecados, graves y leves, y aun las faltas deliberadas que puedan desagradarle; aprovechando al mismo tiempo con gusto todas las ocasiones de practicar las virtudes, creciendo en ellas cuanto sea posible á nuestra flaca naturaleza, ayudada de su divina gracia; con la dulce confianza de que perseverando en ellas hasta el fin, hemos de conseguir la inmortal corona de la gloria. Amén (1).

HOMILIA 2.ª

Para el Domingo XXIV después de Pentecostés.

Sobre la perseverancia y acción de gracias á Dios.

AMADOS hermanos míos: Por fin hemos llegado, con la gracia de Dios, á la última Domínica del año eclesiástico, y juntamente al término de mis pobres explicaciones sobre las hermosas Epístolas de San Pablo. En lo que corresponde al día de

(1) Qui perseveraverit husque in finem, hic salvus erit. (Matth., X.)

hoy, se ostenta el grande Apóstol superior á todo encarecimiento. Escuchad sus propias palabras y guardadlas para siempre en vuestro corazón. Habla á los fieles de la populosa ciudad de *Colosas* y con ellos á todos nosotros. Dice así:

«*Hermanos míos: No cesamos de rogar á Dios por vosotros y de pedirle que os llene del conocimiento de su voluntad, dándoos toda sabiduría é inteligencia espiritual; á fin de que andéis de una manera digna de Dios, agradándole en todas las cosas, fructificando en toda buena obra, y creciendo en la ciencia de Dios; y también le ruego que seáis revestidos de toda fortaleza, por el poder de su gloria, para que en todos los acontecimientos tengáis paciencia y longanimidad acompañadas de regocijo, dando gracias á Dios Padre, porque iluminándonos con su luz, nos ha hecho dignos de participar de la herencia de los santos, y nos libró de la potestad de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su Hijo muy amado, en el cual, por su sangre, hemos sido redimidos y recibido la remisión de nuestros pecados.*» (Coloss., I, 9 al 14.)

¡Qué sublimidad de ideas, carísimos hermanos, expresa aquí el Apóstol! ¡Cuánto nos enseña si queremos aprender! Lo primero que nos muestra es su ternísima caridad para con sus semejantes, rogando por ellos, á fin de que le imitemos. *(Imitatores mei estote.)* Después nos determina lo que hemos de pedir á Dios para nuestros prójimos y para nosotros; y finalmente, nos recuerda los beneficios que hemos recibido por Cristo, para que demos al Señor continuas y fervorosas gracias.

Nada diremos de lo primero, pues sabemos que sin la oración y sin la caridad no es posible llevar vida cristiana, ni vida espiritual. Nos concretaremos, por tanto, á indicar:

1.° La perseverancia y demás virtudes que para nosotros pide San Pablo.

2.° Los beneficios de Cristo y nuestra acción de gracias.

PUNTO 1.°

SOBRE LA PERSEVERANCIA EN LAS VIRTUDES CRISTIANAS

Lo primero que interesa á todo cristiano para ser bueno, santo y perfecto y salvar su alma, es *conocer la voluntad de Dios;* pues si en el cumplimiento del divino querer estriba la eterna salud de todos los creyentes, ¿cómo es posible cumplirle sin conocerle? He aquí

por qué el glorioso San Pablo lo primero que pide á Dios en sus oraciones para los Colosenses es *que los llene del conocimiento de su voluntad.* (Verso 9.) *Que los llene,* amados míos, porque hay conocimientos á medias, conocimientos parciales, conocimientos superficiales, y es grande misericordia del señor *conocer plenamente* lo que quiere y exige de nosotros. Por eso el Apóstol, tan luego como abrió los ojos á la luz de la fe, lo primero que rogó á Dios fué le mostrara lo que quería de él.—«*Domine, quid me vis facere?*»

Y pide para los Colosenses, no sólo *conocimiento pleno* de la voluntad divina, sino *que sean llenos de toda sabiduría y de toda inteligencia espiritual.* Y esto es cabalmente lo segundo que nosotros hemos de pedir á Dios en nuestras oraciones, diciéndole: «*Señor, dignaos iluminar mis tinieblas... no neguéis vuestras luces á vuestro siervo* (1)... *Todo, Dios mío, lo considero pérdida, cuando lo comparo con el sublime conocimiento de Jesucristo* (2).» Es decir; de buena gana renuncio á toda ciencia que no me conduzca á Jesús, porque si bien deseo y procuro que mi entendimiento esté cultivado, quiero que sea con conocimiento sano que la Religión apruebe, no con talentos torcidos que me aparten de Jesús y que el mundo admire. «*Señor, dadme á conocer mi fin y la senda recta por la cual camine* (3).»

Y todo esto, ¿para qué? Claramente lo dice el Apóstol á continuación: «*Para que andemos de una manera digna de Dios.*»—*(Ut ambuletis digne Deo.)* Esto es; para que andemos por el camino de la fe y que las obras correspondan al conocimiento. ¿Hemos conocido á Dios? ¿Sabemos cuál es su voluntad sobre nosotros?; pues obremos como siervos de Dios; mejor dicho, como hijos suyos y herederos de su gloria. Andemos de un modo *digno de Dios* nuestro Padre, adorémosle en espíritu y en verdad; amémosle con todo nuestro corazón; hagamos todas las cosas por su amor; encaminémoslo todo á su gloria, no ahora y luego, sino siempre; y esto será, como añade el Apóstol, *agradarle en todo (In omni opere bono placentes) y crecer en la ciencia de Dios.* ¿Qué ciencia ni que sabiduría hay mayor que unirse con el entendimiento á Cristo, Hijo de Dios verdadero, luz de luz, y vida de nuestra vida? *El es luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo,* y El mismo ha dicho

(1) Domine illumina tenebras meas. (Psalm. XVII.)—Illumina faciem tuam super servum tuum. (Psal. CXVIII.)

(2) Existimo omnia detrimentum esse propter eminentem sciêntiam Jesu Christi. (Philip. III, 8.)

(3) Notum fac mihi, Domine, finem meum... Notam fac mihi viam in qua ambulem. (Psalm. XXXVIII, 5.)

que *el que le sigue no andará en tinieblas. (Qui sequitur me non ambulat in tenebris.*—Joann., VIII, 12.)

Ahora bien; grande cosa es conocer plenamente la voluntad de Dios; mayor estar además adornado de toda sabiduría é inteligencia espiritual; supera en mucho conformar nuestras obras con ese conocimiento y esa sabiduría, andando siempre de una manera digna de Dios, agradándole en todas las cosas; pero ¿de qué serviría toda esta riqueza espiritual, si llegando el tiempo de la adversidad el alma desfallece y no persevera hasta el fin? ¡Ay! de nada absolutamente; y por esta razón el Apóstol, conociendo nuestra flaqueza, persiste en su oración á Dios, rogando *que crezca en todos los cristianos la ciencia del Señor, y que seamos llenos de fortaleza divina, para que en todos los acontecimientos tengamos paciencia y constancia acompañadas de regocijo. (In omni patientia et longanimitate cum gaudio.*—Verso 11.) Esto es; para resistir á todas las tentaciones y para llevar las penalidades de la vida, no solamente con resignación, sino aun con alegría cristiana, y con perseverancia hasta el fin.

«¿Por qué — pregunta un expositor sagrado — hace el Santo Apóstol tantas peticiones y con tan continuas instancias?—Es la causa—dice—porque está convencido de que en la virtud y en la ciencia de los santos el no adelantar es retroceder; es porque sabe que cuanto más avancemos en el humilde conocimiento de Dios, más avanzaremos también en su amor; es porque está vivamente penetrado de que la perseverancia corona todos los dones, de que sin ella todo está perdido y de que con ella todo se salva; es porque sabe cuán necesario es para perseverar tener una fortaleza invencible en medio de las tentaciones, un fondo de paciencia inagotable en medio de las contradicciones interiores, y una constante mansedumbre en medio de las persecuciones exteriores.» (*Thiebaut.*)

Pues bien, hermanos míos; imitemos al Apóstol, pidiendo á Dios para nosotros y para nuestros semejantes, que nos llene del conocimiento de su divina voluntad, que nos dé toda sabiduría é inteligencia espiritual, para vivir de una manera digna de El, que nos haga la merced de agradarle en todas las cosas, que fructifiquemos en todo género de buenas obras, creciendo de día en día en la ciencia de Dios, y que nos revista de toda fortaleza, para perseverar en el bien, sufriendo por su amor todo lo adverso que pueda acaecernos, no sólo con paciencia, sino también con espiritual regocijo.

Esta es la mente del grande Apóstol en la Epístola de este día;

esto es lo que trata de inculcarnos hoy la Iglesia, y esto es lo que nos interesa á nosotros poner en práctica, como medio seguro de obtener nuestra santidad en la tierra y nuestra corona en el cielo. Ahora sólo nos resta dar gracias á Dios por todos sus beneficios, en especial por los que enumera el mismo Apóstol en las palabras restantes de nuestra Epístola. Dice así:

PUNTO 2.°

SOBRE LA ACCIÓN DE GRACIAS Á DIOS

«*Dando gracias á Dios Padre, porque iluminándonos con su luz, nos ha hecho dignos de participar de la herencia de los santos, y nos libró de la potestad de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su Hijo muy amado en el cual por su sangre hemos sido redimidos y recibido la remisión de nuestros pecados.*» (Versos 12, 13 y 14.)

No es posible, amados míos, que el entedimiento humano pueda comprender la grandeza de estos beneficios, ni explicarlos como es debido, y mucho menos agradecerlos cuanto ellos merecen; sin embargo, conviene que los consideremos según nuestra rudeza, porque trae grandes provechos á nuestra alma, moviéndola sobre todo al amor y agradecimiento á Cristo nuestro Señor.

Tres son los inefables dones de Dios, que aquí enumera el Apóstol: Primero, *darnos la luz divina;* segundo, *librarnos de la potestad de las tinieblas;* tercero, *redimirnos con su sangre preciosima.* Reflexionemos.

«*Damos gracias á Dios* — dice San Pablo — *porque iluminándonos con su luz, nos ha hecho dignos de participar de la herencia de los santos.*» (Verso 12.) ¿Qué luz es esta? No es posible dudarlo; es *la fe de Jesucristo,* recibida en el Bautismo, por la cual, sin merecerlo nosotros y sólo por su gracia divina, hemos sido dignos de participar de la luz de los santos; es decir, de la luz de Dios y de su clara visión beatífica.

Esa luz es el mismo Jesucristo, Hijo de Dios, Verbo divino, que se cubrió de nuestra carne para que podamos concebirle, y verle con nuestros propios ojos en el cuerpo que tomó, y oirle con nuestros oidos y gozar de su divina presencia (1). «Es Jesucristo, *luz ver-*

(1) Vestivit se carne nostra, ut eum concipere, oculis cernere, auribus loquentem audire, et eo perfrui possemus. (S. Anselmo, in Monolog.)

dadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo (1).» Es Jesucristo quien, para sacarnos de dudas, dijo de sí mismo: «*Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá luz de vida* (2).» Es Jesucristo luz verdadera, increada, que ilumina todas las inteligencias cristianas, no sólo con su celestial doctrina, sino también con su gracia santificante, dándonos vida sobrenatural, vida para el cielo, vida divina.

¿Quién será, carísimos hermanos, capaz de sondear el beneficio inmenso que el Señor nos hace en el momento mismo de nuestra justificación? Oid, justos de la tierra, y llenaos de regocijo. Puesto que estáis en gracia de Dios y el Señor os ha iluminado con su luz radiante, conoced en esto la alteza de vuestra dignidad y la grandeza de las misericordias divinas, á las cuales sois deudores de tan encumbrada elevación.

Vuestra mente se halla iluminada con los eternos y purísimos fulgores de la fe; vuestro espíritu goza del regocijo y de la tranquilidad que da una buena conciencia; vuestro corazón es dueño de sus deseos y apetitos desordenados, pudiendo, con la gracia de Dios, domeñarlos y contenerlos en los debidos límites; vuestra alma se encuentra robustecida y hermoseada con las gracias más preciosas del Señor, y con las más excelentes virtudes y dones del Espíritu Santo; en ella, en vuestra alma, se complace el mismo Dios; pues por la justificación ha sido hecha tabernáculo sagrado de las tres divinas personas de la Santísima Trinidad, y allí hacen su habitual morada. Sois hijos adoptivos del Padre, hermanos amados del Hijo, y templos del Espíritu Santo; sois miembros vivos del cuerpo místico de Jesucristo, vivís y respiráis de su mismo Espíritu, tenéis adquirido derecho á todos los bienes espirituales de dicho cuerpo, á su Sacrificio en cualquiera parte del mundo cristiano que se ofrezca, á sus Sacramentos, al tesoro de sus indulgencias, á sus sufragios, á todas las buenas obras de los fieles que le componen; y la Iglesia sacrosanta, que constituye este augusto cuerpo, nada gana ni pierde sin que vosotros entréis á la parte en sus ganancias y pérdidas. En una palabra, como dijo con enérgica frase el Príncipe de los Apóstoles, «*sois hechos partícipes de la misma naturaleza divina*». (*Divinae consortes naturae.* II Petr., I, 4.)

¡Qué dignidad! ¡Qué elevación! ¡Qué misericordia del Señor!

(1) Erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. (Joann., I, 9.)

(2) Ego sum lux mundi; qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitae. (Joann., VIII, 12.)

¿Cómo, pues, podremos nosotros agradecer debidamente tan asombrosos beneficios? ¡Oh, nuestro corazón es pequeño, nuestra flaqueza grande, nuestro olvido criminal y nuestra ingratitud frecuente!... Ved aquí por qué el grande Apóstol levanta su voz en este día y nos exhorta á todos al agradecimiento, diciendo: «*No cesamos de orar, dando gracias á Dios Padre porque, iluminándonos con su luz, nos ha hecho dignos de participar de la herencia de los Santos.*»

Y porque más resalte tan grandioso beneficio, añade á continuación el Apóstol: *El mismo Dios nos libró de la potestad de las tinieblas y nos trasladó al reino de su Hijo muy amado.*» (*Eripuit nos de potestate tenebrarum et transtulit in regnum Filii dilectionis suae.*— Verso 13.) Como si dijera: «Notad bien, cristianos, que no solamente el Señor se dignó daros parte en la herencia del cielo, sino que antes os sacó de la potestad del demonio, príncipe de las tinieblas, y *os colocó en su santa Iglesia, que es el reino de su Hijo amadísimo Jesucristo.*

Es decir, que antes eramos hijos de tinieblas y ahora somos hijos de la luz; antes hijos del diablo, ahora hijos de Dios; antes hijos de ira, ahora hijos de amor; antes esclavos del demonio, ahora libres de sus cadenas; antes muertos en el alma, ahora vivos por la gracia; antes enemigos del Señor, ahora amigos suyos amadísimos· antes sin derechos para el cielo, ahora herederos de él; antes alejados de Dios, ahora íntimamente unidos á Él; antes dignos de oprobio y confusión, ahora dignos de honor y de gloria; en una palabra, antes eternamente infelices, ahora eternamente bienaventurados. ¡Qué beneficio! ¿Quién será capaz de agradecerle como es debido?

¡Considéralo bien, cristiano, y avergüénzate de no ser bastante agradecido á Dios nuestro Señor! ¡Tú, naciendo esclavo, fuiste llamado al reino; al reino del Verbo divino, al reino del Hijo de Dios, para que goces juntamente con Jesucristo de honor y gozo eterno! ¿Dónde está el juicio de los hombres cuando esto no consideran? ¿Dónde su corazón cuando se embriagan con el amor de las criaturas, olvidándose ó siendo tibios en el amor y agradecimiento al Criador? ¿Y qué diremos de aquellos que, en vez de ser agradecidos al Señor por tan inmensos beneficios, le pagan con desaires, con ofensas y tal vez con aborrecimiento?

Hermanos míos amadísimos; á todos ellos, y á nosotros y á todas las generaciones por venir habla hoy el Apóstol en nuestra Epístola, diciendo: «*Acordaos, oh hombres, de que por la sangre preciosa de Jesucristo habéis sido redimidos y perdonados de todos vues-*

tros crímenes.» (*Habemus redemptionem per sanguinem ejus, remissionem peccatorum.*—Verso 14.)

¡Oh! ¡Nuevo beneficio! ¡nuevo asombro! ¡nuevo motivo de agradecimiento! Hemos sido sacados de las tinieblas y de la potestad del demonio, no con oro ni plata, no con diamantes y piedras preciosas, sino ¡con la sangre divina de nuestro Señor Jesucristo! ¡Con la sangre de Dios hecho hombre por nuestro amor! ¡Sangre preciosísima de Jesús, bendita seas!

No es, pues, extraño, que el Apóstol de las gentes levante su voz de fuego en este día y diga á todos los hombres del universo: *«No cesamos de rogar á Dios por vosotros... á fin de que andéis de una manera digna del Señor agradándole en todas las cosas, fructificando en toda buena obra, y creciendo en la ciencia de Dios... Tampoco cesamos de dar gracias á Dios Padre, porque iluminándoos con su luz os ha hecho dignos de participar de la herencia de los santos, y os libró de la potestad de las tinieblas, y os trasladó al reino de su Hijo Jesucristo, por cuya sangre hemos sido redimidos y absueltos de todos nuestros pecados.»*

Así terminó el Apóstol, carísimos hermanos; así termina la Epístola de este día, así termina la Iglesia nuestra Madre en las Domínicas del año eclesiástico, y así quiero también terminar yo, manifestándoos que quien de este modo pensare y obrare, tendrá paz cumplida en este mundo y después corona eterna de gloria en el otro. Dios sea bendito y alabado por los siglos de los siglos. Amén.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO

Todo lo someto al juicio infalible de la Santa Iglesia Católica.

Madrid, festividad del Patrocinio de la Bienaventurada Virgen María, 12 de Noviembre de 1899.

SANTIAGO OJEA Y MÁRQUEZ.

INDICE

Fiesta de la Ascensión del Señor.

HOMILÍA 1.ª

Tema: *La divinidad de Jesucristo, mostrada*

Fiesta de la Ascensión del Señor.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre los efectos de la Ascensión.*

Domingo VI después de Pascua.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Reglas para vivir santamente.*

Domingo VI después de Pascua

HOMILIA 2.ª

Tema: *El siervo bueno del Evangelio.*

Dia de Pentecostés.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre la venida del Espíritu Santo.*

Dia de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Divinidad de la Religión católica.*

Fiesta de la Santísima Trinidad.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Profundidad y necesidad del misterio.*

Fiesta de la Santísima Trinidad.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre el amor á la Trinidad Santísima.*

Domingo I después de Pentecostés.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Del amor de Dios á los hombres.*

Domingo I después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Del amor de los hombres á Dios.*

Día del Corpus.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre la Eucaristía.*

Día del Corpus.

HOMILIA 2.ª

Domingo II después de Pentécostes.

HOMILIA 1.ª

Tema: *De cómo el odio se vence con el amor.*

Domingo II después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Señales para conocer el amor de Dios.*

Domingo V después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Compendio de la Santidad.*

Domingo VI después de Pentecostés.

HOMILIA 1.ª

Tema: *El Bautismo y sus efectos.*

Domingo VI después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Crucifixión del hombre viejo.*

Domingo VII después de Pentecostés.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Transformación del alma por el Bautismo.*

Domingo VII después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Efectos del pecado y de la gracia.*

Domingo VIII después de Pentecostés.

HOMILIA 1.ª

Tema: *La muerte del cuerpo y la vida del alma.*

Domingo VIII después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *De la mortificación.*

Domingo IX después de Pentecostés.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre el temor de Dios.*

Domingo IX después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre el temor de Dios. (Continuación.)*

Domingo X después de Pentecostés

HOMILIA 1.ª

Tema: *De los dones de Dios á los hombres.*

Domingo X después de Pentecostés

HOMILIA 2.ª

Tema: *Bondad de Dios y olvido de los hombres.*

Domingo XI después de Pentecostés.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Muerte y resurrección de Jesucristo.*

Domingo XI después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *De la resurrección de la carne.*

Domingo XII después de Pentecostés.

HOMILIA 1.ª

Tema: *De la conversión del pecador.*

Domingo XII después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre la conversión del pecador. (Continuación)*

Domingo XIII después de Pentecostés.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Naturaleza é importancia de la fe.*

Domingo XIII después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Cualidades y provechos de la fe.*

Domingo XIV después de Pentecostés

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre la vida del espíritu.*

Domingo XIV después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Reglas y medios para vivir santamente.*

Domingo XV después de Pentecostés.

HOMILIA 1.ª

Tema: *De la corrección fraterna.*

Domingo XV después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Reglas para obtener la salvación eterna.*

Domingo XVI después de Pentecostés.

HOMILIA 1.ª

Tema: *De la fortaleza cristiana.*

Domingo XVI después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre el crecimiento en las virtudes.*

Domingo XVII después de Pentecostés

HOMILIA 1.ª

Tema: *Medios para la unión de los cristianos.*

Domingo XVII después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Más sobre la unión de los cristianos.*

Domingo XVIII después de Pentecostés.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Del agradecimiento á Dios.*

Domingo XVIII después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Más sobre el agradecimiento á Dios.*

Domingo XIX después de Pentecostés.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre la renovación del espíritu.*

Domingo XIX después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Modo de renovar el espíritu.*

Domingo XX después de Pentecostés.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Sobre la prudencia cristiana.*

Domingo XX después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *Sobre el empleo del tiempo.*

Domingo XXI después de Pentecostés.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Combate espiritual del cristiano.*

Domingo XXI después de Pentecostés

HOMILIA 2.ª

Tema: *Continuación del combate espiritual*

Domingo XXII después de Pentecostés.

HOMILIA 1.ª

Tema: *Prosigue el combate espiritual.*

Domingo XXII después de Pentecostés

HOMILIA 2.ª

Tema: *Medios para la victoria espiritual.*

Domingo XXIII después de Pentecostés

HOMILIA 1.ª

Tema: *De los malos cristianos.*

Domingo XXIII después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *De los cristianos buenos.*

Domingo XXIV después de Pentecostés

HOMILIA 1.ª

Tema: *Objeto de nuestras peticiones á Dios.*

Domingo XXIV después de Pentecostés.

HOMILIA 2.ª

Tema: *De la perseverancia y acción de gracias á Dios.*

FIN